EL MANEJO DEL ODIO

Nación, afecto y gobernanza de la derecha extrema en Alemania

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

EL MANEJO DEL ODIO

Nación, afecto y gobernanza de la derecha extrema en Alemania

Nitzan Shoshan

EL COLEGIO DE MÉXICO

320.5409143
S55979m

Shoshan, Nitzan
El manejo del odio : nación, afecto y gobernanza de la derecha extrema en Alemania / Nitzan Shoshan. – 1a. ed. – Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2016.
510 p. : mapas, fot. ; 21 cm.

ISBN: 978-607-462-961-3
Incluye bibliografía

1. Nacionalismo – Alemania. 2. Radicales – Alemania. 3. Extremistas de derecha – Alemania. 4. Jóvenes – Actividad política – Alemania. 5. Neo-nazismo. 6. Investigación cualitativa. I. t.

Traducción: Lucía Rayas

Primera edición, 2017

DR © El Colegio de México, A.C.
Carretera Picacho Ajusco No. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Delegación Tlalpan
C.P. 14110
Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN: 978-607-462-961-3

Impreso en México

Para Ale

ÍNDICE

Prefacio 11

PARTE I

I. El espectro del nacionalismo 21
Domar a los demonios 27
Lo nacional permanece 33
Nuevos pobres, viejos fantasmas 42
En las calles de Treptow-Köpenick 53

II. Este y Oeste, derecha e izquierda 67
Joven, nacional, social 72
Imaginar *ossis* 83
Mi abuelo estaba con la SS, mi papá con la Stasi 90

III. El *Kebab* y la *Wurst* 111
La cerveza sabe mejor en el Pequeña Estambul 113
Distinciones en el paisaje de la otredad 127
Hablando sobre inmigrantes 138
Todo con moderación 153

PARTE II

IV. Regímenes penales de delincuencia política 163
"No habrá censura" 170
(In)distinciones legales 183
Interdictos indeterminados 212

V. Con el Estado dentro 217
Excesos policíacos 228

Hombres de confianza 237
Amigos y traidores 244
Policías y ladrones 251

VI. Conocerse íntimamente 259
Una decisión difícil, o las rutas ocultas del saber 264
La máquina de vigilancia 273
La ética y la praxis del trabajo social de calle 281
La gobernanza de cerca 291

VII. Avances en las ciencias del exorcismo 307
Etiologías 315
Enfrentar la realidad 319
El meollo racional 329
Si camina como nazi… 341
La "cosa" nacionalista 347

PARTE III

VIII. Inocular al público nacional 355
Una misión civilizatoria 363
Construcción de coaliciones 372
La manifestación, ¿de quién? 382
Crear resiliencia 394

IX. Visiones nacionales 403
Estrellas sobre Berlín 403
Leer las estrellas 408
Paisajes heterotópicos 412
Tácticas de visibilidad 420
Tan sólo de luto 439
Catástrofe a la Puerta 445

Epílogo 459

Bibliografía 471

Índice de abreviaturas 509

PREFACIO

El autor de este libro sobre el manejo afectivo del nacionalismo alemán es Nitzan Shoshan, israelí. Sin embargo, el investigador que acompañó a un equipo de trabajadores sociales de calle, que pasó tiempo con los "clientes" de éstos —jóvenes extremistas de derecha— y conversó con una serie de otros actores en el distrito berlinés de Treptow-Köpenick, era conocido por la mayoría de las personas como "Nate": antropólogo estadounidense de Chicago que llevaba a cabo una investigación sobre la juventud y el espacio público. Desde el inicio de mi investigación los trabajadores sociales que colaborarían conmigo, y de quienes tendré más que decir en las páginas siguientes, exigieron que me sometiera a este cambio de identidad por temor a las reacciones que mi verdadera procedencia pudiera suscitar entre algunos de sus clientes más violentos. A partir de entonces, y en todo momento y lugar, se refirieron a mí por mi alias. Con todo, como los extremistas de derecha alemanes a menudo consideran a Estados Unidos un archienemigo histórico del Reich, pasar por estadounidense podría representar un dudoso privilegio. Por ejemplo, una tarde, casi noche, en un bar de adeptos de la extrema derecha, mis jóvenes informantes me presentaron con sus conocidos como su "amigo *ami* (americano)". Mientras que la mayoría de los presentes me saludó de manera amigable, un delgado y alto *skinhead* tuvo una reacción de abierta hostilidad, y se rehusó a estrechar mi mano. Con una incomodidad visible, mis anfitriones se esforzaron por exculparme de sus acusaciones —la invasión estadounidense en Irak pesaba sobre sus opiniones— y, finalmente,

lograron evitar que la confrontación empeorara, pero no sin que antes yo le garantizara al joven que, lejos de representar una carga financiera para su país, mi presencia y la beca íntegra de investigación de doctorado que me apoyaba, financiada por Estados Unidos, representaba un beneficio neto para la economía alemana.

Así, en este estudio sobre el pasado que asedia al nacionalismo alemán en la época actual, mi doble identidad se colocó como el fantasma que permanentemente merodeaba mi propio posicionamiento en el campo. La obsesiva ansiedad con la que me autoinspeccionaba en busca de rastros que pudieran delatarme cuando me preparaba para el primer día de trabajo en Treptow se distendió conforme me familiarizaba, progresivamente, con los sitios de trabajo de campo y con la gente que los frecuentaba. No obstante, la amenaza de quedar expuesto fue inminente a lo largo de mi permanencia en Berlín. En varias ocasiones el riesgo se acercó peligrosamente, y se mantuvo a raya menos por una prudencia estratégica y más debido a la fortuna providencial. Sudé, por ejemplo, para eludir las inspecciones policíacas y los puntos de revisión mientras estaba en compañía de los jóvenes extremistas de derecha, pero la naturaleza de mis actividades hacía que esa constante evasión resultara precaria en el mejor de los casos. Una vez, acordonados por la policía durante una manifestación en compañía de uno de mis informantes y de varias docenas de otras personas, me estremecí cuando los oficiales anunciaron que revisarían nuestra documentación de identidad antes de dejarnos ir. Luché por contener un profundo suspiro de alivio cuando, después de una prolongada espera, nos liberaron sin condiciones.

Me sorprendió que los jóvenes extremistas de derecha jamás cuestionaran mi nombre o mis orígenes. Abundaban las sospechas respecto de mi identidad, pero surgieron más entre quienes conocían mi verdadera procedencia que entre

aquellos a quienes luché por ocultársela. Los trabajadores sociales, por ejemplo, por largo tiempo se preguntaron si era agente de la Mossad, y un día Helmuth me lo preguntó directamente. Sin menoscabo de mis enfáticas negativas, la posibilidad se siguió sugiriendo —como en broma, por supuesto— a lo largo de mi trabajo de campo.

Mientras que la mayoría en Treptow me conocía como "Nate", muchos otros por todo Berlín —colegas investigadores, periodistas, personal de ONG, etc.— me conocían como Nitzan. Mi reto más agobiante, por lo tanto, consistía en mantener mis vidas paralelas prudentemente separadas. Siempre que se topaban mi investigación quedaba ante una potencial calamidad. Lejos de ser una isla solitaria, Treptow está totalmente integrada a la metrópolis, de modo que la catástrofe pareció inminente una y otra vez, y su evasión eficaz requirió de intensa tutela. En cierta ocasión, que describo en el capítulo VII, acompañé a un infractor violento, convicto en múltiples ocasiones, a una cita con un consejero. Sólo después de partir a la cita, cuando mi acompañante me dio el nombre del consejero, me di cuenta con horror que había conocido a esa persona el año anterior al llevar a cabo las investigaciones preliminares, momento en que, de manera natural, me presenté con mi verdadero nombre. No había marcha atrás, y fue sólo gracias a la débil memoria del consejero que apenas escapé al desastre.

Hacer investigación etnográfica con extremistas de derecha me confrontó con ciertos dilemas que iban mucho más allá de la mera cuestión de la identidad. Mi trabajo exigía el cultivo de relaciones de confianza con personas a quienes no sólo les ocultaba mi nombre y orígenes verdaderos, sino que más tarde las presentaría de maneras que probablemente les resultarían injustas, en el mejor de los casos, y vilipendiosas en el peor. La literatura antropológica existente me ofrecía pocos consejos útiles sobre esto. Marcus Banks y André Gingrich, por ejemplo, en su introducción a un volumen

editado sobre perspectivas antropológicas en torno al neonacionalismo europeo, insisten en que las preocupaciones por la "higiene moral", más que los obstáculos metodológicos, explican la escasez de investigaciones etnográficas sobre el nacionalismo racista. Como remedio proponen que los académicos abandonen la convencional proclividad antropológica por la defensa y el apoyo, y desistan de la simpatía, para favorecer la empatía (Banks y Gingrich, 2006). Tal enfoque, se arguye, podría abordar algunos de los dilemas que surgen al aplicar perspectivas antropológicas a políticas parlamentarias mediante un trabajo de campo "no tradicional", muy mediado —como es el caso de las contribuciones incluidas en su volumen—. Con todo, el enfoque apenas comienza a afrontar los múltiples *impasses* de la investigación etnográfica más o menos tradicional, una tarea que requiere no sólo de la consolidación de la confianza con los individuos, sino también de la participación interactiva en conversaciones desconcertantes y la subsecuente representación de personas con las que el investigador se habría relacionado de manera íntima.

Desde otra óptica, Neil L. Whitehead sostiene que la escasez de literatura antropológica sobre la violencia se debe no sólo a los peligros metodológicos, sino, de manera importante, al temor de los antropólogos de estereotipar negativamente a sus informantes al poner de relieve las dimensiones chocantes de su cultura (Whitehead, 2004). No obstante, mi caso era distinto. Por un lado, al haberme beneficiado de la colaboración de mis informantes, me esforcé en representar sus mundos de vida como cuestiones complejas y multidimensionales, más allá de su repugnante racismo. Por otro lado, existía la preocupación opuesta, a saber, no representarlos de manera *suficientemente* negativa. Dicho de otro modo, mi estudio podría haberse convertido en una apología de sus estilos de vida, así como de sus posturas políticas. Al final, por estas razones, a lo largo de este libro existe una

tensión entre distancia y proximidad que, en mi opinión, excede la negociación entre un desapego analítico y una familiaridad personal, tan común en muchos estudios etnográficos. Se trata, además, de una tensión que he llegado a considerar, cada vez más, como irresoluble. Si en mi investigación aspiré a meterme de lleno en los mundos de vida de mis informantes, en mi escritura he buscado implicar a la persona lectora, también, en esa proximidad incómoda, al tiempo que marco una distancia inequívoca. De este modo, si consigo que el lector se incomode en algún momento con esta cercanía habré logrado una especie de aproximación mimética a mi propio dilema en el campo.

***

La primera parte del libro —que abarca los capítulos I al III—, plantea una introducción a las apuestas teóricas del estudio, a su contexto empírico y a la población sujeto de investigación en su núcleo etnográfico. El primer capítulo revisa los antecedentes históricos relevantes, anuncia algunos de los marcos teóricos fundamentales que guían el análisis y traza una discusión sobre el trabajo de campo y los métodos. Los siguientes dos capítulos delinean, con base en el análisis de entrevistas e interacciones conversacionales, cómo articulan mis informantes sus relaciones con la diferencia cultural y "etnicizada" conforme constituyen discursivamente sus propios "yoes" políticos. El capítulo II se centra en particular en su identificación y autoidentificación como alemanes del Este, mientras que el capítulo III trata de su interpretación de la diferencia dentro del campo de la extrema derecha, así como de su consideración de los inmigrantes y de sus adversarios políticos de izquierda.

Los cuatro capítulos que componen la segunda parte del libro examinan en detalle los regímenes gubernamentales que protegerían al naciente proyecto nacional alemán de su

siniestra sombra, pausando sobre aquellos mecanismos mediante los que el Estado administra y reprime al campo de los políticamente excluidos. También se describe la incesante labor de forjar la distinción que, para empezar, marca y separa a este campo. Con el análisis de materiales etnográficos, textos legales y casos judiciales, el capítulo IV se ocupa de la producción jurídica de aquello que llamo "delincuencia política", figura que condensa las contradicciones irresolubles entre tabúes contundentes, por un lado, y el derecho liberal, por el otro. Dicha producción, según demuestro, descansa en última instancia en procedimientos hermenéuticos que apelan a estados afectivos, en particular al odio. En el capítulo V cambio el eje, de la ley a su puesta en vigor, al enfocarme en la policía, sus mecanismos de vigilancia, y las ambigüedades y excesos a los que dan lugar éstos. Describo la manera en que la figura del informante de la policía traiciona lo que algunos autores han llamado una "mímesis (des)organizada del Estado", a la vez que acosa a mis jóvenes conocidos de extrema derecha respecto de sus más íntimas relaciones. Al mismo tiempo, muestro la naturaleza recíproca de los tipos de ansiedad en torno a la contaminación que expresa el informante de la policía. Al ir más allá de la ley y su puesta en vigor hacia otros dominios de la gobernanza, el capítulo VI señala minuciosamente la vasta red de mecanismos gubernamentales mediante los que el Estado neoliberal hace visibles y cognoscibles sus metas, a menudo con una eficacia a la que la policía jamás podría aspirar. Interrogo cómo es que la capacidad de estas formas no violentas de mímesis estatal de emprender transacciones con el conocimiento reside, particularmente, en una incansable manufactura de opacidad e ilegibilidad. El capítulo VII, a su vez, trata sobre la creación de diversos procedimientos reformadores y terapéuticos, y la experimentación con ellos, sobre los que yace la gobernanza del odio. Sostengo que la comprensión de la gobernanza en términos de una

administración racional y de una eficacia burocrática no puede dar cuenta de los excesos irracionales que encontramos en dichos procedimientos, y propongo en su lugar aproximarse al problema como algo cargado de afecto en todo nivel.

La tercera y última parte amplía el alcance del estudio para examinar cómo el manejo del odio busca inocular y fortalecer a públicos afectivos más amplios contra formas ilícitas de nacionalismo. En el capítulo VIII exploro las campañas orientadas a la producción de tendencias afectivas positivas hacia la diferencia cultural a nivel local. Y muestro cómo es que el empeño en movilizar fuerzas hacia la causa de la tolerancia y el apego por la diversidad multicultural da testimonio de la capacidad de la gobernanza afectiva de reclutar actores sociales de manera eficaz, al tiempo que delatan sus límites. Por último, el capítulo IX explora lo que llamo "la visión nacional" o los regímenes políticos que definen cómo se debe representar la nación de manera visual. Analizo la particularidad de estos regímenes de visibilidad en Berlín y discuto el modo en que se les rebate, en especial entre los nacionalistas de extrema derecha. Concluyo con el examen de la irrupción del pánico nacional en torno a una marcha de extremistas de derecha durante el 60º aniversario de la rendición del Reich. El desesperado intento por frustrar lo que parecía una catástrofe nacional, afirmo, denota el grado de ansiedad colectiva que surgió alrededor de la marcha. Describo cómo primero se la neutralizó para subsecuentemente hacerla invisible, y cómo, sin menoscabo de lo anterior, resultó en algo fundamental para la celebración performativa de una nación tolerante, multicultural y comprometida.

PARTE I

I. EL ESPECTRO DEL NACIONALISMO

Una cálida noche de viernes a finales de mayo me acerqué a la entrada a media luz de un bar en el área remodelada de una antigua fábrica de la RDA (República Democrática Alemana). Mis oídos aún resonaban por el estridente *heavy metal* que mis jóvenes chaperones retumbaron en el camino: Freddi, un joven delgado y alto que terminaba una capacitación vocacional en logística de almacenamiento; Keppler, un verdadero Goliat que pronto iría a prisión debido a la brutal tortura justiciera que propinó a varios supuestos pederastas; y Felix, quien refunfuñaba incesantemente en torno a los migrantes, su excesiva cantidad, su abuso del sistema de bienestar, sus proclividades delincuenciales y sus hábitos culturales intolerables.[1] Para mí, el antropólogo, el pequeño patio frente al U-21 —el bar llevaba el nombre de un submarino alemán de la Segunda Guerra Mundial— reunía mucho más que sólo a una porción considerable de los jóvenes con quienes llevaba a cabo mi investigación, a varios de quienes encontraremos una y otra vez en las páginas siguientes.

Eran evidentes las persistentes remembranzas de la RDA y de la reunificación, incluso entre quienes eran demasiado jóvenes para haber experimentado una cosa u otra de manera significativa, como Norman, un joven de 20 años, desaliñado regordete, que me imploró le prestara dinero para cerveza, con una gorra de la DDR[2] cubriéndole la escasa cabellera. O Silvia, quien se acercó para recordarme

[1] Los nombres de las personas fueron cambiados para proteger su identidad.
[2] Deutsche Demokratische Republik, DDR por sus siglas en alemán.

que habíamos planeado una excursión a la mañana siguiente para ver el juego final de la temporada del equipo local de futbol, un bastión de orgullo oriental. También eran inconfundibles las huellas inexorables del Tercer Reich y las dramáticas metamorfosis de años recientes respecto de cómo se le ha recordado. Un puñado de personas entre la pequeña multitud llevaban camisetas con la inscripción "8 de mayo —¿día de la liberación?— ¡nada que celebrar!" (*8. Mai - Befreiungstag? Wir feiern nicht!*). Estas camisetas, *souvenirs* de una manifestación de la extrema derecha durante el aniversario número 60 de la rendición del Reich, hacían referencia a la transmisión contemporánea, en canales convencionales, de los discursos nacionales en torno a la derrota de Alemania a manos de los Aliados, como un evento de emancipación. Lisa y Elsa, una *skin-girl* y una aficionada neopagana a los mitos nórdicos y la moda gótica, respectivamente, se sentaron conmigo en la banqueta para conversar. Sus prendas y accesorios evocaban todo un universo de señales ilícitas asociadas con el nacional-socialismo. Su apariencia física retaba y se adecuaba, al mismo tiempo, a los aparatos legales, a los regímenes penales y a los tabúes culturales que vigilan el uso de tales símbolos en Alemania. Son estos mecanismos, como veremos, los que están a cargo de poner en cuarentena las peligrosas potencialidades de los imaginarios nacionales que han emergido en la reunificada República de Berlín.

Al mismo tiempo, los jóvenes frente al bar evocaban, de distintos modos, el fin de la era de la posguerra. En ese sentido, sugerían también la manera en que la vuelta de la cuestión nacional a Alemania (véanse Huyssen, 1991; Geyer, 1997; Jarausch, 2006) se ha incrustado, de hecho, en procesos históricos que han reverberado mucho más allá de las fronteras del país. Más tarde, esa noche en el U-21 se acercó Robert, de 18 años, con una delirante alocución sobre el

partido de extrema derecha, el NPD.[3] El joven defendía al partido, sosteniendo que el mismo había roto con el racismo y objetando, en su lugar, las hordas de vagos inmigrantes que llegaban a explotar al Estado alemán. Como su amigo Felix hiciera antes que él, Robert también expresó diversas frases antiinmigración, que se han vuelto preponderantes a lo largo de Europa, dando forma a visiones y proyectos políticos no sólo en los márgenes de la extrema derecha, sino, en efecto, en todo el espectro político. Sus aseveraciones reproducían fantasías de darwinismo social con inflexiones étnicas que abarcaban al continente, cuya retórica —y praxis— clama contra los "extranjeros parasitarios". Reiteró, de este modo, una serie de expresiones xenofóbicas respecto de paisajes urbanos multiétnicos de reciente aparición. Sus palabras marcaban las maneras (en ocasiones brutales) en las que, desde el East End de Londres hasta el interior de Hungría, y de Malmo a Atenas, los jóvenes europeos nacionalistas han fincado procesos globales abstractos en la concreción física de los cuerpos extranjeros (véanse Modood y Werbner, 1997; Holmes, 2000; Pred, 2000). Al escucharlo se me dificultaba no recordar ciertos escritos académicos sobre la cambiante orientación de los compromisos políticos en décadas recientes. En particular, recordaba los argumentos en torno a cómo los antagonismos sociales se han enmarcado cada vez más como diferencias culturales que como conflictos de clase. Un efecto de dichos procesos, desde esta perspectiva, ha sido la culturalización del racismo y la etnificación de la política en numerosas regiones del mundo en la actualidad (véanse Alonso, 1994; Tambiah, 1996; Zizek, 1997; Pred, 2000; Shoshan, 2008b; Brown, 2009; Markell, 2009).

A su vez, virtualmente todos mis conocidos entre el par de docenas de jóvenes que estaban en el U-21 dependían del Estado, de un modo u otro, para su subsistencia. Muy

[3] El Nationaldemokratische Partei Deutschlands (NPD) es el partido más viejo, y el más prominente en las décadas recientes, de la extrema derecha alemana.

pocos entre ellos podían albergar aspiraciones realistas de una mejora significativa respecto de sus circunstancias materiales. De manera igualmente importante, la mayoría recibía prestaciones económicas mediante diversos programas de capacitación vocacional patrocinados por el gobierno e impartidos por el tercer sector, o de programas obligatorios de prestaciones a cambio de trabajo. En palabras de Nikolas Rose (2000a), tales estrategias de gobernanza buscan activar y "responsabilizar" a los ciudadanos mediante esquemas participativos. En esto, también, la suerte de mis jóvenes informantes denota los vínculos entre las reconfiguraciones contemporáneas de los imaginarios políticos, por un lado, y, por el otro, los procesos de neoliberalización —en transformación y disparejos— que han redefinido los modos de producción y de consumo, así como las relaciones entre Estados, naciones y ciudadanos (véanse Soja, 1989; Gupta y Ferguson, 1997; Povinelli, 2000; Harvey, 2009; Postone, 2006; Wacquant, 2007).

El punto de partida de este libro son las realidades cotidianas de grupos de jóvenes extremistas de derecha en un distrito de Berlín Oriental, para analizar con detalle su destacado lugar dentro de un proyecto de posreunificación de la nacionalidad alemana. El cierre del orden de la posguerra ha implicado la vuelta de la nación al centro del terreno político en Alemania, como interrogante y también como imperativo. Este llamado "renacimiento de la historia" provocó, y aún provoca, severas ansiedades. El legado traumático del pasado nacional-socialista se ha cernido amenazante, como una premonición, sobre la imaginación del propio país respecto de su futuro, ahora agravado por aquello que se ha definido cada vez más como su íntimo elemento menor, a saber, el recuerdo de la época de la República Democrática Alemana (RDA). Existe cierta ironía inquietante en el hecho de que este renacimiento histórico haya involucrado

tanto al resurgimiento de un Estado unificado, democrático, liberal, como a la reaparición de su *dopplegänger* en la figura de tendencias autoritarias, nacionalistas, violentas. Los jóvenes extremistas de derecha han sido vitales para domar las tensiones entre estos horizontes históricos, por un lado, y las urgencias del momento histórico, por el otro —aunque siempre de manera nerviosa y tentativa—.

Los capítulos que siguen narran la historia de esta labor sisífica de domesticación. Describen las inmensas energías empleadas en trazar y controlar los límites de la política legítima en Alemania. A lo largo de este libro veremos cómo, al negociar el proyecto de una nacionalidad alemana rehabilitada, la labor misma implanta en su centro los propios espectros que lucha tan tenazmente por erradicar, y revela su inevitable inconclusión. No obstante, como sugerí arriba, la preocupante empresa en torno a la cuestión nacional en la Alemania actual procede bajo el signo de procesos contemporáneos más amplios. Por todo el continente europeo el control de las fronteras políticas en transformación se fusiona, de hecho, con la gobernanza de las periferias sociales emergentes. La mengua de los regímenes de producción, de consumo y de acumulación de la era fordista ha precipitado la creación de nuevas configuraciones de marginación social en el mundo (des)industrializado (Mingione, 1996; Friedman, 2003b; Hannemann, 2005; Wacquant, 2007). Asimismo, ha socavado ciertas formas de lucha política estructuradas en torno a antagonismos de clase territorializados a nivel nacional (Harvey 2001). Las ramificaciones políticas de estos giros históricos para los residuos superfluos de una clase obrera industrial europea —entre quienes, sin duda, se podría contar a los personajes que estaban afuera del bar aquel viernes por la noche— han sido de largo alcance. Así, caminan mano a mano con los procesos de neoliberalización que han redefinido a la ciudadanía y echado a andar nuevos modos de gobierno de poblaciones —en especial, en la

parte inferior de una polarización social que se ensancha—. El manejo de la afectividad y, en Europa en particular, lo que en esta obra llamo "el manejo del odio" han sido clave para esas nuevas formas de control. Este libro es un estudio etnográfico de las aleccionadoras implicaciones de los desarrollos mencionados para la forma de los imaginarios políticos actuales.

Comprender el trabajo político que los jóvenes extremistas de derecha llevan a cabo exige prestar atención a la manera en que estas trayectorias históricas y los procesos sociales, en apariencia discrepantes, se articulan en la Alemania actual. De manera concordante, el alcance de este estudio oscila entre diversas escalas de análisis y las entreteje, desde la monotonía cotidiana de la juventud extremista de derecha en las calles de Berlín Oriental, o las voces coloquiales que negocian los *impasses* culturales en las interacciones situadas, hasta los proyectos hegemónicos de un nacionalismo posterior a la reunificación, o los vocabularios que circulan a nivel global sobre política e identidad. Mi énfasis, a diferencia de ciertos enfoques académicos del estudio del conflicto nacionalista y étnico, no se centra en la influencia perturbadora de fuerzas externas sobre contextos locales en apariencia auténticos; perspectiva que ofrece poco entendimiento de la extrema derecha contemporánea en Alemania. Sin menoscabo de sus reivindicaciones atávicas y sus obsesiones con la pureza y la autenticidad, se debe comprender a mis informantes —como, en última instancia, ellos también se consideran a sí mismos— como propios del momento histórico y del proceso a gran escala que lo define. Mi interés no es representarlos como un "otro" inconmensurable o como una especie políticamente exótica, sino como integralmente constitutivos de la lógica de lo contemporáneo.[4]

[4] Mi argumentación en este punto concuerda con la insistencia clásica de Horkheimer y de Adorno respecto de la modernidad del fascismo, y con su recha-

Domar a los demonios

En la actualidad, el concepto de "extremismo de derecha" (*rechtsextremismus*) resulta fundamental respecto de cómo imagina el terreno político la mayoría de los alemanes. Asimismo, es central en la manera en que el Estado alemán ve y produce conocimiento en cuanto a sus supuestos adversarios internos. Pero no siempre fue así. En la Alemania de la posguerra la distinción común entre un espacio político legítimo, democrático, y sus márgenes ilícitos, antidemocráticos, se trazaba con los conceptos de "centro" (*mitte*) y "radicalismo" (*radikalismus*). En gran medida como el extremismo actual, el radicalismo solía marcar campos políticos —ya fuera en la derecha (*rechtsradikalismus*) o en la izquierda (*linksradikalismus*)— como cuestiones externas al espectro de la diferencia tolerada y como hostiles a la democracia liberal. Sólo hacia mediados de la década 1970 la categoría de extremismo (*extremismus*) gradualmente ganó actualidad en el discurso público y oficial del Estado, en especial en la terminología de la Autoridad Federal para la Protección de la Constitución (Bundesamt für Verfassungsschutz, a partir de ahora BfV) (Butterwegge y Meier, 2002: 18-19). Más que simplemente sustituir al concepto de "radicalismo", la categoría de "extremismo", de nueva introducción, lo desplazó hacia el centro político. "Radicalismo" gradualmente denotó no el extremo excluido, sino aquello que, en tanto se representaba como alejado de las corrientes populares, no se percibía como una amenaza al orden liberal democrático. El terreno político, de este modo, se sometió a lo que los antropólogos lingüistas llamarían un "proceso

---

zo a interpretarlo como primordial o como un opuesto de la Ilustración. Sin duda, tal perspectiva sobre formas insidiosas y en ocasiones violentas de nacionalismo tiene un eco menos reconfortante que su desplazamiento a otros lugares y momentos (Horkheimer y Adorno, 1994 [1944]).

de diferenciación semiótica" o "recursión fractal".[5] Dicho de otro modo, las márgenes ambiguas que separaban a las posiciones del centro (*mainstream*) del excluido —en palabras de Chantal Mouffe, al adversario del enemigo—[6] se han bautizado como una categoría por derecho propio. La introducción de la categoría de extremismo, por lo tanto, buscaba domar la ambigüedad de la distinción entre política legítima e ilegítima, al nombrarla con un término objetivo dentro del universo de las posibilidades políticas. Este intento, a la vez imposible e irresistible, ya sugería una aprehensiva incomodidad en torno a lo inherentemente tenue de la distinción misma.

Tal interpretación del espectro político, sin duda, no es exclusiva de la sociedad alemana. No obstante, su variante alemana resulta distintiva en una serie de aspectos. De manera más importante, corresponde a una narrativa histórica dominante sobre el colapso de la República de Weimar, el primer experimento liberal democrático de Alemania, como producto de su indefensión tanto contra el comunismo como contra el fascismo. Sin embargo, refleja también la preeminencia de la teoría del totalitarismo en la República Federal de Alemania (RFA). Al insistir en las similitudes entre el fascismo y el comunismo, la teoría del totalitarismo, en efecto, redujo a los llamados "extremismos políticos" a su no identidad respecto de un supuesto centro político. En

[5] El proceso de recursión fractal se refiere a la reaparición de contrastes semióticos en escales distintas. Así, por ejemplo, la división Este/Oeste de Europa se repite en el interior de la República Federal de Alemania y, una vez más, dentro de la geografía urbana de Berlín. En el caso que nos ocupa una distinción previa entre el centro político y el radicalismo, las reaparece como dos nuevas distinciones: entre las tendencias del centro político y del radicalismo, por un lado, y entre radicalismo y extremismo, por el otro. Véase Irvine y Gal (2000).

[6] Chantal Mouffe ha descrito al adversario como "un enemigo legítimo, un enemigo con el que tenemos una base común porque compartimos una adhesión a los principios ético-políticos de la democracia liberal: la libertad y la igualdad". Un verdadero enemigo, en cambio, es un elemento político con quien resulta imposible alcanzar una resolución democrática del conflicto (2003b: 115).

los años de la posguerra esta representación fue la respuesta a la necesidad de generar una distancia política e histórica entre Alemania Occidental y sus dos otros primarios: su predecesor nacional-socialista y su contemporáneo socialismo de estado (Arendt, 1982; Borneman, 1993; Müller, 1997; Butterwegge y Meier, 2002; Hell, 2006; Jarausch, 2006; Rabinbach, 2006).

En general, los expertos concuerdan en que la categoría de extremismo de derecha se usa de manera inconsistente para denotar fenómenos muy heterogéneos. Los intentos de formular definiciones precisas, por lo común, delinean grupos más o menos similares de atributos clave: sentimientos nacionalistas; estructuras de personalidad autoritarias; tendencias a la violencia, el racismo y la xenofobia; misoginia y concepciones rígidas del género; apego a la ideología nacional-socialista; la creencia en desigualdades fundamentales entre humanos (véanse, por ejemplo, Heitmeyer, 1992; Schubarth y Stöss, 2001; Butterwegge y Meier, 2002). El rango denotativo del concepto es tan amplio y diverso como los escenarios sociales y las apuestas pragmáticas de sus despliegues. Un ejemplo revelador que encontré durante mi trabajo de campo sucedió en el contexto de la oposición de los Demócrata Cristianos (CDU), de centro derecha, a la propuesta legislativa antidiscriminatoria requerida por los directivos de la UE y promovida en Alemania, en gran medida, por la izquierda política. Una preocupación central de la campaña antidiscriminatoria consistía en la protección de las mujeres y las minorías de la discriminación en el mercado laboral. De manera alucinante, un político de la CDU arguyó que dichas leyes prohibirían a los empleadores excluir a solicitantes extremistas de derecha con base en sus posturas políticas.

La ubicuidad del concepto en los discursos, tanto de legos como de expertos, parece tan resiliente como ajeno a la amplia insatisfacción con éste, ya sea en el terreno analítico o en el político. Los investigadores a menudo cuestionan su

valor teórico, notando que se le amontona con fenómenos básicamente desemejantes y enfatizando su aplicación inconsistente y su manipulación para obtener victorias electorales. De igual modo, al concepto se le ataca por sus implicaciones ideológicas, por desplomarse a la derecha y a la izquierda, y por desviar la atención de tendencias racistas, sexistas y nacionalistas generalizadas, que pasan por opiniones inocuas y legítimas.[7] Sin embargo, su fuerza se vuelve tanto más potente precisamente de cara a la dificultad de formular términos alternativos. Para mencionar tan sólo un ejemplo ilustrativo, considérese el volumen enciclopédico *Rechtsextremismus in der Bundesrepublik Deutschland. Eine Bilanz* (Extremismo de derecha en la República Federal Alemana. Una evaluación) (Schubarth y Stöss, 2001). Mientras que el libro abre con una crítica devastadora del mérito analítico del concepto de *extremismo*, casi todos sus capítulos utilizan la categoría tanto en sus títulos como en sus contenidos.[8]

La tensión aparente entre la debilidad analítica y la robustez discursiva de la categoría de extremismo de derecha tiene más sentido, sin embargo, si consideramos las apuestas culturales que convergen en ella. Como categoría política marca lo que Allan Pred ha denominado *otherwheres* (1997),

[7] Durante mi trabajo de campo repetidamente escuché tales reservas, por ejemplo, de activistas antifascistas, de educadores y de personal de ONG que trabajaban en contra del racismo y por la promoción de los valores democráticos.

[8] Este dilema, sin embargo, parece un tanto más débil en las críticas al concepto sobre bases políticas. Ni en la extrema izquierda ni en la extrema derecha pareciera que las personas se designan a sí mismas como extremistas. Utilizan, más bien, diferenciaciones más sutiles: *antifa* (antifascista), *antideutschen* (antialemanes) o *autonome* (anarquistas) en la izquierda; y *nationalisten* (nacionalistas), *rechte* (derechistas) o *deutsche* (alemanes) en la derecha. Mis informantes de derecha frecuentemente se referían a sus adversarios políticos como "extremistas de izquierda". En cambio, aquellos que se identifican a sí mismos como radicalmente izquierdistas, en mi experiencia, preferían llamar a sus enemigos políticos "fascistas" o "nazis". Algunos académicos han promovido el concepto de radicalismo como alternativa, pero en los hechos ambos términos frecuentemente se utilizan de manera inconsistente e intercambiable, no sólo en el habla lega, sino también en los discursos de expertos (*e.g.*, Grumke y Wagner, 2002).

o un espacio en el que se proyecta toda una serie de ansiedades. En este sentido, indica lo que uno no es. A partir de Ernesto Laclau (1996c) podemos decir que como queda más allá de las fronteras de la comunidad política su representación implica cierta homogeneización, al igual que, de manera correlativa, permite la representación de la comunidad misma como algo más o menos uniforme y coherente (por ejemplo, "democrática"). Pero, ¿cuál es precisamente la naturaleza y función de dicha exclusión? Mucho más vital que generar una diferencia respecto de, por ejemplo, una banda callejera neonazi o un partido político racista, a menudo de importancia electoral trivial, resulta en una distancia con el pasado histórico. En Alemania los extremistas de derecha actuales aparecen como encarnaciones concretas de formas más generales que continúan acechando al presente. No obstante, la relación entre la derecha extrema y la colectividad que se define a sí misma, digamos, en su contra, no es de una simple dialéctica externa entre dos entidades separadas que se constituyen una a la otra mediante sus diferencias. De manera más precisa, como categoría política el extremismo de derecha opera en Alemania como un "afuera" constitutivo. A partir de Jacques Derrida, Chantal Mouffe ha descrito al "exterior constitutivo" como algo "presente en el interior, como su siempre verdadera posibilidad" (2003a: 38-39). Considerado desde esta perspectiva, el extremismo de derecha es a la vez inconmensurable respecto de la colectividad y la condición de posibilidad de ésta, a un tiempo radicalmente externo a la colectividad y fundamentalmente constitutivo de ella. Revela, entonces, no tanto lo que uno no es, sino más bien la naturaleza de las profundas ansiedades que emergen del potencial de convertirse en las propias pesadillas —o, en los hechos, de ya estar contaminado por éstas—. Por ende, se trata de la profunda incomodidad y el desasosiego que la proximidad física a las "cosas" que son o que se relacionan con el extremismo de derecha parece

provocar entre muchos alemanes. Sin duda, esta intimidad insoportable tiene todo que ver, también, con el hecho de que, lejos de reificarse como "objeto", el nacionalismo surge como un "sujeto" dentro de virtualmente cada familia alemana en la forma de ancestros. Aquellos a quienes amamos, consanguíneos nuestros, se convierten, de este modo, con demasiada frecuencia en el material de nuestras pesadillas.[9]

El perpetuo "regreso de lo reprimido" en tales encuentros produce enormes estragos. Invoca mecanismos institucionalizados y guiones predecibles para poder domar las ansiedades que incita, para camuflar la inherente vaguedad de las distinciones políticas y para restaurar el aspecto de estabilidad. Este libro explora algunas de las muchas instituciones sociales que se ocupan de esta neurosis nacional. Quizá de manera no sorprendente se reserva un lugar prominente en este esfuerzo precisamente a los métodos represivos. Varios actores, que vehementemente se opondrían a su uso en otros contextos, a menudo proclaman la criminalización, la censura, la persecución estatal o las perspectivas de cero tolerancia cuando se trata del extremismo de derecha.

A lo largo de los capítulos siguientes veremos cómo el concepto de *extremismo* de derecha queda excluido de manera radical y, a la vez, como algo constitutivo, imposible de erradicar, del nacionalismo alemán actual. La labor incesante de domar las ansiedades culturales que dispara y de vigilar para siempre la exclusión de un "otro" que obstinadamente contamina el interior define las apuestas discursivas y políticas bajo las que este concepto opera en Alemania.

Mi decisión de emplear el concepto de *extremismo de derecha* en este libro, pese a sus deficiencias analíticas y su bagaje político, se debe a mi interés en él como objeto etnográfico, por todas las razones que ya enumeré. Más que intentar plantear una definición más precisa, acuñar algún

[9] Agradezco a Andrea Muehlebach por esta observación.

neologismo menos cargado ideológicamente o ser fiel al vocabulario de mis informantes, mi meta es elucidar el lugar fundamental de estos últimos dentro de las transformaciones recientes del terreno político en Alemania; precisamente por esa razón, y por el inmenso peso que se le finca, la noción de extremismo de derecha parece especialmente apropiada. A lo largo de mi estudio, por lo tanto, utilizo esta noción como una categoría local ubicua que marca a mis informantes —quienes no pueden sino relacionarse con ésta y responder a ella de varias maneras— y que efectivamente liga sus actividades con las ambivalencias de la condición de nación emergente de Alemania.

Lo nacional permanece

He mencionado que la apuesta atada a vigilar las fronteras de lo político y, por consiguiente, a la derecha extrema como categoría ha escalado radicalmente en décadas recientes. He sugerido, igualmente, que la motivación tras esta intensificación se encuentra en el resurgimiento de la cuestión nacional después de la era de la posguerra. Ambas aseveraciones necesitan clarificación. La división ocasionada por la Guerra Fría de Alemania, de Europa y de amplias franjas del mundo en general fue una especie de epílogo de la Segunda Guerra Mundial que le sobrevivió con creces. Su resolución, cristalizada en los sucesos de 1989, fueron las palabras conclusivas de una saga que había dado forma al planeta a lo largo del "corto siglo XX" (Hobsbawm, 1999). El fin del orden geopolítico de la posguerra trajo consigo una reapertura radical de la historia y echó a andar diversos esfuerzos por recuperar aquellas brújulas que pudieran reorientar el tiempo en el aquí y ahora. Por razones obvias, los alemanes han experimentado estos años como un momento particularmente sísmico (Geyer, 1997; Huyssen, 2003c). Implicaban, al mismo

tiempo, la posibilidad de alcanzar cierto cierre histórico y, de manera inseparable, el resurgimiento de la cuestión, durante tanto tiempo un tabú, de la nación. El reavivamiento de la confianza y la asertividad nacional ha sido evidente, por ejemplo, en la prolongada campaña por lograr un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, foro establecido por y para los victoriosos de la Segunda Guerra Mundial; en la insistencia en torno a la expansión e intensificación de la Unión Europea (UE), reformada para reflejar el poder proporcional superior de Alemania en su interior; en discursos nacientes de autovictimización y sufrimiento; en un creciente entusiasmo por el intervencionismo militar de los Balcanes a Afganistán, un marcado contraste con el previo consenso amplio en contra del despliegue de fuerzas alemanas en suelo extranjero; y en la reubicación del gobierno federal de su hogar provinciano en Bonn a sus descomunales oficinas en Berlín.

Sin embargo, esta naciente sensación de normalidad engendró sus propios descontentos. La suspensión de la historia ocasionada por la Guerra Fría también había significado el aplazamiento reconfortante de su peligro, esto es, de la posibilidad de su retorno. Si la historia se volvía algo abierto, su trazo quedaba aún por definirse. Apenas soberana en cuanto a su futuro, ya sin el estorbo de la división y la ocupación, Alemania ahora debía asumir la tarea de mantener a sus espectros a raya. Y lo debía hacer bajo la vigilante mirada del mundo en general, de Europa en particular, y de los propios alemanes —algunos todavía profundamente escépticos respecto del éxito que pudiera alcanzar una democracia forzada desde fuera en arrancar de raíz las presuntas ubicuas simpatías fascistas y, por lo tanto, partidarios de una represión intensificada; y otros recelosos del compromiso del propio Estado con la causa—. Así, las últimas dos décadas y media han atestiguado una combinación de políticas de poder, de renacimientos nacionalistas y de gestos propicia-

torios. La consolidación de una posición política dominante en la UE se ha acompañado de una creciente participación de líderes alemanes en los memoriales de la Segunda Guerra Mundial por todo el continente. El respaldo público de las narrativas de desplazamiento y exilio ha proseguido, mano a mano, con un énfasis de política exterior en la reconciliación con Polonia. El patrocinio oficial de las conmemoraciones de las víctimas ocurridas por el bombardeo de los Aliados ha complementado la inversión reforzada en el recuerdo del Holocausto. Por último, la recepción de vastas poblaciones a un gran costo financiero (alemanes del Este, llamados "rusos alemanes") tan sólo por su "alemanidad étnica" (*volkszugehörigkeit*) —que, sin duda, subrayó un nacionalismo etnocultural persistente— tuvo lugar al lado de la liberalización de las leyes de ciudadanía y naturalización, que databan de las eras del Segundo y Tercer Reich, incluida la introducción del principio *jus solis*, rechazado durante mucho tiempo.[10]

Tales tensiones entre un nacionalismo normal y uno perverso se volvieron palpablemente evidentes durante los juegos de la Copa Mundial 2006. Los medios, tanto nacionales como internacionales, celebraron el patriotismo alemán amplio, pacífico, sin remordimientos ni disimulo, mostrado quizá por primera vez desde la guerra. Los comentaristas alabaron a los alemanes por su orgullo y patriotismo, sin dejar de ser hospitalarios y amistosos. Muchos de mis amigos en Alemania, no obstante, vieron los despliegues masivos de la bandera federal con profunda incomodidad. Además, las celebraciones retrospectivas silenciaron la aguda incertidumbre que precedió al campeonato y que encontró expresión

[10] Para un examen de la historia de los conceptos alemanes de *ciudadanía* y *pertenencia nacional*, de su dependencia fundamental en nociones de cultura, sangre y etnicidad, y de la resistencia de larga data en Alemania a las consideraciones de territorialidad y de *jus solis* como principios de inclusión, véanse, por ejemplo, Preuß, 2003; Brubaker, 2009.

en fieros debates públicos acerca de si el país cumpliría con el lema elegido para los juegos, "Die welt zu gast bei freunden" (oficialmente: "Un momento para hacer amigos", pero textualmente: "El mundo hospedado por amigos"), o si mostraría ser peligrosamente inhospitalario. Con un escenario de varios asaltos racistas brutales en los días inmediatamente previos al torneo, algunas personas insistieron en que emitir una advertencia oficial para los visitantes podría ser más sabio que fingir tranquilidad. Más allá de la violencia física, los comentaristas expresaron la preocupación de que las imágenes de los medios —que, sin duda, circularían por todo el mundo— capturaran no sólo las banderas negro-amarillo-rojas de la República, sino también las negro-blanco-rojas del Reich. En cierto sentido, la interpelación oficial hacia los alemanes como patriotas de la RFA iba encaminada a detener al mal nacionalismo mediante su inundación de buen nacionalismo.

Por un lado, entonces, el colapso del orden de la posguerra cimbró profundamente los tabúes aparentemente blindados y puso en escena a una multitud de demonios. Los "lados buenos" del nacional-socialismo[11] o los horrores del sufrimiento alemán han encontrado voz desde hace tiempo en la retórica de los partidos de extrema derecha, en las letras de músicos neonazis legalmente prohibidos y en las conversaciones familiares íntimas. Hasta hace poco, sin embargo, estos aspectos de la historia quedaban fuera de los artefactos de la esfera publicitaria dominante como, por ejemplo, la novela de 2002 de Günter Grass, *A paso de cangrejo* (*Im krebsgang*), testamento de los recientes trastornos en torno a los tabúes que gobiernan la memoria histórica. La gráfica narrativa de Grass detallada, horrorosa, ilustra el hundimiento en 1945 del buque alemán Wilhelm Gustloff por un submarino ruso, en el que hallaron su muerte miles de refu-

[11] Encarnado, por ejemplo, en la figura de Georg Strasser y el ala socialista del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.

giados. Equivale a una rememoración de la victimización alemana tan empática que, hasta no hace mucho, sin duda habría colocado al autor mismo a la par de los márgenes radicales del revisionismo histórico de derecha. La novela revela las múltiples maneras —más allá del mero debilitamiento de los tabúes— en las que la reunificación ha facilitado la elaboración de tales narrativas. La capacidad de Grass de precaver las acusaciones de revisionismo yace en su habilidosa evocación del perturbador paisaje de la ex RDA, en especial de aquel trillado cronotopo de los vecindarios residenciales de altos edificios de la era comunista (*plattenbauten*) como el dominio de tercos estalinistas, de nostálgicos nacionalistas y de violentos *skinheads*.[12]

Sin embargo, por otro lado, la ruptura histórica exigía una revisión de la cuestión nacional y de su lugar en la historia. Los historiadores han mostrado que los cimientos ideológicos del fascismo se habían consolidado y vuelto preponderantes en toda Europa décadas antes de que los movimientos fascistas tomaran el poder político (Nolte, 1969; Sternhell, Sznajder *et al.,* 1994; Sternhell, 1996). El matrimonio entre un nacionalismo orgánico y una versión del socialismo revisionista, antimarxista, a inicios del siglo XX engendró tendencias antidemocráticas, antiliberales y antiilustración a lo largo del continente.[13] En Alemania, no obstante, se esperaba

[12] Para una excelente historia de los vecindarios con *plattenbauten* en la RDA y una discusión de su resignificación como periferias urbanas de clases bajas, y su surgimiento como un problema social en un contexto histórico en transformación, posterior a la reunificación, véase Hannemann (2005). Para una discusión más amplia de la novela de Günter Grass, *A paso de cangrejo*, véase Shoshan (2015).

[13] Ernst Nolte, en un estudio seminal de Francia, Italia y Alemania, identificó un giro espiritual al final del siglo XIX que proveyó la raíz de una forma particular de antimarxismo, en la que coexistían el socialismo y el nacionalismo. En su base, según Nolte, el fascismo que surgió subsecuentemente se oponía a la trascendencia filosófica tanto del socialismo marxista como del liberalismo europeo (Nolte, 1969). Pese a tener importantes desacuerdos con Nolte (por ejemplo, en torno al sentido del racismo y al carácter enteramente negativo de la ideología fascista), Zeev Sternhell también argumentó que el fascismo apareció primero como un

(y a veces se asumía) que 1945 marcaría el final definitivo de dichas tradiciones ideológicas. Los sucesos de 1989, por lo tanto, planteaban cuestiones difíciles. ¿El orden de la posguerra en efecto ha eliminado las raíces de la enfermedad o tan sólo ha aliviado sus síntomas? Muchos alemanes que conocí durante mi investigación luchaban por encontrar respuesta a tales interrogantes. Las personas que a veces evaluaban la amenaza de la extrema derecha como algo nimio, en otras ocasiones proclamaban que, de hecho, poco había cambiado y que las persistentes inclinaciones fascistas de sus paisanos podían desbordarse en cualquier momento, en especial si eran presas de un estancamiento económico.

Mientras me preparaba para partir, algunos conocidos que antes profesaban su orgullo patriótico me urgían, entre bromas: "por favor, no nos dejes solos con los alemanes" (como dice el dicho común: "entre broma y broma se dicen las verdades"). La manera en que los alemanes responden a tales incertidumbres, y las manejan, ha conllevado —y lo seguirá haciendo— implicaciones de largo alcance para las ambiciones políticas del país, en especial en el escenario europeo.

De la mano con las transformaciones en las formas discursivas y con la exigencia histórica de revisar la condición de nación, desde finales de los años ochenta del siglo XX el país ha sido testigo de una oleada de preocupación pública por purgar los rastros del nacional-socialismo. En el contexto de un proyecto estatal por recuperar lo nacional y volverlo

---

fenómeno cultural. Para Sternhell la síntesis fascista de una revisión antimaterialista del marxismo, con lo que llama "nacionalismo tribal", fue un fenómeno europeo general, así como una parte integral de la historia cultural del continente, que resultó atractivo para un sinfín de intelectuales a lo largo del espectro político (Sternhell, Sznajder *et al.,* 1995). Para un estudio que examina al nacionalismo contemporáneo europeo de extrema derecha dentro de esta historia más amplia del fascismo véase Holmes (2000). En tanto que mi comprensión del fascismo se basa en los textos antes mencionados, en este libro pongo énfasis en el extremismo de derecha como una convergencia contemporánea particular de una serie de procesos históricos que, en gran medida, tuvieron lugar después de los periodos de consolidación cultural de la ideología fascista y de su surgimiento como fuerza política.

normal de nuevo, la rígida y compulsiva sujeción de sus trayectorias perversas ha definido su forma embrionaria. En otras palabras, la cruzada contra el nacionalismo insidioso, ilícito, como un potencial obsceno que acecha dentro de las formas más ordinarias de vida, se ha incrustado como el núcleo constitutivo del proyecto nacional posreunificación. Los grupos al centro de este libro han sido vitales para esa empresa. A lo largo de los siguientes capítulos, en diversos sitios y momentos, encontraremos las paradojas a las que ha dado vida.

Sería erróneo, no obstante, asumir que no ha existido hasta hoy una narrativa de la identidad nacional en Alemania. Numerosos académicos (por ejemplo, Habermas, 1991; Borneman, 1997; Huyssen, 2000) han insistido, correctamente, en que durante la mayor parte del periodo de la posguerra la noción de una condición de nación alemana occidental se estructuró con éxito en torno a los tropos de la prosperidad material y la competitividad económica (*Wholstand Deutschland* y *Standort Deutschland*). La productividad y el poder de compra catapultados definieron los parámetros de las expresiones oficialmente patrocinadas de orgullo patriótico, así como para los modos de autolegitimación del propio Estado alemán y del manejo de los problemas de su pasado. Incluso en fecha tan tardía como 1979, Michel Foucault, reflexionando sobre la historia del neoliberalismo alemán de la posguerra, aún podía señalar que:

> La historia había dicho "no" al Estado alemán. De ahora en más será la economía la que le permita afirmarse. El crecimiento económico sigue ocupando el lugar de una historia débil. La ruptura de la historia, entonces, podrá vivirse y aceptarse como ruptura de la memoria, en la medida en que se instaure en Alemania una nueva dimensión de la temporalidad que ya no será la de la historia, sino la del crecimiento económico […] en la Alemania contemporánea, un Estado que

> puede calificarse de radicalmente económico, si tomamos el adverbio en sentido estricto: que su raíz es precisamente económica (2007: 108).

Los académicos también han demostrado cómo, una década entera después, el nacionalismo *Wohlstand* jugó un papel clave en la precipitación de la disolución rauda e incondicional de la RDA. En su momento, Habermas bautizó a esta dinámica, sarcásticamente, como "una nación unificada de ciudadanos DM (*Deutsche Mark*), enojados" (1991). De hecho, muchos disidentes políticos del Este soñaban con un socialismo genuinamente reformado y democrático. Sin embargo, las elecciones que sellaron la suerte de la RDA tenían la marca de promesas fantasiosas que empleaban la narrativa nacional de afluencia material universal. Esto, incluso cuando la misma narrativa ya se había vuelto prácticamente obsoleta, era una fantasía nostálgica más que un futurismo viable. Qué tan agrias se habían vuelto dichas promesas —y las expectativas a las que dieron pie— quedó en dolorosa evidencia en el tono acre con el que Helmuth, uno de los trabajadores sociales a quien acompañé durante mi investigación, alguna vez me platicó cómo, al eliminar una gruesa capa de carteles publicitarios que se habían acumulado a lo largo de los años sobre un anuncio espectacular de su vecindario, se reveló un anuncio de la campaña electoral de 1990 del CDU que prometía "¡Prosperidad para todos!" (*Wohlstand für alle!*). Helmuth meneó la cabeza con desdén.

De este modo, el fin de la Guerra Fría y la perspectiva que implicó sobre la cuestión nacional llegó en un momento histórico en el que, durante bastante más de una década, la interpretación dominante del orgullo patriótico en torno a la economía se había desmoronado lentamente. La difunta promesa de prosperidad universal, opacada desde mediados de la década de 1970 debido al incremento del desempleo

a largo plazo y a las tasas desvanecidas de crecimiento económico, echaron a andar una búsqueda de otros horizontes de identificación nacional.[14] De manera concomitante, en plena desaceleración económica ya no se podía imaginar a una gran población de residentes extranjeros como trabajadores temporales. En efecto, muchas personas percibían su continua presencia como una carga sobre la economía nacional. El accidentado encuentro con esta realidad que, lejos de representar una solución temporal a la escasez de mano de obra, apuntaba a una de inmigración permanente, llevó a la superficie como nunca antes las ideas latentes, perseverantes, de una nacionalidad etnocultural, y las colocó al frente y al centro de los debates públicos. De este modo, la caída del Muro de Berlín se encontró con el cuestionamiento de tabúes históricos aparentemente duraderos, así como con reconsideraciones de las narrativas nacionales que ya estaban en curso,[15]

[14] A partir de finales de los años setenta del siglo XX los investigadores han documentado un estable decrecimiento del empleo, un aumento del horario laboral, de las diferencias salariales, y del empleo temporal y a tiempo parcial; un debilitamiento de los sindicatos; un desmantelamiento progresivo de la protección laboral; y una segmentación de los destinatarios de prestaciones sociales. En tanto que una serie de estos fenómenos ya estaba en proceso antes de 1989, la reunificación tuvo un impacto de claro catalizador de éstos. Las tasas actuales de desempleo en Alemania, mientras que bajas en comparación con ciertos años de las últimas dos décadas y menores que en muchos otros países europeos, son, de cualquier forma, muy altas en relación con sus niveles anteriores a la década de 1980. La desigualdad de ingresos, según el índice de Gini, ha estado en aumento desde mediados de los ochenta; lo mismo ha sucedido con las tasas de pobreza. Sus consecuencias negativas han afectado a cohortes tales como los adultos mayores, los jóvenes, las mujeres, los inmigrantes y los residentes de los territorios de la ex RDA de manera desproporcionada (Knecht, 1999; Mayer, Diewald *et al.,* 1999; Pohl, 2000; Kapphan, 2002; Ludwig y Dietz, 2008; Hassel, 2010; Silvia, 2010; OECD, 2014; Statistisches Bundesamt, 2014). En años recientes, sin lugar a dudas, Alemania se ha vuelto la "fuerza motriz" económica de Europa, más que "el enfermo" del continente que fue durante mi trabajo de campo. Con todo, los contornos procesuales descritos arriba han continuado sin cesar, y la prosperidad universal permanece como una promesa muerta para muchos.

[15] De entre las expresiones más prominentes y controversiales de estos procesos, los académicos a menudo anotan la emisión, en 1979, de la serie televisiva de ficción *Holocausto*, de éxito sin precedentes, que muchos toman como heraldo de

aun cuando redefinió radicalmente tanto las apuestas como los términos de estos procesos. Las repercusiones ideológicas de la reunificación y la caída del comunismo se inscribieron dentro de un proyecto nacional ya afectado y fragmentado, que había visto disolverse en el aire sus orientaciones clave y que desesperadamente iba en pos de nuevas. De manera significativa, la confrontación con nuevas formas de marginalización social[16] implicó el desvanecimiento de la viabilidad no sólo de una temporalidad nacional de prosperidad material, sino, de manera inseparable, también de las expectativas y aspiraciones biográficas.

Nuevos pobres, viejos fantasmas

La interpelación para dar vida a un naciente imaginario nacional ha invocado aprehensiones respecto de las latentes y siniestras potencialidades que puede despertar, dando por resultado una compulsiva preocupación por mantener un férreo control sobre las fronteras del espectro político "legítimo". Estos procesos se han imbricado de manera inseparable con los temores públicos en torno a las poblaciones marginalizadas en aumento, desde los trabajadores despedidos de las generaciones anteriores hasta las cohortes más

una nueva época de rememoración de los crímenes del nacional-socialismo en Alemania; la visita del canciller Kohl y el presidente Reagan en 1985, durante el aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, al cementerio militar de Bitburg, donde se enterró a soldados de la Waffen-SS pese a una amplia protesta tanto en Alemania como en Estados Unidos; el *Historikerstreit* de finales de los ochenta que enfrentó a los intelectuales que argüían a favor de la comparabilidad entre las atrocidades nazis y las soviéticas, en contra de quienes insistían en que el nacional-socialismo y el Holocausto eran fenómenos únicos; y los constantes intercambios políticos surgidos en los años setenta, arreciados en los ochenta, respecto de si Alemania era o no un país de inmigración (*Einwanderungsland*). Véanse Habermas, 1988; Torpey, 1988; Olick, 1998; Huyssen, 2000; Eidson, 2005; Brubaker, 2009.

[16] Para una discusión de las tendencias en torno a la pobreza en Alemania contemporánea, véase Ludwig y Dietz (2008).

jóvenes que enfrentan prospectos disminuidos de integración a la fuerza de trabajo. La cuestión de cómo gobernar sus esperanzas y expectativas, sus apegos y aversiones afectivas, por lo tanto, se ha vuelto vital. Después de todo, cuando menos tal como indican las narrativas históricas dominantes, las masas desempleadas jugaron un papel principal dentro del elenco de personajes que catapultaron a los nazis al poder. En una perspectiva más amplia, la preocupación por la inquietud social ha dejado una marca indeleble sobre la historia innovadora y notablemente larga del Estado de bienestar en Alemania, que ya había empezado desde las experimentaciones decimonónicas de la colectivización nacional del riesgo, mediante el seguro social y la provisión de ciertas prestaciones. Incluso los neoliberales alemanes de la Escuela de Friburgo, cuya doctrina ordoliberal reverenciaba a los mercados competitivos y dominaba las políticas económicas de la posguerra en la RFA, insistieron en la indispensabilidad de un Estado fuerte que interviniera constantemente en la esfera social para suavizar el potencial destructivo de la "masificación" y de la "proletarización". El giro hacia el keynesianismo de finales de la década de 1960, que siguió a la llegada al poder de los socialdemócratas después de la primera recesión de la posguerra, comportó una expansión e intensificación de la preocupación estatal por el descontento social.[17]

[17] Los economistas de la Escuela de Friburgo, al tiempo que tenían un compromiso enfático con la infalibilidad de los mercados competitivos, rechazaron los supuestos de la libre regulación del *laissez faire* como algo supersticioso. En lugar de esto, ponían énfasis en las precondiciones sociales para la existencia de una libre competencia, que incluían la contención de las presiones económicas hacia la masificación, el empobrecimiento y la proletarización. Consideraban las consecuencias sociales irracionales del capitalismo como una amenaza a la sustentabilidad de los mercados liberales. Así, un orden económico resiliente debe ser tanto libre como humanamente aceptable. Para ellos garantizar las precondiciones sociales de la libertad económica y los mercados competitivos conformaba una tarea política continua que exigía la intervención constante de un Estado fuerte. Tal Estado funcionaría como el centro organizacional para mediar la interdependencia

Los temores públicos respecto de las potencialidades peligrosas que representan los nuevos pobres de hoy; las expectativas acerca de la figura de un Estado fuerte, paternalista, y los apegos con éste; así como los propios mecanismos gubernamentales ya disponibles para la intervención social y el aprovisionamiento de prestaciones, comparten estas genealogías históricas. Pero la naturaleza de las ansiedades que crean las formas emergentes de marginación social, al igual que los retos que éstas presentan a la nación alemana, están bien enraizados en el presente, como lo están también las respuestas contemporáneas que parecieran incitar. El manejo de esta amenaza da forma a una misión tentativa, nerviosa, difícilmente coherente, y, sin embargo, trascendental de gobernanza afectiva. Su elaboración, experimentación y desempeño caen bajo el dominio del Estado, si lo entendemos —como yo lo hago en este libro— como ampliado mucho más allá de sus fronteras formales, para incluir una serie de sitios institucionales, géneros discursivos y tecnologías políticas que propagan sus efectos ideológicos a lo largo de lo social (Gramsci, 1997 [1971]; Althusser, 1985; Trouillot, 2001). Se trata de un proyecto de gobernanza que se orienta a amplios públicos nacionales, buscando orquestar, inducir y desactivar un conjunto de disposiciones afectivas indispensables, pero potencialmente inflamables. Se dirige, por supuesto, a los apegos afectivos con aquellos futurismos de

---

de la esfera económica con las esferas política, social y otras. En la perspectiva ordoliberal, entonces, la libre economía es nada menos que una práctica de gobernanza (Rieter y Schmloz, 1993; Biebricher, 2011; Bonefeld, 2012). Oficialmente comprometida con una economía de mercado social ordoliberal, la política alemana occidental de la posguerra, de hecho, siempre incluyó cierta medida de instrumentos keynesianos y disposiciones de bienestar. El equilibrio tendió drásticamente hacia los principios de las políticas keynesianas a partir de 1967, en respuesta a la recesión y con la formación de una gran coalición que incluyó a los socialdemócratas. Esto incorporó la expansión de medidas redistributivas y de instrumentos de estabilización automática, tales como prestaciones por desempleo y financiación con déficit. Los efectos redistributivos del periodo fueron inmensos, como lo fue el aumento en gasto social (Schnitzer, 1972; Nachtway, 2013).

la era fordista, ahora no-viables, respecto de seguridad laboral, prosperidad material y patriotismo de consumo. Pero también tiene como objeto las afinidades hacia la figura de un Estado cuya soberanía y legitimidad están cada vez más bajo ataque. Esta figura en la actualidad enfrenta retos tanto desde abajo, mediante formas de rebeldía y desorden en las márgenes sociales y políticas, como desde arriba, mediante instituciones transnacionales de gobernanza —de manera más relevante, la Unión Europea— con credenciales democráticas cuestionables o inexistentes por completo. Al mismo tiempo, este proyecto de gobernanza afectiva debe prestar atención al atractivo de los imaginarios nacionales con los que compite, con sus figuraciones de narrativas históricas divergentes. Por último, y quizá de manera más importante, busca amoldar las relaciones afectivas a distintas formas de otredad, que se construyen en diversos momentos como culturales, religiosas, o étnicas en su esencia.

En esta obra entiendo las relaciones afectivas, a la vez, como objetos y efectos de la gobernanza. Pero también considero a los propios mecanismos de gobernanza como elementos cargados de apuestas afectivas. Tal perspectiva requiere dejar de lado las distinciones analíticas entre, por un lado, los afectos como intensidades putativamente autónomas, presociales, y, por el otro, sus cualificaciones mediadas subsecuentes como emociones expresables (véase Massumi, 1995). Mucho menos se suscribe a una noción de los afectos como potencialidades ilimitadas, emergentes, que anuncian la posibilidad de libertad de los regímenes sociales, de la mediación lingüística e institucional. En lugar de esto, en conversación con los escritos recientes en humanidades y en ciencias sociales, mi énfasis aquí se colocará en los proyectos sociales y políticos de regulación, generación y neutralización de los públicos afectivos. Me interesa, más aún, pensar sobre estos mismos proyectos como perseguidos por afectos que son, si a menudo no expresables por completo,

de cualquier forma siempre ya históricamente matizados. Yael Navaro-Yashin (2012), por ejemplo, describe cómo en el Chipre de la posguerra los afectos se inducían políticamente mediante los órdenes administrativo y legal. Navaro-Yashin explora cómo, a su vez, tales afectos se sedimentan en las materialidades de un paisaje cicatrizado y son mediados por éste. Desde una orientación muy distinta, Andrea Muehlebach (2012) ha documentado cómo, en la Italia neoliberal, los apegos pasados a las formas de trabajo fordistas se han incorporado a los regímenes de trabajo afectivo y de "ciudadanía ética" no remunerados. En éstos y en otros casos los públicos afectivos surgen como siempre ya marcados por "las maneras en competencia en las que se les emplea parcialmente a favor de proyectos sociales y políticos de valor" (Mazzarella, 2013). Sus contornos y su gobernanza en esta perspectiva indican ciertas sensibilidades históricas compartidas y son, en consecuencia, ideológicas y políticas desde el principio (Berlant, 2011), aun cuando puedan exceder cualquier marco particular. Tanto productores como lugares de afectos, las instituciones de gobernanza afectiva jamás se pueden reducir por completo a la supuesta racionalidad de la gubernamentalidad burocrática (Navaro-Yashin, 2012); siempre exudan, por así decirlo, cierto exceso en cuanto al cálculo racional. Operan con especial celo y dan pie a excesos particularmente palpables en el floreciente fondo de una topografía social cada vez más desigual y en los márgenes bullentes del terreno político; que es sólo una manera distinta de decir que las márgenes social y política son precisamente aquellos espacios en los que estos excesos se vuelven especialmente visibles.

Los jóvenes reunidos afuera del bar U-21 aquella noche de finales de mayo, con quienes abrí este capítulo, y los tipos de proyecto de gobernanza afectiva que gravitan en torno a ellos, cristalizan este encuentro contemporáneo en Alemania entre los nuevos pobres y los viejos fantasmas. Tome-

mos por ejemplo a Rene, un fornido *skinhead* a quien conocía sólo vagamente hasta entonces, pero quien me abordó y con entusiasmo planteó su idea para abrir un club juvenil para él y sus pares. Sin duda suponía que yo le podía ayudar a venderles la idea a los trabajadores sociales con quienes colaboraba. Su solicitud hacía alusión a un tropo común con el que los agrupamientos de la extrema derecha han buscado hacerse del apoyo entre la juventud. Según esta letanía el Estado había abandonado a sus jóvenes alemanes. En Treptow-Köpenick de Berlín, donde desarrollé mi trabajo de campo, los grupos organizados extraparlamentarios, así como los cuarteles generales federales del NPD que residen en el distrito, han desplegado dicha retórica de manera diligente y eficaz. La resonancia que ha alcanzado entre la juventud local echó a andar una campaña sostenida a favor de un "club juvenil alemán", incluyendo manifestaciones constantes, marchas y una solicitud al alcalde. Las personas en campaña exigían un local que acogiera en específico a los jóvenes extremistas de derecha. A muchos de ellos se les había prohibido entrar a los locales ya existentes, y con buenas razones, ya que su presencia en éstos no se percibía como amenazante de manera injustificada. Con el apoyo de expertos, de ONG y de trabajadores para la juventud, la municipalidad rechazó su petición rotundamente.

El rechazo a canalizar recursos públicos para patrocinar las actividades de diversión de Rene y sus amigos descansa sobre razones impecables, cuyo cuestionamiento no es mi finalidad plantear aquí.[18] No obstante, lo que tales negativas no reconocen son las razones por las que la campaña a favor

[18] En el pasado el patrocinio de establecimientos públicos para jóvenes extremistas de derecha no sólo ha significado el financiamiento público de locales excluyentes, intolerantes, sino que también ha resultado en el fortalecimiento de grupos nacionalistas locales, al proveerles de espacio e infraestructura para sus actividades; aun cuando, como a menudo había sido el caso, tales establecimientos se diseñaran para colaborar con la "normalización" de sus visitantes.

de un club juvenil alemán tuvo tan amplia resonancia por todo el distrito. Su éxito registraba las realidades sociales que mis informantes enfrentaban cotidianamente: ambientes domésticos inhabitables y en ocasiones peligrosos, en parte consecuencia del desempleo a largo plazo y del alcoholismo; un decreciente acceso a otros espacios y actividades, para cuya participación por lo general se exige un pago, y los prospectos de un futuro en los que tal posibilidad sigue decreciendo; y, no de menor importancia, un momento histórico en el que los recortes por austeridad y los esquemas de reestructuración presupuestal y administrativa[19] dan por resultado que los recursos públicos se vuelvan incluso más escasos, comprometiendo en particular la capacidad de atender las necesidades sociales en las periferias urbanas marginadas. La historia de Sylvia, la acérrima fanática del futbol, es ejemplar en ese sentido. Después de que clausuraran el club juvenil de su vecindario, donde pasaba la mayoría de sus tardes, un conocido la invitó a unírsele junto con sus amigos, una camarilla de extrema derecha de ultrafanáticos del futbol. Gradualmente superó a muchos de sus pares en dicho grupo, no sólo en cuanto a su fanatismo por el futbol, sino también en su entusiasmo por el NPD. Sin menoscabo de sus claros méritos, de este modo, las políticas de cero tolerancia pasan de largo el hecho de que las identificaciones políticas son menos un estado dado de cosas y más un dinámico proceso de consolidación. Por lo tanto, con frecuencia no tocan las fuerzas que jalan a algunos a los bordes de la derecha.

Las figuras de Sylvia, Rene y sus amigos simbolizan en la Alemania actual, al mismo tiempo, las masas supernumerarias y los indicios de un nacionalismo genocida. A lo lar-

[19] Durante mi trabajo de campo el gobierno de Berlín avanzó con tales reformas a lo largo de la ciudad bajo un plan general de reestructuración descrito como *Sozialraumorientierung* (orientación al espacio social) (Bezirksamt Treptow-Köpenick, 2005).

go de este libro veremos cómo se desarrolla su historia en la intersección de los esfuerzos monumentales por gobernar y domesticar a ambas amenazas, y seremos testigos de qué tipos de excesos invoca esta fusión. Lo que llamo en este libro "el manejo del odio" consiste en el extenuante trabajo de orquestar el encuentro entre ambos, el engendramiento compulsivo de los imaginarios públicos en torno a ellos y la implacable inversión en su represión cultural y excomunión política. El manejo del odio, sin duda, es en este sentido un ejemplo particular de lo que ya describí como gobernanza afectiva. Revela de maneras particularmente patentes, sin embargo, cómo los paradigmas supuestamente racional y economicista de gobernanza de hecho responden a escenarios muy distintos de conflicto político y contienda cultural. Tal como muestran los capítulos IV y V, el manejo del odio está particularmente interesado en gobernar la delincuencia de extrema derecha. No obstante, tal y como arguyo en los capítulos VIII y IX, también abarca un rango de prácticas e instituciones empeñadas en fomentar ciertas disposiciones afectivas y en obstaculizar otras, entre los llamados públicos de centro. Y en tanto que algunas constelaciones políticas específicas, así como los resultados electorales, puedan llevarlo en direcciones más o menos distintas, el manejo del odio en general conforma una tarea que trasciende los cambios en el poder parlamentario y persevera por encima de la llegada y caída de gobiernos y coaliciones.[20]

En Alemania el manejo del odio entendido de esta manera constituye un régimen realmente existente de gobernanza neoliberal que agrupa distintos discursos y prácticas,

[20] En el capítulo VIII describo algunos de los programas establecidos durante el régimen de coalición entre el SPD y el Partido Verde, bajo el liderazgo del canciller Gerhard Schröder, y explico cómo han persistido, pese a tener distintos nombres, a lo largo del gobierno conservador de la Unión Demócrata Cristiana, bajo la cancillería de Angela Merkel.

y que busca orquestar los afectos públicos. Las preocupaciones a las que responde se revelan saturadas de ansiedades de clase; en especial el capítulo V hace una pausa sobre los afectos posfordistas que la inundan. El manejo del odio, de manera concordante, se orienta con especial vigor hacia las periferias emergentes del capitalismo actual. En el contexto alemán, no obstante, sólo se puede entender en relación con la historia muy particular del siglo XX del país, como un modo colectivo de "aprender a vivir con los fantasmas" (Derrida, 1995). Dicho de otro modo, aparece como un proceso reflexivo de "hacerse nación" ubicado entre la vida y la muerte, entre el pasado y el presente, entre presencias espectrales y proyectos geopolíticos y culturales posteriores a la Guerra Fría, que incluyen el cambio de imagen de la República Federal de Alemania como un cosmopolita país de inmigrantes. Si Alemania carga ahora con las sombras de sus pasados tanto nacional-socialista como comunista, es en particular la primera la que ha generado una angustia intensificada y ha servido para movilizar a la acción pública. Es también el peso de este pasado, en gran medida, el que ha dado forma al manejo del odio como un campo de gobernanza atravesado por cierta excitación con lo obsceno, un deseo voyerista de ver precisamente aquello que se veda tan fuertemente, una serie de fantasías sobre el mundo oculto de los extremistas de derecha, en el que el fetiche del Estado se ata con el fetiche de la nación.

Asimismo, el encuentro incómodo en Alemania entre los nuevos pobres y los viejos fantasmas se incrusta en el interior de procesos que han transformado las posibilidades de formular y llevar a la práctica proyectos políticos a escala global de cuando menos dos importantes maneras. En primer lugar, una serie de autores han documentado cómo la mercantilización de cada vez más esferas de la vida en la era posfordista, evidente en la proliferación de identificaciones de consumo y en la diversificación de los segmentos de

mercado, ha significado una creciente colonización y fragmentación de lo social.[21] Describiré en el capítulo siguiente algunos de los efectos que dichos procesos han tenido sobre la extrema derecha en Alemania. Por ahora, notemos que los hábitos de consumo siempre más fragmentados han definido cada vez más el terreno para fabricar no sólo la diferencia cultural, sino también, y de manera inseparable, la diferencia política. En otras palabras, bajo el capitalismo tardío las culturas de consumo en propagación, presentes en el mercado, frecuentemente se han vuelto las modalidades definitorias para la articulación de las identificaciones políticas (Holmes, 2000; Comaroff y Comaroff, 2001).[22] La ironía en este punto, por supuesto, es que dichos procesos se han acele-

[21] De este modo, examinando el cambio de la política urbana a la comercialización, David Harvey ha discutido la relación posmoderna entre el poder del mercado, la diferenciación entre productos y la creciente fragmentación del espacio urbano (1998). Ana María Alonso ha descrito la "estetización" y mercantilización de la etnicidad y sus efectos sobre el espacio nacional (1994). Elizabeth Povinelli ha examinado las interrelaciones entre la ralentización económica, la mercantilización y el mercadeo de la cultura indígena en Australia, así como la amenaza que el multiculturalismo representa para el Estado y la nación australiana (1998). Fredric Jameson, desde un punto de partida distinto, ha sostenido que la mercantilización del capitalismo tardío ha llevado a una fragmentación posmoderna del sujeto, de la vida social y de la ciudad (1991). Andreas Huyssen, entretanto, ha atribuido la creciente fragmentación de la política nacional de la memoria, tanto en Alemania en particular como por todo el mundo en general, a su creciente comercialización y "musealización" bajo los recientes procesos de globalización económica (2000). Jean Comaroff y John Comaroff han argüido que el dominio del consumo a costa del borramiento de la producción, bajo el "capitalismo milenario", ha significado la fragmentación de la cultura y la política de clase, y el giro de la homogeneidad a la diferencia en el espacio del Estado nación (2001). Slavoj Žižek también ha identificado una creciente mercantilización de la política en la Europa actual (2006).

[22] Así, en la Lituania postsoviética la negociación de las identidades públicas contemporáneas y su relación con el presente político han procedido mano a mano con, por ejemplo, el renacimiento de las "salchichas soviéticas" que, pese a producirse en el oeste, se han vuelto la encarnación de una utopía de masas esfumada, que ahora vuelve en la forma de una opción de consumo (Klumbyte, 2007). En la Alemania posreunificación, como han notado muchos observadores, la bifurcación de la identidad nacional entre oriental y occidental ha dependido de —mejor aún, ha sido interpelada por— la creación de un mercado nostálgico de mercancías y

rado precisamente en un momento histórico en el que, a lo largo de gran parte del mundo (des)industrializado, las pujantes filas del nuevo "precariado" ven menguar tanto su capacidad de participación en identidades consumidoras como su capacidad de participar en luchas políticas con base en la posición de clase (Steinmetz, 1994; Harvey, 2001; *cf.* Balibar, 2004; Banks y Gingrich, 2006). En esta coyuntura la nación aflora como una alternativa al consumismo globalista y a la subjetividad mercantilizada, pero también como un nicho de mercado e identidad de consumidor para los económicamente excluidos.

Empero, en segundo lugar, la propia figura de la nación se ha fracturado de manera progresiva, algo muy lejano del proyecto homogeneizador que —si no siempre en la práctica, sí de manera suficientemente común como horizonte imaginado— era el sello distintivo del Estado nación moderno. El giro del "homogeneismo" (Blommaert y Verschueren, 1998) a la celebración oficialmente promovida de la diversidad (ya sea lingüística, étnica, religiosa, culinaria u otra), dentro del espacio nacional, denota ciertas reconfiguraciones en la relación del Estado nación en términos de lo que algunos han descrito como "multiculturalismo neoliberal" (Taylor y Gutmann, 1994; Žižek, 1997; Povinelli, 1998; Holmes, 2000; Hale, 2005; Jackson y Warren, 2005). Así, aun cuando algunos puedan esgrimirla como una panacea para la fragmentación de lo social, la nación misma ya aparece como un término particular dentro de un paisaje político heterogéneo. Conforme las reivindicaciones frente al Estado, lejos de desaparecer, se realinean bajo la forma de colectividades nacientes, la nación se vuelve, por ejemplo, el principio estructurante de nuevos vocabularios particularistas de derechos y discriminación —recuérdense las peticiones en torno a que la municipalidad estableciera un "club juvenil alemán"—. De manera

artefactos materiales de la época de la RDA (véanse, por ejemplo, Berdhal, 1999; Bach, 2005).

inseparable, como veremos en particular en el capítulo VI, la sociedad civil surge en este contexto como la panacea para suturar las astillas de lo social (Comaroff y Comaroff, 2001). Y mano a mano con el ascenso de la sociedad civil han surgido formas de incivilidad y desorden como sitios privilegiados para visibilizar al Estado y como criterios para evaluar el estado de la nación (Comaroff y Comaroff, 2006). Las repercusiones de tales giros son evidentes en el compulsivo redelineamiento de las distinciones políticas que marcan y excluyen a la derecha extrema en Alemania. Esto se hace patente, también, en la manera en que mis informantes articulan y actúan sus seres políticos.

En las calles de Treptow-Köpenick

Mientras que a lo largo de este libro analizo una variedad de fuentes, los grupos con los que pasé tiempo en parques, estaciones de ferrocarril y estadios de futbol en las orillas surorientales de Berlín son su núcleo etnográfico. Los grupos difusos y desorganizados, como aquellos a los que pertenecen mis informantes, han jugado un papel clave en el surgimiento del extremismo de derecha después de la reunificación, y en especial en el aumento de la violencia política y racista. Su naturaleza ha frustrado los métodos convencionales de investigación en las ciencias sociales sobre la extrema derecha, que tienden a enfocarse analíticamente en partidos políticos, estructuras organizativas, discursos ideológicos, comportamiento electoral y líderes carismáticos. No obstante, debido a una serie de razones, también ha impedido su estudio etnográfico. Quizá lo más fundamental resida en que la criminalización y la naturaleza prohibida de estos grupos han supuesto que sus integrantes a menudo vean con sospecha a los extraños (de manera no del todo injustificada), dificultando así el acceso a ellos. Aun así, dada la

amplia investigación antropológica en escenarios desafiantes y en ocasiones peligrosos, el hecho de que hasta donde estoy enterado no se haya llevado a cabo trabajo de campo etnográfico semejante hasta la fecha, sin duda se debe, también, a la aversión moral que provocan los grupos con los que tuve oportunidad de trabajar.[23] Sea como fuere, mientras emprendía este proyecto encontré pocas sugerencias en la literatura existente sobre cómo superar los dilemas éticos y metodológicos que el mismo implicaba, el más urgente de los cuales era la cuestión del acceso.

La investigación preliminar del verano de 2003 sugirió que los trabajadores sociales de calle, que atendían a los grupos en los que estaba interesado, quizá podían ayudarme. Pero no fue sino hasta que regresé a Berlín, en agosto de 2004, y conocí a Andrea, Daniela y Helmuth, que comencé a palpar cuán provechosa sería esta ruta. A lo largo de los siguientes 16 meses los acompañé de manera regular a sus rondas cotidianas por el sureste de Berlín, donde me presentaron a sus clientes, jóvenes extremistas de derecha. Helmuth, el mayor de los tres, tenía 36 años cuando lo conocí; un hombre corpulento cuyo intelecto autodidacta, erudición local e imaginación creativa dieron para innumerables conversaciones fascinantes e informativas. Hijo de una familia muy cercana al partido en el poder, el SED,[24] estaba a punto de graduarse del curso para oficial de la tropa fronteriza en 1989 cuando, como lo expresó, "todo lo que había sido mi vida hasta entonces se volvió absolutamente inútil". Con todo, Helmuth asocia los sucesos de aquel año con una embriagante sensación de emancipación, primordialmente de sus

[23] Los estudios etnográficos en esta área, relativamente escasos, al tiempo que son excelentes por derecho propio tienden a depender de fuentes altamente mediadas, tales como las representaciones que hacen los medios, el análisis de discurso, sitios web o, en el mejor de los casos, entrevistas estructuradas (Holmes, 2000; Gingrich y Banks, 2006).

[24] El Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (Partido Socialista Unificado de Alemania) era el partido gobernante en la RDA.

Mapa 1. *División territorial de la ciudad de Berlín, Alemania*

propios yugos ideológicos. Desempleado, su título académico carente de validez,[25] trabajó en empleos diversos hasta volverse un trabajador social de calle en 1994. Andrea, de 33 años, alta y con cabello largo, castaño, pasó gran parte de su infancia en el extranjero con sus padres, que eran diplomáticos de la RDA. Su extraordinario sentido de la compasión, una integridad personal sin tachas y una ternura íntima le ganaron grandes afectos entre los jóvenes a quienes atendía. Después de la reunificación, su diploma de gerente de empresas no fue reconocido, y la compañía para la que trabajaba cerró; posteriormente, tomó varios empleos de bajo nivel. Con el tiempo concluyó que sus talentos y ambiciones quedarían frustrados si no mejoraba su situación académica. Se graduó de un programa de trabajo social en 2000, para emplearse como trabajadora social de calle de inmediato; durante la época de mi investigación se encontraba estudiando para obtener una segunda carrera en Criminología. Daniela, de 26 años, proveniente de un pequeño poblado en Brandeburgo, al noroeste de Berlín, llevaba su rubia cabellera en una cola de caballo y su pálida piel lucía coloridos tatuajes que atestiguaban su amor por la música. Una y otra vez su astuto juicio crítico de las personas y su habilidad para detectar la situación total a partir de los exiguos indicios que sus clientes y mis informantes a menudo ofrecían, me dejaba sin palabras. Daniela entró a la escuela preparatoria ya después de la reunificación. Su trayectoria educativa y profesional, por lo tanto, no se vio truncada por la caída de la RDA del mismo modo en que les sucedió a sus colegas de más edad. Después de la preparatoria se mudó a Berlín para estudiar Educación social. Conoció a Helmuth y a Andrea cuando aún era estudiante; la reclutaron para su equipo en 2001.

[25] Las credenciales académicas obtenidas en la RDA a menudo no se reconocieron después de la reunificación.

Los tres trabajaban para Gangway, entidad independiente de trabajo social de calle. La organización se fundó en 1990 y, durante mi investigación, empleaba a unos 50 trabajadores sociales en equipos de tres o cuatro personas, distribuidos a lo largo de la mayor parte de los distritos de Berlín. Gangway recibía parte de su financiamiento del gobierno de la ciudad y otra parte de las municipalidades distritales. Helmuth, Andrea y Daniela trabajaban bajo contratos semianuales con el distrito de Treptow-Köpenick. Se enfocaban en grupos de jóvenes marginados socialmente, con predominancia de extremistas de derecha, que se congregaban cotidianamente en diversas localidades exteriores. Cuando les presenté mi proyecto y les pregunté si me permitirían acompañar a su equipo para conseguir acceso a los grupos de sus clientes, acogieron con agrado la idea. De hecho, a lo largo de mi trabajo de campo hicieron más de lo esperado para ayudarme en la investigación de otras incontables maneras. Con el paso del tiempo nuestro arreglo se hizo más flexible: me encargaban que llevara a cabo diversos mandados con sus clientes por mi cuenta, y progresivamente llegaba a Treptow-Köpenick de manera independiente para pasar el rato con mis informantes.

Treptow-Köpenick es el distrito más grande de Berlín; se extiende sobre casi 20% de la tierra firme de la ciudad. Los bosques y las pintorescas extensiones acuáticas componen alrededor de una tercera parte de su superficie, y su paisaje rebosa los disonantes contrastes de la capital alemana reunificada: desde el viejo pueblo pintoresco de Köpenick en la Isla de la Juventud, o las bucólicas playas de arena y anchos canales de los ríos Spree y Dahme, a la brillante arquitectura contemporánea de la recientemente instaurada "Ciudad de la Ciencia" en Adlershof, los desgarbados vecindarios residenciales de altos edificios de la era comunista en Altglienicke, la vasta y sobrecogedora arcada del Monumento de Guerra soviético, o los largos tramos de ruinas indus-

triales dilapidadas. El poblamiento de la zona tuvo un auge con la rápida industrialización de finales del siglo XIX, y desde entonces ha sido escenario de la yuxtaposición de algunas de las élites sociales de la ciudad y familias de buenos ingresos con amplias poblaciones trabajadoras, estas últimas en gran medida concentradas en su mitad sureña, Treptow, donde llevé a cabo mi trabajo de campo.

Los socialdemócratas (SPD) y el Partido del Socialismo Democrático (PDS) han dominado la política local del distrito con constancia. Durante bastante más de una década, no obstante, Treptow-Köpenick también se ha hecho de cierta mala fama debido a la presencia de corrientes de extrema derecha. Alberga los cuarteles generales del NPD, que ha logrado algunos de sus mejores resultados electorales en el distrito, en particular en las mismas áreas sobre las que los trabajadores sociales centraban sus esfuerzos. Algunos grupos organizados, militantes, extraparlamentarios (a partir de ahora, *Kameradschaften*), también han estado activos en el distrito. Los trabajadores sociales tenían lazos muy cercanos con algunos de sus miembros, quienes perseveraban en sus actividades pese a la prohibición oficial de sus grupos por ser organizaciones anticonstitucionales, según lo informó el ministro del Interior de Berlín en 2005. Además, el distrito ha sido testigo de manifestaciones constantes de extremistas de derecha y de una incidencia significativamente superior al promedio de ataques violentos, en ocasiones grotescamente brutales. Mis pesquisas me llevaron a conocer a varios de los perpetradores. No menos importante, los simpatizantes de la extrema derecha en Treptow-Köpenick se beneficiaban de la hospitalidad de diversos establecimientos —bares, restaurantes, tiendas— que les atendían, que dependían de su patrocinio y que les ofrecían infraestructura para la diversión, el consumo y, en ocasiones, para sus reuniones clandestinas. Ya fuera en compañía de Helmuth, de mis jóvenes informantes o por mi cuenta me propuse

frecuentar la mayor parte de estos locales durante mi investigación.

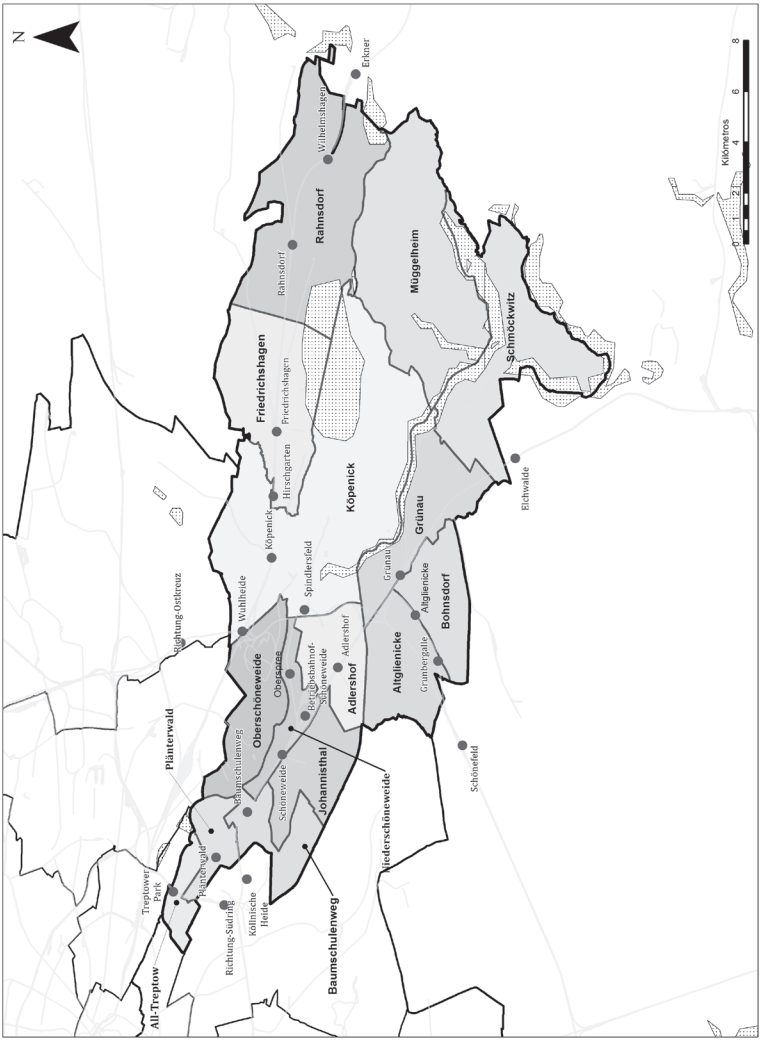
Mi trabajo de campo, sin embargo, no se enfocó ni en partidos políticos ni en células clandestinas, sino en los grupos relativamente difusos y dinámicos que se reunían en una serie de sitios exteriores, y cuyos miembros atendían los trabajadores sociales. Debido a su composición bastante heterogénea, sólo puedo ofrecer una gruesa descripción de sus contornos generales. Mixtos en cuanto a género, sus edades variaban entre la adolescencia tardía y la adultez joven. Sus perfiles socioeconómicos, en líneas generales, iban de una indigencia marginal a sólidas unidades domesticas de clase trabajadora, y sus niveles educativos de deplorables a bajos. Muchos padecían escenarios domésticos precarios, con padres violentos y abusivos, alcohólicos o negligentes. A su vez, la violencia, el alcoholismo y la delincuencia eran preponderantes entre sus filas, y una porción significativa, en especial entre los hombres, ostentaba historiales delincuenciales por ofensas tanto menores como serias: robo y hurto a tiendas, ataques físicos y daño a propiedad ajena, incendios ocasionados a propósito y violación a la propiedad privada, posesión de armas ilegales y evasión de deudas, o una gama de transgresiones contra las leyes que gobiernan las "cuestiones" extremistas de derecha que detallo en el capítulo IV. Pocos tenían un empleo remunerado y la mayoría dependía de los estipendios estatales. Los más afortunados se abrían paso en programas de capacitación vocacional financiados por el gobierno, pero sus prospectos de obtener puestos asalariados parecían reducidos. Virtualmente todos provenían de unidades domésticas de Alemania Oriental, cuyos miembros adultos a menudo han estado desempleados durante gran parte de las últimas dos décadas. El racismo y el nacionalismo xenofóbico eran profundos y extendidos entre ellos; sin embargo, su conciencia en torno a la política formal era, a falta de una mejor palabra, sor-

prendentemente rudimentaria —varios de mis informantes, por ejemplo, no podían nombrar correctamente al canciller alemán del momento—. Sólo un puñado habían participado en grupos políticos organizados o asistido a manifestaciones.

Los trabajadores sociales atraían a estos grupos con diversas ofertas de diversión subsidiada —salidas al cine, visitas al boliche y al billar, excursiones al campo, talleres de *grafiti*, etc.— para romper su sosa rutina, pero, antes que nada, como piedra angular para ganarse su confianza y para consolidar relaciones que permitieran una consejería individual a largo plazo. En dicha consejería tocaban un amplio espectro de necesidades: capacitación vocacional y solicitudes de empleo, atención a la salud, búsqueda de apartamentos, servicios legales, asesoramiento en procedimientos penales, orientación para manejar las burocracias estatales laberínticas o para obtener beneficios sociales y otras prestaciones. Además de las largas horas en los lugares de reunión de sus clientes, los trabajadores sociales se trasladaban casi cotidianamente entre oficinas de bienestar social, de empleos y juveniles, tribunales y hospitales, cárceles y abogados. Todo esto representaba, en el mejor de los casos, una noción bastante laxa de rutina laboral. No obstante, de nuevo en términos generales, nos reuníamos temprano por la tarde en la oficina, ubicada en el sótano de un centro comunitario, para coordinar y planear el itinerario del día laboral y para terminar diversas tareas administrativas. De ahí nos desplegábamos hacia varias ubicaciones exteriores, de vez en cuando para asistir a reuniones previamente acordadas con ciertos individuos, pero más a menudo para "estar por ahí", conocer a nuevas personas, saber qué pasaba con las ya conocidas, planear actividades grupales, recolectar información o discutir exhaustivamente los problemas personales de los clientes. La naturaleza abierta de nuestras visitas, los itinerarios irregulares y las dilatadas horas de parloteo aza-

roso ofrecían excelentes oportunidades para llevar a cabo vastas observaciones y tener charlas espontáneas con los grupos que me propuse estudiar. Pero los trabajadores sociales, ellos mismos cada vez más objeto de mi investigación, también constituían, por derecho propio, una espléndida fuente de información sobre los jóvenes que atendían, ya que poseían un conocimiento minucioso de sus bagajes biográficos, redes sociales, historiales delincuenciales y orientaciones políticas.

En gran medida, al igual que los grupos que encontramos aquí, las localidades que visitamos presentaban una geografía cambiante y difusa. No obstante, asistíamos en especial a tres áreas con una alta incidencia de grupos socialmente marginados de jóvenes extremistas de derecha. Las tres se ubicaban en Treptow, la parte sureña del distrito, zona golpeada con particular dureza por la casi total desindustrialización que siguió a la reunificación, donde surgieron varios sitios como puntos de encuentro regulares para tales personas. El primero, un área residencial tipo *plattenbauten*, conocida coloquialmente como "el gueto", mostraba de manera más patente el impacto devastador del estancamiento económico y del desempleo desenfrenado. Se trata de un sitio que alguna vez estuvo convenientemente próximo a lugares de trabajo, pero cuya ubicación en las fronteras de la ciudad lo convirtió en un enclave aislado, desvinculado de la geografía urbana actual de producción y consumo. Bajo las incontables ventanas de torres grises, las bancas y las plazas públicas se volvieron territorio de adultos desempleados a largo plazo y de jóvenes abyectos. Los últimos presentaban una miseria más aguda y niveles educativos más bajos que en cualquier otra zona del distrito; muchos votaban por el NPD. Un segundo sector incluye a los vecindarios de Johannisthal y Schöneweide, en el corazón de Treptow; a éste no le va tan mal como al "gueto" debido a su ubicación central e integración superior a la infraestructura urbana. Los lugares



Mapa 2. *Treptow-Köpenick*

exteriores de reunión favoritos en Johannisthal y Schöneweide incluían un parque, una serie de zonas de juegos y una zona industrial abandonada. Pero estos dos vecindarios también ofrecían una selección relativamente abundante de establecimientos de consumo, de entretenimiento y de diversión que los jóvenes extremistas de derecha frecuentaban de rutina. También fungían como territorio central para algunos de los grupos y de los activistas más militantes de la ciudad. Por último, la tercera zona consiste en los alrededores de la estación ferroviaria Grünau, en el sureste de la ciudad, la cual funciona como un centro periférico de transporte que vincula la carretera, el tren, los tranvías y numerosas líneas de autobuses. En marcado contraste con las primeras dos zonas que describí, pocos de los jóvenes que se reunían en Grünau residían cotidianamente en el vecindario; así, sus grupos conjuntaban círculos sociales flexibles de todo el distrito. Un acérrimo grupo de fanáticos ultras del equipo de futbol local, el Union, no obstante, servía como núcleo social bastante estable.

Mi entrada al campo a la par de los trabajadores sociales dio forma a mi investigación de manera importante. En cierto nivel, sin duda, sus jóvenes clientes me percibían como distinto de los trabajadores sociales. Con el paso el tiempo, establecí relaciones personales con mis informantes, estuve cada vez más con ellos de manera independiente y participé en actividades que claramente transgredían los límites del trabajo social, como acompañarlos a partidos de futbol, a salidas de fin de semana o a pasar la noche bebiendo cerveza en sus departamentos o en sus lugares de reunión. Asimismo, mi extranjería contrastaba claramente con la sofisticada erudición local de los trabajadores sociales. Pese a la sospecha inicial que ocasionó mi identidad extranjera, poco a poco ésta se volvió un factor positivo, ya fuera que mis informantes buscaran poner a prueba su competencia en inglés, hicieran preguntas sobre la vida en Estados Unidos o

se enorgullecieran de mi apoyo a su equipo de futbol local. De manera más significativa, quizá, a menudo percibí que me beneficiaba del papel del extranjero "que viene hoy y se queda mañana", ya que, tal como Georg Simmel (2002: 654-655) dijo alguna vez, se expresan "maravillosas confidencias… revelándole cosas que se mantienen cuidadosamente ocultas a las personas más próximas". En el contexto alemán, esto significaba que mis informantes expresarían opiniones que, debido al potente tabú que les rodea, sería menos probable que le confiaran, digamos, a un investigador alemán.

El lugar fundamental del trabajo social de calle como mediación de mi investigación, a la vez, implicó tener un centro de atención empírico sobre espacios exteriores, espacios públicos, grupos en desventaja y poblaciones jóvenes.[26] En un nivel más profundo, sin embargo, las muchas horas que los trabajadores sociales y yo dedicamos a recorrer las calles de Treptow o a transportarnos entre sitios facilitaron mantener conversaciones con ellos no sólo sobre mis informantes, sino también respecto de una cantidad de otros temas críticos para mi investigación, desde el legado de la reunificación al estado actual del nacionalismo alemán en general. Como interlocutores constantes, sus palabras me ofrecían

[26] Nada de esto implicó una exclusión absoluta de otras perspectivas. La primacía del espacio público en el trabajo social de calle, por ejemplo, no descartó tener vislumbres de los sitios privados, ya fuera durante visitas a domicilio con citas individuales, con el propósito de entregar o recolectar documentos, para colaborar con la instalación de apartamentos o para pasar una velada platicando y escuchando música. De manera similar, aunque los grupos eran en gran medida de clase baja, su composición era heterogénea e incluía también a individuos con mejor posición económica. Con todo, al grado en que los espacios privados interiores estuvieron bajo mi escrutinio, se trató predominantemente de los departamentos de individuos que pasaban gran parte de sus ratos de entretenimiento en el exterior. De manera semejante, el prestar atención a grupos socialmente marginalizados me puso en contacto con los círculos sociales de los que formaban la mayor parte. Asimismo, los informantes de mayor edad a quienes conocí fueron a menudo adultos que mantenían relaciones significativas con gente más joven.

perspectivas frescas que en sí mismas exigían análisis. Cuanto más se revelaba su propio rol crucial en el manejo del odio, más se volvían informantes clave para mi estudio. Por razones de claridad en la exposición, y para poder distinguirlos de sus jóvenes clientes (mis "informantes"), me refiero a ellos a lo largo de esta obra como "los trabajadores sociales".

II. ESTE Y OESTE, DERECHA E IZQUIERDA

La proliferación de identidades de consumo del capitalismo tardío, el surgimiento posfordista de nuevas formas de trabajo precario y de marginación social, los cambios recientes en los imaginarios nacionales y en las narrativas históricas, y, quizá de manera más significativa, el impacto sísmico de la reunificación, han dejado marcas palpables sobre la extrema derecha alemana, de diversas maneras. En este capítulo examino algunos de estos desarrollos, mismos que han dado nueva forma a la extrema derecha en Alemania a lo largo del último par de décadas, pausando en específico sobre el legado contemporáneo de la división Este/Oeste en la era posreunificación, sobre su importancia política a nivel nacional y, de manera más específica, para los jóvenes con quienes trabajé. No obstante, el extremismo de derecha en la Alemania actual también debe entenderse en relación con un paisaje más amplio de tendencias nacionalistas y de extrema derecha, continental y en transformación, así como con los procesos continuos de los que ha surgido. Por lo tanto, y ya que no aspiro a ofrecer una evaluación extensa e integral del extremismo de derecha europeo,[1] abro el capítulo con una breve discusión de algunas importantes tendencias recientes que han reconfigurado al nacionalismo de extrema derecha a lo largo del continente en las últimas décadas, de cuyo impacto no ha escapado el contexto alemán.

[1] Para algunos estudios comparativos de los desarrollos recientes en la política nacionalista de extrema derecha en Europa, véanse Holmes, 2000; Gingrich y Banks, 2006; Kalb y Halmai, 2011; Mammone, Godin *et al.,* 2012b; Mammone, Godin *et al*., 2013b.

Si, tal como vimos en el capítulo anterior, la categoría de "extremismo de derecha" sufre de una aguda falta de precisión en Alemania, cualquier discusión sobre el nacionalismo europeo de extrema derecha inevitablemente agrupa una abrumadora heterogeneidad de formas y procesos. Después de todo, uno podría, con razón, cuestionar la viabilidad analítica, así como la pertinencia, de colapsar en la misma categoría los primeros triunfos del Frente Nacional en el sur de Francia, marcados como lo estuvieron por el legado de la descolonización y por una nostalgia orientalista del imperio (Veugelers, 2012), con el localismo regionalista y el proyecto secesionista de la Lega Nord en el norte de Italia (Stacul, 2006; Bulli y Tronconi, 2012); o la cruzada chovinista de Pim Fortuyn en defensa de los valores holandeses de la democracia, la tolerancia y la libertad (Sunier y Ginkel, 2006) con la polarización política en Bélgica, entre un Frente Nacional inspirado en Francia, presente en especial en la económicamente deprimida Wallonia de habla francesa, y la flamenca Vlaams Belang del relativamente próspero norte, con su fuerte énfasis en un nacionalismo definido por la descendencia étnica y la consanguineidad biológica (Jamin, 2012).

No obstante, el nacionalismo de derecha a lo largo de Europa porta el sello de ciertos procesos recientes similares entre sí, aunque no siempre del mismo modo, en la misma medida o con los mismos efectos. Numerosos académicos, por ejemplo, han unido el importante incremento de los movimientos de extrema derecha en lugares tan distintos como Inglaterra, Hungría, Suecia, Rumania o los Países Bajos, con las cambiantes configuraciones de pertenencia de clase y con las inseguridades y desigualdades socioeconómicas en aumento (Pred, 2000; Gingrich, 2006; Sunier y Ginkel, 2006; Goodwin, 2008; Shoshan, 2008b; Kalb, 2011; Petrocivi, 2011; Jaschke, 2013). En este sentido, la situación de posprosperidad que describí para Alemania no es completamente única. Tal como Don Kalb ha señalado (Kalb,

2011), tanto en Europa del Este como del Oeste las narrativas nostálgicas han servido como referencia de experiencias traumáticas de la desposesión que acompaña a los procesos de neoliberalización. En ocasiones tales narrativas expresan la pérdida de condiciones reales de seguridad laboral y bienestar, mientras que en otras captan el desvanecimiento de futuros imaginados, ya fueran utopías socialistas o el confort y la opulencia capitalistas. Por todo el continente a menudo se les ha significado políticamente en términos nacionalistas (Kalb y Halmai, 2011). Contra el escenario de una extensa desindustrialización y el progresivo desbaratamiento de la clase obrera europea, e inducido por la aparente incapacidad de la izquierda política de articular respuestas alternativas a estos procesos, el nacionalismo ha surgido como un horizonte cada vez más atractivo como su marco interpretativo (Holmes, 2000: 103-162). En algunos casos, por ejemplo en Gran Bretaña y en Alemania, se ha anclado un fuerte énfasis en el Estado de bienestar como centro de la política nacionalista contemporánea. De manera más común —y a menudo en paralelo—, los nuevos nacionalismos europeos han ofrecido vocabularios mediante los que tales ansiedades socioeconómicas podrían formularse como preocupaciones culturales (Banks y Gingrich, 2006).

La creciente culturalización de la política en Europa, tanto como en cualquier otro lugar, y la progresiva evacuación del lenguaje en torno a la clase de los discursos políticos convencionales han complementado un proceso paradójico: por un lado, y no sólo en Alemania, en la actualidad se observa un giro general hacia principios de ciudadanía fundamentados en *jus soli* (Miller-Idriss, 2006); mientras que, por otro lado, cruzando a la extrema derecha europea, las nociones etnoculturales de la nacionalidad parecen haber marginado, gradualmente, a otros imaginarios (por ejemplo, el imperial, el territorial, el multicultural). Ambos desarrollos, en apariencia contradictorios, han proseguido bajo el signo de diver-

sos procesos de transnacionalización, de entre los que la europeización ha ejercido una influencia especialmente destacada sobre la política nacionalista en décadas recientes (Banks y Gingrich, 2006). En la actualidad, sin lugar a dudas, la oposición indignada ante la constante integración en la Unión Europea (UE), entre la extrema derecha europea, se ha vuelto un lugar común. Pero los nacionalismos más tempranos —incluidos el nacional-socialismo y el fascismo italiano— incorporaron sólidas tendencias paneuropeas (Mammone, Godin *et al.,* 2013a). Más recientemente, los movimientos de extrema derecha en algunos casos han albergado relaciones ambivalentes y cambiantes respecto del proyecto de la UE, en especial en sus primeras fases. El Partido de la Libertad de Austria, por ejemplo, ha apoyado la europeización con entusiasmo incluso a finales de la década de 1980 cuando, en una nítida reforma, que incluyó también el giro del panalemanismo a un claro nacionalismo austriaco, se reinventó como un crítico vociferante de la UE (Fillitz, 2006). La derecha secesionista, regionalista, del norte de Italia ha mantenido una orientación ambigua respecto de la integración europea, en la que sus miembros han visto el potencial para labrar parcialmente la soberanía del Estado nación, y redistribuirla hacia regiones subnacionales (Bulli y Tronconi, 2012). De manera cercana, el predominio abrumador de los nacionalismos etnoculturales entre la extrema derecha europea actual (Banks y Gingrich, 2006; Gingrich, 2006) ha eclipsado a otras ideas de pertenencia nacional, desde el republicanismo secular hasta el imperialismo multirracial. Mientras que los nacionalistas de derecha han mantenido en líneas generales un ataque concentrado contra la usurpación de la UE sobre la soberanía nacional (por ejemplo, en Sunier y Ginkel, 2006), la europeización también ha apuntalado un emergente nacionalismo europeo de extrema derecha en la figura de un integralismo paneuropeo (Holmes, 2000) o de una Europa etnopluralista de patrias (Mammone, Godin *et al.,*

2012a; Mammone, Godin *et al.,* 2013a; Von Mering y McCarty, 2013). En particular, como están relativamente bien representados en sus órganos políticos de elección (y en especial en el Parlamento Europeo), la propia UE se ha vuelto una fuente significativa de financiamiento para tales movimientos. Las maneras en las que la europeización ha contribuido, por lo tanto, a un régimen de exclusión racial no han pasado inadvertidas entre sus críticos de izquierda (véase, por ejemplo, ENAR, 2005).

Al mismo tiempo, en tanto que la europeización ha implicado nuevos regímenes de exclusión, la hostilidad generalizada de la derecha extrema europea ante la integración y expansión de la UE ha sido inseparable de la problemática única que actualmente atraviesa y une a los diversos nacionalistas del continente de manera categórica: la política de la inmigración. Dada la libertad de movimiento y residencia dentro de la UE, así como la ausencia de cualquier política inmigratoria europea consistente (Jaschke, 2013), se ha percibido —de manera correcta— que la integración compromete críticamente la capacidad de los países miembros de establecer los términos de sus propias políticas inmigratorias, como Estados nación soberanos, de manera efectiva. Entretanto, el empuje territorial de Europa hacia el este y hacia el sur, y en especial la cuestión de la solicitud de Turquía para ser miembro integral de la UE, han servido de bandera de lucha para los extremistas de derecha de cualquier matiz y se han desplegado provechosamente para avivar una gama de ansiedades xenofóbicas. Como la más alta prioridad de manera virtualmente indiscutida entre los nacionalistas de extrema derecha, en casi cada uno de los países europeos en la actualidad (véanse, por ejemplo, Fillitz, 2006; Gingrich, 2006; Hervik, 2006; Sunier y Ginkel, 2006; Bulli y Tronconi, 2012; Jamin, 2012) las políticas de inmigración también se han visto fuertemente dominadas por discursos islamofóbicos. Tal como el siguiente capítulo dejará en claro

para el caso alemán, la islamofobia no sólo se ha vuelto una bandera política que une a las voces de diferentes extremistas de derecha, sino que también es un hilo que cruza los imaginarios políticos de los llamados públicos convencionales, entre quienes se ha interpretado a los musulmanes inmigrantes como una amenaza a la civilización, respecto de una serie de valores supuestamente occidentales, europeos, y compartidos (Asad, 2003b; Bunzl, 2005; Mammone, Godin *et al.*, 2012a; Von Mering y McCarty, 2013). A menudo, tales escenarios de cataclismo contra la civilización vinculan ansiedades del marco cultural sobre la inmigración musulmana con temores socioeconómicos de un creciente desempleo y menguantes prestaciones sociales, así como con tropos de criminalidad y de (in)seguridad (Holmes, 2000; Pred, 2000; Banks, 2006). De este modo, se interpreta a los inmigrantes (en particular a los musulmanes) no sólo como culturalmente inconmensurables, sino también como parasitarios en el marco social, e incorregiblemente criminales. En el capítulo III exploraremos en detalle cómo esta triple significación del inmigrante amenazador —como una otredad cultural siniestra, como un conjunto de predisposiciones delincuenciales esencializadas y como un parasitismo en cuanto a las prestaciones sociales— domina el discurso xenofóbico de los jóvenes extremistas de derecha con quienes trabajé en Treptow-Köpenick.

Joven, nacional, social

En Alemania, sin embargo, la reunificación y la sombra del nacional-socialismo han influido para que la extrema derecha se oriente hacia ciertas direcciones específicas. En Alemania Oriental, y sin menoscabo de las negativas oficiales, los grupos neonazis ya estaban activos a principios de la década de 1980 (Wagner, 2001; Bugiel, 2002). Dichos grupos

surgieron en las orillas de escenarios subculturales ya marginalizados (*punks*, *hooligans*, *skinheads*); en comparación con sus correligionarios occidentales estaban mal organizados y el número de sus integrantes era insignificante. El Estado los calificaba y los trataba —como lo hizo con los *punks*, los *hooligans* y los *skinheads*— simplemente como *asoziale* (asociales), una categoría por defecto para inadaptados sociales en contra de quienes las medidas represivas incluían, por ejemplo, la prohibición de residir o ingresar en Berlín, el encarcelamiento y, ocasionalmente, los intercambios llamados *freigekauft* (literalmente "compra de libertad") en los que la RFA pagaba a la RDA con moneda occidental para entregar a los presos políticos.[2] Después del ataque perpetrado por una muchedumbre de *skinheads* neonazis en un concierto *punk* en 1987, el gobierno finalmente se vio forzado a reconocer la presencia de elementos "fascistas" en su territorio. Aun así, la RDA no carecía ni de discriminación institucionalizada ni de racismo cotidiano, pero fue sólo después de 1989 que el acoso verbal y la violencia física contra inmigrantes aparecieron como un problema significativo. Tal como recordó un hombre de origen etíope que llegó a la RDA como estudiante en 1980, y que actualmente encabeza un centro intercultural local en Berlín del Este:

> [...] entonces llegó la transición [*Wende*, *i.e.*, 1989]. Realmente, eso es. Y la transición fue difícil para nosotros, porque esas personas que nunca tuvieron contacto alguno con los extran-

[2] Comenzando a finales de la década de 1960 y hasta 1989 Alemania Occidental "compró" unos 34 000 prisioneros de la RDA, por un total calculado entre 3.5 y 8 miles de millones de marcos alemanes. La categoría de "presos políticos", no obstante, no existía en la RDA (que los clasificaba simplemente como delincuentes) y se trataba, más bien, de una imputación de la RFA. Entre los prisioneros también había neonazis, algunos de los cuales —como los hermanos Peter y Frank Hübner, y el rockero neonazi Arnulf-Winfried Priem— volvieron a residir o a participar en el activismo político en el Este después de la reunificación (Hasselbach y Bonengel, 2001: 110; Jaschke, Rästch *et al.,* 2001: 125-129).

> jeros, cuando obtuvieron su libertad, acosaron abiertamente a la gente en la calle. Fue entonces que en verdad ellos comenzaron a acosar y atacar, y naturalmente les tuve miedo […] compré un auto viejo, pequeño, para mi familia, para no tener que usar transporte público.[3]

Conforme los movimientos, la organización política, las actividades comerciales y las prácticas culturales experimentaron una liberalización significativa, las corrientes extremistas de derecha parecieron volverse más extensas, visibles y agresivas, culminando con pogromos fatalmente brutales contra albergues de quienes buscaban asilo en los años 1991 y 1992.[4]

A su vez, estos sucesos impactaron a la extrema derecha en la República Federal, cuando menos de cuatro importantes maneras. En primer lugar, a diferencia de sus formas predominantemente conservadoras y de derecha en lo económico, presentes en el Occidente previo a la unificación, los extremistas de derecha en la actualidad han oscilado decididamente hacia la reiteración de las tendencias socialistas del nacional-socialismo.[5] Quizá sean los partidos políticos occidentales consolidados los que de manera más

[3] Esta periodización concuerda con hallazgos semejantes en otros estudios (véase, por ejemplo, Partridige, 2012).

[4] Varios procesos complejos animaron el aumento en las identidades nacionalistas y la violencia en el Este después de la reunificación. Un factor parece haber sido el enorme esfuerzo de varios grupos occidentales, a menudo con la ayuda de los que regresaban, quienes ya bastante antes de que se concluyera la reunificación oficial trajeron consigo recursos financieros, habilidades organizativas, redes institucionales, materiales propagandísticos, así como una amplia gama de mercancías (Stöss, 2000; Hasselbach y Bonengel, 2001; para un análisis más detallado, véase Jaschke, Rätsch *et al.,* 2001).

[5] De manera interesante, el notable giro en el énfasis aparece como el inverso de los giros en el posicionamiento de la clase obrera, vuelta clase baja ultranacionalista británica, en Londres. En el East End londinense la conciencia de clase obrera socialista siempre se vio influida por un nacionalismo racista, que se puede rastrear a su afianzamiento histórico en el colonialismo británico. Ya que los modismos léxicos de clase prácticamente se evaporaron en la era posindustrial

visible han recurrido a la retórica de solidaridad social tipo RDA. Los partidos NPD y DVU (Unión del Pueblo Alemán), tradicionalmente alemanes del Oeste y conservadores en lo socioeconómico, por ejemplo, han colocado el eslogan *Wir sind das volk!*[6] ("Somos el pueblo"), de las llamadas manifestaciones de los lunes[7] (*Montagsdemos*), al centro de sus campañas electorales. Igualmente algunas agrupaciones extraparlamentarias más radicales han empleado tropos socialistas en su propaganda, en los que los intereses de la clase obrera y la opresión que ésta sufre por parte de los ricos a menudo aparecen como primordiales. Algunos lemas populares presentes en portales nacionalistas de la internet, así como en pancartas, calcomanías, volantes o *grafiti,* declaran, por ejemplo: *Kapitalismus zerschlagen!* (Acabar con el capitalismo), *Sozialismus ist braun* (El socialismo es café; en alusión al color asociado con el nacional-socialismo), y *Echter sozialismus ist national* (El socialismo real es nacional[ista]). En las manifestaciones de los extremistas de derecha los oradores declaran: "la lucha no es en torno a izquierda y derecha, sino a arriba y abajo". Tanto los partidos políticos como los grupos extraparlamentarios apoyaron con entusiasmo las amplias protestas en contra de las llamadas reformas Hartz IV[8] durante el otoño de 2004, con fre-

thatcherista, tal conciencia política se ha convertido en un nacionalismo descaradamente intolerante, con un remanente de tenor socialista (Holmes, 2000).

[6] La palabra alemana *volk* porta asociaciones especiales con el vocabulario del nacional-socialismo. Significa, a la vez, el concepto socialista del pueblo trabajador, o las masas, y la idea nacionalista de una nación étnica pura.

[7] Estas populares manifestaciones semanales exigían reformas políticas y liberalización, y jugaron un papel importante en el colapso de la RDA aun cuando, para muchos de sus participantes, ésta no era la consecuencia buscada.

[8] Estas reformas consistían en una gran reorganización de las políticas de desempleo y de bienestar, promovidas de manera agresiva por el entonces canciller Gerhard Schröder. Dicha reestructuración constituía la cuarta y última fase de la "Agenda 2010" alemana, y se trataba de una serie de reformas al mercado laboral conocidas por el nombre de Peter Hartz, quien encabezó la comisión encargada de formular recomendaciones sobre las reformas. Al aproximarse las reformas Hartz IV se registraron movilizaciones masivas, así como protestas recurrentes por

cuencia uniéndose a manifestaciones masivas encabezadas por sindicatos y organizaciones de izquierda, para quienes los visitantes no invitados generaban tremendo bochorno e incitaban debates desesperados sobre cómo hacer para mantenerlos alejados.

Algunos críticos de izquierda han condenado —sin duda, con cierto nivel de justificación— este vuelco aparentemente socialista, tildándolo de cínica estrategia electoral (*e.g.*, Pätzold, 2005). Pero tales valoraciones pasan por alto el hecho de que el matrimonio entre el nacionalismo y el socialismo ha definido, desde hace tiempo, los márgenes de la derecha política en Europa; en efecto, históricamente fue fundamental para el surgimiento de las ideologías fascistas a finales del siglo XIX y principios del XX (Sternhell, Sznajder *et al.,* 1995). A lo largo del último siglo distintos movimientos nacionalistas de extrema derecha en Europa han incorporado tropos socialistas de manera errática en su discurso, en ocasiones colocando en primer término compromisos anticapitalistas, de clase obrera, y, en otras, acogiendo un nacionalismo de libre mercado. El conservadurismo económico de la derecha extrema en Alemania Occidental de la posguerra tiene alguna deuda con el legado del aniquilamiento del ala socialista del Partido Nacional Socialista bajo el liderazgo de Hitler, así como con la polarización política de la Europa de la Guerra Fría. La relevancia de la reunificación para el reciente resurgimiento de un sólido nacionalismo socialista en Alemania —y, supuestamente, para la aparición de tendencias similares en otros sitios de Europa— no puede, por lo tanto, exagerarse.

Aún más importante, la desestimación de expresiones socialistas en las márgenes nacionalistas como una estrategia falsa, manipuladora, no toca el nivel al que la tendencia socialista de derecha se revela como un elemento que va

---

toda Alemania, muchas de las cuales utilizaron la cargada etiqueta *Montagsdemos* (véase arriba) refiriéndose a la RDA y a 1989.

mucho más allá de la retórica de las campañas políticas y de los pronunciamientos de líderes públicos. Es igualmente evidente, por ejemplo, en las conversaciones que toman lugar en las bancas de los parques (frecuentemente entre los desempleados crónicos) o en los análisis políticos legos entre amigos y parientes. En tales escenarios informales, los recuerdos del empleo total y de las prestaciones generosas a menudo se funden con imaginarios étnicos de la nación, con admiración por las políticas laborales nacional-socialistas, con el inculpar racista a los inmigrantes y, en el Este, con remembranzas nostálgicas de la era de la RDA. En tales fantasías nostálgicas, que operan como incisiones críticas al aquí y ahora (véase también Holmes, 2000), el socialismo fluye como hilo que anuda al Tercer Reich, la RDA y el presente, sobre el que su ausencia espectral se cierne en la forma de resentimiento y descontento.

Una segunda gran transformación en la naturaleza de la extrema derecha actual en Alemania consiste en su remodelación demográfica. En el Oeste partidos políticos, asociaciones civiles y casas editoriales más o menos bien organizados en las márgenes de la derecha política, con genealogías políticas que se remontan a la época de la guerra o antes, tradicionalmente han sido dominadas por élites más viejas, culturalmente conservadoras. En el Este, en ausencia de tales cimientos, los nuevos reclutas provienen, en gran medida, de generaciones más jóvenes. Los escenarios subculturales y las expresiones políticas que se sucedieron han preservado el sabor juvenil con el que surgieron (una vez más, recuérdese la campaña a favor de un club juvenil en Treptow), aun cuando las primeras generaciones ya han llegado a la edad madura. El que la mayor parte de mis informantes considerara un mayor interés gubernamental por la juventud como prioridad política apremiante, por supuesto, tenía todo que ver con su propia edad. No obstante, ya que sufrieron con especial dureza el alto y persistente desempleo, ellos y

otros, cuya trayectoria de vida los colocaba en las fases de terminación de la educación media, en programas de capacitación profesional o en la entrada reciente al estrecho mercado laboral, con escasos prospectos de obtener empleo, mostraban una receptividad particular ante esta retórica orientada a los jóvenes.

Más joven y más socialista, la extrema derecha alemana desde la reunificación, en tercer lugar, también ha sido testigo de una gran diversificación de formas culturales, más allá de las estéticas *skinhead* y *hooligan*, en boga desde los años setenta. En especial, entre sus simpatizantes más militantes muchos han adoptado el aspecto del bloque negro antifascista y anarquista. En las manifestaciones, a la par de atuendos que ostentan inscripciones en letras góticas o insignias de bandas de rock neonazis, los manifestantes llevan camisetas con el familiar retrato icónico del "Che" Guevara, a quien consideran un luchador de la independencia nacional y de la emancipación del yugo del imperialismo estadounidense (y cuya combinación de colores, negro, rojo y blanco, convenientemente iguala a la del Reich). Aún más ubicuas resultan las pañoletas palestinas, mismas que, más allá de su significado político antisionista y en gran medida igual que entre la izquierda, se han vuelto accesorios de moda. El diseño de la vestimenta, así como los estandartes, han incorporado paletas cromáticas y elementos textuales más diversos que emulan las convenciones estéticas de los cómics, de los medios digitales o del *grafiti*; todos elementos que hasta hace poco se habrían asociado fuertemente a la izquierda política, y desdeñados por ser "contaminación cultural". Un uso siempre mayor del idioma inglés, antes censurado como "contaminación lingüística", y también identificado con la izquierda radical, es evidente por doquier.[9] La música, que

[9] Por ejemplo, algunas pancartas, prendas de vestir o *grafitis*, presentan lemas en inglés como *Fight Jews*, *Reds better run*, *Smash the reds*, *Fight terror, defend Europe!*, *C4* [explosivo] *for reds*, o la rima de los *skinheads*: "Llegué al límite, es

juega una serie de funciones críticas interrelacionadas (reclutamiento, financiamiento, creación de comunidad), también ha experimentado una amplia diversificación, incorporando géneros como el *hip hop* y el *techno*, que hasta hace poco tenían un halo negativo por ser "no alemanes".[10]

Esta proliferación de estilos, mercancías y formas culturales, así como las novedosas interpretaciones y apropiaciones de las modas existentes y de las identificaciones de consumo, entre jóvenes en gran medida de clase obrera, hacen eco, en ciertos sentidos, de los temas que durante los años setenta capturaron la atención de una serie de académicos británicos, afiliados con el campo de los estudios culturales que surgieron en aquel momento. Autores tales como Paul Willis (1988), Stuart Hall (2014) y Dick Hebdige (2004) documentaron la dinámica mezcla de grupos subculturales que surgió entre los jóvenes urbanos británicos de clase obrera durante las décadas de la posguerra. Examinando a las culturas no conformistas, contraescolares, a los *skinheads*, los *punks* y otros fenómenos contraculturales, estos autores arguyeron en contra de la lectura prevaleciente sobre dichas innovaciones, controversiales, en ocasiones chocantes por su estilo, como un simple caos superficial. En lugar de ello, insistieron, tales fenómenos de hecho expresaban complejas articulaciones tanto de perspectivas críticas como de emulaciones menos críticas del sistema capitalista, y de valores y experiencias de la clase trabajadora. El rechazo aparente de una estética convencional, al igual que de valores normativos convencionales, constituía cierta interpretación de la ubicación estructural de los jóvenes de clase obrera en la sociedad, así como una respuesta a ésta. El pánico moral con el

---

hora de pelear; no frenaré hasta triunfar" (*I've been pushed too far, now it's time to fight; I will never stop, until the wrongs are made right.*)

[10] Para un examen extenso de los desarrollos musicales y un análisis del papel de la música en la escena de la extrema derecha, véase Dornbusch y Raabe (2002).

que la cultura dominante reaccionó ante algunas de esas tendencias contraculturales y prácticas subculturales reflejaba su rechazo a reconocer y cuestionar sus propios desconciertos ideológicos sobre el orden social.

Sin duda, la diversificación de las normas culturales, la revaluación de los vocabularios socialistas y la articulación de posturas políticas provocadoras entre los jóvenes extremistas de derecha en Alemania, sugieren ciertas correspondencias con la lógica de las subculturas contraculturales. Sin embargo, el enfoque que desarrollo en este libro es distinto de varias importantes maneras. Para empezar, a diferencia de los autores mencionados antes, mi interés no es explorar las prácticas subculturales como sitios de resistencia y crítica ideológica de la clase obrera, sino considerar a los jóvenes extremistas de derecha como fundamentales para la gobernanza afectiva y, al mismo tiempo, como productos de cierto proyecto de ésta. En la medida en que mis jóvenes informantes manifestaban perspectivas críticas sobre su sociedad —y, de hecho, lo hacían de manera bastante frecuente—, por lo general expresaban sus descontentos muy explícitamente como crítica social y política, y mucho menos mediante sus prácticas culturales y preferencias estéticas. Si acaso había algo verdaderamente sorprendente o innovador respecto de las formas culturales que incorporaban y de las que se apropiaban, lo era más para quienes tenían una postura más tradicional y ortodoxa entre sus pares nacionalistas que para la sociedad en general, la cual reaccionaba con pánico no ante los atuendos que vestían, sino, de manera precisa, ante la política que defendían. Para los grupos que estudié, de manera elocuente, las identidades culturales jugaban un papel menor —a menudo insignificante— en la definición de la pertenencia y en la conformación de las relaciones sociales cuando se comparaban con la lealtad al nacionalismo xenofóbico, de extrema derecha. Igualmente importante, la perspectiva semiótica que informa a mi aná-

lisis contrasta pronunciadamente con el enfoque sobre el discurso que los académicos de los estudios culturales han tanto criticado (*e.g.*, Willis y Corrigan, 1983) como empleado (*e.g.*, Hebdige, 1979).[11] Más que plantear la realidad de una estructura social que establece articulaciones complejas con un sistema simbólico más o menos autónomo en la esfera cultural, tomo a los signos como elementos inextricablemente incrustados en los procesos sociales y políticos con todas sus ambigüedades e incoherencias, y siempre operativos en una gama de relaciones que no son de naturaleza simbólica.[12]

Por último, una cuarta dimensión en la que el impacto de la reunificación y el fin de la Guerra Fría ha sido evidente sobre el extremismo de derecha por todo Alemania, a lo largo del último par de décadas, consiste en una serie de transformaciones en los énfasis ideológicos, más allá del giro socialista. Como en otros sitios de Europa, la inmigración ocupa la cima en la lista de los descontentos políticos y se funde ininterrumpidamente con preocupaciones en torno al desempleo, la criminalidad y la expansión de la UE. No obstante, los conflictos en torno a la conmemoración y memorialización de la Segunda Guerra Mundial son particulares de Alemania. La cantidad de participantes en las marchas en honor a Rudolf Hess, a las víctimas alemanas de los bombardeos

[11] En especial en su apogeo, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, los autores de los estudios culturales participaron —a veces con admiración, otras de manera crítica— con enfoques semióticos sólidamente estructuralistas de la cultura, cuya expresión más paradigmática se encuentra, puede decirse, en el clásico *Mitologías* de Roland Barthes (1997), en el que el autor identifica un sistema ideológico dominante, subyacente, que define la lógica tras una amplia gama de objetos y fenómenos culturales en apariencia discrepantes.

[12] En particular, como lo explico con mayor detalle en el capítulo IV, mi comprensión y énfasis en los signos y en los procesos de significación parten de la filosofía semiótica de Charles Peirce, según la cual las relaciones simbólicas (esto es, puramente convencionales) entre los signos son sólo una de tres posibles formas de significación, que incluyen también relaciones de iconicidad (*i.e.,* similitud) e indexicalidad (*i.e.*, coocurrencia física).

de área (a los que los extremistas de derecha se refieren como "holocausto de bombardeo" o *Bombenholocaust*) y a los caídos militares alemanes, se ha acrecentado. Los extremistas de derecha también han protestado contra los cambios en las culturas de memoria dominantes, en especial contra la erección acelerada de memoriales en honor a las víctimas del régimen nazi, desde el Monumento del Holocausto en Berlín hasta una serie de monumentos y sinagogas vueltas memoriales, más pequeños, en otros sitios. Por último, las expresiones antiglobalización se han vuelto parte integral del léxico político de la extrema derecha en Alemania, donde —de manera muy parecida a como sucede en la izquierda— con frecuencia aparecen como sinónimo de la oposición al "imperialismo estadounidense". La retórica antiglobalización se presta bien a la incorporación de las expresiones políticas de la extrema derecha no sólo debido al giro socialista reciente de esta última, sino también porque ofrece un sustituto actualizado y más ampliamente tolerado de la tradicional figura del capital judío. Su apropiación, de gran alcance por el NPD, por ejemplo, ha señalado un claro distanciamiento de los valores burgueses tradicionales de clase media del partido (Botsch y Kopke, 2013). El entrelazamiento de la retórica antiglobalización y antiestadounidense, de las formas estéticas actuales y de las identidades subculturales, así como de temas tradicionales como la inmigración y la memoria de la Segunda Guerra Mundial, permitía que los jóvenes con quienes trabajé articularan imágenes contemporáneas mercantilizadas en masa y deseos de consumo, con legados consagrados del nacionalismo alemán. De este modo, en aquellos sitios en los que pasaban su tiempo, en los partidos de futbol a los que les acompañé o entre los manifestantes en encuentros políticos que regularmente retumbaban por el distrito, encontré un amplio espectro de prendas, lemas, peinados y opiniones sobre temas del momento.

Imaginar *OSSIS*

Los nacionalismos xenofóbicos a lo largo de Europa, como hemos visto, han sido bastante consistentes en dirigirse contra la figura del inmigrante (musulmán), y no en mucho más. Esta importancia singular de la xenofobia antiislámica que cruza entre movimientos —a menudo bastante diversos entre sí— corresponde, de modo bastante cercano, a la interpretación de sentido común del espectro político entre los jóvenes con quienes trabajé: la izquierda y la derecha son realmente lo mismo, excepto en cuanto a la inmigración. Pero la narrativa que presento en este libro, si pertenece a una narrativa superior sobre el extremismo de derecha europeo al alborear el siglo XXI, en otro nivel tiene un entusiasta interés por comprender las peculiaridades de la cuestión nacional y el manejo del odio en Alemania. En el capítulo III exploro en detalle cómo los jóvenes extremistas de derecha en Berlín articulan sus relaciones con los inmigrantes y con la otredad étnica, así como la manera en que negocian capas de otredad para poder delinear, en sus propias voces, su interpretación de los imaginarios dominantes en torno al paisaje social y político. En lo que resta de este capítulo, sin embargo, amplío mis reflexiones sobre el persistente impacto de la reunificación sobre los discursos y prácticas cotidianos de las personas con quienes trabajé. Mi meta es sondear la perseverante prominencia del legado de la división Este/Oeste de Alemania, y la manera en que sigue dando forma a los modos en que estos grupos se entienden a sí mismos y articulan sus orientaciones políticas.

La mezcla de la memoria de la RDA con la del Tercer Reich, y la concomitante imaginación del Este como un espacio neonazi, han delineado una posición para el extremista de derecha oriental. Como veremos, el llamado a ocupar tal posición ha sido respondido. Empero, antes de examinar los efectos cotidianos de estas interpelaciones discursivas, vale

externar una consideración sobre cómo ha operado el tropo de la derecha extrema en los imaginarios públicos del Este, como para fundir estos dos pasados. Si la presencia espectral del nacional-socialismo invoca ansiedades persistentes, estrictos tabúes, y una enorme labor de represión, que se aplican en la figura del extremista de derecha, entonces dicha figura también debe entenderse contra el horizonte histórico de 1989 y sus consecuencias. En los medios masivos, en los debates parlamentarios, en la literatura académica y en una gama de otros contextos discursivos, el tropo de "los nazis en el Este" ha sido crucial en las representaciones de los Nuevos Estados Federales. Tan crucial, de hecho, que la frase "el extremismo de derecha no es sólo un fenómeno oriental" enmarca de ordinario, como si fuera una disculpa, algunas discusiones que al final tratan por completo sobre el Este. Se han acuñado o adoptado una variedad de términos —"zonas nacionalmente liberadas" (*national befreite zonen*), "zonas de miedo" (*angstzonen*), *No-go areas* (áreas a evitar)[13]— para describir paisajes orientales bajo el supuesto dominio *de facto* de pandillas de *skinheads* neonazis.

El grado en el que el Este sirve de categoría marcada en las discusiones sobre el extremismo de derecha resulta evidente en todas partes, ya sea que aparezca como una ubicación nombrada específicamente o como una ausencia conspicua. Considérese el siguiente ejemplo ilustrativo. La película documental *Tot in Lübeck* (Muerte en Lübeck) investiga

[13] Cada una de estas evocaciones de tierras anárquicas en representaciones de los territorios de la ex RDA, por supuesto, tiene su propia genealogía política y sus compromisos ideológicos. "Zona nacionalmente liberada", paráfrasis de la frase radical antiimperialista latinoamericana, es un término asociado con los extremistas de derecha, pero se propagó en los medios bastante antes de su popularización entre los nacionalistas (Döring, 2008). El concepto de "zonas de miedo" se ha adoptado de los discursos feministas sobre el espacio urbano. Por último, las *No-go areas* se han asociado, por lo general, con situaciones de guerra civil o contextos de una aguda violencia pandilleril. Para algunos ejemplos del uso de estos términos, véanse Schröder, 1997; ZDK, 1998; Verfassungsschutz Brandenburg, 2001a; Kleffner, 2002; Weiss, 2003; Staud, 2005a.

un incendio provocado en 1996 contra un refugio de inmigrantes en busca de asilo, en el que murieron 10 de sus habitantes y muchos más fueron heridos. El caso aún no se resuelve. El documental expone las negaciones obstinadas y los esfuerzos investigativos sospechosamente incompetentes por parte de las autoridades. Representa, asimismo, la represión colectiva de la idea de que el ataque hubiera transpirado "aquí", así como una resistente negación a la posibilidad de que los perpetradores surgieran de entre "nosotros". Pero en ningún lugar el "aquí" y el "nosotros" parecen dirigirse a algo más allá de Lübeck y de sus residentes; en ningún lugar se interpreta que el poblado, por ejemplo, resulte de algún modo representativo —como sinécdoque, en otras palabras— de Alemania Occidental, donde el mismo se ubica. En casos análogos en poblados orientales esto habría sido inimaginable; de hecho, imposible. En tales casos, los hablantes se habrían sentido obligados a utilizar palabras como "aquí" y "nosotros", también en referencia a la ubicación oriental de los lugares y los habitantes. Su rechazo a enmarcar la violencia racista en términos del Este se interpretaría ampliamente como complicidad. En efecto, el *corpus* dedicado a examinar a la extrema derecha —y, en particular, a la violencia racista— como un fenómeno que existe *en* el Este y que es *del* Este es enorme e incluye reportajes periodísticos, literatura académica, películas documentales, novelas y series televisivas.[14]

Una vez establecido de manera efectiva el supuesto vínculo entre el Este y la derecha, las explicaciones teóricas siguieron rápidamente.[15] La teoría del autoritarismo, por ejemplo, clásicamente se elaboró para comprender la vulne-

[14] Para algunos ejemplos ilustrativos, véanse Schröder, 1997; Mentzel, 1998; Wagner, 1998; Zentrum demokratische Kultur, 1998; Rau, 2001; Bugiel, 2002; Grass, 2002a.

[15] Presento una revisión más detallada de las explicaciones teóricas del extremismo de derecha en el capítulo VII.

rabilidad (o predisposición) alemana ante el nacional-socialismo.[16] Vinculaba normas culturales y estructuras familiares profundamente arraigadas —de la era del Káiser— con la llegada al poder de Hitler. En la Alemania posreunificación se ha traspuesto el mismo modelo teórico para rastrear una ostensible vulnerabilidad especial, "ossi", al extremismo de derecha en las tradiciones de orden y disciplina de la RDA, persistentes reliquias de un pasado retrógrada (Butterwegge y Meier, 2002; *cf.* Boyer, 2006a; Boyer, 2006b).[17] La implicación, por supuesto, es que el Oeste, en cambio, ya ha conquistado su herencia fascista autoritaria. La interpretación del alemán oriental como un individuo terminantemente atado por una conciencia colectiva, su comportamiento e ideas prescritas por mandatos culturales, es reminiscente de discursos coloniales. Como figuraciones del sujeto colonial, se ilustra al *ossi* como un ser que aún no llega a ser el sujeto autónomo del liberalismo occidental ni a liberarse del todo de la tradición. Por esta razón, un violento ataque racista *en* el Este aparecerá como sinécdoque, como representante *del* Este, y como metonimia, como comprensible mediante el mismo.

Los marcos teóricos, a su vez, tanto han dado forma a intervenciones terapéuticas como abrevado de ellas, representando al Este y a los orientales como el "otro" autoritario

[16] Desarrollada por Theodor W. Adorno (Adorno, Frenkel-Brunswik *et al.,* 1950), la teoría utilizaba un enfoque psicoanalítico para dar cuenta del surgimiento del fascismo como fenómeno de masas y proveía una base conceptual para el desarrollo de la escala F, un instrumento cuantitativo para medir orientaciones fascistas. La teoría relaciona el surgimiento y la consolidación de las orientaciones fascistas con una personalidad particular, consecuencia, ella misma, de ciertas relaciones íntimas, así como de experiencias durante la primera infancia de estructuras familiares culturalmente persistentes que cultivan el tradicionalismo, la sumisión a la autoridad, las actitudes antidemocráticas y el odio hacia los grupos sociales marginados.

[17] En un caso particularmente escandaloso, en agosto de 2005 Jörg Schönbohm, del CDU, explicó un caso de infanticidio múltiple en Brandeburgo, haciendo referencia al pasado de la madre en la RDA y, por implicación, tal como los críticos rápidamente señalaron, a la biografía compartida por todos los orientales (Berliner Zeitung, 2005d).

respecto de un Oeste democrático.[18] En tales intervenciones, que siempre abarcan —o mejor, ponen en acto— la distinción entre Estado y sociedad civil,[19] la imagen de una cultura política tolerante y democrática aparece como la representación simbólica de una carencia. El Este parece deficiente, incompleto, con necesidad de educación, de rehabilitación terapéutica, en ocasiones incluso de procedimientos de emergencia para salvaguardarlo de los dos traumas históricos que aún debe superar.[20] Como han señalado algunos estudiosos, es difícil no notar cómo estos discursos intervencionistas ponen en acto una cercana variación narrativa de las secuelas de la guerra. La estructura narrativa que coloca a los Aliados —en particular a Estados Unidos— como el buen protagonista que derrota a un régimen bárbaro totalitario y subsecuentemente reconstruye la economía, establece instituciones democráticas e inculca valores liberales, sólo ha cambiado ligeramente. En una especie de transposición icónica, aquí la República Federal aparece como el fuerte Estado liberal capitalista que repara un territorio postotalitario, proveyendo de ayuda para la reconstrucción económica, reeducando a las masas respecto de la democracia, introduciendo nuevos hábitos de consumo y, en particular, adminis-

[18] En el capítulo VII reviso una serie de métodos terapéuticos cuya finalidad es reformar a individuos extremistas de derecha. En el capítulo VIII examino en detalle el programa Civitas que, durante mi estancia de campo, dominaba el espectro de los esfuerzos intervencionistas contra la xenofobia y el extremismo de derecha en el Este como región.

[19] Describo las maneras en que tales intervenciones marcan y resuelven dicha distinción, concretamente en las prácticas situadas de organizaciones locales, en el capítulo VIII. Mi perspectiva en este sentido se alinea con la de una serie de autores que han notado cómo han cambiado las estrategias de gobernanza bajo el Estado neoliberal, al tiempo que expresan escepticismo respecto de las aseveraciones de que el poder estatal ha menguado (Mitchell, 1991; Comaroff y Comaroff, 2001; Trouillot, 2001; Aretxaga, 2003; Sassen, 2003; Comaroff y Comaroff, 2006; Sharma, 2006).

[20] No sorprende que en el habla coloquial a menudo se describa a tales intervenciones como *besserwessis* arrogantes (un juego de palabras con *besserwisser*, un "sabelotodo") que "nos" indican (a los orientales) qué está bien.

trando la purga de los perpetradores (*cf.* Borneman, 1993; Glaeser, 2000). Durante la Guerra Fría la figura de la RDA permitió que la RFA se distanciara no sólo de su Estado socialista rival contemporáneo, sino también, por implicación, de su pasado nacional-socialista. El contraste con Alemania Oriental permitía al Oeste corroborar y reafirmar sus credenciales democrático-liberales y, por lo tanto, fortalecer su postura de diferenciación radical respecto del Tercer Reich.[21] Después de 1989, no obstante, el Este ha seguido cumpliendo el mismo papel, presentando a la sociedad liberal democrática alemana como lo suficientemente madura para emprender una cruzada por aquello que alguna vez debió aprender.

La analogía entre las narrativas de 1945 y de 1989, y la consiguiente fusión de los horizontes históricos que cada fecha representa, toma diversas formas, algunas bastante extremas. Las purgas al mayoreo que siguieron a la reunificación —en las ramas del gobierno y la academia, en las profesiones jurídicas, los medios de comunicación, los cuerpos policiales y los puestos superiores en educación y salud (véanse, por ejemplo, Borneman, 1992; Glaeser, 2000; Boyer, 2001)— excedieron por mucho a los tibios procedimientos de "desnazificación" en el Occidente inmediato a la posguerra.[22] Algunos materiales de archivo de la RDA y, en particular, los documentos de la Stasi, se han puesto a disposición de un amplio público, a un nivel que excede al correspondiente para los archivos del Tercer Reich y la Gestapo, incluso décadas después de la guerra, que ni siquiera se abrieran

[21] Por supuesto, la RDA, por su parte, utilizaba a la RFA precisamente para el mismo propósito, al identificar al fascismo con el capitalismo y al plantear al socialismo como la mejor defensa en su contra (véase, por ejemplo, Borneman, 1993).

[22] Las purgas fueron mucho más allá de los empleados de la Stasi o los seguidores del SED; más allá también de las amplias filas de integrantes del partido, y de las decenas de miles en las listas de los archivos de la Stasi como informantes. Incluyeron también a los familiares de dichas personas y, en las instituciones académicas, a sus estudiantes.

para expertos o estudiosos.[23] En el capítulo IX plantearé con mayor detalle la campaña para borrar las huellas físicas del pasado de la RDA del espacio público. Por ahora señalemos que, para muchos orientales, una de las dimensiones particularmente alarmantes de esta campaña consistió en renombrar las calles que conmemoraban a luchadores de la resistencia antifascista que apoyaron al comunismo después de la guerra. La eliminación *de facto* de su memorial en el espacio público los colocaba en el mismo terreno que a sus enemigos nazis, cuyos nombres fueron borrados, al igual, después de la guerra (Verheyen, 1977). En el dominio del discurso público, entretanto, el concepto de extremismo ha ligado de manera efectiva el fascismo al comunismo y el PDS (Partido del Socialismo Democrático, fruto del partido en el poder, SED, de la RDA, que tuvo éxito en las urnas) al NPD.

Una dialéctica de proximidad y distancia con el oriental como figura nacional subalterna ha quedado en evidencia en campos tan distantes como los discursos sobre las prácticas de crianza infantil, las variaciones de formas lingüísticas, las confrontaciones entre culturas profesionales divergentes y los contrastes entre orientaciones espaciales (Boyer, 2000; Glaeser, 2000; Stevenson y Theobald, 2000). También ha dejado su marca indeleble en hojas de cálculo presupuestarias, deliberaciones del Bundestag, documentos de políticas públicas, publicidad masiva y discursos científicos, al igual que en interacciones espontáneas en partidos de futbol, en el bar y en el trabajo, expresadas en bromas y comentarios privados, y en la negociación de relaciones personales y profe-

[23] Es importante recordar que, lejos de tratarse de una decisión arbitraria del gobierno federal, impuesta sobre una población pasiva, la apertura al público de materiales archivísticos clasificados de la RDA se llevó a cabo (también) en respuesta a amplias exigencias de muchos alemanes orientales. No obstante, el hecho de que aquí, a diferencia de en otros ejemplos, se escucharan las voces de exciudadanos de la RDA y se cumplieran sus demandas de manera tan presta y puntual, expone la voluntad política del gobierno federal de emprender esta intervención quirúrgica.

sionales. La figura del extremista de derecha ha sido clave en esta constitución dialéctica de una Alemania liberal contra su propia negatividad interna, su propio límite, sus propios fantasmas. Los inmensos recursos sociales invertidos en esta labor de creación del "otro" y la amplia gama de fuerzas dedicadas a ello ponen de relieve las profundas ansiedades en torno a la ausencia de diferencia, a la proximidad y la contaminación, sobre el ser y el convertirse en algo.

Mi abuelo estaba con la SS, mi papá con la Stasi

Para mí (el antropólogo) la articulación incesante y, en ocasiones, contraintuitiva entre estos dos horizontes —la RDA y el Tercer Reich, ser oriental y ser de derecha— surgió primero en el campo, en cientos de momentos cotidianos y de voces situadas. Lejos de los muros institucionales de las agencias gubernamentales o de la comunidad académica, lejos también de los artefactos de conocimiento que éstos producen y propagan, en las desvencijadas bancas de parques desgastados, entre las multitudes extáticas en el estadio de futbol local, o bajo la monótona mirada de un sinnúmero de ventanas en los altos edificios comunistas. Imágenes e imaginaciones similares aparecen en una variedad de situaciones, así como en narraciones del "yo", cotidianas. En ciertos escenarios, su proximidad y las maneras en que, debido a ésta, se indican recíprocamente, se dan por hecho, son casi banales. Permítaseme ilustrar, con dos ejemplos, cómo sucede.

Tomemos como escenario los partidos de futbol de la tercera liga local, en los que participa el increíblemente popular equipo Union. Para los súper fanáticos con los que iba acompañado, así como para muchos entusiastas del futbol de todo el mundo, su equipo representaba una vasta

gama de significados y funciones.[24] El desempeño del equipo en la cancha, por lo tanto, quedaba prácticamente como algo extra; tenía un mal desempeño básicamente desde su creación, en 1906.[25] Durante mi trabajo de campo, por ejemplo, cuando el Union cayó de la tercera liga regional, norte-alemana, a la cuarta, una liga local (Berlín-Brandeburgo-Mecklenburg-Vorpommern), aquellos a quienes acompañé a los partidos apenas se quejaron. En lugar de esto, valoraron pagar menos por la entrada, viajar menos para asistir a los partidos y que la cerveza fuera más barata. Los fanáticos de más edad describen al equipo como uno que "lleva las de perder", de clase obrera, limitado por la falta de patrocinio político en la RDA. Después de la reunificación, ha mantenido un fuerte sabor oriental, en dicotomía con el occidental Hertha, el equipo emblemático de Berlín. También se ha hecho de mala publicidad como anfitrión de *hooligans* violentos, racistas y extremistas de derecha. Muchos de mis amigos en Berlín expresaron sincera preocupación en torno a mi seguridad personal y cuestionaron mi sensatez cuando se enteraron que acudía a los partidos del Union. Por mi parte, encontraba que las multitudes que visitaban el estadio eran, a la vez, mucho más diversas y muchísimo más ordinarias de lo que su reputación me había llevado a esperar. Con todo, también era bastante fácil encontrar accesorios de moda ultranacionalistas, crudos tatuajes de extrema derecha hechos en prisión y acoso racista a los jugado-

[24] El equipo Union constituye un sitio, un discurso y un ritual para la creación y mantenimiento de las relaciones sociales. Ser parte de los seguidores del equipo da forma a hábitos de consumo, define adversarios y articula sentimientos de nacionalismo e identidad política. También produce una temporalidad organizada en torno a eventos repetitivos e itinerarios proyectados, y prescribe de qué trata el tiempo libre. Sin duda, enriquece la lengua con una serie de términos y metáforas léxicas. En particular, el fanatismo en torno al Union genera una plétora de narrativas (cómicas, heroicas, trágicas) y de cronotopos (el viaje en tren, la fila fuera del estadio, el partido) que cumplen con diversos propósitos.

[25] Desde que llevé a cabo mi trabajo de campo, no obstante, una gerencia resuelta parece haber cambiado la suerte del club.

res "no alemanes"; todo esto se fundía con el sello *ossi* del equipo. Chaquetas negras de piel mostraban la bandera de la RDA, el emblema de los Jóvenes Pioneros o los logos de mercancías socialistas al lado de la cruz de hierro, los dígitos 88 o el Sol Negro.[26] Las gorras de la RDA sombreaban los dijes con representaciones miniatura del martillo de Thor.[27] Algunos abrigos decorados con la leyenda *Ostberlin* ("Berlín Oriental") en letras góticas cubrían a medias camisas prohibidas, típicas de los extremistas de derecha. Encontré convergencias semióticas similares en los partidos de otro equipo de Berlín Oriental, el BFC Dynamo, alguna vez asociado con la Stasi, y en la actualidad con los *hooligans* neonazis. Como para taladrar el punto, algunos seguidores del BFC Dynamo llevaban camisetas con el mensaje: "Mi abuelo estaba con la SS, mi papá con la Stassi, yo con BFC Dynamo".

Pensemos en la tarde de agosto en que encontré a Danny y a Norman en Khan's, un sitio favorito del medio extremista de derecha, apoyados sobre la mesa que les dividía, sus manos ocupadas. Danny, de 19 años, cultivaba una apariencia *skinhead* de derecha de moda contemporánea: el cabello oscuro recortado meticulosamente, tres arracadas de plata con diseños góticos en la oreja izquierda, dos anillos de plata con un cráneo y una cruz de hierro en la mano izquierda. Vestía casi de manera invariable una chaqueta azul con forro rojo, abierta sólo lo suficiente para mostrar una camisa legalmente prohibida, pantalones de color claro y tenis marca *New Balance*.[28] Su familia se mudó de Berlín Occidental al "Gueto" (véase el capítulo I), donde podían

[26] La cruz de hierro es la insignia de honor del Reich; el número 88 es un acrónimo encriptado del ilegal saludo *Heil Hitler*, siendo la "H" la octava letra del alfabeto; y el Sol Negro es un símbolo de la SS.

[27] Una pieza de bisutería muy apreciada en los medios sociales de la extrema derecha.

[28] Muchos creen que la popularidad de los tenis *New Balance* entre los extremistas de derecha alemanes tiene que ver con la "N" del logo.

Foto 1. Aficionados en un partido de Union. La mujer trae collares con la cruz de hierro y el martillo de Thor. Una representación del *triskelion*, un símbolo de tres vertientes también conocido como la esvástica céltica, es parcialmente visible debajo de la bufanda de Union del hombre que está detrás de ella.

pagar un departamento más grande, a principios de los noventa. Su madre, carnicera de profesión, no trabajaba desde hacía mucho tiempo debido a una incapacidad médica, y vivía con una modesta pensión. Su padre, albañil, abandonó el hogar cuando Danny era pequeño, y volvió algunos años después. Murió en 1998. "Estamos mucho mejor sin él", dijo Danny descartando mi expresión de simpatía. Describió a su padre como "un verdadero pendejo" que abusó de él y de sus hermanos con violencia. Vivía con su madre, el nuevo novio de ella (que tampoco trabajaba por razones de salud y recibía prestaciones del Estado), y sus dos hermanos menores (los dos mayores ya se habían mudado). Danny se graduó de la educación secundaria (*Gesamtschule*) con un certificado de educación general extendida (*erweiterte Hauptschulabschluss*). Aunque esto lo colocaba en el fondo de la jerarquía alemana de los diplomas escolares, representaba de cualquier forma un logro educativo del que pocos entre sus amigos podían presumir, y le permitió entrar en un programa de capacitación vocacional en carpintería, relativamente competitivo. Aún con dos años de capacitación por delante, se mostraba pesimista en cuanto a sus prospectos de obtener un empleo en su profesión, y tenía la intención de apuntarse en el ejército, donde veía la promesa de altos ingresos y de viajes por el mundo.

Norman, de 20 años, cuya apariencia descaradamente desaliñada contrastaba subrayadamente con la de Danny, era un fanático seguidor del Union y vivía con sus padres en un tranquilo vecindario cerca de la estación de trenes Grünau. Se graduó de la educación secundaria sin calificar para obtener diploma alguno, pero con la ayuda de los trabajadores sociales logró alcanzar un lugar en un programa de capacitación en albañilería, en la parte más baja de la jerarquía vocacional. Reprobó las tres oportunidades que se otorgaban para aprobar el examen final. Una y otra vez entró y salió a trompicones de diversos puestos de tránsito entre

prestaciones estatales y empleos, así como de programas de capacitación vocacional de bajas calificaciones, de los que invariable y sumariamente lo echaban por llegar tarde, por no asistir o por tener un desempeño insatisfactorio. Cuando lo conocí había estado trabajando en *Ikea* a tiempo parcial, en un programa del Estado que complementaba sus prestaciones estatales, pero lo despidieron pronto por sospecha de robo. Más tarde vendió periódicos de manera ilegal, de puerta en puerta, en una argucia sospechosa que le exigía un compromiso de dos años, pero que abandonó bajo amenaza de sus empleadores de hacerle daño, sólo un mes después de haber empezado, debido a acoso policíaco. Subsecuentemente se reformó y entró en un curso que lo hubiera acreditado como guardia para una compañía de seguridad privada, sólo para reprobar el examen final. Norman tenía una notable proclividad al alcohol, la camorra y los delitos menores. Una gorra negra con las siglas DDR (RDA en alemán) inscritas en blanco, al frente, cubría las entradas de su cabello.

Sentados uno frente al otro en el *biergarten* de Khan's, una cantina bangladesí adyacente a la estación de tren Grünau de la que tendré más que decir en el capítulo VI, Danny y Norman sostenían sus celulares en las manos y proferían risitas intermitentes. Norman había estado copiando tonos de llamada del celular de Danny al suyo. Una vez terminado el intercambio, me permitieron transferir los archivos de audio que habían compartido a mi propio teléfono. El surtido incluía un clip de sonido de origen inidentificable de una voz femenina como de niña que hablaba de dar muerte a todos los negros y judíos; algunas líneas virulentas, dobladas al alemán, por el personaje llamado Derek de la película *American History X*, un filme de culto entre los extremistas de derecha alemanes, que narra la historia de un *skinhead* militante neonazi; una mezcla de *techno*, de autoría no reconocida, que incluía exclamaciones rítmicamente repetitivas

de *Deutschland sieg heil!* ("¡Alemania, eterna victoria!"), el lema nacional-socialista que durante el Tercer Reich acompañaba el saludo a Hitler; y una pieza orquestal de la melodía del himno nacional de la RDA.

Tales flashes momentáneos de convergencias visuales y auditivas aparecen también en las narrativas nostálgicas, expresadas en distintos contextos sociales. Los extremistas de derecha con quienes trabajé, demasiado jóvenes como para haber retenido cualquier recuerdo significativo de la vida en la RDA, a menudo hablaban positivamente sobre ella, del mismo modo que lo hacían sobre el Tercer Reich. "Antes casi todo era mejor", dijo uno de ellos, "si todo mundo lo dice, debe ser cierto". Muchos compartían opiniones semejantes. En mi investigación la circulación de tales narrativas aparecía en lugares como el *kugel*, una pequeña plaza a la entrada del gueto, donde algunos jóvenes se reunían casi diariamente, provenientes de las hileras de edificios sin color, y escuchaban a hombres mayores, desempleados, comentar nostálgicamente sobre la cerveza barata, los bajos costos, la fuerte solidaridad y el pleno empleo.[29] Las gorras con insignias de la RDA eran copiosas, al igual que los accesorios de moda neonazi: aretes o pendientes con diseños góticos, camisetas con símbolos nórdicos mitológicos y chaquetas negras, blancas y rojas con la inscripción *Berlin, Reichshauptstadt* ("Berlín, la capital del Reich").

Los jóvenes presentes en el *kugel* se encontraban en una suspensión dialéctica entre dos horizontes nostálgicos. El primero salía a la luz en la figura de los hombres sentados frente a ellos, cuyas diarias letanías de remembranzas invocaban un pasado de la RDA que cautivaba la imaginación del joven público. La residencia para personas mayores ubicada tras el *kugel* encarnaba el segundo horizonte nostálgico.

[29] En otro trabajo discuto en detalle la circulación de narrativas en el *kugel* y los modos nostálgicos con que ahí se recordaban tanto los pasados nacional-socialistas como el de la RDA (Shoshan, 2012).

Foto 2. El *kugel*. Un edificio residencial y la residencia para personas mayores son visibles en el trasfondo.

Gino, un joven delgado de 20 años a quien conocí en el *kugel*, y de quien tendré más que decir en los capítulos siguientes, nació en un pequeño poblado cerca de Dresde. Su familia se mudó al Gueto en 1990, cuando tenía seis años, porque su padrastro de entonces encontró empleo como repartidor de carbón en Berlín. No tenía contacto con su padre biológico, quien los había abandonado unos años antes. Su madre, ama de casa e hija de peleteros que laboraban en una fábrica, se volvió seguidora del partido extremista de derecha Republikaner después de la reunificación. En Berlín, a Gino lo expulsaron de una escuela tras otra debido a mala conducta y abuso de alcohol, antes de abandonar la educación por completo, sin haber logrado conseguir algún diploma o certificado vocacional. Su madre había tenido varias parejas distintas desde su llegada al gueto, y todos habían vivido en su apartamento; Gino recordaba a la mayoría como

violentos y abusivos. Abandonó su casa para instalarse en el departamento de un amigo cuando tenía 19 años después de una confrontación violenta con su madre. Gino estaba familiarizado con la residencia para personas mayores adyacente al *kugel*, su lugar favorito para pasar el rato. Como me contó una vez: "también había algunos [en la residencia para mayores] que… lo veías en sus ojos, todo lo que habían hecho… Fui sólo porque les quería preguntar… no me volví nacionalista sin razón alguna… es por eso que tenía que oírlos". A menudo, la circulación de recuerdos semejantes, tanto de la Segunda Guerra Mundial como del Tercer Reich proviene de la familia y de otros contextos íntimos. El propio abuelo de Gino, que aún vive en Sajonia, le enseñó sobre armamento y le narró historias de hermandad varonil y valentía durante la guerra. Una fotografía opaca en blanco y negro del abuelo, portando el uniforme de la Waffen-SS, descansaba en una cómoda en su apartamento.

Algunos conmutadores de tiempo, como "entonces" (*damals*) o "antes" (*früher*), indican una distancia entre el presente y un pasado amorfo en el que el rojo y el café se mezclan indistintamente, mientras viajan entre generaciones, en las sobremesas y entre las bancas del *kugel*. Cuando les pedí a mis jóvenes informantes que me aclararan qué significaba "entonces" o "antes", me encontré con un referente no especificable: "previamente", "simplemente antes", o "como todo era antes". Andreas Glaeser, en su magnífica etnografía sobre la policía berlinesa, arguye que para los oficiales del Este el conmutador "hoy" desmenuza el tiempo en fragmentos incongruentes (Glaeser, 2000: 182). En nuestro caso, en cambio, los conmutadores temporales llevan a cabo una hazaña de fusión histórica. Más de un par de mis jóvenes informantes ultranacionalistas proclamaron su deseo de que se reconstruyera el Muro de Berlín —aseveración que debe entenderse, por supuesto, como una metonimia de las fantasías en torno al empleo pleno, a la ausencia de

inmigrantes y a la solidaridad auténtica—. El Muro como símbolo de la reunificación aparece como la imagen de una partición temporal entre el ahora y el entonces, cuya inversión alberga la promesa de un retorno.

Estas convergencias temporales entre los dos pasados, el de la RDA y el del Tercer Reich —en ocasiones duraderas, en otras bastante momentáneas; algunas en apariencia fortuitas, otras no tanto—, reverberan en las maneras en que los jóvenes extremistas de derecha alinean los "yoes" *ossis* y derechistas (y, respectivamente, otros *wessis* e izquierdistas). En otras palabras, los mismos contrastes semióticos que toman parte en la fabricación de un conjunto de diferencias (*ossi versus wessi*, derechistas contra izquierdistas) reaparecen de forma virtualmente idéntica en la producción del otro conjunto, de modo que constantemente se mezclan entre sí. Más adelante describo cuatro dominios distintos en los que estos dos conjuntos de contrastes parecen alinearse uno con el otro en el habla de los jóvenes extremistas de derecha: una ética de solidaridad personal, una economía moral de la violencia, un acceso desigual al Estado y un régimen de autenticidad cultural.[30]

Gino, Norman y sus amigos delineaban una ética de la amistad y la solidaridad estructurada por una resuelta reciprocidad y una intimidad informal, que entendían como algo claramente *ossi*, y a la que oponían lo *wessi* como materialista y engreído. Pensemos en Uta, de 21 años, para quien vivir con su novio *wessi* sólo reafirmaba sus convicciones en torno a las diferencias entre ellos. Baja y rolliza, su rubia cabellera a la altura de los hombros atada hacia atrás, Uta creció en el *kugel* y sus alrededores. Su padre, con quien apenas tenía algún contacto desde que se separó de su madre cuando ella tenía 12 años, solía trabajar para la Stasi. Como él, la próxima pareja a largo plazo de su

[30] Para una discusión más extensa sobre estas estrategias de diferenciación y la interpelación de las subjetividades *ossi*/derechista, véase Shoshan, 2008a.

madre también abusaba del consumo de alcohol. Su madre había cambiado de empleo y de programas de capacitación varias veces, y en ese momento batallaba por establecerse como proveedora de servicios de guardería en casa durante el día. Uta abandonó la escuela y el hogar para mudarse con su novio a la edad de 16 años. Posteriormente volvió a la escuela vocacional, pero las calificaciones con las que se había graduado apenas bastaban para inscribirse en un programa de capacitación en trabajos de servicio poco calificados, que jamás terminó. Entonces volvió a la educación secundaria y cuando la conocí estaba estudiando para obtener un certificado escolar técnico (Realschulabschluss), el cual, esperaba, le daría acceso a programas de capacitación vocacional más competitivos. Como muchos entre sus amigos, Uta desafiaba clasificaciones precisas: votaba por el SPD y el PDS, mantenía su apariencia distante de implicaciones políticas, prefería el *hip hop* y el *techno* a la música "nacionalista", e incluso fumaba marihuana de vez en cuando.[31] Pero, como veremos en el capítulo siguiente, sería vano buscar diferencias significativas entre su cosmovisión política y la de sus amigos de derecha más conspicuos y claros. Uta describió a su novio, quien terminaba un programa de capacitación vocacional como obrero metalurgista, de la siguiente manera: "nosotros [los *ossis*] sin duda no somos tan materialistas. Compartimos más y en serio no somos tan materialistas ni nos importa tanto el dinero, ¿sabes? Y con él te das cuenta, por ejemplo, de que es muy materialista, quiero decir, es bastante extremo".

Las relaciones románticas con los *wessis*, no obstante, eran una excepción entre las personas con quienes trabajé

[31] Los jóvenes nacionalistas a menudo se refieren al *hip hop*, al *techno* y al consumo de marihuana como hábitos propios de izquierdistas y extranjeros (en contraposición al *heavy metal* y al consumo de alcohol). Sin embargo, más de un par de jóvenes extremistas de derecha en Berlín escuchan *hip hop* y *techno*, y consumen marihuana.

en Treptow. Incluso escaseaban las amistades y donde éstas aparecían mis informantes las atribuían a la disposición que tenían sus amigos *wessi* a asimilarse socialmente a los *ossis* y a adoptar sus estándares éticos. Tal es el caso de Freddi, de 17 años, quien nació y creció en Treptow. Su madre, capacitada como dependiente de tienda, trabajaba de cocinera en un parque de diversiones local. Su padre, que estudió para mecánico automotriz en la RDA, había encontrado un empleo bien pagado en la Compañía de Aguas de Berlín. Freddi abandonó la espaciosa casa de sus padres a los 16 años porque tuvo un incidente particularmente brutal con su padre, quien a menudo recurría a la violencia para disciplinarlo; desde entonces había vivido en no menos de seis departamentos distintos. Se graduó de la educación secundaria con un diploma general (*Hauptschulabschluss*) mediocre y pasó un año haciendo labores manuales informales, así como solicitando entrar a programas vocacionales, antes de que lo aceptaran en un programa de logística en almacenamiento. Freddi daba cuenta del puñado de amistades que había consolidado con algunos *wessis* que se habían mudado al vecindario de la siguiente manera: "lo prefieren, muchos *wessis* dicen que los '*ossis* son más alivianados'… dicen que se llevan mejor con los *ossis* que con sus paisanos, que con su propia gente, que con los *wessis*". Tales *wessis*, los pocos elegidos, pueden volverse *ossis* honorarios: "le dije a mi amigo [*wessi*]: '¿eres un *ossi*, verdad?' '¿Qué? No, ¡soy un *wessi*!' [contestó]. Y yo le dije mh…, 'pues entonces, puedes considerarlo un cumplido'. Sólo porque era buena onda, no sé, se me hizo lo correcto".

Semejantes estrategias de diferenciación parecen operar para la dupla derechista/izquierdista. Freddi recordó cómo sus amigos nacionalistas llegaron a ayudarle cuando, en una situación de verdadera escasez de efectivo, no le alcanzaba para pagar necesidades básicas como el papel de baño, los cigarrillos o la comida. Se sentía orgulloso de que hubieran

acudido a su lado alguna vez que estuvo acorralado y superado numéricamente. Más que nada, glorificó la manera en que lo encubrieron cuando fue cómplice de un incidente delincuencial, en el que se les encontró culpables de robo, hurto, lesiones y daño a propiedad ajena:

> Eso es lo que significa un verdadero amigo, y algo así es lo que veo entre los *deutschen* [literalmente alemanes, *i.e.*, derechistas], entre los neonazis, eso es mantenerse unidos. La mayoría de los que conozco se dejaría acuchillar por ti, se dejaría golpear por ti. Algo así no pasa a menudo entre los izquierdistas.

A la par de esta ética de la solidaridad y de los contrastes similares entre orientales y occidentales, por un lado, y entre izquierdistas y derechistas, por el otro, los jóvenes extremistas de derecha elaboran un conjunto de diferencias y convergencias dentro del dominio de una economía moral particular de la violencia. En ésta los izquierdistas y los *wessis* aparecen, en el mejor de los casos, como inmoderadamente brutales, y como sádicos fanáticos en el peor. En cambio, explican mis informantes, los derechistas y los *ossis*, en efecto, actúan de manera violenta en ocasiones, pero lo hacen "para divertirse" —esto es, como un juego entre amigos— o en respuesta a provocaciones injustificadas. Incluso en esos casos, añadirían los jóvenes derechistas que conocí, siempre se mantenían dentro de ciertos límites razonables. Gino, a quién mencioné antes, ya había sido condenado debido a diversas ofensas violentas, incluidas lesiones serias. A continuación reproduzco sus palabras respecto de la distinción entre sus camarillas y las occidentales:

> Quiero decir que en el oeste en general son un tanto, bueno, ¿cómo debo decirlo?, aficionados a los golpes [*schlagfreudig*]. Entre los *ossis* de este lado nunca es así. No sé por qué es así

> ni de dónde viene. Sólo son… toman más drogas quizá o algo así, no lo sé, son de ese modo. O sólo empiezan a golpear antes que los *ossis* y no dicen nada.

Comparemos el enunciado de Gino en torno a una economía moral de la violencia mediante los contrastes que delinea entre *ossis* y *wessis*, con su valoración de las diferencias entre la violencia nacionalista y la violencia antifascista:

> Los antifa son desvergonzados en serio, por así decirlo. Sólo paran cuando de verdad ya no te puedes mover. Los derechistas no lo hacen así. No intento hacer propaganda para los derechistas, pero sencillamente es así. Lo sé muy bien; también participé en peleas. Pero los derechistas paraban de inmediato, digamos cuando el otro gritaba o cuando su nariz empezaba a sangrar y entonces decían: "*okay*, ya no se puede defender, está tirado en el suelo", por así decirlo. Pero quienes siguen pateando a quienes yacen en el suelo, pues es bastante. Es no tener vergüenza. Así son los antifa.

Los *wessis*, se dice a menudo, igual que los izquierdistas, incluso atacan a mujeres. La implicación, por supuesto, es que nacionalistas y *ossis* son más sensatos. Huelga decir que el grado al que estas fantasías se sostenían era en gran medida insignificante, así como irrelevante. Tendremos oportunidad de encontrar a Freddi de nuevo en el capítulo siguiente, presumiendo de haber dejado a un turco en el suelo a patadas. La violencia contra las mujeres, es de señalarse, era bastante común. No obstante, en estas fantasías los occidentales y los izquierdistas por igual se fabulan como personas que comparten un déficit moral. Sanguinarios y despiadados, incumplen las normas de civilidad que siguen los orientales y los derechistas incluso y en especial tratándose de violencia.

Un tercer dominio en el que estos dos conjuntos de contrastes se funden uno en el otro tiene que ver con cómo para los extremistas de derecha en Berlín del Este tanto *ossis* como derechistas sufren de discriminación institucional, aunque de maneras distintas. Ambos marcan posiciones desde las que dan voz a sus resentimientos por la proximidad desigual al poder —por lo general, imaginado en la figura del Estado— y su acceso a éste. Como derechistas, las personas con quienes trabajé se quejaban de recibir un trato injusto. La represión legal y la persecución política (tema central de los capítulos IV y V), insistieron, los señalaban al tiempo que hacían caso omiso de sus adversarios de izquierda. Si las preocupaciones en torno a la política anticonstitucional y antidemocrática constituían realmente un elemento de su criminalización, preguntaban, ¿por qué no aplicar un régimen penal similar para las organizaciones y partidos abiertamente comunistas, o para aquellos símbolos asociados no sólo con el nacional-socialismo, sino también con la RDA y la Unión Soviética? ¿Por qué no tiene Stalin el mismo destino que Hitler? ¿Por qué hay tantos memoriales para la resistencia comunista, pero ninguno para los soldados alemanes caídos? Los jóvenes extremistas de derecha expresaron sus frustraciones en la forma de estas interrogantes y otras similares en varias ocasiones. Asimismo, acusaban frecuentemente no sólo al Estado, sino también a los medios masivos de comunicación, de estar sesgados de manera intencional e injusta al retratar bajo una luz negativa y escandalosa a la extrema derecha, al tiempo que ignoraban (algunos dirían, silenciaban) la violencia de izquierdistas e inmigrantes.

Hablando ahora como *ossis*, mis informantes enlistaban una sucesión de reclamos contra la discriminación institucional. Las estipulaciones para calcular las cantidades de diversas prestaciones estatales, por ejemplo, distinguen entre los beneficiaros que residen en los nuevos estados federados y aquellos que viven en los viejos. En palabras de Freddi:

> La gente dice: "ya no hay Este y Oeste". ¿No estaría bien? Lo veo en mi clase [de capacitación vocacional]. Soy el peor pagado de mi clase, porque soy el único al que se paga con tarifas del Este. Todavía hay una tarifa del Oeste y otra del Este… [Así que] soy un perdedor de tarifa del Este [*osttarifverlierer*].

Al expresar su resentimiento contra aquello que percibía como discriminación injustificada contra los orientales, Freddi acuña un juego de palabras con la frase *wendeverlierer* (perdedor de la transición), término que se usa de manera peyorativa para referirse a los exciudadanos de la RDA, a quienes la reunificación impactó de manera negativa. Supuestamente como reflejo de los costos dispares de vida, las escalas diferenciadas de pagos para los exestados de la RDA aplican no sólo para los estipendios estatales y de bienestar, sino también para los salarios del sector público y en las agencias de empleos temporales, así como para una serie de otros tipos de empleadores. Pero estas tasas diferenciales de estipendios estatales y de bienestar son particularmente patentes en el caso de Berlín, donde se unen el Este y el Oeste.

Como orientales, mis informantes se quejaban también de la discriminación que sufrían en sus lugares de trabajo a manos de desdeñosos superiores *wessis*, así como del frecuente alboroto de sus colegas. Veamos el caso de Ole, un alto y corpulento joven de 19 años que nació en un pequeño poblado cercano, en Brandeburgo. Su madre, una dependienta de supermercado, se mudó a Berlín con su hermano más pequeño después de separarse de su padre, cuando él tenía 13 años. Ole llegó con ella a Treptow dos años después, cuando su padre, un tornero mecánico que trabajaba en paisajismo, quedó desempleado y se volvió alcohólico. Continuó su educación secundaria en Berlín y se graduó con un diploma de educación técnica. Ole, quien entonces terminaba su tercer y último año de capacitación vocacional como electricista, protestó:

> Cuando comencé a trabajar, por ejemplo… Bueno, después de todo, mi compañía está en Spandau, en el Oeste, y como ahí estamos, también había mucha gente del Oeste. Así que había este tipo de, digamos jugueteo. Un chavo de ahí se comió una banana y me dijo: "Oye, fíjate en esto, ¿sabes qué es esto? ¿Lo conoces?".[32]

Hemos visto cómo los *wessis* que se asimilan y que reconocen la superioridad moral de los orientales pueden volverse *ossis* honorarios, pero también tiene lugar el proceso inverso de metamorfosis: los *ossis* del lado ganador de la discriminación que no pasan las pruebas de inferioridad material, por un lado, y de superioridad moral, por el otro, pueden llegar a parecer demasiado *wessis*. Freddi, por ejemplo, se colocaba como un *ossi* discriminado respecto de su buen amigo Karsten, que también era oriental:

> Si lo conociera [a Karsten] ahora, diría que es un *wessi*. Sólo es así, no me preguntes por qué, pero inmediatamente diría que es un *wessi*. Porque sé que es *ossi*, pero sólo digo que es un *wessi*. Porque también es, pues, totalmente arrogante y… se le da todo en una pinche charola de plata [*er kriegt alles in den Arsch geschoben*], más o menos, de sus papás [que son] abogados. De verdad, le dan lo que le dé su chingada gana en charola de plata. Tiene departamento. Tiene un capital de inversión de 1 000 euros. Yo no tuve nada, o sea, ya sabes, todo lo que tengo aquí [en mi departamento] lo obtuve por mí mismo.

En otras palabras, no se permite que aquellos *ossis* a quienes se percibe como beneficiarios de privilegios injustos compliquen las cosas; sólo se les reclasifica cómo *wessis*.

[32] Los alemanes occidentales han ridiculizado a los orientales debido a que, supuestamente, algunos de ellos cruzaron velozmente la frontera en cuanto cayó el Muro para engullir frutos exóticos como kiwis y plátanos.

Un cuarto y último dominio en el que para Freddi y sus amigos, los derechistas y los orientales habitan un punto similar es un régimen de autenticidad cultural. Como derechistas, simplemente supusieron sin cuestionar que sus estilos de vida y perspectivas políticas seguían auténticas tradiciones alemanas —cuando menos, mucho más que los izquierdistas—. De manera reveladora, los extremistas de derecha se refieren a sí mismos como "alemanes" (*deutsche*), término que ocupan de manera intercambiable con *rechte* (derechistas) o *nationale* (nacionalistas). Sin menoscabo de los giros culturales que he descrito antes en este capítulo y que han transformado a la extrema derecha alemana en décadas recientes, muchos nacionalistas jóvenes siguen poniendo énfasis en formas lingüísticas y estéticas que consideran auténticamente alemanas, y en asociar aquellas que perciben como importaciones extranjeras con la izquierda política. Por ejemplo, los jóvenes extremistas de derecha por lo general consideran que el consumo de drogas es una contaminación foránea y algo típicamente izquierdista, mientras que el alcohol es propiamente alemán y característico de la derecha.

A su vez, como han mostrado los académicos, desde el punto de vista occidental los alemanes del Este se han absorbido a la nación reunificada como sedimentos pasados de tradiciones alemanas más auténticas —aunque no necesariamente loables—, incluidas, sin limitarse a ellas, sus supuestas tendencias autoritarias (Boyer, 2001; Boyer, 2006b). Según algunos conocidos de Alemania Occidental que viven en Berlín, los orientales saludaban incluso a sus amigos cercanos de mano, hábito que les parecía raro y que asociaban con generaciones anteriores y con personas culturalmente "tradicionales". En cambio, ellos preferían el abrazo como forma de saludo entre amigos. Mis conocidos de Alemania Oriental, entretanto, por lo general consideraban que el abrazo era una importación occidental de gestos extranjeros y, por implicación, ajenos culturalmente. La mayor parte de los

orientales que conocí también seguían aquello que describían como la manera alemana "correcta" de decir la hora, mientras que la mayor parte de los occidentales seguían una forma "híbrida".[33] En las representaciones dominantes, tanto como en el comportamiento lingüístico y corporal de su persona, los orientales se han personificado como auténticamente fundamentados en tradiciones alemanes etnotípicas. En cambio, y dependiendo del hablante, se ha representado a los *wessis* ya sea como emancipados de tales vínculos tradicionales o como corrompidos por la americanización.

De estas y otras maneras, para los jóvenes extremistas de derecha en Berlín (y para muchos otros en Alemania) ha surgido cierta asociación deíctica entre los *ossis* y el extremismo de derecha como algo casi intuitivo. Por supuesto, si la fabricación de una alteridad *ossi*/extremista de derecha sirve para exorcizar a la nación de algunos de sus demonios al proyectarlos en un "otro" interno, también traza rutas de inclusión. La misma mezcla de la RDA y el Tercer Reich asienta la historia del Este en terreno familiar, en "nuestra" historia, aun si lo hace de manera alocrónica (esto es, como algo perteneciente a una época diferente). El *ossi,* como extremista de derecha, gesticula hacia un pasado compartido una identidad común y una semejanza esencial, mellada sólo por cierto retraso histórico y por un progreso desigual a lo largo de la historia. La forma misma de la exclusión en este caso provee los medios para una reintegración con el tiempo como una versión anterior, obsoleta, del "nosotros" nacional. En algún sentido, entonces, todos estos contrastes aparentes de hecho se presentan para delinear las fronteras

[33] Según la convención "alemana", las divisiones de la hora siempre se indican respecto de la hora que viene, en lugar de aquella que ya pasó. Así, en alemán, "cuarto nueve", "media nueve" y "tres cuartos nueve" (*viertel-, halb-* y *drei viertel neun*) corresponden respectivamente al español "ocho y cuarto", "ocho y media", y "cuarto para las nueve". Muchos occidentales que conocí parecían entender la convención alemana para "media para las nueve", pero usaban el estilo en español [que es como en inglés] "ocho y cuarto" y "cuarto para las nueve" (*viertel nach/vor).*

no de la exclusión, sino de la inclusión en el colectivo nacional. En el siguiente capítulo presto atención al tercero ausente en esta exclusión incluyente: la figura esencialmente ajena del inmigrante, a quien se debe o tolerar como diferente (multiculturalismo) o amoldar a una supuesta cultura dominante (*leitkultur*) pese a su otredad fundamental (integracionismo). De manera más precisa, examino tanto las relaciones que los jóvenes extremistas de derecha en Berlín elaboran respecto de dicha figura y las maneras en que, contra ésta, construyen e imaginan una gama de diversas relaciones sociales.

III. EL *KEBAB* Y LA *WURST*

Si para los jóvenes con quienes trabajé las distinciones que separan a la nación alemana en Este y Oeste la dividen también en derecha e izquierda, entonces la dicotomía Este/Oeste también señala para ellos, en otro nivel, la diferencia entre quienes pertenecen a dicha nación y quienes no. De manera casi furtiva, la vieja división política de la Guerra Fría se cuela en su discurso para designar un paisaje urbano de diferencias étnicas cuya distribución espacial desigual se vuelve parte de su imaginación geográfica. Su dilema, mientras navegan un paisaje urbano heterogéneo en el que no pueden sino vivir en una proximidad diaria con otros a quienes perciben como amenazantes, es, en algún sentido, el dilema de cada habitante de la ciudad, el material mismo del que surge la sociabilidad urbana[1] —aun si los otros y los peligros que implican toman formas históricamente muy distintas y específicas en cada contexto—. La ciudad siempre ha reunido a poblaciones diversas, étnicamente y en otros sentidos; siempre ha implicado encuentros con lo extranjero, lo extraño y lo amenazante; y siempre ha albergado lugares que indican peligro para algunos y familiaridad para otros.

[1] Georg Simmel, por ejemplo, describe la sociabilidad urbana como algo inherentemente antagónico que conlleva una intensificación de los estímulos violentos que tienen por consecuencia una actitud *blasée* y que producen formas negativas de relaciones sociales, de aversión y repulsión mutua, como estrategias de autopreservación. A menudo, arguye Simmel, la libertad de la metrópolis no es una experiencia placentera (2005).

No obstante, la posición de los extremistas de derecha en Berlín del Este también refleja los recientes procesos globales que han reconfigurado las relaciones de alteridad en los contextos urbanos, replanteando tanto agendas políticas como hábitos cotidianos. Las maneras en que, por ejemplo, los cambiantes patrones de inmigración han modificado las configuraciones de la alteridad en las ciudades europeas (en algunas, sin duda, mucho más que en Berlín)[2] es suficientemente evidente si nos detenemos a pensar en las reflexiones de Frantz Fanon sobre andar por las calles de París a principios de la década de 1950 siendo un hombre negro (1974), mismas que evidentemente deberían replantearse en la actualidad.[3] Pero más allá de las transformaciones demográficas a largo plazo en la composición de la Europa urbana, los cambios en la visibilidad de ciertas formas de diferencia también se deben a transformaciones más recientes en las culturas políticas. Una serie de autores han ligado las reconfiguraciones contemporáneas en términos bajo los cuales las identidades se esencializan y encarnan con el surgimiento de las formas de diferenciación social del capitalismo tardío, evidentes en los amplios procesos de etnicización —de la política, del conflicto violento, de la construcción de identidades o del Estado nación— (Alonso, 1994; Tambiah, 1996; Žižek, 1997; Brubaker y Laitin, 1998).[4] La creciente centrali-

[2] Douglas Holmes, por ejemplo, identifica la sensación de estar "exiliado en casa" entre los seguidores del BNP (N. de la T.: British National Party, partido de extrema derecha) en Londres, como una manera de otorgarle sentido a la heterogeneidad étnica de sus vecindarios de clase obrera (2000: 124).

[3] Esto, por supuesto, no implica ni que los argumentos de Fanon sobre raza y colonialismo hayan dejado de ser relevantes, ni que los otros, marcados de maneras étnica y racial en Europa actualmente, ya no experimenten racismo y discriminación. Para dos excelentes estudios de la importancia persistente y robusta de la raza en Alemania y Europa actuales, véanse Chin, Ferhenbach *et al.,* 2009; Partridge, 2012.

[4] El ascenso de la etnicidad al primer plano de las estrategias de diferenciación en la era de la globalización —con sus concomitantes transformaciones en las estructuras del mercado y el poder del Estado nación— se ha entretejido, según

dad de una alteridad etnicizada para la formulación de las subjetividades políticas y la elaboración de proyectos e imaginarios políticos se ha acompañado de un aumento de ciertas formas de conflicto, a menudo glosados como "étnicos" (Tambiah, 1996; Brubaker y Laitin, 1998; Friedman, 2003a). No obstante, el surgimiento de la etnicidad y de una cultura correspondiente como marcadores estándar de la diferencia también ha ido de la mano de la celebración pública de la diversidad, de su interpelación activa y de los nuevos modos de visibilización que las mismas han adquirido en el medio urbano.[5]

La cerveza sabe mejor en el Pequeña Estambul

Sin menoscabo de su régimen de autenticidad —los mecanismos por los que reclama validez ahistórica para sí misma—, nuestra noción contemporánea de la etnicidad es en gran medida producto y constructo de nuestro tiempo, resultado de un proceso de constitución en contienda e inestable, sobre el que convergen una variedad de intereses y no una identidad primordial.[6] La etiqueta "étnica", sin importar su referente particular, siempre es una expresión po-

diversos autores, con la mercantilización y fragmentación del paisaje social. La mercantilización y la etnicización, desde esta perspectiva, se han reforzado mutuamente. La constitución de identidades étnicas se ha vinculado cada vez más con su mercantilización, a veces incluso con su incorporación y registro de marca, de modo que las propias mercancías se han segregado según su "etnicidad" (Alonso, 1994; Comaroff, 2005).

[5] Los académicos han descrito la culturalización y etnicización de la política, no sólo en Europa, como un reflejo de la realineación de las estrategias y estructuras del Estado etnicizado, multicultural (Povinelli, 1998; Povinelli, 2001; Jackson y Warren, 2005).

[6] El surgimiento de nuestra idea contemporánea de etnicidad se ha rastreado, por un lado, a los cambios recientes, ideológicos e institucionales, en las formas del Estado nación, que crecientemente han abandonado los grandes proyectos de homogeneización y estandarización a favor de discursos y políticas de pluralidad, heterogeneidad y segmentación del espacio nacional; y, por otro lado, a la cre-

lítica con ciertos intereses en mente, y jamás solamente descriptiva (Brubaker y Laitin, 1998). En tanto las nociones sobre etnicidad han invadido crecientemente las categorías de raza y nacionalidad en muchos contextos como marcadores de auténtica diferencia, se ha reempaquetado al racismo y al nacionalismo en términos culturales.[7] En la Europa actual tanto la discriminación institucionalizada como la intolerancia espontánea a menudo adquieren la forma de racismo cultural (Holmes, 2000; Pred, 2000).

Pensemos en Danny y Sebastian. Danny es el coleccionista de tonos para celular neonazis, vestido a la moda, a quien conocimos en el capítulo anterior. Su amigo Sebastian es un joven huesudo de 19 años, de cabello rubio y corto, con una actitud atrevida, a quien de rutina encontraba en el *kugel*. Su familia se mudó de otro vecindario a Treptow, al gueto, poco después de haberse completado su construcción a principios de los años noventa. Sus padres se separaron unos años después, y vivía cerca del *kugel* con su madre, quien trabajaba en una compañía inmobiliaria local. Sebastian terminó la educación secundaria general sin haber calificado para la obtención de algún diploma o certificado, y, salvo por breves e intermitentes periodos en puestos de trabajo por prestaciones sociales, había estado principalmente desempleado, hasta que finalmente logró obtener un puesto de aprendiz de limpieza industrial.

---

ciente concentración de diásporas globales en escenarios urbanos metropolitanos (Tambiah, 1996; Povinelli, 1998; Comaroff y Comaroff, 2001; Calhoun, 2007).

[7] Douglas Holmes plantea la aparición de los discursos políticos intolerantes enmarcados en lo cultural, en la Europa actual, como parte de un proyecto integracionista preocupado por los tropos culturales y las nociones pluralistas de la inconmensurabilidad. Este proyecto representa un nuevo resurgimiento de las tradiciones europeas contra la ilustración, de larga data, movilizadas ahora en la confrontación con el "capitalismo veloz", y una creciente sensación de alienación. Sumo a su argumento el énfasis sobre las maneras en las que el discurso de la inconmensurabilidad cultural/étnica y la interpelación de las colectividades culturales/étnicas brotan también de la lógica misma del Estado multicultural, neoliberal, del presente (*cf.* Holmes, 2000).

Una tarde de agosto Sebastian, Danny y yo nos sentamos a charlar en el Pequeña Estambul, un restaurante bar turco local, donde ellos y su amigo Klaus se rotaban la máquina tragamonedas. Hojeando su billetera, Sebastian mostró una calcomanía electoral del NPD pegada al forro interno. Su breve pausa parecía estar calculada para confirmar que yo percibiera la cuidadosa provocación. Unos tres meses antes a él y a su amigo los habían perseguido "con cuchillos trinchantes" (en sus propias palabras) y se les había prohibido la entrada al Pequeña Estambul por haber creado disturbios y amenazado a sus propietarios. Claramente Sebastian sentía que era importante sosegarme, haciéndome notar que tales incidentes, aunque recurrentes, siempre terminaban en reconciliación. Como para demostrar su postura, intercambió algunas bromas con los meseros que llevaban cerveza a nuestra mesa. Éstos respondían con una sonrisa cortés.

Poco después de que partieran los meseros nuestra conversación pasó a temas políticos. "Yo empezaría por prohibir y cerrar todos sus negocios", declaró Sebastian, "tarde o temprano, todos los extranjeros que viven aquí deberán abandonar el país". Dada su determinación, pregunté por qué él y sus amigos solían acudir al Pequeña Estambul y no a alguno de los establecimientos cercanos típicamente "alemanes". "Sencillamente uno se acostumbra", contestó, "además, la cerveza de aquí sabe mejor". Danny dio un sorbo a su cerveza mientras refunfuñaba sobre la penetración de las culturas extranjeras en su patria. Aún debía decidir, dijo, si guiarse por su corazón y votar por el NPD o adoptar una actitud más pragmática y apoyar a la CDU (Unión Demócrata Cristiana) en las elecciones por venir.[8] Le pregunté qué significaba

[8] En el sistema parlamentario federal alemán los partidos políticos deben obtener cuando menos 5% del voto proporcional para el partido, o tres delegados elegidos de manera directa para participar en el parlamento; una expectativa no realista para el NPD, que registró su mejor resultado de 3.6% en 1969 y que no ha

para él ser de derecha. "Alzarse en defensa del propio país", contestó, dar empleos primero a los "alemanes" y luchar en contra de la "situación en deterioro" en Alemania; con dicha "situación" se refería a la inundación del paisaje por negocios y guetos de inmigrantes, y al abuso —por parte de los extranjeros— del sistema de bienestar social. Danny y Sebastian articularon un discurso de resentimiento y autovictimización en términos culturales, no raciales —hablaron de la amenaza de las *culturas* extranjeras—. Mientras tanto, sus gestos corporales —la manera en que asentían con la cabeza y la dirección de sus miradas hacia el personal turco del restaurante— señalaban de manera bastante clara la colectividad étnica que interpretaban como agente de contaminación cultural.[9]

La alteridad cultural y étnica, como condensada en la imagen de ciertas aglomeraciones inmigrantes, define para los grupos que estudié la problemática política central del día mucho más que, digamos, el recuerdo de la guerra, la reestructuración del Estado de bienestar o las teorías antisemitas de la conspiración judía. El inmigrante étnicamente marcado representa para ellos, en este sentido, no sólo un objeto de odio profundo, sino también un prisma mediante el cual forjar (y un criterio contra el cual medir) los contrastes políticos. Una interpretación común y a menudo repetida del espectro político entre mis informantes —una que inequívocamente reitera los contrastes entre orientales y occidentales que describí en el capítulo anterior— sostiene que "los izquierdistas están a favor de los extranjeros y los

---

alcanzado siquiera 2% desde entonces. Los votos para aquellos partidos que no califican para representación parlamentaria, como el NPD, en cierto sentido se desperdician.

[9] Esta etnicización y culturalización del racismo en la extrema derecha alemana hace eco de cambios más amplios en el terreno político europeo, en particular su realineación en torno al tema de la migración y, específicamente, en torno a una colección de estereotipos de las minorías musulmanas etnicizadas (Asad, 2003b; Bunzl, 2005).

derechistas de los alemanes". Karl, un activista de 18 años de edad que participaba en un círculo organizado políticamente de extremistas de derecha, profirió:

> Izquierda y derecha no quiere decir gran cosa… La izquierda está contra el Estado y la derecha está contra el Estado, pero la izquierda está contra la derecha porque la derecha está contra los extranjeros, pero la derecha al mismo tiempo está contra la izquierda… en realidad ambas son lo mismo, sólo que de 10 opiniones ambas partes tienen sólo una divergente (*i.e.* la inmigración), pero en otros temas son lo mismo.

Karl tenía un diploma de educación secundaria general (*Hauptschulabschluss*) y estaba terminando una capacitación vocacional como mecánico. Vivía en Johannisthal con su madre, dependienta en una sucursal de una cadena de tiendas de descuento, y no tenía contacto con su padre, quien abandonó el hogar cuando Karl era pequeño. Distinguido y a la moda, con un tatuaje de Slipknot[10] en el brazo, Karl abrevaba de las modas contemporáneas de circulación global para poner en acto su identidad política. Un consumidor ávido de televisión y cine populares estadounidenses, de cómics japoneses y de música de bandas internacionales de *heavy metal*, fantaseaba con manejar autos costosos bajo palmeras en las amplias avenidas de alguna cálida ciudad estadounidense, no con regenerar una nación aria pura. Sin embargo, su activismo político y su consumo de una serie de mercancías nacionalistas ilícitas lo hacían, sin duda, un desviado político, y como tal su cosmos íntegro parecía girar en torno a la fuerza gravitacional de la inmigración. A tono con el giro nacionalista hacia el socialismo que describí antes, rechazaba rotundamente los recortes al bienestar social, pero abogaba por el empleo obligatorio para los des-

[10] Slipknot es una popular banda estadounidense de *heavy metal*.

empleados para así combatir, en sus palabras, la "pereza de los extranjeros": "del 100% de los extranjeros uno puede en verdad deshacerse de 95%, porque [sólo] el otro 5% quiere trabajar y lograr algo aquí". Aún más promiscuo que el sistema alemán de bienestar social, insistió Karl, eran sus políticas de asilo que permitían un acceso virtualmente irrestricto al país y, a su vez, el abuso de los recursos estatales. Se expresaba de manera positiva sobre la Unión Europea (UE), pero manifestaba preocupación en torno a sus planes de expansión —en otras palabras, sobre la intención de Turquía de integrarse completamente a la UE, tema pendiente y acaloradamente debatido en ese momento—. Educado y elocuente, Karl planteaba argumentos económicos ("sólo debe incluirse a países útiles"), geográficos ("Turquía, en su mayor parte, no está directamente en Europa") y de derechos humanos ("aún practican el apedreo y todo eso, así como la pena capital, que no se permite en los países de la UE") para sostener su perspectiva. Presionado, no obstante, era evidente que sus preocupaciones tenían que ver menos con el análisis económico, con las fronteras geográficas y con nociones abstractas de derechos humanos, y más con temores enraizados en su percepción xenofóbica (o, más precisamente, islamofóbica) del aquí y el ahora: "si Turquía se volviera parte de la UE, cualquiera podría viajar como deseara, y entonces, por supuesto, todos vendrían a Alemania… y de cualquier forma más y más gente siempre viene acá, principalmente turcos y árabes del sur".

El discurso en apariencia homogeneizador de Karl en torno a los "extranjeros" e "inmigrantes" de hecho distingue cuidadosamente entre diversos estereotipos étnicos. Los "chinos"[11] son "callados" (*ruhig*), invisibles en público una vez

[11] Con esta etiqueta Karl, como muchos de sus pares, designaba a la población de Asia oriental y del sudeste asiático, que consistía en gran medida de inmigrantes de origen vietnamita, quienes llegaron a Alemania Oriental como trabajadores y se quedaron después de la reunificación.

finalizado el día laboral, no se meten en problemas (*stress*) y "siempre trabajan duro" vendiendo cigarrillos en el mercado negro, o como dueños de florerías, tiendas de abarrotes, kioscos de ventas, puestos de verduras y restaurantes. Los rusos, como los africanos, también son "tranquilos" y trabajadores, y laboran "por lo general en sitios en construcción, porque son naturalmente más fuertes… por lo general hacen trabajo manual". Según Karl, "en realidad son sólo estos turcos y árabes los que no trabajan". "Están fuera todo el día", comentó indignado, "siempre se les ve… siempre están creando problemas, robando, amenazando o acuchillando a las personas". Su rabia se enfocaba en esa "gente extraña" (*komische leute*) que hacía "sonidos raros" con la lengua y utilizaba un extraño dialecto turco-alemán, y cuyos vecindarios —Kreuzberg, Neukölln y Wedding— evitaba:

> Muchos [alemanes] ya empiezan a hablar como lo hacen ellos, con sonidos raros como "ts, ts" [chasquidos linguales]; estoy seguro de que los conoces, siempre son esos extraños… "ts, ts". Siempre lo hacen después de cada palabra, muy extraño, o hacen su propio dialecto, ese alemán turco (*turkdeutsch*) que es bastante terrible.

Las palabras de Karl delineaban a una población de inmigrantes de Oriente Medio a la vez diferente de otras e indiferenciada en sí misma; un grupo marcado étnicamente e identificable somáticamente, no sólo mediante la vista (como una alteridad encarnada), sino también mediante el sentido del oído (como una extrañeza lingüística), del gusto y del olfato (como comida étnica). Como un patrón clasificatorio, las distinciones que señaló entre distintos grupos étnicos, pero en particular entre asiáticos orientales, africanos y rusos, por un lado, y turcos y árabes, por el otro, reproducen la dicotomía *ossi/wessi* al contrastar a los inmi-

grantes del Este con aquéllos del Oeste.[12] Revelan, asimismo, las múltiples resonancias que existen entre diferentes capas de otredad —Este y Oeste, izquierda y derecha, alemán y extranjero, inmigrantes trabajadores e inmigrantes perezosos— y la manera en que tales capas se unen y refuerzan mutuamente en la imaginación cotidiana de la alteridad.

La indignación de Karl señala algunas de las maneras en que la etnicización y culturalización de la diferencia social se han reflejado en los paisajes urbanos contemporáneos.[13] Por supuesto, la organización étnica del espacio urbano no es un nuevo fenómeno en sí mismo. Históricamente, ha dado expresión territorial a una división étnica del trabajo, mientras que al mismo tiempo reproduce esa misma división.[14] En el capitalismo tardío, no obstante, mientras que la configuración espacial de la etnicidad en el espacio urbano ha permanecido inseparable de los ordenamientos sociales jerárquicos, también ha parecido exhibir, crecientemente, cierta autonomía. Las fronteras que marcan las diferencias

[12] Los inmigrantes de antecedentes turcos y árabes llegaron a Alemania Occidental. En Berlín sus concentraciones más grandes se encuentran en los vecindarios del Oeste: Kreuzberg, Neukölln y Wedding. Cuando cayó el Muro, Alemania Oriental albergaba a poblaciones significativas de trabajadores temporales vietnamitas, así como a aprendices y estudiantes etíopes, angolanos, mozambiqueños y de una serie de otros países africanos. La mayor parte de los vietnamitas que permanecieron en Alemania mantuvo su lugar de residencia en el Este de la ciudad, en particular en Lichtenberg. Entretanto, de las grandes cantidades de inmigrantes rusos que llegaron a Berlín después de la reunificación la mayor parte se asentó en los vecindarios orientales de Treptow, Marzahn-Hellersdoff y Hohenschönhausen. En cambio, la presencia de residentes africanos en el Berlín actual es en gran medida consecuencia de la inmigración posreunificación, más intensa en el Oeste de la ciudad.

[13] En las ciencias sociales el paradigma de la "ciudad étnica" —de vecindarios residenciales, afiliaciones comunitarias, estrategias espaciales y políticas municipales, comprensibles desde el punto de vista de las agrupaciones étnicas— se ha vuelto uno de los enfoques principales para el estudio de las estructuras y procesos urbanos en escenarios metropolitanos (Low, 1996).

[14] Allan Feldman, por ejemplo, describe la larga historia de la segregación y los procesos de mezcla y "desmezcla" según líneas étnicas/religiosas/de clase que han dado pie al paisaje étnicamente dividido del Belfast actual (1997).

culturales y étnicas en los paisajes metropolitanos contemporáneos a menudo aparentan ser difíciles de clasificar según criterios estrictamente estructurales, correspondiendo menos a unidades territoriales y más a relaciones sociales negociadas en situaciones cotidianas de mezcla y proximidad.

La constitución y contienda tenues y continuas en torno a tales límites descansa sobre las sensibilidades somáticas que toman como su objeto las alteridades encarnadas. En la imaginación geográfica de los extremistas de derecha los cuerpos diferentes dan pie a ciertos ordenamientos espaciales de la diferencia mediante aparatos sensoriales. En el campo visual la constitución de un paisaje urbano étnico depende de una semántica encarnada de identificación que, más allá del color de la piel, incluye una gama completa de registros estéticos y marcadores visuales: desde la arquitectura de la conducta corporal o la estilística de la moda a la percepción de una higiene estereotipada que distingue lo limpio de lo sucio, lo normal de lo desviado y lo saludable de lo enfermo. Tales matrices visuales de identificación informan las estrategias espaciales de la evasión —por ejemplo, la aversión de Karl a los lugares con demasiadas "personas extrañas"—. El alimento, al que volveré en detalle más adelante, organiza las diferencias somáticas dentro de los dominios del gusto y el olfato como deícticos de etnicidades particulares y de sus emplazamientos en sitios específicos. Las sensibilidades auditivas también contribuyen a la constitución de espacialidades etnicizadas, ya que captan lenguas extranjeras, música poco familiar y sonidos peculiares.

Douglas Holmes ha notado cómo el encuentro constante con "cuerpos extranjeros" dispara una sensación de humillación colectiva para los residentes de extrema derecha de los vecindarios multirraciales de clase baja en Londres (Holmes, 2000). Sin importar que la proporción de inmi-

grantes de Treptow-Köpenick sea baja, incluso para Berlín, y que esté bastante por debajo de los vecindarios mixtos en Londres, aquí también los encuentros tangibles, cotidianos, con una otredad encarnada redefinen el paisaje urbano: mujeres musulmanas paseando en el parque y ante las bancas en las que se congregan mis informantes, paradas de autobús y de tranvía donde las miradas evasivas de los viajantes revelan una sensación de incomodidad por la presencia de un par de personas que parecen de Oriente Medio, y una variedad de negocios étnicos y de inmigrantes —restaurantes, cafés-internet, florerías, misceláneas— que salpican las avenidas centrales con una multiplicidad de índices étnicos (griegos, indios, vietnamitas, turcos). Las fronteras se materializan fugazmente en los encuentros arbitrarios de una cotidianidad urbana para luego disiparse.

Al igual que Karl, Uta (la joven que se quejaba en el capítulo anterior del materialismo de su novio alemán occidental) también condenaba la inmigración excesiva, las fronteras abiertas de par en par y el abuso por parte de los extranjeros del sistema de bienestar social. Ella ubicaba a éstos como los problemas principales del país, seguidos de cerca por una creciente criminalidad, consecuencia de la indulgencia jurídica y las prisiones de lujo. De manera conveniente, ambas cuestiones se fusionaban en su imaginación en la figura del "extranjero criminal", el cual se aprovechaba no sólo del sistema de bienestar social, sino también del sistema penal, y al que tanto ella como Karl vinculaban con un perfil étnico específico:

> [El resto de los grupos inmigrantes] no son tantos, aún se pueden manejar, aún son aceptables… no es un exceso (übersiedelt) ni está tan mal, pero especialmente esos turcos y árabes y todo eso, todo lo que es de ese tipo (*sorte*), de eso hay mucho, es demasiado.

Uta narraba las fricciones cotidianas con este "tipo" de inmigrantes a partir de una serie de eventos que incluían una riña en el centro comercial, las amenazas en un seminario antiviolencia mandatado por los tribunales y algunos incidentes acaecidos en la escuela vocacional, a saber, el apuñalamiento de un compañero de clase, el acoso de otros estudiantes, así como las molestias provocadas por la música y las conversaciones estridentes de los inmigrantes turcos, las cuales obstruían sus estudios. Sus narrativas eran, a la vez, interpretaciones discursivas o "sintaxis espaciales" (Certeau, 1996) que constituían y autorizaban cierta geografía de la alteridad. Las escuelas a las que asistía, el seminario antiviolencia y el centro comercial señalaban ciertas áreas como étnicamente distintas y peligrosamente violentas. Al igual que Karl, ella también hacía todo lo posible para evitar esas áreas; se trataba de espacios que en su imaginación articulaba a partir de una percepción visual, de una sensibilidad auditiva y de modalidades somáticas de sabor y olor determinadas:

> Por eso es que evito las áreas donde no necesariamente quiero sentirme provocada. Un amigo mío vive también en Neukölln, y me da gusto tener que caminar sólo cinco minutos [desde la estación de trenes] a su casa, y lo mismo de regreso, y eso me parece bien. Pero jamás me mudaría ahí. Jamás. Apesta tanto. Cuando entras al pasillo de su edificio a veces huele a ajo, a veces huele rancio, y aquí no apesta tanto. Quizá cocinamos con especias diferentes. Eso es posible. Pero los turcos, ¡oh, no!, incluso cuando caminas por la calle, cada local de *kebab* huele distinto.

La imaginación geográfica y las estrategias espaciales de Uta descansan sobre una red de modalidades somáticas que incorporan a la otredad en cosas materiales o como efecto de las mismas: cuerpos, comida, olores, sonidos, edificios, etc.

De manera semejante, Freddi define al individuo suscrito a la ideología de derecha de la siguiente manera: "Pues, [eres] derechista, después de todo, si tienes algo contra los turcos. Quiero decir, sólo porque son sucios… No tengo nada de paciencia con los turcos porque… no sé, no los soporto, huelen mal, apestan".[15]

Uta se quejaba de la sistemática discriminación a favor de los inmigrantes en las instituciones estatales. Desde su perspectiva, ellos obtenían cantidades exorbitantes de dinero del bienestar social sin trabajar, en tanto que ella y su novio, ambos en programas de capacitación vocacional y luchando por pagar sus deudas, debían navegar los laberintos burocráticos para alcanzar a cubrir sus necesidades básicas. Los tribunales, decía, repartían condenas imperdonablemente leves a los narcotraficantes turcos violentos, múltiplemente sentenciados,[16] mientras que su propio castigo por una riña menor fue, en su opinión, desproporcionado. En su programa de capacitación vocacional, añadió, constantemente veía discriminación pro inmigrante. Resentía el financiamiento público de las mezquitas, y estaba furiosa contra los inmigrantes que, al no dominar el alemán, extendían la discriminación al mercado de trabajo donde los empleadores se interesaban cada vez más por contratar trabajadores bilin-

[15] En su investigación sobre antisemitismo, Horkheimer y Adorno se detienen sobre el papel de tales marcadores somáticos en el deseo mimético de los fascistas por el objeto de su odio. En particular, el sentido del olfato, arguyen, "sobrevive la antigua nostalgia de lo bajo, de la unión inmediata con la naturaleza externa, con la tierra y el fango". Entre todos los sentidos, el olfato, que es atraído sin objetivar, es el que testimonia con la mayor evidencia el impulso a perderse en lo otro, y asimilarse a ello encarna "'el deseo arquetípico por las formas más bajas de existencia, por una unificación directa con la naturaleza circundante, con la tierra y el lodo. De entre todos los sentidos, el del olfato —que se atrae sin objetivar— atestigua con mayor claridad la urgencia de perderse uno mismo en el otro, y volverse uno con él" (1994 [1944]: 228).

[16] Al igual que otras personas de sus círculos, Uta pensaba que los tribunales alemanes se refrenaban de emitir sentencias duras a los extranjeros para evitar su deportación.

gües. En última instancia, reflexionó, el verdadero culpable era el Estado:

> A veces te tratan como si fueras lo último de la mierda… No es bueno que haya demasiados extranjeros… no lo ves en ningún otro sitio… pero aquí les quieren dar todo a los turcos en una chingada charola de plata, y todo se les debe proveer… y por eso es que en realidad no puedes inculpar a los extranjeros, porque en verdad no es culpa suya; les dan una licencia para hacer lo que hacen y simplemente la mayoría se aprovecha de ella. Pero en realidad el Estado es responsable de esto al crear tal relajo.[17]

Para los integrantes de los grupos con quienes trabajé el Estado a menudo aparecía como fuente de experiencias discriminatorias. Pensemos en Ole, a quien mencioné en el capítulo anterior, un *hooligan* medio cómico que al mismo tiempo incitaba y subvertía las clasificaciones genéricas. Ni la izquierda ni la derecha políticas parecían interpelarlo por completo; o, mejor dicho, ambas lo interpelaban a la vez. Votante por el SPD y el PDS, se consideraba de derecha debido a su postura en torno a la inmigración. Se cuidaba de negar sentir cualquier tipo de racismo, asegurándose de mencionar, por ejemplo, sus relaciones personales con colegas "extranjeros" en su programa vocacional y con su vendedor local de *kebab* y su apoyo a aquellos extranjeros que trabajaban, pagaban impuestos, y hablaban alemán.[18] Casi en el mismo enunciado se quejaba de la "Alemania refugio" (*Asylheim*

[17] En este punto, sus reclamos hacían eco de percepciones semejantes de discriminación a favor de los inmigrantes —por parte del Estado— entre los seguidores del British National Party (Partido Nacional Británico), en Londres (Holmes, 2000).

[18] Al hacerlo, Ole ponía en práctica estrategias comunes para negociar un nacionalismo racista y una cotidianeidad heterogénea: igualando a los extranjeros con una colectividad etnicizada de "Oriente Medio", postulando una distinción moral entre los inmigrantes útiles y los parasitarios, suspendiendo las convicciones políticas a favor de las relaciones individuales en su medio ambiente inmediato y,

Deutschland): leyes indebidamente indulgentes, fronteras incondicionalmente abiertas, todo debido a la perseverante vergüenza histórica de la Segunda Guerra Mundial. En sus narrativas el escenario institucional de la burocracia estatal —las oficinas de búsqueda de empleo o las de bienestar social— instaba a la discriminación. La gente "debía hablar alemán y no expresarse con manos y pies", decía, "porque muchos [inmigrantes] van ahí y [con un] 'no entiendo' ya ganan [lo que desean]". La otredad lingüística —las palabras extranjeras, el habla interrumpida, las gesticulaciones corporales y la incapacidad de hablar alemán— en aquellas instituciones que gobiernan el otorgamiento de recursos públicos le parecía a Ole no un inconveniente de exclusión, sino una ventaja injusta. Al final, no obstante, sus preocupaciones tenían que ver menos con códigos legales, políticas gubernamentales o instituciones estatales, y más con la manera en que la "persona ordinaria" percibía la inmigración:

> Está bien si viene la gente, pero puede llegar demasiado lejos… no debería quedar abierto para todo mundo, que de alguna manera es como nos parece ser en este momento, aun si la ley prescribe o dice otra cosa, lo mismo con las estadísticas. Pero para la gente común en la calle de cualquier forma se ve distinto.

La xenofobia de Ole se enraizaba en su experiencia cotidiana, no en marcos legales ni en cuantificaciones estadísticas, sino en la manera en que la inmigración "se nos presenta" a la "gente común en la calle" —no lo que la "gente común en la calle" piensa de ella, sino literalmente cómo se vuelve perceptible sensorialmente para ellos—. Los sonidos extranjeros y los marcadores visuales de la otredad estructuraban su percepción del paisaje urbano: "[Me disgusta Neukölln] en primer lugar por la alta proporción de extranjeros,

mientras tanto, evocando figuras de criminalidad, violencia, holgazanería y abuso del sistema de bienestar social.

muchas bandas juveniles no son de origen alemán… y también porque se dilapida mucho [ahí], también veo mucha pobreza y eso no es agradable". Estos marcadores visuales informaban un juicio estético sobre el paisaje urbano que unía inmigración, criminalidad, pobreza, fealdad y amenaza; de esta forma no estaban en juego las experiencias concretas, sino un ordenamiento perceptual estético de fronteras inmateriales, pero para Ole claramente evidentes: "[no es que] me hubieran atacado o acosado ahí, que es algo que por supuesto podría pasar en cualquier sitio; es sólo que ahí hay una frontera para mí que no me gusta traspasar".

Distinciones en el paisaje de la otredad

Los extremistas de derecha con quienes trabajé articulaban la configuración de la diferencia en el paisaje urbano mediante vistas, sonidos y olores, vinculados no sólo con cuerpos humanos, sino también con lugares tangibles —calles, vecindarios, oficinas de burocracia estatal, escuelas vocacionales, restaurantes, centros comerciales— que se volvieron metonimias de la otredad étnica y generadores de ordenamientos espaciales. Su percepción visual de gente "extraña", la sensación olfatoria de hedores "extraños" y el encuentro auditivo con lenguas "extrañas" delineaban regiones, sitios, fronteras y circulaciones de lo extraño en la ciudad. No debiera sorprender que Kreuzberg, Neukölln y Wedding[19] aparecieran una y otra vez en su discurso como figuras de negatividad espacial *per excellence*, otredad en forma pura. Como negatividades puras, operaban como parajes de fantasías, no de lugares reales. Para Ole y sus amigos reflejaban la forma negativa no de su verdadero distrito de origen (mismo que, como notaron, se desparramaba de extranjería, peligros e

[19] Los tres vecindarios con la mayor proporción de residentes turcos y árabes (véase la nota al pie de página, más arriba).

incertidumbres), sino de su fantasía respecto del mismo. Como "otros dóndes" (*otherwheres*) sobre los que se han proyectado padecimientos sociales (Pred, 2000), marcaban el opuesto no del Treptow que en realidad existe, sino de aquél en el que, para ellos, se podía y se debía convertir, y que alguna vez fue.

Pero las fronteras son entidades cambiantes y porosas (Balibar, 2005; Casey, 2007), y ellos consideraban que Treptow —que comparte una larga frontera con Kreuzberg y Neukölln— también se encontraba en constante peligro de contaminación. Karl rehuía de Treptowerpark, una zona recreativa en la parte oeste del distrito, "porque está un poco… está en la orilla de Kreuzberg, y por ahí empieza esa gente que se ve diferente, extraña… brutos [*prols*] y gente que busca pleito, gente que me saca de quicio". La espacialización de lo extraño en la ciudad se vuelve de este modo un asunto de flujos e intensidades, de la circulación y filtración de valores semióticos por interfases espaciales en el paisaje urbano.

Este imaginario geográfico se alinea a lo largo de un ordenamiento Este/Oeste de la ciudad, que no es menos importante que los nombres propios de lugares como Kreuzberg o Neukölln, y que delinea un *continuum* de familiaridad y extrañeza. En esta interpretación Kreuzberg y Neukölln se vuelven sinécdoques[20] para el Oeste en general, como una región que es preferible evitar. Con la frontera histórica evaporada para volverse una geografía vaga, etérea, una frontera ausente cuyo curso preciso no podría trazar ninguno de mis jóvenes informantes, la distinción entre Este y Oeste ha adquirido una serie de especificaciones y significados más allá de sus coordenadas de la Guerra Fría.[21] Generó varias

[20] Una sinécdoque describe la representación del todo por una de sus partes en particular.

[21] Como regla, las fronteras Este/Oeste que narran los extremistas de derecha en Berlín trazan una línea que siempre está donde alguna vez estuvo el Muro o al

territorializaciones binarias de seguridad y peligro, familiaridad y extrañeza, y comodidad y desasosiego. Para algunos ciertos distritos "orientales" (Mitte, Prenzlauer-Berg o Friedrichshain)[22] se han contaminado tanto del Oeste que se han vuelto *de facto* indistinguibles del mismo. En efecto, como hemos visto, para Karl amplios parajes del propio distrito de origen de mis informantes, ya demasiado contaminados por la extrañeza, aparecían como una recursión fractal (la reiteración del mismo contraste a escala diferente, véase Irvine y Gal, 2000) que remedaba su imaginación geográfica del paisaje urbano mayor. Los tres casos que describo en seguida ilustran distintas presentaciones de la espacialización Este/Oeste de la ciudad y del distrito, todas las cuales, no obstante, informan de manera significativa también la imaginación geográfica de la diferencia étnica.

Axel era un joven de 16 años bajo de estatura, delgado, pálido y de largo cabello negro. Su padre, que había estado en prisión en la RDA por intentar escaparse trepando el Muro, sufría de depresión y alcoholismo, y, al igual que su hermano mayor, trabajaba de cajero en un supermercado. Su madre, estilista de profesión, tenía trabajos ocasionales, más recientemente en puestos de periódicos y en panaderías. Cuando lo conocí, estudiaba en un Gymnasium (el nivel más alto de educación secundaria alemana) en pos de un diploma de educación secundaria (*Abitur*), tocaba la guitarra y soñaba con volverse una estrella *pop*, al tiempo que peleaba por adquirir mayores derechos de visita respecto de su hijo de un año, que vivía con una exnovia. Hasta poco antes de que lo conociera, sin embargo, fue una figura central del medio local extremista de derecha en Johannisthal y

---

"este" de ahí, jamás hacia su "oeste". Pero cuánto se corre la frontera efímera, que parte en dos su paisaje, hacia el Este histórico de la ciudad varía enormemente.

[22] Muchos extranjeros y personas del Oeste se han asentado en estos distritos desde la reunificación, en parte debido a una subocupación ubicua y a los procesos de gentrificación.

Schöneweide, consistente en un grupo organizado de comprometidos nacionalistas que surgió de un círculo de amigos de la escuela secundaria. Axel se volvió la mano derecha de Becker, el presidente del capítulo local del NPD, de 30 y tantos años, que reclutaba a jóvenes insatisfechos, simpatizantes, por todo el distrito. Lo que seguía era involucrarse en actividades políticas organizadas. Poco a poco Axel se había distanciado de ese grupo a lo largo del último año o dos.[23] Sin menoscabo de lo anterior y mientras que ahora no se identificaba ni como derechista ni como izquierdista, sino como "alternativo",[24] su interpretación del paisaje urbano apenas difería del compartido por sus amigos del pasado. Neukölln era para él el corazón de las tinieblas, mientras que describía a Baumschulenweg, un vecindario residencial que hace frontera con Neukölln, como un nido de "gente del gueto" armada y de extranjeros violentos, inseguro para las personas como él; incluso Johannisthal, en el centro del distrito, según él, no había escapado al impacto de los distritos adyacentes:

> Últimamente veo en Johannisthal a demasiada gente yendo de aquí para allá, haciendo camorra… provocan y acosan a la gente en la calle… [Son] jóvenes acosadores que piensan que son gánsteres jóvenes, por ejemplo, creen que vienen del Bronx en Estados Unidos, piensan que tienen que crear un gueto aquí en Johannisthal.

[23] Una llamada sorpresiva de los activistas antifa pudo haber contribuido a su abandono del activismo político, mismo que, no obstante, fue un largo proceso de desvinculación, cuando menos igualmente motivado por su incorporación a círculos sociales diferentes en su nueva escuela y por la progresiva contracción de su vida cotidiana a espacios privados que eclipsaron la importancia anterior del club juvenil y del parque público.

[24] La categoría de "alternativo", para la gente joven por toda Alemania, designa ciertos gustos musicales y códigos de vestimenta más que una pertenencia política. Así, el uso de Axel de la categoría subrayaba su deseo de parecer apolítico.

La geografía Este/Oeste de Axel, en la que las fronteras —por ejemplo, entre Neukölln y Baumschulenweg, o entre Baumschulenweg y Johannisthal— funcionan de interfase para diversos flujos, se parece a la de Elsa, una nativa de Baumschulenweg de 17 años. Hija de un panadero y una ama de casa, no logró calificar para obtener ningún diploma escolar ni para ser admitida por un programa vocacional. Se encontraba terminando un programa de capacitación profesional prevocacional patrocinado por el gobierno, de un año de duración, preparándose para ocupar puestos de baja calificación en servicios; este programa intercalaba periodos de aula con capacitación *in situ* —en la zapatería de un centro comercial, en la cocina de un restaurante, como recamarera de hotel—. Entusiasta de la mitología germánica, llevaba su neopaganismo ultranacionalista a flor de piel, con una innumerable cantidad de aretes, pulseras gruesas y pesados anillos de plata, y marcas de moda como Pitbull y Lonsdale.[25] Tenía vínculos íntimos tanto con los grupos de fanáticos recalcitrantes del Union que se reunían en Grünau, como con los grupos nacionalistas militantes de Karl y Axel, a cuyas reuniones asistía de manera ocasional. En el pasado Becker intentó reclutarla como su representante en Grünau; pero ella no aceptó. Bajo la presión de sus padres para mudarse fuera de la casa familiar, su desmoralizante búsqueda de apartamento tenía la carga no sólo de los recursos financieros exiguos, sino también de un imaginario geográfico de la otredad que delineaba una gradación progresiva Este/Oeste de extrañeza y familiaridad, peligro y seguridad, contaminación y pureza, y que corría por su distrito. Bajo la influencia de Neukölln, inmediatamente al oeste, según Elsa su vecindario, alguna vez pacífico y tranquilo, se había vuelto dominio de la violencia, el crimen y de "malas personas" (léase, personas que parecen de Oriente Medio). Bajo la insidiosa

[25] Las dos marcas son populares entre *skinheads* y *hooligans*.

usurpación del Oeste, la extrañeza se dispersaba hacia el Este sin cesar, hacia las esquinas más remotas de su distrito, lanzándola en dirección de refugios cada vez más escasos y distantes. Pese a lo remoto de la ubicación, su infraestructura inferior de transporte y sus ofertas de consumo y diversión más escasas, Elsa sólo tomaba en cuenta los vecindarios más al oriente del distrito, en la frontera con Brandeburgo, donde finalmente se estableció.

Una última interpretación de la línea Este/Oeste proviene de esa misma zona fronteriza donde, una mañana de mayo inusualmente candente, holgazaneábamos frente al kiosco Bretterbude, fuera de la estación ferroviaria Grünau: Sylvia, Robert y Meier, todos de aproximadamente 20 años, seguidores del NPD y celosos fans del Union; Norman, cuya cara tenía las sangrientas señales de una riña nocturna; Martina, de 20 años, animada por su conquista sexual de la noche anterior; Michael, cerca de los 30; Kurt, de unos 35 años; y yo. El área de la estación ferroviaria funciona como centro local de transporte, consumo y diversión, con paradas de autobús, de tranvía y de tren, una salida de carretera y un centro comercial. Bajo las vías, de cara al centro comercial, la cabaña de madera de Bretterbude oferta una diversidad de bocadillos, bebidas y revistas. Su apariencia derruida exuda un aire de desolación. Afuera tres mesas sin sillas bajo un pequeño patio techado dan a una banqueta transitada y constituyen una institución local para cuando menos tres grupos diferentes de clientes regulares: algunos hombres desde hace tiempo desempleados comienzan a llegar uno por uno tarde por la mañana, en busca de cerveza con tragos de *schnapps*; las personas que se transportan del trabajo, en su mayor parte trabajadores manuales, llegan unas lentas horas más tarde para señalar la transición del trabajo al tiempo libre, de la producción al consumo; finalmente, en la tarde llegan las multitudes jóvenes. Este último grupo había pasado de un pequeño núcleo de entusiastas del Union a una

Foto 3. El Bretterbude. Un lugar favorito para los aficionados de Union y, durante mi investigación, un sitio popular de reunión para jóvenes nacionalistas.

multitud de jóvenes, mientras que la reputación no enteramente gratuita del kiosco como una guarida de neonazis crecía. Transformada de una choza sin encanto para alcohólicos viejos a un imán para jóvenes abyectos, el Bretterbude era, para muchos de sus clientes más jóvenes, el sitio en el que se habían vuelto propiamente nacionalistas.

Aquella mañana Michael —divorciado y padre de tres niños— vio disiparse su alegría al revelarle Martina que su novia lo engañaba. Despotricó por sus infortunios románticos y expuso las cicatrices autoinfligidas en sus brazos como evidencia de su dolor. Enseguida se vanaglorió por ser un padre responsable y advirtió los peligros de la crianza de menores en la sociedad degenerada actual. Encontraba la ubicuidad de la venta de drogas particularmente preocupante. Confesó, no obstante, que consumía marihuana ocasionalmente, agregando que mataría inmediatamente a cualquiera que atrapara vendiéndole droga a sus hijos. De dentadura incompleta, demacrado y crudamente descuidado, Kurt, un

asiduo del Bretterbude que se había mudado de Treptow a un poblado satélite, a unas cuantas paradas del tren en el interior de Brandeburgo, intervino. Abandonó la ciudad, explicó, no por amor al campo ni por bajar el costo de la vida, sino para huir de las aflicciones occidentales que habían modificado constantemente un paisaje alguna vez familiar para volverlo un lugar de peligro y extrañeza. Era, para usar la frase de Holmes, "un exiliado en su propia patria" (2000:130). Grünau, en la orilla sureste de Berlín, marcaba para él una última frontera, una zona límite que no cruzaría "al menos en el presente estado de cosas". Él juzgaba que lo que yacía al oeste de dicha frontera no era redimible y estaba sobrepoblado de inmigrantes. Gestos de asentimiento dieron la bienvenida a su evaluación, que incitó un intercambio sobre la vagancia, la criminalidad y la dependencia del Estado de bienestar de los grupos inmigrantes. En el cronotopo (Bakhtin, 1998b) que surgió de esta narrativa elaborada de manera interaccional, el espacio (este/oeste), el tiempo (insidioso declive) y la diferencia social (mujeres, inmigrantes) reunían las figuras de los padecimientos sociales: la criminalidad, la vagancia, los narcóticos, la violencia, la dependencia y la infidelidad.

Para mis jóvenes informantes, entonces, la otredad étnica siempre aparecía emplazada dentro de un ordenamiento espacial de la diferencia en el paisaje urbano, aun si los contornos precisos de sus imaginaciones geográficas variaban. Tal como Frantz Fanon anotó en su obra clásica (1967), la corporalidad de la otredad encarnada le otorga una facticidad irrefrenable y la reifica como una presencia material, de un modo que parece preceder a cualquier determinación contextual, incluida la espacial. Con todo, sin menoscabo de su compulsión somática, la alteridad encarnada permanece de pies a cabeza, por supuesto, como una forma de diferencia socialmente construida, respecto tanto de los tipos de marcadores que ocupan el lugar de la otredad como de los procesos de creación de estereotipos que otorgan

significado a estos marcadores.[26] Tales procesos semióticos varían no sólo a lo largo de distintos contextos culturales o periodos históricos, sino también a lo largo de escenarios interactivos, donde las interpretaciones situadas reflejan articulaciones particulares de tiempo, lugar y nociones de la diferencia social. Al describir la relación amistosa con su vendedor de *kebab* como una coartada para el racismo, por ejemplo, Ole expresaba nociones de tiempo (horas de trabajo), de lugar (el puesto de comida turco de la estación de trenes) y roles sociales (una división étnica del trabajo) que convergían para definir a las "personas de Oriente Medio" como tolerables, incluso bienvenidas, tras el mostrador de un puesto de *kebab* donde, por así decirlo, se mezclaban sin amenazas, es más, de manera armoniosa, con el escenario. También para Karl la otredad étnica en Kreuzberg y Nuekölln representaba un peligro, pero "cualquier turco que viva aquí, en Schöneweide, trabaja. Uno tiene un kiosco, el otro tiene su café internet, un restaurante, una tienda de verduras. Cada uno trabaja. No hay turcos aquí que no trabajen".

Los signos de otredad que vinculan el ser extranjero con los padecimientos sociales (criminalidad, vagancia) representaban en otros tiempos y lugares, para Karl y sus amigos, el ser diligente y la normatividad.[27] El reconocimiento implica-

[26] Antes de que se entiendan y movilicen los marcadores corporales particulares como significantes de otredad, deben plantearse ante la percepción como señaladores de diferencia (étnica, de género, política, etc.). Los chasquidos linguales de las personas de Oriente Medio de los que Karl se queja, o los olores de la comida extranjera que molestan a Uta, se les presentan como una alteridad inconmensurable gracias a los procesos socialmente mediados de los que surgen como tales. Como signo la alteridad encarnada presenta un ejemplo paradigmático de una relación semiótica indexicalmente icónica; el significante y el referente se fusionan en él, y la apariencia se colapsa en una supuesta esencia (Peirce, 1960; Parmentier, 1994; Irvine y Gal, 2000).

[27] Esto concuerda con la observación de Mike Davis según la cual avistar a peatones marcados étnicamente en los barrios cerrados (*gated communities*) del área de Los Ángeles puede provocar que el aparato de seguridad que vigila al vecindario, dependiendo de la hora del día y de la ruta que tomen, los considere ya sea como trabajadores domésticos o como ladrones potenciales (1992).

ba para ellos, pues, un involucramiento con una serie de pistas contextuales que definían los términos de encuentros particulares; un amplio plumazo interpretativo en el que el signo y el escenario se informan uno al otro en una dialéctica recíproca.[28] Los antropólogos han argüido que los regímenes de legibilidad emergentes, en especial en escenarios metropolitanos, han generado formas novedosas de incertidumbre y de modos de identificar, en ocasiones con repercusiones brutales. La delimitación del contexto y su nombramiento parecen indispensables para la estabilización de las identidades étnicas, así como para las prácticas de reconocimiento —el otro étnico subsume las determinaciones contextuales y descansa en ellas—.[29] Para mis informantes

[28] Concuerdo con Andreas Glaeser, quien insiste en que "la consideración del contexto es […] de extrema importancia para analizar cómo funciona una identificación trópica particular" —ya se trate, en su caso, de oficiales de policía orientales u occidentales, o, como en el caso que analizamos, de una otredad étnica— "en el interior de una interacción social" (2000: 51).

[29] Thomas Hansen describió el acto de nombrar en Bombay/Mumbai como un acto de fijación espacio-temporal, generador de identidad y contingente de cierta indeterminación, para ser eficaz (2002). Lo que fija el acto de nombrar es el escenario dentro del cual las indeterminaciones de las identidades hindú y musulmana se resuelven. Allen Feldman desarrolló un argumento análogo en torno a la segregación étnica en Belfast, donde una historia de mezclarse y desmezclarse, de una división étnica del trabajo configurada de manera espacial, de una interfase de barreras étnicas y de la territorialización de la violencia y la muerte, ofrecen un marco interpretativo para las prácticas concretas de identificar (1991). Arjun Appadurai, a su vez, sostiene que la globalización ha echado a andar nuevos órdenes de indeterminación, engendrando técnicas "de vivisección" que plantean al cuerpo étnico mismo como el sitio de eliminación de la incertidumbre (1998). Tal violencia "investigativa", afirma Appadurai, produce cuerpos concretos, inteligibles, de las abstracciones a gran escala y etiquetas difusas de un presente en rápida globalización. Jonathan Friedman criticó estos puntos de vista desde diversos ángulos, al rastrear los conflicticos étnicos violentos no en torno a la globalización, sino a cambios en el capitalismo, en la hegemonía del Estado nación y en la mercantilización de la diferencia (2003a). Para Friedman la incertidumbre sube en torno a fronteras cada vez más imprecisas, no en torno a identidades, a las que considera conocidas y claramente reconocibles. La violencia étnica, entonces, desde su óptica debiera preocuparse por la erradicación y no por la identificación.

la otredad étnica parecía requerir varios procedimientos interpretativos dependientes del contexto. En el encuentro con la otredad una ambigüedad inherente sólo podía domesticarse tentativamente mediante una dialéctica situada de constitución entre cuerpos y escenarios.[30] Si los turcos y los árabes en Neukölln les parecían tanto simplemente identificables como singularmente emblemáticos de una gama entera de descontentos sociales, en otros lugares (por ejemplo, en Schönweide) ocupaban el lugar de una noción moralmente normativa de ciudadanía respetable (esto es, de independencia económica, de diligencia, de contribuciones fiscales). Cuando Karl contrastaba a los trabajadores y rectos vietnamitas ("se les ve por doquier en el día, pero ya no se les ve en la calle durante las noches") con los turcos y los árabes, quienes "pasan fuera todo el día", grababa también una frontera temporal que reproducía a la alteridad como virtuosa o como criminal. El inmigrante criminal y el inmigrante recto son, en ese sentido, también estabilizaciones temporales y espaciales de significado. En palabras de Andreas Glaeser, "las lecturas del espacio identifican rasgos espaciales con algo que va más allá del espacio mismo" (2000: 48).[31]

A veces, la contingencia de los marcadores de diferencia sobre el contexto se traduce como una idea ilegible para mis informantes o, para parafrasear la afortunada frase de Mary Douglas (1973), como una alteridad fuera de lugar. En alguna ocasión, por ejemplo, fuera del estadio de futbol del Union

[30] Étienne Balibar ha argüido que las identidades se definen por sus fronteras (2002; 2004a). En palabras de Edward Casey, "somos fronteras" (2007). Tanto Balibar como Casey subrayan al mismo tiempo el carácter inherentemente equívoco de las fronteras. Así, precisamente aquello que supuestamente definiría la identidad permanece, en sí mismo, siempre, indeterminado.

[31] "El espacio" —nos recuerda Merleau-Ponty— "no es el medio contextual (real o lógico) dentro del cual las cosas están dispuestas, sino el medio gracias al cual es posible la disposición de las cosas" (1957: 268). De este modo, la percepción, siempre de por sí emplazada, envuelve no sólo fronteras espaciales u horizontes visuales, sino el espectro completo de motivaciones implícitas que la vuelven significativa.

—equipo que, según su reputación, cuenta con una base de seguidores alemanes ultranacionalistas—, Elsa, Sylvia, Meier, yo mismo y algunos otros merodeábamos antes de un partido cuando me atrapó la mirada fija, incrédula, de Elsa sobre un grupo de cinco hombres que conversaban no lejos de nosotros en turco. "¿Qué fue eso?" ("*was war das?*"), preguntó levantando la voz y con un aire de aflicción estupefacta, una vez que se alejaron los cinco hombres. Elsa mostraba abiertamente su disgusto por los "extranjeros" —en su capacitación vocacional, en el centro comercial, en el transporte público—. Comúnmente no había nada escandaloso en torno a su presencia; para ella sencillamente eran objeto de su aversión. Sin embargo, fuera del estadio de su equipo favorito de futbol, en esa parte oriental de la ciudad, rodeados de multitudes de *skinheads*, los cinco turcos le parecían no señales de descomposición social, sino llanamente fuera de lugar, algo impactantemente ilegible.

Hablando sobre inmigrantes

En el capítulo II vimos cómo las puestas en acto y las enunciaciones de los jóvenes nacionalistas respecto de las identificaciones *ossi* se entretejían con y abrevaban de aquellas figuras de "alemanidad" del Este que surgieron en el interior de los discursos dominantes de la publicidad nacional. Las maneras en las que imaginaban y movilizaban la inmigración y la otredad étnica imitaban igualmente los contornos de formas mucho más generales de encuentro con la diferencia en la Alemania y la Europa actuales. El tambaleo de Elsa ante la fugaz suspensión de fronteras quebradas entre el gentío de devotos del futbol reiteraba, en las márgenes del terreno político, una variedad de tropos que permean el llamado discurso convencional, políticamente lícito. Resulta que los modos de la extrema derecha de entablar relacio-

nes con la alteridad étnica comparten una intimidad discursiva perturbadora con las posturas políticas supuestamente legítimas.

Tómese en cuenta cómo el azoro angustioso de Elsa hace eco de otros modos de encuentro con la diferencia étnica, religiosa y cultural, como algo que está "fuera de lugar", en la manera en que diversas poblaciones en Europa, por ejemplo, perciben a las mezquitas como señales materiales de algo ajeno en (y para) el paisaje urbano. En Berlín las aproximadamente 120 mezquitas de la ciudad —que atienden a más de 200 000 residentes musulmanes— se ubicaban en el Oeste histórico de la ciudad (Rohde, 2006). En 2006 se dio inicio a la construcción de la primera mezquita en el Este, en el distrito de Pankow. El plan encendió amplias protestas en las que los extremistas de derecha se mezclaron con los llamados conservadores convencionales, los primeros abogando por la deportación inmediata de todos los extranjeros, los últimos en lucha por cierta respetabilidad política. Ambos grupos convergieron no sólo en las calles, durante las marchas. El presidente del CDU de Pankow, un activista clave en la protesta, desató un escándalo político al ofrecer una entrevista sobre la mezquita a un periódico clasificado oficialmente como de extrema derecha (Strauss, 2006). El líder del movimiento contra la mezquita se defendió en la prensa hablando de sí mismo como un amante de la tolerancia, mencionando tanto a su hija lesbiana como a sus vecinos nigerianos como prueba de ello; no obstante, "pensó que debe haber sido una broma cuando leyó […] en el diario que se construiría una mezquita en su vecindario" porque "ningún musulmán ha vivido jamás en 'su parte de la ciudad'" (Peter, 2007). Él y otros residentes que lucharon por obstaculizar la construcción de la mezquita enmarcaron su lucha no en torno a la inmigración o la diferencia religiosa en la ciudad de Berlín, mucho menos en la República Federal Alemana, sino en torno a su percepción de que se trataba de algo

fuera de lugar en su propio vecindario (recordemos la mención de Ole respecto de cómo se ve la inmigración para "la gente común en la calle"). Como un signo supuestamente ilegible en el escenario local, la mezquita instaba no sólo a un recelo incrédulo (en gran medida como el de Elsa), sino que también despertaba profundas ansiedades sobre lo que podría, de hecho, significar.[32] Las protestas, a su vez, concordaban a la perfección con los persistentes discursos por toda Europa, para los que las mezquitas parecían estar fuera de lugar.[33] Hacían eco también de los debates alrededor del uso de la *burka* (velo que cubre la cabeza de las mujeres musulmanas) y otros símbolos religiosos, y su pertinencia en determinados lugares.[34]

La importancia de la alteridad étnica y de su emplazamiento en el paisaje urbano para la articulación de las visiones y los compromisos políticos entre los jóvenes extremistas de derecha en Berlín reflejaban, en última instancia, el lugar que la inmigración ocupa actualmente como una obsesión singular del discurso político europeo en general;[35] aun si su

[32] Quienes protestaban mencionaron, por ejemplo, la Ley Sharia, los matrimonios arreglados y la imposición del uso de la *burka* entre las mujeres como posibles escenarios del inminente futuro del vecindario.

[33] Tomemos el caso de Suiza, donde se ha prohibido la construcción de minaretes a partir de un plebiscito nacional. En varios otros países europeos se han propuesto, debatido y, en ocasiones, aprobado, tales prohibiciones totales o, en lugar de ellas, restricciones drásticas. Véanse, por ejemplo, Foulkes, 2007 y Traynor, 2007.

[34] En algún nivel, cuando menos, lo que a menudo está en juego en tales debates es precisamente la definición de los lugares en los que las expresiones encarnadas de la otredad estarían "fuera de lugar"; por ejemplo, en escuelas, en oficinas públicas, en las calles, etc. Véanse, por ejemplo, Walzer, 1998 y Scott, 2010.

[35] Sin duda, los inmigrantes en Europa se han representado desde hace tiempo como externos a la nación y como desviaciones paradigmáticas del poder del Estado moderno, que surgen repetidamente como un "problema social" que requiere de intervención (Sassen, 1999). Algunos discursos recientes sobre la otredad en Europa, no obstante, se han enfocado prácticamente casi en exclusiva sobre el islam y las comunidades musulmanas, al tiempo que domestican una serie de alteridades que antes se consideraban extranjeras (Bunzl, 2005).

lenguaje era con frecuencia más explícitamente racista. En décadas recientes las preocupaciones en torno a la inmigración han dado forma a los debates sobre el desempleo y el bienestar social, las proyecciones demográficas, la criminalidad y la puesta en vigor de las leyes laborales, las reformas educativas, la asignación presupuestaria o la expansión de la UE; debates en los que las distinciones entre izquierda y derecha a menudo se han opacado.[36] En el discurso político alemán ha abundado la retórica antiinmigración (Karapin, 1998). La repulsa de mis informantes en torno a "una Alemania refugio", sus quejas sobre la inmigración excesiva y su alarma en torno a una supuesta frontera totalmente abierta, citan expresiones que han logrado una amplia publicidad durante los debates sobre inmigración y políticas de asilo de los años noventa (Halfman, 1997). El "compromiso de asilo" de 1993 constituyó una ratificación oficial de la narrativa de la indulgencia indebida para con los refugiados, mientras que lo que quedó de la década fue testigo de enfrentamientos políticos en torno a las reformas propuestas a las leyes de ciudadanía de la era del Káiser y a las de residencia del Tercer Reich.[37] En tanto que las reformas, cuando finalmente se aprobaron, retaban hasta cierto punto el vínculo aparentemente blindado entre ciudadanía (*staatsangehörigkeit*) y pertenencia étnica (*volkszugehörigkeit*), también han fortalecido la estratificación étnica mediante la construcción jurídica y la incorporación diferenciadas de grupos distintos (Senders, 1996).

[36] Por ejemplo, el acalorado debate en torno a la pañoleta cubrecabezas en Francia enfrentó las manifestaciones de libertad individual y de los derechos colectivos con las de libertad religiosa, mientras que en Holanda la retórica inflamatoria (y, por un momento, muy popular) antiinmigrante de Pim Fortuyn pretendió defender los valores holandeses de la tolerancia contra los intolerantes musulmanes (Walzer, 1997; Van der Veer, 2006).

[37] El *Asylkompromiss* implantó varias medidas para obstruir tanto la solicitud de estatus de asilado como su otorgamiento.

Empero, más allá de cualquier consecuencia directa estatutaria o en cuanto a políticas, estas contiendas políticas propagaron un vocabulario ("Alemania refugio", fronteras abiertas, deportaciones) que se coló en las locuciones de los extremistas de derecha con quienes trabajé, como citas que investían a la inmigración de significados siniestros. Los términos mismos de este vocabulario ilustraban la dificultad para incorporar al otro inmigrante quien, incluso como ciudadano naturalizado, persistía como diferencia léxica: como inmigrante (*migranten*), extranjero con pasaporte alemán (*ausländer mit deutschen pass*) o, de manera más colegial, cociudadano (*mitbürger*) (Pred, 2000; Schröder, 2001). Así, las objeciones de Karl ante la solicitud de integración de Turquía a la UE evocaban discursos políticos, de publicidad, y una elocuencia mucho más amplios que la retórica empleada por las márgenes de extrema derecha del espectro político. El CDU y el CSU (Unión Social Cristiana de Baviera), en especial, han colocado la cuestión de Turquía, de manera estratégica, en el núcleo de sus campañas políticas. Como líder de la oposición en aquel momento, Angela Merkel propuso una petición de nivel nacional contra el acceso de Turquía a la UE.[38] Su idea tuvo una cálida recepción en el DVU y en el NPD, partidos que la llevaron a la práctica, dejando pocas opciones al CDU, que tuvo que borrarlo de su agenda de manera rauda y brusca. Para Karl y sus pares, sin embargo, los debates geopolíticos, económicos y de derechos humanos sobre la integración de Turquía a la UE nutrían sus experiencias e imaginaciones cotidianas con ideas de contaminación y declive, cuestiones que, creían, amenazaban con acelerarse sobradamente.

Más allá de los temas de Turquía y los refugiados, voces sobre "la criminalidad de los extranjeros" (*ausländerkrimi-*

[38] La propuesta de Merkel fue particularmente notable porque los políticos conservadores alemanes se han resistido durante largo tiempo a la introducción del instrumento del plebiscito en la constitución del país.

nalität) —central en el imaginario político de los jóvenes extremistas de derecha y en la retórica de los partidos a los que apoyan— aparecen implacablemente, también, en la publicidad masiva y en los vocabularios políticos de amplia circulación por toda Alemania, y en Europa más extensamente (Jäger, Cleve *et al.,* 1998; Gingrich y Banks, 2006). Tomemos, como un ejemplo notable, la campaña de 2008 para la reelección de Roland Koch (CDU), en aquel momento aliado cercano y protegido de Merkel, para gobernador del estado de Hessen. Koch hizo un llamado a favor de un endurecimiento drástico de los marcos legal y penal, de cara a lo que describió como niveles intolerables de violencia juvenil entre inmigrantes. Los expertos, sin embargo, no tardaron en desmantelar tanto su diagnóstico como su propuesta de remedios.[39] No obstante, para muchos la tormenta incitada por la campaña de Koch ya había apuntalado las percepciones en torno a la "criminalidad extranjera" como una amenaza nacional, al tiempo que autorizaba las narrativas sobre un Estado indefenso (Sievert y Bittner, 2008; Thorer, Rickmann *et al.,* 2008). Algunas reverberaciones discursivas semejantes emergen en torno a las ansiedades respecto del empleo o sobre las especulaciones demográficas. Ambos temas convergieron maravillosamente en el eslogan de campaña de Jürgen Rüttgers (CDU) *Kinder statt Inder* ("niños en lugar de indios") durante las elecciones de 2000 para la gubernatura en Renania del Norte-Westfalia. El lema se orientaba contra el plan del gobierno federal, encabezado por el SPD, de emitir miles de permisos de residencia permanente para trabajadores especializados en alta tecnología. Una vez más, para vergüenza del CDU, *Republikaner*,

[39] Las tasas de criminalidad entre inmigrantes, según ciertos comentaristas, han decaído establemente. Las medidas penales de mano dura propuestas por Koch, se descartaron por infructuosas desde hace tiempo. Los expertos también arguyeron que el trato ineficaz a los ofensores juveniles en Hessen fue consecuencia no de deficiencias legales, sino de la incompetencia de la propia administración de Koch.

el partido de extrema derecha, inmediatamente tomó prestado el eslogan para su propia campaña. Del otro lado del espectro político, el líder del partido socialista WASG (Alternativa Electoral-Trabajo y Justicia Social) y anterior presidente del SPD, Oskar Lafontaine, provocó un escándalo cuando advirtió, también durante una campaña electoral, que los "trabajadores extranjeros" (*fremdarbeiter*, frase que acarrea fuertes asociaciones nacional-socialistas) les quitarían los empleos a los alemanes.

En los hechos, la eficacia electoral de tales estrategias retóricas para atraer bases políticas sigue siendo cuestionable;[40] sin embargo, sus contornos resurgían en el discurso de mis informantes una y otra vez. Les ofrecían, asimismo, estereotipos monolíticos de los inmigrantes y una serie de criterios para su diferenciación. Recuérdese la distinción planteada por Karl entre los rectos vietnamitas y los flojos turcos, o entre los industriosos vendedores del puesto de *kebab* de Johannisthal y Schöneweide y sus indolentes correligionarios de Kreuzberg y Neukölln. En su discurso cierta configuración cronotópica de la otredad en el paisaje urbano se articulaba con la lógica de la utilidad social para generar distinciones entre utilidad y dependencia, entre diligencia y vagancia. Esta vara de medir de corte darwinista social con la que Karl y sus pares trazaban fronteras a lo largo de la ciudad y dentro de su vecindario recibía autorización oficial de las políticas de inmigración de Schröder, quien glorificaba la importación de mano de obra para la alta tecnología mientras espoleaba la exportación de refugiados, así como el vilipendio y la inculpación de los marginados socialmen-

[40] La propuesta de Merkel se desplomó; Koch y el CDU de Hessen sufrieron una humillante pérdida de apoyo, su peor resultado en cuatro décadas (aunque, con el tiempo, el punto muerto que siguió a la elección llevó a nuevas elecciones, las cuales ganaron en gran medida gracias a una espectacular debacle del SPD); y Rüttgers falló igualmente en la competencia por la gubernatura (por supuesto, muchos otros factores, además de sus campañas antiinmigración, jugaron un papel en la determinación de los resultados).

te. A su vez, la culturalización del racismo planteada por mis informantes se acomodaba bien con la percepción de la amenaza que los musulmanes presentaban a las nociones civilizatorias de lo europeo en amplios campos discursivos a lo largo del continente.[41] Sus palabras citan, de manera mediada, los fieros debates sobre el futuro cultural de la nación que acompañaron el que Alemania hiciera las paces, cuestión de plazo vencido, con la presencia permanente de inmigrantes, en particular de aquéllos de antecedentes turcos.[42] Su preocupación por la diferencia lingüística también emula al discurso político. Cuando Ole se queja de las lenguas extranjeras que se escuchan en las oficinas estatales, o cuando Uta refunfuña por la discriminación lingüística en los anuncios de empleos que solicitan "un asistente médico [de habla] turca", reiteran las preocupaciones que los legisladores del Bundestag expresan bastante a menudo en los comités parlamentarios.[43]

[41] Talal Asad ha observado que el islam en la Europa actual se trata como una alteridad civilizatoria (2003b; véase también Bunzl, 2005). Algunos patrones semejantes son evidentes en Estados Unidos, por ejemplo, en los escritos de Samuel Huntington (1997).

[42] En estos debates el reconocimiento de la diferencia a menudo se subordinaba a una idea de "cultura dominante" (*leitkultur*): un conjunto fundamental de valores, normas y comportamientos alemanes que definirían la infraestructura, por así decirlo, sobre la que podrían tolerarse las ornamentaciones culturales.

[43] Tuve la oportunidad de ser testigo de tales discusiones sobre multilingüismo en Alemania en el Bundestag en varias ocasiones, durante una breve pasantía con un representante del SPD. Aquí también encontramos paralelos con los debates en Estados Unidos, donde no sólo los conservadores políticos, sino también académicos como Samuel Huntington, expresan temores sobre la amenaza multicultural a la identidad cultural de la nación. Huntington identifica un grave peligro en la diversificación lingüística, en particular en el bilingüismo hispano, no porque el supuesto aislamiento cultural y lingüístico de los hispanos pudiera obstruir su integración exitosa y contribuir de este modo al desarrollo de una etnicidad marginada, sino precisamente porque, desde su óptica, otorga a los hispanos bilingües un acceso injusto y privilegiado a los recursos, por ejemplo, mediante contrataciones discriminatorias (2004). Para una exploración profunda de las ansiedades que han surgido en torno al tema de la alteridad lingüística en la era de las identidades étnicas, véase Silverstein, 2003. Para más sobre la relación entre

Los debates públicos del *die Mitte der Gesellschaft* (el *mainstream*, literalmente, la mitad de la sociedad) se cuelan en el discurso de los extremistas de derecha, ofreciendo esquemas perceptuales para otorgar sentido a estos encuentros con la alteridad y para imaginar paisajes urbanos. Autorizan enunciaciones sobre el exceso, la criminalidad, la violencia y la dependencia social de los inmigrantes; sobre su otredad como civilizaciones y sus privilegios especiales; y sobre las tipologías (útiles *versus* inútiles, normales *versus* desviados) que gobiernan las interacciones con ellos (en el lugar de comida bangladesí, en el restaurante de *kebab* turco, en la tienda de abarrotes vietnamita, etc.). Pero más allá de los estereotipos y de las distinciones entre y en el interior de distintos grupos étnicos, estos amplios campos discursivos permiten que los interlocutores diferencien entre ellos utilizando la figura, en tercera persona, del inmigrante. Si la inmigración aparece actualmente como obsesión central en la política europea, ello se debe, al menos en parte, a que en la actualidad funge de prisma fundamental para formular y poner en acto las diferencias políticas en general.

Hemos visto cómo, para mis informantes, las voces sobre la inmigración refractan derecha e izquierda: los izquierdistas son pro inmigrantes, los derechistas pro alemanes. Sin embargo, el discurso sobre inmigración extremista de derecha también estructuraba una recursión fractal (Irvine y Gal, 2000) del espectro político más general, dentro de los márgenes del mismo espectro. Veamos el concienzudo —aunque torpe— esfuerzo de Uta para parecer tolerante hacia las prácticas religiosas musulmanas:

> Esta cosa de la mezquita, *okay*, lo puedo entender. Hmmm… en cierto modo, pero no del todo, porque si voy a Turquía… no puedo simplemente llegar y decir: "¿me puede construir

lengua y nacionalismo en Alemania y en otros sitios de Europa, véase Blommaert y Verschueren, 1998.

> una iglesia? Creo que se vería bonita". Nadie haría eso por mí, jamás. Me insultarían con el dedo. Pero aquí les quieren dar todo a los turcos en una chingada charola de plata y se debe hacer todo por ellos, más o menos.[44]

Con su juicio, Uta se colocó en relación con el rango de pronunciamientos sobre mezquitas por todo el espectro político, posturas que ya examiné. Pero también buscó situarse en relación con sus pares como alguien más moderada y racional que la mayoría. Ella y sus amigos a menudo abrevaban de los discursos que circulaban sobre inmigrantes, políticas de asilo y la responsabilidad histórica de Alemania de elaborar tales contrastes entre ellos mismos. Al hacerlo, copiaban las discordancias que configuraban al espectro político más amplio —tolerancia e intolerancia, moderación y extremismo— y que los relegaban a sus márgenes. En el interior de la presunta frontera del campo político se reiteran estas diferencias.[45]

Veamos otros dos ejemplos. Conocí a Robert, de 18 años, en Grünau, donde él y su amigo Rene operaban la cocina en Khan's, el nuevo lugar de comida en el que, en el capítulo anterior, conocimos a Danny y a Norman, intercambiando tonos de celular (regreso a Khan's en detalle en el capítulo VI). Se hacían cargo del negocio siempre que su propietario, el señor Khan, partía —esto es, la mayor parte del tiempo—. Fanático del Union y entusiasta del NPD, de estatura regular, cabello castaño y barba de chivo recortada, ostentaba orgullosamente etiquetas de moda prohibidas y frecuentaba sitios nacionalistas. Una noche, afuera de las puertas

[44] La mezquita en Pankow —cubierta por las noticias del momento con amplitud, sin duda inspiración de los comentarios de Uta— de hecho dependió de donaciones privadas, exclusivamente, para su construcción.

[45] La cuestión no es si mis informantes, de hecho, replican cualquier contraste en particular, ni siquiera si existe algún original ostensible. Lo que cuenta es la representación exitosa y, por así decirlo, retroactiva de su semejanza, la afortunada fabricación de la "copia" como una copia de algo (Gal, 2007).

de un bar favorito del medio, me describió al NPD como una alternativa auténtica a la insipidez e incompetencia de la política dominante, superior al resto en sus ideas y en su compromiso por el cambio. Objetó cualquier comparación entre el NPD y el NSDAP (Partido Nacional Socialista Obrero Alemán).[46] Los medios de comunicación, dijo, representaban al partido inadecuadamente llamándole extremista, violento y racista contra los inmigrantes, mientras que en los hechos no iba tras los buenos inmigrantes que trabajaban y pagaban impuestos, como Khan; sólo quería frenar la inundación de inmigrantes que llegaba a Alemania con la intención de financiar su vagancia parasitaria gracias al generoso sistema de bienestar social del país, continuó. El monólogo de Robert invocaba a la inmigración para anclar al NPD (y, por implicación, a él mismo) en algún sitio entre lo convencional y lo extremo, reiterando los contrastes que gobiernan al terreno político en general directamente dentro de su frontera al imitar los tipos de gradaciones de tolerancia hacia los inmigrantes que operan más ampliamente. Recordemos a Sebastian, también seguidor del NPD, quien, sentado en el Pequeña Estambul, discrepó con Robert: con el tiempo todos deben salir, dijo.[47] No obstante, muchos de los pares de Robert erigían, para sí, un espacio moderado y razonable dentro de la llamada extrema derecha, planteando siempre que la persona de junto sería el verdadero nazi, malo, violento,

[46] De manera interesante, pocos entre los extremistas de derecha que conocí idealizaban al propio Hitler, aunque muchos adoraban a otros nazis prominentes (a Rudolf Hess, por ejemplo). Como Robert, parecían aceptar la narrativa del Tercer Reich como una catástrofe, aunque con un giro nacionalista: Hitler fue un desastre porque dirigió la guerra de manera incompetente, abriendo un segundo frente y otorgando la victoria a los Aliados, en lugar de alcanzar un acuerdo con el Reino Unido después de ocupar la mayor parte de Europa continental, y dejando el territorio nacional de Alemania más reducido que antes de la guerra.

[47] La dependencia de Robert de un inmigrante bangladesí probablemente tuvo alguna influencia en la manera en que se posicionaba como seguidor del NPD. La mayor parte de los simpatizantes del NPD que conocí parecían ubicarse más cerca de Sebastian —todos los inmigrantes tendrían que irse con el tiempo—.

racista y extremista. Los fanáticos del Union, sin menoscabo de la fama de su equipo como hogar de los *hooligans* neonazis, insistían en que "sólo se trata de diversión", y señalaban, más bien, a su rival principal de entonces, el BFC Dynamo, como el equipo cuyos prosélitos "son todos nazis".[48] La moderación del extremismo se puede proyectar sobre equipos de futbol igual de bien que sobre partidos políticos. El verdadero brujo siempre está en el equipo de futbol siguiente.

Freddi, por ejemplo, discrepó de la caracterización de Robert del NPD como un partido moderado y tolerante; describió, asimismo, sus círculos sociales como compuestos casi de manera exclusiva de neonazis, mientras que se excluía de dicha categoría. En su vida, me dijo, buscaba emular las "virtudes" de su (autoritario y violento) padre: integridad moral, trabajo intenso, disciplina, firmeza y nacionalismo. A Freddi le gustaba saborear las melodías y letras de la música prohibida, en las que veía un manifiesto de sus valores morales y una antología de modelos históricos a seguir: canciones de *heavy metal* y baladas *folk* sobre degeneración cultural, corrupción política, las víctimas alemanas de la Segunda Guerra Mundial, Rudolf Hess, o el líder de la SA ("sección de asalto", parte del NSDAP), Horst Wessel. Una noche lo encontré en su apartamento con una chica más joven, estudiante del *Gymnasium*. Nos puso dos CD que acababa de adquirir: baladas de *rock* melódico y piezas escandalosas de *heavy metal* que lamentaban la corrosión del orgullo, ensalzaban la camaradería de la tropa, encomiaban el sacrificio de héroes sin nombre y hacían votos por seguir sus huellas. La chica pa-

[48] La reacción desconcertada de Elsa ante los hombres que hablaban en turco dice algo sobre aquello a lo que se había acostumbrado sin cuestionarlo y, por lo tanto, sobre la estructura dominante de la base de seguidores del equipo. El grupo al que acompañé sin duda incluía a una mayoría de seguidores del NPD y a más de un par de personajes que respondían de manera bastante cercana a la figura estereotípica del neonazi a los ojos de la mayoría de los alemanes.

recía incómoda. No le gustaba "esa música, la música nacionalista", comentó, cuando Freddi le pidió su opinión. Le parecía que la música era pobre y la letra "problemática". No había nada nazi en la música, Freddi contraargumentó rápidamente. Las canciones no incitaban al odio ni a la violencia, mantuvo; además, incluso su primo "negro" —el tío de Freddi era cubano— disfrutaba de ellas. ¿Por qué debía prohibirse esta música?, nos preguntó. La chica no parecía convencida y Freddi prosiguió: las personas de otros países que han perpetrado injusticias de cualquier forma se enorgullece de su cultura, sin los dilemas que ocasionan en Alemania tantas prohibiciones legales. Piensen en Stalin, aún más dictador que Hitler, proclamó. ¿Por qué sólo los alemanes debían sufrir de ese modo? ¿Por qué debía su generación pagar por los pecados de Hitler?

Para Freddi y sus amigos la música *nationale* componía un dominio contra el cual fabricar no sólo una identificación subcultural, sino también una economía moral, una conciencia histórica y una acción política.[49] La defensa de Freddi esquivó la crítica de la joven para enmarcar el argumento, en lugar de enfrentarlo, en torno a prohibiciones legales y a la creación de su consumo musical como una política cotidiana de resistencia. La música *nationale* le ofrecía a Freddi una postura que él consideraba moderada, ubicada en algún sitio entre las narrativas liberales democráticas dominantes y el revisionismo histórico neonazi, rechazando como extremismos dogmáticos e insostenibles tanto la condena incondicional del Tercer Reich como maldad pura como la veneración sin reservas, neonazi, hacia Hitler. Su comparación entre Hitler y Stalin hacía eco de las voces de las fracciones conservadoras en el *Historikerstreit*.[50]

[49] Para una colección integral de ensayos sobre música nacionalista y su importancia social para los extremistas de derecha, véase Dornbusch y Raabe, 2002.

[50] Véase la nota número 15 al pie de página en el capítulo I sobre la llamada *Historikerstreit*.

Asimismo, Freddi daba crédito a su padre y a su abuelo, quienes a sus ojos reconocían los malos aspectos tanto del Tercer Reich como de la RDA, a la vez que destacaban sus puntos memorables —los líderes ejemplares, el sacrificio heroico, la solidaridad y la camaradería— como fuente de su perspectiva "equilibrada". Como él, ellos también disfrutaban de la "comida extranjera" (léase *kebab* turco) ocasionalmente, a la vez que objetaban su excesiva preponderancia. Como él, ellos también admitirían con gusto el puesto ocasional de *kebab* o al inmigrante en su vecindario, sin dejar de oponerse a lo que percibirían como su presencia inmoderada.

En gran medida al igual que Robert, Freddi también proyectaba gradaciones de moderación/extremismo a lo largo del espectro político; sin embargo, ello implicaba identificar al NPD con "fascistas por *hobby*" (*hobbyfaschos*) y al DVU con "nacionalistas serios":

> Freddi: Todo el sistema me parece en extremo deprimente. Dicen "libertad", "libertad de expresión". Pues, yo… no es que opine que deberíamos rasurarles el cabello a los judíos o algo así, que se les deba colgar o cualquier cosa por el estilo…
>
> Nate: Pero, ¿por qué no?
>
> F: Bueno, por lo [que pasó] antes, el Holocausto y todo eso… eso fue horrible. Lo fue, de verdad. Pero algo como esto [música], una conmemoración sólo para los soldados en el presente… Tampoco es algo contra los "rojos" de aquí o algo así, ¿me entiendes? [Estas bandas] están aquí ahora y no en aquellos días… Y de eso están cantando. Es como si no tuvieras permiso de decir que el sistema es una mierda y todo eso… No entiendo en verdad por qué son de tan mano dura al respecto. A los izquierdistas de aquí se les permite [actuar] contra los nazis y [decir] "¡fuera los nazis!" Lo que quieran decir, por supuesto, se refiere a este momento, es decir, más o me-

nos a nosotros, a mi gente… Tengo tantos amigos que de verdad saben cosas. Tienen como 33 [años de edad]… No son ese tipo de "fascistas por *hobby*" que van por la calle y sólo porque pasó un turco lo golpean. De verdad piensan por sí mismos… [sobre] política, por supuesto, DVU. Al NPD también lo encuentro terrible…

N: ¿Por qué?

F: "¡Fuera los extranjeros!" Todo eso… lo encuentro totalmente terrible. Esta oración, por ejemplo: "fuera los extranjeros", sencillamente no funciona… no lo puedo aceptar. Además, hay gente dentro del DVU que tiene sus propias ideas…

N: ¿DVU más que NPD?

F: Sí, seguro, según yo. Dicen… justo como yo lo veo, el lugar del *kebab* puede quedarse ahí. Puede estar ahí, pero no con tanto exceso. Entonces también dicen que no debería haber lugares como Kreuzberg y Neukölln, sino más bien que todo debería estar distribuido por todas partes, porque de este modo eso [los inmigrantes] podría… En primer lugar, más o menos se vuelven peligrosos porque están todos unos encima de los otros. Si se distribuyeran por todos lados, digamos dos alemanes por un extranjero o algo así, nos desharíamos del problema, ¿me entiendes? Entonces, no sería un problema. Entonces, siempre sería cierto que los alemanes no tendrían que sentir temor en la calle…

N: Pero dime, siempre pensé que la DVU también decía "fuera los extranjeros", ¿o no?

F: Pero no así, no, no tan crudamente, no tan crudamente como el NPD. Es el NPD, después de todo, el que está entre todos esos nazis bravucones por todos lados.

Freddi encontraba al NPD demasiado extremista, demasiado desvergonzado con su odiosa retórica, un hogar para "fascistas por *hobby*" y "nazis bravucones" superficiales. Los "nacionalistas serios" apoyaban al más moderado DVU, que se oponía a los flujos irrestrictos de inmigrantes, en particu-

lar de aquellos que abusaban del sistema de bienestar social del país. La similitud con el discurso de Robert y los modos en que ambos abrevan de los contrastes políticos dominantes para colocarse discursivamente resultan notables; aun si sus conclusiones electorales son dispares. Las diferencias que seccionan al campo político en general resurgen dentro de sus medios marginales. En gran medida del mismo modo en que la categoría de extremismo (de derecha) otorga a las voces dominantes un horizonte contra el cual parecer moderado y tolerante, algunas estrategias narrativas análogas, de desplazamiento, gobiernan la puesta en acto de la moderación y la generación de posturas desde las cuales enunciar una política intolerante dentro del extremo político supuestamente excluido.

Todo con moderación

Las resonancias entre otredad étnica, paisaje urbano y contrastes políticos se observan con muchísima claridad en torno a la comida. Sin duda, el consumo de cualquier mercancía etnicizada conlleva proximidad con el otro etnicizado.[51] Comer, sin embargo, implica de manera bastante literal la incorporación material de la esencia reificada —cocinada— del otro en el cuerpo de uno, la absorción física de su expresión culinaria, sus sabores, olores, nombres con timbre extranjero y los valores atados a la colectividad a la que pertenece. Una constante tensión surge entre el deseo del consumidor y las ansiedades en torno a la contaminación y el bienestar corporal —portadores tangibles de un "peligro metafísico"— (Holmes, 2000: 87). Cómo navega el "yo" físico el espacio entre la evasión antiséptica y la indulgencia

[51] Más precisamente, el consumo étnico crea una proximidad con los estereotipos de aquella colectividad para la que representa la mercancía una encarnación indexicalmente icónica.

descuidada, cómo se involucra con la otredad contaminante, dice algo también del "yo" político, a la vez que provee de un dominio discursivo dentro del cual situarlo. Se despliega la subjetividad política entre el *wurst* (una salchicha) como nutrición alemana adecuada, y el *döner* (*kebab*) como la seductora sensualidad de la otredad. Hablar de comida étnica opera, también, como la autorización de ciertas imaginaciones espaciales de la otredad en el paisaje urbano, de su emplazamiento en sitios y regiones específicos. La distribución espacial de la diversidad culinaria se entiende como icónica de la distribución espacial de la otredad encarnada. Tanto el cuerpo como la ciudad aparecen en tales interpretaciones como espacios alemanes bajo la amenaza de una penetración extranjera. El grado de su degeneración se vuelve evidente en la incidencia de locales de *kebab* y en el consumo de sus productos.

Sentado en el Pequeña Estambul, Sebastian expuso puntos de vista intransigentes sobre los inmigrantes, haciendo un llamado a la prohibición de sus negocios y a su deportación total. Su asiduidad rutinaria de un restaurante de propiedad y administración turca claramente no le representaba la menor de las tensiones de cara a las opiniones que expresaba. En lugar de esto, buscaba plantearse a sí mismo, ante el escenario de la inmigración, como provocativamente extremista, un rebelde en relación con sus iguales. Su amigo Danny, por ejemplo, un amante igualmente entusiasta del NPD y del atuendo extremista de derecha prohibido, quien me contó del impacto degenerativo de las culturas extranjeras estando en el Pequeña Estambul, luchaba por parecer moderado en relación con Sebastian: "No soy extremista", dijo, en desacuerdo con la invocación de Sebastian de las deportaciones totales. El problema para él era el exceso de inmigrantes y sus restaurantes. Tanto Danny, el patriota sensible, como Sebastian, el neonazi inflexible, fueron rebasados por Lukas, su amigo regordete con cara de bebé, cuyos

padres, personas de recursos, y su diploma de educación secundaria, lo colocaban un punto por encima del resto. También era seguidor del NPD. Lukas asistía a las manifestaciones esporádicamente, y concordaba con Sebastian respecto de que se debía deportar a todos los inmigrantes. Los inmigrantes, explicó, tenían la culpa de todos los problemas de Alemania, desde el desempleo hasta la criminalidad. A diferencia de su amigo, dijo, él era fiel a su palabra al comer sólo "comida alemana" y jamás en restaurantes turcos o asiáticos.[52]

En compañía ya fuera de Lukas, de Sebastian, o incluso de Danny, se vuelve más fácil entender, quizá, cómo es que Freddi se distingue a sí mismo como moderado —distinción que él también delinea sobre el menú de un restaurante—. Incluso su padre, me hizo notar, llevó un día comida china a su casa, cuando fue de visita.

> La cosa es así: no tengo nada [contra los extranjeros]. Voy al puesto de *kebab*… a comer *kebab*; voy a comer comida griega. Lo único a lo que me opongo es a que son demasiados, demasiados. Un puesto de *kebab* en cada esquina es demasiado. [Aquí hay] tres puestos ahora. Un puesto de *kebab* frente a la estación de tren aquí, eso habría sido suficiente para Adlershof [su vecindario]. O un [puesto de comida] griega. Y es que son demasiados…

La distribución putativa de la comida étnica en el espacio urbano indica, para Freddi, la prevalencia de los cuerpos étnicos. Ambos son inocuos en moderación. Unos pocos in-

[52] Estas dos cocinas ocupaban con mayor intensidad el espacio de su paisaje culinario —y del de otros informantes—. En diversas oportunidades Lukas comió con gusto en restaurantes italianos y en McDonald's, los cuales, para él, cabían en la "comida alemana". Mientras que pasaba muchas tardes en el Pequeña Estambul, sentía que al limitar su consumo a las bebidas alcohólicas permanecía fiel a sus principios.

migrantes o un puesto de *kebab* no harían daño, como tampoco lo haría el consumo físico moderado de la otredad gastronómica. Es como si la misma sustancia tóxica —segura sólo en pequeñas cantidades— que amenaza al paisaje urbano penetrara también en el cuerpo mediante la cocina étnica. La comida y el comer servían a Freddi como un dominio dentro del que se podía situar políticamente como un individuo moderado y razonable, mediante puestas en acto cotidianas. Los peligros que implica la proliferación de sitios de comida étnica para el "yo" físico generan también una geografía de la violencia. Si demasiado *kebab* parece amenazar el bienestar físico de los comensales alemanes, los puestos de *kebab* surgen como ubicaciones siniestras, sitios de peligros desconocidos e impredecibles para los cuerpos alemanes:

> Freddi: Fue [afuera de] Morgensonne, un bar del medio. Yo [y tres amigos] estábamos sólo caminando por ahí y entonces, embriagados, coreamos un par de cantos, sólo por diversión, y no para molestar a alguien. Le [deseamos] una maravillosa noche a todo mundo. Cantamos ahí…
> N: ¿Pero qué tipo de [cantos]…?
> F: Pues, "Despierta Alemania" [*Deutschland erwache*], o algo así, entiendes, algún tipo de… fue por la borrachera. Y de cualquier modo, entonces, dos [hombres] vienen del puesto de *kebab* ahí. Un hombrecito pequeño sale de… un turco, y uno [hombre] muy corpulento… como un pachá… y el pequeñito dice de pronto: "¿Qué es Alemania? Alemania, ¡ja ja já!" [con voz burlona]. Y el otro viene también y abofetea [a mi amigo]. Pues [a mi amigo] no le gustó, por supuesto, y lo golpeó de regreso, ¿cierto? Y este hombre grande estaba parado frente a él con [mi amigo]. Tuve suerte de que [mi amigo] estuviera junto a mí. Me hubieran apaleado en un segundo. Pues [mi amigo] le apuñeteó la cabeza una vez y él se cayó. Quizá se tropezó o algo así. Ajá, y entonces… pues sí fue

> culero después de todo, fue la primera vez que pateaba a alguien [tirado] en el suelo, porque de verdad tenía miedo. Si se hubieran parado nos hubieran terminado en un instante, no hubiéramos podido hacer nada. Ese día llevaba mis *Docs* [botas Dr. Martens], bueno, botas sólidas. Repartí unos golpazos. Digo, no sangró ni nada, pero sin duda no se paró.

En el relato de Freddi el puesto de *kebab* aparece como un sitio peligroso, extranjero, en la geografía nacional y urbana. Guarda riesgos impredecibles para el cuerpo alemán, justo del mismo modo que cicatriza los paisajes alemanes. Como una ruptura dramática, interfiere con la idea de diversión de Freddi: cuatro amigos, reciamente intoxicados, paseando una noche placentera y saludando con educación a los paseantes mientras aúllan cantos neonazis, no buscando problemas, que quede claro, ni tratando de provocar o acosar a nadie, hasta que el puesto de *kebab* les sale al paso con violencia, dando fin a su pasatiempo ostensiblemente inocuo. Su narrativa traza una trayectoria entre familiaridad y extrañeza, entre seguridad y peligro, entre el "bar del medio" Morgensonne como un sitio alemán y el puesto de *kebab* como un lugar antialemán del que surgen fuerzas siniestras que amenazan a la nación. Por supuesto, este viaje azaroso también abre, al mismo tiempo, un espacio narrativo dentro del que Freddi y su amigo juegan el papel de héroes nacionales, una oportunidad de poner en acto el sacrificio personal y el itinerario de vigilantes patrullando, decididos literalmente a golpear a las amenazas nacionales (como las burlas a Alemania a manos de extranjeros) hasta dejarlas tiradas en el suelo.

Como una condensación espacializada de la otredad, el *kebab* se vuelve el símbolo concreto de la alteridad encarnada dentro de los imaginarios geográficos de mis informantes. Narrativas como las de Freddi, que atan la otredad étnica con la violencia y el peligro, hacen circular habladu-

rías y se tejen en los campos discursivos más amplios de la publicidad de masas, donde se hace escándalo de la violencia inmigrante y de la criminalidad, obteniendo el estatus de hechos sociales. Con Lukas en su flanco "extremista" y Freddi como su límite "moderado", descansa un espectro de posicionamientos políticos sobre estos "hechos". Si para muchos lectores —como, en efecto, sucede a veces al autor de este libro— las distinciones puestas en acto a menudo parecen superficiales, para ellos marcan diferencias deslumbrantes. Uta resumió su tipología de posibles posturas ante la inmigración y la comida de la siguiente manera:

> Pues, en realidad no existen los derechistas reales. Para mí los derechistas de verdad son quienes siguen sus opiniones, quienes en verdad dicen "malditos extranjeros" [*scheiße ausländer*] y realmente no comen *kebab*, ni van nunca a la pizzería, [quienes] siguen todo esto. Y estos otros, que realmente no saben nada… los otros que… se paran ahí y luego gritan "*Sieg Heil*" pero no me responden por qué gritan eso o qué les parece tan grandioso de hacerlo… la gente que admira a Hitler, que dice "*okay*, ése es un modelo a seguir, para mí ése es el mejor hombre", están descalabrados en mi opinión. No son normales del todo. Ésos que sólo dicen "¡malditos extranjeros, fuera!", y que también mantienen sus propias reglas y no tienen nada que hacer con [los extranjeros] y cosas así, sobre ellos digo "*okay*, actúan según sus opiniones". Y los otros son, para mí, pegotes. No puedo decir "¡malditos extranjeros, fuera!" y al minuto pararme en el puesto y comprarme un *kebab*. Eso no tiene sentido, ¿cierto? [En ese caso] no tendría jamás permiso de comer sus cochinadas. Es así de simple. Pero esos otros que de verdad [dicen] "*Sieg Heil*" y "*Heil Hitler*" y "Hitler es mío" y todo eso, no los veo tan normales. Necesitan que [su] abuelo y abuela les expliquen un poquito, y entonces quizá me entenderían.

Uta invocó a los inmigrantes y a la comida extranjera para describir cuatro distintos tipos de nacionalistas. En primer lugar, aquellos que juran lealtad a Hitler y al Tercer Reich le parecían "no muy normales", como si estuvieran "descalabrados" y quisieran ir más allá de las posturas políticas legítimas. Éstos eran, desde su punto de vista, los neonazis extremistas.[53] Después, seguían aquellos que, como Lukas, se distanciaban del nacional-socialismo, pero se mantenían fieles a los principios nacionalistas en su praxis gastronómica. Uta describió a este segundo grupo como demasiado extremista para ella: sin embargo, lo consideraba legítimo y coherente. En tercer lugar, encontramos a quienes —como Sebastian— vociferaban cantos y hablaban con rudeza, pero cuyos hábitos alimenticios delataban su hipocresía y superficialidad, revelándolos como falsos y tibios. Por último, Danny, Freddi y la propia Uta surgen en esta clasificación como de postura moderada y razonable respecto de la alteridad étnica; saboreaban el *kebab* esporádicamente, evitando la sobreindulgencia dañina y tolerando al inmigrante ocasional, pero siempre oponiéndose a la presencia excesiva de extranjeros. En suma, la interpretación de Uta de su medio social daba cabida a fanáticos locos, a extremistas auténticos, a embusteros veleidosos y a moderados razonables.

A la vez, el discurso de Uta parecía evocar las mismas contradicciones que, según ella, representaba el *kebab* para algunos de sus amigos:

> Nate: ¿Comes *kebab* a veces?
> Uta: Sí, de vez en cuando. Lo como con gusto pero no tengo que vivir [en Neukölln].

[53] De manera notable, éste es el único grupo al que describe no mediante los tropos de la inmigración y la comida extranjera en el presente, sino más bien mediante su relación con el pasado nacional-socialista. Esto corresponde a su percepción de dicha postura como incomprensiblemente fanática.

N: Bueno, hay suficientes por aquí…
U: No en verdad. Digo, aquí no está muy representado. Quiero decir que aquí en Köpenick hay un [puesto]… pero no son sabrosos para nada. Cuando menos yo no como *kebab* ahí. Muchas [personas] comen ahí, pero a mí no me gusta. Tiene que ser sabroso o no lo compro.
N: Ahí, por la [estación del tren] sobre la calle principal, hay…
U: Sí, hay muchos por ahí, pero cuando te sientas aquí en la tarde, no te animas en verdad a ir hasta allá para comprar un *kebab*. Sería mejor, después de todo, si tuviéramos un puesto de esos aquí.

El problema con el *kebab*, dicho simplemente, es que es tanto demasiado como insuficiente. Como deíctico de la otredad encarnada, funge como una especie de prisma que permite la refracción de los tintes políticos y el posicionamiento de las personas dentro de contextos sociales vernáculos. Pero permanece como un signo resbaloso, un gesto tentativo, interactivo, siempre a punto de deshacerse. Enfrenta convicción y tentación una contra la otra, al igual que nutrición y contaminación, deseo y peligro, honor y hambre. Entrampa a todos menos al más apto y traiciona a aquellos cuyos paladares no se equiparan con sus palabras. Encarna a la vez una otredad amenazante y la posibilidad de su tenue domesticación mediante relaciones personalizadas con los vendedores. Simultáneamente, exuda peligro corporal y ofrece gratificación física.

PARTE II

IV. REGÍMENES PENALES DE DELINCUENCIA POLÍTICA

Debe haber sido alrededor de las 6:30 de la mañana, recordó Freddi, cuando agentes de la policía con atuendo antidisturbios abrieron la puerta de su departamento a patadas. Difícilmente habrían tenido que inspeccionar el lugar para asegurar un cuantioso botín de parafernalia ilícita. Freddi había estado compartiendo su pequeño apartamento con su amigo Gino, ampliamente conocido en el distrito como SS-Gino, debido al tatuaje que decoraba los dedos de su mano derecha. En ese momento Gino cumplía una de sus numerosas condenas, pero su abundante variedad de bártulos de extremismo de derecha seguía ahí, completando la vasta colección de Freddi de discos compactos de música prohibida.

Con todo, el alijo de artículos sospechosos no distrajo a los policías de su misión. Habían hecho una redada al departamento para buscar un pendiente particular de la runa odal, a partir de la pista que les diera un informante no nombrado que sostuvo haber visto a Freddi paseando por las calles con el símbolo cabrío colgándole del cuello en una cadena. Como otros símbolos rúnicos (*runen*), la runa odal también es popular entre los ultra nacionalistas alemanes, señalando, a la vez, el horizonte mítico de un pasado ario pagano y el horizonte histórico del nacional-socialismo que manejó estos símbolos ampliamente. Tomado de la escritura germánica antigua,[1] el símbolo odal también sirvió de emblema de una unidad de la SS y, más recientemente, de la proscrita organización de la posguerra llamada "Juventud

[1] La escritura rúnica data de un alfabeto germánico temprano utilizado a lo largo de Europa del norte durante el primer milenio a.C.

vikinga" (*Wiking jugend*), entre otras. Habiendo ubicado el artículo, la policía lo confiscó y el fiscal dictó cargos contra Freddi —no por la posesión de la pieza *per se,* sino por la sospecha de haberla exhibido en exteriores—.[2]

La irrupción abrupta de la fuerza de la ley durante el amanecer adormilado de lo que para Freddi hubiera sido otra mañana ordinaria, insinúa cómo los jóvenes núcleo de este estudio encuentran en sus vidas cotidianas mecanismos opacos, intrincados, para la gobernanza del odio. Son éstos los mecanismos que en la Alemania actual generan la figura que he llamado el "delincuente político" (Shoshan, 2011). La noción alguna vez provocativa de que la categoría de delincuencia, más que referirse de manera descriptiva a una realidad social objetiva, constituye una "operación política" (Foucault, 2009: 322) apenas se debe hacer explícita en nuestra era posfoucaultiana. Consciente de las cofiguraciones históricas distintas del crimen y la política,[3] mi uso del concepto de delincuencia política, de manera concordante, no implica el rechazo de la naturaleza política de la categoría de delincuencia como tal, sino que la empleo para especificar una articulación particular de ambas. En específico, en el caso de la delincuencia política un proyecto político relativamente explícito (a diferencia de, por ejemplo, la cruda resis-

[2] Los paralelos de este caso con el muy discutido debate en tiempos recientes del velo musulmán y la *laïcité* son palpables. Tal como dejará en claro la discusión que sigue, estos paralelos, en última instancia, se refieren a ciertos supuestos secularistas compartidos en torno a la distinción entre lo público y lo privado, y se extienden hacia otras prohibiciones respecto de comportamientos y exhibiciones públicas (por ejemplo, actos sexuales, desnudez, alcohol, etcétera).

[3] Foucault señala la importancia central, para el surgimiento de la categoría de delincuencia, de la necesidad de injertar la criminalidad en líderes populares y luchas sociales (2009: 317-320). A su vez, Eric Hobsbawm (1976) acuñó la famosa frase de "bandidos sociales" para captar el deslizamiento entre cierta figura de criminalidad rural y un tosco modo de resistencia política. La categoría de preso político ha indicado, de manera similar, cierta (incómoda) articulación de criminalidad y política (véase, por ejemplo, Feldman, 1991). Desde una perspectiva distinta, Jean Comaroff y John Comaroff (2006: 223) han insistido en los intereses fundamentalmente políticos que rodean al "discurso/habla sobre crimen".

tencia del bandido social) se une con un fuerte sentido de delincuencia en su significado convencional (distinto de, por ejemplo, el caso de los presos políticos). En la Alemania contemporánea Freddi, Gino y sus amigos representan a la vez una agenda política considerada lo suficientemente amenazante como para justificar una intensa persecución estatal (una nación racialmente pura, autoritarismo antidemocrático estilo Tercer Reich), y los tipos de formas criminales que por lo común caracterizan a la figura del delincuente.

La narrativa de Freddi plantea una serie de cuestiones importantes que guiarán nuestra exploración de los mecanismos de la gobernanza del odio en este capítulo, así como de su impacto sobre los jóvenes extremistas de derecha. ¿Cómo, por ejemplo, concuerda la prohibición legal de las "cosas" del extremismo de derecha con la prohibición constitucional de la censura? ¿Cuáles son los supuestos sobre los símbolos?, ¿quiénes los usan?, ¿cuál es el contexto de su exhibición? ¿qué ideologías semióticas apuntalan los marcos interpretativos bajo los que la ley regula al nacionalismo y la xenofobia en Alemania? ¿De qué maneras las distinciones liberales, secularistas, entre lo privado y lo público, así como los presupuestos sobre intenciones y motivaciones, definen y permiten contornear la distinción política? Y, ¿cómo aparecen los regímenes y mecanismos legales de vigilancia en lo cotidiano de aquellos a quienes se dirigen?

Al examinar estas líneas de investigación, veremos cómo los rastros de la desnazificación, de aquella exclusión originaria sobre la que se constituyó la República Federal de Alemania (RFA) como una "democracia militante" (Weiss 1994), se han inscrito hondamente en su centro mismo. Desde sus inicios la RFA caminó sobre una cuerda floja en su intento de dar estabilidad a la paradoja[4] inherente a su precaria rela-

[4] De hecho, la *raison d'être* de ambos Estados alemanes incluía la generación de una distancia radical respecto del nacional-socialismo, aunque de maneras muy distintas (Weiss, 1994).

ción con su pasado. La urgencia por marcar una ruptura total, una discontinuidad radical e irreversible entre el naciente orden democrático liberal y su predecesor totalitario nacional-socialista, comportó dos imposiciones contradictorias. Por un lado, implicó la necesidad absoluta de fortalecer a la República Federal contra el regreso de lo reprimido al poner en práctica limitaciones que garantizaran, más allá de la duda, la supresión del demonio del nacional-socialismo, en particular, y del "militarismo" alemán, de manera más general. Requería, por lo tanto, mecanismos represivos para restringir la libertad política y las libertades de expresión y de asociación. Por otro lado, esbozó la necesidad imperiosa de codificar e instituir un orden político que contrastara drásticamente con su acechante pasado, precisamente mediante su compromiso con los derechos y libertades democráticos liberales.[5]

Así, el totalitarismo se proyectó como un otro absoluto mediante el énfasis estricto sobre todo aquello que había violado, a saber, las libertades liberales, los derechos humanos, la ciudadanía democrática, la igualdad entre las personas, etc., así como la garantía de su protección. "La dignidad humana será inviolable", son las palabras con las que abre la Constitución alemana (*Grundgesetz,* a partir de ahora Derecho Fundamental). La supuestamente exitosa transformación de los marcos institucionales y de la cultura política de Alemania Occidental, siguiendo estas líneas, le permitió concebirse a sí misma —así como presentarse ante el mundo— como el auténtico distanciamiento del nacional-socialismo y de aquello que se percibía como tradiciones alemanas de mayor duración: el militarismo y el autoritarismo. La ausencia de censura y las garantías constitucionales de protección

[5] Esta relación paradójica con el pasado nacional-socialista se reiteró en debates sobre el despliegue de tropas alemanas en Kosovo, donde el dicho "guerra nunca jamás" se enfrentó contra el que dice "Auschwitz nunca jamás" (véase Huyssen, 2003a: 73).

a los derechos liberales servían no sólo para marcar una ruptura drástica con el nacional-socialismo, sino también, de manera igualmente importante, para señalar un contraste fundamental entre la RFA y su rival socialista contemporáneo, la RDA.

Tanto las imposiciones democráticas como las represivas permean los códigos legales de la República Federal en una variedad de textos y subtextos. La tensión entre éstas aparece, por ejemplo, en el artículo 139 del Derecho Fundamental, que trata sobre garantizar la continua validez de las políticas de desnazificación promulgadas por las fuerzas de ocupación aliadas. El artículo 139 estipula que los procedimientos legales "para la 'liberación del pueblo alemán del nacional-socialismo y el militarismo' no se verán afectadas por las estipulaciones de este Derecho Fundamental", incluidas situaciones cuando chocan con los derechos liberales fundamentales.[6] En otras palabras, el código constitucional de Alemania Occidental excluye, tanto de su jurisdicción como de su garantía de protección a los derechos y libertades, las regulaciones establecidas por las fuerzas de ocupación aliadas para sanear a la nación alemana de sus padecimientos; un proyecto que, quizá contra las esperanzas y visiones de algunos en las postrimerías inmediatas de la guerra (Weiss, 1994), se ha vuelto, desde entonces, un rasgo permanente de la cultura política de la República Federal.

Tales tensiones de ninguna manera son tan sólo latentes. Lejos de negarlas, la práctica legal a menudo las coloca en el corazón de las deliberaciones jurídicas. Tomemos, por ejemplo, la siguiente declaración de un tribunal en Baja Sajonia, citada aquí a partir de un fallo de la Corte Constitucional de Berlín, en la que se ratifica un procedimiento dis-

[6] Todas las traducciones del Derecho Fundamental alemán que aquí se incluyen se toman de la edición oficial en inglés, publicada por la oficina de prensa del Bundestag alemán (German Bundestag, 2001).

ciplinario contra un oficial de policía reportado por haber manifestado ideas nacional-socialistas:

> El orden constitucional liberal democrático contrasta de la mayor manera posible con el sistema de injusticia (*Unrechtssystem*) nacional-socialista. La formación reciente de nuestra democracia se conforma plenamente por nuestras experiencias con el sistema totalitario que le precedió. El establecimiento de garantías legales efectivas que asegurarían que tales tendencias políticas nunca jamás se hagan del control del Estado dominó las ideas de los autores de la Constitución (Verfassungsgericht Berlin, 2007).[7]

Con el mismo aliento, la corte insiste en el lugar que el nacional-socialismo, como un tipo de otro radical, tuvo en la formación del orden democrático alemán de la posguerra, y proclama a los imperativos tanto democrático como represivo como consecuencias evidentes de esta exclusión absoluta. No es raro que tribunales distintos busquen un equilibrio entre estos dos imperativos, sopesando el daño potencial relativo que se podría ocasionar al sistema democrático, por un lado, y a los derechos y libertades individuales, por el otro, ya sea debido a alguna condena o absolución. En 2010, por ejemplo, el Tribunal Constitucional Federal Alemán anuló una decisión del Tribunal Superior de Múnich que prohibió la elaboración de publicaciones durante cinco años a un extremista de derecha convicto, acogiéndose al principio constitucional de la proporcionalidad y a la necesidad de alcanzar un equilibrio entre el posible daño a la sociedad, por un lado, y el daño que se ocasionaría la restricción de la libertad de expresión de la persona, por el otro (Bundesverfassungsgenricht, 2010). En otra ocasión, se encontró culpable de severa denigración al Estado a una persona que

[7] Todas las traducciones al inglés de los fallos de la corte son del autor y al español de la traductora.

distribuyó una carta abierta a los integrantes del Parlamento Federal en la que comparaba a la República Federal, de manera no favorable, con el tercer Reich, en un tribunal de Frankfurt del Meno. El Tribunal Federal de Justicia rechazó su apelación contra el fallo, arguyendo que la garantía constitucional de libertad de expresión no podía justificar dicha excesiva denigración del Estado[8] (Bundesgerichtshof, 2002a).

Sin duda, la tensión inherente a las implicaciones en última instancia irreconciliables de estos códigos legales y de sus aplicaciones jurídicas convencionales replica, de ciertas maneras, el dilema de los límites del liberalismo de modo más general. Sin embargo, los contornos incesantemente cambiantes de esta tensión, las fuentes de autorización y los imaginarios históricos que invoca, los intereses políticos sin paralelos invertidos en ella y las feroces luchas en su alrededor, todo se vuelve significativo contra la memoria colectiva de un horizonte de manera muy singular alemán, localizable con firmeza en los años 1919-1945 (Weiss, 1994). Las sombras de esta tensión resurgen a lo largo de los procesos penales, desde el propio código legal hasta su interpretación y aplicación jurídica, así como desde el lenguaje vertido en veredictos hasta las deliberaciones sobre los castigos apropiados. Los excesos inmoderados a los que ocasionalmente da pie sin duda sorprenderán a muchos observadores externos por parecerles simplemente absurdos. Desde peticiones para prohibir la esvástica por toda la UE (declinado con cortesía por aquellos países con poblaciones hindúes significativas, como Reino Unido) hasta la criminalización de los modelos de aviones de la Segunda Guerra Mundial fielmente decorados con símbolos de la Luftwaffe, o la prohibición en las escuelas del uso de tenis marca *New*

[8] De manera interesante, en tanto que el Tribunal Federal sostuvo la condena del tribunal inferior, sí anuló la sentencia a prisión, arguyendo que debía tomarse en cuenta el derecho constitucional a la libertad de expresión, aun cuando este no era suficiente para absolver al acusado, al decidir el castigo apropiado.

Balance (que algunos administradores han asociado con la moda neonazi), todas atestiguan la persistente prominencia no sólo de la memoria del Tercer Reich, sino, de manera igualmente importante, de una narrativa hegemónica acerca de la caída de la República de Weimar. Este capítulo trata sobre esos rastros, esos excesos, y la manera en que se revelan ante los jóvenes extremistas de derecha.

Para examinar estas cuestiones, es indispensable cierta elucidación de la arquitectura institucional que gobierna las prácticas y los discursos extremistas de derecha; ésta servirá de base para interrogar las ideologías de las que dependen estos marcos penales y sus aplicaciones concretas, así como para la discusión de la puesta en vigor de la ley en capítulos subsecuentes. Como veremos, la compleja gobernanza —y producción— de la delincuencia política crea un amplio espacio de ambigüedad, necesario para su operación. ¿Cómo debería incorporar el proceso jurídico las nociones de intenciones y motivaciones, y acercarse a ellas? ¿Cuándo es la asociación entre un signo y una organización lo suficientemente sólida como para justificar el tipo de restricción a la libertad de expresión que implica su prohibición, y cómo calcular la solidez de dicha asociación? ¿Cuáles son los usos de los símbolos prohibidos que claramente denotan desaprobación y pueden, por ello, condonarse? Lo que está en juego en estas ambigüedades es justamente la posibilidad de negociar las imposiciones contradictorias de la desnazificación y la democracia militante.

"No habrá censura"

El lugar para comenzar nuestra exploración de cómo se manifiesta la tensión entre las imposiciones democrática y represiva en el código legal, en la práctica jurídica y en la puesta en vigor de la ley, así como en las vidas cotidianas

de los jóvenes extremistas de derecha es, sin duda, el Derecho Fundamental. Los artículos 5 y 9 de la Constitución alemana garantizan, respectivamente, la libertad de expresión y la libertad de asociación, y sustentan un efecto directo sobre la gobernanza penal de la desviación política.[9] Ambas reflejan, a la vez, los cimientos y los límites de un orden liberal: la promesa constitucional de una absoluta garantía de libertades individuales, incluido el derecho a formar colectivos, y al mismo tiempo las inevitables constricciones a estas libertades, formuladas en términos generales y relegadas a la autoridad de códigos legales subsidiarios (por ejemplo, el Derecho Penal). Las tensiones singulares del caso alemán se despliegan en el interior de estos códigos subsidiarios y mediante varios mecanismos de reglamentación legal que incluyen, de manera más prominente, leyes para la protección de los jóvenes, leyes contra la difamación y la incitación al odio y a la violencia, y leyes que gobiernan la legalidad de las organizaciones. Al otorgarle contenido a esas limitaciones constitucionales abstractas, estos mecanismos legales detallan un arsenal de criterios, procedimientos y medidas punitivas para la lucha del Estado liberal democrático contra aquellos a quienes amplios públicos en Alemania consideran sus enemigos. Dependen de una secuencia de distin-

[9] Los primeros dos párrafos de los artículos 5 y 9 dicen:

> Art. 5(1): Toda persona tiene el derecho de expresar y difundir libremente su opinión oralmente, por escrito y a través de la imagen, y de informarse sin trabas en fuentes accesibles a todos. La libertad de prensa y la libertad de información por radio, televisión y cinematografía serán garantizadas. La censura está prohibida.
>
> Art. 5(2): Estos derechos tienen sus límites en las disposiciones de las leyes generales, en las disposiciones legales adoptadas para la protección de la juventud y en el derecho al honor personal.

Y:

> Art. 9(1): Todos los alemanes tienen el derecho de crear asociaciones y sociedades.
>
> Art. 9(2): Están prohibidas las asociaciones cuyos fines o cuya actividad sean contrarios a las leyes penales o que estén dirigidas contra el orden constitucional o contra la idea del entendimiento entre los pueblos.

ciones que hacen de su aplicación un acto precario de interpretación situada.

Permítaseme hacer una breve pausa para hablar de la naturaleza de estos mecanismos, que serán importantes para comprender la gobernanza penal del extremismo de derecha en Alemania. Primero, la Ley de Protección de Menores. Ésta tiene como preocupación central frenar todo aquello que pueda impactar de manera adversa el desarrollo moral de menores y adolescentes, y delinea el marco legal y administrativo para criminalizar y constreñir tales factores de riesgo.[10] Tal como el Tribunal Constitucional Federal Alemán anotó en cierta ocasión:

> El interés constitucional significativo en el desarrollo intocado de la juventud tiene como fin, entre otras cosas, evitar el aumento del odio racial, de la beligerancia y de las tendencias antidemocráticas. La ideología del nacional-socialismo contiene tales elementos ideológicos de manera intrínseca. Su glorificación, rehabilitación, o minimización en los medios puede llevar a los jóvenes a una "confusión socioética" que justificaría la limitación de su diseminación con la finalidad de proteger a la juventud (Bundesverfassungsgericht, 2007a).

La ley detalla tanto las limitaciones específicas (por ejemplo, sobre fumar, consumir alcohol, entablar juegos de apuesta, etc.) como los contextos generales para formular —ya sea por legislación estatutaria o por decreto administrativo— e implementar decisiones legalmente vinculantes en casos en particular. De manera más importante para

[10] Las traducciones al español de los artículos de la Ley de Protección de Menores provienen de la versión oficial en español, publicada por el Ministerio Federal de la Familia, la Tercera Edad, la Mujer y la Juventud (BMFSFJ por sus siglas en alemán), disponible en http://www.bmfsfj.de/RedaktionBMFSFJ/Abteilung5/Pdf-Anlagen/juSchGspanisch,property=pdf,bereich=bmfsfj,sprache=de,rwb=true.pdf. Consultada el 14 de diciembre de 2015 (N. de la T.).

nuestros propósitos, reglamenta la generación periódica de una "Lista de medios de comunicación dañinos para los jóvenes", elaborada por un comité de expertos, y especifica las instituciones autorizadas para poner en vigor las prohibiciones indicadas en la lista negra. El comité, que lleva por nombre "Departamento Federal para las Publicaciones Dañinas para Jóvenes"[11] (Bundesprüfstelle für jugendgefährdende Medien, o BPjM), es un foro bastante peculiar. Conjunta una surtida variedad de "personajes" culturales (MacIntyre 1987) que deben evaluar, en conjunto, las repercusiones morales de medios de comunicación específicos sobre los jóvenes. Incluye a representantes del gobierno federal, de cada uno de los estados federales, de instituciones públicas responsables del bienestar de la juventud alemana, de instituciones educativas, de ONG juveniles, de grupos religiosos oficialmente reconocidos, y de los dominios del arte, la literatura, el mundo editorial, así como personal de medios de comunicación. Es decisión de estos expertos, como delegados de la sociedad, delinear los contornos de una crianza moralmente recta.

A la par de elementos que se juzgan sencillamente transgresores del código penal y que, por lo tanto, se prohíben completamente, la lista negra que publica el BPjM enumera aquellos accesorios que se consideran moral o espiritualmente dañinos al adecuado *bildung* de los integrantes responsables de la sociedad alemana y que caen bajo estrictas regulaciones orientadas a obstaculizar la exposición de los jóvenes a ellos. Constreñir la diseminación de tales artículos entre los jóvenes, de este modo, es una preocupación clave de la Ley de Protección de Menores. Los veredictos del BPjM sobre música y películas son de la mayor impor-

[11] "*Department*" es la traducción oficial al inglés. No obstante, "comisión revisora" sería una interpretación más fiel de *Prüfstelle* que "departamento". El BPjM opera bajo el Ministerio Federal de la Familia, la Tercera Edad, la Mujer y la Juventud (BMFSFJ).

tancia para los jóvenes extremistas de derecha. Mis informantes a menudo parecen entender bastante bien las razones en torno a decisiones en particular, digamos, sobre sus músicos preferidos. El que las letras de canciones de grupos neonazis como Landser —que pregonaban la "guerra de razas", invocaban al envenenamiento masivo de los vecindarios turcos de Berlín y describían albergues para refugiados en flamas— incitaran una proscripción del BPjM les resultaba evidente. Sin embargo, con frecuencia también parecían confundidos por la decisión de los expertos; por ejemplo, en el caso del cantante *folk* Frank Rennicke, cuyas baladas acústicas han sido significativamente más sutiles en cuanto a su tenor nacionalista y xenofóbico.

Hasta donde sé, ninguno de los jóvenes con quienes trabajé le ha dado alguna vez un vistazo a la lista negra de medios prohibidos, aunque la mayoría sabía que existía, y parecían estar relativamente bien informados sobre el estatus legal de accesorios particulares. Gino, por ejemplo, alguna vez me hizo un repaso detallado de todas las violentas películas *skinheads* que había visto. Desde *American History X* que pese a su violencia explícita no ha sido censurada, hasta la película de culto australiana *Romper Stomper,* que la BPjM ha incluido en su lista, parecía conocer bastante bien el estatus legal de cada una. Su amigo Freddi, uno de mis principales proveedores de música de extrema derecha, mostraba un conocimiento igualmente refinado sobre la legalidad de los diferentes CD que me prestaba. Los clasificaba ya fuera como neutrales (o, cuando menos para él, carentes de valencia política), *rechte* (esto es, de la extrema derecha en lo político, pero legales) y, por último, proscritos.

Freddi, Gino y sus amigos sabían de la Ley de Protección de Menores y sus consecuencias, no debido a documentos editados oficialmente, tales como la lista de medios de comunicación dañinos para los jóvenes, sino por sus efectos penales concretos. La legalidad de sus pertenencias

se pone de relieve siempre que, guiados por las decisiones de la BMjP, la policía hurga en sus departamentos o en sus cuerpos, confisca artículos y, en ocasiones, les imputa cargos penales e instiga procesos judiciales en su contra. Los cateos al cuerpo en particular han sido una práctica de rutina en estaciones ferroviarias, kioscos y bares en los que trabajé. Asimismo, tocar música de la lista negra con volumen elevado puede traer la consecuencia de cargos legales debido a las quejas de vecinos irritados (Amtsgericht Rathenow, 2006). De igual importancia, los jóvenes extremistas de derecha cobraban conciencia de estas prohibiciones mediante los modos en que sus CD musicales o DVD de películas favoritos circulaban, y en la manera de adquirir tales medios de comunicación ilícitos. Gino describió cruces de la frontera polaca, donde tales CD neonazis, proscritos, estaban disponibles en puestos de mercados exteriores. Otros de entre sus pares intercambiaban CD entre ellos o copiaban pistas individuales de un teléfono celular a otro. Es la adquisición misma de tales medios mediante redes clandestinas —ya sea por la vía de intercambios comerciales ocultos o en círculos de amigos y conocidos— lo que, para ellos, marcaba su estatus legal.

Un segundo conjunto de mecanismos legales para regular la libertad de expresión pasa por diversas cláusulas del Código Penal alemán que tratan sobre ataques al honor de individuos y grupos. Incitar al odio o la violencia, denigrar colectividades, difamar, calumniar, representar positivamente la violencia, agitar, insultar, infamar, injuriar símbolos oficiales y abusar de la memoria de los muertos caen todas bajo este encabezado bastante heterogéneo.[12] Negar el Holocausto,

[12] Los parágrafos del Código Penal que pertenecen a esta categoría incluyen al §90 (Difamación del presidente federal), §90a (Difamación del Estado y de sus símbolos), §90b (Difamación anticonstitucional de los órganos constitucionales), §103 (Injuria a órganos y representantes de Estados extranjeros), §104 (Ofensa a banderas o signos de soberanía de Estados extranjeros), §130 (Amotinamiento del

glorificar al Tercer Reich o emitir algún comentario racista, por ejemplo, se sujetan a estas leyes. El fallo mencionado antes contra el autor de una carta abierta a los congresistas federales de Alemania, encausado por denigración del Estado, se fundamentaba en estas reglamentaciones. El fragmento de la carta identificado como la raíz del problema dice lo siguiente:

> Ustedes han hecho de la República Federal una república de dinero sucio (*Bimbes-Republik*), un chiquero a la venta, sobre el que sus creencias se plantan con orgullo: nunca jamás habrá un Estado alemán con confianza en sí mismo, de verdad soberano. Se someten a los deseos y órdenes franceses, estadounidenses, pero sobre todo judíos, de manera demasiado dispuesta y fanática […] ¡La República Federal no es un Estado! […] El Derecho Fundamental no es una constitución y no fue sujeta a un libre acuerdo del pueblo alemán. Por lo tanto, jamás podría servir como constitución y ni siquiera como la base de un estado soberano […] El Derecho Fundamental es la justicia de la ocupación […] Por lo tanto, debió haber sido el deber del Gobierno Federal disolver la entidad provisional establecida por la ocupación que es hoy la República Federal […] En lugar de ello, ha elevado el Derecho Fundamental, que es la creación arbitraria de las fuerzas enemigas, a una cuasi constitución […] ¡El Reich debe regresar! La República Federal pertenece al capítulo más triste y más indigno de nuestra historia

---

pueblo), §131 (Representación de violencia), §140 (Recompensa y aceptación de hechos punibles), §166 (Ultrajes a la confesión, sociedades religiosas y asociaciones ideológicas), §185 (Injuria), §186 (Difamación), §187 (Calumnia), §188 (Difamación y calumnia contra personas de la vida política), §189 (Denigración del recuerdo de difuntos). N. de la T.- Las traducciones al español provienen del portal "Derecho Penal" de la Universidad Externado de Colombia y fueron realizadas por Claudia López Díaz con base en el Strafgesetzbuch, 32a. edición, Deutscher Taschenbuch Verlag, C. H. Beck, Múnich, 1998, disponible en https://www.unifr.ch/ddp1/derechopenal/obrasjuridicas/oj_20080609_13.pdf. Consultado en diciembre de 2015.

alemana, y debe terminar para ser reemplazada por el Reich tan pronto como sea posible (Bundesgerichtshof, 2002a).

El autor de la carta apeló ante el Tribunal Federal de Justicia contra la condena que le emitiera el Tribunal Regional de Frankfurt, arguyendo que el fallo violaba la garantía constitucional de libertad de expresión. El Tribunal Federal rechazó su apelación sobre la base de que sus aseveraciones constituían el tipo de difamación que el Derecho Penal tenía como meta prohibir.

De este segundo conjunto de mecanismos legales, algunos parágrafos del Derecho Penal son particularmente relevantes para los tipos de transgresiones por las que mis informantes podían enfrentar cargos penales: "Incitación al amotinamiento del pueblo" (*Volksverhetzung,* Sección 130), que penaliza en general la incitación pública al odio o a la violencia contra grupos, y en particular la aprobación, negación o minimización públicas de los crímenes del nacional-socialismo, así como la aprobación, glorificación o justificación públicas del nacional-socialismo en general, cuestiones que la ley define como injuria contra la dignidad de sus víctimas; "Representación de violencia" (*Gewaltdarstellung,* Sección 131), que define como actividad criminal la diseminación pública de las representaciones de violencia inhumana que la glorifican o la minimizan, o que lastiman a la dignidad humana; la injuria a individuos o grupos, que incluye la negación del Holocausto (Sección 185); y la denigración del recuerdo de difuntos (Sección 189).[13]

[13] Existen otras secciones que regularmente se traen a colación tratándose de los extremistas de derecha, incluidas prohibiciones, por ejemplo, de difamación del Estado y de sus símbolos. Rainer Hoffman ofrece una revisión relativamente integral de estas secciones (en lo que respecta al discurso del odio) y evalúa su relativa eficiencia en los tribunales (1992). Para una discusión adicional sobre los mecanismos legales utilizados para limitar la libertad de expresión en Alemania, específicamente en cuanto a la memoria del nacional-socialismo y el Holocausto, véanse también Stein, 1986, y Weiss, 1994.

Así, estas secciones del Derecho Penal abarcan un amplio rango de pronunciamientos sobre historia y política contemporánea que probablemente atraerían a ciertos extremistas de derecha; incluyen desde chistes antisemitas hasta posturas sobre la violencia racista o sobre sus víctimas en el pasado o en el presente. Su redacción —"incitación", "dignidad", "injuria", "denigración", "difamación", etc.— abre un espacio legal ambiguo, al tiempo que autoriza las valoraciones interpretativas de amplísima variación sobre la naturaleza de algunos pronunciamientos o acciones particulares. Por lo tanto, los veredictos específicos a menudo se anulan conforme los casos deambulan por la jerarquía de las autoridades jurídicas. En tanto que los tribunales inferiores con frecuencia muestran una deferencia más pronunciada respecto del Código Penal y de manera concordante exhiben una mayor predilección por las condenas, los tribunales superiores, en especial el Tribunal Constitucional, parecen demostrar mayor preocupación por la protección de las libertades garantizadas a nivel constitucional; así, tienen una actitud más escéptica ante los veredictos de culpabilidad previos. De este modo, en febrero de 2002 el Tribunal Federal de Justicia anuló la condena de un activista del NPD, emitida por un tribunal estatal de Rostock, citando las secciones 130 (incitación al amotinamiento) y 90 (difamación del Estado) del Derecho Penal. Dirigiéndose a una multitud en una reunión nacional del NPD, el acusado hizo un llamado por un cambio radical en Alemania: "¡Necesitamos un golpe de Estado [*umsturz*]… Necesitamos hacer barricadas, necesitamos tomar las calles… sin sacrificios [*opfer*] y sin sangre no habrá una nueva Alemania!" Además, acusó a la policía de no hacer nada para frenar a los activistas antifascistas cuando lo golpearon en una manifestación anterior, e implicó que su inacción fue consecuencia de una política intencional que provenía "de arriba". El tribunal estatal de Rostock juzgó que sus afirmaciones en la manifestación del partido consti-

tuían tanto una incitación a la violencia como una difamación del Estado. El Tribunal Federal, en cambio, puso énfasis en la prioridad de la garantía constitucional de libertad de expresión, y arguyó que las secciones relevantes del Código Penal deben interpretarse y aplicarse de manera estrecha para no violar esta libertad (Bundesgerichtshof, 2002b).[14]

En tanto que mis informantes sentían los efectos penales de estos dos mecanismos legales —la Ley de Protección de Menores y las secciones del Código Penal que limitan el derecho constitucional a la libre expresión— bastante a menudo, un tercer mecanismo legal les pesaba más. Se trata de las secciones 86 y 86a del Código Penal que prohíben la diseminación y el uso público de símbolos y de medios propagandísticos de organizaciones y partidos políticos inconstitucionales, tales como "banderas, insignias, uniformes, lemas y formas de saludo". La ley hace referencia específica a las exorganizaciones nacional-socialistas y en los hechos proscribe aquellos símbolos de alto perfil, como la esvástica y el emblema de la SS, junto con una serie de símbolos menos familiares, así como frases como "*mit deutschem Gruß*" (con

[14] Para ejemplos adicionales, véase Bundesverfassungsgericht, 2010, mencionado antes, donde el Tribunal Constitucional rechazó la proscripción que un tribunal inferior hiciera de emitir publicaciones, así como Bundesverfassungsgericht, 2007b, donde el Tribunal Constitucional anuló la decisión de una corte inferior contra un empleado gubernamental, quien escribió en una publicación periódica clasificada oficialmente como extremista de derecha. No obstante, la tendencia de los tribunales superiores de anular las condenas y dar prioridad a los principios constitucionales sobre el Derecho Penal no es universal de manera alguna. En un caso, por ejemplo, el Tribunal Federal de Justicia aceptó una apelación de un fiscal contra una absolución emanada de un tribunal inferior en el caso de un abogado acusado de incitación al amotinamiento, y en particular de haber negado el Holocausto. La Corte Estatal en Hamburgo consideró que sus pronunciamientos, en tanto que usualmente caerían bajo la sección 130 del Código Penal, se debían exceptuar en este caso en particular porque estaban protegidos de tales restricciones a la libertad de expresión gracias a su estatus de abogado defensor en un tribunal de justicia. El Tribunal Federal arguyó que, ya que las aseveraciones incendiarias del abogado no tenían valor en absoluto como defensa legal, no caían bajo esta excepción y se le podía procesar según la sección 130 (Bundesgerichtshof, 2002d).

un saludo alemán) y "*Heil Hitler*", gestos como el saludo de Hitler y otras entidades semióticas ilícitas. Debido a la cláusula constitucional contra la censura, tales signos en sí mismos no pueden colocarse bajo prohibición legal. En lugar de esto, su proscripción aparece en el Código Penal casi como una función derivativa —como si se tratara de un mero producto secundario— de un conjunto distinto de restricciones legales, cuya preocupación es colocar límites a la libertad constitucional de asociación y que reglamenta la penalización de organizaciones contra constitucionales. Lo que queda bajo su jurisdicción, entonces, no son los símbolos particulares, sino, de manera más general, la diseminación o el uso de cualquier signo asociado con una organización proscrita, de modo tal que pudiera promover a dicha organización o sus metas.

En las secciones 86 y 86a del Código Penal se incluyen, a la vez, dos movimientos opuestos de inclusión y exclusión. Por un lado, amplía su aplicabilidad por medio del principio de la similitud, asentando que "aquellos símbolos que sean tan semejantes como para tomarse por aquellos denotados [como proscritos] se tomarán como equivalentes a estos últimos". Con ello, el código descarta la posibilidad de que algunos cambios menores sobre un signo prohibido dejen al mismo fuera del alcance de la ley. Sin embargo, el principio de similitud también introduce una dimensión crítica de ambigüedad en el proceso de adjudicación. Por otro lado, el Código Penal se constriñe a sí mismo debido al principio de la excepción, declarándose suspendido "si el medio de propaganda o el acto sirven para avanzar la ilustración civil, para desviar las metas inconstitucionales, para promover el arte o la ciencia, la investigación o la enseñanza, informar sobre sucesos históricos actuales, o cumplir con propósitos similares". Nótese que al desarrollar estas excepciones la ley no simplemente tolera cualquier uso de los símbolos de las organizaciones prohibidas, siempre y cuando

dicho uso no lleve a cabo labores de propaganda. En lugar de esto, coloca una prohibición exhaustiva sobre el uso de tales símbolos y especifica una serie de excepciones que entran en vigor sólo en casos particulares. Al hacerlo, coloca la carga de la prueba sobre los usuarios, que a menudo aparecen ante la ley como los acusados y que deben corroborar su inocencia apelando con éxito sobre una de sus excepciones.

Como para precaver una probable confusión, las "Autoridades para la Protección de la Constitución" (*Verfassungsschutzbehörde*) alemanas federales, así como a nivel estatal, presentan regularmente folletos informativos con la meta de educar al público sobre las organizaciones proscritas, que además ofrecen ilustraciones cuidadosamente subtituladas, tachadas, de sus símbolos (véanse, por ejemplo, Verfassungsschutz Berlin, 2001; Verfassungsschutz Brandenburg, 2001b; Verfassungsschutz Sachsen, 2001; Bundesamt für Verfassungsschutz, 2004). No obstante, una y otra vez se convoca a los tribunales alemanes a resolver las ambigüedades que inevitablemente surgen. ¿La asociación entre un símbolo dado y una organización prohibida es suficientemente sólida como para predominar sobre otros usos históricos o contemporáneos del mismo símbolo? ¿La semejanza entre un símbolo y otro es suficientemente cercana como para considerar ambos símbolos idénticos? ¿Es el uso particular de un símbolo que no se ha prohibido en general, pero que acarrea cierta asociación con el nacional-socialismo, lo suficientemente ilícito como para justificar una condena? De manera inversa, ¿el uso específico de un símbolo que ha sido proscrito, cae bajo alguna de las excepciones de la ley y, por lo tanto, se permite?

Tales interrogantes han introducido una serie de casos y apelaciones legales, como, por ejemplo, sucedió con la marca de ropa Thor Steinar, que se especializa en la manufactura de atuendos y accesorios para el mercado de la extrema

derecha. Volveré a la discusión de este interesante ejemplo con mayor detalle después, pero por ahora permítaseme señalar que los veredictos respecto de la semejanza del logotipo de la marca con los símbolos de las organizaciones nacional-socialistas prohibidas variaron mucho no sólo entre distintas instancias legales, sino entre los diferentes estados de la República Federal, y en relación con eventos y escenarios disímiles en los que aparecieron los artículos de la marca. En consecuencia, mis informantes una y otra vez ponderaron el estatus legal de su vestimenta. Una confusión similar se detonó por un veredicto contra el uso de símbolos nazis en artículos antifascistas.

Los marcos legales para regular y constreñir las garantías constitucionales de las libertades liberales, entonces, operan en Alemania según tres racionalidades: en primer lugar, la salvaguarda del *bildung* moral adecuado de personas aún no totalmente maduras y, por lo tanto, con un posicionamiento precario; en segundo, las prohibiciones a la denigración de las personas y el ataque a su dignidad, particularmente en lo referente a las víctimas de actos violentos y, especialmente, respecto de la historia del nacional-socialismo; y en tercero, la prohibición de organizaciones anticonstitucionales y del repertorio simbólico total asociado a ellas. Huelga decir que los extremistas de derecha enfrentan otros cargos distintos por transgresión del derecho penal de manera frecuente, por ejemplo, debido a ataques físicos o a vandalismo; sin embargo, es mediante estas racionalidades legales que sus posibilidades de expresión, de puesta en acto y de práctica política se vuelven objeto de los aparatos represivos del Estado, de maneras particularmente vigorosas.[15]

[15] Alemania, sin duda, no está sola en cuanto a la reglamentación de la libertad de expresión y de asociación; sin embargo, presenta un enfoque que, mientras puede parecer semejante a la gobernanza legal del odio y del extremismo en otros sitios, en los hechos conlleva una racionalidad bastante distinta. En consecuencia,

(In)distinciones legales

El lenguaje utilizado por estos códigos legales exige una gran cantidad de labor interpretativa para la adjudicación de casos particulares, ya sea en su referencia a principios de similitud o por sus supuestos respecto de intenciones y motivaciones. Las transgresiones posibles deben entextualizarse o traducirse a un texto significativo, coherente, y esto, a su vez, exige la invocación de varias pistas que indiquen su marco de referencia relevante. Como veremos, es sólo dentro de este terreno interpretativo que podemos otorgarle sentido a la redada al departamento de Freddi y su subsecuente formulación de cargos. Sin duda, y sin menoscabo de lo que puedan sostener las ideologías literalistas (Crapanzano, 2000), ningún código legal puede operar sin el despliegue de marcos interpretativos y presuposiciones contextuales. El derecho siempre parece conllevar un grado de ambigüedad, hecho que se ha documentado y analizado en una variedad de contextos geográficos y sociales.[16] Las ambigüedades legales varían, por supuesto, tanto en su naturaleza como en sus efectos y funciones. Desde la perspectiva de la jurisprudencia a menudo se hace una distinción con-

---

su alcance y ambición son mucho más amplios en su ámbito que, digamos, el de las leyes del discurso del odio en Estados Unidos, o la prohibición del Partido Fascista en Italia, para nombrar tan sólo dos ejemplos prominentes (Stein, 1986; Coliver, Boyle *et al.,* 1992; Niesen, 2002; Stradella, 2008).

[16] Se encuentra una consideración antropológica comparativa de la ambigüedad del derecho y de la relación ambivalente que distintos grupos desarrollan con éste en Harris, 1996, y en particular en la discusión planteada por Sue Fleming, en el mismo volumen, sobre cómo la ambigüedad legal permite la toma de tierras en Mozambique. Lauren Edelman ha mostrado cómo la propia ambigüedad del derecho laboral en Estados Unidos hace que su cumplimiento sea un acto de *performance* simbólico que permite gran laxitud para que las organizaciones lo apliquen según sus intereses (1992). Grattet y Jenness han mostrado la manera en que las agencias de policía en California median entre el código legal y su puesta en vigor real de maneras que resuelven las ambigüedades de las leyes que regulan los crímenes de odio, según una variedad de lógicas distintas (2005).

vencional entre ambigüedades patentes y latentes: las primeras describen los tipos de dificultades jurídicas que pueden surgir a partir de contradicciones obvias en un texto legal, y la segunda designa ambivalencias potenciales en cuanto al marco de referencia e interpretación. En algunos casos, la cuestión de si tales ambigüedades se enmarcan como resultados accidentales o como formulaciones intencionales puede tener peso sobre su resolución. Con todo, ya sean patentes o latentes, las ambigüedades por lo general aparecen, desde esta perspectiva, como heterogéneas respecto del código legal mismo, como un obstáculo a evitar en su elaboración, más que como constitutivas de dicho código y fundamentales para su aplicación en el sentido en el que aquí insisto. Lo que también escapa a esta clasificación es la manera en que las ambigüedades legales parecen desempeñar en todo sitio cierta labor útil, generar ciertos efectos productivos, permitir ciertas maniobras estratégicas, más que simplemente obstruir o frustrar la operación del aparato jurídico (Edelman, 1992; Harris, 1996; Bybee, 2000; Grattet y Jenness, 2005).

En el caso alemán, los regímenes legales que gobiernan al extremismo político en general y al extremismo de derecha en particular incorporan ciertas indeterminaciones a sus formulaciones de diversas e interesantes maneras. Entre las más prominentes se encuentran ciertas nociones de lo público, comprensiones exegéticas de intenciones y motivaciones, y supuestas distinciones de sentido común en la resbaladiza distinción entre diferencia, similitud y semejanza. Se recurre y se moviliza a estos tres espacios de ambigüedad, de los que se hablará más dentro de poco, en el proceso jurídico. Además, las ambigüedades que surgen de estos principios legales a menudo se resuelven retroactivamente en tribunales. Así, frecuentemente no puede saberse si el uso o diseminación de un símbolo específico constituye una ofensa, hasta que se haya definido como tal por las autoridades jurídicas en el curso de una adjudicación. La decisión circula

por varios canales —medios de comunicación convencionales, foros de la internet de la extrema derecha, de boca en boca— sólo subsecuentemente, y define el estatus legal de actos futuros de naturaleza semejante.

En un caso ejemplar, un fabricante de artículos de moda diseñados para el nicho de mercado de la extrema derecha se dispuso a poner a prueba la legalidad de un nuevo diseño, una cruz celta estilizada, al colocarla en una camiseta y mostrarla en público; posteriormente, procedió a imputar cargos contra sí mismo en la estación de policía. Se recurrió al Tribunal Federal para que decidiera si el uso del símbolo, aun divorciado de cualquier marcador que pudiera indicar su asociación histórica con una organización prohibida, y pese a los múltiples usos históricos y contemporáneos distintos de éste, constituiría una ofensa. El Tribunal falló de manera positiva y puso énfasis en que, desde una perspectiva jurídica, el criterio crucial sigue siendo si el símbolo había sido empleado por una organización proscrita (Bundesgerichtshof, 2008). En otro caso, un tribunal de Dresde condenó al fabricante de mercancía destinada para el medio antifascista y *punk*, que ilustraba esvásticas tachadas, así como otras representaciones de oposición a los emblemas nacional-socialistas, por distribuir los símbolos de organizaciones prohibidas. Al examinar una apelación en contra de la decisión tomada por Dresde, el Tribunal Federal arguyó que un distanciamiento visible de dichos símbolos —por ejemplo, al representarlos tachados o lanzados a basureros— era suficiente para hacer una excepción legal en cuanto a los artículos ilustrados. Anuló la decisión del Tribunal Inferior en todo sentido excepto uno: se trataba de un CD que, según la sentencia, mostraba su oposición a los símbolos excluidos de manera que sólo podía ser inteligible para los integrantes del medio *punk*, y que, por lo tanto, no sería lo suficientemente claro para el público general (Bundesgerichtshof, 2007). Además, parece que las distintas cortes

emplean criterios diferentes en cada caso para decidir el estatus legal de algunos símbolos en particular (véanse, por ejemplo, Bundesgerichtshof, 2002c; Brandenburgisches Oberlandesgericht, 2005; Bundesgerichtshof, 2009); y cuando se trata de tribunales locales más que federales, tales ambigüedades se pueden resolver de maneras bastante distintas en los diversos estados de la República Federal. Para los jóvenes extremistas de derecha que se disponen a seguir a su equipo de futbol para un partido lejos de casa, que se visten para salir por la noche o que deciden qué música retumbar desde sus sistemas de sonido, todo lo anterior puede generar una aguda sensación de confusión.

Un primer nivel de ambigüedad, tal como mencioné, tiene que ver con el grado de exposición de ciertos actos delictivos potenciales. Las prohibiciones legales, señalé antes, por lo general se aplican a actos llevados a cabo en escenarios públicos o que colocan artículos prohibidos de manera visible, accesible o asequible para el público. Más que estar proscritos *per se*, entonces, muchos símbolos nacionalistas ilícitos se prohíben a lo largo de una línea divisoria que separa aquellos dominios considerados como fundamentalmente diferentes de la vida en la modernidad secular: lo público y lo privado. En este sentido, plantean una interesante analogía con los símbolos y las prácticas religiosas, que de manera semejante se han confinado a una supuesta esfera privada y excluidos de un dominio público presumiblemente separable en los términos del secularismo moderno. De manera más reveladora, quizá, encontramos aquí una intimidad aún más cercana entre las prácticas penalizadas del extremismo de derecha y un conjunto completo de comportamientos considerados moralmente reprensibles u obscenos (prácticas sexuales, desnudez, el consumo de ciertas substancias) y que, en tanto que no están prohibidos en sí mismos, también se han reglamentado y limitado fuertemente, si no siempre estrictamente a aquello que ordina-

riamente se considera el dominio privado, cuando menos a escenarios que se perciben como no totalmente públicos. Tal como ha insistido Talal Asad, las distinciones entre lo privado y lo público sirven para reglamentar la práctica y, por lo tanto, para habilitar modos de poder modernos (2003a). Estas distinciones —y otras de importancia vital para la modernidad— no están simplemente "ahí", sino que deben regenerarse constantemente en las operaciones mismas del poder moderno. Tal como se codifican en los registros legales, son parte del "desplazamiento encantado" —para usar la terminología de Jean Comaroff y John Comaroff (2001)—, mediante el que la ley se fetichiza y se oculta como un producto del poder, así como de un marco habilitador del mismo (véase también Mitchell, 1990).

Para los jóvenes extremistas de derecha, a su vez, la distinción entre lo público y lo privado aparece espacialmente congruente con ciertas nociones de linde entre "adentro" y "afuera"; recordemos que los cargos imputados contra Freddi señalaban no su posesión del pendiente con la runa odal, sino el alegato de que lo había exhibido en la calle. En el medio social de Freddi encontramos una serie de artículos similares desplegados amplia y explícitamente en los espacios privados —apartamentos o cuartos—, pero siempre a una distancia segura de la puerta de entrada, del umbral que separa el interior (privado) del exterior (público). Se puede decir que el artículo más presente entre éstos es la Bandera Imperial de Guerra (*Reichskriegsflagge*),[17] la cual, en tanto

[17] En su versión original de 1871 la Bandera Imperial de Guerra presentaba una cruz negra con un águila imperial al centro, y una cruz de hierro negra sobre listas negra, blanca y roja en su esquina superior izquierda. En las versiones nacional-socialistas prohibidas por la ley de la bandera una esvástica sustituye al águila, pero son menos comunes que las versiones imperiales y, sin duda, conllevan consecuencias punitivas más severas. Algunas variaciones de la bandera (y existen bastantes, incluidas algunas de uso oficial durante la República de Weimar) se pueden convertir en cargas legales si se exhiben en público, y se juzga que presentan un riesgo al orden público.

se asocia históricamente con Prusia y con el Segundo Reich, más que con el nacional-socialismo, se ha vuelto un emblema favorito entre los extremistas de derecha. Aun cuando no se prohíbe *per se* a lo largo de la República Federal, el despliegue público de la bandera puede llevar a confiscaciones, así como tener consecuencias penales en casos particulares, debido a su evocación de la militancia monárquica. Algunos de mis informantes, no obstante, colgaban versiones de la bandera sobre sus camas o en las esquinas más íntimas de sus entornos. Dicen: "lo que hagas en tu departamento es asunto tuyo".

Susan Gal (2002) ha sostenido que no se puede entender lo público y lo privado como dos esferas separadas, apartadas por límites espacio-temporales, sin menoscabo de cuán ambiguos o porosos sean tales límites. En tanto que las nociones en torno a la distinción público/privado por lo general se describen en términos de tales fronteras, Gal ha mostrado que en la práctica semiótica real a menudo encontramos que lo público y lo privado se encuentran incrustados recursivamente uno dentro del otro, de manera inseparable, lo uno surgiendo, en ocasiones fugazmente, del interior de lo otro. En efecto, desde un punto de vista estrictamente jurídico y sin menoscabo de las conceptualizaciones comunes que sostienen los extremistas de derecha, la distinción entre lo público y lo privado trata menos sobre distintos tipos de lugares, tales como adentro *versus* afuera, y más sobre distintos tipos de escenarios interaccionales o "marcos participativos", en términos de Erving Goffman (1981). La cualidad de público de un acto se entiende en la jurisprudencia alemana como consistente en "[ser] perceptible a un gran número de gente, no vinculada una con otra mediante relaciones personales" (Stegbauer, 2007). Desde esta perspectiva, un acto puede tener lugar "públicamente" en el departamento privado de alguien; o, de manera inversa, "privadamente" en la banca de un parque. De este modo, el

problema con la runa odal de Freddi no fue que la portara fuera de su departamento, sino que la colocara de modo tal que fuera visible para un transeúnte quien, posteriormente, reportó su aparición pública a la policía. Mientras que parece probable que el transeúnte en cuestión de hecho conociera a Freddi (de otro modo sería difícil imaginar cómo es que se identificó y subsecuentemente se localizó a Freddi), presumiblemente el pendiente habría sido también visible para cualquier persona desconocida que pasara junto a él en la calle. Durante la redada a su departamento, la policía, a su vez, ignoró una abundancia de artículos ilícitos que yacían por ahí, no porque fueran menos sospechosos que la runa odal, sino porque no se había reportado que aparecieran "en público".

En tanto que mis informantes por lo común entendían la cualidad de público de un acto en términos de su ubicación, se invocaba a las autoridades jurídicas y de vigilancia de la ley para que atendieran, cuando menos, el tema del escenario social en que acontecía el acto. En la práctica, sin embargo, los tribunales interpretan y aplican la ley de manera menos consistente. Por ejemplo, un tribunal inferior en Brandeburgo rechazó una queja presentada contra un vecino que supuestamente atronaba música prohibida desde la ventana de su departamento, cuya letra incluía frases tan desagradables como "Alemania para los alemanes, ¡fuera los extranjeros!" (*Deutschland den Deutschen, Ausländer raus!*). Una de las razones que se consideraron para justificar la decisión tomada fue que la música tocaba dentro del departamento de la persona, esto es, en su espacio privado (Amtsgericht Rathenow, 2006).

La interpretación de la cualidad pública de un acto, por lo tanto, requiere de mayores distinciones entre las relaciones "personales" e "impersonales", así como entre los círculos sociales "pequeños" y "grandes", según los cuales la naturaleza del escenario interaccional del acto puede evaluarse.

Dependiendo de tales valoraciones, el despliegue de un símbolo asociado con una organización ilegal en la recámara de alguien puede volverse un acto público en el contexto de algún evento —digamos, una fiesta— con una composición de grandes cantidades de participantes bajo poco control; al igual que, de manera inversa, llevar tal símbolo a las calles puede ser legal, siempre y cuando éste sea imperceptible para los transeúntes. Las dificultades que emergen de tales distinciones de por sí ambiguas se vuelven mucho más intensas cuando se trata de aplicarlas a los medios digitales, donde las nociones tradicionales de lo público y lo privado a menudo se desestabilizan de manera crítica. Así, por ejemplo, Andreas Stegbauer (2007: 181-182) nota que la Corte Suprema del estado de Hesse "sentenció que mostrar una esvástica en la bandeja de entrada de alguna computadora [*sic*], accesible a cualquiera que tuviera su dirección, debe subsumirse bajo la estipulación de 'públicamente', sin menoscabo de que la cantidad de personas al inicio se restringiera a un círculo pequeño". Stegbauer explica que surgen dilemas profundos respecto de la jurisdicción de las leyes alemanas que gobiernan la diseminación de símbolos extremistas de derecha en los medios internacionales: "los espectadores alemanes de un partido de futbol en Polonia, emitido por televisión en Alemania, recibieron un castigo por mostrar el saludo hitleriano en el estadio, porque el símbolo se observó aquí gracias a la transmisión. En cierto sentido, parte de la acción se llevó a cabo en Alemania". Empero, la posibilidad de ampliar la jurisdicción de estas leyes a servidores de la internet extranjeros parece mucho más problemática.

Podríamos suponer, por lo tanto, que la distinción público/privado, sin importar su vaguedad, apuntaló el proceso contra Freddi por exhibir su runa en el exterior. Pero aquí encontramos un nivel más de ambigüedad. Lo que confundió más a Freddi fue que la runa odal no había sido proscrita para nada, ni siquiera en público. Su asociación con la

organización prohibida que la empleó como logotipo jamás se señaló por carecer del poderío suficiente para prohibir su uso. De hecho, el mismo símbolo aparece actualmente en ciertos rangos del *Bundeswehr* (Defensa Federal Alemana). La redada, la confiscación del pendiente y el juicio que siguió sólo tienen sentido si pensamos en una segunda dimensión de los mecanismos legales que hemos examinado: su dependencia de las ideas en torno a motivaciones e intenciones. Más allá de los supuestos respecto del escenario social de algún acto, también incorporan interpretaciones sobre el tipo de persona que lo cometió y los tipos de intenciones y motivaciones que probablemente le subyacían.

El propio Código Penal introduce tales ideas, por ejemplo, al especificar que se puede castigar la difusión de propaganda cuyo fin sea "avanzar las metas de una exorganización nacional-socialista", al limitar su rango a propaganda "dirigida contra el orden libre, democrático-constitucional, o contra la idea del entendimiento internacional", o al excluir de su ámbito aquellos actos que sirvan "para avanzar la ilustración civil, evitar metas inconstitucionales, promover el arte o la ciencia, la investigación o la enseñanza, informar sobre sucesos históricos actuales o propósitos similares". Desde una perspectiva jurídica, la norma oficial que guía la determinación de culpabilidad de los usuarios tiene que ver con su conocimiento del vínculo entre algún símbolo específico y una organización proscrita. Nótese que no es necesario establecer la intención explícita de emplear el símbolo para promover las metas de alguna organización ilegal —siempre que el individuo reconozca el vínculo, son los propios símbolos, por así decirlo, los que marcan la intención—. Dicho en términos semióticos, tales normas reconocen en el signo prohibido la función metapragmática de una indexicalidad secundaria. En otras palabras, el signo dice algo sobre su usuario y al hacerlo instala el supuesto marco contextual que gobierna su propia significación e interpretación.

Los caracteres rúnicos en especial caen bajo este ambiguo limbo legal. Por un lado, su uso no sólo antedata por mucho a la era nacional-socialista, sino que también resulta prevalente en una variedad de otros contextos contemporáneos no relacionados.[18] Así, por lo general, no son únicos ni están siquiera vinculados de manera primaria con el nacional-socialismo o con otras agrupaciones políticas prohibidas. El nacional-socialismo, por otro lado, los empleó de manera amplia, y jugaron un papel prominente en su léxico simbólico. De este modo, sus despliegues actuales en la extrema derecha a menudo parecen, en efecto, hacer referencia al pasado nacional-socialista. Otros símbolos plantean problemas semejantes. Por ejemplo, la ubicuidad de las ilustraciones de calaveras en la cultura popular hace que su prohibición total, al haber formado parte de la decoración de los uniformes y cascos de la SS, sea tanto impráctica como indefensible. Sin embargo, tales ilustraciones pueden echar a andar medidas de imposición legales al aparecer en conjunto con personas en particular, en escenarios específicos o próximas a otros signos sospechosos específicos. Encontramos en el discurso jurídico un trabajo interpretativo complejo que busca develar y sustanciar tales vínculos deícticos entre signos, personas y sus intenciones putativas. En un ejemplo ilustrativo, una Corte de Apelación Berlín-Brandeburgo sentenció que ciertos símbolos (por ejemplo, el águila imperial) que por derecho propio no eran ilegales podían, bajo ciertas circunstancias y en conjunto con indicadores ilícitos, justificar la persecución de alguien cuyo hogar y auto hubieran sido allanados y registrados (Oberverwaltungsgericht Berlin-Brandeburgo, 2010). De este modo, el que a Freddi le hubieran confiscado su runa odal y que enfrentara cargos legales por exhibirla no tenía que ver ni con la

[18] La *Lebensrune*, de forma de "Y", por ejemplo, a menudo decora lápidas por todo el norte de Europa, en tanto que la runa odal, como ya se dijo, señala ciertos rangos militares alemanes.

runa por sí misma ni, en gran medida, con Freddi como individuo, sino con la manera en que la policía, primero, y posteriormente los tribunales interpretaron la unión de ambos.

El amplio despliegue de símbolos nacional-socialistas en protestas contra el ultranacionalismo plantea un reto particular para determinar la motivación de los usuarios. Los banderines, las publicaciones y la vestimenta de innumerables grupos de izquierda representan caricaturas de Hitler o esvásticas tachadas, lanzadas al basurero, aplastadas bajo botas o hechas añicos con martillos. Sin duda, se podría suponer que tales representaciones degradantes del símbolo no podrían tomarse como propaganda a favor del nacional-socialismo. Sin embargo, tal como mencioné antes, dos tribunales estatales ratificaron una condena contra el fabricante de mercancía *punk* y antifascista por distribuir precisamente la imagen de la esvástica. Los jueces que presidían el caso consideraron que una esvástica seguía siendo una esvástica, aun cuando se empleara contra los neonazis y, por lo tanto, de manera independiente de cualquier supuesta motivación de uso. Su decisión ocasionó pánico en los medios políticos de izquierda en torno a la penalización del activismo antifascista (y, no sea que se nos olvide, de porciones significativas de su guardarropa). Y no sin razón. El fallo dio pie a órdenes de detención contra activistas, a la confiscación de un sinnúmero de artículos, al allanamiento de departamentos privados, así como de las oficinas de las compañías que producían y vendían parafernalia y artículos de moda antifascista y *punk*, y hasta a cargos legales contra varios personajes públicos prominentes, incluida la persona que presidía el Partido Verde (Seils, 2007). Dando por terminados unos dos años de acalorados debates legales y de angustia entre los activistas, el Tribunal Federal de Justicia finalmente anuló los fallos, eliminando así la prohibición. Su lógica se apoyaba en el marcaje inequívoco de oposición

al nacional-socialismo y, por lo tanto, en la intencionalidad; no en el sentido de la motivación putativa de los usuarios en lo individual (aquello que los activistas antifascistas buscaban comunicar con los símbolos), sino en el sentido de una clara indicación de intención, contenida en el signo mismo (Bundesgerichtshof, 2007).

Estos regímenes legales que reconcilian la prohibición constitucional de la censura con la prohibición jurídica de los signos abren, de este modo, un enorme campo de ideología semiótica: un conjunto compartido de ideas específicas acerca de la manera en que las relaciones entre signos, significados, textos, contextos, referentes e interpretaciones operan y deben entenderse. Hagamos un acercamiento a la lógica de esta ideología utilizando la clásica distinción de Charles Peirce (1987) entre las relaciones semióticas icónicas, indexicales y simbólicas. Para Peirce todas las relaciones de significación (en las que podemos pensar, para nuestros propósitos, como relaciones entre los signos y sus referentes, o lo que Peirce llama la "base" del proceso semiótico) pueden reducirse a tres clases generales. Primero, un ícono es una relación en la que el signo refiere algo por semejanza; un ejemplo paradigmático de ello un mapa como representación de un área geográfica. En segundo lugar, un índice (relación deíctica) describe una relación de proximidad o coexistencia entre el signo y su referente; una veleta puede fungir de buena ilustración para esta clase. Por último, un símbolo es una relación entre un signo y un objeto de referencia que es tan sólo convencional, y en el que no encontramos ni parecido (iconicidad) ni coocurrencia (indexicalidad). La lengua es el dominio paradigmático de la significación simbólica: las relaciones entre la mayor parte de las palabras y los referentes es fuertemente simbólica. Peirce enfatiza que deberíamos pensar estas relaciones de significación no como tipos mutuamente excluyentes, sino como dimensiones del proceso semiótico de significación

que, en casos particulares, se pueden volver más o menos dominantes.

Cuando pensamos en la gobernanza legal del odio, en una primera mirada la ley parece, por lo general, construir las relaciones que conllevan significado entre los signos y las organizaciones a las que representan como símbolos, esto es, tan sólo como una convención. Dicho de otro modo, la ley reconoce que la asociación de la esvástica, la runa odal o la calavera con organizaciones nacional-socialistas es, en algún sentido, arbitraria.[19] Concede que la relación entre tales símbolos y organizaciones prohibidas no ha sido más que un accidente histórico y acepta que dichos símbolos han transmitido una gama de significados en contextos distintos para públicos diferentes. La única cuestión relevante desde esta perspectiva sigue siendo si, en el vocabulario simbólico supuestamente compartido de la Alemania actual, han alcanzado una asociación más o menos fuerte con las organizaciones proscritas que alguna vez los desplegaran. El derecho se preocupa, de este modo, por saber si la gente ha llegado a identificarlos, de ordinario, con estas organizaciones.

Sin embargo, al mismo tiempo, y precisamente debido a esta asociación, la relación simbólica convencional a menudo se desliza a una relación de proximidad indexical. La presencia de estos signos prohibidos jamás es sólo una representación semiótica en el sentido en que, por ejemplo, la palabra "Júpiter" en esta oración pueda representar al planeta más grande de nuestro sistema solar. También se trata siempre de presenciar de manera tangible aquello que representan. Como signos e insignias de organizaciones proscritas son, en algún sentido, también esas mismas organiza-

[19] Aunque ciertamente éste no siempre es el caso. Por ejemplo, algunas representaciones de Hitler y ciertos himnos nacional-socialistas se encuentran también reglamentados por estas leyes, y claramente no se les puede describir como cuestiones relacionadas al nacional-socialismo sólo de manera simbólica —en el sentido planteado por Peirce—.

ciones. Su aparición parece poner en acto, de manera efectiva, el trabajo de las organizaciones que representan (la perturbación del orden constitucional, la alteración de la paz internacional, etc.). Por último, también surgen como relaciones icónicas de semejanza. Los propios símbolos se vuelven depósito de aquellas cualidades que representan. El saludo hitleriano o el símbolo de la SS ya contienen, por así decirlo, en su interior, los rasgos del autoritarismo, el fascismo, la violencia, etc., para un amplio público en Alemania. Así, se les percibe y trata como signos icónicos, como cosas prohibidas que imitan otras cosas prohibidas, en el mismo sentido en que la violencia racista neonazi hoy se considera réplica de la violencia nacional-socialista en su forma misma.

Nótese que, como ya mencioné, los tipos simbólico, icónico e indexical de significación no son mutuamente excluyentes. Muy por el contrario, en gran medida refuerzan recíprocamente las dimensiones de las relaciones entre signos y sus referentes, y a menudo se deslizan una hacia la otra. La presunta fuerza de la asociación puramente convencional, arbitraria (*i.e.*, de la dimensión simbólica), entre un ítem particular y una organización prohibida informa el involucramiento legal con dicho ítem. Es algo central para valorar si esta asociación ilícita específica (digamos, entre la esvástica y el partido nacional-socialista) eclipsa otras asociaciones plausibles —y permisibles—, convencionales (digamos, la esvástica como símbolo hindú o budista). En un ejemplo que ya cité antes, el Tribunal Federal de Justicia determinó que la llamada cruz celta estilizada, que había sido empleada por una organización extremista de derecha durante la posguerra, permanecía como algo prohibido sin menoscabo de su contexto y modo de presentación, o de si incluía cualquier referencia adicional al grupo proscrito (Bundesgerichtshof, 2008). Por su parte, mis informantes se quejaron amargamente por la criminalización de ciertos caracteres rúnicos que, insistieron, precedían al nacional-socialismo y,

por lo tanto, no acarreaban un vínculo intrínseco con éste (en otras palabras, la liga era sólo simbólica).

Al mismo tiempo, en proporción con su fuerza, la relación simbólica arbitraria entre tales símbolos y organizaciones prohibidas refuerza una variedad de relaciones icónicas de similitud y relaciones indexicales de proximidad, y se articula con ellas. De este modo, los tribunales una y otra vez expresan preocupación por la posibilidad de que distintos públicos puedan interpretar en los signos de la extrema derecha, tanto en el propio país como en el extranjero, implicaciones de semejanzas entre la República Federal y el Tercer Reich (véanse, por ejemplo, Bundesgerichtshof, 2000a; Bundesgerichtshof, 2000b). Tales signos entonces aparecen como indexicales del *Unrechtsstaat* y como elementos que infligen un daño intolerable a la imagen del Estado democrático y constitucional al representarlo como icónicamente similar al anterior. La dimensión simbólica refuerza recíprocamente la dimensión indexical de la coocurrencia, esto es, el grado al que el ítem parece presenciar lo prohibido de manera concreta y hace avanzar de manera efectiva las argucias ilícitas del mismo en el aquí y el ahora de su puesta en acto. Es precisamente esta última dimensión, la manera en que el signo prohibido no sólo representa a las organizaciones prohibidas, sino que además les sirve de propaganda, la que provee de justificación legal para su prohibición. No hay duda de que la interdicción del uso de estos signos expone algo respecto de la fragilidad real de la imagen, de su nervioso manejo.

Hasta ahora he tomado en cuenta la relación entre signos y organizaciones. Pero, de hecho, signos y organizaciones siempre quedan en una configuración tríadica que incluye una tercera figura, a la que, por conveniencia, podemos llamar "usuarios". Los tres —signos, organizaciones y usuarios— entran en juego en actos concretos de interpretación legal. Los supuestos sobre si el "alemán promedio"

conoce el vínculo entre un signo particular y una organización prohibida determina el estatus legal de dicho signo. El siguiente razonamiento proviene del veredicto final en el caso de un oficial de policía a quien despidieron por tener un tatuaje muy grande de un soldado de infantería Wehrmacht (*landser*) en la espalda, y que apeló contra su despido. Es típico de muchos otros casos. Según las reglamentaciones policíacas, el tribunal establece:

> […] los tatuajes y otras marcas similares sobre la piel, en principio se permiten; sin embargo, no pueden quedar visibles mientras se está en funciones, a excepción de las actividades deportivas. El tatuaje en el cuerpo de un oficial de policía en sí mismo no representa incumplimiento. El caso es distinto si la apariencia (forma y tamaño) y el contenido del tatuaje en particular dan pie a la impresión de tratarse de algo dañino para el respeto y la confianza […] El tatuaje de un *landser* es suficiente para dar la mala impresión, a un observador neutral, de que el demandante glorifica la soldadesca y la guerra. Con este mensaje, el tatuaje en cuestión claramente viola [la ley], ya que la referencia a un *landser*, que en el uso lingüístico cotidiano y en la jerga de las Fuerzas de Defensa significa "soldado de infantería" (compare, por ejemplo, con Wikipedia), en muchos casos actuales sirve para glorificar al Wehrmacht junto con sus soldados, y para simbolizar guerra y violencia (Oberverwaltungsgericht Berlin-Brandenburg, 2009).

La orientación del usuario respecto de la relación entre un signo específico y una organización prohibida también se vuelve algo de interés para la interpretación legal. ¿El usuario es ignorante de la asociación ilícita entre el signo en cuestión y una organización ilegal? ¿Le resulta indiferente? ¿Es contrario a ésta? ¿O quizá simpatiza con ella? En el caso del oficial despedido, el tribunal subsecuentemente procede a tomar en cuenta y a rechazar el argumento de que el tatua-

je del *landser* inequívocamente ventila simpatías extremistas de derecha. El veredicto relata con cierto detalle los orígenes nacional-socialistas de la emblemática imagen,[20] determinando que el oficial no sería consciente del vínculo histórico, y acepta la plausibilidad de narrativas alternas. El tribunal concluye que:

> Hasta ahora no se conoce de otros comportamientos que apunten [hacia una orientación extremista de derecha], ni declaraciones que lo sugieran emitidas por el recurrente; al contrario, éste una y otra vez ha pronunciado aseveraciones que lo distancian de tal cosmovisión (Observerwaltungsgericht Berlin-Brandenburg, 2009).

A su vez, la fuerza percibida de la asociación entre un signo y una organización —la unión entre la esvástica y el NSDAP sobresale como algo particularmente consistente, por ejemplo— da forma a la interpretación de las acciones de quien lo usa. Un signo de asociaciones contundentes, como la esvástica (al igual que el símbolo de la SS o que el saludo hitleriano), marca al usuario como neonazi, es decir, como un individuo con una orientación ilícita hacia el signo y hacia la organización. Una asociación más débil, como la joyería que representa al martillo de Thor o la utilización de ciertas marcas, puede tan sólo volver sospechoso al usuario. Dicho de otra manera, el vínculo entre signos y organizaciones se proyecta sobre los usuarios (véanse, por ejemplo, Brandenburgisches Oberlandesgericht, 2005; Bundesgerichtshof, 2008; Oberverwaltungsgericht Berlin-Brandenhurg, 2010).

Desde una perspectiva distinta, podemos pensar en el derecho, en estos casos, como a la vez comprometido con la clasificación tríadica propuesta por el filósofo del lenguaje J. L. Austin (1983) y frustrado por la misma. En su explora-

[20] El dibujo original es de Wolfgang Willrich, un gran entusiasta del arte nacional-socialista.

ción de los modos en que las palabras pueden hacer cosas (más que sólo comunicar significados, como el canon filosófico de su época conducía a pensar), Austin, como es bien sabido, distingue entre tres dimensiones diferentes de cada acto de habla. El primero es el acto de decir algo en su sentido denotativo, referencial, al que Austin llama "acto locucionario". Por ejemplo, el acto locucionario de la oración "se terminaron los cerillos"[21] consiste en una aseveración descriptiva sobre la falta de cerillos, una declaración referencial predicativa que, además, puede ponerse a prueba en cuanto a su validez y juzgarse como verdadera o falsa. Una segunda dimensión del acto de habla, al que Austin llama su "fuerza ilocucionaria", tiene que ver no con su significado denotativo, sino con lo que busca lograr —aquello que se pretende lograr al decir algo—. En nuestro ejemplo anterior, la fuerza ilocucionaria de la aseveración no consistirá convencionalmente en proveer información sobre la carencia de cerillos; en lugar de ello, a menudo se implica una solicitud amable. Desde la perspectiva de la fuerza ilocucionaria, el caso trata de una directiva que busca conducir al escucha hacia una acción apropiada. Por último, Austin llama a la consecuencia real del acto de habla, aquello que en efecto se lleva a cabo o se logra al emitirlo, su "efecto perlocucionario". Volviendo a nuestro ejemplo, el efecto perlocucionario puede o no ser semejante a la fuerza ilocucionaria: el escucha podría, por ejemplo, ir por cerillos, ignorar el enunciado, desplazar la directiva hacia alguna otra persona, o reestructurar, quizá con cierta ironía, su fuerza perlocucionaria (por ejemplo, respondiendo: "sí, en efecto, ya no hay").

Es fácil ver cómo la distinción tríadica de Austin corresponde, respectivamente:

[21] Cito esta frase de un artículo de Susan Ervin-Tripp (1976), donde la autora la emplea para ilustrar la estructura de las directivas en inglés.

a) Al acto locucionario de fijar una bandera imperial de guerra en la pared de la recámara de uno o de colgarse en el cuello un pendiente en forma de martillo de Thor (el significado convencional de estos símbolos como referencia de eventos históricos o de tradiciones mitológicas),
b) A la fuerza ilocucionaria de desplegar dichos objetos de esa manera, esto es, el acto que se lleva a cabo al colgar la bandera o exhibir el pendiente (expresión del espíritu nacionalista, de solidaridad con otros usuarios de esos símbolos, dureza, interés personal en la historia alemana o en la mitología nórdica, simpatía camuflada por el nacional-socialismo).
c) Al efecto perlocucionario que de hecho se logra (la impresión que los objetos dejan sobre distintos observadores, las reacciones que arrancan de pares o de extraños, el temor que pueden provocar).

En cierto sentido, el discurso legal que he examinado aquí tiene como meta delinear precisamente estas distinciones, conforme plantea relaciones recíprocas entre las tres dimensiones, presta atención a cada una de ellas y pondera su importancia relativa.

De este modo, debe quedar claro, incluso a partir de este repaso somero de la teoría de los actos de habla de Austin, que debemos añadir contexto a los tres elementos —signo (ítem o símbolo ilícito), referente (organización proscrita) y usuario— que ya hemos discutido, como algo crucial para la interpretación legal. Ya sea que un símbolo dado aparezca en un panel pedagógico sobre fenómenos ultranacionalistas, sobre una pieza de joyería de algún individuo que pasea por la calle o en el contexto de una manifestación o un concierto de extremistas de derecha, este marco a menudo define la naturaleza de la respuesta legal a su exhibición. ¿Se compone la audiencia de ciudadanos preocupados que se han reunido para aprender sobre el extremismo de derecha o de neonazis que conmemoran el bombardeo de los aliados

sobre los ciudadanos alemanes? ¿Los integrantes de esa audiencia tienen una relación personal con el usuario, son tan sólo conocidos o les resulta ajeno por completo? Todas estas preguntas plantean consideraciones respecto del escenario interaccional concreto del acto, para su exégesis legal.

Pensemos, por ejemplo, en el caso de Miriam, una activista "anti odio" confesa cuya meta en la vida era localizar, fotografiar y obliterar los signos de racismo y ultranacionalismo en su ciudad, Berlín, y a lo largo de Alemania. Tal como atestigüé durante varias ocasiones en las que la acompañé, Miriam partía a sus expediciones equipada con una cámara y un herramental complejo que le permitía primero documentar, luego remover, borrar, pintar encima o arrancar, prácticamente cualquier material que se le pusiera enfrente. Con los años ha reunido algunas de sus innumerables fotografías, acumuladas durante más de dos décadas de activismo implacable, en una exhibición itinerante intitulada "Odio eliminado" (*Hass vernichtet*), que se ha expuesto en numerosas localidades. Su colección personal asciende a un compendio integral de lemas, símbolos y códigos extremistas de derecha y racistas. También visita escuelas; lleva a los estudiantes a excursiones "antiodio" y busca movilizarlos a favor de la causa.

Miriam difícilmente perdía la oportunidad de protestar contra los extremistas de derecha, momentos que abundan en Alemania. Me topé con ella en una serie de manifestaciones contra marchas de extremistas de derecha, a las que llegaba —como siempre lo hacía, según comentó— con un cartón colgándole del cuello sobre el que exhibía una selección de su colección de fotografías: imágenes de esvásticas, símbolos de la SS, leyendas del NSDAP, frases antisemitas y otros botines de sus cruzadas. Cuidadosamente subtitulaba las fotografías con lemas claramente antifascistas, por ejemplo: "quien permanece en silencio, está de acuerdo" (*Wer schweigt, stimmt zu*). Sin embargo, la manera en que los oficiales de policía, presentes en enormes cantidades en

Foto 4. Miriam pinta sobre símbolos de la extrema derecha en la colonia Rudow en el sur de Berlín.

tales eventos, respondían a su protesta visual era por completo impredecible, yendo de la indiferencia a la confiscación, o incluso a amenazas de cargos legales.

Sin lugar a dudas, la desconcertada indignación de Miriam ante lo que percibía como intentos de criminalizar su protesta anti odio expone cómo (de la misma manera que muchos extremistas de derecha, aunque por razones distintas) se enfrenta a la ley como violencia arbitraria. Sin embargo, el hecho de que haya podido marchar en público con fotografías de los símbolos prohibidos en exhibición refleja la relevancia del contexto —en este caso, manifestaciones contra el racismo y el extremismo de derecha— dentro del cálculo que determina la manera en que la ley interpreta y trata tales imágenes y a sus usuarios. Los significados de tales imágenes (el acto locucionario), sus propósitos (la fuerza ilocucionaria), así como sus consecuencias (el efecto perlocucionario), se evalúan en relación con sus puestas en acto concretas. Dada la ambigüedad constitutiva del contexto, su apertura y profundidad inagotables y la pluralidad de posturas desde las que se puede evaluar, es difícil no ver cómo aparecen inconsistencias, contradicciones y ambivalencias en su interpretación, y, por lo tanto, también en la interpretación del acto de desplegar signos ilícitos.

Con todo, mientras se examina para cimentar el acto de manera muy firme dentro de su particularidad situada, estos marcos legales a la vez revocan su concreción y especificidad al incrustarlo dentro de un universo descontextualizado de uniformidad comunicativa, un orden simbólico homogéneo. Esto también se muestra como el efecto de una contradicción constitutiva: la dependencia de cualquier código, de cualquier guion sobre la reiteración, implica, en última instancia, una autonomía del contexto (Derrida, 1989). En la práctica, la tensión entre contextualización y descontextualización se expresa, quizá de manera más palpable, en la dependencia inevitable del derecho sobre la ficción legal de

un observador imparcial (*unbefangener beobachter*), el otro radical, podríamos decir, respecto de una audiencia situada. Por ejemplo, la identificación de un símbolo como la reiteración de otro, como la replicación semiótica de un emblema alguna vez asociado con una organización prohibida, exige una noción de similitud y familiaridad. Tal noción, a su vez, presupone el punto de vista de un integrante promedio, neutral, de una comunidad de habla uniforme, como árbitro. Este principio de similitud y la idea de un observador imparcial que la complementa son indispensables. Sin ellos la menor modificación a los símbolos prohibidos sería suficiente para evadir su prohibición. Es tan sólo desde una perspectiva de supuesto sentido común que se puede juzgar que las apariciones concretas de los símbolos, sus interpretaciones precisas, sus relaciones con otros signos o su inserción en contextos sociales invocan a una organización proscrita.

Las ambigüedades que surgen de tales normas se revelan claramente en el caso de la marca de ropa Thor Steinar. Sus productos eran extraordinariamente populares entre mis informantes, quienes a menudo los exhibían en el *kugel* y otros sitios. Sus precios hacían que en particular sus artículos más suntuosos —chaquetas, camisas, pantalones— fueran un lujo accesible sólo para un puñado de los jóvenes con quienes trabajé. Pero algunos de ellos lograban reunir lo suficiente como para comprar una única prenda, mientras que otros se conformaban con los accesorios más asequibles de la marca —gorras, boinas, llaveros o cinturones—. La popularidad de muchas marcas codiciadas en el medio del extremismo de derecha —tales como los artículos de moda *skinhead*, las chaquetas Alpha, las botas Dr. Martens, las camisas Fred Perry o Lonsdale— se ampliaba hacia diversos medios subculturales distintos y, por lo tanto, ilustraba sólo de manera ambigua las simpatías políticas de quienes usaban esas prendas. La etiqueta Thor Steinar, en un nítido contraste, indicaba, sin lugar a dudas, una autoidentificación de extrema derecha.

Según fuentes confiables antifa[22] la compañía dueña de la marca, con base en Brandeburgo, pertenece a dos hombres involucrados muy de cerca con los círculos de extrema derecha. Su línea de productos incluye artículos de moda contemporánea, modernos, de relativa buena calidad. El diseño de las prendas de su colección fusiona armónicamente temas militares con motivos nórdicos —nombres de antiguos poblados noruegos, caracteres rúnicos, referencias a vikingos y a figuras mitológicas, representaciones de ciertos animales, y otras cosas por el estilo—. En efecto, el nombre de la etiqueta ya señala al dios nórdico y su legendario martillo, representaciones icónicas que resultan ubicuas tanto entre los neopaganos como entre los extremistas de derecha.

No obstante, los diseños tanto nórdicos como militares también se pueden entender como gestos —aunque siempre de soslayo, por así decirlo— dirigidos al vocabulario simbólico del nacional-socialismo, en particular de las unidades militares de la SS (Waffen-SS). El logotipo original de la marca, una flecha que apunta hacia arriba, cruzada por un rayo zigzagueante con forma de "N", invita precisamente a dichas interpretaciones. La compañía insistía en que combinaba dos caracteres rúnicos inocuos que representan la "T" y la "S", que corresponden al acrónimo de la marca. Sin embargo, hay cuando menos otras dos lecturas posibles del logotipo, según las cuales éste consiste de caracteres rúnicos prohibidos por la ley y que han servido de símbolos de organizaciones nacional-socialistas, de la SS y de otras prohibidas, posteriores a la guerra.

Poniendo énfasis en estas últimas interpretaciones, los grupos antifa han lanzado una incansable campaña pública contra la marca. En 2004 un tribunal provincial de Brandeburgo falló a favor de un demandante que alegaba que el logotipo en la camisa de un transeúnte evocaba símbolos

[22] Término general utilizado para referirse a organizaciones y grupos antifascistas.

Foto 5. El logo de la marca Thor Steinar. El diseño controversial se presta para distintas interpretaciones, algunas de ellas ilegales.

prohibidos. Más allá de condenar al acusado, el veredicto, en los hechos, penalizó a la marca a lo largo de su estado base, Brandeburgo. Subsecuentemente, allanaron tiendas y oficinas de la compañía, y se confiscó una gran cantidad de artículos. Varios estados rápidamente siguieron el ejemplo, con sus tribunales emitiendo multas a quienes usaran productos Thor Steinar. El caso pronto se volvió tema internacional, lo que ilustra el grado al que el nacionalismo alemán siempre queda bajo el escrutinio del mundo en general, hecho que los tribunales alemanes a menudo toman en cuenta cuando formulan sus decisiones (véase, por ejemplo, Bundesgerichtshof, 2002d). Los tribunales checos, que también enfrentan a grupos extremistas de derecha, rápidamente emularon el precedente alemán y declararon ilegal al logotipo. Entretanto, los medios de comunicación noruegos crearon un escándalo debido al uso de la bandera del país y de los nombres de sus antiguos poblados en "vestimentas nazis". El gobierno noruego, por último, presentó cargos legales en contra de la compañía por el uso no autorizado de sus símbolos oficiales. Una y otra vez se rechazaron las apelaciones contra la prohibición.

La compañía retiró del mercado la mercancía prohibida y descontinuó el uso del logotipo original para reemplazarlo

por un nuevo símbolo con la forma de una cruz ladeada con dos puntos a los lados. Empero, un año más tarde el Tribunal de Apelaciones de Brandeburgo anuló el veredicto inicial. Al discutir el caso de un llavero marca Thor Steinar, el tribunal sentenció que identificar la semejanza entre los símbolos representados en el logotipo de la marca con los símbolos de organizaciones prohibidas requería no sólo el tipo de experticia del que el observador promedio carecía, sino también el cuidadoso examen y la manipulación mental de elementos visuales que el transeúnte ocasional, distraído, difícilmente llevaría a cabo (Brandenburgisches Oberlandesgericht, 2005). Así, rechazó la aplicabilidad de la cláusula de la semejanza al caso Thor Steinar, declarando que no existía peligro de confusión del logotipo original con símbolos inconstitucionales para la gente común en condiciones normales. La decisión llevó al cierre de unos 200 casos pendientes. Sin embargo, la prohibición aún se mantiene en otros estados, incluido Berlín, y también se observa de manera estricta en equipos de futbol, escuelas y otras organizaciones (RBB, 2004a; Märkische Allgemeine Zeitung, 2008; Recherchegruppe "Investigate Thor Steinar", 2008). Resulta interesante que el tribunal señalara en su justificación de la decisión que la constante cobertura de la controversia en torno a la marca en los medios pudo, con el tiempo, voltear el rumbo de las cosas y ocasionar una situación en la que el observador promedio, fortuito, pudiera reconocer de inmediato su semejanza con los símbolos prohibidos, justificando de este modo la reconsideración del caso.

Desde esta perspectiva impersonal, imparcial, por lo tanto, algunos signos pueden contener elementos ilícitos y, sin embargo, ser ignorados. Otros signos, no obstante, parecen blandir una fuerza que desafía cualquier intento de contextualización. Precisamente tal fue el tenor del Tribunal Federal de Justicia en su fallo sobre el caso de la cruz celta estilizada, mencionado antes. Un caso aún más elocuente

tiene que ver con la historia del jugador de futbol nigeriano Adebowale Ogungbure, quien pasó una parte sustancial de su carrera como mediocampista de una serie de equipos alemanes. En 2006, durante un partido entre su equipo de entonces, el FC Sachsen Leipzig, y el equipo Hallescher FC, Ogungbure se volvió objeto de una lluvia de venenosos lemas racistas, lanzados por los simpatizantes del equipo contrario. El jugador expresó su indignación al hacer el saludo hitleriano y colocar dos dedos sobre su boca para emular el singular bigote del Führer. Con este gesto evidentemente buscaba comunicar a la audiencia su opinión sobre la misma. Inmediatamente se convirtió en blanco no sólo de una enojada muchedumbre, sino también de una investigación penal en su contra por haber expresado el gesto ilegal (los cargos se abandonaron de inmediato, a partir de una protesta pública). Un incidente similar transpiró cuando un grupo de jóvenes extremistas de derecha con quienes trabajaba asieron a un rociador de *grafiti* "izquierdista" en flagrancia y, como leales seguidores de la ley y el orden que eran, lo entregaron a una patrulla de policía. Mientras lo transferían a la custodia de los oficiales de policía, el rociador lanzó un saludo hitleriano a sus captores "neonazis". De acuerdo con mis informantes su gesto no tenía la finalidad de identificarse con el nazismo, sino que se trataba, en realidad, de una condena a aquellos que lo entregaron, calificándoles de "nazis". Con todo, los agentes policíacos le informaron que el saludo tipo Hitler se añadiría a los otros cargos en su contra.[23]

Las maneras concretas en las que tales mecanismos penales se materializaban respecto de mis informantes, entonces, correspondían a una compleja interacción entre contextua-

[23] Parece, no obstante, que en la práctica los tribunales tienden a perdonar malos comportamientos semejantes, tales como, por ejemplo, gesticular el saludo hitleriano como protesta contra la brutalidad policíaca durante alguna manifestación (Bundesgerichtshof, 2007).

lizaciones y descontextualizaciones, supuestos y distinciones, motivaciones y públicos, costumbres y códigos, y usuarios y signos. Es por ello que la runa odal de Freddi, pese a su gran prevalencia como símbolo lícito (por ejemplo, en rangos militares), podía, de cualquier modo, volverse un riesgo legal para él bajo ciertas circunstancias. Además, las ambigüedades de todas estas interacciones son las que explican por qué, en ciertos casos, algunos signos que de manera ordinaria se prohibirían o que pueden sin duda comunicar significados ilícitos siguen tolerándose en el ámbito legal.

Aunque claramente limitados por estas imposiciones legales, los activistas de la extrema derecha también se han vueltos aptos en su evasión y manipulación. Por ejemplo, los activistas han utilizado el eslogan "Gloria y honor al Waffen-SS" (*Ruhm und ehre der Waffen-SS*) en materiales propagandísticos y banderines durante manifestaciones y mítines. En 2005 el Tribunal Federal de Justicia tomó un caso que había estado merodeando por instancias legales menores durante varios años, en contra de tres integrantes de una fraternidad de extrema derecha (una *kameradschaft*) debido al uso de dicho lema. El Tribunal Federal anuló una condena anterior, arguyendo que la frase no corresponde a eslogan alguno, conocido por su uso, ya fuera por la SS o por cualquier otra organización prohibida (Bundesgerichtshof 2005). Una revisión del Código Penal, no obstante, ha permitido desde entonces que los tribunales condenen a extremistas de derecha por la utilización del eslogan, no por su parecido con los símbolos de las organizaciones proscritas, sino por honrar al nacional-socialismo.

De manera semejante, mis informantes encontraban maneras creativas de desplegar símbolos prohibidos. Una práctica popular consistía en ponerse una camiseta con la mundialmente famosa insignia *skinhead* Lonsdale, con una chaqueta encima colocada de tal modo que quedaran visibles las primeras cuatro letras del acrónimo del proscrito

Foto 6. Un joven con una camisa marca CONSDAPLE debajo de una chaqueta abierta que revela el acrónimo ilegal NSDAP del partido nacionalsocialista.

Partido Nacional Socialista (NSDAP). Consdaple, una imitación alemana de la marca británica, se orienta en específico al nicho de mercado de la extrema derecha y permite que sus integrantes muestren el acrónimo completo. Al mismo tiempo, el uso de símbolos nacional-socialistas con propósitos distintos de la promoción de metas ilícitas en ocasiones padece las restricciones legales. Por ejemplo, los tribunales alemanes juzgaron ilegales a la representación humorística de una imagen de Hitler en una tarjeta postal y a la decoración, históricamente fiel, de un modelo de avión de la Segunda Guerra Mundial, con una esvástica (Stegbauer, 2007). Los jóvenes con quienes trabajé a menudo manifestaban confusión en torno a estos mecanismos de censura sin censura, mismos que describían como inconsistentes y percibían como impenetrables.

Interdictos indeterminados

Las experiencias del sello Thor Steinar, al igual que aquéllas de Miriam, reflejan algo del amplio espectro de indeterminaciones que genera la gobernanza legal de las márgenes políticas en Alemania, de las que depende. Sin lugar a dudas, en sus fallos los tribunales difícilmente reconocen la ambigüedad como tal. En lugar de ello, se refieren a la necesidad de un "equilibrio" entre normas legales discrepantes, en la evaluación e interpretación de la relevancia y naturaleza de los factores contextuales, y en la profundización de la comprensión de las relaciones que operan entre signos, usuarios y referentes, presentando, en todo momento, los resultados de sus deliberaciones como concluyentes e inequívocas. No obstante, la gama de sus dictámenes revela cómo esta indeterminación permite que la práctica legal y penal, de manera pragmática, aunque siempre de modos tentativo y parcial, reconcilie las contradicciones básicas entre la pe-

nalización generalizada de toda una escala de prácticas simbólicas, por un lado, y los principios de las libertades democrático liberales consagradas en la Constitución, por el otro. En este sentido, estos regímenes legales proveen los instrumentos técnicos (normas interpretativas, procedimientos de contextualización, ideologías semióticas) para negociar las paradójicas consecuencias de la política alemana de la posguerra.

Para mis informantes, dos formas de ilegibilidad cubrían esta maquinaria legal con un velo de opacidad. Podríamos describir la primera como el "porqué" tras las prohibiciones, o la racionalidad que supuestamente subyace a su complicada arquitectura legal y la justifica. Los jóvenes extremistas de derecha no manifestaban desconcierto en cuanto a las proscripciones sobre, digamos, marchar bajo un estandarte de una esvástica, hacer el saludo de Hitler coreando "*sieg heil*" o abogar por la exterminación de judíos e inmigrantes. Sin importar cuál fuera su opinión respecto de tales interdicciones, consideraban que sus razones eran suficientemente claras. Lo que los desorientaba era ese espacio de ambigüedad del que hemos hablado aquí. Así, Elsa, por ejemplo, sin menoscabo de sus simpatías por la extrema derecha, afirmaba que la libertad de expresión debía tener límites, idea ampliamente aceptada en su medio social. Sin embargo, ella y muchas personas más se quejaban amargamente por la prohibición de Thor Steinar, marca que, desde su punto de vista, no invocaba más que a la mitología germánica de Thor, el hijo de Odin, y su legendario martillo. Tales mitos, insistía Elsa, tuvieron su origen mucho antes que el Tercer Reich y no guardaban relación alguna con el nacional-socialismo. Para ella, las prohibiciones por ley en Alemania se habían disparado tanto que todo parecía estar prohibido: la mitología alemana tanto como las imágenes, los símbolos y los CD. En el capítulo III encontramos una lógica semejante con Freddi, el aficionado a la música na-

cionalista, en sus conversaciones con la chica del Gymnasium,[24] para quien tocó sus CD. Recordemos su animada respuesta a la opinión desfavorable de la joven respecto de la música que le hizo escuchar y su diatriba por el sinsentido de prohibirla.

Freddi y Elsa expresaban las perspectivas de muchos como ellos: comprendían por qué se buscaba proscribir la esvástica o las canciones que invitaban a la violencia contra los inmigrantes, pero eran incapaces de captar la lógica tras las prohibiciones colocadas sobre otros símbolos y productos culturales, inofensivos en su opinión. Empero, otro segundo nivel de ilegibilidad no gira en torno a la racionalidad que legitima estas restricciones legales, sino a los tecnicismos de las propias restricciones, sus especificaciones y operaciones, sus "qué" y sus "cómo". En el caso de Thor Steinar, por ejemplo, la proscripción se aplicó inicialmente de manera estricta en Brandeburgo y sólo más tarde entró en vigor en Berlín. Se mantuvo así en la capital incluso después de su anulación posterior en Brandeburgo. Para algunos de los jóvenes con quienes trabajé pasar de Berlín a Brandeburgo no exigía más que el cruce de la calle para ir a la escuela o visitar amigos, o para ver al equipo Union en algún partido de su liga. De este modo, mientras se sucedían las batallas legales alrededor del logotipo de la marca, mis informantes confusamente debatían el estatus legal de sus prendas. Sus deliberaciones se delineaban —y opacaban— por los contenidos en artículos periodísticos, encabezados en diarios televisivos, comunicados en foros de la internet, rumores divergentes y, en efecto, por los veredictos difícilmente consistentes de distintas instancias legales. Parecían igualmente perplejos cuando intentaban dar cuenta de las razones del allanamiento a sus hogares y de la confiscación de sus pertenencias, todo lo cual apenas enca-

[24] Escuela de educación secundaria del más alto nivel en Alemania (N. de la T.).

ja con el mantra "lo que haces en tu apartamento es asunto tuyo", al que de cualquier forma seguían recurriendo. Al mismo tiempo, como ya lo señalé, en su vida cotidiana lo turbio del derecho estatutario se fusionaba de manera indistinguible con diversas directivas administrativas, emitidas por varias autoridades e instituciones: escuelas, equipos de futbol, centros comerciales, etc. De cierto modo, su perplejidad era distinta quizá en grado, pero no en sustancia, de la confusión que mostraban los jueces al buscar interpretar y poner en vigor el código legal. Empero, comprender la ambigüedad de la ley exige prestar atención no sólo a las estipulaciones legales y a las convenciones interpretativas, sino también a su puesta en vigor y, en particular, a la manera en que el Estado escruta sus márgenes políticas. En el capítulo siguiente me centro en esta tarea.

V. CON EL ESTADO DENTRO

La ley se manifestaba para mis informantes como una secuencia de ambigüedades e ilegibilidades, como una fuerza que intermitentemente (y, a sus ojos, con aparente arbitrariedad) se entrometía en su cotidianeidad y la alteraba. A primera vista existe cierto despotismo, cierta violencia, cierta opacidad de la ley, que aparentemente surgían de esas ambigüedades legales. Pero quizá, en lugar de ello, dicha violencia despótica siempre había estado ahí, y tan sólo anunciaba su presencia de esta forma. Por un lado, la ley proclama su presencia al tiempo que mantiene su figura cuidadosamente oculta. Algo semejante ocurre en el cuento de Franz Kafka "Ante la ley" (2003), en el que un centinela resguarda la puerta abierta de la ley, impidiendo la entrada al hombre que busca llegar a ella, un campesino. Aunque la puerta está abierta, el hombre pasa el resto de su vida buscando en vano lograr la entrada. Cuando está moribundo, el guardia cierra la puerta. La persona jamás ve la ley, jamás la conoce, jamás sabe de qué se trata, jamás sabe si de hecho está ahí, donde él supone que se encuentra. Empero, siente su presencia mediante la autoridad del centinela, una autoridad nunca demasiado lejos de la amenaza violenta.

Por otro lado, precisamente las ambigüedades legales llevan a primer plano la naturaleza soberana, violenta y auto autorizada de la ley. Tal como subrayara Walter Benjamin en su ensayo "Para una crítica de la violencia" (1998), ésta es, en efecto, la naturaleza de cada contrato. La fuerza legislativa, ejecutiva, del derecho, como Derrida (1997) señalaría más tarde, denota el desliz entre el significado de la palabra

alemana *gewalt* como autoridad legítima y su significado como violencia arbitraria. Es este desliz entre autoridad legítima y violencia soberana el que, según Derrida (1992), da forma a la paradoja inherente a la ley siempre y en todo sitio —no sólo en sus momentos más patentemente ambiguos—. La paradoja de la ley, desde el punto de vista de Derrida, es el efecto de su dependencia constitutiva de una violencia que debe orientarse hacia *cierto* orden específico, determinado, mientras que a la vez, en su papel fundante, siempre es anterior a *cualquier* orden particular e inconmensurable respecto de éste (debido a que resulta imposible medirlo contra cualquier orden). En todo lugar y siempre, la ley parece seguir —al tiempo que en todo lugar y siempre al mismo tiempo repudia— su verdad de fondo (Žižek, 1992); una lógica retroactiva, reiterativa y autoautorizante, en la que no se hace referencia alguna a la razón (véanse también Laclau, 1996a; Agamben, 2006; Aretxaga, 2003).

Empero, algo en el encuentro entre el extremista de derecha y el régimen penal de la delincuencia política perturba el repudio ordinario a la violencia de la ley. Para quienes participan en tales encuentros seguir la corriente del supuesto "como si", que sostiene la edificación legal, parece difícil. En muchas ocasiones fui testigo de la lucha emprendida por los jóvenes con quienes trabajaba por expresar la manera en que experimentaban este dilema. En los dos capítulos anteriores vimos algo de este perplejo desconcierto cuando Freddi ponderó las prohibiciones impuestas a su música favorita, mientras tocaba algunas pistas ilegales para mí y para una joven en su departamento, al calor de unas cervezas. Pero, ya fuera en cuanto a prendas marca Thor Steinar, a caracteres rúnicos o a la distinción público/privado, la perplejidad a menudo parece ser la regla y no la excepción. Las listas negras generadas por el gobierno, los requerimientos administrativos, las interdicciones en el código legal y aquéllas producto de veredictos jurídicos se

entretejen en las vidas de Freddi y sus amigos mediante varias formas de mediación. Aparecen como prescripciones y proscripciones que son cotidianas y misteriosas, ordinarias y enigmáticas a la vez. Oscilan de manera indecisa en algún sitio en el espacio entre aquellos dos significados de la palabra *gewalt*: entre el ejercicio legítimo de la autoridad, por un lado, y la violencia discrecional, arbitraria, por el otro. Este promiscuo declive entre la fuerza legítima y la violencia arbitraria, entre la ley y la excepción, contamina la aparente monotonía cotidiana con rastros de algo diferente, del poder reprimido, ocluido, del soberano. Por lo tanto, se trata de un declive entre lo familiar y lo asombroso que altera sus vidas. En algún lugar entre lo *heimlich* y lo *unheimlich*, estos actos soberanos de prohibición se sitúan como recordatorios constantes del razonamiento articulado de la ley como un discurso *ex post facto* de justificación que oculta cómo, al final, se trata de fuerza sin significación.

Esta paradoja fundamental de la ley, como insistió Benjamin, se destila en la figura del policía, en la que colapsa la distinción entre la violencia legisladora y la de la aplicación de la ley. En el Estado moderno, anota Benjamin, la policía constantemente resuelve, en la práctica, la cualidad indecisa constitutiva de la ley; en sus decisiones situadas, la creación y la puesta en vigor de la ley se fusionan hasta la indistinción:

> [...] en una combinación todavía mucho más antinatural que en el caso de la pena de muerte y amalgamadas de forma igualmente monstruosa [*gespenstischen*, mejor traducido como espectral o fantasmático]: esta institución es la policía. Aunque se trata de una violencia para fines de derecho (con derecho a libre disposición), la misma facultad le autoriza a fijarlos (con derecho de mandato), dentro de amplios límites. Lo ignominioso de esta autoridad consiste en que para ella se levanta la distinción entre derecho fundador y derecho conser-

> vador […] [La violencia policial es] fundadora de derecho, porque su cometido característico se centra, no en promulgar leyes, sino en todo edicto que, con pretensión de derecho se deje administrar, y es conservadora de derecho porque se pone a disposición de esos fines […] El "derecho" de la policía indica sobre todo el punto en que el Estado […] se siente incapaz de garantizar por medio de ese orden, los propios fines empíricos que persigue a todo precio […] Su violencia carece de forma, así como su irrupción inconcebible, generalizada y monstruosa [*gespenstische*, espectral] en la vida del Estado civilizado (2001: 31-32).

Al colapsar la moderna distinción institucional entre la violencia que funda y la que conserva la ley, según Benjamin, la figura de la policía al mismo tiempo precede a la ley y la sigue; cristaliza de una manera particularmente elocuente la contradicción constitutiva de la ley, el resultado de su cualidad de indecisión. Es crucial notar que, para Benjamin, esta suspensión de la distinción entre violencia fundadora y conservadora de la ley va de la mano con cierta cualidad espectral de la policía en el Estado moderno. Es una "mezcla espectral", una presencia intangible, "ubicua", que en este sentido abarca tanto la creación de la ley como su puesta en vigor a lo largo del mundo social (civilizado).

La cualidad espectral de la policía, entonces, no significa inmaterialidad *per se*, sino que carece de cualquier sustancia, esencia o ubicación *específica*. Su lugar en el pensamiento de Benjamin resultó palpable para Derrida, quien lo interpretó en la idea de que la policía está presente donde quiera que existe la fuerza de la ley, esto es, donde quiera que el orden social se impone, y sin menoscabo de la manera en que se haga o de quien lo garantice de manera concreta (1997: 110). En efecto, tal como Derrida podría decir (1995: 12-13), como espectro la policía jamás está en realidad presente como tal, precisamente porque su natura-

leza espectral va mucho más allá de sus representantes uniformados de carne y hueso. Donde la policía está presente en los hechos verdaderos, en el sentido convencional de la palabra —esto es, donde en efecto hay policías—, le anima el espíritu de la ley que, como espíritu, se encarna en su ubicación física, pero jamás se limita a ésta (*cf.* Derrida, 1995: 18-21).

Para Derrida, sin embargo, la suspensión de la distinción entre la fundación y la preservación de la ley toma lugar incluso antes de su puesta en vigor. Siguiendo a Montaigne, arguye que la ley, si acaso significa algo, siempre y de por sí implica su propia puesta en vigor. La justicia, entonces, en sí misma implica violencia; sin ella sería impotente al tiempo que, de manera inversa, la violencia sería arbitraria en ausencia de un concepto de justicia. De este modo, en la ley los dos significados de *gewalt*, autoridad legítima y violencia arbitraria, se fusionan de manera inextricable desde el principio. Su mezcla constitutiva, para Derrida, parte de la lógica de la iterabilidad que inscribe no sólo la posibilidad, sino, en efecto, la promesa de la repetición ya desde el núcleo de la instancia originaria. Dicho de otro modo, el acto mismo de fundar la ley implica actos futuros orientados a su conservación, al tiempo que cada acto de conservación refunda la ley. Lo que encontramos, entonces, no es una clara distinción entre la violencia que funda ley y la que la conserva, que puede suspenderse en momentos particulares, sino más bien una contaminación constitutiva y diferencial de ambas (1997: 997).

Según esta lectura de Montaigne y Benjamin la policía anuncia la suspensión de cualquier distinción prístina entre la fundación y la conservación de la ley. No obstante, lo hace no como el sitio o momento institucional de esa suspensión, sino más bien como su encarnación espectral, ya que la suspensión misma pertenece de antemano al núcleo y origen de la ley. Por ende, se trata precisamente de la

cualidad espectral de la policía. No debe necesariamente aparecer en la forma de oficiales uniformados —o, para el caso, sin uniforme—, desde ninguna perspectiva, para estar presente. De hecho, la policía, como fuerza de la ley, parece ser invisible de manera más común, aunque no por ello es menos eficaz; un espíritu sin encarnación física o, en palabras de Montaigne, una "fundación mística de la autoridad" (Derrida, 1997: 937) que define el terreno de la ley.

En breve abordaré cómo la distinción entre la manufactura y la conservación de la ley se colapsa en la muy tangible presencia de los oficiales de la ley de todos tipos y colores, tanto en la medida en que estos mismos oficiales transgreden sus mandatos legalmente prescritos como en la que deciden cómo, cuándo, dónde y contra quiénes dirigir las reglamentaciones legales y administrativas. Pero quizá el punto menos obvio en el que aquí insistiré (después de todo, ¿no estamos todos bastante familiarizados con relatos sobre oficiales de policía que transgreden su autoridad legal o que imponen la ley de maneras diferenciadas?) tiene que ver con la presencia espectral, ubicua, de la policía, incluso en ausencia de sus representantes tangibles. Sin duda, sentimos esa presencia espectral cada vez que SS-Gino, el convicto múltiple, autoproclamado "anticristo nacionalista", deslizaba uno o dos anillos en sus dedos para enmascarar (aunque sólo de manera parcial) su tatuaje prohibido por ley con el símbolo de la SS, gesto que reconocía la presencia espectral de la policía y, a la vez, inequívocamente enunciaba la existencia de un tatuaje ilegal. Parecía acechar de cerca, también, camino a un partido de futbol, cuando Dani y sus amigos daban vueltas al tema del estatus legal actual de su camisa Thor Steinar; deliberaban respecto de si debía subir el cierre de su chaqueta o incluso usar la camisa al revés para esconder su logotipo, y así evitar complicaciones. Cuando nos acercábamos al estadio ponderaban si, una vez pasadas las taquillas y bien adentrados en

el espesor de las multitudes, podía revelar su camisa con seguridad.

En el campo pude discernir dicha presencia en diversas ocasiones. Pensemos en una visita que hice al departamento de Freddi después de una fiesta y poco antes de que lo desocupara. Freddi abandonó el hogar de sus padres después de un ataque particularmente violento de su padre. Las estipulaciones colocadas sobre las prestaciones que recibía del Estado y un presupuesto apretado lo acorralaban una y otra vez a ser parte de arreglos de subarriendo dudosos que en algún momento llevaron a desalojos forzados. Entretanto, los diversos apartamentos en los que vivió a lo largo de mi trabajo de campo rutinariamente fueron escena de fiestas estridentes donde se podía transgredir los tabúes públicos. Al entrar a su departamento me topé con un piso repleto de botellas de cerveza, colillas de cigarrillo, restos de comida y manchas viscosas que durante algún tiempo distrajeron mi atención lejos de las paredes, en las que pintura negra embadurnada de manera caótica y veloz ocultaba sólo de manera parcial el resultado de una noche de caos vandálico. Temiendo que la policía pronto les hiciera una visita para cumplir su orden de desalojo, Freddi y sus amigos buscaron cubrir con cualquier pintura que pudieran obtener los residuos fuertemente incriminadores de su festín. Sin embargo, quedó mucho a la vista: una estrella de David pintarrajeada sobre el marco de una puerta, dibujos de la cruz de hierro y de banderas del Tercer Reich, inscripciones del popular lema de la extrema derecha "Al final [hay] victoria" ("*Am ende ist der sieg*") y de la rima "Eres el más grande cerdo del entorno, porque yaces con judíos" ("*du bist am ort das größte schwein, weil du mit juden lässt dich ein*"), entre otros. "No teníamos suficiente pintura", explicó Freddi. La manera en que él y sus amigos veloz y torpemente cubrieron lo mejor que pudieron los símbolos y las frases incriminadoras que habían pintarrajeado en las paredes de su departamento,

dejando suficientes restos dispersos para conjurar la truculenta imagen de lo que sin duda quedaba bajo los borrones desordenados de pintura negra, atestiguaba el grado al que la fuerza de la ley acechaba incluso en sus espacios y actividades más íntimos.

¿Acaso dichas maniobras tácticas, fundamentales para la praxis cotidiana de mis informantes, no son a la vez indicios de la fuerza de la ley, del espectro de la policía? De hecho, sugiero que en ellos encontramos más de un fantasma en juego o, mejor aún, en conflicto. Para explicar qué quiero decir, recordemos cómo en su majestuoso *Brujería, magia y oráculos entre los azande*, Edward Evan Evans-Pritchard sugiere que en la sociedad azande la amenaza de la brujería es ubicua y acecha a cada integrante de la comunidad. Se hace frente a esta amenaza recurriendo a la magia y los oráculos, a menudo provistos por el exorcista (1997: 83). De este modo, la magia y la brujería, *ngua* y *mangu*, aparecen como dos fuerzas espectrales en constante enfrentamiento. Evans-Pritchard describe una batalla entre estas dos fuerzas ocultas, la una buena y la otra malvada:

> Habiendo observado en muchas ocasiones el comportamiento de la gente en las sesiones, estoy seguro de que en alguna medida se conmueven por la exhibición. La brujería se cierne cerca de ellos, pues la ven los exorcistas que atacan con sus medicinas; la magia actúa a todo su alrededor y los dardos mágicos vuelan de un lugar a otro, los danzantes están en un estado de loca exaltación, que despierta una reacción de simpatía en el comportamiento del público; ante sus ojos se está celebrando la batalla entre dos poderes, la magia *versus* la brujería (1997: 239).

Es una lucha entre dos poderes espirituales. Esta lucha espiritual, sin lugar a dudas, se vincula con actores físicos particulares (el brujo, el exorcista, el oráculo) y se ex-

presa en ciertos efectos tangibles (enfermedades, desastres, muertes). No obstante, se configura en una dimensión inmaterial y, por lo tanto, no se limita a la suma de sus apariciones concretas. Acecha a la sociedad azande en general. En una vena semejante, Peter Geschiere (2008) ha insistido en cómo tanto el brujo como el exorcista representan fuerzas igualmente ocultas en el Camerún contemporáneo. Para Geschiere la interferencia del Estado en el asunto de la brujería a través de la mediación del exorcista como figura legalmente autorizada implica cierta tensión incómoda entre la hechicería y el Estado; en tanto que ambos participan de cierto conflicto oculto en la campaña contra la brujería, la fuerza que cada uno de ellos expresa se refiere, sin embargo, a una fuente distinta de autoridad.

Siguiendo el ejemplo de Evans-Pritchard y Geschiere, propongo describir, de manera útil, el tipo de terreno accidentado con el que lidiamos aquí como la arena de una batalla oculta entre el espectro de la policía y el espectro del nacional-socialismo, ambos a la vez siempre presentes (en la medida en que aparecen como figuras acechantes ubicuas) y, al mismo tiempo, jamás realmente presentes (en la medida en que siempre exceden las formas concretas en que se encarnan y a las que dan vida). Si esto es así, aquello que encontramos en este choque espectral también puede comprenderse como cierta contradicción constitutiva entre el fetiche del Estado y su ominosa sombra, el fetiche de la nación. Por supuesto, eso daría un vuelco irónico al siguiente argumento de Begoña Aretxaga:

> Es en los estudios sobre violencia que el Estado —aquello que imaginamos como el Estado, que llamamos el Estado, aquel conjunto de discursos y prácticas de poder, ese tema escurridizo que puede afectar tanto la vida de la ciudadanía— surge de manera más clara en funcionamiento contra la nación. El concepto mismo que se coloca al núcleo de la nación,

> "el pueblo", se vuelve objeto de temor y violencia para un Estado que desea tener control absoluto de una nación que al mismo tiempo divide y destruye. Se invoca y desgarra al "pueblo" mediante la creación de enemigos siempre presentes: criminales, comunistas, subversivos, guerrillas, terroristas (2003: 397).

Aretxaga discute aquí cómo los aparatos de vigilancia y seguridad de los Estados patológicamente violentos se vuelven contra cierta interpretación de la nación. Como ya hemos visto, los regímenes penales de la delincuencia política en Alemania ilustran de manera descaradamente clara la ansiedad de un Estado que de manera ordinaria no consideraríamos excesivamente brutal, así como la violencia represiva a la que recurre, de cara a la figura amenazante de la nación. Aretxaga trata de un Estado en busca del control absoluto, en campaña de destrucción del "pueblo". Nuestro caso parece ser un tanto menos claro: en primer lugar, porque es precisamente en contra de la sombra de tal violencia absolutista, encarnada en el recuerdo del nacional-socialismo, que el Estado alemán contemporáneo lucha cuando persigue a los jóvenes extremistas de derecha; en segundo, porque la relación en el pasaje de Aretxaga entre la nación y el pueblo difícilmente capta la manera en la que el Estado alemán, lejos de intentar dominar a la primera al arremeter contra el segundo, busca desterrar por completo a la nación del *demos*. "El Estado", advierte Aretxaga,

> debe pensarse entonces de maneras que no estén necesariamente por completo removidas de la nación, pero que tampoco están atadas a ella. En lugar de esto, se deben considerar una variedad de relaciones que son ambivalentes, ambiguas, hostiles, violentas, porosas […] en las que la naturaleza del guion [N. de la T. —en "Estado-nación"—] es más una cifra, que una realidad autoevidente (2003: 398).

En Alemania esta relación antagónica, escrita con guion, confronta una contra la otra la fuerza del *Rechtsstaat* y otra fuerza oculta que implica la amenaza de su aniquilación. De este modo, se trata de una lucha que se propaga mucho más allá de los mecanismos legales de la censura sin censura que examinamos en el capítulo previo. La cualidad espectral ubicua de la policía nos exige tomar nota de cómo los aparatos sensoriales operan en el Estado de maneras difusa e inadvertida, y cómo encuentran a los extremistas de derecha —y, a su vez, son encontrados por ellos— en una variedad de situaciones íntimas. Mis informantes no experimentaban este vigor de la ley como una soberanía indivisible, como una autoridad que o reinaba sobre un dominio territorial dado o estaba ausente del mismo (tal como podrían sugerir términos como "zonas nacionalmente liberadas"). Tal concepto de lo soberano como fuerza absoluta parece partir de la imaginación de la soberanía como el poder de decidir sobre la excepción, tal como propuso Carl Schmitt (1984). Desde su óptica el soberano es sólo soberano al grado en que adquiere este poder de decisión, pero queda sólo como un competidor político cuando no lo hace. Sin embargo, una concepción de soberanía del tipo si/o, en tanto que puede funcionar bien para la teoría política, se vuelve una cuestión embrollada en las realidades vividas de las soberanías realmente existentes, que siempre se logran de maneras parcial y contextual. Los jóvenes extremistas de derecha en Alemania, como veremos, experimentan la soberanía no en términos absolutos, sino como una topografía porosa y dispareja en la que el Estado y la nación compiten y se enlazan entre sí.

En este capítulo examino los modos en que el Estado observa al delincuente político y analizo cómo la figura del policía acecha los espacios cotidianos de sociabilidad y amistad de los extremistas de derecha en Alemania. Comenzando con la presencia concreta de distintos agentes de im-

posición de la ley en espacios de sociabilidad, nuestra discusión nos llevará a la figura mucho más ambigua y equívoca del informante de la policía que, como potencialidad espectral, contamina las más íntimas interacciones y situaciones. El informante de la policía ilustra la mímesis organizada mediante la que el Estado intenta rastrear su ilícito lado oculto. La noción de la organización de la mímesis (Taussig, 1993: 68; Horkheimer y Adorno, 1994 [1994]) describe la manera en que la civilización, de manera más amplia, y el Estado fascista o violento, de modo más particular, al tiempo que reprimen la facultad mimética primitiva también la orquestan y la colocan al servicio de la dominación. Como veremos, no obstante, el informante de la policía termina por ilustrar no sólo la mímesis organizada, sino también aquello que otros han llamado mímesis desorganizada. Este último concepto se refiere a "un exceso […] que revela al Estado más como parodia que como agente imitador" (Aretxaga, 2000: 49), al desempeño instrumentalmente irracional de prácticas estatales miméticas y a las fantasías que estas prácticas ponen en acto. Al mismo tiempo, como quedará claro, la calidad de espectro del informante de la policía interviene en cierta política de la amistad, central para la manera en que los jóvenes extremistas de derecha piensan sobre sí mismos, y la subvierte. Al hacerlo, acecha y finalmente hace añicos sus deseos utópicos de tener una nación auténtica, verdadera.

Excesos policíacos

Parecía difícilmente haber algo inmaterial, sin embargo, en torno a los diversos equipos de oficiales de la ley que regularmente convergían para lidiar con las multitudes de jóvenes afuera del kiosco Bretterbude en la estación ferroviaria Grünau. Tal como describí en el capítulo III, la estación fe-

rroviaria de Grünau se ubica en la parte sureste del distrito y es una central local de transporte. El pequeño patio techado del kiosco Bretterbude era una institución local, así como un sitio de sociabilidad para diversos grupos de clientes regulares, cuyos ires y venires dictaban sus ritmos cotidianos, incluidos los grupos de adolescentes y adultos jóvenes con quienes trabajé. Algunos aún iban a la escuela, en tanto que otros se abrían camino mediante programas de capacitación vocacional en empleos tipo prestaciones a cambio de trabajo o en puestos temporales e informales; otros pasaban por largos periodos de desempleo. Más de un par de ellos buscaba refugio, después de haber huido de circunstancias domésticas conflictivas, en las inmediaciones de la estación ferroviaria.

Este último grupo hizo del Bretterbude su paradero poco antes de mi llegada al campo. Entretanto, dicho grupo había evolucionado velozmente del pequeño núcleo de devotos fanáticos del equipo Union a una gran muchedumbre, conforme la reputación del kiosco crecía por todo el distrito. De manera no del todo gratuita, durante los mismos años el Bretterbude adquirió fama de guarida neonazi y atrajo la atención de múltiples fuerzas, en ocasiones antagónicas: diversas unidades policíacas; activistas de ultraderecha que buscaban reclutar tanto líderes como bases; militantes antifascistas que enviaban a agentes ocultos, camuflados, en misiones fotográficas; y los trabajadores sociales de calle a quienes acompañaba. El Bretterbude, a su vez, moldeó a aquéllos reunidos bajo su techo. Fue precisamente ahí que muchas personas se volvieron propiamente nacionalistas, —recordemos a Sylvia, quien llegó al kiosco cuando su club juvenil cerró debido a recortes presupuestales—. Se trata de un lugar políticamente formativo en sus ritmos cotidianos que mediaban el intercambio y la circulación de frases y narrativas, la consolidación de solidaridades y la inculcación de hábitos particulares.

La zona de la estación ferroviaria de Grünau y el kiosco Bretterbude en particular atraían la atención de una variedad de agentes de la ley y el orden. Algunos de ellos uniformados, otros vestidos de civil, algunos en representación de la policía civil o de la policía penal, e incluso otros más de unidades municipales del orden público; algunos pertenecían a equipos especializados en violencia juvenil o en extremismo de derecha, otros más a fuerzas de policía preventiva. Todos mantenían una constante mirada vigilante y ejercían mano dura sobre los grupos que frecuentaban el kiosco. Andrea, quien a la vez tenía un empleo de tiempo completo como trabajadora social de calle, terminaba una especialidad en criminología; se interesaba en sus actividades no tanto por las responsabilidades profesionales de su trabajo, sino por el proyecto de tesis en el que trabajaba entonces. Una y otra vez notaba con furiosa indignación cómo algunas unidades policíacas en particular transgredían los límites específicos de sus claros mandatos legales. En esta constante mezcla callejera entre la violencia que conserva y la que funda la ley, la policía preventiva emprendía prácticas investigativas y los guardias de seguridad privada acosaban a los adolescentes congregados en las afueras del centro comercial con la ayuda de los oficiales de policía municipal uniformados, quienes acudían en su ayuda para imponer las reglamentaciones del centro comercial en su exterior y para fastidiar a los jóvenes con cacheos. Desprovistos de erudición en torno a la enredada sabiduría sobre las leyes y reglamentaciones que gobiernan las funciones de la policía y que Andrea conocía al dedillo, los jóvenes del Bretterbude difícilmente podían desentrañar aquellas instancias en las que alguna unidad de imposición de la ley quebraba el protocolo y se desviaba a la jurisdicción de otra. Empero, no se requería de conocimiento especializado para darse cuenta de que las patrullas que a veces se estacionaban del otro lado de la calle, las que ocasionalmente pasaban por ahí o

se paraban enfrente, y cada tanto los cacheos y revisiones de identificación, señalaban un aguzado interés por parte de los aparatos de Estado represivos en el registro y freno a sus acciones, mismo que sobrepasaba la atención que por lo general se prestaba al ciudadano promedio.

Pero más allá de su poder para transgredir las fronteras legales de su propio mandato, esto es, más allá del poder de la policía en cuanto a imponer la ley y a la vez mantenerse externos a ésta o antecederla, la puesta en vigor de la ley colapsa la distinción entre la violencia que conserva la ley y la violencia que la funda, quizá de manera aún más significativa en cuanto a su discrecionalidad, en su prerrogativa única de decidir dónde, cuándo y sobre quién imponer la ley. En otras palabras, dado que la policía jamás impone el corpus completo de la ley de manera universal, imparcial y absoluta, la decisión misma de imponer cualquier ley ya contiene en su interior una violencia fundacional. En mi lectura esto es lo que quiere decir Derrida cuando asevera que el acto mismo de conservación de la ley es, a la vez, una refundación de la ley. Giorgio Agamben postula un argumento semejante cuando propone que la distinción entre el poder constituyente y el poder constitutivo, que identifica respectivamente con los conceptos de Benjamin de violencia fundadora de la ley y violencia que conserva a la misma, es teóricamente comprensible con la relación entre potencialidad y materialización. Un acto constituyente es soberano, anota Agamben, sólo en la medida en que, al cruzar de la potencialidad a la práctica, no destruya, sino que simplemente suspenda, a la vez que retiene, su "potencia de no ser". La soberanía, entonces, es una "zona de indistinción", un límite en el que "potencia pura y acto puro son indiscernibles y esta zona de exclusión" (2006: 65).

Del mismo modo, la decisión de la policía de imponer ciertas leyes y, al hacerlo, de cruzar de la potencialidad a la realidad mantiene su capacidad de no imponer exactamente

esas mismas leyes en otras ocasiones. De este modo, la policía no está sujeta ni a la ley como código literal ni a los precedentes establecidos por sus propios actos, sino que más bien permanece como una "zona de indistinción" entre potencialidad y realidad, entre la violencia fundadora de la ley y la violencia que la conserva. La puesta en vigor selectiva está, por supuesto, lejos de ser única respecto del contexto alemán, en general, o de la gobernanza penal del extremismo de derecha, en particular. Dos ejemplos prominentes y bastante conocidos incluyen el perfil racial en Estados Unidos como parte de la "guerra contra las drogas" y de las prácticas de las patrullas de caminos. Como ha demostrado Bernard Harcourt, algunas normas discriminatorias semejantes dan forma a las políticas penales virtualmente en todo nivel en Estados Unidos actualmente, y en general cuentan con apoyo popular (2007). Harcourt vincula tales prácticas discriminatorias con el lugar dominante que ocupan los métodos actuariales en las políticas penales contemporáneas que sostienen ser costo efectivas (aunque él demuestra que no lo son). En nuestro caso, sin embargo, es difícil ver cómo la lógica actuarial podría explicar la puesta en vigor selectiva de la ley en el Bretterbude. Lejos de seguir consideraciones matemáticas, economizadoras, para la prevención del crimen (errónea o hipócritamente racista como pueden serlo) parecen más bien aproximarse a los tipos de lógica sensorial, perceptiva, del trabajo policíaco en el Nueva York de Giuliani documentado por el antropólogo Allen Feldman (2001), en el que la apariencia corporal misma de algunas personas en particular (en ese caso de las personas indigentes) llega a encarnar un acto de violencia.

Una manera particularmente conspicua en la que la policía utilizaba este poder en el Bretterbude y, cuando lo consideraba necesario, más allá, en las cercanías de la estación de trenes, era mediante el recurso a la prohibición legal del consumo de bebidas alcohólicas en el exterior. Ahora

bien, Berlín es una ciudad en la que el alcohol, específicamente la cerveza, se disfruta abierta y ampliamente en las calles, en el transporte público y en los parques tanto como en los restaurantes, cafés y bares. En ciertos momentos y en ciertas líneas del tren o en ciertas plazas, a menudo parece que sólo un puñado de gente *no* lleva una botella de cerveza en la mano. En efecto, es elocuente que virtualmente ninguno de mis otros conocidos en Berlín —aquellos que no pasaban sus tardes en la estación Grünau— encontraran plausible mi narrativa sobre la ley estatal que prohibía el consumo de alcohol en el espacio público. Sin embargo, esa misma ley parecía haber resucitado de entre los muertos en el Bretterbude, donde los oficiales de policía esporádicamente —de nuevo, siempre reservándose el potencial de no ponerla en vigor, de no cruzar hacia la materialización— se acogían a ella, multando a los jóvenes cuando sus grupos se derramaban de la pequeña techumbre del kiosco hacia la calle. Las estrechas dimensiones del patio hacían prácticamente imposible que tal derrame no sucediera siempre que más de un par de personas se reuniera bajo su techo. Las multas de 10 euros resultaban modestas; no obstante, apenas eran lo suficientemente altas como para colocar una pesada carga sobre los jóvenes cortos de dinero, así como para fungir de eficaz elemento disuasivo.

Fueron esa mirada en exceso implacable y la mano dura del Estado las que jugaron un papel central para motivar la migración gradual de muchos de los jóvenes asiduos al Bretterbude hacia el restaurante bangladesí, de reciente apertura y en lugar más discreto, Khan's, del otro lado de las vías del tren (aunque su consuelo en aquel lugar, como veremos en el capítulo VI, fue de corta duración). Empero, los alrededores condensados y de cercano escrutinio de la estación Grünau, donde la puesta en vigor de la ley adquirió cierta cualidad de predecible y una visibilidad tangible, no opacaba la cualidad espectral de la policía de la que nos hemos

ocupado aquí. La policía acechaba las vidas cotidianas de los jóvenes extremistas de derecha por doquier en el distrito como una presencia que, siempre cerniéndose sobre ellos como potencialidad, podía en cualquier momento o lugar volverse corpórea e irrumpir en escena en la forma de allanamientos o visitas inesperadas, ya fuera en sus hogares o en otros espacios y establecimientos de diversión. La década pasada ha sido testigo de un brote de escuadrones de policía especializada, asignada a vigilar y asfixiar las actividades ilegales precisamente de tales grupos callejeros de extremistas de derecha, a lo largo de Alemania. La unidad de Criminalidad Callejera Políticamente Motivada (Politisch Motivierte Straßenkriminalität, o PMS) y el Grupo Operativo para la Violencia Juvenil (Operative Gruppe Jugendgewalt, o OGJ) representaban esta naciente tendencia en Berlín.[1] Sus equipos aparecían cada tanto en los garitos favoritos de la extrema derecha local para llevar a cabo trabajo policíaco de rutina, preventivo. Sin embargo, estos grupos, así como otras fuerzas policíacas, también aparecían de maneras menos prosaicas, como durante el allanamiento al departamento de Freddi con el que abrí el capítulo anterior. De manera más frecuente, los jóvenes daban cuenta de allanamientos policíacos violentos en espacios públicos tales como bares o conciertos propios del medio. Freddi, por ejemplo, alguna vez recordó asistir a un concierto en el distrito, en el que se presentó uno de sus músicos favoritos. "Una hora y media [después]", dijo, "estaban ahí la

[1] Otras fuerzas policíacas similares incluían, por ejemplo, a la Comisión Especial para el Extremismo de Derecha (Sonderkommission Rechtsextremismus, o SoKo Rex) en Sajonia, la Unidad de Políticas Orientadas al Perpetrador contra la Violencia Extremista (Täterorientierte Maßnahmen gegen Extremistische Gewalt, o TOMEG) y la Fuerza de Tarea Móvil contra la Violencia y la Xenofobia (Mobile Einsatzeinheit gegen Gewalt und Ausländerfeindlichkeit, o MEGA) en Brandeburgo, y la Unidad de Información Móvil sobre Extremismo (Mobile Aufklärung Extremismus, o MAEX) en Mecklemburgo-Pomerania Occidental, por nombrar tan sólo algunas.

policía y todo… entonces se llevaron a la mitad [del público] a la estación de policía".

Parecía que difícilmente tales allanamientos carecieran de violencia, en especial cuando su objetivo se enfocaba en grupos o multitudes más que en individuos en sus departamentos. Tal como abiertamente se reconoce en los relatos que los jóvenes me refirieron en torno a los allanamientos, el ejercicio de la violencia en dichas ocasiones es muy a menudo recíproco, más no simétrico. Ahora bien, se ha observado en otros sitios que, en su cacería de enemigos del Estado, los agentes de sus aparatos represivos ponen en acto una violencia mimética mediante la que se aproximan, si no es que a esos mismos enemigos, cuando menos a sus representaciones hiperbolizadas por los medios. El punto aquí no es que la policía se vuelva violenta porque sus adversarios, los jóvenes neonazis, por ejemplo, sean violentos. Se trata, en lugar de ello, de que la violencia de la policía toma cierta forma de afinidad con la figura de su enemigo. Este "volverse otro" y la gama completa de imágenes fabricadas de lo oculto que asume parecen operar con mucha mayor fuerza bajo el signo de las unidades especializadas, sigilosas, de imposición de la ley (Aretxaga, 1999; Aretxaga, 2000). Tales unidades replican aquello que se les delega suprimir, una lógica de mímesis que Freddi, desde su punto de vista como objetivo de las mismas, relató de la siguiente manera:

> Tienen miedo. Quiero decir que primero tienen que esperar a que lleguen suficientes personas. Quizá por eso les lleva tanto tiempo. Sólo dos no pueden simplemente entrar. No sobrevivirían. Si dos entran, no tienen oportunidad alguna. Sólo quedarían golpeados y listo. Por eso es que tienen que esperar un poquito más. Si hay, no sé, 300 neonazis ahí dentro, entonces tienen que estar ahí con al menos 300 policías; de otro modo, no tiene sentido.

Para Freddi la violencia de la policía parecía algo dictado por un cálculo racional y motivado por temores bastante evidentes en sí mismos —podrían fácilmente "quedar golpeados"—. Sin embargo, esta replicación mimética va más allá de la mera lógica de la equivalencia numérica. Tal como Aretxaga señala (1999: 63-64), siempre hay cierta excitación, cierto disfrute, ante la (des)organizada mímesis del Estado. Así, el Estado no es tanto la confluencia de la razón (burocrática) y de la violencia (legítima) que da por resultado aquello que Michael Taussig llama "el gran E" (1992: 111), sino el efecto fetiche de una constante puesta en acto de la violencia mimética (Aretxaga, 2000: 53).

En Alemania este *performance* de la violencia mimética es evidente en las noticias sobre los oficiales de la OGJ, tanto durante los mítines políticos como, en ocasiones, en las calles de ciertas zonas urbanas donde los integrantes de los escuadrones especiales de policía, cuyo objetivo son los jóvenes extremistas de derecha, muestran cierto comportamiento corpóreo que irradia agresividad masculina y una crueldad brutal. Al hacerlo fabrican una imagen que replica las fantasías de un violento carácter físico que surge en las representaciones mediáticas comunes de aquellos a quienes tienen entre "ceja y ceja". Su conocimiento del medio extremista de derecha incluye relacionarse a nivel personal al menos con sus integrantes más prominentes y notorios. Gino recordaba un cateo que hicieron a un bar donde él y sus amigos se juntaban de manera clandestina, y en el que una familiaridad íntima, según su narrativa, parecía ir mano a mano con la brutalidad física:

> Entonces llegó el cateo. ¡Demonios! Este tipo alto, corpulento, de nombre Bär [Oso], inmediatamente se acercó a dos polis. De inmediato le dieron terapia. Ah… A mí me trataron con brutalidad igual. Dijeron "¡Borschert!" [su apellido], ¡pum! [en imitación del sonido de un golpe]. Y de inmediato me arras-

> traron con [mi amigo] por el suelo. Ah, fue brutal. ¡Ajá! Y luego todavía podía ver a Bär… todo golpeado.

La policía, como presencia espectral de la ley y, por lo tanto, como encarnación del Estado, se vuelve en el relato de Gino mucho más que una fuerza represiva. Se vincula con cierta fascinación, un "disfrute obsceno" (Aretxaga, 2003), un ilícito "cosquilleo en los talones" (Franz Kafka citado en Taussig, 1993). La narrativa de Gino está lejos de ser espeluznante y lejos de ser un instrumento para victimizarse a sí mismo. Por el contrario, con sus vívidas dramatizaciones y representaciones ("¡Ajá!", "¡pum!"), con su elección de frases irónicas ("le dieron terapia"), y con su tono vivaz y animado, el relato parecía recordar una aventura magnífica, una experiencia asombrosa de proximidad con lo oculto, con lo mágico, con lo encantado. La policía, en este sentido, como la brujería para los maka en Camerún, "no es sólo algo malvado… [sino también] emoción, excitación, y la posibilidad de acceso a poderes desconocidos" (Geschiere, 1997: 1). El placer mimético fluye en ambos sentidos, tal como Aretxaga —citando a Derrida— lo dice, en "un modo de producción fantasmático (Derrida, 1995: 113) […] que produce tanto al Estado como a su Otro amenazante como fetiches uno del otro" (2003: 402).

Hombres de confianza

En las representaciones de Freddi y de Gino los mecanismos mediante los que el Estado buscaba mantener fuertemente sujetos y cercanamente vigilados a sus círculos sociales cobraban vida como *performances* miméticas imbuidos de excitación. Sin duda, la policía recolectaba información sobre ellos y sus pares, se familiarizaba con sus nombres, rostros y biografías, y hacía seguimientos de sus actividades

y sus garitos; asimismo, la posibilidad de que la policía irrumpiera en sus vidas como mera cualidad física uniformada, portando sus placas, los acechaba. Empero, las puestas en acto miméticas del Estado adquieren formas más amenazantes, más fantasmales, que la corporalidad descaradamente violenta de los escuadrones especiales de policía como el OGJ o el PMS. En su arsenal de tecnologías de vigilancia encontramos instrumentos más ocultos, más efímeros, que patrullas de policía y chequeos de carnets de identidad. Éstos, en Alemania, se cohesionan en torno a la sombría figura de la Oficina para la Protección de la Constitución (Verfassungsschutz) y sus infiltrados invisibles, las personas "contacto" (*v-männer,* o *v-mann* en singular).[2]

La oficina de inteligencia interna alemana, la Verfassungsschutz, se fundó como secuela de la Segunda Guerra Mundial para proteger a la República Federal, recientemente fundada, tanto contra los restos del nacional-socialismo como contra los militantes comunistas. Bajo la autoridad del Ministerio del Interior también responde al Parlamento que puede convocar a sus representantes (como lo hace a menudo) para dar cuenta de problemáticas específicas. La agencia emite reportes anuales (*Verfassungsschutzberichte*) en los que informa al público general respecto de desarrollos en diferentes dominios de actividades anticonstitucionales: extremismo político, extremismo islámico, espionaje e incluso cienciología (como el Bundesamt für Verfassungsschutz, 2007). También publica diversos panfletos y folletos que buscan diseminar conocimiento sobre temas particulares, por ejemplo, sobre el simbolismo de los grupos extremistas de derecha (véase Bundesamt für Verfassungsschutz 2004). El Verfassungsschutz federal se complementa —algunos dirían, se duplica, de manera redundante— por las agencias

[2] En ocasiones el término aparece como versión corta de *verbindungsmann* (persona contacto), y en otras de *vertrauensmann* (persona de confianza).

de nivel estatal de la Verfassungsschutz en cada uno de los 16 estados de la República Federal.

La estrecha jurisdicción de la Verfassungsschutz contrasta no sólo con la policía común, sino también con muchas otras agencias de seguridad interna de otros países. Su mandato la restringe tan sólo a la recolección de información sobre actividades que, se percibe, ponen en peligro al Estado o al orden democrático. El extremismo político, por supuesto, está en el centro de su atención. Limitada a la vigilancia de las organizaciones anticonstitucionales y a la diseminación del conocimiento sobre las mismas, no tiene poder ejecutivo de imposición de la ley en absoluto. En esta estricta delimitación de su mandato encontramos un rastro institucional de las paradojas que se han cernido sobre la República Federal en la era de la posguerra y de cara a la amenaza histórica de la tiranía despótica. Por un lado, existía la necesidad de fortalecer al Estado democrático liberal y su orden constitucional contra sus enemigos —no sólo contra el regreso del nacional-socialismo, sino también contra la amenaza contemporánea del comunismo—. Por otro lado, los mecanismos que se establecieron para proteger dicho orden necesitaban, al mismo tiempo, protegerlo del abuso por parte del propio Estado. Vemos aquí, entonces, otra reiteración de las mismas paradojas que encontramos en los regímenes legales que examinamos en el capítulo previo y que luchan por reconciliar la garantía de los derechos liberales (como la libertad de expresión) con la represión de las actividades antidemocráticas, ambas consideradas igualmente necesarias para mantener a raya la posibilidad del totalitarismo.

Esta paradoja salta a la vista bastante a menudo, ya que algunas de las técnicas de las agencias incitan la crítica de que reproducen, más que interrumpen, las tradiciones de vigilancia y control de los regímenes autoritarios. Sin duda, acusar a la Verfassungsschutz de comportar cualquier mínimo parecido con el nacional-socialismo o la Gestapo parece

quedar fuera de las fronteras discursivas de lo tolerable y probablemente tendría consecuencias legales para quienes expresaran tal crítica. Empero, las comparaciones con la RDA y en particular con la Stasi son frecuentes. En estos debates, la dependencia de la Verfassungsschutz respecto de los *v-männer* para recabar información ha resultado particularmente espinosa. La práctica ha caído bajo un amplio escrutinio jurídico, así como ha generado una acalorada controversia pública a lo largo de la última década y media (Dietzsch y Schobert, 2002), periodo durante el que se ha revelado, una y otra vez, como una forma bastante desorganizada de mímesis (Aretxaga, 1999). Su momento más notoriamente deshonroso llegó con el fiasco que rodeó a la campaña, en última instancia malograda, para prohibir al partido NPD en los años 2000-2003 (Fischer, 2001).

Desencadenado por una secuencia de ejemplos macabros de violencia racista, la secuencia de hechos absurda y retorcida que desató la campaña legal para prohibir al NPD ofrece una lección clásica de la lógica irracional —si no es que histérica— de la política influida por los medios. Alrededor del año 2000 se dieron una serie de mítines del NPD con relativa buena participación, junto con una cantidad de ataques racistas excepcionalmente brutales. Un despliegue mediático sostenido ejerció cada vez mayor presión sobre los políticos para que actuaran. En los medios se hablaba ampliamente de "zonas nacionalmente liberadas" (*national befreite zonen*), que supuestamente cubrían amplias franjas del territorio, en especial en el Este, y donde el Estado, se decía, había perdido la capacidad de poner la ley en vigor y de proteger a sus ciudadanos. El partido socialdemócrata de centro izquierda, elegido recientemente para gobernar bajo el liderazgo de Gerhard Schröder, culpó a los demócratas cristianos, de centro derecha, de incitar al racismo con su retórica de campaña electoral antiinmigrante y por no actuar con decisión contra la extrema derecha durante sus 16 años

en el poder. El Partido Demócrata Cristiano, a su vez, respondió con un llamado para prohibir al NPD y retó a los socialdemócratas a encabezar la iniciativa. Pese a un amplio escepticismo respecto de lo aconsejable que resultaría una campaña para prohibir al partido, de sus prospectos de éxito, y, sobre todo, en torno a su relevancia para contener la violencia racista, un acelerado ímpetu, animado por una escandalizante cobertura mediática, pareció detonar una dinámica interna que ya no podía frenarse. El incendio a una sinagoga fue la gota que derramó el vaso, y el gobierno finalmente anunció su apoyo a la proscripción (Staud, 2005b).

El Gobierno Federal, así como ambas cámaras parlamentarias,[3] presentaron el caso contra el NPD ante el Tribunal Constitucional, mismo que, en un golpe considerado profundamente humillante, lo desechó incluso durante las audiencias preliminares. Mientras los jueces deliberaban si tomar el caso o no, gradualmente se dio a conocer que una proporción alarmantemente alta del liderazgo nacional y local del NPD —incluido cuando menos un cofundador del partido— estaba en la nómina no sólo del Verfassungsschutz federal, sino también de algunas otras de sus instancias paralelas a nivel estatal que fallaron por completo en la coordinación de sus esfuerzos de vigilancia. Aunque una mayoría de los jueces que sesionaban rechazaron la solicitud del partido de frenar los procedimientos, su cantidad no fue lo suficientemente alta, según la ley alemana, que establece potentes protecciones para los partidos políticos. La minoría, que aceptó la solicitud del NPD de poner fin al juicio, determinó que el Estado no podía buscar proscribir al partido por supuestas actividades contraconstitucionales, en cuyo patrocinio y estímulo había jugado, potencialmente,

[3] El sistema político alemán incluye dos asambleas legislativas: el Bundesrat (Consejo Federal), cuyos integrantes son delegados estatales no electos, y el Bundestag (Parlamento Federal), con integrantes electos. La comparación con un sistema de cámaras Baja y Alta, por lo tanto, es sólo parcial.

un papel enormemente decisivo. Condenó el uso de declaraciones incriminatorias tomadas de líderes del partido que durante mucho tiempo habían servido como informantes para afianzar el caso en su contra. Mientras que aplazaron la decisión sobre la constitucionalidad del uso de informantes en el liderazgo de los partidos políticos, condenaron la práctica con severidad. De manera más importante, el Tribunal aceptó el reclamo del NPD de que no existía posibilidad alguna de un debido proceso, ya que evidentemente la Verfassungsschutz continuó recabando información sobre las actividades del partido mediante diversos informantes prominentes a lo largo de los procedimientos legales, información que pudo haber comprometido su estrategia de defensa (Bundesverfassungsgericht, 2003).

La debacle ignominiosa del intento de prohibir al NPD reveló patentemente no sólo el obvio grado al que la Verfassungsschutz dependía de informantes en sus prácticas de vigilancia. Expuso, de manera más crucial, el obstáculo paradójico que este método coloca en la ruta de cualquier acción legal contra organizaciones cuyas prácticas contraconstitucionales se corroborasen mediante el mismo. No sorprende que tales revelaciones hubieran escalado algunos debates contenciosos que incitaron demandas crecientemente pasionales para descontinuar la vigilancia con base en informantes. Sin embargo, la persistencia del financiamiento estatal de los *v-männer,* su dependencia de éstos, al igual que, y en la misma medida, el cuestionable valor y naturaleza de tales métodos, se han vuelto evidentes una y otra vez siempre que se han presentado cargos contra grupos y organizaciones de extremismo de derecha. Uno de los ejemplos más notables de tal mímesis desorganizada, subsecuente a la fallida proscripción del NPD, salió a la luz pública a partir de medidas enérgicas impuestas a una red de neonazis *skinheads* en el estado de Sajonia. Como se vio, cuando menos algunos de ellos financiaban sus actividades —incluidas,

por ejemplo, la producción y distribución de medios de comunicación ilegales, neonazis— en parte con dinero que recibían de la Verfassungsschutz. Pese a la abundante información sobre las actividades que se llevaban a cabo en sus círculos, las autoridades no intervinieron (Hartwig, 2004; véase también Liebers, 2004).

Más recientemente, el descubrimiento casi por coincidencia, en 2011, de una célula terrorista neonazi formada por tres integrantes, que a lo largo de más de una década había sido responsable del asesinato a sangre fría, tipo ejecución, de nueve poseedores de puestos de comida, todos de antecedente inmigrante, al igual que de un oficial de policía, así como de más de una docena de robos armados a bancos, ilustró, ante el público, una imagen sin precedentes de la desorganización de estas formas de mímesis estatal. Regresaré más tarde a la historia de la Clandestinidad Nacionalsocialista (NSU por sus siglas en alemán), cuyos desarrollos durante el último par de años han revelado siempre nuevos detalles, cada vez más inquietantes, sobre lo mal que el Estado manejó la información recabada y cómo dirigió la investigación de los casos de homicidio, cuestiones que, con el tiempo, forzaron la renuncia del director de la Verfassungsschutz federal y de varios de sus equivalentes a nivel estatal. Quiero señalar aquí, no obstante, que al cabo de un par de semanas después de la exposición del trío neonazi quedó en evidencia que la Verfassungsschutz operaba con un informante que conocía a los integrantes del NSU, quien había advertido sobre sus planes. Sólo tomó un par de semanas para que se revelara que el Estado no tenía un informante, sino muchos, que sabían de la NSU y que la Verfassungsschutz tenía amplio conocimiento sobre los integrantes del grupo y sus actividades (Der Spiegel, 2011b; Der Spiegel, 2011c; Förster, 2012). Más recientemente, salió a la luz que una importante figura en el medio militante y violento neonazi de Sajonia, quien había colaborado como informante

para la policía de Berlín por aproximadamente una década, había abastecido de explosivos a los integrantes de la célula terrorista antes de su reclutamiento y que en múltiples ocasiones había pasado información a la policía que habría podido llevar a su captura (Gebauer, 2012).

Esto, así como el intento de proscribir al NPD, y muchos otros casos subrayan mucho más que sólo los problemas técnicos jurídicos generados por la figura del informante. Todos ellos señalan cierto exceso de poder, cierto desaliño que, sin lugar a dudas, no puede interpretarse como conducta gubernamental racional, pero que tampoco se explican como mera incompetencia o negligencia. La colusión íntima que implica el informante entre el Estado y sus supuestos enemigos; los bizarros excesos que hacen de esas historias en ocasiones una tragedia, en otras una farsa y aun en otras ambas a la vez; y la aparente adicción del Estado, y su respectiva intoxicación sin límites, a observar en secreto, todo ello ventila el placer mimético y la fascinación voyerista en operación.

Amigos y traidores

Para mis informantes los amplios debates públicos en torno al uso de informantes de la policía por las agencias del Estado, que circularon una y otra vez en los medios nacionales con cada nuevo escándalo, introducían una sensación de paranoia a las más rutinarias de sus interacciones sociales. Por un lado, la posible presencia de informantes entre ellos constituía un hecho social duro, así como una banal realidad que simplemente daban por hecho. No obstante, por otro lado, debido a la imposibilidad de localizarla, a la amenaza que les planteaba y porque bordeaba los límites de lo concreto y lo inmaterial, pero sobre todo porque constituía cierta forma de poder que se establecía sobre la lógica de

ver sin ser visto —aquello que Derrida describe como el "efecto visera" (1995)—, esa misma presencia aparecía, también, como una encarnación acechante de la maquinaria de vigilancia del Estado. Cimbraba su confianza respecto de su capacidad de participar en actividades ilegales con algún grado de discreción. También imbuía sus vidas cotidianas con la sensación de que, cuando menos de manera potencial, se les observaba en todo sitio. De manera más significativa, esta presencia evasiva, efímera, se entretejía en sus narrativas de camaradería y solidaridad, y amenazaba con subvertir y desentrañar las propias palabras con las que buscaban fabricar sus "yoes" políticos.

De manera notable, ninguno de ellos parecía saber de informantes a quienes inequívocamente se hubiera descubierto. Muchos contemplaban, no obstante, un conjunto de ideas sobre la posible colaboración entre el Estado y algunas personas presentes en sus círculos. En ocasiones presentaban tales sospechas como creencias firmes, mientras que en otras se trataba de meras hipótesis. Sin menoscabo de cuán sólida fuera su desconfianza, a menudo descansaba sobre información que circulaba mediante las modalidades discursivas del rumor. De este modo, se autorizaba a sí misma haciendo referencia a una conjeturada serie de referencias, cuya ruta, a menudo conocida tan sólo de manera vaga, supuestamente conducía de regreso a un testigo confiable. Los rumores sobre la identidad de posibles informantes aparecían como una "reacción ante el real y difuso enhebrado de la vigilancia y el poder estatal en la distorsión de la vida cotidiana" (Feldman, 1997: 28-29). Al señalar al informante como encarnación de la policía, "adscribían al aparato de Estado, medio escondido, un centro de autoría, un lugar visible del que emana su actividad agresiva" (1997: 28). Los rumores, siempre operando bajo el peso de la incertidumbre, sirven como pronósticos de posibilidades que abren un método de clasificación en los límites de lo fáctico

(Feldman, 1995). Al mismo tiempo, y precisamente debido a su vaguedad, las sospechas sobre posibles colaboradores despliegan una preocupación obsesiva por aquello que Veena Das (2001) ha llamado "fuentes de validación". Buscan consolidarse mediante la elaboración y evaluación de signos particulares que toman el lugar del peligro y pueden disparar alarmas en torno a supuestos amigos. Así, Freddi, quien había hablado largo y tendido sobre los valores de la lealtad resuelta y la verdadera amistad que lo salvó de la prisión y de caer en manos de grupos hostiles, y que, según él, distinguía a su medio derechista de otros (véase la discusión en el capítulo II), subvirtió su propio discurso al transitar hacia una amarga condena de los colaboradores:

> F: Siempre es así con nosotros. No se habla de eso, sólo es así, nos mantenemos unidos y ya. Excepto los informantes. Los informantes son un problema. Ésa es la gente que te chinga, que no terminó en la cárcel porque los haya levantado la policía. Ellos dijeron: "ajá, les ayudo a pescar a algunas personas".
> N: ¿Conoces informantes?
> F: Conozco informantes.
> N: ¿Sí?
> F: Sí, me he peleado con dos informantes, más o menos. Lo sabía. Quiero decir, estoy 80 o 90% seguro de que eran informantes. Claro que jamás dirán que son informantes. Pero era un par de personas que se chingaron a algunas personas de las que sólo ellos sabían, de las que sólo ellos podían saber. Y por eso nos queda claro de que lo eran [informantes]. Los otros eran cuatro… que casi cayeron en la cárcel. Y a la quinta [persona] no le pasó nada. Y sólo esas cinco personas podían saber… Y entonces, fue notable que él se mudó de Berlín… se comportan justo como la Stasi, la misma mierda exactamente… y de hecho son nuestros amigos. De hecho, son buenos amigos, sabes, que ya eran nuestros amigos desde

> antes, antes de volverse informantes. Y nos traicionan… Y sólo para evitar medio año en prisión hacen que caigan otras cuatro personas en la cárcel o algo así, gente que les cae bien.
> N: Bueno, en realidad ganan dinero por ello, ¿no?
> F: No, no van a la cárcel. Conoces a la mayoría personalmente. Y por eso es que siempre somos cuidadosos si alguien casi… si alguien dice "sí, casi acabé en prisión". Es entonces que siempre somos cuidadosos, cuando se dice algo así. ¿Por qué no cayó en la cárcel? Si dice que [se trató de] lesiones corporales graves, casi intento de asesinato, hubiera ido a prisión. Pero ni siquiera necesitó libertad condicional… entonces, tienes que ser cuidadoso con lo que dices y todo eso.

La profunda sensación de sospecha que se cernía sobre las reflexiones de Freddi subvertía sus propias aseveraciones. Pese a sus intentos por domesticar la desconfianza, la incertidumbre saturaba sus palabras. ¿Estaba 90% seguro? ¿O sólo 80? El amigo que se libró de cargos, sin necesitar siquiera libertad condicional, ¿fue afortunado o desleal? De este modo, la figura del informante arraigaba la mirada amenazante del Estado profundamente dentro de las formas más íntimas de sociabilidad de Freddi. Su forma difusa parecería contaminarlo todo y a todos. La incertidumbre que lo rodeaba se proyectaba hacia supuestos amigos y se encarnaba en ellos. Orquestaba cierto mapeo de peligros posibles y de advertencias, y exigía calibrar el habla y el comportamiento ("tienes que tener cuidado con lo que dices", advirtió Freddi) ante prácticas del decir que se esfuerzan por revelar quién es y quién no es digno de confianza. En su desesperada búsqueda de fuentes de validación, los rumores sobre posibles informantes "[parecen] cultivar [su] propio surtido perceptual especial, que teje nuevas sensibilidades entre la persona y el Estado" (Feldman, 1997: 49); se vuelven una especie de sensibilidad somática. De este modo, Freddi, para confrontar la amenaza espectral del informante,

expuso una estrategia en última instancia fútil de domesticación y supervivencia, que dependía de la elaboración de una matriz de signos indexicales y su subyugación a una serie de operaciones exegéticas. Para hacerlo dependía de valoraciones en torno a la distribución y circulación de conocimiento ilícito sobre personas y eventos en particular. ¿Quién sabía o podía haber sabido sobre *eso* o sobre *ellos*? De manera semejante, escudriñaba la repartición legal del castigo en busca de la proporcionalidad —o, quizá de manera más precisa, de la falta de correspondencia— entre los delitos cometidos y las condenas recibidas.

Además, aunque siempre precarias, tales señales de validación pueden en ocasiones estar por completo ausentes, y en su ausencia la desconfianza campea. Una vez Gino me contó cómo él y sus amigos coconspiradores se reunieron para celebrar la segunda o tercera sesión —no lo recordaba con exactitud— de la *Kameradschaft* que habían formado, sesión que, para su consternación, resultó ser la última. Un allanamiento policíaco terminó con su objetivo de corta vida: "pues, nos descubrieron, por supuesto. [Mis amigos] dijeron que alguien nos traicionó y cosas así. Y entre nosotros, por así decirlo, ya nadie confiaba [uno en el otro]. Y luego el *Kameradschaft* se acabó. Con informantes y todo". Además, los supuestos amigos que se revelaban como informantes y divulgaban información reservada a las autoridades policíacas planteaban sólo una de las formas paranoicas en las que los mecanismos de vigilancia del Estado transgredían la esfera comunicativa clandestina, fundamentada en cercanías personales y confianza mutua, que otorgaba la base logística para organizar y tomar parte de actividades ilícitas. Freddi, por ejemplo, insistía también en que su línea telefónica estaba intervenida: "lo oyes de vez en cuando… Cuando cruje o susurra, o cuando se interrumpe la comunicación. Entonces oyes el crujido. Lo notas, te das cuenta de que está intervenida".

Empero, lo que amenazaba a los enunciados de Freddi iba más allá del aquí y el ahora de sus interacciones diarias con conocidos, del mapeo probabilístico de posibles peligros y la calibración correspondiente de comportamientos y habla. Envolvía también cierta tensión temporal que excedía al presente y afectaba de manera mucho más radical la distinción que tan desesperadamente luchaba por discernir entre amigos y traidores; y con ella, también, el idioma de la solidaridad para el que esta distinción resultaba tan crucial. Recuérdese que, antes de entregar a sus camaradas, los informantes alguna vez fueron "buenos amigos". Sin duda, ciertos signos pueden señalar, con diversos grados de probabilidad, que una persona en particular *es* un colaborador no digno de confianza o que un conocido *ya* ha colaborado con la policía. Sin embargo, la estructura temporal de la narrativa de Freddi implica que la cuestión fundamental, pero verdaderamente impenetrable, era una distinta, a saber: ¿quiénes de entre los "buenos amigos" de uno eran tan de fiar para no *volverse* informantes en el futuro? A fin de cuentas, ¿quién rehusaría —y quién aceptaría— la carga del sacrificio exigida por la ética de la amistad? ¿Quién incriminaría a sus amigos para salvarse de la cárcel? La narrativa de Freddi, que estructura el movimiento temporal entre un pasado de buena amistad y un presente de traición, termina por envolver y proyectar hacia atrás cierto futuro anterior hacia aquello que, como préstamo liberal de la frase de Reinhart Koselleck (1993), podríamos denominar un "pasado futuro".

"La amistad", anota Derrida, "jamás es algo dado en el presente; pertenece a la experiencia de la espera, de la promesa, o del compromiso. Su discurso es el de la oración, y está en juego aquello que la responsabilidad abre al futuro" (1993: 368). La amistad, así, no es una relación establecida; nunca es algo que ya llegó ni algo a lo que uno ya ha llegado. El amigo, en ese sentido, jamás está presente como tal. En lugar de ello, la amistad designa una experiencia

temporal, y es la estructura de dicha experiencia lo que se desplazó hacia el pasado en el relato de Freddi. El amigo señala hacia cierta orientación en el futuro que, para Freddi y sus pares, estaba colmada de posibilidades desconcertantes. Como tales, para volver a citar a Koselleck, la figura del amigo como futurismo forma un horizonte de expectativas, un futuro informado por, y hasta cierto punto cimentado en, la experiencia, pero jamás reducible a ella. Así, como ya describí en el capítulo II, Freddi y Gino podían haber tenido —como de hecho la tenían— en alta estima la lealtad de sus amigos de mayor confianza. Ésos eran amigos que no les daban razón para guardar sospecha. En efecto, algunos de ellos incluso corroboraron su integridad en el pasado mediante actos de sacrificio y solidaridad cuando la oportunidad se presentó, por ejemplo, al encubrir su complicidad en actividades ilícitas. Con todo, sin menoscabo de cuán firmes querían imaginar que esas relaciones eran, sus propias enunciaciones sobre la temporalidad de la traición exponían cómo el presente, tal como insiste Derrida, está infestado "por el innegable futuro anterior que sería el movimiento y tiempo mismo de la amistad" (1993: 377). Sus amistades, entonces, siempre estaban ya inscritas en aquel tiempo del futuro anterior, de promesa y expectativa.

Freddi me dijo: "actúan igualito que la Stasi, exactamente la misma mierda… y de verdad son nuestros amigos". Resulta interesante cómo la figura de aquello que, para él, aparecía como un Estado represivo antecedía a cierta inestabilidad temporal en sus palabras. "De hecho, se trata de buenos amigos, ¿sabes?", continuó, "que ya eran amigos antes, antes de volverse informantes. Y nos traicionan". Freddi, recordemos, estaba narrando el suceso pasado de su encuentro con un par de conocidos, de quienes pensaba que eran informantes. En algún momento antes de dicho encuentro las personas de su relato supuestamente traicionaron a sus amigos para volverse colaboradores. En algún

punto aún anterior se volvieron buenos amigos de aquellos a quienes entregarían posteriormente. Sin embargo, Freddi también insistía, en tiempo presente, en que "*son* buenos amigos" (mi énfasis). Leo esta última aseveración como algo que refleja, al mismo tiempo, la indeterminación temporal de su narrativa particular sobre los dos sospechosos de ser informantes y la expresión de una verdad más impersonal sobre la figura del amigo/informante en general. En el caso particular de Freddi, o en algún otro semejante, una persona —específica, conocida— se ha vuelto buena amiga antes de volverse informante de la policía. De manera más general una persona —quien sea, alguien aún desconocido— se volverá buen amigo antes de volverse informante. Los informantes son siempre buenos amigos que te traicionan. El relato de Freddi, por lo tanto, oscilaba entre la singularidad de un evento pasado que ya ha sucedido y la potencialidad más amenazadora y abstracta de un futuro desconocido que debe confrontarse de manera inevitable con cada una de las amistades consolidadas. El tiempo presente aquí, de este modo, reconstituye y cimienta de nuevo, en el aquí y el ahora, la figuración temporal del futuro anterior, que en el relato específico de Freddi se ha proyectado hacia atrás, al pasado. Este vórtice temporal deshace el discurso de Freddi sobre la amistad. Si alguien se ha vuelto buen amigo antes de volverse traidor, entonces, casi por definición, por el hecho mismo de volverse un buen amigo, el buen amigo siempre es también un posible traidor.

Policías y ladrones

El Estado y sus informantes, así, hacen mucho más que sólo recabar información sobre jóvenes extremistas de derecha de manera encubierta. Si es en la policía que encontramos el colapso paradigmático de la creación de la ley y la pre-

servación de la misma, si es la policía la que de manera más palpable pone en acto la violencia mimética (des)organizada de la imposición de la ley, para Freddi y sus iguales el informante extremista de derecha representaba un deslizamiento ambiguo entre el Estado como aparato represivo y la nación como promesa de una comunidad por venir, de una plenitud futura. En el capítulo previo examinamos el intrincado régimen legal que permite estas formas de vigilancia policíaca y vimos cómo busca negociar las paradójicas imposiciones de la historia alemana mediante una serie de indeterminaciones e ilegibilidades. También hemos notado cómo, para los jóvenes en el centro de este estudio, la policía y sus prácticas de mímesis (des)organizadas hacían de la ley una fuerza autoautorizante. Y, sin embargo, existen modalidades inconmensurablemente más sutiles de mímesis organizada mediante las que el Estado les sigue el rastro. Después de todo, si es desconocido en el sentido de que permanece como una potencialidad acechadora que engendra sospecha, pero que difícilmente se vuelve localizable inequívocamente como identidad concreta —si es que alguna vez lo hace—, también es, a la vez, hiperconocido el informante, en la medida en que su figura frecuentemente ocupa el centro de atención de los medios nacionales; y su realidad al tiempo que es evasiva, se toma por hecho. Empero, el Estado sigue a los jóvenes extremistas de derecha con tecnologías de vigilancia mucho más inocuas y complejas y que, pese a su aparente naturaleza banal (o quizá, como la carta robada de Poe, precisamente por ello), aparecen de manera mucho menos transparente como tales.

En el capítulo siguiente examino la manera en que los jóvenes extremistas de derecha experimentan los mecanismos de gobernanza que, en riguroso contraste con la policía, no identifican como alineados con el Estado represivo (o, en efecto, con el Estado en conjunto). Sin embargo, antes de hacerlo debo tocar brevemente un aspecto más de la

violencia mimética entre el Estado y sus enemigos. Hasta ahora me he centrado en los efectos desestabilizadores a los que da pie la presencia espectral del Estado en los espacios cotidianos y en las relaciones íntimas de los jóvenes extremistas de derecha. Pero, además, si en verdad debemos prestar atención a la contaminación recíproca entre Estado y nación, a las ansiedades que dispara y al trabajo de separación que echa a andar, nuestra discusión quedaría incompleta si no notamos las maneras en las que el nacionalismo ilícito también se insinúa en los mecanismos de gobernanza y vigilancia policíaca. Ahora, existen sin duda una miríada de sitios y momentos en los que un nacionalismo poco apetecible queda al descubierto dentro de los aparatos y discursos del Estado. Aquí, en concordancia con el tema del capítulo presente, quiero analizar cómo los jóvenes extremistas de derecha parecen contaminar a la policía y a la Verfassungsschutz desde adentro.

Ya mencioné en el capítulo anterior el caso de un oficial de policía que expuso, en su espalda, un tatuaje icónico de un soldado de infantería alemán de la Segunda Guerra Mundial (un *landser*), muy popular entre los ultranacionalistas alemanes, quien apeló, con éxito, contra su retiro del servicio (Oberverwaltungsgericht Berlín-Brandeburgo, 2009). Mi interés se enfocaba en la lógica semiótica empleada por la corte para deducir relaciones indexicales entre el tatuaje del *landser* como signo y la culpabilidad —o, tal como fue, la inocencia— del oficial. En este punto quiero señalar la importancia que el tribunal otorgó al posible daño que podría sufrir la imagen de la policía por la sola noción de que hubiera extremistas de derecha entre sus oficiales. El Tribunal Constitucional de Berlín manifestó preocupaciones semejantes en un fallo, que mencioné sólo brevemente en el capítulo IV, en el que aceptó la apelación de un oficial de policía inculpado de pronunciar aseveraciones contraconstitucionales. El oficial supuestamente no sólo expresó simpatía

por los regímenes dictatoriales, sino que también negó el Holocausto y puso en duda el derecho de existir de Polonia e Israel; todas aseveraciones altamente problemáticas, si no es que rotundamente ilegales en Alemania. La sentencia, que encontró al oficial culpable del cargo que se le imputó, pero endulzado, pasando el veredicto de un retiro a una suspensión, expresaba horror respecto de la contaminación del Estado alemán por elementos extremistas de derecha: "quien intente justificar o absolver a la tiranía previa, socava al mismo tiempo los cimientos de nuestro orden político democrático". Y más adelante dice: "la minimización y glorificación de la tiranía nacional-socialista por un oficial de la ley mancha grandemente la imagen de la policía" (Verfassungsgericht Berlín, 2007).

Los tribunales han mostrado preocupaciones semejantes en cuanto a expresiones de simpatías políticas ilícitas, no sólo entre oficiales de la ley, sino también en otros aparatos del Estado, como escuelas, ministerios gubernamentales, o las fuerzas armadas (véanse, por ejemplo, Oberverwaltungsgericht Berlín-Brandeburgo, 2007; Bundesverfassungsgericht, 2008; Die Zeit, 2012a). En algunos casos, no se han mantenido al margen de sostener el retiro de los oficiales del servicio público. No obstante, en la medida en que tiene que ver con la hipervisibilidad de tales casos entre el público en general, la presencia posible de supuestos extremistas de derecha en la policía ha obtenido de manera consistente una cobertura mediática mucho más intensa (por ejemplo, Berliner Morgenpost, 2011; Lier, 2011; Der Spiegel, 2012b; Die Zeit, 2012b). Y, cuando menos en años recientes, esta ansiedad pública no se ha mostrado en caso alguno de modo tan intenso como en el asunto ya mencionado de la Clandestinidad Nacionalsocialista (NSU por sus siglas en alemán). Varios de los aparatos de seguridad del Estado penetraron los círculos sociales íntimos de la célula terrorista, pero no tuvieron éxito en el rastreo y arresto de sus integrantes por la

explosión de finales de la década de los noventa, que los envió a una existencia clandestina. Algo más grave fue que las agencias estatales no vincularon a la NSU con una serie de casos de homicidio sospechosamente semejantes, que seguían sumándose. De acuerdo con varias voces críticas, lejos de ser resultado de mera incompetencia, estas fallas exponían un sesgo antiinmigrante sistemático en el trabajo de las autoridades policíacas. De cara a copiosas evidencias en el sentido opuesto, la investigación partió de la suposición de que los asesinatos podían rastrearse a lo que se llamaba, oficialmente, "estructuras organizadas relativas al entorno" (*milieubezogene organisierte strukturen*) o, para decirlo de manera menos eufemística, a migrantes delincuentes. El proceso completo de la investigación, de este modo, criminalizaba a las víctimas junto con sus familias y amigos, con consecuencias concretas y a menudo severas para sus vidas y sus medios de vida. Según algunos críticos, el sesgo de la investigación exponía, asimismo, la predominancia de una cosmovisión nacionalista, racista, dentro de los órganos estatales de seguridad y de imposición de la ley.

En tanto que todo esto puede bien ser cierto, la problemática de la NSU llevó a la luz no sólo la cosmovisión posiblemente racista de muchos oficiales de la ley, sino también sospechas concretas sobre colusiones y encubrimientos reales. La comisión parlamentaria especial, creada para investigar el asunto, ordenó a todos los órganos de seguridad a niveles tanto federal como estatal, que entregaran cualquier documento relevante en su posesión. Alrededor de un año y medio después de empezar su labor, el comité descubrió que, un par de semanas después del descubrimiento de la célula, la Verfassunsschutz federal trituró una serie de archivos que incluían información sobre la vigilancia del medio social de la NSU. Los integrantes de la comisión clamaron en protesta y los medios siguieron sus pasos con encabezados frecuentes y vilipendiosos sobre los últimos acontecimien-

tos en este sentido. La Verfassunsschutz al principio negó cualquier vínculo entre los documentos triturados, cuyo valor de inteligencia fue desdeñado, y la investigación de la célula terrorista. Empero, la posición oficial cambió con presteza y, un par de semanas después, las autoridades confirmaron el lazo entre los archivos destruidos y la investigación de la NSU. Surgió, también, que la Verfassunsschutz había puesto en marcha procedimientos disciplinarios contra varios de sus empleados involucrados con la trituración. Las nuevas revelaciones sólo aumentaron las insinuaciones ya predominantes en los medios y en el discurso político sobre la posibilidad de que hubiera motivaciones y encubrimientos ilícitos (Der Spiegel, 2012a; Höll y Schultz, 2012; Schultz, 2012b, 2012c y 2012a).

Como si todo esto no fuera suficiente, la investigación sobre el tema desenterró sospechas en torno a varios oficiales de policía, quienes, en casos separados, supuestamente se coludieron con grupos extremistas de derecha. La naturaleza de esta presunta colusión variaba de la entrega de información confidencial a los neonazis (por ejemplo, sobre allanamientos policíacos futuros) hasta la participación en actividades del medio (tales como tardes en los bares) o incluso pertenencia a organizaciones extremistas de derecha (Die Zeit, 2012c; Jansen, 2012; Jüttner, 2012a y 2012b). Aquí no tengo interés en analizar si los alegatos eran verdaderos o no (aunque las autoridades parecen haberlas tomado con bastante seriedad), sino subrayar la ansiedad pública, así como el malestar en torno a la amenaza de un nacionalismo ilícito dentro del aparato de Estado y en particular dentro de sus instituciones de imposición de la ley. Si la figura del informante policíaco representa cierto derrame entre el Estado y la nación, entre la puesta en vigor de la ley y la delincuencia extremista de derecha, si representa cierta mímesis inestable que deja siempre alguna duda respecto de sus compromisos auténticos, el informante de cualquier forma encuentra su

lugar de actividad y pertenencia tangibles entre Freddi y sus amigos, y no es, literalmente, un policía. Empero, encuentra su imagen especular en la figura del policía nacionalista en secreto; en efecto, un policía, pero uno que igualmente señala la contaminación mutua de categorías en apariencia distintas, si no es que opuestas.

VI. CONOCERSE ÍNTIMAMENTE

La figura del informante de la policía y la de su doble, el policía neonazi, forman un curioso par en diversos sentidos. De manera más evidente, la cuestión que plantean es, antes que nada, la de la ubicabilidad. Uno quiere saber quiénes son. Empero, debido a su propia naturaleza sólo pueden existir en tanto permanezcan desconocidos: el informante ya no puede operar como tal una vez expuesto y el policía será despedido o disciplinado en cuanto se corrobore con solidez cualquier lealtad hacia el extremismo de derecha. Su trabajo, de este modo, tiene lugar en un espacio clandestino. El informante participa en las actividades ilegales o sabe de ellas, por un lado, y pasa información a la policía de manera secreta, por el otro. Asimismo, el policía neonazi oculta sus compromisos ilícitos con el extremismo de derecha ante sus colegas, al tiempo que contamina políticamente al cuerpo policial; de vez en cuando incluso comparte con sus camaradas nacionalistas los detalles que conoce sobre operaciones encubiertas de imposición de la ley. Sus naturalezas, por ende, misteriosas y efímeras van de la mano con su ambivalencia moral; oscilan indeterminadamente entre Estado y nación, de modo que nunca se puede, en verdad, precisar su localización auténtica.

En este capítulo, examino a los agentes estatales y a las tecnologías del saber que contrastan marcadamente con la ambivalencia clandestina tanto del informante como del policía extremista de derecha, pero que de cualquier forma no quedan menos velados por la opacidad. Más allá de los aparatos represivos del Estado, más allá del patrullaje y la vigi-

lancia encubiertos, y más allá también de los regímenes legales que reglamentan la delincuencia política, encontramos todo un ensamblaje gubernamental de instituciones, actores y prácticas, mediante las cuales el Estado alemán extrae conocimiento sobre lo políticamente ilícito y socialmente marginalizado para gobernar el terreno en que ambos se localizan. Aquí encontramos figuras que desempeñan sus funciones a plena luz del día, cuyas identidades personales son bastante conocidas, y quienes, por lo tanto, parecerían mucho más transparentes que aquellos a quienes hemos examinado hasta ahora. Sin embargo, como veremos, su transparencia está tan sólo a flor de piel. Depende de una serie de ilegibilidades que permiten que su profunda incrustación en funciones de vigilancia y gobernanza —aquí el caso de los trabajadores sociales de calle resulta particularmente ilustrativo— e incluso, en ocasiones, aun su relación o afiliación con el Estado pasen inadvertidas.

Los diversos elementos que componen este ensamblaje incluyen ciertas unidades dentro de las enormes burocracias institucionales del Estado social, desde las oficinas de atención a la juventud hasta los servicios de empleo o de prestaciones sociales, los cuales consisten en laberintos colosales de salas de espera, escritorios y mostradores de atención donde se llenan formas, se estampan sellos, se mantienen bases de datos, se producen reportes y se anotan registros. También se suman a ello lugares públicos como clubes y centros culturales o atléticos, donde trabajadores sociales especializados en juventud supervisan salones de ensayos, laboratorios de computación, bibliotecas, actividades deportivas, cafeterías autogestionadas y cuartos de juego, lugares donde todo el tiempo extraen información de sus jóvenes clientes en conversaciones casuales; así como escuelas, donde maestros y consejeros prestan atención no sólo al desempeño académico de los alumnos, a sus circunstancias domésticas y a sus hábitos sociales, sino también a las pren-

das que visten, a la música que escuchan y a las aseveraciones extrañas que puedan proferir en las clases de historia. Otros ámbitos de vigilancia se componen de organizaciones eclesiales orientadas a poblaciones marginalizadas que, a menudo bajo contratos gubernamentales, ofrecen ayuda educativa, servicios de trabajo social o espacio y recursos para eventos culturales; de autoridades de justicia y de imposición de la ley que, más allá de su dependencia del patrullaje abierto y encubierto, mantienen su control sobre los individuos mediante condenas condicionales y revisiones periódicas, mediante supervisores de libertad condicional contratados caso por caso, gracias a horas extra de trabajadores sociales calificados, programas de rehabilitación por alcoholismo y seminarios contra la violencia ordenados por tribunales; de ONG especializadas, comisionadas para llevar a cabo investigaciones sobre el estado de las cosas a nivel local y para ofrecer servicios de consultoría especializada; de diversos foros organizados a nivel vecindario —algunos patrocinados por la municipalidad, otros por partidos políticos, por asociaciones de residentes o por otros agentes interesados— que dan seguimiento a los constantes sucesos, formulan estrategias de intervención y consolidan redes de movilizaciones políticas; y, por supuesto, de trabajadores sociales como aquellos a quienes acompañé, y cuya labor ocupa el centro de mi análisis en este capítulo. Por la vía de todos estos agentes y otros más, el Estado alemán mantiene la vigilancia, produce información y —como veremos en los siguientes dos capítulos— se compromete con proyectos tanto de rehabilitación como inmunológicos contra la amenaza del nacional-socialismo y sus encarnaciones en el momento actual.

Por supuesto, a cada uno de estos variados elementos, en los que podemos pensar como nodos de una configuración conglomerada de interrelaciones, a menudo corresponden jurisdicciones y mandatos, técnicas y culturas profesionales, así como intereses culturales y políticos infinitamente dife-

rentes: a algunos los atienden burócratas con plazas gubernamentales y a otros proveedores independientes de servicios, empleados en términos contractuales muy precarios; algunos administran amplias zonas urbanas, en tanto que otros supervisan un par de cuartos modestos; algunos son instituciones inertes, altamente estructuradas y burocratizadas, y otros son módulos móviles que se despliegan con flexibilidad, prestos a la mutación; algunos se orientan tan sólo al extremismo de derecha y la violencia racista, en tanto que otros a sectores mucho más amplios, como la juventud, los delincuentes y los receptores de prestaciones estatales. Al grado en que convergen, entonces, lo hacen como un ensamblaje bastante incongruente y a menudo discordante, en el que distintas formas de mediación determinan cómo circula, se filtra y modula de diversas maneras la información.

En ocasiones, estas relaciones claramente siguen rutas estructuradas jerárquicamente, como cuando las autoridades administrativas llevan a cabo evaluaciones periódicas de las asociaciones independientes que financian, cuando reciben sus informes anuales o cuando los partidos políticos convocan a los trabajadores sociales como expertos invitados a una sesión especial sobre el extremismo de derecha en el distrito (siempre una oportunidad para que estos últimos ganen puntos ante los políticos poderosos). A menudo, no obstante, toman la forma de foros y coaliciones organizados de manera lateral, que agrupan a trabajadores juveniles, trabajadores sociales, maestros, burócratas municipales, políticos locales, funcionarios eclesiales, representantes de la ley, asociaciones de bienes raíces, etc. Tales foros aspiran a consolidar redes para el intercambio de información, para la coordinación de esfuerzos y para facilitar la colaboración en contra del extremismo de derecha. Mientras llevaba a cabo mi trabajo de campo, por ejemplo, operaban en Treptow dos redes como las descritas, a nivel distrital, así como una serie de foros en menor escala, de nivel vecindario, tales como la

"Mesa redonda contra el extremismo de derecha en Johannisthal" (*Runder tisch gegen rechtsextremismus Johannisthal*), la "Fuerza de tarea sobre el extremismo de derecha en Altglienicke" (*Arbeitsgemeinschaft rechtsextremismus Altglienicke*) y la "Fuerza de tarea sobre el extremismo de derecha en Grünau" (*Arbeitsgemeinschaft rechtsextremismus Grünau*).

En este capítulo me interesa examinar la labor de los trabajadores sociales de calle para interrogar este ensamblaje y analizar cómo opera, en un nivel, como una maquinaria intrincada para la producción, circulación y diseminación de conocimiento sobre mis informantes, y, en otro, como aparato para marcar y observar la distinción política que, en primera instancia, los caracteriza como desviados, como enemigos internos del Estado alemán. A su vez, describo cómo a mis informantes les parecía que esta interfase de vigilancia se componía de una serie de interacciones en apariencia aisladas, discretas y desarticuladas, más que de nodos vinculados entre sí. El papel mediador especial de los trabajadores sociales los coloca como pieza central de esta maquinaria. Su capacidad de producir conocimiento sobre sus clientes, como veremos, depende de sus capacidades de promover y mantener formas de intimidad entre ellos y este otro de pesadilla del Estado alemán, y de cultivar, de manera simultánea, una serie de ilegibilidades sobre su trabajo como agentes de la gobernanza. Las condiciones que les permiten llevar a cabo este mimetismo y habitar el lugar de ese otro son resultado de la modificación de la escala de las intervenciones estatales que llegó con el neoliberalismo. Así, la postura extraña y ambivalente en la que se encuentran ilustra cómo el Estado llega a parecerse de manera demasiado cercana a la fuerza misma que busca reprimir. Esta mímesis organizada de gobernanza neoliberal, en otras palabras, tiene el efecto de evocar constantemente al espectro del nacional-socialismo mediante una inquietante proximidad entre sus agentes y sus personas objetivo.

Una decisión difícil, o las rutas ocultas del saber

Bajo los perdurables rayos del sol de una noche temprana, en junio, Helmuth, Andrea, Daniela y yo conversábamos al caminar distraídamente rumbo a las paredes, hacía poco pintadas de un rosa brillante, y el tejado rojo del pequeño edificio cuadrado que albergaba al restaurante Khan's, cerca de la estación ferroviaria de Grünau. Como señalé, a lo largo de mi trabajo de campo la clientela más joven y de mayor orientación extremista de derecha del Bretterbude poco a poco se dejó llevar al otro lado de las vías del tren, por encima de la carretera y tras una plaza repleta de puestos con chucherías, parte de un mercado al aire libre, y al pie de carretera y tras las vías del tranvía, al otro lado, para reubicarse en Khan's, un comedor bangladesí de nueva apertura. La puerta del modesto edificio se abría hacia una pequeña zona de estar, en la que tres mesas de madera rectangulares se acomodaban con largas bancas de madera a cada lado. Un mostrador que exhibía una selección de bebidas y de alimento empaquetado separaba este espacio de la cocina, que decididamente emitía fuertes olores de aceite de cocinar requemado. Afuera unas ocho mesas y bancas similares estaban dispuestas en dos filas sobre una plancha de cemento, coronado por el esqueleto vacío de un toldo y el follaje que lo cubría. El atractivo de Khan's consistía no sólo en su cerveza insuperablemente barata, el horario mucho más largo, el menú más diverso —aunque modulado por la etnicidad— y las mesas tanto exteriores como interiores. Su encanto se debía también, y quizá principalmente, a su ubicación discreta, escondida por así decirlo, en la orilla de un parque muy boscoso y resguardado por una fronda de ramas y copas de árboles que prometían cierto refugio de la multitud de fuerzas que convergían sobre la presencia de los jóvenes en el Bretterbude y contendían con ella.

Poco después de la inauguración de su restaurante, Khan reclutó como asistentes a Robert, el seguidor del Union que alabó con entusiasmo al NPD en el capítulo III, y a su amigo Rene, quien se me acercó para promover su idea sobre un club juvenil nacionalista en el capítulo I. Khan dejaba el negocio por completo en sus manos durante sus frecuentes y largas ausencias, que explicaba como viajes internacionales relacionados con su participación en proyectos humanitarios de la Cruz Roja. Así, además de su cercanía con medios de transporte, su cerveza barata, su ubicación camuflada y su amplio espacio para sentarse, con el propietario a menudo lejos, y bajo la gerencia de Robert y Rene, los jóvenes asiduos convirtieron el lugar a su propia imagen gradualmente, modificándolo para reflejar sus necesidades, gustos y preferencias. Se mantenía abierto con un horario flexible y cuando resultaba necesario se ampliaba hasta muy tarde en la noche para adaptarse a fiestas o reuniones de consumo de bebidas, después de partidos del Union; además, se organizaban asados de vez en cuando, publicitados de boca en boca.

Como otras visitas, ésta también reveló la constante labor de realce estético que, en un par de meses, había transformado el local de comida, desnudo y derruido, en un establecimiento bastante bien equipado y de apariencia respetable: el esqueleto desnudo del toldo exterior se pintó de café oscuro y se arregló con unas cuantas macetas dispersas aquí y allá, y con un ancho escudo blanco que decía "Fiesta de buena vibra en McKhan-jardín cervecero" (*Wohlfühl-party bei McKhan biergarten*); se colocaron al azar nuevos botes de basura rojos y sombrillas con el logotipo de una marca de helados patrocinadora; se colgó un anuncio con el menú del restaurante e instaló una máquina expendedora de cigarrillos sobre una de las paredes exteriores, así como letreros que decían "Café McKhan" (*McKhan Imbiss*) en letras rojas sobre fondo blanco, que decoraban la entrada al edificio y el lado que daba a la calle.

Al acercarnos al estrépito de voces que flotaba sobre la modesta zona del jardín cervecero, encontramos primero a Sylvia, de 19 años, a quien presenté brevemente en el capítulo I, y quien era una de las seguidoras más estables y fieles del Union en Grünau. De baja estatura y con sobrepeso, de cabello largo y castaño, se sumaba con los personajes menos afortunados que se congregaban en los alrededores de la estación de trenes. Debía a su extraño rostro el despectivo apodo "Pitbull", así como numerosas experiencias de acoso escolar y en las calles. A su precaria salud debía hospitalizaciones periódicas causadas por problemas del hígado y del riñón. Según los trabajadores sociales padecía agudas alergias dermatológicas que descartaban el contacto con maquinaria, una competencia severamente deficiente para escribir que restringía su idoneidad para labores de oficina, habilidades motrices subdesarrolladas que la descartaban de llevar a cabo ciertos movimientos y otros de coordinación motriz fina, y, por último, una discapacidad que le imposibilitaba cargar mucho peso. Por todo esto Sylvia era un caso particularmente desafiante para ellos; intentaban ayudarle lo mejor que podían en su frustrante búsqueda de alguna pasantía práctica, requisito del programa de capacitación vocacional como personal administrativo que le habían conseguido. Como si no fuera suficiente, la echaron de las pasantías y la pusieron en periodo de prueba en su programa vocacional debido a ausencias injustificadas. Todo el tiempo le robaban pertenencias —teléfonos celulares, bolsos, parafernalia de futbol, prendas de vestir— con una regularidad que, tal como Andrea lo dijo alguna vez, sin duda habría hecho sospechar a cualquier agente de seguros.[1] Poco antes

[1] Para poder entender por completo el comentario de Andrea resulta útil explicar que la cobertura personal en cuanto a seguros predomina en Alemania en mucho mayor grado que, digamos, en México o Estados Unidos. Esto también funciona en sectores socialmente marginados. De este modo, Sylvia podía recuperar —y lo hizo— el valor de sus artículos perdidos mediante la póliza de su familia.

de mi llegada al campo, finalmente había reunido la fuerza para terminar su relación con un hombre alcohólico de 30 años, que una y otra vez abusó físicamente de ella.

Quizá precisamente debido a su posición social bastante baja y a su amplia gama de aflicciones personales, Sylvia fungía de conducto sin igual tanto de información meticulosamente detallada como de rumores disparatados sobre todo mundo y todo asunto relacionado con sus círculos sociales; era una observadora apenas discernible, aunque muy atenta, de la que nadie se tomaba la molestia de ocultar nada, y quien había aprendido a apreciar el valor social del conocimiento que acumulaba de este modo. Llegó a Grünau —tal como mencioné de paso en el primer capítulo— cuando los recortes al presupuesto municipal forzaron el cierre del club juvenil de su vecindario, donde pasaba la mayor parte de su tiempo libre. Poco después conoció a Norman, a quien presenté en el capítulo II cuando intercambiaba tonos neonazis para celular con su amigo Dani, con quien trabó amistad. Norman ya era asiduo en Grünau desde hacía tiempo, e invitó a Sylvia a sumarse a él y sus compañeros. Más allá de la posibilidad de sociabilidad, parecía que, primero el kiosco de la chabola de Bretterbude, y después el restaurante Khan's, le ofrecieron refugio de una madre sobreprotectora con quien discutía a menudo. Fue en esos sitios donde, en imitación de sus nuevos amigos, cultivó una pasión por el futbol y en poco tiempo los sobrepasó en su devoción fanática por el Union. Fue también a partir de los grupos que allí se reunían que adquirió sus rudimentarias coordenadas políticas, su odio contra los inmigrantes y su lealtad electoral al NPD. Su proceso de *bildung* político aún se estaba conformando, lo que quedaba en evidencia en la manera en que a menudo escuchaba los diálogos sobre la delincuencia y la dependencia de los inmigrantes, o sobre los engañosos partidos políticos, en especial durante las campañas en torno a las elecciones federales de 2005.

La mayor parte del tiempo, de este modo, Sylvia era a la vez una clienta particularmente necesitada y una apreciable fuente de información para los trabajadores sociales. Esa noche, sin embargo, parecía menos interesada en ponernos al tanto sobre los últimos desarrollos entre sus pares y más en lamentar su ausencia del partido de cierre de temporada, en el que el Union ganó. Nos dirigimos hacia la puerta entre las largas mesas, los hombres mayores solitarios que punteaban las bancas bajas y el barullo de diversas tropas de adolescentes. En el interior un estéreo impresionantemente mejorado retumbaba con una selección variada de música *techno*, *heavy metal* y *hip hop* desde dos gigantescas bocinas. Los colores titilantes de un juego de video bailaban en la pantalla de una computadora, pegada a la pared, que no estaba ahí antes, sin lograr atraer la atención de absolutamente nadie. El propio Khan no estaba a la vista y sus operarios sustitutos manejaban la cocina, el mostrador de ventas y la caja registradora, junto a un par de subordinados en apariencia menores de edad. A uno le daba la impresión de que se trataba de una jornada bastante placentera —por no decir indolente—. Su tarea principal parecía ser mantener un flujo estable de cervezas desde el refrigerador hasta sus amigos-clientes, uno de quienes, deteniéndose apenas en el hombro de una joven, en el umbral, a gritos dudó de poder soportar su turno de trabajo en la cocina, más tarde ese mismo día.

Justo cuando entró Martina, una mujer delgada de 20 años, de apariencia masculina, un rugido lleno de pánico retumbó de pronto en el comedor, irrumpiendo en la monotonía despreocupada de las charlas y el alcohol: "¡llegaron los polis!". En la confusa conmoción que siguió, algunos de los empleados menores de edad de Khan's se las arreglaron para salir hacia un sitio seguro, en tanto que otros, también menores de edad, rápidamente se deshacían de sus botellas de cerveza. La mayoría de los presentes, no obstante, se

reunió en torno a las pequeñas ventanas, esperando adivinar el significado de la inesperada intrusión. Después de una breve consulta con Helmuth, salí al patio cervecero. Tras las vías del tranvía pude identificar una camioneta de policía vacía y junto a ella un minibús repleto de oficiales adormilados y distraídos. Unos momentos después, los trabajadores sociales decidieron seguir su camino y mantenerse distantes de posibles dificultades, más que permanecer para dar seguimiento a los sucesos. Partí con ellos. Empero, mientras nos despedíamos y empezábamos la retirada, un hombre alto saludó a Helmuth desde la parada del tranvía, e hicimos una pausa mientras que éste se adelantaba a saludarlo.

Pasó un largo rato antes de que volviera, y cuando lo hizo, con una macabra expresión de desesperación en el rostro, nos preguntó si creíamos que los jóvenes del Khan's habían notado su conversación con aquel hombre. Como ambos habían estado justo del otro lado del patio de Khan's, Andrea y Daniela contestaron que probablemente sí los habían notado. Helmuth respondió con lo que pareció entonces un bombardeo sin fin de "carajo, carajo, carajo…". Concluyó que acababa de llevar a pique todo su esfuerzo. Sin duda, ésa habría sido una buena causa de aflicción, porque durante meses los trabajadores sociales se habían esforzado en darse a conocer y en ganarse la confianza de los jóvenes que se reunían ahí, y sólo últimamente habían sentido que sus empeños por fin daban fruto. Al darse cuenta de nuestras perplejas miradas, Helmuth aclaró que el hombre con quien acababa de hablar era el presidente del comité local del Partido Socialdemócrata (SPD). Se habían visto antes durante un foro público reciente que el SPD en Grünau había organizado para hacer frente a las tendencias extremistas de derecha presentes en los alrededores, al que Helmuth y algunos residentes preocupados habían sido invitados. En el evento Helmuth les había actualizado con información, mencionando a Khan's como el nuevo centro de reunión popular

para los extremistas de derecha en el vecindario. Algunos integrantes de la asamblea local del SPD aparentemente habían considerado que un suceso tan inquietante requería de urgentes medidas decisivas y acordaron, como primer paso, sostener su reunión semanal regular en el patio cervecero de Khan's. En efecto, vimos la llegada, lenta pero continua, de gente mayor con atuendos respetables, sumando, poco a poco, un pequeño grupo en torno a la parada del tranvía. Según Helmuth, registraron oficialmente su punto de reunión en Khan's ante las autoridades como manifestación política[2] —la tropa policíaca, de este modo, había llegado para ofrecerles protección—.

El ambiente se volvió sombrío entre los trabajadores sociales. Temiendo que irrevocablemente hubieran quedado asociados con la intrusión del SPD y su escolta ante los jóvenes clientes de Khan's, ponderaron por un momento la posibilidad de alertar a estos últimos respecto de la asamblea que vendría y rogarles que evitaran cualquier conducta que los confrontara. Pero esto, concluyeron, sólo los habría implicado más profundamente en el asunto, de modo que coincidieron en esperar que la velada transcurriera en paz y sin escalamientos. Sin embargo, un agudo presentimiento de catástrofe siguió invadiendo su conversación a lo largo del resto del día laboral. Expresaron un resentido enojo con sus interlocutores del SPD, cuya conducta consideraron en extremo imprudente: su acción sorpresiva no sólo ponía en peligro los propios esfuerzos a largo plazo de los trabajadores sociales en Grünau, sino que amenazaba de manera concomitante a las propias fuentes de información de las que los mismos

[2] La ley alemana exige que se registren las manifestaciones y se coordinen de antemano con las autoridades policíacas pertinentes. La policía debe aprobar el lugar y el itinerario de cada mitin, aunque cualquier objeción o límite que presente ante los planes propuestos puede dirimirse en los tribunales. Dependiendo del tipo de manifestación, se pueden despachar desde un puñado hasta miles de policías para garantizar la paz del evento.

miembros del SPD dependían para su campaña. Sin duda, una simple advertencia habría sido suficiente para mantenerlos distantes de Khan's aquella noche en particular y, por lo tanto, para impedir tal debacle. Toda vez que esto parecía de rotundo sentido común para los trabajadores sociales, difícilmente les habría parecido igual a los participantes en la asamblea del SPD, de quienes no se podía esperar una comprensión refinada de la compleja relación entre los trabajadores sociales y los jóvenes a quienes atendían. Más tarde aquella noche, mientras rondábamos por la estación ferroviaria, los vehículos de la policía seguían en el mismo sitio y algunos de los últimos socialdemócratas abordaban el tranvía.

Resultó que los trabajadores sociales habían subestimado gravemente la vigilancia de sus clientes. Una semana más tarde, durante una noche lluviosa y sombría, visitamos Khan's donde encontramos a Robert luciendo su camisa ilegal Thor Steinar, concentrado en resolver un crucigrama del diario; a Rene en conversación con dos amigos *skinheads*; a Norman muy acicalado y bien vestido, como jamás lo habíamos visto antes ni lo veríamos después, divagando sobre el programa de capacitación para ser guardia de seguridad al que recientemente había entrado, y que pronto reprobaría; y a un par más de sus amigos. Entre risas confusas, ponderaban divertidos un breve artículo dedicado a Khan's que apareció en un boletín informativo local que circulaba entre ellos. Encontraban que representar a su restaurante favorito como una guarida neonazi era algo ridículo, ya que no concordaba para nada con su propia percepción del lugar y de sus grupos sociales como inofensivos (recuérdese la discusión planteada en el capítulo III sobre cómo, del mismo modo que el brujo verdadero siempre está en la puerta de al lado, el verdadero neonazi siempre es la persona de junto). Los sorprendía sobre todo darse cuenta de que había tenido lugar una congregación del SPD en el Khan's la semana

anterior —que evidentemente no habían registrado en absoluto—. Por fin tenía sentido la presencia de los vehículos policíacos que se habían estacionado sin moverse del otro lado de la calle durante horas, con oficiales en su interior curiosamente inactivos. Huelga decir que si se dieron cuenta de que Helmuth conversaba con ese hombre extraño y alto, el posible significado de tal interacción les pasó totalmente inadvertido y que su recuerdo se había desvanecido.

Sin duda, estaba en juego más que un error de cálculo en la excesiva preocupación de los trabajadores sociales respecto del peligro que imaginaban encarar; igualmente, había más que una simple falta de atención en que los jóvenes no notaran el acto político llevado a cabo en su contra, justo en sus narices. De hecho, todo el incidente revelaba percepciones absolutamente disonantes en torno a lo que había sucedido en Khan's aquella noche. Los miembros del SPD, en primer lugar, llegaron a la escena escoltados por un escuadrón de policías para rescatar a su vecindario de las siniestras manos de los neonazis en una excursión imaginada, parecía, como un viaje al "corazón de las tinieblas" o como una invasión hostil a territorio enemigo. Entretanto, Rene, Robert y sus pares, para quienes el Khan representaba ni más ni menos que un lugar hospitalario para pasar el rato, y quienes difícilmente pensaban en sí mismos como nazis amenazadores, no habrían podido darle sentido a la presencia de las personas acicaladas que ocuparon su lugar en una de las mesas de afuera, y que permanecieron ahí durante un rato, inmersas en su conversación.

En cuanto a los trabajadores sociales, la sensación de fatalidad inminente que durante un rato los acosó revelaba mucho más que sólo la ansiedad por perder a su clientela de Grünau. Si bien la coincidencia de su visita al Khan's con la incursión del SPD y su respaldo policíaco resultaba desafortunada, estaba lejos de ser fortuita. Aludía a los con-

tornos ocultos de los complejos conductos mediante los que fluye la información sobre los jóvenes extremistas de derecha. En este sentido, lo que el intercambio de Helmuth con el hombre alto amenazaba con devastar era cierta ilegibilidad, estratégicamente crítica, que posibilitaba un elaborado ensamblaje de mecanismos de vigilancia y control. El dilema con el que súbitamente se encontraron los trabajadores sociales se traducía en un momento de crisis perturbadora en torno a una distinción en la que descansaba, de manera crucial, no sólo su trabajo. Su colapso hubiera dejado al desnudo quizá solamente una fracción, pero una fracción a fin de cuentas, de su profundo involucramiento como nodos mediadores clave dentro de la red de una maquinaria gubernamental vasta y difusa (Deleuze, 1992; Rose, 2000b; Deleuze y Guattari, 2004), mediante la que el Estado alemán mantiene un cercano patrullaje sobre la amenaza de la delincuencia política.

La máquina de vigilancia

Las movilizaciones contra la extrema derecha —en especial, la formación de foros a nivel vecindario, tal como la fuerza de tarea del SPD sobre el extremismo de derecha en Grünau y otras que mencioné arriba— nacen envueltas en un vocabulario de establecimiento de redes (*vernetzung*). El vocabulario que movilizan hace eco de reconfiguraciones, aún en curso, de estructuras administrativas y gubernamentales que prosiguieron a lo largo de Berlín durante mi estancia de campo, predominantemente bajo el título de "orientación al espacio social" (*sozialraumorientierung*). Introducidas de manera agresiva por los gobiernos municipal y estatal, estas reformas invocan marcos teóricos que datan de la década de 1980, los cuales reconceptualizaron la prestación de servicios sociales como una praxis centrada en

"espacios sociales" concebidos de manera flexible, más que sobre individuos desfavorecidos. Los dispusieron de acuerdo con las nuevas escalas descentralizadoras, estructural y presupuestal, cuyo fin era crear unidades administrativas relativamente autónomas, de pequeña escala, en las que se identificaran y trataran necesidades locales, donde se sacaran adelante decisiones sobre asignación de recursos y donde la secuencia completa de actores relevantes se reuniera para intercambiar información y coordinar esfuerzos.

En este sentido, la lógica conceptual evidente tanto en las reformas del "espacio social", "desde arriba", como en la generación de foros locales contra el extremismo de derecha, "desde abajo", abreva libremente del vocabulario de las "redes neoliberales", que supuestamente son organismos autoorganizados de abajo hacia arriba que dependen de relaciones no jerárquicas, que tienen la virtud de gozar de una gran flexibilidad y que asumen una topología espacial centrada en localidades (Leitner y Sheppard, 2002). Sin duda, tal vocabulario ha marcado el surgimiento de nuevas formas neoliberales de gobierno de poblaciones no solamente en Alemania. No obstante, lo que nos enseña el caso alemán en particular es cómo se han integrado también a la manera en que el Estado neoliberal no sólo gobierna a su población, sino que además establece una lucha sin cuartel —y desesperada— para demarcar y contrarrestar a sus otros radicales. La huella del lenguaje empresarial, del libre mercado, no está por completo ausente de tales discursos que emplean ampliamente, por ejemplo, conceptos de eficiencia, productividad, resultados, administración de calidad, etc. Pero su vocabulario dominante parece más bien aproximarse a aquello que Nikolas Rose ha denominado "etopolítica": la "activación" de ciudadanos, el empoderamiento de localidades, el realce de la participación democrática, la vinculación de individuos con comunidades, la estética del Estado faci-

litador, la "responsabilización" de los sujetos y la generación de estructuras autorreguladoras (Rose, 2000a; Bezirksamt Treptow-Köpenick, 2005).

Mientras que Rose ciertamente capta una mutación crucial en la jerga y las ideologías de la gobernanza en el mundo actual, vale la pena señalar dos salvedades importantes respecto del carácter supuestamente innovador de la gobernanza etopolítica. En primer lugar, en Alemania, como en muchos otros países europeos, los trabajadores sociales y otros actores semejantes del Estado neoliberal representan una transformación novedosa de las funciones de gobernanza, tales como la provisión de prestaciones, la redistribución de la riqueza, y la vigilancia y control de las poblaciones, sólo en un sentido relativo y limitado. No es tanto que reestructuren por completo la vieja arquitectura del Estado de bienestar alemán, mucho menos que la desmantelen. En lugar de esto, la incorporan a —o de manera más precisa incorporan en ella— una variedad de articulaciones complejas en las que se vuelven mediadores de disposiciones ya existentes. Comparado con el de otros países europeos, el sistema de prestaciones sociales alemán tiene una historia bien conocida, larga e innovadora, que data de la época de Bismarck. Las leyes y reglamentaciones que gobiernan la distribución de las prestaciones sociales en la actualidad, no obstante, se deben en gran medida a la gigantesca expansión del Estado de bienestar a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Durante ese periodo el ordoliberalismo del canciller demócrata cristiano Konrad Adenauer y su ministro de economía Ludwig Erhard dieron paso al neokeynesianismo del primer periodo de gobierno socialdemócrata de la posguerra, bajo el liderazgo de Willy Brandt y, más tarde, de Helmut Schmidt (Schnitzer, 1972; Nachtwey, 2013). Actualmente, entonces, el Estado social alemán y sus mecanismos de gobernanza se conforman, de manera relevante, por estructuras establecidas durante el apogeo

—y, tal como fue, el ocaso— del capitalismo fordista, keynesiano.

En segundo lugar, se debe ser precavido en cuanto a aceptar, a pie juntillas, los lemas de la gobernanza neoliberal contemporánea y confundirlos con las verdaderas realidades que pretenden describir. Como con las "redes neoliberales realmente existentes" (Leitner y Sheppard, 2002) y contra sus aseveraciones, lo que surge bajo esas palabras clave en el caso de las campañas contra el extremismo de derecha en Alemania parece consistir, a menudo, en topografías disparejas de recursos y competencias, relaciones jerárquicas entre socios ostensiblemente iguales, una instigación de arriba hacia abajo (más que al contrario) y una continua reglamentación centralizada. De este modo, median la información que atraviesa tales conductos dispersos no sólo las jerarquías, sino diversas relaciones de competencia entre adversarios, de intereses antagónicos o, de manera alternativa, de alianzas y colusiones. Además, estos nuevos mecanismos y estrategias de poder tanto dependen de, como generan, subjetividades neoliberales novedosas —tales como, paradigmáticamente, aquéllas de los trabajadores sociales— que llevan la carga de, y son moldeadas por, una enorme vulnerabilidad. Estos agentes neoliberales del Estado, que laboran bajo condiciones de empleo siempre más precarias, a la vez ocupan nuevos puestos mediadores que implican tensiones y contradicciones estructuralmente constitutivas. Es precisamente así que debemos entender los *impasses* cargados de desasosiego que los trabajadores enfrentan de rutina cuando llevan a cabo su función mediadora en la interfase de vigilancia, mediante la que el Estado rastrea a los extremistas de derecha.

Más aún, el tipo de conocimiento que se exige y ofrece en las transacciones entre los nodos de esta maquinaria abarca un amplio espectro de resoluciones, objetos y escalas. En ocasiones se trata de narrativas anónimas y relativamente generales que estructuran intercambios, como, por

ejemplo, en la reunión patrocinada por el SPD en Grünau, en la que Helmuth habló en términos amplios e impersonales de la metamorfosis de Khan's en un lugar favorito de encuentro de los jóvenes extremistas de derecha, y donde un sitio, más que personas en particular, surgió como objeto de la interacción. En otras incontables ocasiones, a lo largo de mi trabajo de campo y en una extensa variedad de foros, las narrativas igualmente generales sobre sitios de encuentro muy en boga o tendencias preocupantes fueron solicitadas u ofrecidas por los trabajadores sociales. Éstas incluyen la condensación de grupos callejeros en parques y estaciones de tren, lugares de encuentro y locales de consumo populares entre sus clientes, y el estado general de varias agrupaciones organizadas. En otros casos, lo que estaba en juego era información personal con detalles precisos. El que los trabajadores sociales, tan versados como cualquier otro en los complejos funcionamientos de la maquinaria gubernamental, se sorprendieran en ocasiones por el poder que la misma esgrimía —sin menoscabo de su articulación incoherente y discordante— para producir resultados precisos con eficiencia, quizá sugiere qué tan opacas parecían sus operaciones, incluso para los individuos más cercanos.

Esta notable facultad se volvió bastante clara, por ejemplo, durante el esfuerzo de los trabajadores sociales por apaciguar una trama paranoica que amenazaba con explotar con consecuencias posiblemente peligrosas. En una reunión de rutina solicitaron la ayuda de la superior a la administración municipal distrital para establecer la identidad de cierto joven enigmático a quien conocían sólo como "Thomas". Su apariencia pulcra e indefinida no mostraba en absoluto su ardiente ultranacionalismo ni la clara composición neonazi de su medio social, mucho menos lo que los trabajadores sociales describían como su delirio sicopático. Al no tener el carácter para ponerse en riesgo de violencia física, su modo de amenazar el medio era a través de manipulaciones insi-

diosamente ingeniosas. Según él, como un precoz delincuente juvenil, pasó su primera juventud en centros de rehabilitación y hogares sustitutos antes de volver, un tiempo atrás, a vivir con sus padres. Resultaba menos dudoso que a la tierna edad de 17 años ya era padre de cuatro pequeños, todos de distintas madres adolescentes, con un quinto en camino. Durante algún tiempo había salido con Lisa, una joven de 17 años, de baja estatura y cara infantil, quien vivía con su madre (una mujer con un alto grado de alcoholismo), su abuela y un joven tío, al oeste del distrito, en Baumschulenweg. Lisa alineaba su vestimenta —por lo general, pantalones de pana o de mezclilla oscuros y chaqueta negra sobre una camisa con la insignia de algún grupo musical o con el logotipo de marcas de moda— con sus tendencias extremistas de derecha de manera más patente que Thomas. Antes de que el incesante acoso policial en Grünau la desalentara de frecuentar los alrededores de la estación ferroviaria, era asidua al Bretterbude, donde había formado relaciones duraderas con Elsa, Norman, Freddi y otros. Durante algún tiempo Gino fue su novio.

Como de la nada, comenzaron a llegar mensajes de texto con amenazas de muerte al celular de Lisa, en apariencia originados en una tarjeta SIM sin usar que ella misma poseía pero que ya no podía encontrar. Al principio, Thomas insinuó la colusión de Gino y de otro exnovio de Lisa en un plan para asesinarla; luego, sostuvo tener evidencia que corroboraba sus alegatos (mismos que, de cualquier forma, jamás se hicieron patentes); posteriormente, anexó los nombres de una serie de amigos cercanos de Lisa a su lista de posibles coconspiradores. A esto siguieron varios meses de relatos implausibles, complicadas intrigas inimaginables de mensajes por celular y la internet, varios ultimatos ominosos y misteriosas intimidaciones —con un desarrollo retorcido con el que no molestaré al lector—, que una y otra vez reforzaron el escepticismo inicial de los trabajadores sociales

y señalaron siempre con mayor claridad al propio Thomas como el culpable del asunto. Finalmente, lo confrontaron y obligaron a admitir —aun cuando seguía inculpando sin cortapisas a Lisa— sus calumnias y engañosas manipulaciones, confesión que curiosamente parece sólo haber interrumpido por un corto lapso su relación con Lisa. Entretanto, Thomas, tuvo éxito en cortar todas las relaciones independientes de Lisa con el mundo exterior. Ostensiblemente, debido a la preocupación que sentía por su seguridad, mediaba toda comunicación que ella tuviera y le prohibía salir de su apartamento sin su compañía; rediseñó, además, su apariencia a su gusto, incluyendo un peinado flagrantemente "Renee"[3] que sin lugar a dudas llamaría la hostil atención de los activistas antifa. Igualmente desconcertante para los trabajadores sociales resultaban los relatos de Thomas sobre sus vínculos con las mafias rusa y turca, y con militantes neonazi armados, a quienes supuestamente contrató para que se ocuparan de Gino. Esto no tanto porque necesariamente aceptaran tales aseveraciones de realce personal tal y como Thomas las relataba, sino porque, al colocarlas junto con informes de otros colaboradores en los círculos sociales de Lisa, quienes refirieron que Thomas les había solicitado información de contactos de sus amigos violentos, tales historias sugerían que la saga que él había tejido podía prestamente escalar fuera de control. Peor aún, Gino se había enterado de sus maquinaciones y, por su parte, también podía contribuir al melodrama en curso.

Un obstáculo clave que dificultó que los trabajadores sociales neutralizaran a Thomas y al plan que había concebido con efectividad consistía en su identidad al parecer

[3] El peinado "Renee" es el estilo convencional de las *skingirls*, equivalente del rapado entre los hombres *skinheads*. Este estilo mantiene el cabello bien recortado, excepto por el fleco del frente. A diferencia del rapado entre los hombres, que en Alemania sólo presenta una débil asociación con las subculturas *skinheads*, el corte "Renee" parece identificar a las *skingirls* sin ambigüedades.

indeterminable. Ni ellos ni ninguno de sus conocidos sabían más de él que su nombre de pila; de hecho, ni siquiera estaban seguros de que Thomas fuera su nombre real. Cuando se le pedía información personal, sin dudarlo pensaba un apellido y lo daba, al igual que una dirección y otros elementos, pero pronto se revelaba que se trataba de simples invenciones. Entretanto, según Lisa, Thomas sostenía que recientemente le habían diagnosticado infecundidad debido a una herida, por lo que el uso de anticonceptivos resultaba innecesario. Los trabajadores sociales se sentían obligados a evitar la inminente concepción del que hubiera sido su sexto hijo. Desde otro lugar, Lizzie, una chica de 21 años embarazada del quinto hijo de Thomas, requería su información personal para garantizar la entrega de su manutención infantil. Todo esto intensificaba el sentido de urgencia de los trabajadores sociales.

Así, en el clímax de las crisis, los trabajadores sociales se reunieron con su superiora directa de la oficina municipal para la juventud en una sesión de rutina. Siempre sentían cierta presión por desempeñar un buen papel ante su empleador en esos casos, en parte, mediante la transmisión de información importante —y exclusiva—. La supervisora de visita en su oficina se iría no sólo con detalles específicos sobre individuos y grupos en particular, sobre los que versaban sus historias, sino también, y quizá de manera más significativa, con reflexiones más amplias respecto de los patrones cambiantes de los medios sociales de la delincuencia política en el distrito, sus estructuras, actividades y puntos de encuentro, y con una comprensión actualizada de los problemas que afectaban a sitios y locales específicos. En esta ocasión, fueron los trabajadores sociales quienes pidieron su ayuda para el caso de Thomas. Le ahorraron la enredada minucia y los detalles íntimos del asunto, señalando solamente la importancia de obtener datos de identificación precisos sobre este joven que planteaba tal amenaza a su

entorno social. Por supuesto, tenían muy pocas pistas que ofrecer, más allá del que pensaban era su nombre de pila y la descripción de su apariencia física. Antes de agradecerles el resumen informativo y salir de la oficina, la supervisora prometió que haría todo lo posible para ayudarles a ubicar a Thomas; aun así, los trabajadores sociales se sentían muy poco apaciguados. Sólo pasaron un par de días, no obstante, antes de que la funcionaria de la oficina de atención a jóvenes llamara para informarles acerca de la identidad de Thomas. Pese a que en general el conocimiento va hacia arriba en tales reuniones rutinarias y en las conversaciones telefónicas entre ellos y sus superiores, esa misma intrincada red informativa, una vez invertida, arrojaba a manos de los trabajadores sociales la información personal, precisa y verificada de Thomas, con una celeridad que los dejó sin habla. Y si, pese al lugar central que ocupaban los trabajadores sociales en esta red, podían quedar tan drásticamente perplejos, para los jóvenes a quienes atendían las operaciones de la red resultaban del todo ilegibles.

La ética y la praxis del trabajo social de calle

Como respaldo del constante flujo de información existe un marco ético del trabajo social que gobierna, limita, pero también posibilita y vuelve significativas las distintas transacciones de conocimiento. Este marco se orienta, en primer lugar y sobre todo, a la relación entre los trabajadores sociales y las personas que reciben sus servicios —a los que se refieren como sus "clientes"—. Me fueron planteados sus contornos generales desde el principio de mi investigación con los trabajadores sociales. Mientras conveníamos en sopesar las posibles complicaciones de la etnografía incrustada que me propuse llevar a cabo con su equipo, Helmuth comenzó nuestra conversación con una enfática declaración de los

principios y valores que guiaban su praxis profesional. Puso énfasis, en particular, en la honestidad, la confidencialidad, la parcialidad y el respeto hacia los individuos como agentes autónomos por completo capaces de identificar y expresar sus necesidades y deseos. Éstos eran, explicó, los pilares centrales de las relaciones que buscaban nutrir con sus clientes. En este sentido, las palabras de Helmuth describen el contorno general de la ética profesional del trabajo social en términos amplios. No obstante, por las razones ya planteadas en capítulos anteriores, la relación de los trabajadores sociales con sus clientes extremistas de derecha de ninguna manera podía responder tan sólo a estándares profesionales convencionales. Sin duda, esta relación contrastaba fuertemente con los tipos de relaciones que otros actores de la maquinaria gubernamental involucrados con la delincuencia política sostenían con las poblaciones a las que dirigían su trabajo. Así, su carácter distintivo era supuestamente ventajoso, complementando aquello que otros enfoques, menos próximos y quizá más represivos, ofrecían. De manera más importante, justo debido a la naturaleza específica de sus clientes y al tipo de amenaza que representaban en el imaginario nacional, la intimidad de los trabajadores sociales con los jóvenes a quienes atendían parecía, para muchos, nada menos que categóricamente escandalosa.

Los trabajadores sociales, de este modo, debían navegar márgenes estrechas constantemente: al tiempo que demostraban ser dignos de confianza y tener buena voluntad con sus clientes, también debían corroborar sus credenciales antinacionalistas ante otros diversos actores y garantizar a su empleador —el distrito municipal— que los fondos públicos no se utilizaban para patrocinar actividades de grupos extremistas de derecha. Tales dilemas quedaban en evidencia en el caso de las interacciones verticales, jerárquicas, con sus superiores —como la que describí antes—, en las que los trabajadores sociales estaban muy conscientes de la im-

portancia de obtener la prolongación de los precarios contratos anuales entre la municipalidad y su organización. No obstante, también estaban presentes en otros tipos de relaciones, como en la competencia por prestigio y recursos, o en alianzas estratégicas con colegas. Mantener contentos a políticos influyentes o suavizar las ansiedades de aliados potenciales en torno a su intimidad con lo ilícito no siempre estaba en armonía respecto de ofrecer la mejor ayuda a sus clientes. Su ética profesional les ofrecía cierta arquitectura trascendente de imperativos que sus superiores, tanto como otros actores con quienes entraban en contacto, parecían respetar en líneas generales.

Por supuesto, tal ética trascendental no podía corresponder de maneras directa e inequívoca con el cumplimiento cotidiano de sus deberes. Así, por ejemplo, momentos después de señalarme sus principios y en una incómoda tensión hacia ellos —si no es que en clara violación de los mismos— Helmuth anunció que mi nombre en Treptow-Köpenick sería, a partir de ese momento, Nate y mi país de origen Estados Unidos. Con todo, sería un error considerar este marco ético y sus principios únicamente como implementos retóricos o un manto ideológico que ofuscan alguna verdad real respecto de la que permanecen, por así decirlo, externos. En lugar de ello, los principios de su ética profesional conferían a Helmuth planes de acción estratégicos a cuya autoridad se podía apelar, en razón de los cuales se podía calibrar el comportamiento y en cuyos términos se podían volver legibles algunas acciones. Así, mientras que difícilmente corresponden a ésta de manera sencilla, dichos principios éticos posibilitan la praxis del trabajo social, siempre situada e ineludiblemente flexible. Dicho de otra manera, estos principios delinean convenciones genéricas para la puesta en acto contextualizada de un profesionalismo calificado (*cf.* Carr, 2009), desempeño orientado a audiencias distintas, yo incluido entre ellas.

Los trabajadores sociales entendían bastante bien la calamidad que la exposición de mi falsa identidad podía ocasionar. El tipo de amenaza que tal eventualidad representaba para su trabajo no era muy distinta de las posibles repercusiones del intercambio inoportuno de Helmuth con aquel hombre frente al Khan's. Ambas exponían cierta contradicción estructural que hacía que su posición institucional apareciera como algo particularmente difícil de habitar. Por un lado, el destino de sus precarios empleos dependía de su capacidad probada de cumplir con su misión y con las expectativas de sus superiores, que incluían la transmisión de un preciado conocimiento sobre el extremismo de derecha en su municipalidad. Pero, por otro lado, garantizar este saber exigía el cultivo de relaciones cercanas que no sólo colocaban a los trabajadores sociales como blancos fáciles de la crítica, sino que las mismas relaciones quedaban amenazadas debido a los intercambios entre los trabajadores sociales y otros actores gubernamentales. Me sorprendería sobremanera que Helmuth divulgara algún detalle privado sobre los jóvenes que se reunían en Khan's ante los preocupados residentes y funcionarios del SPD que asistieron a la reunión aquella noche. No obstante, pese a que sobrestimó la atención de sus clientes, probablemente tenía razón en suponer que, de haber descubierto su complicidad, lo habrían considerado como abuso de confianza, de confidencialidad y de parcialidad, como colusión deshonesta con sus adversarios y como un mal manejo, sin escrúpulos, de la información que en última instancia conocía gracias a ellos. Sin embargo, Helmuth y el resto de su equipo estaban muy conscientes de que la seguridad de sus puestos dependía del gran entusiasmo generalizado en torno a su trabajo; en otras palabras, del valor que tenían como componente muy especializado de la maquinaria de vigilancia que convergía sobre mis informantes en su calidad de extremistas de derecha. En este enigma intenso y, por último, irresoluble su tenue posición media-

dora en la maquinaria de la gobernanza reflejaba el antagonismo constitutivo del Estado hacia sus clientes como extremistas de derecha. Y era dentro de ese turbulento terreno que los trabajadores sociales debían abrirse camino e, inexorablemente, esquivar catástrofes latentes.

En la práctica, entonces, calibrar su desempeño cotidiano contra su ética profesional exigía de los trabajadores sociales constantes negociaciones, posicionamientos e interpretaciones en contextos situados. En esta incesante labor quedaba implícita, en líneas generales, una rutina tediosa, infatigable, de vacilaciones, decisiones y compromisos no articulados que se toman por hecho y con los que delineaban, mediante la práctica, la información que debía comunicarse y la que era mejor mantener en silencio, a quién decirla y en qué ubicaciones, sin provocar o requerir una reflexión explicita. Sólo una vez a lo largo de mi trabajo de campo emergió abiertamente la cuestión de la confidencialidad. Sucedió en el caso del bebé de Lizzie —caso clásico de trabajo social—, el último descendiente de Thomas. La joven Lizzie se fugó de casa de sus padres en un poblado de Brandeburgo cuando era una adolescente, haciendo posteriormente del Bretterbude su morada. Sin grados escolares ni interés alguno en una capacitación vocacional o en un empleo, había bosquejado una esvástica en su mochila y colgado varios broches con temas nacionalistas de sus prendas. Ya había salido con varios *skinheads* neonazis desde su corto flirteo con Thomas. Pese a sus negativas, había buenas razones para sospechar que no había interrumpido el abuso de alcohol y drogas a lo largo de su embarazo. Sin menoscabo del consejo de los trabajadores sociales, pensaba en el nacimiento de la criatura como una promesa de riqueza material, gracias a los aumentos del apoyo por manutención, a su ingreso por prestaciones estatales. Fantaseaba —también en contra de la valoración de los trabajadores sociales— que la maternidad sería un talismán contra las severas sentencias penales que

pendían sobre ella debido a diversos cargos, por separado, de violencia y delincuencia política. Había algo profundamente inquietante en la manera mecánica en que cargaba a su recién nacido, como si fuera un objeto inanimado. Más alarmante fue que, en un par de meses, el infante, físicamente subdesarrollado e indiferente, mostró claras señales de desnutrición y abandono. Lizzie se rehusó a consultar a un médico pese al persistente vómito del bebé. Siguió un acalorado debate entre los trabajadores sociales, indecisos entre su compromiso con la confidencialidad y su preocupación por la vida de la criatura. A regañadientes resolvieron informar de la situación a la oficina de atención a jóvenes, de manera anónima. Les sorprendió descubrir que ya se había alertado a las autoridades sobre este problema, desde algún otro nodo desconocido dentro de la máquina informativa, y ya estaban dando seguimiento al caso.

El caso del bebé de Lizzie planteó a los trabajadores sociales un dilema común en su profesión: qué hacer cuando se enfrentan riesgos fatales y en qué momento hacer excepciones a sus sacrosantos principios. Las tendencias políticas ilícitas de Lizzie y su extrovertida manera de afirmarlas no jugaron un papel significativo en sus deliberaciones, que se centraban en su ejercicio peligrosamente negligente de la maternidad. La ética profesional de los trabajadores sociales, de este modo, ya incluía esa excepción como parte de su marco de trabajo y ofrecía los instrumentos para su adjudicación. Precisamente fue por esta razón que surgió como tema de discusión explícita. Y también fue por esta razón que su resolución parecía tan evidente para ellos como el silencio respecto de las actividades delictivas de sus clientes, de las que regularmente cosechaban grandes cantidades de información detallada. Hasta ese punto había claridad. Y mientras que, sin duda, incluso el caso típico del bebé de Lizzie implicaba cierto grado de ambigüedad (¿qué tan mala madre era de verdad?, ¿qué tan mal estaba el bebé?), era el

tipo de ambigüedad cuya resolución se encontraba en los adecuados instrumentos de su profesión. Que éste fuera decididamente menos el caso cuando estaba en juego el conocimiento en torno a asuntos de la extrema derecha tenía todo que ver con los tipos de valor producido por los trabajadores sociales en su trabajo y con cómo lo producían. Ninguno de ellos dudaba de que la circulación de información tan importante y exclusiva constituía una dimensión esencial, si no es que la pieza central de su desempeño profesional, en el interior de una maquinaria de la gobernanza. Conformaba una modalidad estratégica crítica de negociación y disposición de relaciones que los dotaba de un valor único, irremplazable, para el ensamblaje de las fuerzas que pendían sobre sus clientes. Al mismo tiempo, aquellos mediante quienes lograban tal conocimiento sin duda habrían visto su diseminación de manera negativa, aun cuando, como casi siempre era el caso, no revelara nombres.

La manera en que la amenaza del nacionalismo ilícito permitía el comercio de información oculta y, por lo tanto, animaba la producción de tal valor cobró una patente evidencia una tarde de octubre, cuando llegué a la modesta central de los trabajadores sociales para encontrar a Daniela en la oficina, tecleando en la computadora, y a Helmuth sentado en el salón, al otro lado de Karla y Jens. Dispersas por la mesa de centro había cartas de solicitud de puestos para capacitación práctica y para empleo. Jens, de 22 años, y Karla, de 17, estaban entre el pequeño núcleo de militantes comprometidos del medio local de la extrema derecha. Sus dominios familiares incluían Johannisthal y Schöneweide, donde un parque y varios bares servían de lugar de congregación de sus círculos. Becker, el líder local, encabezaba su tropa. Los reclutó de diversos lugares por el distrito, incluido Grünau, y al principio los colocó bajo los auspicios del NPD. Más tarde, lo siguieron cuando salió del partido y formaron una *kameradschaft* independiente, con el nombre de *Berliner*

Alternative Süd-Ost (BASO) o Alternativa Berlinesa Sur-Este, que había aterrorizado al distrito con diversas movilizaciones políticas y que, con el tiempo, sería prohibida por el gobierno de Berlín por ser una organización anticonstitucional. Para cuando me fui de Berlín Jens estaba detenido, a la espera de una larga condena en prisión debido al papel central que jugó en una serie de ataques brutales contra supuestos pederastas. El nivel de su participación en actividades políticas organizadas claramente excedía la línea roja autoimpuesta por los trabajadores sociales. Estos últimos habían descontinuado cualquier proyecto con ellos y sus camaradas, pero aún les ofrecían consejería en lo individual de vez en cuando.

Daniela y yo conversábamos en la oficina mientras Helmuth cerraba sus asuntos con Karla y Jens. Apenas partieron, entró velozmente, emulando una convulsión de vómito. Se aprestó al teléfono. Del otro lado de la línea se encontraba la oficina de una ONG comisionada por la municipalidad para asesorar y coordinar los esfuerzos locales para contrarrestar al extremismo de derecha en el distrito. Hablaré con mayor detalle sobre esta ONG y sus actividades en el capítulo VIII. Por ahora, permítaseme notar que no era secreto que las relaciones entre sus integrantes y los trabajadores sociales habían sido frías, aunque ya no tan abiertamente hostiles como alguna vez lo fueron. Sin duda, su antagonismo tenía mucho que ver con su precaria dependencia de la misma canasta presupuestal de recursos municipales, siempre menguantes. Con los recortes progresivos al gasto social, el hecho de que ambas organizaciones entraran en el mismo nicho de políticas centradas en jóvenes y contra el extremismo de derecha ya los colocaba como competidores. Sin embargo, su rivalidad también los contraponía en cuanto a diagnósticos, prognosis y remedios contrastantes en torno a la extrema derecha. Los trabajadores sociales estaban furiosos por el enfoque de cero tolerancia de la ONG y por aquello que percibían como

su exclusión y abandono consecuentes de los jóvenes, a quienes consideraban impresionables y, por lo tanto, en urgente necesidad de intervención. Encontraban inaceptable aquello que veían como una reducción peligrosamente simplista de problemas sociales intensos y complejos —y su desplazamiento— a meras formulaciones políticas. Resentían también lo que consideraban una insufrible arrogancia "sabelotodo" de los académicos de Alemania Occidental que dirigían la ONG. Estos últimos, por su parte, se mantenían alejados de cualquier proximidad con personas o grupos de quienes se sospechara tuvieran tendencias derechistas. En lugar de ello, se centraban estrictamente en reforzar las estructuras de la sociedad civil que pudieran desbaratar la amenaza nacionalista. Al igual que una serie de otros actores locales en el campo, objetaban, por lo tanto, aquello que consideraban el patrocinio y, por ende, según ellos, la colaboración de los trabajadores sociales con grupos e individuos extremistas de derecha. Al imponer una tregua e insistir en relaciones colegiales, sus superiores municipales limaron asperezas respecto del conflicto abierto que inicialmente se había propagado entre ellos, aunque todavía se ventilaba un aire manifiesto de sospecha mutua.

Esa tarde, sin embargo, no había pasado ni un momento desde que Karla y Jens partieron cuando Helmuth ya había llamado para informar las nuevas que acababa de recibir: las movilizaciones para llevar a cabo una manifestación extremista de derecha en el distrito ya estaban en curso. Esta casi instantánea circulación de información de Karla y Jens vía Helmuth a la ONG ponía de manifiesto tres maneras bastante divergentes de interpretar la transferencia de tal saber exclusivo. Los trabajadores de la ONG sostenían que, para cumplir con sus deberes de la mejor manera y para que el distrito presentara su más robusta resistencia en contra del nacionalismo racista, cualquier información sobre actividades extremistas de derecha en el área debía llegar a sus manos. Por

otro lado, no hay duda de que a Karla y Jens difícilmente les habría complacido saber que los detalles que compartieron con Helmuth sobre las movilizaciones para organizar una manifestación en ese momento llegaran a la ONG —amargo enemigo de su agrupación— inmediatamente después de su partida. Empero, para los trabajadores sociales ni las revelaciones totales ni la secrecía absoluta parecían estrictamente vinculantes. No había nada dado en su prisa por compartir la noticia que acababan de recibir. Sin embargo, desde su perspectiva hacerlo tampoco afectaba los principios de confidencialidad o parcialidad. Más bien, la llamada telefónica era una puesta en acto dirigida no sólo a sus competidores, sino también —y quizá incluso principalmente— a sus superiores. Demostraba, a la vez, su cumplimiento con el mandato superior de mantener una colaboración colegial, así como su papel singularmente invaluable como sondas de vigilancia al mando de un acceso único a saberes ocultos y preciosos.

Por temor a que mi discusión sobre este punto sea malinterpretada como una sugerencia de mala fe hacia los trabajadores sociales, se debe aseverar de manera enfática que, muy por el contrario, su compromiso con los principios éticos de la vocación era tanto sincero como persistente y las medidas que tomaban para garantizar que no se infringirían eran inmensas. Lejos de lanzar dudas sobre el sentido de integridad con el que desempeñaban su misión, lo que he buscado iluminar son los tipos de mediaciones necesariamente flexibles, así como las clasificaciones situadas de información, que van de la mano con esta ética profesional. La extracción y diseminación del conocimiento, desde esta perspectiva, no son anatema respecto de los estándares de confidencialidad y sinceridad, sino que se articulan con éstos en una gama de despliegues interaccionales, tentativos.

La gobernanza de cerca

En torno a la producción de conocimiento de los trabajadores sociales sobre su clientela políticamente delincuente, vemos cómo los principios de confidencialidad y parcialidad se reúnen con las demandas que todo un ensamblaje de vigilancia y gobernanza coloca sobre ellos. El resultado no es una relación de contradicción o inconmensurabilidad, sino una tensión productiva que toma forma en una variedad de compromisos situados y de dependencias recíprocas. Este constante comercio de información y puesta en acto de experticia utiliza préstamos del vocabulario empresarial, con términos como "eficiencia orientada a resultados", "administración de calidad" y "productividad cuantificada". Tal es el discurso que se encuentra, por ejemplo, en los informes sobre logros que preparan los trabajadores sociales para sus superiores. Fusionan esta jerga, asimismo, como sugerí antes, con el lenguaje de la gobernanza etopolítica (Rose, 2000a), donde se coloca el énfasis en la experticia local, la activación democrática, el empoderamiento comunitario, la adjudicación de responsabilidad individual y la prestación de servicios condicionada. Tal activación etopolítica quedó en clara evidencia en las medidas que los trabajadores sociales tomaron para facilitar el cumplimiento de sus clientes de los requisitos de varios beneficios condicionados, así como en su propia participación en diversas redes comunitarias horizontales. Pero en ningún lugar fue más flagrante que en la provisión condicional de sus servicios, dependiente de la normalización política de sus clientes.

No cabe duda de que tales vocabularios de la gobernanza daban forma a las normas para el manejo de la información. Sin embargo, lo más notable para el etnógrafo del Estado neoliberal fue la manera en que, lejos de operar a la distancia (como algunos han sugerido que implica el *modus operandi* del vocabulario neoliberal), las figuras de carne y

hueso, concretas, con las que esta forma de gobernanza a la vez se presentaba de manera sensual ante sus objetos y les incitaba, señalaban más bien modalidades emergentes de mímesis organizada, de intimidad y de proximidad entre el Estado y sus enemigos proclamados; formas mucho menos violentas y conspicuas, mucho más sutiles y mundanas, que aquellas que encontramos en el capítulo anterior. Al hablar del surgimiento de la política de la "Tercera vía", Nikolas Rose ha sugerido que las nuevas mutaciones de gobierno han tenido lugar en cuatro dimensiones principales: sus objetos, sus sujetos, sus regímenes explicativos y sus tecnologías (Rose, 2000a). Ya describí la manera en que la gobernanza municipal en Berlín ha modificado su mirada —y su estructura presupuestal— para llevarla de la atención tradicional sobre la relación entre el individuo y el Estado burocrático centralizado hacia una estrategia orientada al "espacio social", cuya meta es vincular a los individuos con supuestas comunidades espaciales. En consecuencia, se pedía a los trabajadores sociales que priorizaran como objetivos a los espacios más que a las personas. Se esperaba que limitaran la gama de sus esfuerzos a unidades territoriales relativamente pequeñas, a las que se transferían, gradualmente, las responsabilidades administrativas, en lugar de concentrar su trabajo en ayudar a personas por todo el distrito. Dicha modificación en el objeto de la gobernanza hacía eco de las transformaciones en ésta, documentadas en otros lugares (Brenner y Theodore, 2002). También hemos visto cómo un conjunto de aparatos y vocabularios conceptuales apoyan nuevos marcos explicativos, dentro de los cuales los objetos, las estrategias y las finalidades de la gobernanza adquieren significados novedosos. El acento sobre el empoderamiento comunitario que acompaña a las reformas en torno a la orientación espacio social va de la mano con el discurso sobre la consolidación de redes locales, de activación ciudadana y de participación democrática. En lo que concierne a

los sujetos del gobierno y sus tecnologías, no obstante, los trabajadores sociales de calle parecían colapsar cualquier distinción nítida entre estas dos dimensiones que Rose considera dominios separados. Los trabajadores sociales, en su función dentro del aparato que vigilaba a sus clientes, representaban ambas dimensiones.

No era así sólo porque llevaran a la práctica los imperativos administrativos y políticos del momento, lo que les facilitaba llegar a los recovecos y fisuras del terreno social, sino también porque encarnaban a los tipos de agentes que la gobernanza recluta cada vez más para cumplir con sus funciones en transformación. En particular, ilustraban una forma peculiar de mímesis organizada, desplegada por el Estado para perseguir aquello que erige como sus enemigos internos radicales por medio de una proximidad dual. En un primer nivel, establecían y mediaban una intimidad entre el Estado y sus márgenes, en la medida en que actuaban sobre los mundos de vida cotidianos y sobre las minucias biográficas de sus clientes extremistas de derecha, gracias a relaciones notablemente personales. En este sentido, su trabajo —pero no sólo el de ellos— sugiere una salvedad crucial respecto del advenimiento tan proclamado de la "gobernanza a distancia". Lo cierto es que las nuevas "tecnologías de la libertad" han buscado "gobernar 'a distancia', mediante las decisiones autónomas de entidades relativamente independientes, y no a pesar de éstas":

> Por lo tanto, en cuanto a las organizaciones, la privatización, la mercantilización y el consumerización se han acompañado de un uso incrementado de técnicas de rendición de cuentas, tales como los presupuestos asignados de manera central, pero manejados a nivel local, y las prácticas de evaluación y auditoría. En cuanto a los individuos, se ve una revitalización de la exigencia de que cada quien debe obligarse a actuar con prudencia, a ser responsable de su propio destino, haciendo

> estimaciones de manera activa respecto de sus futuros, y proveyendo los medios de su propia seguridad y la de sus familias, con la ayuda de una multiplicidad de expertos independientes y de negocios con fines de lucro (Rose, 2000b: 324).

Al mismo tiempo, el Estado neoliberal parece haber apostado tanto como siempre en mantener una sujeción firme y práctica sobre su población, en especial en la parte inferior de la creciente polarización social (Wacquant, 2001; Harcourt, 2010; Wacquant, 2012). Podría afirmarse que también son éstos los sectores poblacionales que, debido a su marginalidad social y precariedad económica, se prestan menos a la sujeción de las tecnologías de control con base en el consumo. De manera significativa, también es en gran medida en el interior de estas clases emergentes que, no sólo en la Alemania actual, sino también en una serie de otros países europeos (Kalb y Halmai, 2011), cobra vida el espectro de un nacionalismo racista, ilícito.

En un segundo nivel, sin embargo, encontramos una sensación de proximidad diferente que resulta crucial para la primera, pero que no es idéntica a ésta. Engloba una cuidadosa calibración entre los tipos de sujetos que se reclutan como agentes de la gobernanza neoliberal y aquellos que se interpretan como sus objetivos (o, según el caso, sus enemigos). La propincuidad que los trabajadores sociales establecían con sus clientes no podía atribuirse tan sólo a la confianza que cultivaban entre ellos, que era condición necesaria pero no suficiente para lograr congraciarse de manera tan robusta con esos grupos. Ésta descansaba también, de manera fundamental, en su perfecta familiaridad con lo vernáculo y su profunda inmersión en la jerga, los paisajes, las historias, los sucesos y los contextos locales. Los tres trabajadores sociales, tal como describí en el capítulo I, eran alemanes orientales —categoría que, según varios estudiosos de la Alemania posterior a la reunificación, ha mantenido una

presencia prominente en las identificaciones personales, especialmente en lo que antes era el Este— (Bach, 2005; Boyer, 2006b). En el capítulo II hablé en particular de la resiliencia de estas identificaciones y de su centralidad para los jóvenes extremistas de derecha en Berlín Oriental (véase también Shoshan, 2008a). Sin embargo, más allá de su identidad *ossi* en general, se les percibía como autóctonos de varias maneras más específicas. Tanto Andrea como Helmuth eran originarios de Berlín, mientras que Daniela lo era de un pequeño poblado cercano. Su competencia nativa en cuanto a la puesta en acto de identidades y la interpretación de contextos les permitía abrevar de una fuente de referencias culturales en extremo locales, tanto como navegar las coordenadas de los mundos de vida de sus clientes con relativa suavidad. Leían con maestría las sutilezas semióticas de su territorio y eran capaces de generar sentimientos de solidaridad y equivalencia con varios interlocutores, así como de elaborar refinadas interpretaciones del paisaje social y de las distinciones que lo cruzaban. Conjuraban sin reparos un pasado compartido en términos que indicaban una auténtica pertenencia. Por ejemplo, intercambiaban recuerdos con los paseantes regulares de mayor edad en Grünau sobre el asqueroso mingitorio público para hombres que alguna vez estuviera en la pequeña casa donde Khan abrió su restaurante después. Al hacerlo, al mismo tiempo, validaban para su público más joven su firme entendimiento del conocimiento local popular. Podían recordar los relojes de calle que alguna vez estuvieran en diferentes lugares públicos, desaparecidos ahora; asimismo, salpicaban su discurso con expresiones coloquiales, bromas y referencias culturales. Su afición por el equipo local de futbol, el Union, también constituía, en este sentido, una elección adecuada tanto en lo social como en lo político: un equipo perdedor, el eterno derrotado, ícono marginal y metáfora del Este, un núcleo de sentimiento antigubernamental, de clase trabajadora, tanto

en la RDA como en la RFA. Su mirada, de este modo, contrastaba de manera enfática con las descripciones occidentales del equipo, típicas y dominantes, como un baluarte neonazi. En lugar de ello, se alineaban con la percepción generalizada berlinesa oriental que reserva este honor a un equipo competidor, el BFC Dynamo, que mencioné en el capítulo III. Dentro de todo esto, los trabajadores sociales encarnaban aquellas formas novedosas de proximidad que genera la gobernanza neoliberal, mediante una experticia flexiblemente desplegable, subcontratada de manera privada y local. Visto de otra manera, al reclutar a sus agentes, el Estado neoliberal busca aproximarse al terreno sobre el que interviene e imitarlo.

Sin embargo, quizá el aspecto más importante de las fluidas maniobras de los trabajadores sociales en torno a las identidades localizadas tuviera que ver con su habilidosa versatilidad respecto de los registros lingüísticos coloquiales. Virtualmente todos los jóvenes a quienes atendían dominaban solamente el dialecto *berlinerisch*. Asociado históricamente con las clases obreras industriales berlinesas, el *berlinerisch* se habla en la actualidad a lo largo de la región circundante a Brandeburgo. Su sabor único consiste de una serie de sustituciones fonológicas; por ejemplo, el sonido "s" por el sonido "t" al final de una palabra (como en *wat* en lugar de *was*), de la "ç" por la "k" fuerte (*ick* en lugar de *ich*), del diptongo "au" por una "u" larga (*oof* en lugar de *auf*), de "g" por "j" al principio de alguna palabra (*janz* en lugar de *ganz*), o el diptongo "ai" por una "e" larga (*alleene* en lugar de *alleine*); así como de una serie de accesorios léxicos idiomáticos (por ejemplo, *sonnabend* en lugar de *samstag* para decir "sábado"), asociados en específico con los hablantes de Alemania Oriental. Desde hace tiempo se estereotipa y desdeña a este dialecto por considerarse una expresión de baja educación y pobre capital cultural.

Como tiende a suceder con los dialectos, el *berlinerisch* también está en una relación binaria jerárquica con el estándar nacional, el *hochdeutsch*, y al mismo tiempo dentro de un conjunto de constantes laterales —aunque de ninguna manera simétricos— con otros dialectos nacionales. Según la sabiduría popular el *berlinerisch* estuvo cerca de la extinción en el occidente de la ciudad durante los años de la posguerra debido a la ocupación y a los enormes flujos poblacionales, al tiempo que se preservó sólidamente en el oriente. Si bien también he escuchado a oriundos de Berlín Occidental hablar *berlinerisch,* para mis sujetos de estudio los marcadores fonológicos y léxicos de su dialecto parecían servir de claros indicadores de origen para deducir, sin ambigüedades, "orientalidad" u "occidentalidad". Así, mientras que pocos de entre ellos sostenían poder distinguir entre *ossis* y *wessis* con base en pistas visuales por sí mismas, la mayoría afirmaba que, efectivamente, los podían distinguir en cuanto abrían la boca. En el Berlín posreunificación, de este modo, la dicotomía jerárquica de las élites nacionales que hablan con fluidez el dialecto estándar nacional (superior) y las periferias sociales limitadas a los dialectos locales (inferiores) (Bourdieu, 2001) se ha transpuesto localmente en la dicotomía jerárquica de oriente y occidente.[4] Los *ossis* surgen aquí, como ya se ha documentado en una serie de dimensiones culturales distintas (véase la discusión en el capítulo II), como una alteridad subordinada, en este caso dentro del espacio nacional de la variación lingüística.

El dialecto *berlinerisch,* cuyo estereotipo es ser oriental y vulgar, era la lengua nativa de los trabajadores sociales.

[4] Es relevante enfatizar que mi argumento no es que el dialecto *berlinerisch* de hecho distinga a orientales de occidentales, ya que, tal como dije antes, el dialecto es bastante común en Berlín Occidental, en especial entre los sectores socioeconómicos bajos. Mi punto es que mis informantes *percibían* e *interpretaban* la competencia y el *performance* del dialecto como una clara indicación de pertenencia a antecedentes orientales.

Era, sin duda y sin menoscabo de su competencia relativamente buena del estándar nacional, el registro lingüístico del alemán que mejor manejaban y dentro del que se sentían más en casa. Esta fluidez coloquial en lo que se ha vuelto, cuando menos en Berlín, un dialecto *ossi* fue invaluable para presentarlos con una voz vernácula que facilitó, de manera vital, su acceso a las personas que atendían. Sin embargo, la relación entre el *berlinerisch* y el *hochdeutsch* —y, se puede decir, entre dialectos y lenguas estándar de manera más general— que emergía en su práctica lingüística interaccional iba mucho más allá de la lógica simple de una oposición binaria. Ambos registros delineaban un espacio lingüístico que, para aquellos que como los trabajadores sociales poseían la competencia requerida, se volvía una arena para toda una serie de despliegues, articulaciones y posicionamientos tácticos. Tales maniobras lingüísticas no sólo consistían en un cambio entre registros, el vernáculo y el estándar, sino también en puestas en acto mucho más refinadas y complejas que entretejían, acentuaban o atemperaban el *berlinerisch* y el *hochdeutsch* para generar una variedad de gradaciones y permutaciones.

Permítaseme ilustrar esta exquisita coreografía lingüística recurriendo a una reunión que tuvo lugar una tarde de mayo entre los trabajadores sociales y cuatro integrantes del Parlamento de Berlín, que llegaron a su oficina para buscar ilustrarse de primera mano sobre el estado del extremismo de derecha en su ciudad. Los representantes del partido liberal de derecha, el FDP, elegantes y acicalados con sus trajes de dos piezas y sus peinados prolijos, resaltaban como quienes están fuera de lugar en ese rumbo de la ciudad y contrastaban notoriamente con la vestimenta informal de los trabajadores sociales. Helmuth presentó a su equipo y su trabajo, planteó el aparato conceptual que utilizaban para acercarse al extremismo de derecha y las estrategias particulares para contener el atractivo del mismo para los jóvenes,

ofreció cálculos cuantitativos gruesos en cuanto a sus dimensiones, delineó las áreas en las que trabajaban, así como los grupos con los que mantenían contacto; describió, asimismo, los paisajes arquitectónico, social y político de algunos vecindarios en particular, dentro del distrito. Los representantes le pidieron que detallara ciertos puntos específicos, que explicara problemáticas particulares relativas al trabajo social con los extremistas de derecha, que identificara déficits que ellos pudieran ayudar a solventar y que recomendara políticas que debieran respaldar y promover. No había rastro de dialecto vernáculo en sus voces. En cuanto a Helmuth, desplegaba un *hochdeutsch* impecable cuando buscaba establecer autoridad y objetividad, cuando explicaba las sutilezas conceptuales y los marcos teóricos, y cuando formulaba argumentos complejos y defendía sus puntos de vista. Pero al hablar sobre episodios concretos, personajes en lo individual u otros tópicos muy locales, hábilmente entremezclaba su discurso con alguna frase coloquial o enunciaba algunas palabras sueltas con un acento *berlinerisch,* muy exagerado, que superaba por mucho la estructura fonológica ordinaria del dialecto.

Al dirigirse a los representantes, Helmuth navegaba por un amplio y maleable espacio de contraste fonológico entre las fricativas suaves de los *ich* y *es* del *hochdeutsch*, y la dureza enfática, no natural, con la que selectivamente pronunciaba las oclusivas de sus equivalentes, *icke* y *et*, del *berlinerisch*. En otras ocasiones, lo vi exagerar el *icke* en demasía como un conmutador diminutivo —forma del pronombre de primera persona que indica la posición inferior del hablante respecto del interlocutor— con el que abría severas críticas a expertos y superiores, por ejemplo, en "*Icke denke, daß…"* ("Creo que…"). En nítido contraste, después del desafortunado encuentro en Grünau con el que abrí este capítulo, los trabajadores sociales concordaron en hacer una llamada telefónica para aclarar su delicada posición ante el

señor alto del SPD y protestar por lo que consideraban su irresponsable conducta. Helmuth llevó a cabo esta tarea en un *hochdeutsch* supremamente pulcro, que yo jamás había atestiguado —cuando menos no en el habla natural— ni antes ni después de aquel momento, empleando una plétora de difíciles construcciones condicionales y pasivas para expresar, a la vez, con respeto y sin ambigüedades, su censura a un superior. Durante la reunión con los representantes del FDP, al igual que en muchas otras ocasiones, parecía ejecutar variaciones interaccionales tácticas en su discurso para indicar una gama de relaciones entre él y sus interlocutores, o entre él y los temas a tratar. Al engalanar con cuidado su discurso en *hochdeutsch* con tonos vernáculos subrayados de manera inusual, corroboraba con destreza una experticia auténtica e íntima, así como su proximidad con el conocimiento local, ilícito, estableciendo, todo el tiempo, su autoridad profesional, su erudición conceptual y su cultivada personalidad.

La competencia de los trabajadores sociales en *hochdeutsch,* así como en *berlinerisch*, de este modo, les permitía marcar intimidad respecto de los círculos sociales de jóvenes de clase baja que dominaban solamente el dialecto y percibían la lengua estándar como ajena, elitista y "occidental"; les permitía también marcar una identidad compartida con los adultos, quienes podían tener cierta competencia en el registro estándar, pero que percibían el dialecto local como "más cálido" y sencillo; así como llevar a cabo su papel de expertos en las reuniones oficiales con agentes del Estado, en conversaciones con políticos locales y en entrevistas para los medios de comunicación masivos. Sus maniobras lingüísticas contribuían de manera fundamental a apuntalar su habilidad de parecer autóctonos en el paisaje en que operaban, a ratificar su valor ante los supervisores y a construir proximidad con aquellos a quienes atendían —aquellas figuras acechantes que el Estado les comisionó manejar—. Por lo tanto,

les ayudaba a navegar en la contradictoria posición en la que se encontraban, construyéndose a sí mismos, a la vez, como oriundos íntimos, como pertenecientes a un "nosotros" colectivo, en ojos de los jóvenes extremistas de derecha que eran su objetivo; de manera igualmente importante, les ayudaba también para empezar a validar su experticia ante aquellas mismas estructuras que los reclutaron como agentes de la gobernanza. Era, dicho de otro modo, crucial respecto de la manera en que los trabajadores sociales producían valor en su trabajo —tanto el valor de la información que obtenían, en extremo valiosa, como el valor de la experticia profesional que ponían en acto—.

De manera significativa, esos dos modos de llevar a la práctica una proximidad localizada no eran simétricos. El primero, orientado a los llamados "clientes" de los trabajadores sociales, acentuaba una intimidad vernácula monolingüe y dependía de la ofuscación de su incrustación dentro de una maquinaria de gobernanza integral en la que domina el estándar lingüístico superior. El segundo, que utilizaban para dirigirse a esta misma maquinaria, por así decirlo, entrelazaba una voz heteroglósica que proclamaba tanto su pertenencia a las estructuras de gobernanza como su acceso privilegiado a realidades coloquiales ocultas. En otras palabras, su *performance* lingüístico sostenía la constante producción de distancia entre ellos y el Estado, por un lado, y entre ellos y sus clientes, por el otro. Complementaba, entonces, una gama entera de otras formas con las que producían y mantenían tales distinciones. Así, por ejemplo, los trabajadores sociales asistían, cumpliendo sus deberes, a los festivales carnavalescos de las protestas que inevitablemente enfrentaban a cualquier mitin extremista de derecha en el distrito. Sin embargo, quedaban al margen de ondear banderines y lanzar consignas, que de otro modo sería casi obligatorio. Al mantenerse en esta postura se distinguían, con cuidado, no sólo de los nacionalistas en la marcha, sino

también de las agitadas multitudes de sus sonoros antagonistas. Para dar otro ejemplo, se regían por una estricta prohibición de proximidad física con los agentes de la ley. Así, al acercarse a los sitios en los que trabajaban de rutina la sola presencia de una camioneta de la policía o de agentes de esta institución les mantenía a distancia. Sin embargo, en otras ocasiones se debían diseñar planes más complejos para mantenerlos alejados. Cuando se creó una fuerza de tarea vecinal contra el extremismo de derecha en el gueto, los trabajadores sociales tuvieron dificultades para explicar a sus integrantes por qué no podían asistir a sus reuniones, ya que éstos insistían en invitar, también, a representantes de la unidad policíaca de la OGJ (véase el capítulo V). Se debió llegar a un compromiso según el cual ellos y la policía asistirían a las reuniones de manera alternada.

Lo que subrayo aquí no es que trabajadores sociales y policía fueran en algún sentido lo mismo, que se mantuvieran separados de manera artificial gracias a un velo de confusas desemejanzas. Lejos de ello: las distinciones institucionales entre ambos —así como respecto de otras agencias de gobernanza presentes en el distrito— eran suficientemente reales y de alcances notables. El que difícilmente pudieran confundirse entre sí, no obstante, sólo plantea con mayor fuerza la cuestión de por qué parecía absolutamente vital que los trabajadores sociales inscribieran una división inequívoca entre ellos. Lo que estaba en juego en esta constante labor de diferenciación, de este modo, no era opacar alguna supuesta equivalencia entre ellos y la policía, sino más bien el mantenimiento de cierta ilegibilidad respecto de sus interrelaciones, de las turbias rutas por las que el saber viajaba entre ellos, del cimiento mismo de su autoridad. Ocultaba a la vista no la identidad de los trabajadores sociales y de los policías, sino el hecho de que la información intercambiada en las reuniones alternadas de la fuerza de tarea sobre el extremismo de derecha en el gueto sin duda circularía

a través de esa división temporal. Era precisamente dicha ilegibilidad lo que amenazaba con colapsar sin remedio aquella tarde de junio en Khan's, con la que abrí este capítulo, revelando así que la sincronía entre los jóvenes ultranacionalistas, los trabajadores sociales de calle, los integrantes del partido SPD y un escuadrón de policía estaba lejos de ser puramente fortuita. Los nexos vernáculos que implicaron tanto esfuerzo de los trabajadores sociales para consolidar una relación con los jóvenes de Grünau, de la que los activistas del SPD y los oficiales de policía estaban excluidos, se habrían trastocado.

De este modo, si los trabajadores sociales de calle encarnaban alguna de las tan discutidas mutaciones de la gobernanza bajo el neoliberalismo —por ejemplo, por sus condiciones de empleo relativamente precarias, por su vocabulario tanto empresarial como etopolítico, por las reconfiguraciones de lo público y lo privado que su ONG representaba, o por practicar su misión en el espacio social—, ilustraban mucho más que tan sólo dichos cambios. Señalaban también una lógica mimética peculiar que el Estado alemán neoliberal lleva a su proyecto de gobernanza afectiva, el cual comisiona a ciertos agentes a manejar el odio en aquellos medios de calle en los que convergen los nuevos pobres con los viejos fantasmas. Siempre me ha parecido notable el grado al que los grupos a los que dan servicio perciben a los trabajadores sociales como intrínsecamente diferentes del Estado, con el que consideran estar enfrentados y al que asocian con diversas instituciones represivas y disciplinarias: la policía, los tribunales de justicia, las escuelas, los desconcertantes laberintos de las oficinas burocráticas. El contraste entre el resentimiento y la alienación que expresaban ante estos últimos y la aprobación general con la que acogían a los trabajadores sociales ("son buena onda", dirían muchos) no podía ser mayor. En efecto, más de un par de los jóvenes clientes de los trabajadores sociales expresaron

una rotunda admiración por éstos como modelos a seguir, y varios me comentaron que algún día les gustaría ser trabajadores sociales de calle ellos mismos, una ambición por completo implausible dados sus antecedentes educativos.

Esta ambivalencia de los trabajadores sociales —que oscilaban en lo cotidiano entre el vernáculo local y el estándar nacional, entre la confidencialidad y la vigilancia, entre sus clientes ilícitos ultranacionalistas y sus superiores a nivel municipal— no era, como hemos visto, una carga de la que buscaran liberarse, sino una condición que se esforzaban por cultivar. Se trataba de una ambivalencia estratégicamente necesaria, sin lugar a dudas, en la medida en que respaldaba todo un aparato de gobernanza afectiva mediante el que el Estado buscaba manejar las formas del odio y la violencia. Ésta es la razón —por encima y más allá del trabajo de parchar las fisuras presentes en el tejido social de las comunidades, que es terreno común de su profesión— por la que los trabajadores sociales constituían un elemento tan clave de la vigilancia estatal. Es la razón por la que políticos, administradores, periodistas, así como los que trabajan con jóvenes y trabajadores sociales, solicitaban su consejo de manera regular, considerándolos el recurso más acreditado y actualizado tanto en cuanto a áreas de crisis sociales como a actividades de la extrema derecha. Sin embargo, su ambivalencia también era, al mismo tiempo, algo inevitable, la progenie —o, mejor aún, el síntoma— de cierta inestabilidad enraizada en aporías culturales y ansiedades políticas de gran arraigo. En este sentido, la ambivalencia hacía referencia al pavor que incitaban las figuras de los jóvenes hombres nacionalistas, desempleados, en Alemania; el proyecto decidido, aunque a menudo titubeante y siempre potencialmente explosivo, de una vuelta a imaginar lo nacional en la era de la posreunificación; pero quizá, sobre todo, la fascinación con lo oculto y la excitación respecto de la cercanía con lo prohibido. Atestiguamos, de este modo, la intersección

de los márgenes sociales desproletarizados emergentes y los infatigables fantasmas pasados cómo un campo afectivo íntegro, saturado de significados, intereses y proyectos, que anima a una máquina entera de gobernanza neoliberal.

Por un lado, entonces, el Estado ahora despliega agentes cada vez más flexibles y ágiles en lo local para conseguir no sólo la gobernanza biopolítica de su población, sino también el manejo afectivo del desagradable envés de tal población. Se trata de una mímesis organizada que no podría contrastar más con la violencia mimética de los secuestros, asesinatos y operaciones clandestinas patrocinadas por el Estado (Aretxaga, 1999), o la de los escuadrones especiales y los allanamientos policíacos brutales, donde está en juego, precisamente, la emulación de aquellos aspectos amenazantes del otro. Aquí, al contrario, no atestiguamos fantasías sanguinarias. En lugar de ello, vemos al Estado neoliberal generar extensiones que replican no las representaciones hipermediatizadas de la violencia, sino más bien los contornos implícitos del mundo de vida de aquellos otros internos amenazantes a quienes busca controlar, sus rutinas banales, su plática cotidiana. Por otro lado, el mismo deseo mimético de volverse el otro, en especial el otro prohibido, siempre implica una tensión excitable, marcada, entre la fascinación pornográfica y la ansiedad profunda: el atractivo acechante del otro extremista de derecha, la irresistible atracción de sus misterios ocultos, ilícitos, encuentra su imagen inversa en la congoja existencial respecto de la contaminación y la proximidad. En su puesta en acto de esta mímesis organizada no violenta, los trabajadores sociales se exponían a esa tensión irresoluble, se beneficiaban de ella, pero también llevaban su peor parte. Mientras que una plétora de audiencias imploraba contar con su excepcional saber para satisfacer sus apetitos voyeristas, algunos, también, los han acusado de patrocinar a los neonazis y abogar por ellos en lugar de perseguirlos y marginarlos. Tales ambivalencias

inexorables, como espero que este capítulo haya demostrado a cabalidad, revelan los dilemas constitutivos que acechan al campo íntegro del manejo del odio en Alemania y que colman la misión de los trabajadores sociales de contradicciones. Estos mismos dilemas, sin embargo, también motivan e invocan a esta modalidad de gobernanza en primera instancia. La manera en que los esfuerzos llevados a cabo en este campo quedan cabalmente bajo el conjuro de las ansiedades en torno a la contaminación de las amenazas espectrales es el tema que cubriré en el siguiente capítulo.

VII. AVANCES EN LAS CIENCIAS DEL EXORCISMO

Los complejos regímenes legales y penales de la gobernanza del odio en Alemania, sus modos de trabajo policial e imposición de la ley, y sus instrumentos de vigilancia y de producción de conocimiento aparecen, a la vez, como la faceta represiva de un conjunto aún más amplio de discursos, instituciones y técnicas que incluyen, también, esfuerzos para reformar y rehabilitar a los jóvenes extremistas de derecha. En este capítulo analizo algunos de esos proyectos terapéuticos para reflexionar sobre sus luchas en ocasiones desesperadas, en otras disparatadas, por exorcizar el malestar extremista de derecha de cuerpos, mentes y almas. Los excesos que tan palpablemente se presentan con tales esfuerzos atestiguan el penoso lugar reservado al extremismo de derecha en la Alemania contemporánea, en algún sitio entre las aporías de la nacionalidad alemana, por un lado, y las contradicciones del capitalismo tardío, por el otro. Comienzo con una fría tarde de enero, en la que llegué a la estación de trenes Friedrichstraße en compañía de Gino, a quien ya encontramos en capítulos previos. Veníamos de Treptow para un encuentro secreto con un representante de la organización no gubernamental EXIT, cuya meta era ayudar a que jóvenes extremistas de derecha abandonaran el medio.

Gino, recordemos, era un joven delgado de 20 años, de mediana estatura y cabello corto oscuro, conocido por todo Treptow como SS-Gino, debido al tatuaje de la palabra HASS (odio) que decoraba los dedos de su mano derecha, las últimas dos letras estilizadas para copiar el símbolo ilegal de la SS. En sus brazos, espalda y pecho llevaba otros tatuajes

ilícitos, que incluían interpretaciones de la cruz de hierro, de un *leitwolf*,[1] así como una bandera con la inscripción *deutsche Widerstand* ("Resistencia alemana"). Unas arracadas de plata y una gruesa cadena con baño de oro complementaban los tatuajes. Gino alcanzó la mayoría de edad en el gueto, el vecindario más pobre del distrito, con su madre alcohólica y una serie de parejas masculinas que ella tuvo a lo largo de los años, a la mayoría de quienes Gino recordaba como personas violentas y abusivas. Jamás terminó la preparatoria; subsistía gracias a diversas formas de apoyo del Estado.

La participación de Gino en actividades políticas organizadas había sido mínima y errática. En cambio, para cuando lo conocí su amplio récord penal ya sumaba una impresionante gama de ofensas a su corta edad, incluidos hurto, vandalismo, daño a propiedad privada, ataque físico, incitación al amotinamiento (*volksverhetzung,* véase el capítulo IV) y posesión de símbolos prohibidos y armas ilegales. Nuestra visita a la estación ferroviaria tuvo lugar poco después de terminar su último periodo de encarcelamiento, la última de siete condenas por separado que ya había cumplido en centros de detención, reformatorios para delincuentes juveniles y prisiones; cada una de ellas de entre un par de días a un mes. No era poca cosa, ya que el derecho juvenil alemán, marco en que se le había tratado como menor, prescribe castigos relativamente tolerantes y sólo renuentemente encarcela a los ofensores.

Fuera de prisión, Gino había pasado la mayor parte del último par de años cumpliendo con varias imposiciones penales menores y luchando por cumplir con las estipulaciones de los periodos de libertad provisional establecidos por algún tribunal. De cara a una audiencia crítica a unos seis meses de distancia, se esforzaba (pero nunca demasiado)

[1] El *leitwolf,* o líder de la manada, es una imagen icónica favorita entre muchos jóvenes extremistas de derecha, que ilustra a un lobo por lo general en un paisaje nevado.

por cumplir con aquello que el tribunal había establecido para su libertad provisional actual, cuya satisfacción fungiría, a su vez, como criterio para evaluar su progreso normativo. Al lado de su supervisor de libertad provisional y de los trabajadores sociales de calle, sus esfuerzos contaban con amplio y constante consejo profesional y ayuda práctica. Los términos establecidos por el tribunal planteaban cuatro imposiciones primarias: despojarse de sus armas, encontrar empleo, mudarse a su propio apartamento e ingresar en una terapia de rehabilitación por consumo de alcohol. Deshacerse de su colección de armas fue lo más sencillo, así como lo más lucrativo: se las vendió a sus amigos. Un poco después tuvo éxito en cuanto a encontrar un apartamento para sí mismo, aunque por meses éste mantendría una apariencia desolada y vacía. Muy a pesar de los trabajadores sociales, enfrentó con pies de plomo y sin entusiasmo el tema del empleo durante bastante tiempo, resignándose, por último y a regañadientes, a ocupar un puesto financiado por el gobierno, de prestaciones a cambio de trabajo, en un local de reparación de bicicletas, mismo que, sin embargo, abandonó casi instantáneamente después de la audiencia mencionada. Por último, en tanto que asistía casi siempre a su cita de una hora a la semana de terapia por alcoholismo, se observaba poco impacto sobre sus hábitos de consumo inmoderado.

Gino se encontraba en esa peculiar intersección de las dos lógicas distintas, descritas en capítulos previos como delincuencia política. Sus repetidas reclusiones y su libertad condicional lo colocaban —al igual que a otros en su medio social— bajo el poder disciplinario y biopolítico de la criminología moderna que lo postulaba como un sujeto dócil, receptivo a los procedimientos reformadores —en el mismo sentido que otros desviados en el Estado moderno (Foucault, 2009)—, de los que él surgió como la amalgama de predisposiciones patológicas y hábitos antisociales encarnados convencionalmente en la figura del delincuente. El régimen

penal, de este modo, lo sujetaba, como a muchos más entre sus pares, a tecnologías de normalización de larga data para reformarlo y permitir su completa reintegración a la sociedad, procesos dirigidos a inhibir los excesos temperamentales, refrenar los deseos inmoderados y controlar los comportamientos anormales. La indulgencia excesiva en el consumo de alcohol, así como las inclinaciones violentas impetuosas, invitan a emprender intervenciones correctivas que abrevan de modelos terapéuticos para mitigar los impulsos insidiosos u oprobiosos. Empero, como hemos visto, en Alemania este régimen disciplinario se vincula con una red de códigos legales, normas jurídicas y procedimientos de aplicación de la ley que, en conjunto, componen el territorio expansivo de praxis y conocimiento que he denominado "la gobernanza del odio".

Tales procedimientos disciplinarios ya se han inscrito actualmente dentro de los modos neoliberales de gobernanza por los que se apuesta a "la 'responsabilización' de sujetos a quienes 'se empodera' cada vez más para que se autodisciplinen" (Ferguson y Gupta, 2002: 989), o, como es bien sabido que Foucault señaló (2007: 264-265), para forjar en cada sujeto un "empresario de sí mismo, que es su propio capital, su propio productor, la fuente de [sus] ingresos" (véanse también Rose, 2000b; Foucault, 2011). Su lógica es, por lo tanto, de naturaleza economicista. Se manifiesta en procedimientos de prevención, tratamiento y rehabilitación, con enfoque en los jóvenes extremistas de derecha, que buscan infundir los tipos de disposiciones afectivas, de compromisos normativos y de modos de razonamiento que pudieran crear individuos autocontrolables, más que los costosos objetivos de por vida de los regímenes penal y de bienestar social. Como parte de tal rectificación política, las autoridades buscan ligar a los delincuentes políticos con los valores tradicionales de los ciudadanos rectos al inculcarles virtudes sociales y hábitos normativos supuestamente ausentes hasta

ese momento. Éstos incluyen, por ejemplo, una rutina de trabajo honrado que repararía una ética de trabajo fallida según los estándares convencionales de diligencia productiva, o prácticas de residencia que fortalecerían las distinciones tradicionales entre lo público y lo privado, y apuntalarían las nociones aceptables de la propiedad y el decoro. Como hemos visto en el capítulo anterior (y veremos también en el capítulo VIII), la forma específicamente neoliberal de esta lógica gubernamental también es evidente en las organizaciones parecidas al Estado, patrocinadas por el Estado y activadas por el Estado, que éste convoca a existir, así como en los tipos de agentes en extremo localizados que a su vez tales organizaciones reclutan para el desempeño de las funciones de gobernanza.

De las tecnologías terapéuticas hasta el encarcelamiento, pasando por las estipulaciones de la libertad condicional, los mecanismos de la penalidad neoliberal transforman la amenaza de una clase delincuencial cuasifascista en una especie particular de delincuencia, una desviación política peculiar para la que se reserva un lugar especial dentro del aparato penal alemán. La carrera de Gino en este régimen de delincuencia penal, como la de muchos más en su grupo, comenzó con transgresiones bastante menores; la primera fue pescar sin licencia, mientras que otros como él hablaron de hurto en tiendas, peleas triviales o delitos menores semejantes. Con sus múltiples condenas, encarcelamientos y periodos de libertad condicional, Gino hacía tiempo que había sobrepasado los empujones titubeantes, preliminares, con los que el sistema de justicia juvenil alemán responde a las malas conductas púberes. Durante mi trabajo de campo, sin embargo, observé a varios de entre mis informantes, conforme ascendían progresivamente en la escala de la criminalidad delincuente y sus consecuencias penales, recibir al inicio tan sólo advertencias de los tribunales; después, a menudo, se les asignaba determinado

número de horas de servicio social, que cubrían por lo común ayudando a trabajadores dedicados a jóvenes y a trabajadores sociales (o, en cierta ocasión, ofreciendo una entrevista a un antropólogo de Chicago); subsecuentemente, y si se habían cometido ofensas violentas, llegaba el temido "seminario antiviolencia", una sesión de terapia grupal semanal, a una larga tarde de distancia, en el desdeñado centro de la ciudad. Uta, quien en el capítulo III se quejó de la escasez de puestos de *kebab* cerca de su hogar, lo describió de la siguiente manera:

> Tenían ese juego increíblemente loco ahí. Tenían tarjetas por aquí y por allá, y nos colocamos en un gran círculo. Había algunas otras personas sentadas ahí por razones parecidas, pero no por los mismos delitos menores como nosotros, más bien por [cosas] mucho peores. Por ejemplo, en una de las tarjetas que uno de los tipos de ahí tenía se preguntaba qué le gustaría hacer si supiera que moriría pronto… entonces se sienta cerca de mí y dice que le gustaría desollar a la gente de arriba abajo alguna vez, para ver cómo brota la sangre. Inmediatamente tomé mi silla y me hice al lado y pensé: "¿dónde caí?" ¡Fue mi primera ofensa! Realmente me destruyó, sólo tenía 15 o 16 años. Me parecía como una mala película.

Cuando le pedí detalles, Uta describió al aspirante a carnicero como un "turco". Para ella, para Gino y para otros que acudían a estas sesiones el seminario antiviolencia, al igual que los demás sitios dentro de la trayectoria penal de la delincuencia política, representaba, en primer lugar y sobre todo, la desagradable proximidad con distintos grupos étnicos que percibían como intimidantes; algo no distinto de otros sitios y contextos —escuelas, centros comerciales, centros de trabajo, el transporte público— en los que, como vimos en el capítulo III, la presencia física de la alteridad étnicamente marcada ocasionaba incomodidad y ansiedad.

Gino, por ejemplo, a menudo narraba historias de la brutalidad física de los internos rusos, turcos, vietnamitas y árabes en las prisiones en las que cumplió condenas. En *Las almas del pueblo negro,* W.E.B. du Bois sostiene que los encuentros entre blancos y negros que surgen en los patrones residenciales segregados por raza operan para reproducir y reforzar, más que para cuestionar, los estereotipos raciales (2001). De igual manera, para Uta y para otras personas como ella los encuentros con delincuentes étnicos dentro de las instituciones de gobernanza penal parecen entrañar el efecto no intencionado de fortalecer los puntos de vista xenofóbicos ya existentes.

Al mismo tiempo, y en un segundo nivel, los paradigmas supuestamente racionalistas dentro de los que toman forma estos regímenes penales, influidos por lo neoliberal, no pueden sino responder, también, a una lógica muy distinta en la que el delincuente extremista de derecha se hace patente como encarnación contemporánea del espectro nacional-socialista. Hemos sido testigos del funcionamiento de esta segunda lógica en capítulos anteriores, por ejemplo, dentro de la esfera jurídica o en el trabajo de la policía. Con todo, algunos de los excesos más sorprendentes a los que da pie encuentran su lugar en el campo de la praxis terapéutica, donde los extremistas de derecha surgen como sitios y objetivos de intervenciones rehabilitadoras especializadas que interpretan su aflicción como singularmente perversa. En este punto debe quedar claro que tales excesos revelan no tanto los disparates de la gobernanza, sino, de manera más significativa, la inscripción de sus discursos y tecnologías dentro de proyectos culturales e históricos —por ejemplo, la cuestión nacional y sus aporías en la Alemania actual— que desmienten las racionalidades biopolíticas. Así, por un lado, los múltiples procedimientos de la gobernanza del odio que convergen sobre Gino y otros como él se esfuerzan por dar a conocer la ubicación de la "cosa" extre-

mista de derecha, por significarla para así controlarla mejor. Por otro lado, la sensación de frustración que genera esta implacable cruzada sugiere que el delincuente político mantiene cierta externalidad respecto del orden legal y penal, que algo en él desafía poder ser ubicado. Esta imposibilidad de localizarlo, así como la frustración que incita, me han recordado a menudo la búsqueda exasperada de E.E. Evans-Pritchard (1997: 47-51) del preciso sitio corporal y la sustancia física en los que, según los azande, reside la brujería. De manera muy semejante a como lo hace Evans-Pritchard, las técnicas de gobernanza que exploro en este capítulo van a la caza de la "cosa" extremista de derecha sobre los cuerpos, mentes y almas de Gino y sus pares, sin llegar jamás a ponerle las manos encima.

En este capítulo tomo en cuenta tres modalidades de intervención que tienen por meta reformar a los delincuentes políticos, cada una de las cuales ubica la "cosa" extremista de derecha en un lugar distinto: estados de resentimiento dentro del yo afectivo, incoherencias cognitivas dentro del individuo racional y desviación corpórea dentro del cuerpo físico. En mi investigación el sujeto afectivo, el sujeto racional y el sujeto corpóreo surgen como dominios particularmente destacados para el manejo del odio. Dicho de otro modo, al fungir como un laboratorio compuesto para la germinación, la puesta a prueba y el perfeccionamiento de varias tecnologías correctivas y modelos teóricos, el delincuente político aparece, de manera intercambiable, como un depósito de deseos frustrados, como la conciencia racional de la acción comunicativa y, por último, como una corporalidad anatómica de comportamiento. En cada uno de estos sitios los procedimientos concienzudos de su manejo delinean la "cosa" extremista de derecha no sólo como una especie particular de delincuencia moderna creada por el Estado penal alemán, sino, de manera simultánea, como el efecto de las antinomias culturales y políticas que han atormentado a

la Alemania de la posguerra en general y que han ocupado el primer plano, con vigor particular, desde la reunificación. Y es este excedente indeleble el que una y otra vez incita viajes exploratorios a las ciencias terapéuticas del manejo afectivo.

Etiologías

En la introducción planteé los contornos generales de las definiciones académicas convencionales del extremismo de derecha que, por lo común, se centran en un ramillete de características distintivas (autoritarismo, racismo, etc.); hice una pausa, también, en las inadecuaciones analíticas y políticas del concepto mismo. Pese a sus limitaciones, tales interpretaciones del extremismo de derecha sirven a muchas personas que están relacionadas con dicho campo —incluyendo no sólo a legislaturas, tribunales y la policía, sino también a los trabajadores sociales con quienes colaboré— como definiciones operativas que guían su trabajo; por ejemplo, para identificar a individuos extremistas de derecha y, de manera concordante, sancionarlos. Empero, al grado en que el manejo del odio oscila hacia la intervención terapéutica más que, digamos, hacia la vigilancia y la represión, tales definiciones operativas de su objetivo se vuelven insuficientes. En este sentido, el manejo del odio necesariamente debe referirse también a marcos teóricos que pretenden ofrecer una comprensión de la etiología y patogénesis del mal para poder diseñar su cura. Tales procedimientos intervencionistas, por lo tanto, abrevan de una serie de perspectivas académicas disponibles que pueblan un terreno de marcos explicativos en contienda, cada uno con su propia genealogía intelectual y política, que se plantean y aplican en el caso de los jóvenes delincuentes políticos de la Alemania actual. A cada una de las perspectivas —de hecho, a menudo a cada una de sus diversas variantes— corresponde una selección tanto

de técnicas como de estrategias y expertos, que van desde una terapia psicológica individual a la generación de solidaridad grupal, la promoción de experiencias participativas y experimentos democráticos en la escuela (véase, por ejemplo, Schubarth, 2001). Tomadas en conjunto ofrecen una colección de orientaciones para practicantes profesionales en el campo.

Corriendo el riesgo de simplificar un horizonte teórico verdaderamente más complejo, podríamos describir estos enfoques como situados en alguna parte de una clasificación general cuatripartita. En primer lugar, las teorías de la estructura de la personalidad, muy influidas por la teoría de la personalidad autoritaria de Adorno (Adorno, Frenkel-Brunswik *et al.,* 2004), típicamente ubican la patología en el individuo psicológico, entendido como el resultado de las relaciones familiares, las experiencias de la infancia y otros detalles de las historias biográficas. Un segundo grupo de enfoques, más preponderantes entre los politólogos que entre los psicólogos u otros proveedores de terapias individuales, incluyen teorías de cultura política que ponen énfasis en la importancia clave de las normas sociales y las convenciones culturales, y en la definición de las reacciones de distintos medios sociales a las expresiones del racismo, la xenofobia y la violencia. Las perspectivas centradas en la cultura política con frecuencia identifican "déficits democráticos" en contextos particulares, desde las realidades de vecindarios o pequeños poblados muy localizados hasta la escala más amplia de las regiones (por ejemplo, el Este), o las normas discursivas, institucionales y legales de naciones Estado enteras (Funke, 1999; Jaschke, 2002; Carlsson, 2006; Dacombe y Sallah, 2006; Davolio, Gerber *et al.,* 2006). En tercer lugar, desde una dirección bastante distinta e influida por la experiencia práctica del trabajo social y con la juventud, la investigación sobre jóvenes a menudo ha entendido al extremismo de derecha como un fenómeno juvenil, una forma de pertenencia que

responde a la lógica local del consumo, la moda y los medios subculturales, en los que las convicciones propiamente políticas y las instituciones formalizadas cuentan menos que las dinámicas cotidianas (Hafeneger y Jansen, 2001; Schröder, 2001; Kohlstruck, 2002; Erb, 2003; Brubben, 2006). Por último, una gama de explicaciones sociológicas ha acentuado el impacto de los recientes procesos político económicos a gran escala sobre el atractivo de las cosmovisiones de la extrema derecha. Ya sea que formulen su crítica del presente en términos de la individualización y la desorientación típicas de las sociedades de riesgo, de la competitividad brutal y las corrientes darwinistas sociales introducidas por el capitalismo neoliberal, de la relación entre el acelerado cambio social y la anomia social, o de la relativa privación y la pérdida percibida de estatus social, tales modelos sociológicos otorgan centralidad a las transformaciones económicas y sociales que operan de manera global en sus explicaciones sobre la extrema derecha actual (Heitmeyer, 1992; Steinmetz, 1994; Butterwegge y Meier, 2002).

Por supuesto, tales teorías difícilmente aparecen como responsables monocausales en la literatura. Es más frecuente que ofrezcan un conjunto de orientaciones empíricas y teóricas que no son mutuamente excluyentes y que entran en una variedad de articulaciones recíprocas. De este modo, las teorías sobre la estructura de la personalidad a menudo se han ligado con argumentos sociológicos sobre el declive del Estado de bienestar social, con procesos de individualización bajo el capitalismo neoliberal y con el descenso en el estatus socioeconómico y en las expectativas plausibles de amplias poblaciones europeas en la actualidad. Las teorías sobre la cultura juvenil se han equiparado a teorías de la cultura política, a una menor severidad social contra el racismo y la violencia, y a un menor compromiso con los valores democráticos. Así, aumenta la posibilidad de que florezcan las subculturas juveniles del extremismo de derecha y se vuelve

más difícil que las subculturas juveniles alternativas se opongan a éstas (Kleinert y De Rijke, 2001). A su vez, los estudios que han lanzado una explicación de los niveles supuestamente desproporcionados de extremismo de derecha, en particular de la violencia racista y política, en los exterritorios de la RDA, alternativamente rastrean tales orientaciones a las prácticas de crianza infantil socialistas (teorías de la estructura de la personalidad); a la falta de una cultura democrática, de una sólida sociedad civil y de normas culturales de tolerancia (teorías de la cultura política); a las realidades socioeconómicas relativamente más severas y a la percepción de carencia de estatus que llegó con la reunificación (teorías sociológicas de privación relativa); y, por último, a los medios juveniles subculturales que han ganado terreno como secuela de la disolución del socialismo (teorías de los fenómenos juveniles) (Watts, 1996; Argumente, 2002).

Al mismo tiempo, corresponde a cada uno de esos marcos teóricos una diversidad de técnicas de tratamiento, de medidas en contra, de estrategias preventivas, de comunidades de expertos y de jergas especializadas. Las teorías sobre la estructura de la personalidad, por ejemplo, marcan la terapia psicológica individual como instrumento apropiado para hacer frente a las patologías personales y aliviarlas. Las teorías sobre la individualización y la modernización, en cambio, dan valor a las estrategias que generan experiencias positivas de solidaridad, integración grupal y participación colectiva. Los enfoques que ponen énfasis en la cultura política, entretanto, promueven intervenciones educativas democráticas, a menudo mediante el sistema escolar, y el cultivo de estructuras de la sociedad civil (Schubarth, 2001). Algunos marcos, entonces, plantean a los propios extremistas de derecha como el lugar pertinente de intervención, mientras que otros se interesan, más bien, en aquellos que lucharían contra ellos: agrupaciones antifascistas, centros multiculturales, ONG antirracistas y medios juveniles subculturales "alter-

nativos". Otros más prefieren prestar atención a aquellos que debieran oponerse al extremismo de derecha, pero que en los hechos no lo hacen: los públicos extensos y sin rostro de la ciudadanía apática que ignora el peligro y desprecia el llamado a la acción. Las apuestas prácticas de estos variados enfoques parecerían oscilar entre dos polos distintos, aunque en última instancia inseparables: en primer lugar, el manejo y la domesticación de la amenaza del nacionalismo ilícito, que implica no tanto su aniquilación, sino traducir sus manifestaciones en cuestiones significativas y cognoscibles; y, en segundo, garantizar la segura elaboración de un rejuvenecido proyecto nacional en el presente. Estos últimos esfuerzos se colocan en el núcleo de los siguientes dos capítulos. En este, me propongo explorar dichos regímenes de rehabilitación y técnicas terapéuticas cuyos objetivos son los cuerpos y las almas de los extremistas de derecha.

Enfrentar la realidad

En el momento de mi investigación los modelos sociológicos parecían especialmente dominantes entre las perspectivas teóricas sobre el extremismo de derecha. Su predominancia parecía reflejar, por un lado, una penetrante sensación de estancamiento económico interminable y, por el otro, la implementación de un conjunto de importantes reformas al bienestar social, enmarcadas, de manera amplia, como de naturaleza neoliberal. Para los académicos los enfoques sociológicos han planteado una manera útil de evadir el etiquetamiento prevaleciente del Este como un lugar hospitalario para las ideologías nacional-socialistas. Al referirse a las realidades económicas particularmente severas de Alemania del Este y al situar estas realidades dentro de cambios documentados a nivel global, con efectos paralelos en otras

regiones del mundo, las explicaciones sociológicas han permitido la elaboración de narrativas alternativas.

Para muchos practicantes, sin embargo, involucrarse de manera crítica y teórica con el capitalismo neoliberal y con los cambios globales en la economía política de los Estados nación toca las necesidades concretas de sus clientes, en el mejor de los casos, de manera tangencial. En lugar de ello, cuando se traducen a la práctica (por ejemplo, en el trajín cotidiano de los trabajadores sociales de calle) estos discursos parecen sugerir dos rutas plausibles —que no se excluyen entre si—: por una parte, aliviar la marginalización social al facilitar el acceso a los servicios del Estado de bienestar y mediar los procesos para la integración a la fuerza de trabajo; por la otra, domesticar expectativas y aspiraciones no realistas. En estas traducciones de la teoría a la práctica queda implícita una perspectiva sobre la violencia racista, la política xenofóbica, el autoritarismo antidemocrático y otros síntomas de la enfermedad extremista de derecha con fundamento en la frustración, el resentimiento y la indefensión. Es la amarga confrontación con un presente exasperante y un futuro desalentador, y, de manera más importante, las aspiraciones supuestamente obsoletas que chocan de manera funesta con tales realidades, las que generan la "cosa" extremista de derecha. El espectro nacional-socialista, en esta narrativa, muestra su rostro siniestro en las fisuras del tejido social en desintegración, y es ahí donde la batalla en su contra debe librarse. Desde esta perspectiva, entonces, los intentos por desentrañar esa amenaza de pesadilla deben buscar colapsar el abismo —en el que bullen las insidiosas frustraciones— entre aspiraciones y realidad. Tales intentos se vuelven una especie de baldazo de realidad, un imperativo de enfrentar los hechos de la vida como son realmente, llamado que se orienta a un momento histórico en el que las aspiraciones de la clase obrera europea del siglo XX deben alinearse con las relaciones económicas del siglo XXI. Evocan

una coyuntura histórica en la que los Estados europeos luchan por retirar los escombros políticamente inflamables que dejó la estela de la social-democracia fordista keynesiana —fragmentos persistentes de sueños derrumbados sobre sociedades igualitarias y prosperidad universal— y por preparar a las nuevas clases del precariado para acogerse a su destino supuestamente inevitable. Las florecientes filas de poblaciones económicamente supernumerarias a lo largo del continente aparecen en esta interpretación como un heraldo del destino social de los descendientes de la industrialización de la posguerra europea. No sólo en Alemania, sino por todo el mundo, las personas parecen lamentar en la actualidad, de una variedad de formas, la percepción de pérdida de cierto sentido de futuro, de ciertas expectativas y aspiraciones que alguna vez, se imagina, fueron factibles. Este *zeitgeist* generalizado, penetrante, pero no siempre disponible a nivel discursivo, que, junto con Andrea Muehlebach —tras Laurent Berlant—, he descrito en otro texto como el afecto posfordista (Berlant, 2007; Muehlebach y Shoshan, 2012; Shoshan, 2012), a menudo parece dejar su impronta en los intentos por reformar a los delincuentes políticos.

Sin embargo, los esfuerzos de rehabilitación estructurados por la lógica del afecto posfordista terminan por incitar aquellas mismas formas de afecto a las que presumen orientarse. Para ver cómo lo hacen volvamos a aquella helada tarde en la estación ferroviaria de Friedrichstraße. Gino y yo bajamos desde el nivel de la plataforma superior hacia las multitudes vespertinas de la hora pico que pululaban por la planta baja, yendo a la deriva y chocando en nuestra confusa ruta en contra del tráfico de quienes se dirigían a un sitio en específico, de compradores distraídos y de turistas perdidos, conforme buscábamos al sujeto de nuestro encuentro. Herr Tomasky había dicho que nos esperaría por las máquinas expendedoras de boletos para tránsito local. Representaba a la iniciativa "EXIT Deutschland" con oficinas en Berlín, un

proyecto discreto, modelado con base en su homónimo escandinavo, para facilitar la salida del medio extremista de derecha a quienes estaban cansados de ese estilo de vida o desilusionados de su política. Fundado en el año 2000 por exoficiales de la policía de Berlín Oriental especializados en violencia y criminalidad juvenil, EXIT ha dependido del financiamiento de diversas fuentes a lo largo de los años, incluso programas federales, iniciativas de la UE, fundaciones de la sociedad civil, filantropía corporativa y donaciones privadas. Sus representantes dan charlas en clases escolares y participan en campañas de medios, pero el centro de sus actividades ha sido ayudar a extremistas de derecha arrepentidos. EXIT opera sobre el supuesto no completamente infundado de que es mejor mantener su quehacer oculto para proteger a sus clientes de las posibles represalias de sus pares.

Las meticulosas estipulaciones de la libertad condicional de Gino no incluían algún punto respecto de contactarse con EXIT. No obstante, el atractivo que veía en la organización, de la que supo gracias a su oficial de libertad condicional, sin duda reflejaba su deseo de quedar bien con el sistema de justicia en vísperas de su inminente audiencia, la que amenazaba con costarle un largo periodo en prisión. Después de una serie de conversaciones telefónicas y en preparación de su primer encuentro cara a cara, EXIT le había entregado las lecturas introductorias estándar. El texto autobiográfico escrito por el neonazi reformado que fundó EXIT Suecia (Lindhal, 2001), no obstante, había quedado abandonado en un gabinete de su recámara durante el mes que había transcurrido, aproximadamente, desde ese contacto. Ahora lo convocaban para un encuentro clandestino en el centro de la ciudad, terreno ajeno para Gino, quien rara vez salía de su cuadrante al suroriente de la ciudad. Los trabajadores sociales pidieron que yo lo acompañara, de modo que me encontré a su lado durante ese extraño viaje como guía, cuidador y confidente.

Finalmente encontramos el sitio, donde un hombre corpulento de unos 55 años, vestido con un traje gris gastado, se nos acercó y se presentó como Herr Tomasky. Nos condujo hacia una pequeña mesa fuera de una cafetería cercana, donde ocupamos nuestros asientos entre el escándalo de los transeúntes. Gino revisaba nerviosamente a la multitud, con evidente preocupación por el paso inoportuno de algún conocido, en tanto que Herr Tomasky dirigía la conversación. Preguntó sobre la entrada de Gino al medio de la extrema derecha y los actos delictivos que había cometido, y comentó los peligros que potencialmente enfrentaría como desertor. Gino describió sus primeros días como neonazi, cuando él y un amigo cercano de la infancia consumían bebidas embriagantes y escuchaban las letras violentas de música prohibida. La participación en actividades políticas organizadas comenzó después, una vez que conoció a nazis mayores y su entorno social. Pasaba las tardes en bares discutiendo política con sus camaradas mientras tomaban cerveza. Él y sus amigos golpeaban a la gente. "¿A quiénes golpeaban?", inquirió Tomasky. "Básicamente a extranjeros", contestó. "¿Qué quiere decir 'básicamente'?", presionó Tomasky. "También a 'normales', o sea, a izquierdistas", replicó Gino. Tomasky preguntó cómo verían los viejos camaradas de Gino su conversión actual y qué amenazas podría plantear esto a su bienestar. "Creen que soy un traidor", explicó Gino. Tomasky quiso saber por qué, en ese momento de su vida, Gino buscaba dejar atrás y darle la espalda al medio del que había sido parte tan integral. *Ick bin icke* (algo así como "soy mi propia persona"), insistió Gino varias veces. Perdió el interés, comentó, y ya no veía nada bueno en su vieja manera de hacer las cosas. Quería poner su vida en orden.

El bombardeo de preguntas lacónicas lanzado por Tomasky, sus distraídos comentarios displicentes, su tono de voz superior y sus expresiones faciales incrédulas podían sugerir quizá cierta actitud de hartazgo, conocedora de la

vida de la calle, de alguien que lo ha visto todo. Empero, su terca persistencia me dejó la impresión bastante diferente y clara de que ponía en práctica, mecánica y desinteresadamente, un guion bien ensayado que dejaba poco espacio para la narrativa personal de Gino, a la que prestaba poco interés. Cuando su interrogatorio no producía una respuesta que satisficiera su guion, como sucedía muy a menudo, interrumpía el discurso de Gino, se mofaba de su respuesta, repetía la pregunta, exigía que Gino pensara una respuesta alternativa y, cuando era necesario, él mismo ofrecía la formulación adecuada. La historia de vida particular de Gino, sus experiencias personales y narrativa biográfica sólo parecían importar en la medida en que confirmaran la agenda preconcebida de Tomasky. El suyo no era el oído atento del terapeuta, sino un sermón que una y otra vez pontificaba sobre lo pobre y moralmente reprensible que había sido toda la vida de Gino. Por su parte, las réplicas en su mayoría monosilábicas de Gino hacían del intercambio algo todavía más frustrante.

Tomasky dirigió a Gino hacia una reflexión sobre las razones que motivaron su incorporación al medio de la extrema derecha. Gino luchó por producir una explicación. Sólo "se estaba divirtiendo" con sus amigos, sin pensar demasiado en lo que hacía —dijo—, es lo que se hace cuando eres joven. Sin embargo, Tomasky juzgó que la reacción era inadecuada y le urgió a considerar otras razones posibles que le hubieran lanzado en esa dirección. Como si recordara el hecho de manera inadvertida, Gino mencionó que había experimentado violencia doméstica a manos de algunos de los novios de su mamá cuando era niño. "Externalicé la violencia que había internalizado en casa", explicó. Tomasky quedó visiblemente insatisfecho y aclaró que tal respuesta no era adecuada en la medida en que mucha gente experimenta violencia doméstica y jamás se vuelve extremista violento de derecha. Sería difícil, por lo tanto, dar cuenta de la

naturaleza *política* de la violencia de Gino sobre dicha base. Esto se repitió durante un rato, hasta que Gino pareció quedar seco de ideas. Perplejo y asediado, fue incapaz de cumplir con las expectativas de Tomasky. Por último, éste llegó en su ayuda, preguntando si sus simpatías políticas extremistas de derecha y su violencia racista no podían haber surgido de la frustración y la desesperación, de una sensación de desesperanza y del pronóstico de una vida sin prospectos, de la sensación de no tener control sobre su futuro. Gino gesticuló con poca claridad: ni confirmaba ni refutaba la hipótesis de Tomasky —para el caso, ni siquiera había una indicación de que la entendiera—. Sin embargo, eso era irrelevante. Una vez que se expresó la fórmula del guion, la *performance* interaccional podía retomar su curso.

Posteriormente, Tomasky interrogó a Gino sobre su historial delictivo, sobre los cargos que se le imputaban y la ubicación de su archivo policial, pero no pasó mucho tiempo antes de que resucitaran los temas de la desesperanza y la frustración. Le preguntó a Gino sobre su historial escolar, su situación laboral y sus aspiraciones profesionales. Gino lamentó la escasez de oportunidades de empleo y de capacitación vocacional decentes, y aclaró que no terminó la escuela, que no tenía diploma alguno y que siempre había estado desempleado. La mirada castigadora y condescendiente de Tomasky se transmutó en una sonrisa de escarnio cuando Gino profirió su deseo de volverse electricista algún día. Este claro intento de pragmatismo modesto por parte de Gino, quien a menudo hablaba de metas de vida mucho más infladas —de estrella de cine a militar glorioso—, pareció abiertamente absurdo a los ojos de Tomasky. Como siguiendo la señal para su acto final, Tomasky profirió una diatriba menospreciativa contra sus esperanzas delirantes y un austero sermón sobre lo indispensable que era enfrentar la realidad, ver la vida como realmente es (*das leben sehen, wie es ist*). Su diatriba entrelazaba una evaluación vindicativa

de Gino con una visión desalentadora del presente para abogar por una ética que se podría describir como entre la desesperación y la resignación. El impacto combinado del funesto expediente educativo de Gino y de su azorante historia delincuencial ya lo colocaba en un principio rotundamente desventajoso, proclamó Tomasky. Empero, aun si pudieran atenuarse las repercusiones —digamos, si Gino juntara la voluntad para retomar su educación formal o si EXIT respaldara su arrepentimiento ante empleadores potenciales— éstas sólo exacerbaban las realidades de por sí descorazonadoras del mercado laboral contemporáneo, que parecerían continuar y deteriorarse aún más en el futuro. Ser exigente, advirtió, era un lujo que Gino no podía darse. Dado este nefasto estado de cosas, sus antecedentes personales dejaban fuera cualquier ambición como fantasía ilusoria y permitían solamente las expectativas más bajas. Esto lo obligaba, señaló Tomasky, a aceptar con gratitud cualquier oferta que la oficina de empleos pudiera ofrecerle. En efecto, añadió, Gino debía considerarse extraordinariamente afortunado si caía en sus manos cualquier oportunidad.

Tomasky concluyó la reunión con un giro inesperado. Al parecer buscando alguna liga personal con Gino enmarcó su propia situación personal como paralela a la de su joven interlocutor. Dado que su empleador, EXIT, se enfrentaba potencialmente a grandes recortes presupuestales, no podía contar con ninguna certidumbre respecto de mantener su puesto, ni por cuánto tiempo. A la edad de 55 años, continuó, podría encontrarse desempleado y sin ningún prospecto de volver al mercado laboral o de mejorar su situación de cualquiera otra manera. Él y Gino, razonó, por lo tanto, estaban en "el mismo barco" y ninguno de ellos podía darse el lujo de ser exigentes. EXIT, afirmó, mientras daba por terminada la reunión, no podía simplemente generar un empleo para Gino. Posiblemente, aunque no prometió nada, la organización podría buscarle un empleo rural que

exigiría que Gino se mudara de Berlín al campo. Gino se ofuscó.

En el tren de vuelta a Treptow, Gino rumió la reunión de manera taciturna. No —aseveró—, no encontró nada particularmente desmoralizante en las duras aseveraciones de Tomasky. Lo había escuchado muchas veces antes. El desaliento en torno a su situación actual y sus prospectos futuros, así como la exigencia de encarar la realidad sin engaños, ya se le habían presentado en innumerables ocasiones en boca de trabajadores sociales, oficiales de libertad condicional, burócratas gubernamentales y jueces. Lo que lo abatía era, precisamente, el hecho de que, hasta donde veía, Tomasky no tenía nada nuevo que decir, mucho menos que ofrecer. Dejando de lado cualquier fantasía que Gino hubiera albergado sobre su cita con EXIT, había mucho más que un ápice de verdad en la manera en que expresó su desilusión. El desempeño ensayado de Tomasky invocaba un diagnóstico particular de la aflicción del extremismo de derecha como algo enraizado en un espacio de resentimiento que se extiende sobre la brecha entre las expectativas implausibles y la dura realidad; prescribía también la cura apropiada.

Recordemos que Tomasky rechazó con displicencia las narrativas de Gino sobre el motivo que lo lanzó a su trayectoria ignominiosa. Gino al principio delineó su integración al "medio" como algo motivado por casualidades sociales, por amigos cercanos y por ideas juveniles de "pasarla bien". El desdén de Tomasky ante esta narrativa repudiaba, a la vez, el pensamiento académico del extremismo de derecha como un fenómeno esencialmente juvenil, definido por la lógica de los medios subculturales adolescentes, de las modas cambiantes y los grupos sociales transitorios. Los comentarios subsecuentes de Gino expresaban una contemplación más reflexiva sobre la violencia doméstica que marcó su crianza y que, habiéndola absorbido, externalizó

más tarde. Expresó esta respuesta en un tipo de lenguaje que no le había escuchado antes y que tenía pinta de haber adquirido en contextos terapéuticos, tales como su seminario antiviolencia. Esta interpretación concordaba con las teorías sobre la estructura de la personalidad autoritaria que identifican el *locus* del surgimiento de los rasgos extremistas de derecha en circunstancias domésticas tiránicas y violentas. No obstante, la lealtad de Tomasky estaba en otro lugar. Más o menos coaccionó a Gino a aceptar la narrativa sociológica de los perdedores de la modernización para dar cuenta de la extrema derecha. Y esta narrativa, a su vez, representaba a Gino como la progenie contemporánea de la duradera tradición alemana del Estado poderoso, protector, cuya genealogía abarca tanto al socialismo de la RDA como al ordoliberalismo, y más tarde neokeynesianismo, de la RFA, y, en efecto, a los años de la preguerra. Consecuentemente, lo que estructuraba al método de Tomasky y hacía de su estrategia terapéutica una especie de "encarar los hechos de la vida como en verdad son" tiene como fondo la comprensión de la violencia racista de Gino como síntoma de un tipo particular de resentimiento posfordista. Tal baldazo de realidad implica un aplanamiento de la temporalidad: cualquier futuro imaginado debe mantenerse atado al contorno de un presente repugnante, de modo que el compromiso colectivo con una política orientada al cambio se vuelve algo sin sentido, fútil (*cf.* Jameson, 2004). Es precisamente en esta perspectiva que todo lo que Tomasky le podía ofrecer a Gino era una ética de la resignación.

En esta proclamación de Gino como *locus* de resentimiento y frustración vemos la interpelación de los individuos menos como los ciudadanos emprendedores y los agentes autónomos que convencionalmente pueblan los imaginarios neoliberales, y más como sujetos pasivos, dóciles, despojados de expectativas y resignados a futuros desagra-

dables. De manera más importante, mediante la repetición tediosa ("lo he escuchado antes") aparece cierto modo de gobernanza que consiste en inculcar formas de afecto posfordista y en fabricar de manera activa una figuración particular de la carencia. Al hacerlo incita precisamente los tipos de vínculos frustrados que, de acuerdo con los propios pronunciamientos de Tomasky, supuestamente están, en primer lugar, tras la violencia xenofóbica y la extrema derecha. Dentro del manejo del odio, entonces, parece surgir tautológicamente como explicación una incitación discursiva al resentimiento que en el proceso reafirma su propio reclamo de verdad. El propio intento de exorcizar a Gino de sus espectros se revela como el momento de su invocación.

El meollo racional

El que las propuestas de Tomasky sonaran tan sombrías para Gino se debía no sólo a las incómodas implicaciones para su futuro biográfico. En los pocos años que habían transcurrido desde que se embarcara en su veloz ascenso a la infamia, Gino se había vuelto un depósito —y un campo de batalla— de marcos teóricos y técnicas de rehabilitación en competencia. En este sentido, la propagación de la "cosa" extremista de derecha como una forma afectiva de resentimiento posfordista ni está sola en el campo de la reformación de los delincuentes políticos, ni es la única manera en la que tales esfuerzos parecieran socavar sus propios principios. A manera de contraste, me vuelco aquí a considerar aquellos enfoques que colocan a la delincuencia política no dentro del ser afectivo, sino como algo anclado en aquello que se toma por el sujeto cognitivo (ir)racional —el sujeto capaz de comprender argumentos lógicos, de evaluar la validez y coherencia de aseveraciones predicativas, y de

formular tales argumentos por sí mismo—. Tales perspectivas, populares en particular (aunque no de manera exclusiva) entre educadores y quienes trabajan con jóvenes, incluyen, por ejemplo: "talleres de capacitación argumentativa", en los que las personas guía conducen ejercicios y simulaciones de debates reales o posibles contra las ideologías del nacional-socialismo; seminarios conducidos por expertos, donde los especialistas arman a los participantes con información que les ayudaría a refutar aseveraciones extremistas de derecha; y folletos con largas listas de argumentos ultranacionalistas, cada una complementada con rebatimientos apropiados. Por lo general, proporcionados de manera gratuita por las municipalidades, los partidos políticos, las ONG o las oficinas de gobierno, tales esfuerzos orientados a la ilustración racional tienen como objetivo no sólo a los adolescentes descarriados, sino también —y quizá más a menudo— a ciertos practicantes en riesgo (maestros, personas que atienden a jóvenes, políticos locales), a padres de jóvenes nacionalistas y al público en general. Sus partidarios muestran interés particular en transformar las culturas pedagógicas de las instituciones educativas donde, afirman, la exclusión, el silencio y la negligencia, más que un debate sincero, caracterizan por lo común las respuestas a las expresiones de simpatía por el extremismo de derecha. Aquellos que practican estos métodos o abogan por ellos consideran que los debates críticos racionales (*auseinandersetzung*) con las ideologías nacional-socialistas, así como con otras racistas y ultranacionalistas, son vitales para el trabajo preventivo con la juventud políticamente de derecha. Sólo un cuidadoso desmantelamiento pedagógico de las susceptibilidades ante los elementos de tales marcos ideológicos nacionalistas puede posibilitar el rescate de los jóvenes, vulnerables, de sus medios sociales políticamente delincuentes, afirman. Por lo tanto, insisten en la importancia de tomar en serio y de manera literal, como predicados referenciales sobre el mundo, las

posturas políticas con las que estos jóvenes se identifican y desplegar "el poder de las preguntas" para confrontarlos con las contradicciones presentes en sus creencias.

Bajo los auspicios de una fundación asociada con el partido socialdemócrata y apoyada tanto por el gobierno federal como por el de Berlín, Helmuth y yo fuimos invitados como supuestos especialistas en el campo a compartir nuestra opinión, basada en la *praxis*, sobre el prototipo de uno de estos métodos llamado "pedagogía desestabilizadora subversiva" (*subversive venunsicherungspädagogik*).[2] Un profesor de derecho y de trabajo social y su asistente habían preparado una versión en borrador de un documental, producido para fungir de arma pedagógica contra el extremismo de derecha. Se concibió a esta película como la primera de una serie de documentales que trataría y cuestionaría distintos aspectos de la ideología nacional-socialista y de la extrema derecha contemporánea. Dichos documentales serían en conjunto una útil herramienta para los educadores y esperaban mostrarlos en escuelas y otros establecimientos apropiados algún día. La proyección tuvo lugar en una espaciosa habitación, en un edificio del centro de Berlín que pertenecía a la fundación. Sentados con nosotros en medio circulo, ante la gran pantalla de televisión, estaban el profesor y su asistente, el director de una ONG de trabajo social de calle, el director de una ONG para jóvenes y su asistente, el gerente de un club deportivo juvenil que se especializaba en la oferta para jóvenes extremistas de derecha y una representante de la fundación, que fungía como anfitriona de la reunión, y su becario. Se trataba, por lo tanto, de una asamblea no sólo de expertos, sino también del público profesional meta del documental.

El profesor y su asistente buscaban nuestro comentario sobre el primer documental de la serie intitulada "Globalización y xenofobia" (*Globalisierung und Fremdenfeindli-*

[2] *Verunsicherung* literalmente significa volver a alguien inseguro y puede traducirse como frustrar, perturbar, inquietar, etcétera.

chkeit). Presentaron la película misma así como los conceptos teóricos que le subyacían antes de la proyección. Dividido en cinco secciones, su documental tomaba en cuenta a la Organización Mundial del Comercio (OMC), al comercio internacional y los mercados globales, a las guerras comerciales y al proteccionismo, a la globalización de la propia extrema derecha y a la relación histórica entre extranjeros y mano de obra. Entrelazaba los pronunciamientos condenatorios de Gordon Reinholz, una figura carismática joven, prominente en el medio de la militancia organizada de la extrema derecha, extraparlamentaria, y las explicaciones bastante sosas de un profesor de economía ya mayor. En tanto que Reinholz enunciaba las usuales frases antiglobalización, el profesor, en cambio, aclaraba de forma meticulosa, aunque monótona, la estructura, funciones y poderes de la OMC, y defendía su importancia para el comercio mundial. Con desfiles militares de época y espectáculos de masas nacional-socialistas como telón de fondo, el documental ilustraba las distintas maneras en que, dejando de lado su retórica propagandística, la economía y el ejército del Tercer Reich, de hecho, siempre dependieron fuertemente de las relaciones comerciales con Estados Unidos, así como de la importación de tecnología y abasto estadounidense. A su vez, mostraba cómo la espectacular recuperación económica alemana de la posguerra no habría sido posible sin la disponibilidad de un mercado globalizado de mano de obra (verbigracia, la migración de mano de obra europea del sur y, más tarde, turca). Daba ejemplos históricos de crisis y recesiones económicas que surgieron a la sombra de guerras comerciales y aislamiento económico. Se valía de entrevistas con expertos académicos y líderes industriales para confirmar la narrativa histórica y explicar la coyuntura contemporánea en la que, afirmaban, las compañías alemanas debían reubicar partes de su producción en el extranjero para continuar siendo competitivas a nivel internacional y mantener empleos en

casa. La película mostraba imágenes de páginas de la internet de la extrema derecha, ocultas sus URL, pero con los simbolismos ilícitos claramente visibles, para corroborar los crecientes lazos internacionales entre los extremistas de derecha. La muestra de fragmentos de marchas, manifestaciones, conciertos de *rock* y otros eventos neonazis de todo el mundo ponía énfasis en el tema de que la extrema derecha se había vuelto un fenómeno global. También se examinó el lugar de los representantes de la extrema derecha en las estructuras políticas de la UE.

Cada sección del documental ocasionaba una gama de respuestas escépticas del pequeño coro de críticos invitados. Algunos cuestionaban cuán deseable era colocar tanto énfasis, en la segunda parte del filme, en las relaciones íntimas entre los nazis y los estadounidenses, al igual que sobre el apoyo de estos últimos a la economía, la industria y la maquinaria de guerra del Tercer Reich. Otros se quejaron de la superficialidad del documental y de que no tratara de manera seria y más integral el tema de la globalización. Por un momento prevaleció la sensación manifiesta de que, a pesar de sus buenas intenciones, la película saltaba a la vista como desafortunada, aunque no hubo consenso sobre por qué era así precisamente.

Con una mirada indignada, el gerente del club deportivo insistió en que el problema del extremismo de derecha difícilmente se hallaba en la oposición a la globalización como tal y que más bien tenía que ver con el racismo y la xenofobia. De manera concordante, reprochó la casi total atención del documental a lo primero y el enfoque bastante inadecuado y somero sobre lo segundo. Discrepó de la representación de la racionalidad como prerrogativa discursiva de los especialistas cercanos al mercado y atacó el mensaje implícito presente en la película, a saber, que cualquier lucha contra los dictados del capitalismo global sólo podía señalar un extremismo político irracional. Según su crítica, al susti-

tuir un debate político por un opaco régimen de expertos la película traicionaba sus supuestas metas democráticas. Al censurar la representación de cualquier oposición a la hegemonía global del capitalismo neoliberal como extremista, populista o irracional, el gerente del club deportivo condenó la despolitización de la economía y la concomitante "economización" de lo político, que algunos académicos han descrito como la muerte de la política (véanse Žižek, 1997; Comaroff y Comaroff, 2001).

El mensaje comunicado por el documental hacía eco, pero también contrastaba de manera importante, con la narrativa del "fin de la historia" que Tomasky entregó a Gino. De manera similar, simbolizaba al capitalismo global como una realidad inescapable. Representaba, por otro lado, la resistencia a ese estado de cosas supuestamente inevitable no tanto —o no sólo— como un esfuerzo inútil, sino, de manera más significativa, como algo irracional. Exigía no una aquiescencia pasiva ante un futuro gris quizá lamentable, pero rotundamente inevitable, ocasionado por la invasión imparable de la economía neoliberal, sino una conversión política que produjera el acoger activo de ese futuro, la firme fe en sus promesas y el reconocimiento de sus supuestas ventajas indiscutibles. Como la ética de la resignación de Tomasky, el mensaje del documental señalaba aquello que Jameson (2003; véase también Lomnitz, 2003) ha descrito como la reducción contemporánea del tiempo existencial a un presente que ya no califica como tal porque el futuro y el pasado, que en primera instancia requiere, ya se han obliterado. Jameson señala que pocos periodos han mostrado ser tan incapaces de plantear alternativas inmediatas a sí mismos como el nuestro, condición que atribuye a la mengua contemporánea de la utopía y, con ésta, de una relación sustantiva crítica con el presente (Jameson, 2004; véase también Muehlebach y Shoshan, 2012). Con todo, al punto en que su observación es correcta, este déficit de imaginación

política y de futuros alternativos también parece reflejar cierta incitación moral a la conversión, cierta censura de la diferencia política. El desencanto contemporáneo por la política y la evacuación del futuro cercano parecen acompañarse, en la actualidad, de una condena de las aspiraciones alternativas como algo herético e irracional a la vez (*cf.* Rose, 2000a; Guyer, 2007).

Desde una perspectiva diferente, los directores de las organizaciones de trabajo social y de trabajo con jóvenes expresaron alarma en torno a lo que consideraban el imprudente uso de imágenes en el documental. En especial, las secuencias que ilustraban la dependencia de las fuerzas armadas del Tercer Reich del comercio internacional incluían escenas hipnotizantes de películas propagandísticas del periodo. Las imágenes mostraban la gloria total del poder militar nacional-socialista y la estética fascista del espectáculo de masas: divisiones blindadas, aviones caza, miles de soldados avanzando en formación. Además, aquellas partes de la película que trataban sobre la globalización contemporánea del extremismo de derecha incluían ilustraciones de grandes concentraciones neonazis, de pujantes movimientos de la extrema derecha, conciertos de *heavy metal* enarbolando el *white power*, marchas y eventos políticos gigantescos, foros y sitios *web* animados, de diseños elegantes, así como líderes carismáticos de partidos extremistas de derecha en Europa y más allá de sus confines. Mediante un intercambio peculiar de proyecciones miméticas, los directores de las ONG buscaron una y otra vez colocarse en los zapatos de los públicos potenciales de jóvenes extremistas de derecha e imaginar cómo entenderían y reaccionarían ante esas representaciones. "Si yo fuera nazi", dijo el director de la organización de trabajo social, "sin duda encontraría tales imágenes bastante inspiradoras".[3]

[3] Es difícil no recordar en este punto a los curanderos, quienes, tal como explica Peter Geschiere, deben primero dominar el arte de la brujería. En efecto,

Su vehemente protesta contra el uso del material documental del filme yacía en una distinción binaria implícita entre una autoridad racional y predicativa de la comunicación lingüística, por un lado, y una fuerza afectiva, irracional de la imagen, por la otra. Es exactamente la misma separación que Horkheimer y Adorno alguna vez vincularan con la historia de la Ilustración: el divorcio irreversible entre signo e imagen, entre ser y conocer, entre ciencia y poesía (1994: 71-73). En palabras de su contemporáneo Bertolt Brecht, el documental permitía que la "decoración distrajera la atención de la afirmación" (Brecht, 1996: 231). El documental se equivocaba, desde esta perspectiva, en la medida en que interrumpía su propio discurso, supuestamente racional, con la inmediatez sensual de sus imágenes; o, dicho de otro modo, en la medida en que no lograba subyugar por completo la fuerza de lo último ante la racionalidad de lo primero. En su interpretación del *Le nozze di Fígaro*, de Mozart, Slavoj Žižek identifica aquello que llama un momento hegeliano en el que, mientras busca desesperadamente a Susanna, la voz del conde Almaviva enuncia su enojo celoso con la misma melodía con la que la pareja reconciliada —Fígaro y Susanna— celebran su amor (1992: 244). El documental parecía entrañar una tensión semejante entre contenido y forma. Aquí esta contradicción se mantenía no entre melodía y significado, sino entre forma visual y contenido oral, este último condenando, a la vez, aquello que la primera glorificaba. La cuestión no era sólo —aunque sin duda también lo era— la falla del filme en cuanto a reconocer lo que Bourdieu (1997: 27) llamó el "efecto de realidad" de las imágenes, o aquello que Allen Feldman describiera como "la dimensión evidenciaria, tipificada y mimética" que establece su "reclamo

---

tienen que volverse brujos primero (aun cuando se trate de algo meramente simbólico, digamos, mediante el sacrificio de un chivo como sustituto de un hombre), para poder librar la batalla subsecuente contra las malvadas fuentes de la hechicería (Geschiere, 2008).

privilegiado sobre la verdad, la facticidad, y la inteligibilidad" (1997: 26). De manera más significativa, la separación entre imagen y narración replicaba inconscientemente la oposición entre "pensar en imágenes" y la razón. Al hacerlo invocaba al conjunto completo de contrastes binarios —entre mímesis y autonomía, infancia y adultez— que, tal como señala William Mazzarella (2010), ha dado forma a los temores modernos sobre la multitud impresionable. Al pasar de largo y a la ligera la compulsión irracional de las imágenes, de acuerdo con esta crítica, la película sobreestimó, y por lo tanto socavó, el arrastre pedagógico de su propia racionalidad discursiva.

La versión fuerte de esta crítica, su *reductio ad absurdum* filosófico, se encuentra en la aseveración de Adorno en *Dialéctica negativa* de que el objeto sólo puede ser comprendido en ausencia de su imagen (2005: 195). Una comprensión más débil y más sensible a la historia de este *bilderverbot* (prohibición de las imágenes) notaría, más bien, los rastros de una prohibición cultural de larga data en la Alemania de la posguerra de las representaciones públicas de las imágenes del nacional-socialismo y del Holocausto (Huyssen, 2002b; Huyssen, 2010). Este tabú no ha dejado de ejercer su fuerza, pese a que actualmente lo hace en forma de reglamentación cuidadosa e incomodidad palpable más que como una censura sin cortapisas. En este sentido, la semejanza entre las reacciones a "Globalización y xenofobia" y el escándalo público que siguió al estreno, en 1993, del documental *Beruf Neonazi* ("Ocupación neonazi") (Bonengel, 1993) es elocuente. Este último documental, que gira en torno a la mirada íntima a la vida de un joven líder de Berlín Oriental, fue objeto de severas críticas; tal fue el impacto que se imputaron cargos legales contra su director al considerarse que el filme fungía de propaganda debido a su forma visual supuestamente seductora, no comentada (Bathrick, 1996).

La insatisfacción con el documental tomó aún una forma más. Junto a mí Helmuth fruncía el ceño y se retorcía mientras avanzaba la proyección. "Uno a cero, a favor de los nazis", decía entre suspiros una y otra vez. Por un lado, comenzó, cuando Gordon Reinholz compartió sus ideas se presentó lleno de vida, a la moda, carismático, entretejiendo con pasión los términos del nacionalismo con los de la antiglobalización, y expresándose en la jerga de su joven público. Por el otro, el profesor de economía, viejo y rollizo, con su bigote pasado de moda y su calva, el deslucido traje que hacía juego con el gris de su oficina, explicó de manera monótona la naturaleza e importancia de la OMC. Independientemente del contenido real de sus enunciaciones, dijo Helmuth, para los jóvenes que él atendía figuras como la de Reinholz sin duda invocarían una autoridad mucho más convincente. El profesor y su asistente respondieron que su meta era poner de manifiesto las contradicciones de la demagogia extremista de derecha al yuxtaponerla con las voces de "autoridades" expertas —economistas, historiadores, líderes empresariales— que refutaban sus argumentos. La posibilidad de que la relación entre autoridad y voz pudiera formularse de otra manera en campos discursivos diferentes, así como entre públicos distintos, no parecía haberles pasado por la cabeza. Empero, Helmuth y otras personas del público contraargumentaron que el formato seudodeliberativo del documental, de hecho, tenía el efecto no de socavar la retórica de Reinholz sino que, muy por el contrario, lo elevaba al mismo nivel de experticia que por lo general se le atribuía a un respetable profesor de economía. En otras palabras fortalecía, más que desmantelaba, su reclamo de autoridad.

Los comentarios críticos de Helmuth expusieron cómo el supuesto de racionalidad del discurso predicativo, como premisa fundamental que apuntala al edificio conceptual total del método de la pedagogía de la desestabilización subver-

siva, en los hechos descansaba sobre cimientos irracionales, y lo hacía de tres maneras. Primero, Helmuth llamó la atención sobre las convenciones retóricas y estilísticas de la *performance* —la poética de lo cotidiano tanto como el habla pedagógica, política o ritual (Sebeok, 1964; Caton, 1990)— que, más allá de sus significados denotados, brindan eficacia a ciertas enunciaciones (por ejemplo, a aquéllas de un carismático joven líder extremista de derecha). En segundo lugar, señaló cómo la fuerza que se atribuye a ciertas voces y aseveraciones (por ejemplo, las de un profesor de economía o de un ejecutivo de negocios) no yace en su coherencia interna o en su valor de verdad, sino en los diferenciales de poder institucionalizados que los autorizan y que no autorizan a otros hablantes (Bourdieu, 2001). Por último, al describir los modos radicalmente distintos en que los jóvenes extremistas de derecha podrían interpretar el filme, Helmuth cuestionó el supuesto de un universo discursivo uniforme. En lugar de ello, pregonó la incongruencia y lo disparejo del discurso, su indeterminación constitutiva y su apertura a significados heterogéneos, así como su variación potencial respecto tanto de las normas del estilo retórico como de las estructuras de la autorización institucional (véase Bakhtin, 1998a). En resumen, sus comentarios pusieron al descubierto y desmontaron aquello que algunos antropólogos lingüistas han llamado la "ideología del lenguaje" (Schieffelin, Woolard *et al.,* 1998; Kroskrity, 2012), dentro de la cual, para sus autores, el filme parecía tanto legible como eficaz. Esta ideología del lenguaje —un conjunto de supuestos sobre la manera en que la lengua funciona— se adhería a una idea de deliberación racional dentro del marco de la acción comunicativa pura. Tomaba por dada una situación de habla ideal operativa en el interior del universo discursivo uniforme de una esfera pública homogénea. "La pedagogía desestabilizadora subversiva", de este modo, planteaba al extremista de derecha como el sujeto kantiano de deliberación

racional, aún no lo suficientemente maduro (Kant, 2009). Seguía un concepto habermasiano de discurso público y acción comunicativa (Habermas, 1990), dentro del que los errores cognitivos de este sujeto inmaduro podían corregirse. Ese marco habría sido el fundamento desde el que el extremismo de derecha podía aparecer tan sólo como un error cognitivo, el efecto de un malentendido y una ofuscación, un conocimiento carente o distorsionado que requería de rectificación.[4] No obstante, resultó que no fungía como fundamento en absoluto.

Las tres críticas expresaban inquietud respecto de la manera en que el documental llevaba a cabo su misión racionalizadora de desmitificación, aun cuando ninguna de ellas desarrollaba de manera explícita las implicaciones de sus pronunciamientos hasta sus conclusiones radicales. La primera aceptaba en alguna medida el supuesto del filme de la existencia de un núcleo irracional al centro de la "cosa" extremista de derecha. Lo que cuestionaba no era la existencia de tal irracionalidad, sino su identificación con los términos de la antiglobalización política. En lugar de ello, exigía que el filme recalibrara el rayo ilustrador de su racionalismo deliberativo para dirigirse al odio racista. La segunda crítica proclamaba cierta tensión entre la racionalidad predicativa del texto y la irracionalidad afectiva de las imágenes como inherente a los medios audiovisuales. Advertía sobre la supuesta predominancia de la imagen sobre el discurso y, por lo tanto, del afecto sobre la racionalidad en la versión actual del documental. Exigía, entonces, que el filme salvaguardara la razón ante la sinrazón y subyugara la imagen al texto con mayor fuerza. La tercera crítica, por su parte, sugería una irracionalidad inherente al discurso como tal, por lo que destruía irreparablemente las premisas del método de la

[4] En este sentido, correspondía a cierta noción de ideología, entendida como una relación mistificada respecto de la realidad, que puede y debe desmantelarse (Woolard, 1998).

deliberación racional. Tomadas en conjunto, las tres críticas sostenían que, a los ojos de los participantes, mediante su acogimiento acrítico de los términos del mercado libre, la fuerza de sus imágenes y su erróneo llamado a la autoridad discursiva, la pedagogía desestabilizadora subversiva socavaba sus propios cimientos, de manera que indudablemente vigorizaría, más que debilitaría, los compromisos ideológicos extremistas de derecha.

Si camina como nazi...

Los procedimientos intervencionistas, terapéuticos, de la gobernanza del odio, ya sea que se orienten hacia un *cogito* racional o a un yo afectivo, parecen deshacer su propia lógica incitando al resentimiento al interpelar a los individuos como sujetos posfordistas o al provocar a lo supuestamente irracional con sus reclamos monopolistas de racionalidad discursiva. En el interior de cada una de estas esferas —el alma afectiva y la mente racional— cierto impulso contraproducente, tautológico, marca a los proyectos de gobernanza. En un nivel completamente distinto, sin embargo, los excesos y las aparentes irracionalidades que acosan al manejo del odio en Alemania quedan en evidencia en la proliferación misma de sus variadas esferas, en la fabricación de objetivos y métodos peculiares, siempre más especializados. Para ilustrar este punto, vuelco la atención de los marcos relativamente convencionales del debate racional y del pragmatismo tipo "encarar la realidad", que describí antes, hacia un ejemplo más extravagante de intervención terapéutica que tiene como objetivo al sujeto corpóreo.

A finales de noviembre, un par de semanas antes de que partiera del campo, los trabajadores sociales fueron invitados a tomar parte en una reunión con un grupo que se esforzaba por desarrollar un método de tratamiento para los

extremistas de derecha mediante aquello que sus miembros denominaban "terapia de lenguaje corporal". El grupo apeló a la experticia de los trabajadores sociales en el terreno del extremismo de derecha.[5] La "terapia de lenguaje corporal", según sus defensores, buscaba tratar a los delincuentes políticos tomando como objetivo su *habitus* corporal. En específico, tenía la meta de identificar estilos corporales típicos de la extrema derecha y capacitar a los jóvenes extremistas de derecha para moverse de otra manera. Antes de asistir a la sesión, los trabajadores sociales parecían perplejos ante la idea de reformar a sus clientes de este modo, así como por el interés expresado en su propio conocimiento especializado. Sin embargo, volvieron divertidos por lo que habían atestiguado. La sesión abrió con un video demostrativo que, para su incredulidad, tenía como protagonista al propio Gino. Al principio, una persona guía le instruía a actuar de manera natural y a caminar en torno a la habitación como lo haría usualmente, mientras la cámara seguía su postura y movimientos. Se le pidió a Gino, después, que describiera cómo se sentía, a lo que respondió con "cansado" y "estresado". A continuación, un integrante del grupo le orientó respecto de cómo modificar su pose, sus gestos y su andar, para "relajarlos". La cámara lo siguió durante un rato mientras Gino se movía con ese nuevo porte "relajado", recientemente aprendido. Por último, una vez que tuvo la oportunidad de intentar esta novedosa forma de movilidad corporal, se le preguntó si ahora se sentía mejor, a lo que replicó con un "sí" apenas mascullado.

[5] Desafortunadamente, no pude asistir a esta reunión. Mis intentos por contactar al grupo dedicado a la "terapia de lenguaje corporal" no llegaron a nada, y en el poco tiempo que aún me quedaba de trabajo de campo no pude localizar a Gino, quien para entonces había desaparecido por completo del alcance de los trabajadores sociales. Mis reflexiones al respecto, por ende, tienen como fundamento entrevistas a los trabajadores sociales.

En la discusión que siguió a la proyección los integrantes del grupo explicaron su estrategia terapéutica. Gino, informaron, había llegado a ellos gracias a su oficial de libertad condicional y había mostrado ser un conejillo de indias realmente confiable, acudiendo de manera puntual y consistente a todas las citas programadas. Los trabajadores sociales estaban particularmente sorprendidos, dijeron, de escuchar que Gino tenía compromiso y era confiable, cuestión que contrastaba con su propia experiencia, muy distinta. Más tarde, cuando le preguntaron al oficial de libertad condicional de Gino —a quien conocían muy de cerca— sobre la participación de éste en el experimento, "se rio a carcajada batiente" (tal como me lo contaron) y esclareció que Gino había recibido una cuantiosa remuneración por cada sesión a la que acudió de manera oportuna. Así, se explicaba el compromiso de Gino en el lucrativo negocio de la terapia de lenguaje corporal, claramente en términos financieros. Sin duda, existían precedentes en cuanto a la manera en que esta terapia permitía a Gino capitalizar su delincuencia política y traducirla en transacciones rentables. En otras ocasiones, lo observé cosechar ganancias financieras directas a partir de periodistas y, de manera menos directa, del realzado interés que tenían en su caso algunas instituciones gubernamentales. No obstante, la remuneración que recibió de quienes abogaban por el método de la terapia de lenguaje por haberse rentado como conejillo de indias señalaba una valorización particular (y se puede decir que particularmente inquietante) del capital que su violencia racista le había conseguido. Al usarse a sí mismo en transacciones como sujeto de experimentación, Gino permitía, de manera simultánea, el florecimiento de una ciencia terapéutica específica. Esta agenda científica incluía la elaboración de marcos teóricos y de hipótesis de investigación, de procedimientos experimentales y tecnologías especializadas, de clasificaciones tipológicas y mediciones evaluativas, de variables y modelos

de causalidad, y de modos de representación y diseminación, todos en torno a su presencia corporal.

La ciencia de identificar la postura corporal típica del extremismo de derecha podría evocar el determinismo biológico anatómico de la criminología positivista temprana. En la frenología criminológica, por ejemplo, "una serie de rasgos físicos distintivos eran estigmas de criminalidad" (Laclau, 2006: 57); la desviación social, por lo tanto, parecía algo inscrito en el cuerpo, legible desde él. Sin embargo, en los hechos, la terapia de lenguaje corporal contrastaba drásticamente con la criminología positivista de fines del siglo XIX y principios del XX, en la medida en que su objeto no consistía en composiciones anatómicas heredadas, sino en hábitos locomotores adquiridos que, y esto era lo más importante, se podían reformar. Desde otro ángulo, su compromiso con el manejo a nivel micro de los movimientos corporales también podría sugerir cierta correspondencia con el régimen normalizante del poder disciplinario y los cuerpos dóciles descritos por Foucault (2009). Pero su lógica peculiar articulaba la desviación y su rectificación, menos con la estricta disciplina de las prisiones y los ejércitos permanentes, y más con una estética encarnada de laxitud. Traducía la amenaza del nacionalismo ilícito a un *habitus* corporal maleable, una estética motriz de postura y porte que se puede purgar de sus severos contornos para sustituirse con maneras más refinadas, o, mejor aún, más "relajadas".

De este modo, la terapia de lenguaje corporal plantea una cuestión interesante, a saber, ¿de qué maneras, en los albores del siglo XXI, una ciencia del cuerpo se vuelve la cifra para tener acceso a las subjetividades políticamente desviadas y entablar relaciones con éstas? Responder a tal interrogante no apunta ni a la dirección de la fisiología determinista ni a la praxis disciplinaria, sino hacia el estilo. Se nos invita a preguntar cómo este planteamiento del estilo

como el *locus* de la política denota una coyuntura histórica en la que, tal como señalan Jean Comaroff y John Comaroff, "conforme las condiciones neoliberales oscurecen cada vez más la raíz de la desigualdad en las estructuras de la producción, y conforme el trabajo da lugar a las solidaridades mecánicas de la 'identidad' en la construcción del yo y del ser social, la clase se entiende, en los discursos tanto popular como académico, como un rasgo personal más, o como opción de estilo de vida" (2001). En Europa, sostiene Douglas Holmes (2000), no sólo la política en torno a la clase, sino también y de manera inseparable aquélla en torno al nacionalismo, han atestiguado su estetización en expresiones individualizadas de la moda, el gusto y el estilo. Por supuesto, resulta en extremo cuestionable si la política alguna vez ha estado separada por completo del estilo estético y viceversa.[6] No obstante, si hay alguna verdad en sostener que al principio del siglo actual encontramos a la política cada vez más fusionada en el estilo, no debiera sorprendernos que el estilo también aparezca, de manera creciente, como la clave para la sustancia de la política.

La terapia de lenguaje corporal, en este sentido, hacía más que sólo modificar las apariencias superficiales. Pensemos, a modo de contraste, en la cita que los trabajadores sociales arreglaron para Gino, sólo un par de meses antes, con cierta artista del tatuaje que de vez en cuando ofrecía sus servicios de manera gratuita en beneficio de quienes desea-

[6] En especial durante las primeras décadas del siglo XX, conforme los medios masivos visuales ganaban terreno en la esfera pública, los críticos notaron con preocupación lo que Walter Benjamin (1971) ha llamado la "estetización de la política", en particular con la mira en el surgimiento y consolidación políticos de los regímenes e ideologías fascistas. La estetización de la política, en ese sentido, designaba a un modo específico de operación ideológica del fascismo para garantizar su éxito político. En notable contraste, a comienzos de la década de 1970 algunos académicos británicos asociados con el emergente campo de los estudios culturales se volvieron hacia los dominios del estilo y la estética como sitios para la elaboración y *performance* de la crítica social y la resistencia política (Hall y Jefferson, 2014; Hebdige, 2004).

ban liberarse de sus marcas de derecha extrema. Quizá porque no podía esperar compensación financiera, Gino dejó pasar un par de citas antes de que finalmente se decidiera a transformar el tatuaje que decoraba los dedos de su mano derecha con las letras HASS —cuya expresión ilegal del símbolo de la SS veía cada vez más como un riesgo— en unos inofensivos naipes.

Al tiempo que esta intervención quirúrgica actuaba en su físico y en tanto que sin duda implicaba un empuje correctivo, difícilmente se podría describir a la misma como terapéutica. El borrado del tatuaje —o, de manera más precisa, su transformación creativa— aparece aquí como un acto filantrópico que busca colaborar con un extremista de derecha para retirar los signos ilícitos de su cuerpo, ya sea porque renegaba de su identificación política anterior, porque se sentía receloso de las consecuencias legales o de otro tipo que tales signos podían invocar, o por cualquier otra razón. Planteaba a la piel como superficie, como apariencia, como lienzo, sin postular alguna otra esencia más allá de ésta, por debajo de ésta o dentro de ésta como su objetivo verdadero. En la medida en que la esencia que buscaba transmutar consistía nada menos y nada más que en la apariencia, genuinamente colapsaba apariencia y esencia. Su sustancia, su "Verdad", era epidérmica, superficial. Como tal, correspondía a una forma de conocimiento en la que la apariencia no encubre la "cosa" que uno imagina que queda detrás o debajo de ésta, pero de hecho se revela como la única "Verdad" esencial (*cf.* Žižek, 1992: 241-256).

La terapia de lenguaje corporal, en cambio, concebía que la apariencia corporal y el estilo físico eran los síntomas que delataban una desviación patológica más profunda y que dicha terapia era el secreto para deshacerla. Dicho de otro modo, entendía el estilo no sólo como estilo, sino como depositario de la sustancia política. A la manera kantiana, buscaba llegar al fondo de la sustancia de la "cosa" extremis-

ta de derecha, no de manera directa, sino a partir de sus efectos fenoménicos. Fredric Jameson ha llamado "modelos de profundidad" a tales formas de conocimiento (1991: 30), esto es, modos de conocer que marcan una clara distinción entre lo arbitrario y lo necesario, entre el afuera y el adentro, lo profundo y lo superficial. Más allá de la inquietante valorización financiera de la delincuencia política como negocio lucrativo, fue con tal modelo de profundidad que la terapia de lenguaje corporal terminó por reducir dicha delincuencia política a un asunto de estilo.

La "cosa" nacionalista

Había algo abiertamente innovador, aunque torpemente erróneo —si no es que, como lo advertían los trabajadores sociales de calle, disparatadamente ridículo—, en torno a este enfoque terapéutico del extremismo de derecha. Pero quizá era precisamente esta aparente absurdidad la razón por la que la terapia de lenguaje corporal revelaba, de la manera más patente, los excesos indomables a los que daba pie el espectro del extremismo de derecha, su perseverancia como fuerza oculta y su rechazo a entregarse por completo a los diversos intentos por domesticarlo, todos los cuales caracterizaban también —si acaso de manera algo menos conspicua— a los otros dos métodos de rehabilitación que examiné en este capítulo. Ya sea que se tachara de rebeldía caprichosa adolescente, que se rastreara a la formación autoritaria de un ego patológico, que se ubicara en el espacio del resentimiento entre aspiraciones imposibles y realidades inmutables, o que se colapsara con el estilo corporal, la "cosa" extremista de derecha desafiaba con obstinación sus diversas circunscripciones y significaciones. Es difícil no recordar en este punto, una vez más, las primeras páginas del análisis clásico de Evans-Pritchard sobre la

brujería entre los azande, donde el autor plantea el escenario para todo el estudio que sigue al describir —y el texto transmite más que una pinta de frustración— la imposibilidad de determinar la sustancia física en la que, tal como sus informantes azande insisten con pujanza, reside la brujería (1997: 47-51). Una sensación de frustración semejante se hace sentir en Alemania conforme la implacable búsqueda de la "cosa" extremista de derecha pasa por las mentes, cuerpos y almas de gente como Gino.

Desde una óptica distinta, este excedente no localizable que a la vez incita y resiste su propia circunscripción sugiere ciertos paralelos con aquello que James Siegel ha llamado la "verdad de la hechicería" (2003). Siegel nota cómo, en el famoso análisis de Levi-Strauss sobre el hechicero y su magia, la verdad de la hechicería aparece en su capacidad única de transformar sentimientos incipientes en un habla articulada. Las confesiones de un niño zuni acusado de brujería no revelan nada que no se conociera antes ni llevan a la administración de justicia; sirven, en lugar de ello, para elaborar sobre aquello que ya se suponía era verdadero. En el proceso la hechicería surge como sitio de significación y como instrumento de articulación simbólica. No obstante, el exceso que señala su surgimiento le evita funcionar, como dirían algunos antropólogos, sólo como un principio estructurador, de ordenamiento, en la vida social. De hecho, este exceso introduce una fuerza violenta, perturbadora, en la hechicería. Medidas como aplicar magia curativa sobre la víctima de brujería o señalar (y, en ocasiones, linchar brutalmente) a la persona bruja no conducen a resoluciones o cierres —siempre habrá otra maldición, otro brujo, otra cacería de brujas (Siegel, 2006)—. Si, tal como Siegel arguye, se supone que la hechicería oculta la falla de lo social, si señalar a la bruja al mismo tiempo anuncia la inocencia de la sociedad, entonces el manejo del odio plantea un interés análogo en evacuar a lo social de los rastros del espectro nacional-

socialista. Los modelos teóricos, las estrategias preventivas y las técnicas de rehabilitación que se aplicaron a mis jóvenes informantes parecían comprometidos con la articulación de la verdad del extremismo de derecha, con la revelación de su ubicación dentro o sobre la superficie del sujeto y con significarla para controlarla mejor. Sin embargo, un excedente residual que no se puede subsumir en el orden social parece siempre emplazarse de nuevo en estos esfuerzos. Este excedente evade su representación y anuncia su presencia sólo mediante afectos no articulados —e imposibles de articular—. Es el residuo imborrable que una y otra vez enciende travesías exploratorias en las ciencias ocultas del exorcismo; algunas, sin duda, más cómicas que otras.

Sin menoscabo de su reclamo de racionalidad científica, las operaciones de la gobernanza afectiva que se esfuerzan por arrinconar a la "cosa" extremista de derecha se revelan plagadas de ansiedades culturales y de recelos históricos en un grado mucho mayor del que académicos y practicantes querrían reconocer. Median y permiten la articulación de tales ansiedades como modelos inteligibles y se ofrecen como sitios de su significación, sin satisfacer, en absoluto, el ofrecimiento de una resolución viable y sostenible. Describen al extremista de derecha de diversas maneras que van desde algo así como un rebelde sin causa, una víctima desolada del capitalismo neoliberal, a un depósito de impulsos y deseos, meta de técnicas terapéuticas; un sujeto de deliberación racional y receptáculo cognitivo de conocimiento; cuerpo dócil, sitio para la *performance* disciplinaria del poder moderno; y, por último, como un *habitus* corporal y un estilo locomotriz, una apariencia física receptiva al refinamiento estético. Cada uno de estos diagnósticos también podría entenderse como una interpretación contemporánea y perceptible de la política. Al diagnosticar y tratar una enfermedad "política", estos esfuerzos de rehabilitación colapsan, en efecto, a la propia política para volverla una ética de

la resignación, estados afectivos de resentimiento, discursos científicos de experticia autorizada por instituciones o un estilo estético.[7]

Quizá, entonces, la clave para entender los modos de conocimiento terapéutico divergentes que operan en el interior de la gobernanza del odio se encuentra menos en las distintas respuestas que proveen y más en las preguntas semejantes que plantean: ¿precisamente qué es la "cosa" extremista de derecha respecto del sujeto extremista de derecha? ¿Cuál es el *locus* de esta enfermedad? ¿Cuál es su etiología? Tales preguntas son de obvia preocupación para un proyecto de gobernanza que busca manejar el odio. Sustentan una compulsión por localizar y extraer de raíz la "cosa" extremista de derecha que existe dentro del delincuente político, dando pie a intentos siempre más innovadores de capturarla y contenerla. A la vez, las maneras en que estos modos de conocimiento terapéutico subvierten sus propios esfuerzos, tanto como su proliferación implacable, denotan un exceso que desafía cualquier significación reconfortante: el delincuente político extremista de derecha jamás es tan sólo un joven socialmente marginado, una corporalidad endurecida, una mente irracional. En su entusiasmo por subyugar al espectro de un nacionalismo ilícito y genocida, estas ciencias terapéuticas no pueden hacer un cierre histórico ni restaurar el orden social. En

[7] Tales interpretaciones hacen un intenso eco de una gama de obituarios contemporáneos para la política: el fin de la historia y el aplanamiento de la temporalidad (Jameson, 2003; Lomnitz, 2003; Guyer, 2007); el reino en apariencia inescapable del capitalismo neoliberal y la frustrante imposibilidad de imaginar futurismos alternativos (Jameson, 2004; Žižek, 2008; Muehlebach y Shoshan, 2012); la reducción de los antagonismos sociales y económicos a opciones de estilos de vida, identidades de consumo y modas (Comaroff y Comaroff, 2001; Shoshan, 2012); la deslegitimación de la lucha política como populismo de protesta y la criminalización de las clases bajas (Wacquant, 2001; Harcourt, 2010); el desplazamiento de procesos políticos sustantivos por un procedimentalismo burocrático, racionalismo administrativo y el mando de expertos (Žižek, 1997; Rose, 2000a).

lugar de ello, al reafirmar la verdad de la "cosa" extremista de derecha e implantarla en el interior de las operaciones de la gobernanza la reinscriben en el corazón mismo del naciente proyecto nacional alemán.

Los encantamientos que desestabilizan los esfuerzos por descifrar al delincuente político sugieren más que un proyecto secular de gobernanza; indican una profunda preocupación por comprender cómo lo bueno se puede volver malo —por ejemplo, cuando la protesta de la clase trabajadora se expresa como un resentimiento violento, intolerante, o cuando la violencia doméstica convierte a un menor inocente en un neonazi brutal—. La gobernanza del odio surge como una arena para hacer legible y, por lo tanto, manejable al espectro nacional-socialista que aún acecha a la Alemania actual como signo del mal puro. Ofrece un espacio para articular en los discursos, las prácticas e instituciones concretas la necesidad misma de la domesticación; en otras palabras, la necesidad de domesticar la posibilidad misma de que la domesticación resulte imposible. La gama vigorosa y en constante ensanchamiento de las ciencias reformadoras que florecen en la actualidad en torno al delincuente político equivale a un proyecto de significación, elaboración y circunscripción de esta urgente necesidad en un corpus de procedimientos terapéuticos y técnicas disciplinarias. Como hemos visto en éste y en capítulos previos, no obstante, dicha arena es también precisamente el lugar en que este mal reirrumpe de manera inexorable como no manejable o como aún no manejable. Las ciencias del manejo del odio una y otra vez resucitan aquello que buscan domar. Manteniendo el equilibrio en la orilla de la domesticación, coquetean con su propia futilidad.

El imperativo de domar al mal mediante su significación no es nuevo en Alemania. Su urgencia se ha estampado sobre varios intelectuales cuando menos desde la Segunda Guerra Mundial (aunque podría decirse que desde las pos-

trimerías de la primera).[8] Sin embargo, este proyecto de significación no responde únicamente a la sombra del mal nacional-socialista. En lugar de ello, busca negociar la multitud de maneras en las que este pasado siniestro acecha sobre los dilemas muy contemporáneos de la nación alemana y, en particular, sobre su relación conflictiva con la inmigración y la diferencia cultural (Shoshan, 2008b). En este sentido, el manejo del odio no se dirige tan sólo —quizá ni siquiera principalmente— al extremista de derecha. Si su preocupación se revela como algo que gira en torno a la superación de una aporía nacional actual, su destinatario se compone de públicos nacionales mucho más amplios. Es sobre estos públicos que se centra mi atención en los siguientes dos capítulos.

[8] Algunas de las reflexiones canónicas sobre esta cuestión incluyen los escritos de entreguerras de Sigmund Freud, *Psicología de las masas y el análisis del yo* (2008c), *El malestar en la cultura* (2008b) y *Más allá del principio del placer* (2008a); *Los orígenes del totalitarismo* (1982) y *Eichmann en Jerusalén* (1999) de Hannah Arendt; la teoría de Adorno sobre la personalidad autoritaria (2004); y, más recientemente, de Klaus Theweleit, *Male Fantasies* (1987).

PARTE III

VIII. INOCULAR AL PÚBLICO NACIONAL

La expresión alemana "el amor pasa por el estómago" (*Liebe geht durch den magen*) equivale, *grosso modo*, al dicho en español "al corazón del hombre se llega por el estómago", aunque con una marca de género menos explícita. Parecería permitir mayor laxitud que su contraparte en español para lograr creativas variaciones. Según el encabezado de un folleto ampliamente distribuido a lo largo de Treptow-Köpenick durante el verano de 2005, la "tolerancia" también "pasa por el estómago". El subtítulo del brilloso panfleto plegable prometía "gastronomía internacional 'de un *döner* [*kebab*] a un *dinner* [cena]' en Treptow-Köpenick, Berlín". Su colorida portada se abría a una lista de unos 15 establecimientos de comida "extranjera" en el distrito: varios bistrós turcos, un restaurante tailandés, un servicio de entrega de pizzas, un puñado de heladerías y restaurantes italianos, y tres locales de McDonald's. En su parte posterior un texto breve delineaba la razón tras el folleto de la siguiente manera:

> Mucha gente del distrito de Treptow-Köpenick ha trabajado desde hace tiempo con políticos y administradores a favor de una vida colectiva, democrática y tolerante, para todos los ciudadanos. Sin embargo, una y otra vez el público también ha enfrentado propaganda y violencia derechista y racista.
>
> La "Coalición para la Democracia y la Tolerancia contra la Xenofobia y el Racismo", que agrupa a muchas asociaciones, iniciativas y partidos políticos, invita a tratar estos sucesos de maneras creativas […].

> [Este folleto] muestra (sin agotar) qué tan colorida y diversa es la gastronomía en nuestro distrito. Numerosos restauranteros extranjeros enriquecen el espectro [culinario] disponible, y los ciudadanos de Treptow-Köpenick, así como sus visitantes, se benefician de la amplia variedad internacional, *from Döner to Dinner* ("del kebab a la cena").
>
> No sólo al amor, sino también a la tolerancia, se llega por el estómago. La cocina extranjera representa un enriquecimiento culinario cultural a nuestra vida cotidiana.
>
> Por ello, con este folleto los participantes [de la coalición] promueven la tolerancia y la solidaridad, al tiempo que llaman la atención a los placeres culinarios de nuestro distrito.

Dada la gravedad del tema el tono del folleto puede parecer notable, quizá incluso estrafalario. Los dos juegos de palabras en su portada —"la tolerancia pasa por el estómago" y *from Döner to Dinner*— lo dotan de un tono juguetón, humorístico. Busca, en este sentido, presentar una postura textual segura de sí misma, ingeniosa, respecto de la relación bastante siniestra entre el *kebab* y la salchicha que describí en el capítulo III. Sin embargo, en su *performance* de exorcismo gastronómico contra el espectro del extremismo de derecha, armado con restaurantes McDonald's y locales de *gelato*, delataba, al mismo tiempo, cierto nerviosismo, cierto titubeo, cierta duda respecto de sí mismo. Mis informantes, tal como vimos en el capítulo III, no consideraban extranjeros a ningún establecimiento a excepción del turco y el tailandés, y muy pocos de entre ellos evitarían entrar incluso a éstos. Como los proyectos de rehabilitación examinados en el capítulo anterior, aquí también encontramos una especie de reflejo incontrolable, un intento de domesticación de la presencia fantasmagórica que permanece tan intolerable como inextricable.

Pero el curioso folletito también narra algo distinto, si nos tomamos un momento para reflexionar sobre los procesos sociales y el contexto histórico del que surgió como

producto terminado. Para empezar, nació como una iniciativa conjunta de la asociación de negocios del distrito, su asociación para el turismo y su Coalición para la Democracia y la Tolerancia, una alianza de organizaciones locales de la sociedad civil y proveedores de servicios municipales que el alcalde del distrito fundó y que ha apoyado con perseverancia. En ese sentido, el folleto sin duda mostraba qué tan armónicamente conjunta podía ser la lucha política contra el racismo y la xenofobia con los intereses comerciales en general, y los intereses financieros de la gastronomía local y los sectores del turismo en particular. Pero de manera más importante, y en un nivel más general, el folleto ofrece una útil ilustración de cómo, mediante esa misma lucha, los intereses locales (en este caso comerciales) se coaligan con una serie diversa de otras fuerzas operativas en múltiples escalas en la Alemania actual, incluso con aquellas que funcionan en otros contextos locales, para producir un proyecto de proporciones nacionales. Los grupos y las asociaciones de Treptow-Köpenick se reunieron con innumerables actores de la sociedad civil, iniciativas municipales, programas estatales y proyectos federales que llevan a cabo acciones similares, que replican e intercambian entre ellos, en diversas escalas.

Desde esta perspectiva, el folletín representa una muestra local o una sinécdoque de un proyecto nacional mucho más amplio. En el capítulo I describí cómo la cuestión nacional, ya en el horizonte a lo largo de la década de 1980, regresó con una potencia particular con la turbulencia de 1989. En las postrimerías de la reunificación, la cruzada nacional contra el extremismo de derecha, en cuyo arsenal sin duda podríamos contar al folleto de marras, ha ofrecido una respuesta clave a la cuestión. Esta cruzada ha elaborado y proporcionado un vocabulario simbólico para reimaginar una colectividad nacional precisamente en su oposición misma al espectro nacionalista. La resignificación posreunificación de la comunidad nacional ha procedido bajo los lemas de la tolerancia,

la democracia, la apertura mental (*weltoffentlichkeit*) y la sociedad civil, que se han blandido como estandartes de la guerra contra el peligro del extremismo de derecha.

Al servir como léxico de metáforas que estructuran el proyecto embrionario de la nación alemana, tales frases pegadizas operan como aquello que Ernesto Laclau denominó "significantes vacíos" (1996c). Articulan —cuando menos al grado en que operan con efectividad— una gama heterogénea de intereses políticos y de proyectos culturales dispares en una colectividad —en este caso de forma nacional— que a través de ellos adquiere una relativa coherencia. Qué tan bien lo hagan depende, por supuesto, del grado en que se hayan vuelto, de manera exitosa, representaciones hegemónicas de la comunidad que buscan crear. El que existan en la actualidad como un prominente proyecto ideológico de interpelación a la nación alemana de ninguna manera implica que hayan, de hecho, logrado fijar de manera hegemónica dicha representación. Sólo son contendientes, de gran peso sin duda, por un proyecto de nación, y sus triunfos siempre deben ser incompletos y socialmente disparejos. Así, por ejemplo, la Alemania multicultural, tolerante, debe seguir acogiendo a la Alemania potencia exportadora mundial, ecológicamente responsable, etc. De manera significativa, la función política de tales representaciones de la comunidad nacional como significantes vacíos no debiera distraernos de su plenitud semiótica, histórica y cultural verdadera; esto es, de la gama completa de valores que se les ha imputado a lo largo de sus historias genealógicas, de los tipos de fuerzas políticas con las que se les ha asociado en virtud de su posicionamiento social y como consecuencia de sus modos de producción institucionales (*cf.* Bakhtin, 1998a).[1]

[1] De este modo, la democracia, por ejemplo, desde hace tiempo ha conformado un pilar central de la construcción de la diferencia de Alemania Occidental respecto de su pasado nacional-socialista, así como de su contemporáneo socialista; su contenido político actual, por lo tanto, conlleva fuertes rastros de esta historia.

Así, el folleto —e innumerables artefactos como éste— exponía no sólo los tipos de ansiedades que provoca el nacionalismo violento y los múltiples esfuerzos por domesticarlo. Señalaba, asimismo, cómo esa misma ansiedad y los variados proyectos, discursos y prácticas que crea sirven hoy para movilizar y fundir un ensamble heterogéneo de fuerzas. El manejo del odio aparece aquí, entonces, menos como una serie de mecanismos represivos que se aplican a las actitudes políticamente desviadas y más como algo productivo precisamente de la "cosa nacional". El folleto *Döner to Dinner* y otros semejantes forman parte, imitan y hacen ventriloquía de las expresiones ideológicas que los programas gubernamentales elaboran y diseminan, y en tal grado operan como instrumentos de los aparatos de Estado. Les otorgan coherencia los programas insignia de la UE o federales como Civitas, de la que hablaré un poco adelante, y que proveen de fuerzas discursivas centrípetas que las mantienen suficientemente uniformes, aun cuando no reciban fondos directos de estos programas ni compartan relaciones institucionales inmediatas con éstos. Sus campos de acción se traslapan y toman sus conceptos, frases clave y modelos estratégicos de dichos programas centralizados de gobierno.

Al mismo tiempo, el proyecto ideológico de nación de la que participa el folleto se vincula de maneras interesantes con los regímenes legal y penal, así como con los mecanismos de vigilancia que describí en el último par de capítulos. A primera vista, una serie de contrastes parecen separarlos. A nivel institucional, encontramos, por un lado, a las autoridades jurídicas, las agencias de imposición de la ley y los órganos correctivos, mientras que, por el otro, una mezcla de asociaciones que muestran menos uniformidad y estructura jerárquica. Los actores también parecen bastante distin-

---

No obstante, atado, como se ha inscrito, a la tolerancia de la diferencia cultural, su valor también se ha transformado de manera significativa a lo largo del último par de décadas.

tos: en un caso, practicantes con capacitación formal, dedicados a la tarea de reprimir o rehabilitar a los extremistas de derecha; en el otro, trabajadores sociales, trabajadores por la juventud, clero, empresarios, políticos locales, maestros y ciudadanos preocupados, quienes, por una variedad de razones, hacen su mejor esfuerzo por apoyar la causa de la tolerancia y la diversidad multicultural. De manera concordante, también, los métodos que emplean varían mucho en la medida en que estén formalizados, codificados y configurados de manera jerárquica. Pero su punto de contraste más fuerte sin duda tiene que ver con su población objetivo, a saber, la población bastante limitada, aunque híper visible, de delincuentes políticos y otros nacionalistas aberrantes, por un lado; por el otro, el público mucho más amplio de la llamada ciudadanía ordinaria, que se considera potencialmente vulnerable al influjo del nacionalismo racista —aun cuando no se encuentre bajo el mismo—, o que se imagina posible aliada activa en la lucha —pero que aún es demasiado condescendientemente pasiva para unirse a ella—, o aquellos que podrían apreciar los beneficios de la apertura cosmopolita ante la diversidad cultural.

Vistos más de cerca, estos dos campos de gobernanza afectiva se revelan como algo más íntimamente entretejido de lo que se pueda suponer al inicio. Para empezar, encontramos una mezcla significativa entre las organizaciones y los grupos que los ponen en acto. Las asociaciones locales que promueven la diversidad cultural en ocasiones también vigilan y documentan las actividades de la extrema derecha y la violencia racista y política. Una organización dedicada a reformar a neonazis activos, como EXIT, que encontramos en el capítulo VII, envía al mismo tiempo sus casos de éxito ejemplar a hablar en escuelas como modo de reducción de la vulnerabilidad de los estudiantes ante la ideología xenofóbica, para limitar su atractivo. Además, a menudo el control y la reforma de los extremistas de derecha, por un lado, y el

evangelio de la tolerancia multicultural, por el otro, se orientan exactamente a las mismas situaciones, aun cuando son distintas las organizaciones tras éstos y sin menoscabo de que afirman atender a poblaciones diferentes. Tomemos en cuenta cómo Gangway, con sus funciones de vigilancia y gobernanza agudamente concentradas en la juventud derechista local, interviene en un medio —el distrito de Treptow y, de manera más específica, vecindarios como Altglienicke o Johannisthal— que se percibe como particularmente problemático, a la par de una serie de otras organizaciones que, como veremos, promueven el intercambio cultural y la participación democrática entre los residentes locales en general. En un nivel más profundo, el esfuerzo completo de orquestar relaciones afectivas con la diferencia —ya sea manejando la violencia y la xenofobia en las márgenes políticas u otorgando valor positivo a la diversidad en el supuesto centro— se define a sí mismo en relación con referentes semejantes, teje en conjunto narrativas paralelas y descansa sobre marcos ideológicos análogos. Ambas modalidades de gobernanza afectiva apelan a los mismos significantes maestros, vacíos, los mismos pilares de la nueva nación, y calibran sus esfuerzos en cuanto a éstos.

En las siguientes secciones de este capítulo examino esa maraña de actores e intereses que adquieren cierta medida de coherencia ideológica, aunque siempre incipiente, en torno al nodo del extremismo de derecha y que desempeñan la labor de fomentar, entre públicos relativamente amplios, tanto una activa oposición a éste como una cierta resiliencia pasiva en su contra. Comienzo con una reflexión sobre cómo el Estado estimula esta actividad como una manera de manejar el odio, examinando en particular el programa gubernamental insignia Civitas como caso ilustrativo. Después, analizo algunos de los diversos agentes e intereses que se fusionan en este esfuerzo colectivo al examinar varios ejemplos tomados de mi lugar de campo. Por último,

interrogo cómo estas fuerzas dispares se movilizan al tomar como ejemplo la protesta contra una marcha extremista de derecha por Treptow-Köpenick. Me centro menos en la dimensión dramatúrgica, ritualizada y espectacular de este evento, que los etnógrafos a menudo enfatizan, y más en su sociología política y su meticulosa producción para reflexionar sobre el trabajo que requiere, el trabajo que desempeña y el trabajo que se pone en acto en la misma.

Mi meta no es sólo describir cómo funciona esta campaña, sino también, de manera más importante, entender las maneras en que las formas afectivas la atraviesan y la definen; dicho de otro modo, cómo la gobernanza del afecto está, en sí misma, saturada afectivamente. La gobernanza como mediación del afecto nacionalista, como su significación, y como manejo y vigilancia de sus tabúes y prescripciones es, quizá, un ejemplo particularmente interesante con el cual pensar la cuestión. Como sostiene este libro, el manejo del odio ha sido crucial para el proyecto de una colectividad nacional alemana en la era posreunificación. La lucha contra el nacionalismo, en este sentido, se ha vuelto parte del proceso mismo de construcción de la nación. Por supuesto, son precisamente dichas ansiedades intensificadas en torno al sentimiento y la política nacionalistas durante el periodo de la posguerra las que en la actualidad hacen particularmente oportuna —si no es que indispensable— a la lucha contra la extrema derecha para fabricar un nacionalismo alemán en apariencia inocuo. La figura del extremista de derecha, tal como expliqué en el capítulo II (véase también Shoshan, 2008a), se ha dotado de asociaciones alemanas orientales. Por lo tanto, encarna no sólo el espectro del nacional-socialismo, sino también el trauma del comunismo. Mediante éste el proyecto nacional actual reconcilia a ambos pasados. No obstante, las ansiedades evidentes en los materiales que examino en este capítulo sobre el "nazi interior" implantan dicha figura en el núcleo de un proyecto nacional

que se esfuerza, en vano, por reclamar para sí el estatus de normalidad.

Sin duda, hasta cierto punto la lucha contra el extremismo de derecha ofrece algún tipo de coartada que permite que el nacionalismo amenazante prosiga sin trabas en otros casos. Éste es quizá el caso en particular cuando aparece como gesto retórico o en la forma de apoyo financiero. No obstante, los proyectos financiados por el gobierno para contrarrestar a los movimientos neonazis no son —o no sólo son— tramas cínicas de relaciones públicas para distraer la atención del nacionalismo, aun cuando creen un valioso capital para los contendientes políticos. Sin embargo, mi punto es distinto. Me interesa comprender cómo, a lo largo de las últimas dos décadas, la fabricación y el cambio de imagen del nacionalismo alemán ha avanzado cada vez más en la forma de amplia movilización contra el extremismo de derecha. En otras palabras, me interesa menos preguntar si esta movilización contra el nacionalismo ilícito ha distraído o no la atención pública del nacionalismo próspero en otros sitios, y más examinar cómo ha provisto, en sí mismo, un importante sitio para el progreso del proyecto nacionalista. Desde esta perspectiva, el proyecto nacional en la Alemania contemporánea ha tenido, desde el principio, un interés fundamental en el manejo del odio.

Una misión civilizatoria

En el año 2000 el canciller Gerhard Schröder dirigió al público alemán un llamado a una *Aufstand der anständigen,* frase que quizá se traduce mejor como una "revuelta de los justos".[2] El llamado a una revuelta en boca del propio

[2] Es difícil hacerle justicia a esta frase en español. La palabra *aufstand* designa una revuelta o un levantamiento, en tanto que *anständig* significa respetable, decente, civilizado.

canciller —con un margen cómodo en el parlamento y dos años de gobierno— no puede sino parecer profundamente irónico. El antecedente inmediato a éste fue un ataque incendiario contra una sinagoga. Con su exhortación, el canciller urgió a los alemanes a dejar de tolerar el antisemitismo y mostrar mayor valentía civil. En Alemania la palabra *zivilcourage* (valentía civil) denota fuertes y dolorosas asociaciones con la historia del nacional-socialismo. Evoca aquello de lo que carecieron los alemanes ordinarios durante el Tercer Reich. Sugiere la interrogante de si uno hubiese tenido la valentía para defender a los judíos y a otras víctimas de sus atrocidades. Sin lugar a dudas, a menudo tales cuestiones quedan como compulsiones implícitas que atraviesan los usos de la palabra *zivilcourage* y que le otorgan su carga ideológica (*cf.* AG Netzwerke gegen Rechtsextremismus; Bakhtin, 1998a). De manera igualmente frecuente, no obstante, estas interrogantes se comentan explícita y vívidamente en conversaciones íntimas. La interpelación nacional en torno al *zivilcourage* es, en este sentido, también la promesa de la autorredención.

Pronto, el llamado de Schröder a la rebelión de los justos llegó a ser referencia de mucho más que defender sólo a judíos y sinagogas. Así, describía cada vez más la participación civil contra el racismo y la xenofobia en general, y aparecía en asociación con diversos esfuerzos y campañas en la lucha contra el extremismo de derecha y a favor de la tolerancia y la diversidad. El ataque a la sinagoga fue el último de una serie de incidentes brutales del nacionalismo violento que Alemania atestiguó a finales de los años noventa, de modo que el exhorto de Schröder fue, desde el principio, en cierto sentido un llamado desesperado e indiscriminado de "basta". Uno de sus resultados concretos principales consistió en la iniciativa "Los jóvenes a favor de la tolerancia y la democracia. Contra el extremismo de derecha, la xenofobia y el antisemitismo", que operaba como

una organización marco para diferentes programas, mediante los que el gobierno federal canalizaba dinero para la campaña contra la extrema derecha. Los recursos que ponía a disposición fueron clave para el crecimiento acelerado de proyectos contra el extremismo de derecha por toda Alemania, incluso cuando centraban su atención en el Este de manera desproporcionada. El financiamiento a menudo provenía del Fondo Social Europeo, en ocasiones complementado por los presupuestos estatal o municipal. Cuando los demócrata-cristianos regresaron al poder bajo Merkel, en 2005, prontamente descartaron la iniciativa socialdemócrata y verde (en referencia al partido), pero sólo para reemplazarla con un programa federal propio. En tanto que el plan del CDU difería en ciertos aspectos,[3] preservaba no sólo gran parte de la inversión federal que había consolidado el gobierno anterior, sino también muchos de los lineamientos generales y principios operativos de la iniciativa previa. Para ese momento, también, algunos proyectos locales se habían vuelto autosustentables, en tanto que otros se habían hecho de apoyo estatal y municipal.

La discusión que planteo aquí trata sobre la iniciativa tal y como se implementó entre 2001 y 2006, en el momento de mi trabajo de campo, cuando dependía principalmente de tres programas: Civitas, Entimon y Xenos. Civitas, Iniciativa contra el Extremismo de Derecha en los Nuevos Estados Federales, se centraba exclusivamente en los territorios antes alemanes del Este, y representaba aquello que describí en el capítulo anterior como un enfoque de "cultura política" ante el problema del racismo y la xenofobia. La meta explícita de Civitas era establecer y reforzar, en el supuesto terreno vacío del Este, estructuras de la sociedad civil que contrarrestaran los avances de los movimientos de la extrema derecha, así como la ubicuidad de las corrientes racistas

[3] Por ejemplo, el plan del CDU ponía mayor énfasis en la lucha contra el extremismo en general, más que contra el extremismo de derecha en particular.

y antidemocráticas, al promover una cultura política de democracia y tolerancia. Ello ilustra la manera en la que, tal como expliqué en el capítulo I, Alemania Occidental posreunificación recreaba el drama de la democratización impulsada por Estados Unidos durante la posguerra, esta vez ocupando el lugar del protagonista que interviene para dar lecciones sobre democracia y, por lo tanto, sosteniéndose como algo ya transformado, ya listo para jugar dicho papel (Borneman, 1993).

Al inicio no se planeó que Civitas continuara de manera indefinida. En lugar de ello, se esperaba que proveyera los cimientos de estructuras autónomas de la sociedad civil, autosustentables, que progresivamente generaran la resiliencia para perseverar sin su apoyo. El programa priorizaba tres áreas: organizaciones de víctimas (*Opferberatungsstelle*), las llamadas "bases de redes" (*Netzwerkstelle*) y equipos móviles. Tal como me comentara un integrante de una de las organizaciones de víctimas de Berlín, participaban en una variedad de actividades centradas en las víctimas de la violencia y el abuso del extremismo de derecha: les ofrecían consejería psicológica y legal, pero también hacían cabildeo en su nombre ante las autoridades, emprendían campañas públicas a su favor y compilaban crónicas de incidentes violentos y racistas. Se esperaba que las bases de redes coordinaran esfuerzos separados, construyeran coaliciones entre actores, proveyeran experiencia profesional, ayudaran en la identificación y obtención de recursos financieros, organizaran eventos y dieran seguimiento a los sucesos en los medios regionales de la extrema derecha. En las oficinas de las bases de redes en Berlín se podían encontrar una innumerable cantidad de volantes y folletos de proyectos pasados y presentes. Los equipos móviles de consulta, por último, debían desplegarse para intervenir en situaciones particulares de crisis en respuesta a las invitaciones de autoridades locales, instituciones pertinentes

(como escuelas) y grupos afectados. La ONG a la que Helmuth hizo una llamada en el capítulo VI para avisar sobre una manifestación, por ejemplo, era la MBR (acrónimo en alemán para Consulta Móvil contra el Extremismo de Derecha), equipo móvil que luchaba contra el extremismo de derecha en Treptow-Köpenick. Era esta combinación de trabajo orientado a las víctimas, funcionamiento por redes y equipos móviles lo que se esperaba disparara una masa crítica de actores de la sociedad civil lo suficientemente vigorosa como para transformar la supuestamente difunta cultura política del Este.

Otros dos programas además de Civitas eran parte de la iniciativa, aunque su presencia inmediata en las áreas donde yo trabajaba era menos intensa. "Entimon, juntos contra la violencia y el extremismo de derecha", se distinguía de Civitas en que no se había diseñado para plantar las semillas de una futura sociedad civil, sino para abastecer de recursos para proyectos y eventos a las estructuras supuestamente ya existentes. En concordancia con lo anterior, operaba tanto en el Este como en el Oeste. Por último, "Xenos, vivir y trabajar en diversidad", fue financiada por la UE y se orientaba al mercado laboral. Promovía iniciativas para mejorar los prospectos de empleo de las personas desempleadas, o para facilitar su vuelta al trabajo, prestando atención particular a la tolerancia multicultural y a la discriminación y el racismo en el lugar de trabajo o en la capacitación vocacional. En este esfuerzo se orientaba a negocios, asociaciones profesionales, sindicatos, localidades, instituciones de capacitación vocacional y escuelas, y los movilizaba. Se trataba, por lo tanto, de una articulación bastante peculiar del manejo del odio con la gobernanza de la fuerza laboral y de los desempleados.

Mientras que el Ministerio Federal para la Familia, Adultos Mayores, Mujeres y Jóvenes (BMFSFJ por sus siglas en alemán) y el Ministerio Federal de Economía y Trabajo (BMWA por

sus siglas en alemán) administraban los programas, la mayor parte de su presupuesto provenía del Fondo Social Europeo. El desembolso de fondos para proyectos en lo individual, a su vez, a menudo priorizaba modelos participativos, apalancando las contribuciones federales y de la UE con las estatales y municipales. De este modo, se esperaba que el financiamiento centralizado activara una gran gama de otros recursos y fuerzas, desde gobiernos locales u organizaciones eclesiásticas hasta partidos políticos, fundaciones, sindicatos, iniciativas del sector privado, ONG multiculturales y de inmigrantes, asociaciones deportivas, movimientos juveniles y escuelas, motivando a todas estas instancias a desarrollar y poner en práctica proyectos adecuados. Tanto la estructura financiera como la organización administrativa de esos programas, de este modo, cruzaban por una variedad de escalas, de fronteras institucionales, de esferas sociales y de afiliaciones políticas. La iniciativa infundiría vida a una alianza que reuniera a escalas distintas de grupos e intereses estatales y dispares, de modo tal que utilizaba con intensidad los discursos contemporáneos de la gobernanza neoliberal (Brenner y Theodore, 2002; Sharma, 2006) que, tal como anoté en el capítulo VI, ponen énfasis en la horizontalidad, las redes y la adaptabilidad. Tomemos, por ejemplo, las nociones mismas de bases de redes y equipos móviles de consulta: ambas son fundamentales para la estrategia de Civitas y marcan una imaginación específicamente neoliberal de cómo debía verse la gobernanza.

Sin duda, los movimientos juveniles, las organizaciones de inmigrantes, ciertos partidos políticos, grupos eclesiásticos y muchas otras de las fuerzas a las que este empeño gubernamental se orienta y moviliza han trabajado contra el extremismo de derecha y la violencia racista de tiempo atrás, con un compromiso estable y campañas independientes alejadas al Estado. Por lo tanto, sería una cruda exageración, si no es que una total invención, darle a los programas federales

que he descrito gran parte del crédito tras los numerosos esfuerzos en este campo. Sin embargo, en diversos niveles han jugado una función clave en vincular a estas fuerzas heterogéneas de modos particulares, en moldearlas en una aglomeración de actores en apariencia cohesiva y en conferirles cierta coherencia en cuanto a contenidos. Al instalar una base de redes en una localidad dada, por ejemplo, Civitas facilitó la suma y coordinación de varios recursos y actores locales. También estimuló su articulación con instituciones, conocimientos y oportunidades de financiamiento translocales, y, cuando menos al grado en que operaba con eficacia, creaba posibilidades de contacto y colaboración institucional tanto dentro de la misma escala como entre escalas. La estructura de financiamiento mixta también tenía la meta de integrar diferentes escalas de gobernanza al crear inversiones locales para dicha iniciativa. Las reglamentaciones presupuestales y los términos de los procedimientos de evaluación estándar promovían la cooperación entre distintas instancias de gobernanza y grupos de interés, estimulando el surgimiento de coaliciones y campañas con una amplia gama de participantes.

Del mismo modo, también llevaban a cabo un trabajo muy importante e indispensable para el manejo del odio a niveles simbólico e ideológico, otorgando al mismo un vocabulario estable de significantes vacíos, que a la vez estaban bastante llenos en lo ideológico, en el sentido que planteé antes. Tomemos, por ejemplo, la frase *bunt statt braun* ("colorido en lugar de café"),[4] que apareció alguna vez como encabezado en un volante que urgía a los residentes a acudir a una protesta contra una marcha neonazi por Schöneweide; en otro como lema contra el racismo y la intolerancia de una iniciativa de maestros, estudiantes y padres

[4] El color café, en el sistema político alemán codificado por colores, representa al nacional-socialismo.

y madres de una secundaria en un pequeño poblado; y aun en otro como el nombre de una asociación juvenil contra el extremismo de derecha. O tomemos, como otro ejemplo, el término *weltoffen* ("amplio criterio"),[5] que puede aparecer como *weltoffenes Deutschland* en el nombre de una ONG nacional, como el *weltoffenes und tolerantes Sachsen* ("Sajonia de amplio criterio y tolerante") de un programa estatal contra el extremismo de derecha en Sajonia, o en el nombre de una coalición local, como en la *Netzwerk für Toleranz und Weltoffenheit Bernau* ("Red de Bernau para la tolerancia y el amplio criterio"). Por último, veamos la expresión *Gesicht zeigen* ("demos la cara"),[6] que puede servir como el nombre de una movilización local contra una manifestación de extrema derecha por venir, o aparecer en un sinnúmero de reportes de prensa en la forma *Gesicht zeigen statt wegschauen* ("dar la cara en lugar de hacerse de la vista gorda"), refiriéndose a aquello que la ciudadanía honorable debe hacer, y en ocasiones ha hecho, de cara a la amenaza nacionalista.

Todas estas frases y algunas otras también delinean un espacio moral para la nación naciente y exponen algunos de sus principios éticos clave. Será una nación que valora su propia diversidad; que condena los imaginarios nacionales monocromáticos; que respeta, acepta y muestra interés en el mundo más amplio en torno a ella; que cumple con entusiasmo sus obligaciones morales para con la civilidad y que enfrenta el mal. Sus gobernados nacionales, entonces, no sólo suscribirían los valores cosmopolitas y multiculturales, sino que también se esperaría que demostraran el carácter adecuado; que mostraran, en otras palabras, la decencia, la valentía y el compromiso para defender dichos valores.

[5] De manera más precisa, *weltoffen* significa cierta apertura ante el mundo, ergo, un tipo de apertura de criterio cosmopolita.

[6] *Gesicht zeigen* implica participar y desplegar una activa resistencia en oposición a una indiferencia pasiva.

El defenderlos, a cada uno de ellos —incluida la propia valentía para hacerlo— de manera nítida, hace referencia al pasado nacional-socialista y señala un contraste respecto del mismo (y, en menor grado, respecto del comunista), e implica que con ello se logra salvar a Alemania y al mundo en su conjunto del propio nacionalismo alemán. Uno quiere preguntar, entonces, ¿cuál es precisamente la cara que se insta a los alemanes a mostrar? ¿Asumen e implican las campañas contra el extremismo de derecha que los connacionales son, de hecho, en gran medida tolerantes de la diferencia cultural, cosmopolitas en su cosmovisión y democráticos en sus orientaciones políticas, y que sólo necesitan hacer públicas sus convicciones y actuar en consecuencia? ¿Convocan a una mayoría silenciosa que sostiene los valores correctos, pero que permanece pasivamente invisible? ¿O buscan interpelar como este nuevo sujeto nacional a un público que no sólo es indiferente, sino que también, por implicación, sostiene compromisos afectivos e ideológicos despreciables? Además, más allá de la interrogante de qué cara debe mostrarse, y la de quién, también podemos inquirir a quién y por quién. Sin duda, uno debe dar la cara ante los jóvenes neonazis que marchan por la ciudad, y de esta manera resistirles, avergonzarles en público, obstaculizar su perversión política, hacer patente el rechazo de la sociedad, la intolerabilidad de su intolerancia. Sin embargo, las multitudes nacionalistas no son sólo antagonistas a quienes se debe forzar a encontrarse con el gesto de desaprobación de sus cociudadanos. También son un escenario que permite que los alemanes muestren en la actualidad su verdadero rostro, unos ante los otros y, quizá de manera más importante, para que el mundo en general lo vea. Su presencia en ese sentido crea sitios y momentos para la puesta en acto de Alemania, y para una buena puesta en acto, alineada con el proyecto nacional al que dan forma los significantes vacíos de los que he hablado.

Construcción de coaliciones

El folleto de comida multicultural con el que abrí este capítulo no estaba afiliado de manera directa con ningún otro de los programas federales. Era el producto, como expliqué, de una iniciativa conjunta entre las asociaciones de cabildeo de las empresas locales y de la Coalición para la Democracia y la Tolerancia (de aquí en adelante, la coalición) del distrito. Esta coalición, a su vez, fue fundada por el alcalde de Treptow-Köpenick de aquel momento y, dependiente de patrocinio municipal, abarcaba a numerosos actores: clubes juveniles, asociaciones inmobiliarias, escuelas, ONG, funcionarios municipales y otros. La convocatoria del alcalde para unir fuerzas en la coalición literalmente interpelaba a estos actores como protagonistas locales de la lucha contra la extrema derecha en el distrito. Aquellos que desde tiempo atrás habían participado en dicha lucha —por ejemplo, los clubes juveniles cuyo personal enfrentaba dificultades con los visitantes extremistas de derecha— no eran la excepción. A menudo encontraban que sus esfuerzos se reinterpretaban cuando se volvían colaboradores dentro de la iniciativa aglomerante.

Resulta difícil, por lo tanto, rastrear cualquier frontera clara de separación entre la sociedad civil y el Estado en este caso. El esfuerzo por incorporar a fuerzas aisladas, relativamente independientes, en un frente centralizado no parece sugerir un aumento de la autonomía de los primeros respecto del último. En un sentido evidente, el Estado interpela a la coalición como sociedad civil en primera instancia. El resultado es un espectro relativamente amplio de actores, con diversos grados de compromiso e intereses distintos, desde los comerciales o comunitarios hasta los grupos de inmigrantes y agentes gubernamentales y paragubernamentales de gobernanza, u ONG especializadas en el manejo del odio. La coalición de Treptow-Köpenick incluía, por

ejemplo, una escuela del distrito afectada por el extremismo de derecha; un club juvenil —uno de varios— donde los visitantes extremistas de derecha planteaban frecuentemente un reto; y el equipo móvil MBR, impulsado por Civitas, que era convocado para intervenir en situaciones de crisis y que subsecuentemente se estableció de manera más o menos permanente en el distrito. Desde las publicaciones de programas federales y las oficinas del comisionado de Berlín (Beauftragter) para la Migración y la Integración, hasta los documentos de los equipos móviles de intervención y la pizarra de anuncios en la recepción del club juvenil local, los integrantes de la coalición y otros con compromisos idénticos enuncian un discurso similar sobre la diversidad, la tolerancia y la amplitud de criterio. Promueven cierta narrativa sobre la nación, a la vez que a menudo también plantean críticas a dicha narrativa. Al mismo tiempo, tales amplias colaboraciones, pese a sus numerosos integrantes, con frecuencia quedan a nivel relativamente local y a menudo muestran una intensa preocupación por el manejo de la imagen de lugares en particular, con la esperanza de renovarla para volverlos seguros y tolerantes.

En una ocasión, por ejemplo, la coalición participó en la organización de un "Festival intercultural para la democracia y la tolerancia" en los alrededores de la estación ferroviaria Schöneweide, un área de mala reputación debido a la intensidad de sus actividades de extrema derecha. Bajo el lema "Schöneweide vive/ama la diversidad" (*Schöneweide l[i]ebt bunt*), el festival ocupó de manera simbólica una zona abierta frente a la estación ferroviaria y el centro comercial adyacente. Su propósito explícito era crear conciencia pública de la mala reputación del área como una "zona de miedo" para las víctimas potenciales de la violencia extremista de derecha, contrarrestar dicha reputación, así como protestar contra la prevalencia de los baluartes de la derecha extrema en su entorno. El festival incluyó dos escenarios, uno

en cada extremo de la explanada, albergando espectáculos y conciertos multiculturales. Algunos puestos ofrecían literatura —sobre derechos humanos, actividades extremistas de derecha en la localidad, proyectos para la tolerancia y la diversidad—, mientras otros servían exquisiteces de una diversidad de cocinas internacionales. La jornada incluyó lecturas y discusiones públicas, así como una exhibición de teatro de calle y una instalación artística. Los talleres de *grafiti* ocuparon la atención de algunos de los visitantes más jóvenes, en una esquina. También en este caso la lista de patrocinadores y participantes era larga e incluía a autoridades municipales; grupos de iglesia; de patrocinio privado; ONG antirracistas, antiextremismo de derecha y pro inmigrantes; partidos políticos; y varios foros y coaliciones locales.

Las preparaciones para este evento tuvieron lugar durante varios meses y podían encontrarse, por ejemplo, en los salones de ensayo de los clubes juveniles del distrito. El público real que asistió al festival no sumó más de un par de cientos en cualquier momento. Consistía, principalmente, de dos grupos distintos. El primero contaba con las diversas organizaciones que participaron en la producción del festival, su personal, sus integrantes y personas que de un modo u otro se relacionaban directamente con éstas. El segundo se componía de jóvenes militantes antifascistas que llegaron en tren desde todo Berlín para tomar la notoria estación Shöneweide. Se podía asignar virtualmente a todos los presentes a uno de estos dos grupos; hecho que, para algunos de mis informantes, indicaba el fracaso en cuanto a la movilización de los llamados ciudadanos ordinarios. A un par de cuadras de distancia Karl, el militante de 18 años, cuya distinción de los inmigrantes de distintos grupos étnicos examiné en el capítulo III, colaboró junto con algunos de sus pares en un comedor de beneficencia establecido en un puesto callejero organizado por el NPD como respuesta al festival, ubicado en la banqueta al otro lado de un restaurante famoso

por ser un popular lugar de encuentro para extremistas de derecha. Una gruesa fila de tropa policíaca bloqueó a las multitudes estridentes de activistas antifascistas para evitar que alcanzaran a Karl y sus amigos.

El festival por la democracia mostró ciertas semejanzas inequívocas con la asamblea de SPD celebrada en Khan's, que describí en detalle en el capítulo IV, y que casi llevó a un abrupto fin las actividades que desempeñaban ahí los trabajadores sociales. En primer lugar, ambas construían la "cosa" extremista de derecha como la cualidad de un lugar. Operaban bajo el supuesto de que, para parafrasear a Keith Basso (1996), el extremismo de derecha "se planta en lugares"; y, más aún, que se le debe desterrar de éstos. En segundo, ambas implicaban en alguna medida la emoción aventurera de viajar al fondo del "corazón de las tinieblas". Esta emoción contenía su propia dosis de ansiedad, evidente en la atenta preocupación por la seguridad en ambos eventos. Por último, compartían la idea estratégica de una ocupación transitoria del territorio hostil como vía de su recuperación. Una intervención única o, en el mejor de los casos, periódica podía, según esta lógica, ejercer un impacto duradero sobre el paisaje local, cotidiano.

Los esfuerzos de movilización, la gama de los actores y la cumbre de la efervescencia alcanzan su máximo esplendor durante los grandes espectáculos periódicos de las manifestaciones y las contramanifestaciones. En éstas el espectro íntegro de los actores que ya describí, fortalecidos por muchos más que se unen desde toda la ciudad y más allá de ésta, se reúnen de maneras pública y masiva en un momento de creación de la nación. Tomadas como eventos, las marchas y las manifestaciones constituyen momentos espectaculares, santificados por su propia poética ritual; pero tomadas como proceso, la manifestación misma surge como resultado de preparaciones meticulosas, desde todo ángulo, llevadas a cabo durante las semanas y meses que la preceden.

Adelante examino una de esas manifestaciones para reflexionar sobre su proceso de producción, en el que la nación tolerante se imagina, se ensaya y se pone en acto. Muestro cómo los muy distintos actores que el evento invoca llegan a marchar reunidos tras los mismos estandartes nacionales.

La manifestación nos lleva de vuelta a Becker, el líder del NPD quien, tal como mencioné en el capítulo III, reclutaba a jóvenes activistas de entre los círculos sociales de mis informantes. Los esfuerzos de Becker tuvieron éxito particular con un grupo de desertores escolares, expulsados de escuelas de educación media, inhabilitados de participar en clubes juveniles debido a su nacionalismo, que pasaban el tiempo en el parque en Johannisthal. Después de abandonar el NPD y fundar la *Kameradschaft* de BASO con el apoyo de sus jóvenes seguidores, en el otoño de 2003 Becker montó una manifestación por el futuro de la juventud alemana, en general, y por un club juvenil local de nacionalistas inhabilitados de participar en los locales existentes, en particular (véase el capítulo I). En el capítulo VI planteé cómo Helmuth llamó a una ONG para advertir que habría una manifestación en el distrito. Esta ONG fue el MBR. La llamada tuvo lugar en el otoño de 2004, y Helmuth compartía la noticia de que se planeaba una segunda marcha, la primera señal alarmante de que la manifestación de BASO se volvería, como de hecho lo hizo, un ritual anual. Peor aún, en esta ocasión Becker y su grupo de BASO contaban con varias figuras nacionales de liderazgo —incluido Gordon Reinholz, quien apareció en el documental que analicé en el capítulo previo— y sus seguidores. Este desarrollo novedoso incitó el temor de que aquello que había comenzado como una campaña muy parroquial para un centro juvenil local pudiera coronar a Treptow como el sitio de manifestaciones anuales masivas, de movilizaciones a nivel nacional.

De hecho, la mayor parte de mis conocidos extremistas de derecha en Treptow mostraron poco interés en la mani-

festación. Algunos ni siquiera sabían de ella, otros expresaron indiferencia, mientras que aún otros estaban preocupados debido al alto riesgo que implicaría para ellos asistir a tal evento, potencialmente explosivo. Encontré mayor conciencia respecto de la marcha que se avecinaba, así como mayor simpatía por los organizadores, entre mis informantes provenientes de los círculos sociales del *Kameradschaft* BASO, como Karl, Elsa, Jens, Lisa, Karla y sus amigos. Me informaron sobre reuniones secretas, a las que dijeron haber asistido, sucedidas en el bar local del medio, cercano a la estación de trenes Schöneweide, donde Becker y los integrantes de BASO hablaron sobre la logística y la táctica de la manifestación. Desde hacía tiempo Becker había establecido una lista de distribución de mensajes de texto (SMS) mediante la que mantenía informados a sus simpatizantes sobre varios temas de su interés: reuniones del *Kameradschaft,* acciones políticas, conciertos musicales, programas televisivos y manifestaciones en Berlín y sus alrededores. Más de un puñado de mis informantes había recibido mensajes esporádicos de Becker sobre el futuro evento y el curso de sus preparativos. Más allá de la circulación restringida sobre las reuniones clandestinas y las listas de distribución de mensajes de texto, la información sobre el evento también se volvió pieza central de los sitios *web* de diversas agrupaciones de extrema derecha. La exposición en la internet sin duda dio mucha más visibilidad que las listas de mensajes de texto o las conversaciones en los bares. Sin embargo, estos sitios *web*, del mismo modo, también se dirigían a las personas iniciadas: en su mayor parte públicos extremistas de derecha, pero también a activistas antifa y autoridades estatales que vigilaban sus actividades. No se dirigían al público en general, al que tampoco llegaban.

Así, la publicidad de la extrema derecha en torno a la marcha se dirigía a un público de iniciados, muchos de quienes se vinculaban mediante conocidos. La publicidad

más amplia y menos selectiva se dejó en manos de los antifa, la prensa, y varias asociaciones y coaliciones de la sociedad civil, que convocaban a llevar a cabo amplias movilizaciones en su contra. En las calles del distrito, en las que colgaban por doquier carteles antifa convocando a frenar a los "nazis", los anuncios de la marcha de esos mismos "nazis" brillaban por su ausencia. Funcionando de acuerdo con una rutina bien ensayada y mediante circuitos de comunicación establecidos las fuerzas que buscaban oponerse a la marcha amplificaban su eco mucho más allá de los círculos íntimos y locales. Las convocatorias militantes para la contramovilización aparecieron pronto en los sitios *web* antifa. Conforme se aceraba la fecha, los carteles antifa que urgían a los residentes a "salir a las calles" para "chingarse a BASO" cundían las banquetas del distrito. En un tono menos beligerante, la prensa local informó al público en general sobre la manifestación y las protestas planeadas en su contra. Los diarios publicaron peticiones firmadas por políticos, intelectuales, celebridades y otras figuras públicas para prohibir la marcha. Algunos reporteros cubrieron las deliberaciones de la coalición distrital en torno a las posibles medidas en contra. Detallaron la participación esperada de manifestantes, contramanifestantes y tropas de la policía, y mapearon la ruta proyectada que seguiría la marcha. Igualmente, publicaron la lista de las diversas asociaciones participantes como patrocinadoras y organizadoras de las protestas, que incluía al espectro íntegro de foros y coaliciones que ya mencioné (Berliner Morgenpost, 2004b; Berliner Morgenpost, 2004a; RBB, 2004b).

El MBR jugó un papel crucial para garantizar una amplia exposición mediática. Sus integrantes dieron entrevistas y aparecieron en foros públicos para informar a la ciudadanía sobre la *Kameradschaft* BASO, su campaña a favor de la creación de un club juvenil nacionalista y las protestas que se planearon en su contra. El sitio *web* de la organización

también ofrecía información minuciosa sobre estas problemáticas y constantemente se actualizaba. Incluía un mapa anotado, en el que líneas y puntos codificados por color señalaban la ruta diseñada para la marcha, los lugares de las contramanifestaciones y eventos de protesta, así como la posible ubicación de barreras policíacas. El MBR se encontró en una posición ambivalente, difícil. Por un lado, tenía un claro interés en maximizar la visibilidad pública de las protestas; en primer lugar, para aumentar el reclutamiento y la movilización, y, en segundo, como parte de su manejo de relaciones públicas. Esto exigía la intensa circulación de conocimiento para que llegara tan lejos como fuera posible, no sólo sobre el propio suceso, sino también sobre sus antecedentes, y en particular sobre las actividades de la extrema derecha en el área de Schöneweide. La necesidad estratégica de movilizar a la gente indiferente hacia la acción política permitía pocos matices y exigía, en lugar de ello, interpretaciones apocalípticas sobre el distrito. Por otro lado, el trabajo del MBR a menudo se criticaba por estigmatizar a los vecindarios. Después de una protesta que la organización dirigió contra tendencias extremistas de derecha en Schöneweide, por ejemplo, un *grafiti* irónicamente agradecía al líder del MBR por etiquetar al área íntegra como avispero nazi. La función misma de renombrar al sitio como tolerante y democrático implicaba también su estigmatización previa como racista y violento.

En las semanas precedentes a la manifestación, en clubes juveniles a lo largo del distrito, algunos trabajadores con jóvenes y adolescentes se concentraban en la impresión de carteles, la creación de mantas, el ensayo de espectáculos musicales y la organización de fiestas "multiculturales". Los trabajadores sociales mantuvieron una distancia segura respecto de esta animada labor, ya que la participación visible podía poner en riesgo su postura ante sus clientes. Empero, tenían sus propias preparaciones a las cuales asistir. Ahora

que se les había programado como rutina anual, las manifestaciones otorgaban a los trabajadores sociales una prueba de fuego periódica al ofrecerles la rara oportunidad de evaluar el nivel de involucramiento concreto de sus clientes en la acción política organizada. Tal como mencioné en el capítulo VI, los trabajadores sociales habían delineado una aparentemente nítida barrera que los descartaba de ofrecer sus servicios a los extremistas de derecha organizados. El problema, por supuesto, era que demasiado a menudo dicha línea no era clara en absoluto y determinar quién podía clasificarse como organizado y quién no planteaba una tarea sobrecogedora que confrontaba a los trabajadores sociales con supuestos harto ambiguos. Al tiempo que unirse a una marcha, como bien sabían, no tenía relación necesariamente con un activismo organizado sostenido, las manifestaciones, de cualquier forma, tenían la ventaja de proveer un criterio definitivo, inequívoco, para evaluar los compromisos políticos de los jóvenes del distrito: o estaban o no estaban ahí. Por ende, facilitaba a los trabajadores sociales la extirpación de aquellos que eran demasiado extremistas o demasiado fervientes desde su óptica como para recibir ayuda. Pero más que esperar pasivamente a que la manifestación les revelara la verdadera naturaleza de sus clientes, los trabajadores sociales tomaron acciones preventivas e hicieron un punto de agenda discutir la marcha con aquellos jóvenes que consideraban en riesgo de participar en ella, presionándolos para que se abstuvieran de hacerlo. Las semanas que antecedieron a la manifestación, así, fueron testigo de afanosos debates entre los trabajadores sociales centrados en las intenciones de ciertos jóvenes, en comparaciones entre lo que les habían dicho distintas personas y en conjeturas respecto de quiénes marcharían con los extremistas de derecha.

La gama completa de fuerzas que había participado en el preámbulo a la manifestación, cada una con sus propios

intereses y portando sus propias banderas, estuvo presente y expectante mientras se acercaba el momento decisivo. El desarrollo del encuentro entre ellos y la manera en que estos eventos se entenderían y narrarían en retrospectiva, fueron de importancia crítica. Las participaciones que cada parte podía movilizar quedarían claras. Los distintos obstáculos que colocarían una ante la otra, y en particular el destino de los intentos por frenar la marcha, caerían bajo análisis. Los medios informarían, sin lugar a dudas, el nivel de los decibeles de sus altercados. Y las personas presentes en la manifestación, al igual que aquellas que se enterarían por el diario, la radio o la televisión, compararían el tamaño y la cantidad de las mantas, así como sus cualidades estéticas e ingenio. Todo esto sugería que la significancia de los sucesos del momento se extendería mucho más allá de la propia manifestación; que ésta se percibía y llevaba a cabo tan sólo como un signo metonímico de algo por completo diferente. Las multitudes, el ruido, la parafernalia y las confrontaciones callejeras que inevitablemente tendrían lugar, todo indicaba algo de vital importancia sobre Treptow-Köpenick, en particular, y sobre Alemania de manera más general. Divulgaría el estado del nacionalismo de la extrema derecha, revelaría la resiliencia de las tradiciones antifascistas y el *esprit de corps* de sus alineados, expondría la vitalidad y el compromiso de la sociedad civil, y diría algo, también, sobre la condición general de la cultura democrática en el país. En resumen, entregaría en forma visual, espacial, nada menos que el estado de la nación alemana en el vecindario y, por extensión, por toda la ciudad y más allá de sus confines. En lo que sigue, entonces, me acercaré a la manifestación con mayor detalle, no para analizar sus espectáculos teatrales, sino para reflexionar sobre los públicos y los proyectos que convergen en ella, y sobre cómo, en conjunto, aunque a veces sin proponérselo, llevan a cabo la labor de construcción de la nación.

La manifestación, ¿de quién?

Era una mañana helada de principios de diciembre y el vecindario residencial de Adlershof, por lo común tranquilo y despoblado, del que partiría la marcha, ya se había metamorfoseado con una concurrida mezcla de personajes, atuendos, ruidos y signos. En una pequeña plaza abierta del otro lado de la estación de trenes docenas de jóvenes que llegaban para marchar en solidaridad con la juventud alemana, se reunían. Las tropas de policía antidisturbios, dispersas en torno a ellos y entre ellos. Se apretujaban unos con otros llevando en las manos banderas con los escudos de diversos estados y localidades alemanes, así como otros variados estandartes. Tomados en grupo, para nada se veían como la imagen convencional de manifestantes neonazis. Esto por dos razones. En primer lugar, las autoridades colocaron condiciones estrictas sobre la manifestación que descartaban el uso de gran cantidad de atuendos favoritos de los participantes, prohibían el uso de uniformes (entendido como cualquier código coordinado de vestido) y proscribían cualquier artículo que desplegara la combinación de colores negro, blanco y rojo. Lo más opresivo, quizá, fue la regla que prohibía alcohol y cigarrillos, ambos elementos integrales de la vida social de virtualmente todos mis jóvenes informantes. Su ausencia durante las largas horas que tenían enfrente cortaba de tajo, para mal, la medida del disfrute que se podía tener en dicho evento. Cada tanto, la policía se zambullía en medio de la muchedumbre de jóvenes extremistas de derecha para rodear a un transgresor. Algunos de quienes violaron las restricciones se enfrentaban a la opción de volver a casa o desafiar las siguientes lentas y gélidas horas sin camisa o portando sólo calcetines en los pies. El segundo aspecto notable de su apariencia tenía que ver con el tipo de grupos jóvenes, militantes y extraparlamentarios, que movilizó esta marcha en particular (recuérdese mi discusión en

torno a los giros en las identidades de consumo de extrema derecha en el capítulo I). Más que un par de personas en la pequeña plaza ostentaban modas asociadas tradicionalmente con el izquierdismo radical: camisetas con la imagen del "Che" Guevara, pañoletas palestinas, banderas rojas del movimiento obrero, estandartes con loas a la solidaridad internacional y atuendos "anarquistas". Entretanto, los líderes y sus asistentes se ocupaban de preparaciones en las cercanías, colocándole bocinas a un vehículo, con un equipo de filmación merodeando en torno a ellos.

En algún sentido, se trataba de *su* manifestación. Después de todo y para empezar, sus líderes la habían registrado con las autoridades. Sin embargo, el evento, tal como se desenvolvió, decididamente no era tan sólo —y quizá de maneras importantes, ni siquiera en primer lugar— suyo. Los alrededor de 150 entusiastas congregados conformaban apenas una minúscula fracción de las multitudes que convergieron en el distrito aquel día. Un notable grupo que deambulaba las calles incluía a activistas antifascistas de mayor edad, integrantes de asociaciones antifa cuyas raíces datan del momento inmediato posterior a la guerra. Sus seguidores se paseaban de un lado a otro de las banquetas y mostraban sus afiliaciones con botones, brazaletes o estandartes. Una cantidad significativa de éstos ostentaba, de alguna forma, las iniciales de la organización antifa alemana más grande y más vieja, la VVN-BdA (Unión de los Perseguidos del Régimen Nazi-Federación de Antifascistas, o Vereinigung der Verfolgten des Naziregimes – Bund der Antifaschistinnen und Antifaschisten). En tanto que a lo largo de gran parte de su historia se prohibió a la VVN-BdA en la RDA, que estableció sus propias organizaciones paralelas, la asociación siempre ha mantenido un perfil comunista. Para muchas personas en Treptow, que habían sido parte de las asociaciones antifascistas en el ex Este, la afinidad con la organización, después de la reunificación, parecía natural. Los simpati-

zantes del VVN-BdA, fundada por sobrevivientes de los campos de concentración nazis a meses del fin de la guerra, de este modo, tendían a incluir a una población de relativamente mayor edad, con muchos participantes de 70 u 80 años. Las otras dos referencias importantes, cuyo vocabulario simbólico blandían los integrantes de este grupo, incluían al Movimiento por la Paz Alemana Oriental, que ganó terreno en la década de 1970, y al Partido del Socialismo Democrático (PDS por sus siglas en alemán). Una pequeña multitud proveniente de este grupo deambulaba a las puertas del centro cultural comunitario, que daba a la avenida principal del vecindario, desde donde la marcha avanzaría pronto. Se escuchaba música coral desde las ventanas abiertas del segundo piso. Una amplia manta colgada del techo clamaba el legado antifascista de Stefan Heym, el judío comunista laureado con el Premio Nobel de letras, quien apenas escapó de los nazis sólo para regresar de su exilio en Estados Unidos hacia la RDA después de la guerra; ahí, hizo de Treptow-Köpenick su hogar. La oficina de la VVN-BdA se ubicaba a una parada del tren; su militancia se anclaba intensamente a la vida local.

Otro grupo que sobresalía entre la multitud alborotada de protestantes antifascistas era el ala radical y anarquista militante de los antifa, los *Autonome*. Sus jóvenes activistas llevaban atuendos estándar, compuestos de zapatos tenis, pantalones oscuros y sudaderas, gorros y gafas de sol. Para muchos de mis jóvenes informantes sus figuras albergaban un aura secreta de fascinación y miedo. Conformaban la materia de la que se tejían y por la que circulaban rumores y mitos. No era extraño que despertaran fantasías de brutalidad despiadada (recuérdese la historia de Gino en el capítulo II), sofisticación siniestra y omnipresencia amenazante. Algunos de mis informantes me contaron sobre el robo de identidades y fraude a tarjetas de crédito con los que los activistas *Autonome* habían llevado a la ruina financiera a

algunos activistas de la extrema derecha. Jamás pude verificar tales historias, pero no hay duda de que los activistas *Autonome* pirateaban los sitios *web* y las tiendas en línea extremistas de derecha regularmente, y de que subsecuentemente publicaban la información de las tarjetas de crédito de sus usuarios. Un ejemplo de tácticas antifa con menor uso de alta tecnología se expresa en la manera en la que algunos militantes enmascarados interceptaron a Axel, quien fuera la mano derecha de Becker, al que conocimos en el capítulo III, afuera del edificio de apartamentos donde vivían sus padres. Los antifas pusieron en claro que dejarían en ruinas la casa de sus padres si éste no desechaba su activismo político (Axel lo hizo). Gino, cuya fotografía y nombre dominaron las páginas *web* antifa durante un rato, alguna vez me narró cómo tres miembros enmascarados de los *Autonome* le tendieron una emboscada y lo golpearon. Algunos de mis informantes expresaron sentir recelo de participar en la manifestación por temor a una posible represalia a manos de los *Autonome.*

Los *Antideutschen* ("antialemanes"), una facción del medio *Autonome*, también era un grupo conspicuo en las calles de Adlershof aquella mañana. Su grupo enarbola un odio ferviente e inflexible de todo lo que suene a alemán, con un apoyo incuestionable, celoso, de Israel y del sionismo. Este último punto es el que marca, en especial, la tensión entre los *Antideutschen* y cualquier otra agrupación antifa. Algunos de sus seguidores portaban banderas israelíes que más tarde ondearían, como siempre lo hacen, ante sus enemigos nacionalistas (incidentalmente, su gesto con la bandera israelí encuentra respuesta en la creciente ubicuidad de banderas palestinas entre los manifestantes extremistas de derecha en años recientes). Es como si estuvieran expulsando a espíritus del mal con un crucifijo. Sin embargo, poniendo de lado su ardiente sionismo, compartían mucho con otros grupos antifa, parte de *Autonome,* incluido no sólo su código de vestuario, sino también su antagonismo con el nacio-

nalismo alemán, su perspectiva del gobierno como ente autoritario y su mirada crítica del capitalismo. Todos eran relativamente jóvenes, y muchos llegaron desde otras partes de la ciudad.

Por último, otro grupo considerable que encontraba su medio natural en la multitud antifa incluía a los *punks*. En el capítulo I describí cómo la extrema derecha se ha diversificado en años recientes en cuanto a su estilo y ha incorporado en sus círculos un amplio espectro en constante expansión de nichos subculturales e identidades de consumo. Sin embargo, lo *punk* ha quedado entre los pocos personajes que aún parecen resistirse a tal apropiación. Los nacionalistas de extrema derecha, incluidos prácticamente todos mis informantes en Treptow, perciben lo *punk* como la más palpable encarnación de la izquierda y de todo lo que va mal en su interior: el desorden, la mugre, la indisciplina. No obstante, el estilo de vida de los *punks* corresponde de maneras importantes con el de muchos entre mis informantes, y a menudo incluye largos merodeos en espacios abiertos tales como calles, parques y estaciones de tren. Precisamente por esa razón, debido a sus similitudes más que a sus diferencias, los conflictos entre ambos grupos son relativamente frecuentes. Estadísticamente, los *punks* se encuentran entre los objetivos primarios de la violencia extremista de derecha.

Diversos atributos distinguen a las fuerzas antifa de otros actores de la sociedad civil y gubernamentales que participan en el manejo del odio, muchos de quienes contaban con al menos alguna representación en Adlershof esa mañana. Las particularidades de la moda y el estilo incluyen varios códigos de vestido específicamente antifascistas, especialmente para sus integrantes más jóvenes. De manera más importante, la abrumadora incidencia de miembros jóvenes, adolescentes o apenas en sus 20 años, y de personas de mayor edad, muchos pensionistas jubilados, conforma un perfil demográfico por edad, peculiar y atípico. La larga genealogía

histórica de muchas organizaciones antifa también contrasta con la aparición, relativamente posterior, de las agencias gubernamentales o asociaciones de la sociedad civil que aparecieron en la protesta. De manera más significativa, los diferentes públicos antifa se apartan de otros activistas contra el racismo y el nacionalismo debido a su posición peculiar dentro del paisaje político. El uso mismo del término fascismo —en contraste con extremismo de derecha— ya indica, ahora quizá de manera más enfática que en el pasado, una fuerte afiliación de izquierda; y, en efecto, el medio antifa ha albergado a socialistas, comunistas y anarquistas, quienes, después de todo, establecieron al movimiento en sus orígenes. Dada su ubicación en los márgenes izquierdistas del mapa político de Alemania, diversas voces, incluidos los reportes oficiales de la Verfassungsschutz, a menudo han acusado a varias de sus agrupaciones de extremismo político antidemocrático. En todo esto, lo antifa permanece como algo en cierta medida heterogéneo ante la amplia amalgama de partidos políticos "legítimos", sindicatos nacionales, políticos locales comprometidos, funcionarios municipales de nivel medio, personal de ONG y varias iniciativas financiadas públicamente contra el extremismo de derecha, que en conjunto convergían en una nebulosa esfera de sociedad civil en Adlershof.

Éstos inundaban las calles de color y ruido. Tan sólo a un tiro de piedra de donde se reunía la muchedumbre de nacionalistas indignados, el SPD montó un puesto. Sus activistas distribuyeron a los transeúntes folletos, volantes, calcomanías y globos de colores. Las pistas musicales en alto volumen, que ensordecían desde las bocinas, se desparramaban sin pausa sobre el escenario como arma sónica de exorcismo espiritual, con algunas sin duda elegidas minuciosamente para infligir el máximo descontento sobre el oído extremista de derecha. El SPD gobernaba Treptow y, junto con el PDS, dominaba su paisaje político. Su alcalde

creó la coalición, al igual que el canciller del partido de aquel momento, Schröder, creó Civitas. Los funcionarios de su partido en la localidad (recuérdese al grupo cuya reunión en el Khan's describí en el capítulo VI) tomaban a la extrema derecha en sus vecindarios en serio y trabajaban con diligencia para combatirla. Muchos entre ellos compartían el compromiso de la tradición de la lucha antifascista.

Las calles que les rodeaban, y a lo largo de la ruta proyectada para la marcha, estaban inundadas de carteles idénticos que, bajo el encabezado "Berlín contra los nazis" mostraban una figura de Playmobil de Hitler tachada. Fue la coalición la que concibió esta interpretación icónica del mal en la imagen de un juguete inofensivo, que se coronó como mascota de la protesta. En la víspera del evento todo a nuestro alrededor reflejaba las trabajosas preparaciones que llenaron los itinerarios de organizaciones y lugares por todo el distrito. Los resultados de los esfuerzos sostenidos de la coalición estaban a la vista por todas partes. Sus integrantes distribuyeron a los transeúntes cientos de pequeñas banderas y botones con el logotipo del Hitler de juguete. En dos pequeñas áreas a lo largo de la avenida central algunos clubes juveniles habían montado escenarios con equipo de sonido. En uno de estos puntos algunas bandas musicales tocaban estruendosas, por turnos, la música que habían ensayado durante tanto tiempo para un joven público que, ya fuera por el ritmo o por evitar la hipotermia, bailaba. En otro escenario algunos DJ locales llenaban el aire con sonidos de *hip hop*, *techno*, *reggae*, música "étnica" y otros sabores cosmopolitas como antídoto al nacionalismo alemán. Era como si ellos y el gentío de jóvenes que se movía al ritmo de la música afirmaran, en niveles de altísimo decibel, que había significativamente mayor diversión en el lado democrático de las cosas.

Virtualmente, el reparto completo de trabajadores con jóvenes del distrito andaba de un lado a otro. Para ellos, como para una serie de otros proveedores de servicios del muni-

cipio presentes, ese día veía la culminación de un arduo y prolongado preámbulo que, ya fuera debido a su propia voluntad entusiasta o porque evidentemente se esperaba que cumplieran, durante un momento tomó prioridad sobre otros proyectos y actividades en sus lugares de trabajo. Abriéndonos paso por la multitud, los trabajadores sociales y yo saludamos a cada uno de ellos y nos detuvimos a conversar. La mayoría se sentía expectante respecto de lo que el día traería. La mayoría, también, reportó sentirse fatigada y contenta de que pronto el trabajo volvería a su rutina normal. Sus distintas contribuciones a la protesta constituían *performances*, no sólo en el sentido de manifestar públicamente su seguro y sincero compromiso con la tolerancia y la democracia, sino también el grado al que el fruto de sus esfuerzos pronto caería bajo el escrutinio de una administración municipal que esperaba su cumplimiento y cooperación, y que podía recortar su financiamiento con relativamente poca anticipación.

La misma lógica doble se sostenía también en cuanto al MBR, cuyos miembros se trasladaban veloz y afanosamente entre distintos sitios a lo largo de la ruta, sus teléfonos celulares pegados a la oreja. Para ellos era una mañana particularmente frenética. Administraron gran parte de las relaciones de prensa en torno al evento y dieron numerosas entrevistas ante periodistas. También fungieron de contacto clave para los funcionarios municipales y los políticos locales, que charlaban con ellos sobre la protesta. Además, llevaron a cabo gran parte de la coordinación y las negociaciones entre los protestantes y las enormes fuerzas policíacas. Estaban a cargo de la fluida distribución y circulación de los materiales de propaganda de la coalición, de los que entregaron cantidades industriales a sus colaboradores. Por último, eran el impulso tras la producción de la protesta como una composición coherente, organizada, a partir de montones de esfuerzos individuales, papel con el que cumplían tanto desde la planeación estratégica y las cuidadosas preparaciones como

durante el preámbulo a la manifestación y, de manera febril, a lo largo de todo el evento.

De hecho, el MBR patrocinado por Civitas jugó un papel vital no sólo en detonar y ofrecer una guía a las contramanifestaciones o al festival por la democracia de Schöneweide, sino también en impulsar a una serie de fuerzas que convergieron en el distrito. Lo hizo, por un lado, al mediar entre distintos actores e instituciones para estimular la formación de asociaciones a nivel vecindario, así como coaliciones a nivel distrital. Por otro lado, tal como he sugerido antes, también garantizaba el interés local por su causa, al garantizar que hubiera una constante mala prensa para el distrito. El problema de imagen que por ende fomentaba podría haber enfurecido —como en efecto lo hacía— a residentes y actores locales, quienes resentían la representación convencional del cuadrante de la ciudad como una especie de territorio nacional-socialista. Sin embargo, también se garantizaba el compromiso estable con la lucha de cuando menos ciertas fuerzas presentes en el distrito.

Las distinciones que describo aquí son, por supuesto, siempre ambiguas y a menudo difícilmente legibles. Aunque ciertas tendencias las marcan de manera dispareja, ninguna barrera definitiva, ideológica, social o generacional separa a los antifa de la llamada sociedad civil democrática, por ejemplo. Esto quedó asombrosamente claro durante un momento aquella mañana. Conforme Helmuth y yo navegábamos las multitudes, observando y comentando sobre los rostros familiares, un joven a quien había conocido sólo un par de meses antes se cruzó en nuestro camino. Lo había visto en un panel público sobre "Nuevas tendencias de la extrema derecha en Berlín" en un centro cultural izquierdista, en otro distrito. En ese evento unas 10 personas se sentaron dispersas en las filas de asientos, muchos de los cuales quedaron vacíos. Estaban de cara a dos oradores, un representante del MBR y un experto del PDS, así como un moderador,

un profesor de economía de la ex Alemania Oriental que había sido parte del PDS. El joven contribuyó varias observaciones inteligentes, sin duda bien informadas, que incitaron mi curiosidad. Una vez terminado el evento, lo vi afuera con el representante del MBR, a quien ya había conocido, y me presenté. Le conté sobre mi investigación brevemente —había empezado mi trabajo de campo poco tiempo antes— y le pregunté por su propia experiencia y conocimiento sobre el extremismo de derecha. Intercambió una mirada incómoda con el representante del MBR y dijo, finalmente, que hacía investigaciones en la internet para el MBR como voluntario. Mostré interés y le pedí información para contactarlo, y garabateó su correo electrónico en un papel antes de partir con su compañero. "También está con el MBR", le informé a Helmuth mientras lo señalaba, según yo, de manera discreta. Helmuth se enfureció y me gritó que bajara la mano y en especial que no señalara a los antifa de Treptow. El joven había sido uno de los activistas clave del grupo militante *Autonome* local. Los trabajadores sociales y sus clientes se habían encontrado con él y sus pares en más de una desagradable ocasión. Quedaba claro que los *Autonome* de Treptow no sólo compartían posturas políticas o prioridades estratégicas, sino también a sus propios miembros con el MBR y, mediante éste, con la coalición.

Curiosamente, un grupo de actores virtualmente ausente en las calles incluía a los residentes de Adlershof y de otros vecindarios por donde la marcha pasaría. Sobre nuestras cabezas, desde la tribuna formada por los pequeños balcones y ventanas abiertas, las miradas de espectadores curiosos inspeccionaban el alboroto abajo. Se habían distribuido en todos los buzones que quedaban en la ruta de la marcha banderines y carteles junto con una carta del alcalde que les urgía a salir en masa y unirse a la protesta contra la manifestación. La municipalidad y la coalición esperaban que, si los vecinos decidían quedarse en casa después de todo, cuando

menos manifestaran sus simpatías políticas desde la seguridad de sus terrazas con el material impreso que incluyeron en las cartas. Sin embargo, más allá de un interés voyerista, los balcones y ventanas de la avenida no revelaron inversión personal en lo que sucedía abajo, en la calle.

Lo que estaba en juego en la movilización de los residentes del vecindario y en la corroboración, con su presencia, de su amplio apoyo para la contramanifestación, era la afirmación de autenticidad local. Qué tanto se podía validar dicha autenticidad daría forma al veredicto que circularía por Treptow-Köpenick después del evento; por ende, era crucial para mejorar la imagen del distrito. El espectáculo ritualizado de las manifestaciones de la extrema derecha y de las protestas democráticas o antifascistas transpira en la República Federal de rutina. Las representaciones de tales eventos en los medios masivos colocan tanto énfasis —si no es que más— en la respuesta de las localidades afectadas como en los propios extremistas de derecha. ¿Ha sido efectiva la contramovilización para sabotear la manifestación? ¿Ha sido suficientemente grande como para abrumar a los marchistas? ¿Mostró suficiente volumen, suficiente colorido? ¿Cuánto apoyo público obtuvo? ¿Logró que los "ciudadanos ordinarios" acudieran a las calles?

Las respuestas a dichas preguntas forman una cuadrícula que permite que los medios y su público evalúen moralmente aquellas localidades lo suficientemente desafortunadas como para albergar una marcha extremista de derecha. Tales tasaciones por lo general llegan en la forma de un número limitado de veredictos idiomáticos altamente ensayados. Así, un diario podría reportar, con simpatía, que Treptow-Köpenick "se defiende contra los nazis" (*wehrt sich*), "que se muestra colorido" (*zeigt sich bunt*) o "democrático", que "pone ejemplo" (*setzt ein Beispiel*), que "manda una señal" (*setzt ein Zeichen*), que "sus ciudadanos luchan por el distrito" (*kämpfen für ihre Stadt*), etc. O, si resultara que el veredicto fuera

negativo, el diario podría culpar al distrito de quedar "indefenso" (*hilflos*), de "quedarse callado" (*schweigen)*, de "hacerse de la vista gorda" (*wegschauen*) o de permitir que los "nazis se manifiesten sin molestias" (*ungestört*) (véanse, por ejemplo: Barthelme, 2005; Berliner Morgenpost, 2005a; Berliner Zeitung, 2007). Tales frases implican poderosas asociaciones históricas. Guardar silencio o hacerse de la vista gorda fue supuestamente lo que muchos alemanes hicieron durante la Segunda Guerra, al igual que también ilustra la expresión *wer schweigt, stimmt zu* (quien calla, consiente). En cambio, defenderse, luchar por sus ciudades y poner el ejemplo representa aquello que no hicieron. De este modo, el proyecto íntegro de interpelar para dar lugar a una nueva colectividad nacional tolerante, diversa y democrática proviene del traumático error histórico de Alemania y de los alemanes de no haber defendido tales valores. Dada su ubicación en Berlín, ciudad que no sólo lucha por etiquetarse de tolerante y cosmopolita, sino que también tiene la bendición de numerosas y sólidas fuerzas antifascistas, nada excepto el total respaldo a la respuesta del distrito ante la amenaza nazi habría sido suficiente. Y, en efecto, en gran medida como consecuencia de los esfuerzos de los grupos que enumeré arriba la cobertura mediática del desempeño del distrito fue laudatoria por mucho.

El avance de la marcha siguió un guion coreográfico familiar, cuyas puestas en acto perturban a los pequeños pueblos o vecindarios adormilados la mayor parte de los fines de semana en Alemania. Los antifa y los extremistas de derecha se vigilaron unos a otros, desplegando agentes clandestinos armados con cámaras y teléfonos celulares. Los manifestantes avanzaron con lentitud y de manera intermitente, retrasados por sus opositores quienes realizaron sentadas y bloqueos, y por escaramuzas callejeras con escuadrones de tropas antimotines, convoyes de vehículos blindados y camiones con cañones de agua, y equipos de policías antiescalamiento de

conflictos. Calculamos que pasaron entre 150 y 200 marchistas, aunque sólo fueron visibles durante un fugaz momento antes de que la policía los cercara.

Crear resiliencia

En torno a esta pequeña y efímera marcha se reunieron un universo íntegro de actores, intereses y fuerzas en una configuración coherente no sólo el día de la manifestación, sino, como hemos visto, ya desde el prolongado periodo de semanas y meses que la precedieron. Más allá de la puesta en escena de la oposición a los marchistas de la extrema derecha, la labor total de coordinar distintas actividades con la policía y las autoridades municipales, de abrir y mantener líneas de comunicación entre los distintos participantes, de reclutar activistas y movilizar simpatizantes, de administrar la publicidad y manejar a los medios, y de concebir, producir y ensayar las acciones directas y las actuaciones en los escenarios —todos estos minuciosos procedimientos y prácticas preparatorios— proveyeron los lugares y momentos para la articulación de las diversas fuerzas. Las actividades contra las marchas constituyen, es importante señalarlo, solamente una gota en un océano de proyectos e iniciativas. Tan sólo en el distrito municipal de Treptow-Köpenick documenté, a lo largo de mi investigación, un "Mercado educativo: 'aprender la democracia' ", que presentaba una serie de organizaciones pedagógicas, programas y posibilidades en el edificio de la alcaldía; foros de discusiones abiertas, dirigidos por expertos, sobre el extremismo de derecha en el distrito; "jardines interculturales" que buscaban pulir la integración de los inmigrantes y la comprensión intercultural; centros juveniles multiculturales; talleres para capacitarse en la argumentación contra el racismo; portales de internet con información sobre el medio local de la extrema derecha;

competencias para la elaboración de carteles sobre democracia o diversidad; campañas en anuncios espectaculares contra la intolerancia y el racismo; boletines informativos impresos que exponen los sucesos recientes; y grupos de apoyo para padres de jóvenes extremistas de derecha.

Al intersecar tan distintos intereses y fuerzas, esta articulación los engloba en un proyecto colectivo, nacional. Pensemos, una vez más, en la intervención del comité del SPD de Grünau en el jardín cervecero del Khan's y el tipo de familiaridad vernácula que echó a andar, que caracteriza también, por ejemplo, a la fuerza de tarea de Johannisthal sobre el extremismo de derecha o a una tarde multicultural centrada en temas asiáticos en algún club juvenil del vecindario. A nivel distrital, el SPD de Treptow-Köpenick también presenta eventos contra el extremismo de derecha, y numerosas organizaciones, foros y programas municipales tienen como objetivo la violencia y la intolerancia racistas. Al nivel de la ciudad, el Senado del Estado de Berlín sostiene regularmente sesiones sobre la extrema derecha en la capital y sus representantes ocasionalmente llegan a la oficina de los trabajadores sociales en búsqueda de iluminación, al tiempo que el gobierno financia y promueve una variedad de políticas e iniciativas. A su vez, como hemos visto, los programas federales que se benefician del financiamiento de la UE intervienen para dar forma a los contornos generales de la lucha a lo largo del país, y, tal como atestigüé durante mi trabajo de campo en varias ocasiones, los comités del Bundestag organizan paneles en los que integrantes de ONG, ciudadanos preocupados e inmigrantes afectados dan testimonio y debaten con legisladores, funcionarios gubernamentales y expertos sobre cómo combatir la amenaza de la mejor manera.

Esta mediación entre escalas sigue los patrones familiares de gobernanza neoliberal que revisé en el capítulo VI y es vulnerable, asimismo, a las críticas que se han emitido contra tales discursos de la gobernanza (véase Brenner y

Theodore, 2002). No obstante, la lucha contra el extremismo de derecha parece reunir, de manera más o menos efectiva, aquellas fuerzas e intereses que examinamos en este capítulo. Los ata en sus modos de acción, en el tipo de praxis que planteé antes, pero también los convoca colectivamente mediante sus estandartes ideológicos de tolerancia, diversidad y democracia; los significantes vacíos (Laclau, 1996a) de este proyecto nacional que están, de hecho, sobredeterminados semánticamente y plenos de valores. Tomando a Laclau, podríamos decir que estos significantes reclaman el derecho a los contornos ideológicos de un proyecto nacional emergente, echando a andar una cadena de equivalencias que se extiende por encima de fuerzas que de otro modo estarían separadas, y que las vincula.

La marcha local de la *Kameradschaft* BASO y sus seguidores por Treptow-Köpenick reveló particularmente bien cómo esta formación ideológica podía reclutar e incorporar incluso a actores improbables. Algunos movimientos significativos dentro de los antifa alemanes, por ejemplo, proclaman estar en oposición absoluta a aquello que describen como un Estado autoritario y no democrático, condenan tanto al Estado como a la sociedad civil por una supuesta hipocresía e indiferencia ante la lucha contra el fascismo, censuran su colusión con el racismo cotidiano e institucionalizado, y protestan contra aquello que consideran la criminalización de la participación antifascista. Tales voces expresan repulsión ante cualquier cosa que tenga la pinta de nación; en particular, por supuesto, de la nación alemana. Con todo, con su mera presencia en las calles, como en su colaboración tras bambalinas, convergen con la formación Estado/sociedad civil que encabeza la cruzada nacional contra el racismo y la xenofobia.

Tales fuerzas supuestamente opositoras finalmente operan bajo la mismísima *performance* orquestada de una nación responsable, amistosa, para la que se han vuelto indis-

pensables cuando menos de cuatro significativas maneras. En primer lugar, aumentan la cuenta de personas en la calle a favor de las fuerzas democráticas aliadas, importante índice público, como he explicado, del estado de la nación, en general, y del compromiso democrático local, en particular. En segundo, crean imágenes espectaculares de llamas y proyectiles que se ven bien en la televisión y en los medios impresos, corroborando una oposición militante a la amenaza de la extrema derecha. En tercer lugar, ponen en acto cierta forma de censura callejera como una especie de vigilancia moral informal que queda aparte, pero que resulta inseparable, del régimen legal formal que norma las libertades de reunión y expresión (véase Mazzarella, 2013). Por lo común, la policía puede dispersar sus bloqueos con violencia pero, cuando la visibilidad pública y los intereses políticos lo exigen, pueden resultar útiles para suspender manifestaciones ostensiblemente en nombre del orden público, a pesar de haber sido aprobadas en el ámbito legal. En ese sentido, y en cuarto lugar, permiten, a un tiempo, la actuación pública de una vibrante oposición popular al nacionalismo, así como la producción del Estado como un soberano liberal comprometido con la defensa de los derechos de sus ciudadanos. En términos de William Mazzarella, los antifas habitan la misma dispensación performativa (2013) que los derechistas —el mismo espacio publicitario solventado, pero también controlado por el Estado, en su papel tanto de patrocinador como de policía—.

Empero, si esta dispensación señala el espacio performativo dentro del que se pone en acto un proyecto nacional, ¿a quién dirige estas puestas en escena?, ¿a quién busca reclutar o activar?, ¿frente a quienes corrobora sus compromisos ideológicos? Hay cinco tipos principales de destinatarios a los que este naciente proyecto nacional orienta sus *performances* y cuyos roles como audiencias concretas, como públicos abstractos o también como actores de la *performance*

varían en gran medida. El primer conjunto de destinatarios incluye a los *participantes* en estas *performances*, aquellos mismos agentes sociales que movilizan el manejo del odio tanto como elenco principal como público clave. Los trabajadores con la juventud que se preparaban para organizar una contramanifestación o para producir una tarde multicultural; los adolescentes que ensayaban para una tocada en algún festival por la democracia, que componían boletines o sitios *web* antirracistas; los representantes de instituciones públicas, las unidades del orden público y las compañías privadas que consideran y promueven estrategias e iniciativas, prestan atención y recalibran sus vocabularios, sus intereses y sus prácticas de manera consecuente. Lejos de compartir algún interés político previo por el que sus intereses particulares ya estuvieran articulados con coherencia, precisamente la fuerza significativa de esta campaña, el proyecto que delinea y los espacios que crea llevan esta heterogénea gama a una "cadena equivalencial": una colectividad que surge de una interpelación ideológica hegemónica.

El segundo grupo incluye a los verdaderos *espectadores* que se reúnen como públicos tangibles para las *performances* concretas: las multitudes que asisten a los conciertos en los festivales por la democracia, los residentes que se congregan en los paneles sobre el extremismo de derecha en los centros culturales del vecindario, quienes experimentan una noche de baile y cocina internacionales en algún club juvenil local, etc. Estos grupos, también, son en cierto sentido tanto público como participantes: en tanto que aparecen para atestiguar estas *performances*, convocados por la fuerza ideológica del manejo del odio, su presencia física misma habilita la exitosa culminación de las puestas en acto ritualizadas y los hace parte del elenco.

El papel fundamental de los espectadores surge patentemente respecto de la tercera audiencia: el *público nacional*. Este grupo, una colectividad abstracta constituida por la

circulación y el consumo de imágenes y discursos presentes en los medios masivos, queda ausente del campo de batalla; sin embargo, observa las escaramuzas de la guerra en curso. Ocupa el lugar, a la vez, de objetivo principal de la campaña y de su falla definitiva. Sus integrantes le dan la espalda: ni participan en sus *performances*, ni las honran con su presencia física como espectadores. Conforman una multitud anónima, una entidad frustrantemente ilocalizable, cuya naturaleza, sin embargo, parece crucial de descifrar tanto para diseñar estrategias de intervención sobre ésta como para evaluar las dimensiones del problema nacionalista en primer lugar. En concordancia con ello, se somete al público nacional a estudios y encuestas regulares que miden y documentan sus opiniones políticas, sus inclinaciones autoritarias, sus prejuicios xenofóbicos y su autocomprensión nacionalista. Sus resultados se perciben por lo general como alarmantes. De este modo, se constituye al público nacional de forma reflexiva en un movimiento doble (o más bien circular). Es en la colectividad misma en la que ciertos discursos buscan leer el estado de la nación, habiéndola antes construido como tal. Sin embargo, también es un público que lee el desenvolvimiento de la lucha contra el mal nacionalismo mediante la incesante cobertura de prensa que, a su vez, se refiere a representaciones de ese mismo público nacional. Esta audiencia ausente, por lo tanto, se entera una y otra vez, a partir de voces socialmente autorizadas, de que algún vecindario en particular, una ciudad o estado dados, la República Federal completa, alguna liga de futbol, un sindicato o un partido político, son, de hecho —o, alternativamente, no lo son y debieran volverse—, diversos (*bunt*), tolerantes y de criterio abierto (*weltoffen*).

Una cuarta audiencia consiste en el público internacional, al que también se orientan muchas *performances* de nacionalismo alemán benevolente. Su relevancia se vuelve evidente menos en escenarios a nivel vecindario, tal como

la marcha de Treptow, y más en eventos que implican intereses y escalas de exposición diferentes, sobre las que trataré más extensamente en el capítulo siguiente. Por ahora, permítaseme señalar, primero, que los medios masivos internacionales informan regularmente sobre los sucesos de violencia racista y de extrema derecha en Alemania, y que, en segundo lugar, los medios de comunicación, los políticos, los legisladores y los jueces alemanes a menudo toman en cuenta y debaten cómo manejar la imagen internacional del país.

Por último, aquellos mismos extremistas de derecha, contra cuya figura concentran sus fuerzas las alas democráticas, también son blanco de sus *performances*. Por supuesto, ofrecen en cierto sentido la misma condición de posibilidad de sus movilizaciones; participan, no obstante, de maneras más significativas en las acciones comunicativas que surgen en torno a su presencia. En ocasiones aparecen como destinatarios de exigencias, amenazas y denuncias, en tanto que en otras son la tercera persona en debates y proclamas sobre ellos. En papeles diferentes, entonces, ya se incluyen como participantes más o menos activos en una serie de transacciones comunicativas. En su retórica muchos esfuerzos que se llevan a cabo en el interior del manejo del odio predican no la rehabilitación de los delincuentes políticos, sino su exclusión absoluta. Empero, incluso la marginación de adolescentes nacionalistas de los clubes juveniles del vecindario constituye una acción comunicativa dirigida a los mismos grupos que excluye. De manera semejante, citar a la asamblea semanal del comité vecinal del SPD en el Khan's configuró una *performance* cuya intención era dirigirse a la joven clientela del restaurante como público; aun cuando, como vimos, fracasó. En este sentido, la tropa policíaca ante el Khan's señalaba la preocupación de que la audiencia pudiera convertirse en un interlocutor adverso. A menudo, es esta misma "exclusión incluyente" lo que da sentido a las acciones políticas contra los extremistas de derecha.

Uno podría pensar provechosamente sobre los tipos de esfuerzos que se han colocado al centro de este capítulo (desde la cocina multicultural hasta las protestas callejeras) como operaciones inoculadoras, preocupadas por la atención preventiva, a diferencia de, por ejemplo, las intervenciones de rehabilitación que describí en el capítulo previo, donde la atención se centraba en las terapias correctivas. La metáfora de la inoculación parece apropiada en la medida en que la *performance* de una colectividad nacional, respaldada de modo oficial, introduce una versión benigna, neutralizada, de la entidad misma que se dispone a vencer. La fabricación y salvaguarda de una nación saludable, normal, procede en esta inoculación y mediante ésta contra una nación enferma, pervertida. Tomada como un conjunto de estrategias, discursos, políticas, instituciones y *performances*, la supresión del espectro nacional, así, habilita el regreso a salvo de la nación en dos sentidos fundamentales. En el primero apacigua ansiedades y recelos en torno a la amenaza de las corrientes nacionalistas latentes, subterráneas, al desfilar como garantía contra su resurgimiento y como promesa de actuar de manera sostenida en su supresión. Sin embargo, en el segundo genera un vocabulario colectivo, una arquitectura institucional y un conjunto de prácticas en torno a los que emerge una figura diferente de la colectividad nacional.

Lo acertado del manejo del odio en torno a estas tareas se revela en la incorporación efectiva no sólo de militantes antifa, sino también de otros sectores de la sociedad alemana (y quizá, en especial, de sus élites intelectuales) que sienten o han sentido una profunda aprehensión en torno a la idea de una colectividad nacional alemana. Les deja pocas opciones. Los oligarcas de la élite intelectual izquierdista alemana (personas como Jürgen Habermas, Günter Grass, y, en la RDA, Stefan Heym) en aquel momento publicaron copiosamente textos contra la reunificación y advirtieron que el "Fénix" nacionalista renacería (Grass, 1990; Grass, 1991;

Habermas, 1991; Heym, 1991). Habermas, en particular, insistió en interpretar el sentimiento nacional que en la retórica política parecía enmarcar la reunificación como conclusión ineludible, como algo producido de manera artificial. Advirtió en contra de la consideración de este sentimiento supuestamente nacional como algo auténticamente cimentado en una amplia base de apoyo popular, e hizo un llamado por integrar a la RDA, como Estado nación independiente, en la comunidad europea. Grass, entretanto, predicó la perspectiva de una nación cultural (más que política). Su hostilidad obstinada ante el prospecto de una República de Berlín fue criticada sin piedad por escritores tanto de derecha conservadora (Bohrer, 1991) como de izquierda liberal (Huyssen, 1992), como algo arrogantemente mojigato, políticamente desfasado y transparentemente convenenciero. Habermas ha seguido denunciando el colapso discursivo del nacional-socialismo y el comunismo en un totalitarismo, en la República de Berlín unificada (1997c), continuando con una pelea que data del *Historikerstreit* de mediados de 1980 (véase el capítulo I), en el que, pese a haberse coronado victoriosos, él y sus aliados aparecen cada vez más a la defensiva. Grass, en una novela reciente (2003), emitió un claro reto a los tabúes hegemónicos de la narrativa histórica dominante y de la memoria política alemanas. Como los márgenes radicales del medio antifa anarquista, sin embargo, ni ellos ni otros que comparten sus convicciones pueden darle la espalda, de ninguna manera, a un proyecto de creación de la nación que se ha definido, cada vez más, como campaña en contra del nacionalismo insidioso mismo.

IX. VISIONES NACIONALES

Estrellas sobre Berlín

La mañana del 14 de octubre de 2005 un transeúnte notó una gran estrella de David blanca, rociada sobre una estatua de Bertolt Brecht; se trata de una representación del autor sentado, de bronce, que vigila un pequeño y tranquilo parque y, tras él, el río Spree, no lejos de la estación ferroviaria central de Friedrichstraße.[1] Conforme pasaba el día se acumularon los reportes de estrellas de David garabateadas sobre un memorial judío frente a Grosse Hamburger Straße, en el corazón del área turística más importante de Berlín; en una ventana del Centro Ana Frank, ante una amplia y concurrida avenida;[2] y sobre las tumbas de Brecht, del escritor y político comunista Johannes R. Becher, y del autor de izquierda Heinrich Mann, las tres ubicadas en el cementerio Dorotheenstadt, a un tiro de piedra del corredor comercial de Friedrichtraße. La distribución de los signos trazaba un itinerario por las calles norteñas del distrito Mitte, alguna vez hogar de gran parte de la comunidad judía de la ciudad, actualmente un área exclusiva, color crema, completamente renovada, de altísimo valor inmobiliario.[3] Durante varias semanas

[1] Al narrar este incidente, he complementado mi propia investigación de primera mano con algunos de los innumerables artículos periodísticos que lo reportaron (Berliner Zeitung, 2005c; véanse, por ejemplo, Berliner Zeitung, 2005a; Berliner Zeitung, 2005b; Der Tagesspiegel, 2005c; Die Tageszeitung, 2005a; Hasselmann, 2005; Kopietz y Strohmaier, 2005; Schulz, 2005).

[2] Desde entonces el Centro Ana Frank se mudó a otra ubicación.

[3] El área conocida como el *Scheunenviertel* fue el gueto judío de Berlín. Se representa de manera espléndida en el majestuoso *Berlín Alexanderplatz,* de Alfred Döblin (2009).

a partir de ese día casi cada amanecer vio nuevas impresiones del símbolo judío en algún sitio de la ciudad.

Al inicio aparecieron nuevas estrellas de David, en blanco, en sitios especiales cerca o dentro del perímetro de las áreas turísticas y comerciales de Mitte: el ayuntamiento de Berlín en la Alexanderplatz, las estatuas de Marx y de Engels a unos pasos de éste, y una alta escultura de la letra "E" que anunciaba el "Año de Einstein" en Hausvogteiplatz, en una zona de negocios y de consumo lujoso. Su dispersión geográfica sugería que los perpetradores buscaban hipervisibilidad, al circunscribirse al centro turístico, de negocios y comercial, y que se centraban en sitios de la vergüenza y de conmemoración, lugares judíos y lugares comunistas, sitios para la memoria de las víctimas y de la resistencia. Conforme pasó el tiempo, sin embargo, las estrellas de David comenzaron a aparecer no sólo en colores distintos, sino también, cada vez más, sobre objetivos al parecer indiscriminados y a lo largo de áreas más extensas de la ciudad: desde el Memorial y Cementerio de Socialistas cerca de la estación ferroviaria de Lichtenberg, y el enorme, aislado, Monumento de Guerra Soviético en Treptow, hasta una placa conmemorativa dedicada a Alfred Döblin que colgaba de un edificio residencial en la avenida Kaiserdamm, en Berlín Occidental, y una serie de estructuras, memoriales, cementerios, museos y, en efecto, sobre las paredes de algunos edificios a lo largo de diversas calles y avenidas. Todos estos sitios fueron víctimas de incursiones invisibles, nocturnas, que siempre dejaban la misma marca sin leyenda o firma. Cerca de un mes después, la policía ya había computado docenas de incidencias de estos misteriosos símbolos, pero confesaba que no se acercaba todavía al descubrimiento de la identidad de los sombríos perpetradores.

La saga enigmática de las estrellas de David que inundaron Berlín en el otoño de 2005 abre un cúmulo de preguntas sobre la naturaleza de los símbolos o, de manera más precisa,

sobre la naturaleza de las contiendas políticas en el interior de las cuales se desplegaron. Sin duda fueron cruciales en este sentido no sólo las relaciones indexicales de proximidad física entre las inscripciones y sus lugares de ocurrencia (a las que volveré más tarde), sino, igualmente, los marcos interpretativos que guiaron las lecturas de estas relaciones. ¿Qué era, precisamente, aquello que hacían visible en el paisaje urbano? ¿Se trataba, tal como algunos expertos sugirieron, de un empleo de éstas —como se hizo con los nazis— para visibilizar a los supuestos enemigos de la nación alemana? ¿O hacían tangible la presencia de corrientes subterráneas ultranacionalistas en la Alemania actual? ¿Cómo modulaban los significados de aquellos sitios en los que aparecieron? ¿Qué horizontes evocaban? ¿Y qué tipo de ansiedades provocaban?

Como veremos en este capítulo, en el quid de esta rociada astral que cubrió las calles de Berlín de íconos inesperados, encontramos cierta política de la visibilidad, cierta contienda sobre la representación visual de la nueva Alemania, mediante el manejo visual de su pasado. Esta contenciosa política de la visibilidad reúne dominios distintos, desde la arquitectura monumental y las espectaculares *performances* públicas hasta las intervenciones tácticas en pequeña escala y los hábitos cotidianos de moda. Lo que está en juego en ello es lo que, a partir de Allen Feldman, llamaré "regímenes de visibilidad": discursos y prácticas que gobiernan la política de la visualización. Al escribir sobre violencia y visión en Irlanda del Norte, Feldman describe los regímenes de visibilidad de la siguiente manera:

> Por régimen escópico[4] me refiero a las agendas y técnicas de la visualización política: los regímenes que prescriben modos de ver y la visibilidad de objetos, y que proscriben o hacen

[4] Feldman parece usar "régimen escópico" y "régimen de visibilidad" de manera intercambiable.

> sostenibles a otros modos y objetos de la percepción. Un régimen escópico es un conjunto de prácticas y discursos que establecen los reclamos de verdad, de tipicidad y de credibilidad de actos y objetos visuales, así como los modos políticamente correctos de ver (1997: 30).

De acuerdo con esta definición, utilizo aquí el término "operaciones de visibilidad" para designar prácticas que se orientan, por así decirlo, a ciertos regímenes de visibilidad, ya sea para consolidarlos, fortalecerlos o enfrentarlos.

La visión nacional, a su vez, se refiere a cómo se visualiza la narrativa nacional, a la vigilancia de sus fronteras y al involucramiento con sus transgresiones, al igual que con las formas que toman esas mismas transgresiones. La gobernanza de la visión nacional sólo puede entenderse en relación con los regímenes legales que criminalizan las operaciones y a los operadores de visibilidad múltiple, y que definen qué puede exhibirse y verse en Alemania, y exactamente de qué manera. Como planteé en el capítulo IV, gran parte de la gobernanza legal del extremismo de derecha y del nacionalismo ilícito se preocupa por establecer el estatus legal de diferentes formas de visualización. La prohibición engendra la elaboración de registros secretos y de códigos crípticos que eliden las consecuencias legales y se dirigen, por así decirlo, a un público limitado de personas cercanas, creando con efectividad una diferenciación entre públicos. Por un lado, entonces, muchos actores —incluido el Estado— invierten grandes esfuerzos en hacer visible lo ilícito, en documentar y publicar información sobre la extrema derecha y sus actividades.[5] Por otro lado, en la visión nacional el Estado pone en acto una forma de lo que William Mazzarella (2013: 41), como mencioné en el capítulo anterior, ha llamado una "dispensación

[5] Sin duda, algunos investigadores, incluido el autor de este libro, son cómplices activos de esta visibilización.

performativa": "un orden de cosas" legado "por una autoridad trascendente y supervisada, en su puesta en acto terrena, por una persona/poder soberano, que es ambiguamente patrocinador y policía a la vez, cuyo personal estandarte es, al mismo tiempo, el paraguas bajo el que la *performance* puede suceder, y el arma que arremete contra aquellos que retan su integridad". Una dispensación, según Mazzarella, "combina dos tipos de reclamos de autoridad soberana: la soberanía que abre y mantiene un espacio protegido en el que se puede poner en acto una forma de vida", y aquel que "decide sobre la excepción, decide qué cae fuera del orden simbólico de la ley". De manera similar, el Estado alemán delinea con cuidado los términos de la visibilidad nacional, esforzándose por incitar y habilitar *performances* visuales de un nuevo nacionalismo alemán, oficialmente apoyado, al tiempo que lucha por mantener una fuerte sujeción sobre las formas que tales *performances* toman.

Este capítulo trata de la gobernanza de la visibilidad nacional como una dispensación performativa. Abre con una discusión de la manera en que las estrellas de David, pese a su ilegibilidad inicial, rápidamente llegaron a leerse e interpretarse según ciertas orientaciones, así como en relación con la única evidencia aparentemente disponible, a saber, su ubicación. El significado de los sitios en los que se les vio nos llevará a examinar la geografía de lugares especiales (heterotopías, véase Foucault, 1999) en el paisaje urbano berlinés, su intensa producción a lo largo del último par de décadas y su preocupación por vigilar los regímenes de visibilidad; dicho de otro modo, la visión nacional o la manera en que el proyecto hegemónico de una nación alemana posreunificación ha buscado presentarse y representarse, al igual que a su pasado, mediante el entorno construido de su nueva capital. Enseguida examinaré el catálogo bastante variado de operaciones tácticas —algunas de las cuales ya hemos visto, someramente, en capítulos previos— de las que

abrevan los jóvenes extremistas de derecha para manejar su propia visibilidad y confrontar a los regímenes de visibilidad dominantes. Prestaré atención en particular a cómo estas operaciones a menudo se orientan hacia el paisaje heterotópico de Berlín. Luego describiré cómo disputan los vocabularios visuales dominantes de conmemoración y duelo, y, en particular, cómo plantean derecho a las narrativas del recuerdo en los cementerios. El capítulo concluye con un análisis detallado del 60 aniversario de la rendición del Reich a los Aliados, evento que ilustró bien no sólo la lógica paradójica de la visualización que marca la gobernanza de la visión nacional, sino también las dimensiones del pánico que desencadenan los intentos por retarla.

Leer las estrellas

La misteriosa naturaleza del asunto de las estrellas de David y su obstinado rechazo a extinguirse inspiraron muchos debates en torno a cómo interpretarlas y responder adecuadamente. La primera cobertura de prensa presentaba una mezcla de perplejidad, indignación y frustración. Había muy poco, parecía, que pudiera darse por sentado. No sólo las identidades de los ágiles rociadores, sino también sus inclinaciones políticas y posibles motivaciones, eran difíciles de extrapolar a partir de los resultados de sus actos, cuando menos al principio. Con un contexto ambiguo y un público no especificado, el mensaje a leer en sus actos de escritura anónimos, reiterativos, sin comentario, parecía inescrutable (*cf.* Derrida, 1989). Así, poco después de comenzar las apariciones, el diario *Berliner Zeitung* reportó:

> Hace ya varios días que la policía ha estado a la caza de los misteriosos vándalos de la pintura. Las personas anónimas han rociado por el distrito de Mitte, en Berlín, no cualquier *grafiti*,

> ni *tags*, ni siquiera esvásticas, que la policía encuentra comúnmente. Los perpetradores han usado pintura blanca para rociar estrellas de David, un símbolo judío. *No obstante, la policía no descarta que los actos pudieran tener un trasfondo antisemita* (Berliner Zeitung, 2005d; cursivas mías).

En otras palabras, las reacciones inmediatas consideraron la motivación antisemita como una de entre una serie de posibles comprensiones del signo, y no necesariamente como la más probable. En efecto, en mi experiencia, hacer *grafiti* de la estrella de David aparecía con mayor frecuencia en conjunto con lemas filosemíticos —por ejemplo, "Solidaridad con Israel", "Combata el antisemitismo", "Nunca más Alemania: defiende a Israel" o "Viva Israel"— que bastante claramente señalaban a facciones prosionistas, dentro de los grupos militantes antifa, como sus autores. Tales composiciones no desplegaban el estigma con el que el nacionalsocialismo marcaba a los judíos, sino más bien el escudo de armas del Estado de Israel. Sólo de manera muy rara encontré yuxtaposiciones de la estrella de David con señales sin duda antisemitas —la frase *Juden raus,* esvásticas u otros símbolos ultranacionalistas— que las dotaban de significados diferentes, siniestros.[6] Empero, aisladas, sin leyendas o comentarios, su significado en este caso quedaba exasperadamente opaco. En lenguaje técnico podríamos decir que, en ausencia de cualquier relación sintagmática con otros signos cercanos, las estrellas de David se encontraban despojadas también de cualquier relación paradigmática. En otras palabras, sin un texto más amplio dentro del cual situarlas su valor era difícil de determinar. ¿Qué podría fungir de su sinónimo? ¿Eran sustituibles por una esvástica? ¿Se trataba de un eslogan prosionista? ¿Quizá un lema propalestino? Algunas

[6] Aun en tales casos, la estrella de David a menudo parecía tachar, en un color distinto, algún signo extremista de derecha, más que ser parte de éste o complementarlo de algún modo.

extrapolaciones desconcertadas se repetían en los diarios de Berlín. En el primer par de días después del descubrimiento del primer *grafiti*, la policía concluyó que los rociadores quizá vivían en Mitte o en sus cercanías, pero no informaron tener avances.

Sin embargo, las estrellas de David, en los hechos, no aparecían aisladas. Se veían garabateadas sobre sitios, edificios y monumentos que tenían significados especiales y gesticulaban hacia horizontes políticos e históricos particulares, y, cuando menos durante un momento, plagaron sólo un perímetro muy específico de la geografía urbana. Antes de que pasara una semana, la policía se había convencido de que mientras "no haya evidencia concreta respecto de los perpetradores, creemos que provienen del medio derechista" (Die Tageszeitung, 2005b). Un especialista de la policía, por ejemplo, comentó que evidentemente había una mano del ala derecha tras el *grafiti*, tomando en cuenta que "no se trata sólo de memoriales judíos, sino también de 'gente como Brecht, que resistió durante el Tercer Reich'" (Der Tagesspiegel, 2005c). Las yuxtaposiciones reiterativas de las estrellas de David con ubicaciones especiales surgieron en el discurso público como algo inconsistente con una interpretación prosionista, filosemítica, pero tampoco parecían apoyar la hipótesis de que musulmanes antisemitas estuvieran tras el *grafiti*. Después de todo, si parecía poco probable que los antifascistas sionistas vandalizaran una y otra vez los memoriales para los comunistas o para las víctimas judías del nacional-socialismo, tampoco había alguna explicación aparente de por qué los musulmanes antisemitas profanarían las tumbas de tres izquierdistas alemanes no judíos como Brecht, Mann y Becher.

Algunos especialistas concluyeron que la distribución espacial de las estrellas de David sugería fuertemente la participación de las "fraternidades de Berlín Oriental (*Ostberliner Kameradschaften*)" (Die Tageszeitung, 2005a). Un profesor

del Centro de Investigación en Antisemitismo de la Universidad Técnica de Berlín arguyó que "con la estrella de David se busca hacer visible al enemigo, del mismo modo en que los activistas antiglobalización marcan a los capitalistas con el símbolo del dólar". Según el profesor Rainer Erb, los neonazis empleaban cada vez más el símbolo judío, una de cuyas mayores ventajas relativas comparada con, por ejemplo, la esvástica, era su legalidad (Kopietz y Strohmaier, 2005). Un experto incluso llegó a declarar que los rociadores bien podían pertenecer a la proscrita *Kameradschaft* BASO, sobre la que traté en el capítulo anterior. "Treptow es su distrito de origen", sostuvo (Schulz, 2005).

Por lo tanto, al grado en que el *grafiti* constituía operaciones tácticas en contiendas por la política de la visibilidad (y la visualización de la política) con la que la nación se despliega a sí misma ante sí misma, así como ante otros, su eficacia se debía al paisaje urbano singular de la capital alemana. Su capacidad de tejer significaciones legibles con el paisaje urbano y de indicar la copresencia en la ciudad de potencialidades violentas dependía de su articulación espacial con una topografía de sitios especiales, cuya pura densidad, tanto como sus significados peculiares, resultan únicos en Berlín. Las estrellas de David hacían que estas potencialidades fueran tangiblemente evidentes mediante su inscripción gráfica sobre el entorno construido, conjurando para muchos en la ciudad, a la vez, la memoria histórica del nacionalismo genocida y, de manera inseparable, su *doppelgänger*, las potencialidades latentes, persistentes, de un nacionalismo ilícito y violento en el presente. Fue el emplazamiento cuidadoso y repetitivo de los símbolos en el paisaje urbano lo que facilitó la fusión de estos dos horizontes temporales de una forma tanto visible como, después de algún tiempo para que el patrón se asimilara, legible.

Los sitios que permitieron esta fusión entre pasado y presente para volverse significativamente visibles ofrecían

mucho más que su mera concreción física, del modo en que, digamos, un muro anodino podía representar un lienzo para *grafiti* o una hoja de papel en blanco podía ser una superficie para la escritura. En lugar de esto, formaban parte de una composición semiótica dentro de la que los símbolos referenciaban ciertas significaciones y adquirían, de manera gradual, cierto grado de coherencia textual. En otras palabras, la configuración particular de estos sitios permitía que el *grafiti* se volviera cada vez más significativo. Tal consolidación de significado y coherencia progresiva llegó al grado en que cada nuevo incidente hacía que la proximidad entre los símbolos y lugares especiales pareciera menos como el posible atributo arbitrario de un evento único y más como una regla que gobernaba cierta regularidad convencional. En un sentido, fueron estos sitios los que constituyeron a las estrellas de David como signos al hacer posible su interpretación e imbuirlas de valores específicos. En el discurso público de los medios y en la opinión de muchos de mis conocidos en Berlín estos valores señalaban, sin ambigüedades, hacia el Este y hacia la derecha.

Paisajes heterotópicos

Los sitios en los que apareció el *grafiti* operaban no sólo como fundamento de significación, sino también como puntos de amplificación, como una especie de transmisores que legaban a las estrellas de David intensidades amplificadas y una exposición magnificada. Es útil pensar en ellos como lugares heterotópicos en el sentido sugerido por Foucault (1999). Para Foucault las heterotopías designan lugares que poseen cualidades y funciones sociales peculiares, y que, al contrario de las utopías, son reales y tangibles. Tres atributos que Foucault incluye en su idea bastante elaborada y peculiar de las heterotopías me parecen particularmente útiles para

esta discusión. En primer lugar, las heterotopías señalan hacia otro sitio. Funcionan como lugares para la representación, negociación y contienda de otros lugares socialmente importantes, reales o imaginados, cuyos significados condensan. En segundo lugar, experimentarlos corresponde a un espejo. Reflejan otros lugares que los sobredeterminan. Su cualidad especular incluye tanto su propia presencia material heterotópica como la ausencia material utópica de esos otros lugares que representan, pero que no están ahí en la realidad. Por último, se vinculan con temporalidades especiales que implican una ruptura radical con los sentidos cotidianos del tiempo, normales.[7] Al emplear este término, busco atraer la atención de la persona lectora hacia las maneras en las que, en cualquier contexto social dado, ciertos lugares especiales reúnen, representan y gesticulan hacia distintos horizontes espaciotemporales de significado y memoria, y cómo sirven para territorializar estos horizontes en ubicaciones tangibles. Al hacerlo adquieren la capacidad de representar a la sociedad para sí misma. De este modo, resultan fundamentales para la elaboración y estabilización de las narrativas nacionales dominantes, al tiempo que se vuelven blancos estratégicos clave de los esfuerzos por desestabilizar estas mismas narrativas.

Existe cierto sentido en el que Berlín en su totalidad podría concebirse como un lugar heterotópico. Como la capital recuperada de la República Federal podría por siempre señalar otro lugar, ocupando el sitio icónico de la nación, presentando y representando una memoria colectiva y un futuro imaginado compartido; incluso reproduce, de manera

[7] En especial, Foucault arguye que tales temporalidades, a las que llama "heterocronías", se dividen en dos tipos. Primero, están aquellos lugares que presentan una acumulación indefinida de tiempo; por ejemplo, los museos o, en nuestro caso, los monumentos y cementerios. En segundo, están las heterotopías que expresan el tiempo en sus aspectos más fugaces y transitorios, como durante el carnaval o, yo plantearía, alguna manifestación.

fractal, la división histórica del territorio nacional (y la persistente brecha en la identidad nacional) entre Este y Oeste. En todo esto, su resonancia política y cultural hace eco de la de muchas otras ciudades capitales nacionales. En efecto, bien puede ser que las capitales de los Estados nación modernos típicamente hayan asumido cualidades heterotópicas —en el sentido que mencioné arriba— en todos lados. Así, Berlín parece representar, en ciertos aspectos, un caso único de esta regla más general. Por un lado, como ciudad sus cualidades heterotópicas refieren no sólo a la escala nacional, no sólo a aquellos otros lugares y épocas que pertenecen, por así decirlo, a la nación alemana; tampoco las reflejan solamente a los públicos alemanes. En lugar de ello, Berlín es muestra de algunas de las visiones ideológicas, calamidades humanas y horizontes históricos más sobresalientes que tanto han dado forma como frustrado las ideas sobre la modernidad europea y la civilización occidental. Tal como Andreas Huyssen alguna vez comentara sobre la construcción que se avecinaba del Memorial para el Holocausto:

> Así, en el centro mismo del nuevo Berlín, habrá un memorial nacional dedicado a los crímenes alemanes contra la humanidad, esa ruptura final de la civilización occidental que algunos han llegado a considerar emblemática del siglo XX en conjunto, una maldición sobre el hogar de la modernidad, que ahora habitamos con enorme trepidación (2003a: 81).

Por otro lado, el propio paisaje urbano de Berlín alberga una gran multitud de sitios especiales que evocan las utopías y las distopías, que dan indicios de sus sueños y sus catástrofes, que yuxtaponen a su imagen actual rejuvenecida aquellos otros tiempos y lugares: desde la imponente altura de la torre de telecomunicaciones de Alexanderplatz, alguna vez metáfora del poder estatal, a las innumerables losas

de cemento grises del Memorial del Holocausto; del enorme Monumento de Guerra Soviético, el lugar final de miles de soldados rusos anónimos, a la monumentalidad del estadio Olimpia, construido por los nazis para los juegos olímpicos de 1936; o del campo de escombros que emerge de las mazmorras parcialmente expuestas de las demolidas oficinas centrales de la Gestapo hasta las pocas torres de vigilancia que quedan, desde las que los guardias fronterizos alemanes orientales abrieran alguna vez fuego contra quienes intentaran huir por el muro. Dichos lugares envuelven a la ciudad en una multiplicidad de significaciones temporales y espaciales.

Esta geografía abundante, aunque relativamente descentralizada (Saunders, 2009), inviste a ciertas localidades, en ocasiones a zonas urbanas completas, una profusión de valores siniestros, heroicos o melancólicos —como lugares de vergüenza, de conmemoración o de orgullo—. La condensación de tiempos y lugares en estos sitios heterotópicos y la filtración de sus significados especiales hacia la ciudad que les rodea definen, juntos, cierta geografía urbana de valores políticos. Y esta geografía, a su vez, conforma un mapa estratégico para la visualización de las narrativas nacionales en contienda en el paisaje urbano. Esta lógica espacial explica cómo es que las estrellas de David al inicio aparecieron sólo en lugares centrales, a partir de los que conseguían tanto significaciones semióticas como hipervisibilidad. Nos ayuda a entender también por qué, sólo de manera subsecuente, habiendo ya acopiado, por así decirlo, en su interior aquellos valores especiales mediante una asociación repetitiva con estos lugares los símbolos se volcaron hacia el paisaje urbano en general. Esta geografía de sitios especiales hace que un léxico espacial político de intervenciones visuales legibles quede disponible: desde proyectos de construcción descomunales y otras representaciones materiales del poder hegemónico, hasta las alteraciones

visuales de sitios específicos en pequeña escala, o desde puntos de salida, rutas y destinos de marchas y mítines, hasta lugares para silenciar o para hacer visible aquello que se ha silenciado.

En el Berlín posreunificación los contornos de tales territorializaciones, y con ellos los términos generales de las luchas en torno a la visibilidad en la ciudad, se han conformado por los proyectos masivos dominados por una articulación hegemónica del Estado, el mercado y la sociedad civil. El incipiente proyecto de nacionalismo alemán ha abarcado no sólo la reestructuración de las narrativas históricas o la producción de nuevos significantes maestros, sino, al igual y de manera inseparable, la reconstrucción de paisajes arquitectónicos. Además de haber definido este proyecto nacional como lucha contra el nacionalismo violento, la presencia espectral de pasados ilícitos también ha guiado vastas intervenciones sobre el entorno construido.

Numerosos estudiosos han escrito sobre las transformaciones que Berlín ha atestiguado en décadas recientes, analizando las dimensiones simbólica, política, arquitectónica, urbana, estética y social de los cambios monumentales en el nuevo paisaje urbano de la nueva capital (De Soto, 1996; Huyssen, 1997; Ladd, 1997; Verheyen, 1997; Binder, 2000; Glaeser, 2000; Binder, 2001; Strom, 2001; Huyssen, 2003a; Saunders, 2009). Se ha mostrado que renombrar las calles, por ejemplo, ejecuta una política de dominación occidental (De Soto, 1996; véase también Verheyen, 1997).[8] A lo largo de este proceso en curso, las transformaciones materiales se han ligado cercanamente con transformaciones simbólicas, con la inscripción de ciertas narrativas en el paisaje urbano

[8] Se ha documentado que el cambiar el nombre a las calles es fundamental para la resignificación de lugares en el contexto de la transición política en una serie de casos en Europa Oriental, así como en otros sitios. Véanse, por ejemplo, Robinson, Engelstoft *et al.,* 2001; Light, 2004; Palonen, 2008.

y la purga de otras (Binder, 2001). Si, tal como ha sostenido Lefebvre (1991), una nueva hegemonía no puede sino producir nuevos espacios, entonces la República de Berlín lo ha hecho con vigor excepcional. Y con buenas razones. La hegemonía política es, inherentemente, una relación de representación que a la vez delinea lo colectivo y lo produce.[9] Exige no sólo el manejo y la vigilancia más o menos efectivos de las formas narrativas, las circulaciones discursivas y los valores semánticos, sino, de manera igualmente importante, el desarrollo de métodos para definir los términos de una economía de la visibilidad. La capacidad de borrar o de hacer visibles formas particulares en el ambiente construido —rastros tangibles de ciertos procesos sociales o signos de órdenes políticos y narrativas históricas en contienda— es clave para la dominación hegemónica.

En el Berlín posreunificación, por un lado, el capitalismo ha dado nueva forma a paisajes extensos —en especial en el Este— mediante la mercantilización del espacio urbano y la consolidación de nuevas geografías de producción. Pero, por otro lado, el nuevo soberano político ha inscrito su poder en el medio construido mediante borramientos, resignificaciones e hipervisibilizaciones. En ningún lugar los debates que rodean a este proceso han sido tan controversiales, o han recibido tanta exposición internacional (véanse, por ejemplo: Harding, 2005a; PBS, 2006), como en el caso del destino del *Palast der Republik* (Palacio de la República). Una obra modernista soviética que eclipsaba al *Museuminsel,* donde la catedral de Berlín y varios de sus mejores museos pertenecen a estilos arquitectónicos de finales del siglo XIX. El *Palast*

[9] La hegemonía es una relación de representación en ambos sentidos de la palabra: primero, como delegación que implica el surgimiento de un término particular como encarnación del colectivo político (Laclau, 1996b; Laclau, 2006); y, segundo, como un proceso social a gran escala, cargado de poder, de significación y mediación semióticas.

daba al monumento más conocido de la ciudad, la Puerta de Brandeburgo, en el lado opuesto de la histórica avenida *Unter den Linden*. Rodeado de viejos edificios renovados con elegancia, de experimentos arquitectónicos posmodernos, espacios contemporáneos para el consumo y una topografía emergente de hitos para el turista, su gigantesca forma cúbica presentaba una referencia singular a la memoria del socialismo de Estado. El inmenso edificio que alguna vez albergara al parlamento de la RDA, así como a una gama de ofertas públicas culturales y de diversión, se percibía ahora como incompatible con las nuevas formas hegemónicas de representación. El acuerdo, en apariencia amplio, en torno a la inevitabilidad de su demolición expresaba el muy incondicional triunfo de una narrativa histórica alemana occidental, así como de los modos occidentales de representación del poder en el entorno construido, en particular al excluir del debate —cuando menos en la esfera pública— a otras perspectivas, más populares entre los residentes orientales de la ciudad.[10]

En Berlín la visión nacional ha hecho las paces con pasados acechantes y presentes amenazadores, de maneras bastante particulares. Por ejemplo, más que haberlas demolido, las exoficinas centrales de la Stasi se han convertido en museo y centro de documentación de los pecados de sus amos previos. El espacio más secreto de la RDA se transformó, de este modo, en un rayo de iluminación. Igualmente ilustrativo resulta el nuevo domo transparente del Reichstag, desde el que el público disfruta a la vez de una vista panorámica del paisaje del centro de Berlín, salpicado de edificios gubernamentales y atracciones turísticas, y, mirando hacia abajo, de un vistazo de la sala de reuniones central, del par-

[10] He escuchado muchas rememoraciones afectuosas del *Palast* entre mis amigos alemanes orientales. Helmuth, por ejemplo, conoció a su esposa en una discoteca que estaba ahí.

lamento federal. Los muros de vidrio del edificio adyacente al Bundestag, entretanto, exhiben la legislatura en operación. La producción de un nuevo régimen de visibilidad ha implicado la erección de representaciones materiales del nuevo poder, de manera más notable, las grandiosas oficinas del Parlamento Federal y del canciller, pero también el remozamiento integral de museos e hitos como la Puerta de Brandeburgo y la avenida Unter den Linden, y los exuberantes complejos de consumo y disfrute alrededor de las Potsdamer Platz y Alexanderplatz. Todos estos esfuerzos y muchos más buscaban la visualización material, a partir de una imagen colectiva, de una nueva Alemania democrática, liberal, transparente, tolerante y amistosa, aunque también históricamente responsable. Estaba en juego la generación de una distancia entre la naciente Alemania y sus fantasmas. Así, mientras que los cambios en el entorno construido tras la reunificación patentemente invocaban la historia de la ciudad y la incorporaban a los vocabularios arquitectónicos contemporáneos, lo hicieron de manera en extremo selectiva, invocando la memoria nostálgica de la República de Weimar, pero esquivando con cuidado las alusiones al nazismo y al comunismo (Binder, 2000; Binder, 2001).

Tales operaciones de visibilidad, por supuesto, siempre respondieron también a otro amo —la forma mercancía—. La recreación del centro de Berlín, si ha buscado representar de manera simbólica a la nueva nación, al mismo tiempo ha intentado reempaquetar a la ciudad como una atractiva mercancía. La decisión de reemplazar al *Palast* por una estructura pastiche que muestra una fachada que emula al castillo real prusiano que alguna vez estuvo cerca de ahí revela la articulación íntima entre lo político y lo económico. Con el castillo reestablecido, la transfiguración del centro de Berlín en un parque de diversiones amigable para el turista, competitivo ante las armonías nostálgicas de muchas otras capitales europeas, habrá concluido.

Tácticas de visibilidad

Esta proliferación, reconfiguración y resignificación aparentemente imparable de lugares especiales en la ciudad —castillos, memoriales, museos, placas conmemorativas, estatuas, plazas, exhibiciones— teje en conjunto una geografía de valores y significados que, tal como he sugerido, ofrece un mapa para las intervenciones tácticas que buscan desestabilizarla. De manera paradójica, precisamente es la persistente inversión en la producción de tales lugares lo que ha puesto a disposición un banco particularmente rico de objetivos para aquellos quienes, como los rociadores anónimos de las estrellas de David, pudieran desear disputarla. No es por coincidencia que sus acciones hayan echado a andar debates en torno a los términos y las normas de la visibilidad en la ciudad. El consenso rápidamente aceptado respecto del significado de los símbolos como obra de los nacionalistas alemanes proveyó de cierto confort en tanto que les otorgó legibilidad. Pero el no poder localizar a los escurridizos rociadores, quienes continuaban sus golpes de manera incesante, al mismo tiempo generaba una aflicción siempre más intensa. La comunidad judía de Berlín exigió la instalación de cámaras de vigilancia a lo largo de "los sitios en riesgo particular". "Es momento", notó quien encabezaba la comunidad judía, "de que finalmente utilicemos instrumentos modernos de vigilancia" (Kopietz y Strohmaier, 2005). El ministro del Interior de Berlín, por lo común atento a las preocupaciones de la comunidad judía de la ciudad, rechazó la propuesta llamándola impráctica, arguyendo que la cantidad de sitios y edificios potencialmente en riesgo era sencillamente demasiado alta. En lugar de vigilancia por video, imploró a la ciudadanía que "[aumentara] su nivel de alerta para poder detener a los culpables" (Der Tagesspiegel, 2005b). La oposición de la CDU, a su vez, criticó al gobierno de la ciudad y culpó por la embarazosamente infructífera caza de

los perpetradores a los recortes en el cuerpo policíaco. Los representantes de la policía, por su parte, advirtieron que el reportaje hipermediatizado de cada nueva inscripción inspiraba a los anónimos culpables, de manera contraproducente, a continuar con sus fechorías.

Mientras tanto, los debates en torno a las estrellas de David no estuvieron ausentes de los foros de la extrema derecha. Ahí, sin embargo, las expresiones de entusiasmo fueron pocas e infrecuentes. Un comentarista de un popular portal en línea protestó contra la rápida atribución del *grafiti* a los nacionalistas alemanes y contra el consenso de que los perpetradores no podían ser judíos:

> Qué se puede decir. Por cualquier cosa de este tipo y de inmediato se culpa a los derechistas. Por supuesto que no hay j…[udíos] malos… Sólo puedo decir que yo hubiera utilizado otros símbolos. Con mucho gusto. ¡Pero no vandalizo muros! (Rocknord, 2005).

Otros comentaron, con mayor ironía, la idea de que extremistas alemanes de derecha hubieran rociado estrellas de David: "aquí en el Donauinsel hubo una vez una esvástica con la leyenda 'la victoria final está cerca', en un baño público. ¿Podrían haber sido j…[udíos]?", preguntó un comentarista irónicamente. Otros asumieron un tono mucho más severo:

> ¡Lo encuentro sencillamente descerebrado y estúpido!
> Gente como ésa no tiene nada que hacer en nuestro movimiento,
> en caso de que se tratara de jóvenes derechistas.
> ¿Qué ventaja tiene este *grafiti* vandálico?
> ¡Absolutamente ninguna! (Rocknord, 2005).

A excepción de un puñado de expresiones laudatorias, los comentaristas por lo general expresaron resentimiento

ante lo que describieron como la impugnación automática de los extremistas de derecha. Algunos sugirieron que se debía culpar a los musulmanes. Muchos condenaron estos actos como vandalismo sin sentido y vano, impropio del "movimiento", y deploraron en especial la profanación de tumbas (Altermedia Deutschland, 2005; Rocknord, 2005). Como operadores de visibilidad, se juzgó a las estrellas de David, ampliamente, como contraproducentes, impropias e inadecuadas. Para finales de noviembre, alrededor de un mes y medio después de que se observaran los primeros símbolos, el recuento había desaparecido casi por completo de la mirada pública. Una cronología de incidentes antisemitas, publicada a principios de 2007 por un centro de investigaciones antifascista, citaba un total de 126 incidentes, los dos últimos sucedidos en enero y febrero de 2006 (Apabiz, 2007). Jamás se identificó a los rociadores.

Dejando de lado sus evaluaciones disparejas e interpretaciones variadas, el episodio de las estrellas de David nos recuerda dos elementos cruciales. En primer lugar, generó hipervisibilidad de manera efectiva y, con ella, cierto pánico y especulación no menores; todo esto con instrumentos de baja tecnología, con alta precisión e impunidad. En segundo lugar, expuso cómo la visión nacional, a su vez, conformaba un terreno, un objetivo y un adversario para aquellos que buscaban frustrar sus esfuerzos. Los regímenes de visibilidad dominantes abren espacios para una serie de juegos de visibilidad local que introducen al tejido material de la ciudad indicios de pasados presentes, que acechan al proyecto de una nación democrática tolerante, liberal. Como tocan tabúes culturales profundos, tales intervenciones constantemente implican la transgresión tanto de normas sociales como de códigos legales.

Para muchas personas la violencia forma una dimensión sobresaliente tanto de los horizontes históricos que tales signos evocan como de los malestares contemporáneos que señalan.

Empero, la violencia designa cosas bastante diferentes y de manera diferencial para personas diferentes. Hay un mundo de diferencia entre exhibiciones —y percepciones— de amenaza potencial y aquellos momentos de realidad demasiado tangible; o entre la conmemoración colectiva de un pasado brutal y el aquí y ahora de un cotidiano racista. Hablar de violencia nacionalista comúnmente se refiere a la ejecución premeditada llevada a cabo por células terroristas, a allanamientos brutales de negocios de inmigrantes o a agresiones físicas entre grupos rivales de jóvenes ebrios, pero menos a la generación de temor en el reino de lo visual. A menudo, sin embargo, las prácticas de visibilidad se dan sobre la territorialización material de potencialidades e insinuaciones, y no en torno a la brutalidad física como tal. En Berlín, como en otros sitios (Pred, 2000; Comaroff y Comaroff, 2006), las geografías del miedo corresponden sólo de manera parcial con la distribución espacial de los ataques físicos.[11] Los extremistas de derecha, por lo general, hacen que su presencia se sienta de forma visual en el espacio urbano, de modo que para ciertas audiencias, lo saben bien, evoquen posibilidades amenazantes.[12] Al manejar tácticamente la frontera entre lo visible y lo invisible, lo expresado de manera explícita y lo insinuado de manera implícita, ocasionan evidencia visual, atención pública y, para muchos, ansiedades amenazantes.

[11] Por ejemplo, un estudio de la distribución espacial de la violencia extremista de derecha, sus perpetradores y sus víctimas, publicado por la *Verfassungsschutz* berlinesa, mostró algunas de las tasas de incidencia de ataques más altas en vecindarios como Friedrichshain y Prenzlauer-Berg, considerados ampliamente como el núcleo de las zonas multicultural, *hip* y *gay* de la ciudad (*Verfassungsschutz* Berlin, 2004).

[12] Por supuesto, la violencia física verdadera sigue siendo vital como horizonte de significación, aun en su ausencia, permitiendo múltiples operaciones de visibilidad con base en la violencia (agradezco la frase a Michael Silverstein). La prolífica publicidad de masas en torno a la brutalidad física permite a los extremistas de derecha invocar las potencialidades amenazantes y proyectarlas metonímicamente hacia objetos materiales.

Aun conforme confundía a las autoridades y sobresaltaba a los residentes, entonces, la narrativa de las estrellas de David no fue de hecho un incidente único o sin precedentes. En lugar de ello, se trató de una en una serie de operaciones de visibilidad que los extremistas de derecha llevaban a cabo de manera rutinaria. Tales tácticas de visibilidad contrastan pronunciadamente, en cuanto a escala, con los tipos de políticas de visibilidad monumentales que examinamos hasta ahora. Incluyen tanto las acciones de agrupaciones políticas militantes como los hábitos de moda rutinarios de individuos particulares, como Gino o Freddi. Sus instrumentos son variados y van desde artículos de moda, pintura y brochas, o latas para rociar *grafiti*, hasta pegatinas y carteles, estandartes y lemas. Se componen de la calibración rudimentaria de las apariencias corporales, así como de las intrincadas intervenciones clandestinas sobre el paisaje urbano. En resumen, constituyen un amplio espectro de distintas prácticas comunicativas orientadas a públicos bastante diferentes, desde los residentes de algún vecindario hasta públicos internacionales. Como sucesos comunicativos participan de una serie de conversaciones distintas que suceden en escalas sociales diferentes. Por lo tanto, tienen matices muy diferenciados.

La apariencia física de los cuerpos de la extrema derecha juega un papel crucial en la *performance* visual de su yo y, para quienes tienen buenas razones para preocuparse por su presencia, territorializa potencialidades aterrorizantes. El cuerpo se presta a fungir de sitio de una amplia gama de operaciones de visibilidad. Tres cualidades lo hacen particularmente adaptable y efectivo: su movilidad o su capacidad de navegar el paisaje urbano utilizando una variedad de métodos; su singularidad o la manera en la que su "estar ahí" físico le otorga concreción y facticidad; y su cualidad de manipulable, y las operaciones múltiples y flexibles que, como veremos, se pueden combinar en permutaciones aparentemente innumerables.

Para poder transmitir su política de forma visual sobre sus cuerpos, y bajo la mirada vigilante y la mano de hierro del Estado, los extremistas de derecha emplean un léxico de símbolos convencionales, códigos crípticos y estilos gráficos —por ejemplo, fuentes góticas, interpretaciones icónicas de figuras mitológicas nórdicas y cifras numéricas para combinaciones de letras prohibidas (tales como 18 para A[dolf] H[itler] u 88 para H[eil] H[itler])—. Consideremos de nuevo el caso del tatuaje de Gino que decía HASS, con sus dos últimas letras estilizadas para copiar el símbolo como de rayo de la SS, proscrito por ley. Tatuado a lo largo de cuatro dedos de su mano, sus letras, tal como sugerí en el capítulo V, permitían varias operaciones tácticas. Exponer por completo sus caracteres ilegales lo hacía correr el riesgo de enfrentar consecuencias legales y exigía, cuando menos, la percepción de estar a salvo de la ley, por ejemplo, en la privacidad de los apartamentos o en sitios considerados suficientemente íntimos. Bajo circunstancias menos favorables los anillos permitían el ocultamiento selectivo de los elementos discretos del tatuaje y su orientación diferencial para públicos distintos. Deslizar un anillo sobre una de las dos letras que componían el símbolo ilegal construía un manto protector ante la ley que —recordemos la discusión planteada en el capítulo IV— prohíbe no el símbolo *per se*, sino su despliegue público. Sin embargo, tal borramiento parcial al mismo tiempo anunciaba con total claridad la existencia del tatuaje ante otras audiencias, incluidos los activistas antifa y los camaradas. En contextos más amplios —en ciertos vecindarios, parques públicos y estaciones ferroviarias— por lo general se mostraría como una afirmación de poder, como expresión de solidaridad y como provocación calculada. Una tercera posibilidad es el ocultamiento total del tatuaje. Ahí donde las relaciones de poder parecían claramente desventajosas, cubrir por completo la inscripción que leía HASS le eximía de ser un marcador visual significativo de la identidad

política. Por último, uno podía optar por salirse de este juego de la visibilidad por completo, como sucedió con Gino cuando hizo que los caracteres de su tatuaje se transformaran en barajas, indicando, por lo tanto, la terminación indiscutible de su participación.

Los poderes particulares del tatuaje de HASS como instrumento moldeable para *performances* visuales tácticas se debía a sus elementos por separado, que se prestaban a un manejo preciso.[13] Algunos accesorios adicionales refinan aún más las capacidades tácticas del cuerpo: los estilos de peinado, como el corte "Renee" que Thomas impuso a Lisa (véase el capítulo VI); la joyería, como el pendiente con la runa odal de Freddi (véase el capítulo IV); y, de manera más prominente, las marcas de moda (véase el capítulo II). Los atuendos, como los tatuajes, presentan una red en cascada de provocación y transgresión, y permiten una orientación diferenciada, dirigida a públicos distintos. Algunas marcas son ilegales y se exponen sólo con precaución. Otras, pese a ser legales, indican sin ambigüedades identificación con la extrema derecha, cuando menos ante ciertas miradas, de modo que, dependiendo de las circunstancias, pueden invitar expresiones de camaradería o provocar reacciones hostiles. Otros sólo apuntan, de manera más o menos vaga, la posibilidad de alguna orientación política de derecha. Por último, los atuendos llamados "normales" o "neutrales" supuestamente no representan valores políticos. De hecho, más de un par de entre mis informantes prefería evitar cualquier posibilidad de provocación. Como dijo Sylvia cuando intentaba expli-

[13] Otros tatuajes populares entre los extremistas de derecha, que de manera semejante visibilizan la amenaza de violencia, incluyen representaciones y símbolos que revisé en capítulos previos: el dios nórdico Thor con su legendario martillo; el *leitwolf* (el líder de la manada), por lo general como un lobo del ártico en un paisaje nevado; la cruz de hierro; y la bola de billar negra con el número ocho, el cual representa a la letra "H", la octava del alfabeto, y, por lo tanto, a Hitler.

carme la diferencia, desde su punto de vista, entre izquierda y derecha. "La izquierda es *punk*", en tanto que:

> [...] lo neutral no es ni derechista, es decir, ni *skinhead* ni *punk*, y derechista, digo, yo soy un poco derechista... Pero no es tan extremo que ande por ahí de botas... Tengo mis opiniones, pero no las muestro públicamente... No me puedo imaginar a mí misma andando por ahí con esos zapatos, porque sería una provocación y entonces no me podría quejar si alguien me acosa o si se me acerca un policía.

Por supuesto, aquello que Sylvia consideraba neutral podía percibirse, por otros, como ultranacionalista. El contexto y el público son, de este modo, claves para la *performance*, y la calibración de la visibilidad extremista de derecha desde siempre se orienta a éstos. Por ejemplo, no todos reconocerían las prendas marca Thor Steinar (véase el capítulo IV) como prohibidas legalmente o, ahí donde se condonan, como indicaciones claras de orientaciones neonazis. Muchas personas que viven en Berlín perciben que ciertas marcas de ropa, como Lonsdale, son un sólido indicador de simpatía por la extrema derecha y de proclividad hacia la violencia racista, pese a que son prendas muy populares en otros medios subculturales (por ejemplo, entre anarquistas y *skinheads* de izquierda en el caso de Lonsdale). El significado de aquello que se visualiza en tales *performances* depende, por lo tanto, de la dispareja erudición de los distintos públicos. Los actos interpretativos se vuelven respuestas ante actos de *performances* en el sentido goffmaniano (1976): no es tanto, o no es sólo, que las *performances* desde siempre se orienten ya hacia sus interpretaciones, sino más bien que estas últimas definen a las primeras como actos performativos en primera instancia.

Diferentes dominios materiales se articulan unos con otros y con contextos en transformación para dar pie a una

Foto 7. Una marcha de los Junge Nationale (Jóvenes nacionalistas, el ala de jóvenes del NPD) por más recursos para la "juventud alemán" en Pankow, Berlín. Una venda sobre el brazo sugiera la presencia de un tatuaje prohibido.

gama de combinaciones e interpretaciones. En las manifestaciones, por ejemplo, los brazos de más de un par de participantes a menudo exhiben lo que de otro modo parecería una venda inadvertida. En tales eventos, no obstante, pegadas justo a la altura de la manga de la camisa, la venda se vuelve una señal clara de la presencia de un tatuaje ilegal bajo la misma, aun cuando enmascare la naturaleza precisa del símbolo y se abstenga de transgredir la ley. Ya sea que el supuesto tatuaje que la venda a la vez oculta y revela de manera tan patente en el acto mismo de ocultar exista en realidad, o no, resulta completamente irrelevante —la operación misma del borramiento visibiliza aquello que supuestamente se esconde de la vista—. El borramiento, en otras palabras, bien puede realzar la visibilidad.

En el capítulo IV describí cómo algunos de mis informantes llevaban chaquetas sobre sus camisas marca Lonsdale, de manera que sólo quedaran las letras NSDA en plena vista, haciendo referencia al acrónimo ilegal del Partido Nacionalsocialista (NSDAP). Expliqué cómo, de ese modo, evadían la prohibición legal del despliegue público del símbolo. Pero esta operación de borramiento parcial hacía más que eso. Pensemos en cómo cerrar la cremallera completa de la chaqueta eliminaría, de manera íntegra, cualquier rastro de significación política. Abrir la chaqueta por completo, por otro lado, expondría todo el logotipo de Lonsdale. Dependiendo del contexto y del público, esta última posibilidad sugeriría, a un grado mayor o menor, una asociación extremista de derecha (según mi experiencia, los especialistas y el círculo íntimo tenderían a llegar a este supuesto menos que las personas legas). En tanto muchos ni siquiera podrían registrar la cuidadosa manipulación de la chaqueta y el despliegue de las letras NSDA que conlleva la primera de estas tres posibilidades, cualquiera con apenas un conocimiento incipiente del campo, sin duda lo interpretaría —de manera correcta— como una *performance* provocativamente inequívoca de una imagen pública comprometida con el extremismo de derecha. Una operación discreta de borramiento parcial produce, en este caso, entre aquellos suficientemente conocedores como para leerlo el efecto de hipervisibilización.[14]

[14] La necesidad de secrecía y comunicación codificada bajo estrictos límites legales y regímenes penales de mano dura es, a su vez, productiva de una serie de maneras. Quizá y de la mayor importancia, la circulación e intercambio de un conocimiento arcano, de los que pertenecen, es generadora de sentidos de pertenencia y de solidaridad grupal. Algunas manipulaciones extremistas de derecha de los signos visuales, no obstante, aparecen menos en el registro de la secrecía y la encriptación, y más en el de la burla en la faz del Estado, aunque siempre de manera segura, por así decirlo. La manipulación de Gino de su tatuaje, que evadía a la ley pero mantenía el hecho del tatuaje —aunque no incluyera todas sus letras—

Los recursos tácticos del cuerpo como instrumento de visibilidad —su *movilidad*, su *versatilidad* y su *singularidad*— lo hacen inadecuado para aquellos propósitos que exigen algún grado de *inmutabilidad* durable, como la posibilidad de una *iterabilidad* exacta o una *multiplicidad* de intervenciones simultáneas en ubicaciones diferentes. Varios elementos propagandísticos —pegatinas, volantes, carteles, *grafiti*— abren un arsenal diferente de tácticas visuales que permiten la estabilización de significados, su duplicación y su expansión territorial. Para aquellos que los pueden percibir e interpretar, operan no por proximidad, como el cuerpo, sino más bien como representaciones de algo otro, de la posibilidad abstracta de que la violencia física pudiera irrumpir concretamente en la escena. Al divorciar el signo del cuerpo minimizan la medida del riesgo individual (recuerde que jamás se identificó a los rociadores de las estrellas de David), al tiempo que permiten una densidad visual superior de la que los cuerpos solos permitirían. Tales recursos tácticos son particularmente significativos debido al régimen penal que gobierna a la visión nacional y bajo la cual, como hemos visto en el capítulo IV, el vínculo entre un signo y un cuerpo puede implicar serias consecuencias legales para los individuos. Asimismo, permiten la existencia de intervenciones visuales en amplias regiones —vecindarios, distritos municipales— de la ciudad.

La reiteración tiene la ventaja de realzar la visibilidad de términos en particular: los patrones recurrentes se incorporan a cierto *habitus* de percepción, de manera que, cuando se les encuentra, se registran conscientemente sin el esfuerzo que implica, en otra circunstancia, el escrutinio visual. Los diseños predecibles, las composiciones gráfi-

---

patentemente visible, recuerda menos algún argot codificado que la deformación de un tabú, que vuelve inofensiva la visualización del mismo (piense en la etiqueta *fcuk* de French Connection, como otro ejemplo). Agradezco a Michael Silverstein esta última observación.

cas estándar y las combinaciones de color convencionales —por ejemplo, las representaciones estilo gótico de escritura *runen* y los colores negro, blanco y rojo del Reich alemán— constituyen, cuando menos para algunas sensibilidades perceptivas, géneros visuales que operan, por así decirlo, de manera automática. Para el que está habituado a ver se vuelven visibles y perfectamente legibles no mediante la mirada, sino a través de un vistazo fugaz con el rabillo del ojo. Un caso elocuente ocurrió cuando, en el otoño de 2004, Andrea y Helmuth tuvieron la premonición de que un restaurante, aún en construcción, cercano a su oficina pronto se volvería un prometedor punto de encuentro para los grupos extremistas de derecha del distrito. Fundamentaron sus sospechas tan sólo en el anuncio del restaurante, que se había instalado semanas antes de abrir sus puertas: un fondo rojo sobre el que se imprimió el nombre del restaurante, *Spreehexe* ("la bruja del Spree"), en caracteres góticos blancos con un delineado en negro; debajo, también en letras blancas, decía "Cocina alemana" (*deutsche küche*). Alrededor de medio año más tarde, en la primavera de 2005, Helmuth y yo visitamos el establecimiento. Se trataba de un típico *kneipe* alemán, con muebles de madera simples, la mayor parte de sus clientes ubicados en la larga barra y en un par de mesas dispersas. Los seguidores de los equipos de futbol Union y Hertha (estos últimos en clara minoría) intercambiaban bromas y tomaban cerveza. Helmuth recapituló, con mayor detalle del que yo tenía hasta ese momento, la historia del allanamiento policíaco al *Spreehexe* la noche previa a la inauguración programada. El allanamiento interrumpió una fiesta sonora, cuyos participantes incluían a unos 60 prominentes extremistas de derecha. Según Helmuth, habían despedido a la madre de una figura clave del grupo militante local, que desde hacía tiempo había sido mesera en otra guarida cercana del medio. La fiesta en *Spreehexe* tuvo lugar el primer día de trabajo en su nuevo em-

Foto 8. El restaurante Spreehexe. Para los trabajadores sociales, las letras y la combinación de colores rojo-negro-blanco parecían sospechosos ya varios meses antes de su inauguración.

pleo. El restaurante quedó cerrado durante meses después de ese evento. Fue en la acera frente al restaurante, también, que Karl y sus amigos ayudaron con el comedor de beneficencia organizado por el NPD, que coincidió con el festival por la democracia en el vecino Schöneweide (véase el capítulo VIII).

Por supuesto, la exitosa glosa del restaurante como un favorito incipiente se debía no sólo a su sospechoso anuncio, sino también, de manera crucial, a su ubicación en Schöneweide, vecindario tristemente célebre —no por completo sin razón— debido a su gama de ofertas de extrema derecha. El mismísimo anuncio podría invocar otros significados en otro sitio o para otras miradas. De hecho, muchos de mis informantes asociaban la combinación negro, blanco y rojo, de manera cuando menos igualmente potente, con los colores de su equipo favorito de futbol, el Union. Simplemente en virtud del fanatismo por el Union y la parafernalia que lo acompañaba, esta combinación de colores dominaba su guardarropa. Lejos de verlo como un problema, muchos de ellos apreciaban el acuerdo cromático entre el Union y el nacional-socialismo. Durante los partidos a menudo resultaba difícil determinar si ciertos artículos —botones, tatuajes, camisas— se referían a éste o a otro horizonte de significado. Es crucial, por lo tanto, recordar que la manera en que personas distintas leen las señales en un contexto determinado denota múltiples maneras de decir, así como una amplia gama de sensibilidades estéticas. Éstas, a su vez, se traducen en percepciones diferenciadas de lugares y de señales —y de las relaciones entre los mismos— en el paisaje urbano (véase Shoshan, 2008b). Los siguientes dos extractos de mis notas de campo tienen la finalidad de dar un sentido de mi propia manera particular de leer lugares extremistas de derecha, conformada, en parte, sin duda, por la ignorancia dichosa del fuereño, que me llevó una y otra vez a lugares que la mayoría de los alema-

nes evitarían estrictamente, pero en parte también debido a una mirada progresivamente habituada:

> Al cruzar Sophienstraße, los edificios de apartamentos renovados, las florerías, las jugueterías, las tiendas de abarrotes étnicos y el *grafiti* anarquista se metamorfosean en edificios en ruinas, talleres mecánicos cerrados, pegatinas y volantes con lemas como *Deutschland erwache!* ("¡Despierta Alemania!") o *Rote Banden zerschlagen!* ("¡Aniquila a los rojos!"), e inscripciones codificadas —"88" (para *Heil Hitler*), "KSG" (para *Kameradschaft Germania)*, "134 DVZ" (por una división de la Waffen-SS de la Segunda Guerra Mundial), y otras que escapan a mis poderes de desciframiento—. Un *skinhead* de amplios hombros, intensamente tatuado, que porta una chaqueta de cuero negro, botas altas y cadenas metálicas, pasea a su fornido perro por el parque desierto, ante la banca en la que tomé un respiro para garabatear mis impresiones (Berlín-Lichtenberg, 19 de julio de 2003).
>
> Cuatro hombres musculosos —imagino que en sus 30 y pocos— abordan el vagón del tren U5 en el que me encuentro, regresando de Hellersdorf. Con cabezas rapadas y brazos tatuados, sus atuendos se componen de camisetas Consdaple y Lonsdale —cuyos logotipos ostentan los ilegales acrónimos NSDA y NSDAP—, así como de vaqueros y botas negras. Se acomodan en el centro del pasillo, observando a los pasajeros, muchos de quienes muestran señales visibles de ansiedad y se mudan a los vagones adyacentes en la siguiente parada (Berlín, 27 de julio de 2003).

Tales lugares me ofrecían una constelación concentrada de signos legibles, tanto corporales como no corporales. Las relaciones indexicales —las relaciones de proximidad física— entre estos lugares y las señales visuales desplegadas permitían la territorialización de la violencia como potencialidad en la ciudad. Para mí, pero también para todos aquellos

conocedores o lo suficientemente experimentados como para evitar jardines abandonados en Lichtenberg, o para mudarse al próximo vagón, invocaban tanto al espectro de un pasado violento como a la violencia latente del presente. Su espectralidad yace en esta duplicación que ponen en acto: la fusión en sitios concretos de la nación violenta y de la violencia nacionalista.

Una manera particularmente efectiva de lograr visibilidad y legibilidad, como hemos visto en este capítulo, consiste en la yuxtaposición de signos especiales con sitios especiales. En el caso del restaurante Spreehexe, fue su ubicación espacial en un área ampliamente percibida como amigable para los extremistas de derecha, y cercana a otros establecimientos semejantes, lo que conjugó cómo se le percibía; una determinación ecológica, se podría decir. Empero, para las estrellas de David fue su inscripción sobre monumentos, lápidas, estatuas y otros lugares heterotópicos, lo que motivó su interpretación. En particular, los cementerios parecen tener un lugar prominente en la política de visibilidad de la extrema derecha. Según Foucault, los cementerios son lugares altamente heterotópicos en cualquier sitio; en Alemania resultan particularmente infundidos de valores excepcionales, porque yuxtaponen no sólo la vida y la muerte, sino también a perpetradores históricos y a víctimas históricas, a ideales culturales y tabúes culturales, la honra a los muertos con los muertos que no deben honrarse. La vigilancia de los tabúes alemanes, por lo tanto, a menudo pasa por sus cementerios, tal como lo hacen los activistas nacionalistas.

En años recientes han tenido lugar, en Berlín, pequeñas manifestaciones en "conmemoración de los héroes" para honrar a los muertos alemanes de la guerra, en diversos cementerios, cada una convocando a un par de cientos de extremistas de derecha y a manifestantes antifa. En un caso, un grupo de activistas enfrentaron aquello que sus integrantes describieron como el silenciamiento de la memoria de las

víctimas de guerra "alemanas" (léase, quienes pertenecen a la nación alemana, en oposición a los ciudadanos del Estado alemán). El grupo transformó clandestinamente una placa conmemorativa, dedicada a las víctimas del nacional-socialismo, colocada a la entrada de un cementerio ubicado en el distrito central de Friedrichshain. La inscripción original decía: "En este cementerio encontraron descanso eterno, en 315 tumbas, algunas víctimas de la guerra y la tiranía", en referencia a la cantidad de bajas ocasionadas por las atrocidades del nacional-socialismo y de la guerra, enterradas ahí. Aunque no se distingue de manera explícita entre diversos tipos de víctimas, la mención de la "tiranía" claramente se refiere al nacional-socialismo como principal perpetrador, como responsable único de la guerra y de todas sus muertes, sin mencionar otros posibles culpables. Los activistas reemplazaron la dedicatoria con una inscripción que decía: "A las víctimas del terror del bombardeo angloamericano contra la población civil alemana". Otorgar visibilidad a las cientos de miles de bajas ocasionadas por los bombardeos de área de las Fuerzas Aliadas sobre zonas de civiles y, por lo tanto, reconfigurar el equilibrio de la responsabilidad histórica,[15] iba de la mano de disputar la memoria no sólo de las víctimas del nacional-socialismo, sino también de todas las víctimas de la guerra *como* víctimas del nacional-socialismo, sin menoscabo de las circunstancias de sus muertes.

El reemplazo de la inscripción conmemorativa retaba los términos bajo los que el régimen dominante de las políticas de visibilidad vigila la visión nacional. Intervenía, de igual

[15] Las frases "terror por bombardeo" (*bombenterror*) y "Holocausto de bombardeo" están, por supuesto, lejos de ser neutrales y se usan estrictamente por la derecha muy extrema en Alemania. Mucho más allá de rectificar cierto silenciamiento histórico que por lo general evita la mención del papel de los Aliados en las muertes ocasionadas y tiene cuidado de no atribuirles responsabilidad alguna, tales términos establecen a los Aliados como terroristas y fuerzas genocidas, poniendo entre paréntesis las atrocidades del nacional-socialismo, la guerra misma y la responsabilidad alemana por ésta.

manera, en la representación de la extrema derecha contemporánea alemana. Los activistas documentaron su acción (así como el barrido que subsecuentemente dispensaron al cementerio) fotográficamente y publicaron las imágenes en un sitio *web* nacionalista con base en Berlín. Como fotografías, la resignificación misma del cementerio y su "manita de gato" se volvieron signos disponibles para mayores recursiones. Recuérdese cómo la igualación inicial de las estrellas de David en sitios especiales, cuidadosamente elegidos, los cargaba de ciertos significados y asociaciones que subsecuentemente permitían su reiteración legible en lugares mucho menos específicos. En este caso, también, el cementerio posibilitaba operaciones visibles sucesivas y actos recursivos de significación e interpretación.

Andreas Huyssen señala la predominancia de la visibilidad y la invisibilidad en los debates sobre arquitectura en torno a la reconstrucción de Berlín como la nueva capital nacional, ahí donde se articulaban con recordar y olvidar (2003a). Las tácticas de visibilidad de la extrema derecha, no obstante, no tratan, de manera estricta, de evocar el pasado nacional-socialista para incorporarlo a la memoria. Después de todo, el paisaje berlinés rebosa de invocaciones visuales de dicha violencia y su calendario está repleto de representaciones ritualizadas de su historia. Rayar una esvástica sobre uno de los bloques grises del Memorial del Holocausto —incidente no raro— no tiene la intención de visibilizar un pasado silenciado, ya que las 2 711 estelas de cemento que componen el memorial logran tal cometido y de modo mucho más singular. Lo que está en juego en las tácticas de la extrema derecha es, por lo tanto, no la visualización en sí misma, sino los regímenes de visibilidad —los términos bajo los cuales se hacen visibles y se ven las cosas—.[16] La represen-

[16] En eso yace también una diferencia crucial entre los dos horizontes históricos traumáticos de Alemania —el nacional-socialismo y el comunismo—. Por mu-

tación visual constituye una dimensión fundamental de las culturas de la memoria, y los regímenes de visibilidad moldean de manera crucial los modos de recordar y de olvidar (*cf.* Huyssen, 2003b; 9, 15). Los regímenes de visibilidad dominantes en el Berlín contemporáneo incorporan el pasado nacional-socialista al paisaje urbano tangible, siguiendo guiones estrictamente regulados y austeramente monumentalizados. Se evacúa al pasado traumático del presente; o, mejor dicho, en el presente debe aparecer sólo *como* memoria histórica y *como* prácticas de conmemoración. El Memorial del Holocausto representa un caso extremo en este sentido: su monumentalidad ascéticamente abstracta, inconcreta, evoca el pasado meramente como *erfahrung*, como experiencia pasada cuya presencia en el presente toma la forma de un objeto para la reflexión, como sabiduría adquirida y conocimiento acumulado; no como *erlebnis*, como experiencia vivida, fenomenológica.[17]

Así, el pasado violento queda muy visible, pero siempre de manera remota, por así decirlo, como un horizonte evanescente de diferencia histórica, como un otro radical contra

---

cho que recientemente se haya colapsado a ambos como pasados totalitarios (véase mi discusión al respecto en el capítulo I), la representación visual de los símbolos de la RDA sigue siendo no sólo totalmente legal, sino que también se condona socialmente e incluso se percibe como un *kitsch* nostálgico. Tales despliegues no parecen provocar los tipos de ansiedades vinculados con el pasado nazi.

[17] No quiero decir, por supuesto, que el Memorial del Holocausto no presente un tipo de *erlebnis* muy singular. Por el contrario, su diseño se concibió para crear una sensación de desorientación. Sin embargo, la relación entre el *erlebnis* que genera y su referente, el suceso histórico que conmemora, es abstracta y conceptual, no figurativa ni mimética. En este sentido, el memorial sigue la discusión sostenida por Horkheimer y Adorno sobre *bilderverbot* (interdicción de representación) y mímesis en *Dialéctica de la Ilustración*, así como la prohibición posterior de Adorno en torno a las representaciones del Holocausto (Horkheimer y Adorno, 1994 [1944]; véase también Huyssen, 2002b). Se ha añadido al diseño original del memorial un pequeño espacio de cuatro habitaciones, llamado "Sitio informativo", que contiene una exhibición sobre el Holocausto y sus víctimas, precisamente debido a su oscura cualidad abstracta. Metido bajo tierra, no obstante, queda visual y experiencialmente distante del memorial mismo.

el cual imaginar el aquí y el ahora. Sus variadas apariciones en la ciudad cuidadosamente confinan la violencia al pasado. Lo visualizan precisamente como memoria, como memorial. No obstante, como nos recuerda Robert Musil, "no hay nada más invisible que un monumento" (citado en Huyssen, 2002a: 170). De manera paradójica, la visibilización del pasado nacional-socialista en el presente, mediante su confinamiento a sitios especiales de conmemoración colectiva, purifica al presente respecto de dicho pasado. El problema con las prácticas de visibilidad de la extrema derecha, entonces, tiene todo que ver con su modo de irrumpir en tales cronotopos dominantes de ruptura temporal y confinamiento espacial —cementerios, placas conmemorativas, monumentos— mediante el colapso de la división temporal, al invadirla y disputar su finitud espacial, al señalar su propia presencia no sólo *en* el presente, sino como *del* presente. En las articulaciones cronotópicas a las que da pie su manera de invocar este pasado violento en el paisaje urbano, el horizonte histórico del nacional-socialismo se funde con formas contemporáneas de racismo y de violencia ultranacionalistas. El pasado contamina al presente con sus fantasmas.

Tan sólo de luto

A lo largo de este libro he argüido que el manejo del odio abre en la Alemania actual un terreno para la puesta en acto de una entidad política alemana reunificada, y que los jóvenes extremistas de derecha han sido indispensables en la elaboración de este proyecto y para la representación de dicha puesta en acto. Al mismo tiempo, los extremistas de derecha desestabilizan el proyecto nacional. Ellos territorializan restos visibles inesperados que develan su inconclusión. Obstruyen aquellos regímenes de visibilidad mediante los que se domesticaría a sus espectros. La mayoría de las

veces lo harían a través de sus hábitos cotidianos, gracias a una gama de elementos como artículos de moda, tatuajes, joyería y otros operadores, cuya densidad espacial marca a ciertos lugares, como Schöneweide, como extremistas de derecha. Ocasionalmente, como con las estrellas de David y la placa conmemorativa del cementerio, sus intervenciones aparecen como perturbaciones súbitas, como incisiones mordaces sobre lo cotidiano urbano. Sin embargo, de vez en cuando, las profundas ansiedades que incitan y los colosales esfuerzos que echan a andar se cristalizan en momentos espectaculares de *performances* ritualizadas. En tales momentos se lleva a cabo el cargado y antagónico encuentro entre naciones incongruentes —aunque inseparables—.

Cuán considerables, frenéticas e hipervisibles se vuelven depende, por supuesto, de los sitios donde tienen lugar y de los pasados que conjuran. Varios ritos masivos de efervescencia colectiva destacaron durante el momento de mi trabajo de campo: la marcha para Rudolf Hess en Wunsiedel, la última morada bávara del exviceführer, cuyos seguidores lo aclaman como modelo de pacifista, traicionado por los Aliados, encarcelado de por vida injustamente y, finalmente, asesinado en su celda; la "conmemoración para los héroes" (*Heldengedenken*) en el mayor cementerio militar alemán de la Segunda Guerra Mundial, en el Halbe de Brandeburgo, donde se enterró a muchos miles de soldados de la SS y de las Fuerzas de Defensa (*Wehrmacht*), a reclutas de las Fuerzas de Asalto del Pueblo (*Volkssturm*), a funcionarios nacionalsocialistas, a conocidos criminales de guerra y civiles desafortunados —en su mayor parte, bajas de las últimas perdidas y terribles batallas contra el avance del Ejército Rojo—, a la par de desertores ejecutados y soviéticos de campos de trabajos forzados; y la marcha anual conmemorativa del bombardeo de Dresde, en la que los extremistas de derecha regularmente perturban la reivindicación del derecho a guardar luto, que masas de ciudadanos respetables llevan a cabo de

manera pacífica, así como socialmente sancionada. Los tres sucesos reúnen, cada año, a miles de manifestantes, detractores y oficiales de policía, así como a prominentes políticos y a un conjunto de equipos de medios masivos de comunicación, nacionales e internacionales.[18] De este modo, al tiempo que a menudo se encuentran cruces significativos no sólo de personas, sino también de lemas, atuendos y banderines, entre tales movilizaciones gigantescas, cubiertas por medios masivos de comunicación, y mítines más pequeños, locales (como la manifestación anual de BASO en Treptow, que analicé en el capítulo anterior), las primeras se distinguen nítidamente de las segundas por su escala, sus compromisos y por los tipos de conversaciones políticas de las que son parte.

En tales *performances* colectivas la conmemoración del sufrimiento y la victimización "alemanes" parecería frustrar la visión nacional, amenazar su posición privilegiada y contradecir sus pronunciamientos. En el cementerio de guerra de Halbe, por ejemplo, los héroes oficialmente respaldados son los desertores a quienes se ejecutó y no aquellos que obedecieron o (peor aún) que emitieron órdenes de matar. En una línea semejante, según cualquier recuento convencional Hess fue un nazi devoto y un criminal de guerra máximo, no un héroe pacifista. Y aunque sin duda todo mundo reconoce —y algunas personas se duelen profundamente— el casi

[18] También con regularidad anual estos eventos quedan al centro de prolongadas contiendas legales, cuyos resultados suelen ser variados e impredecibles. Se aprobó una enmienda legislativa apresuradamente en 2005 —sobre la que tendré más que decir adelante— que modificó los términos de estas disputas de manera drástica, permitiendo al estado de Brandeburgo prohibir permanentemente las manifestaciones cerca del cementerio de guerra de Halbe. Las marchas recientes de "conmemoración de los héroes" han atravesado el poblado de Halbe, pero no se han podido acercar a las sepulturas de los "héroes". Las implicaciones de esta enmienda legal para la marcha dedicada a Hess parecían, al inicio, menos claras. Los intentos emprendidos por el poblado de Wunsiedel para emplearla como instrumento jurídico para la prohibición de la marcha anual deambularon entre distintas instancias jurídicas durante años, antes de lograr la aprobación del Tribunal Federal Constitucional.

total aplastamiento de Dresde a manos de los Aliados, por lo general se entiende que su tragedia es resultado del belicismo alemán. Las maneras socialmente aprobadas de hablar sobre el pasado alemán, así como de recordarlo, se ven violadas por los discursos sobre la memoria emitidos por la extrema derecha.[19] Y no de manera gratuita, ya que los extremistas de derecha que conocí, en efecto, atacan las narrativas hegemónicas del pasado nacional. A menudo tropezando con los límites legales, sus actos apuntan a la provocación, a trastornar las fronteras externas de la memoria histórica en Alemania.

Empero, su significado en tales eventos y su papel en los medios publicitarios resultan ser mucho más ambivalentes. En el capítulo III vimos cómo no se podía delinear alguna distinción clara entre los llamados extremos y los medios sociales dominantes. Las palabras de mis informantes hacían eco, de manera asombrosa, incluso de ciertos discursos políticos publicados en los medios, sin mencionar de las charlas ocasionales en los bares del vecindario. Sin embargo, sin menoscabo de esta porosidad discursiva, mis informantes llevaban a cabo un trabajo fundamental para los medios de masas nacionales, como marcadores de la diferencia radical y del terreno prohibido. Por ejemplo, a menudo se desafía a los políticos que expresan posturas fuertemente racistas y se les avergüenza debido a la semejanza entre sus enunciados y aquéllos de los extremistas de derecha. Éstos, por lo tanto, se constituyen políticamente en una curiosa dialéctica. Por un lado, toman forma mientras que navegan tácticamente al Estado represor. Por el otro, marcan y definen, para empezar, qué cuenta como maneras ilícitas de recordar el su-

[19] Como hemos visto a lo largo del libro, y en especial en el capítulo IV, la preocupación principal en cuanto a la vigilancia de estos límites —mediante interdicciones legales o culturales— se centra en aquellas alteraciones a las narrativas dominantes que buscan publicidad, y menos en la reglamentación del discurso y el comportamiento en las esferas íntimas.

frimiento alemán, de narrar sus experiencias y de ordenar sus historias. Este terreno prohibido, dicho de otra manera, se entiende en medida significativa como compuesto por aquello que los extremistas de derecha, en los hechos, hacen y dicen. Y es esta misma dialéctica de constitución recíproca la que permite, también, la fabricación de la distancia respecto de él.

Uno podría sentir la tentación de decir que mis informantes, y otros como ellos, han facilitado la labor de los discursos oficiales y dominantes en torno a la memoria histórica al permitir la producción de una diferencia radical respecto del mal nacionalismo. Pero se sitúan, de hecho, como un remanente y recordatorio mucho más inquietantes. Su alegato sobre el sufrimiento alemán y sus *performances* del recuerdo se perciben ampliamente como signos metonímicos de simpatías nazis ocultas —porque son tabú—; en otras palabras, se consideran como deshonestas por tratarse, en realidad, de otra cosa. Sin embargo, la línea que separa al duelo honesto del deshonesto es porosa y cambiante. No siempre ha estado donde se coloca en la actualidad. Sin pretender señalar el momento histórico preciso en el que cambió (pero véase Habermas, 1997b), uno podría decir con certeza que bien entrados los años 1980 la rememoración pública de la victimización y el sufrimiento "alemanes" era un tema poderosamente intocable. La manera en que los discursos oficiales y socialmente dominantes actualmente tratan estas cuestiones, alguna vez prohibidas, se habrían tildado de revisionistas nacionalistas no hace mucho.[20] La memoria pública del sufrimiento alemán —en la literatura, las artes, el discurso político, los debates intelectuales y los eventos de masas—

[20] No obstante, en una crítica a la tesis planteada por W. G. Sebald en su *Luftkrieg und Literatur*, sobre el silenciamiento del sufrimiento alemán y en particular sobre los horrores del bombardeo masivo sobre zonas civiles, a finales de la guerra, Andreas Huyssen muestra que, muy por el contrario, varios autores alemanes habían tomado el tema (Sebald, 1999; Huyssen, 2003c).

aún se presenta de manera incierta y titubeante, todavía insegura de su legitimidad.[21] Aun así, el que tal transformación ha ocurrido es evidente en una gama de producciones culturales recientes.[22] Si las prácticas de la memoria de la extrema derecha parecen plantear un reto tan amenazante al proyecto nacional en Alemania, también se debe a que se les percibe, de manera correcta, como no tan distantes (temporalmente) de la atención creciente prestada al sufrimiento y la victimización alemanes en los medios masivos de comunicación. Lo que provocan, pues, son temores de que las conmemoraciones últimamente legitimadas del sufrimiento alemán pudieran desencadenar las mismas imputaciones de simpatías por lo nazi que habrían despertado en el pasado reciente.

[21] Véase, por ejemplo, en la introducción mi discusión sobre el tratamiento que Günter Grass da al sufrimiento alemán en su novela *Im Krebsgang*, y sobre cómo su complicada estructura y transposiciones cronotópicas revelan ansiedad sobre la legitimidad del texto mismo.

[22] Las transformaciones en las culturas de la memoria de la publicidad de masas han sido evidentes en una serie de obras recientes, críticas y literarias, incluidas *Luftkrieg und Literatur* de Winfried Sebald (traducida como *Sobre la historia natural de la destrucción*), e *Im Krebsgang* (*A paso de cangrejo*) y *Unkenrufe* (*Malos presagios*) de Günter Grass (Grass, 2003; Sebald, 2003; Grass, 1992). La industria fílmica alemana, además de mostrar un creciente interés general por el periodo nacional-socialista y la guerra durante el último par de décadas, expresado en la producción de múltiples títulos nuevos, ha representado a la historia alemana en varias películas nuevas de maneras antes impensables, o cuando menos controversiales, por ejemplo, las películas *El hundimiento*, que no sólo entregó una imagen de un Hitler incómodamente complejo, sino que también representó a algunos de los integrantes de su círculo más cercano bajo tintes favorables, como seres casi compasivos; *Sophie Scholl* (*La rosa blanca*) y *The Edelweiss Pirates*, que presentan historias de la resistencia y el martirio alemanes; y, más recientemente, *La ladrona de libros*, que ilustra la victimización alemana (en particular la persecución política) bajo el régimen nazi y la solidaridad con los refugiados (Glasow, 2004; Hirschbiegel, 2004; Rothemund, 2005; Percival, 2013). La drástica resignificación de la muy larga tradición de señalar el aniversario del bombardeo a Dresde —patrocinado durante décadas por el estado de la RDA, después asociado con la Iglesia y la oposición, y ahora, en la República Federal, tema de la sociedad civil— revela una reconfiguración similar de los tabúes nacionales.

Catástrofe a la Puerta

Para dar al lector una sensación más concreta del pánico que rodea a tales transgresiones visuales contra las fronteras culturales, concluyo con un examen detallado de una contienda de este tipo, particularmente singular. De entre todos los diversos lugares que Berlín ofrece a los manifestantes nacionalistas, el monumento más conocido de la capital, la Puerta de Brandeburgo, ha sido un sitio particularmente cotizado, sin duda cuando menos en parte debido a que el deseo de marchar por éste se ha frustrado una y otra vez. Lo que está en juego al marchar bajo el monumento se debe a que invoca a más de un Reich alemán. Empero, el valor estratégico del monumento para la visibilidad y publicidad es cuando menos igualmente significativo. Como icono recientemente coronado de la vieja República Federal, como marca (véase Huyssen, 2003b: 48) o logotipo para renovar la imagen de una Alemania unificada, segura, pero amigable, la Puerta de Brandeburgo simboliza un emblema clave para representar a la nación alemana no sólo para sí misma, sino también para el mundo en general. La Puerta marca el centro de gravedad —en ambos sentidos de la palabra— tanto de Berlín como de la República de Berlín. Al este de la Puerta yace la histórica avenida Unter den Linden, repleta de embajadas, oficinas de gobierno y parlamentarias, memoriales nacionales, teatros de ópera, museos y otras atracciones de primer rango; al norte, el Reichstag renovado; al sur, el nuevo Memorial del Holocausto; y al oeste, la Columna de la Victoria. Señala, también, el centro del turismo berlinés y del ámbito de la diplomacia. A diferencia de cuadrantes remotos de la ciudad como Treptow, donde alguna marcha de neonazis se acompañaría de reporteros menores para la prensa local, en la Puerta de Brandeburgo, una marcha de este tipo quedaría bajo las cámaras de un sinfín de equipos de medios internacionales, así como bajo la mirada azorada

de muchos turistas extranjeros. El interés del Estado en impedir exactamente tal eventualidad, revela sin duda el efecto palpable de esta dimensión internacional.[23]

Todo esto con mayor razón cuando el NPD registró puntualmente una marcha que iría de Alexanderplatz por Unter den Linden, bajo la Puerta, y ante el Memorial del Holocausto, el 8 de mayo de 2005, el 60 aniversario de la rendición del Tercer Reich ante los Aliados. Desde cualquier punto de vista, se trataba de una ocasión de proporciones internacionales. El evento se habría marcado, de seguro, por varias ceremonias, algunas con representantes de las Fuerzas Aliadas, así como con reportajes históricos, alocuciones políticas y documentales televisivos. Sin embargo, el pánico público al que gradualmente se escaló confirió a la Puerta, efectivamente, cualidades de fetiche.

El NPD registró el evento bajo el nombre "60 años de la mentira de la liberación: ¡Basta del culto a la culpa!" (*60 Jahre Befreiungslüge: Schluss mit dem Schuldkult*). En lugar del "día de la liberación" promovían los lemas "día de la derrota" y "día de la rendición". Difícilmente podrían haber elegido un vocabulario más incendiario para su manifestación, cuando menos sin transgredir peligrosamente los límites legales. Pero, de hecho, el que el NPD pudiera lanzar tal ataque léxico sobre la idea de la liberación para empezar y, de manera más significativa, que dicho asalto se tomara como metonímico de simpatías nacional-socialistas, señalaba cuánto había virado el linde de la memoria colectiva y la narrativa histórica en tiempos recientes. La noción bastante celebratoria de liberación (*Befreiung*) como designación de aquello a conmemorarse en 8 de mayo se arraigó en el discurso nacional público apenas en la década de 1980. Su ascenso desplazó a términos previos que muchos empleaban

[23] Como he señalado, la mirada internacional sobre Alemania se toma en serio y se discute de manera explícita en decisiones judiciales, en periodismo, en el discurso político, así como en conversaciones informales.

hasta entonces —el día de la derrota (*Niederlage*) y el día de la rendición (*Kapitulation*), las frases mismas que promovía el NPD—.

En especial entre la izquierda política muchas personas todavía expresan profunda inquietud en torno a esta sustitución discursiva (véase, por ejemplo: Habermas, 1997a). Ellos también sienten cierta decepción fundamental en el vocabulario de la liberación, a saber, por su implicación subyacente de que los Aliados de algún modo habrían emancipado al *Volk* alemán del yugo del nacional-socialismo del mismo modo en que, por ejemplo, se había liberado a los franceses de su ocupación. En tal narrativa el nacional-socialismo permanece como externo a Alemania, a la que se exime de responsabilidad histórica. Dicho simplemente, si se liberó a los alemanes del nacional-socialismo no podían haber sido nazis. Si los alemanes en efecto eran nazis y, por lo tanto, cargan con la responsabilidad histórica por acciones que aceptan como "suyas", entonces sólo podían haber sido derrotados.[24] Con todo, para 2005 el discurso sobre la liberación se había vuelto tan lugar común que podía fungir de bandera de lucha para un ataque desde la derecha. Vemos aquí entonces, de nuevo, cuán cerca se coloca el vocabulario político de la extrema derecha respecto de aquello que comúnmente se consideran discursos convencionales, legítimos.

Al mismo tiempo, sin menoscabo de los eslóganes que usaron, la mera imagen de miles de seguidores del NPD avanzando por Unter den Linden, la Puerta, el Memorial del Holocausto y múltiples misiones diplomáticas, blandiendo pancar-

[24] Algunos acogen el término de manera crítica, como adecuadamente indicativo no de la liberación de la Alemania nacional-socialista de sí misma, sino de la liberación de la Europa ocupada por Alemania; un giro muy cuestionable si tomamos en cuenta que para el 8 de mayo de 1945 ya se había liberado a la mayor parte de Europa.

tas nacionalistas y coreando lemas nacionalistas, todo durante el 60 aniversario de la rendición alemana, habría sido, en sí mismo, suficiente para constituirse en escándalo nacional. La lucha por la Puerta abrió un espacio político peculiar en el que se reunieron la derecha y la izquierda, donde se desvanecieron todos los rastros de algún límite entre el Estado y la sociedad civil, y donde el supuesto sistema de equilibrio de poderes se suspendió conforme se coludieron —a veces con bastante transparencia, otras con menos— gobierno, administración, tribunales, autoridades policíacas, legisladores y detractores militantes para evitar una catástrofe nacional.[25]

Cuando se revelaron los planes del NPD, a mediados de noviembre de 2004, algunos políticos de todo el espectro juraron que no habría tal marcha; seguramente no en la ruta propuesta. El conservador partido CDU, entonces en la oposición, desde hacía tiempo había presionado para promulgar alguna legislación que restringiera la libertad de reunión garantizada por la Constitución. Esta ocasión, también, se encontró aislado contra una amplia coalición parlamentaria que rechazó cualquier intercambio sobre mayores limitaciones a los derechos civiles fundamentales. Las leyes existentes, insistía el consenso emergente en aquel momento, debían bastar para prohibir la manifestación. De un modo u otro, nadie parecía ponerlo en duda, se debía impedir la acechante calamidad. Empero, para mediados de febrero la tranquilidad se había vuelto un rotundo pánico. Alrededor de ese momento, el 60 aniversario del bombardeo a Dresde había atestiguado muchedumbres de miles de extremistas de derecha reunidos para señalar la fecha (junto a miles de personas "respetables" en duelo, militantes antifa y tropas policíacas antimotines), bajo los reflectores de los medios de comunicación internacionales (véase, por ejemplo: Harding,

[25] Me baso en esta parte en numerosos artículos de prensa de mi archivo al respecto (véanse, por ejemplo: Averesch, 2005; *Berliner Morgenpost*, 2005b; *Der Spiegel*, 2005; Emmerich, 2005; Netzeitung, 2005; Rogalla, 2005).

2005b). Difícilmente se cuestionaba si un evento similar en Berlín, el 8 de mayo, presentaría una imagen todavía más embarazosa de la nueva Alemania ante el mundo. Peor aún, se volvió evidente que la legislación existente probablemente fracasaría en cuanto a obviar esta eventualidad. Las cosas se habían invertido, y ahora todos —incluidos los opositores de tiempo a las limitaciones sobre los derechos de manifestación— excepto el pequeño partido liberal FDP abogaban entusiastamente por tomar una veloz y decisiva acción legislativa para hacer frente al reto inminente. Pero en las deliberaciones, declaraciones y objeciones respecto de cómo actuar precisamente, que marcaron al mes siguiente, el entusiasmo parecía equipararse con la confusión y la discordia.

Para mediados de marzo, sin embargo, pareció surgir un acuerdo en torno a una propuesta legislativa entre diversos partidos políticos. En específico, la reforma legislativa apoyada por una clara mayoría parlamentaria incluía dos enmiendas clave. La primera, aplicada al derecho federal de reunión, permitía prohibir manifestaciones en sitios de la memoria "de importancia histórica excepcional, suprarregional",[26] dedicados a la memoria de las víctimas del nacional-socialismo; en especial si las circunstancias sugirieran que las manifestaciones podían restar valor a la dignidad de los difuntos. Declaró al Memorial del Holocausto explícitamente como un sitio con esas características y autorizó a las legislaturas estatales a otorgarles dicha categoría a otros sitios (Bunderministerium der Justiz, 2005). La segunda enmienda se aplicó al Derecho Penal (específicamente al Parágrafo 130, "incitación" —véase el capítulo IV—), que antes penalizaba sólo la aprobación, negación o minimización de las *atrocidades* nacional-socialistas, pero que ahora se ajustaba mediante una cláusula adicional que prohibía la aprobación, glorificación o justificación de

[26] Nótese el peso que esta formulación da a la cuestión de la publicidad y su escala. La frase "importancia excepcional, suprarregional" se refiere a lugares que, dicho en otras palabras, atraerían atención internacional.

cualquier aspecto del nacional-socialismo en general (Bundesministerium der Justiz, 2008). Al eliminar la distinción entre los crímenes nacional-socialistas de otras dimensiones de la historia y la ideología nacional-socialistas (aunque manteniendo esa misma distinción, por supuesto, mediante dos cláusulas por separado), este último cambio se orientaba directamente a la conmemoración de la supuesta misión de paz de Rudolf Hess, el exviceführer —o, para el caso, de cualquier rememoración suya positiva—, y, por lo tanto, ofrecía un arma legal efectiva contra la marcha anual dedicada a él.

Sin embargo, para el momento en el que tal acuerdo se concretó los expertos jurídicos ya habían aclarado que la legislación propuesta, en tanto que protegía los lugares de conmemoración, como el Memorial del Holocausto o el cementerio militar en Halbe, y que rescataba al poblado de Wunsiedel de hordas de peregrinos neonazis, dejaba de cualquier forma la Puerta de Brandeburgo —lamentablemente ni sitio de remembranza, ni de vergüenza— completamente expuesta e inerme ante la inminente catástrofe. Cuando sus plegarias por un *deus ex machina* legal se hicieron añicos, las autoridades buscaron la salvación en los residentes comunes y en grupos de la sociedad civil. Un puñado de asociaciones civiles ya habían registrado pequeños eventos conmemorativos a lo largo de Unter den Linden y en los alrededores de la Puerta de Brandeburgo, bastante antes de que el NPD hiciera públicos sus planes. Siguiendo este ejemplo, el alcalde de Berlín y otros dignatarios de la ciudad emitieron llamados urgentes para que las partes interesadas organizaran eventos adicionales a lo largo de la ruta proyectada para la marcha, y para que se movilizaran *en masse* el día designado, buscando así obstruir al NPD y defender la democracia. Muchas organizaciones tomaron nota del llamado. En un par de semanas el Senado de Berlín anunció su plan para repeler la amenaza del NPD mediante la organización de un festival llamado "Día de la democracia" en la Puerta de Brandebur-

go. Con sólido apoyo del gobierno federal y del liderazgo nacional de la mayor parte de los partidos parlamentarios se pretendía que el festival por la democracia fungiera de cobertura para numerosas iniciativas particulares, que reunirían una amplia y colorida coalición de fuerzas.

Cuando el mes de abril llegaba a su fin todas las miradas se posaron en la "autoridad sobre el derecho de reunión" (*versammlungsbehörde*) de la policía de Berlín, que parecía tener el destino de Alemania en sus manos. A cargo de vigilar todas las reuniones públicas del estado, tenía el poder definitivo de adjudicación entre eventos en competencia y podía aprobar, rechazar o modificar sus proyectos. La autoridad, se aclaró una y otra vez, no consideraba tener la obligación —y, en efecto, no había un requisito legal tal— de acatar un principio de atención a quienes llegaran primero. Su preocupación fundamental consistía en mantener el orden público, y otras consideraciones bien podían tener mayor peso en su decisión final. Por supuesto, el grado de desorden que se podía anticipar que la marcha desencadenara tenía todo que ver con cuán serias, grandes y efectivas parecieran ser las movilizaciones en su contra. Dado el elevado empuje en torno al "Día de la democracia" y a otras múltiples reuniones a su derredor, hubo pocas sorpresas cuando la autoridad sobre el derecho de reunión dictaminó que sólo se permitiría que la marcha del NPD avanzara más o menos hasta media avenida Unter den Linden, antes de terminar en la estación ferroviaria de Friedrichstraße, lejos de la Puerta. Tampoco llamó la atención cuando el Tribunal Superior de Justicia de Berlín, y más tarde el Tribunal Federal Constitucional, ratificaron la decisión en contra de las apelaciones del NPD. De hecho, la mayor parte de los expertos y de los políticos insistieron con una confianza asombrosa en que, dados los intereses públicos involucrados, era altamente probable que la marcha jamás partiera de su lugar de reunión inicial en Alexanderplatz, mucho menos que llegara a su

nuevo destino asignado, truncado, en la estación Friedrichstraße. Muchos de mis jóvenes informantes en Treptow emitieron fallos similares.

La mañana nublada del domingo 8 de mayo encontró al centro de Berlín transformado en un extraño cronotopo, a la vez carnaval y campo de batalla. En la multitud, que sumaba muchos miles, tropas de policía, militantes antifascistas, ciudadanos comprometidos de clase media, políticos importantes, transeúntes curiosos y turistas desafortunados y desconcertados rebotaban unos contra otros. Algunos puestos de comida y cerveza rodeaban a un gran escenario exterior cerca de la Puerta. La calle 17 de Junio, la amplia avenida que lleva de la Puerta al parque Tiergarten, se había atiborrado de pabellones de partidos políticos y agencias gubernamentales, del Bundestag y la Cámara de Representantes de Berlín, de la Comisión de la UE y del Parlamento de la UE, de sociedades eclesiales y sindicatos, de fundaciones e instituciones pedagógicas, de grupos de apoyo a inmigrantes y asociaciones antifa, de organizaciones de trabajo social y de trabajo con jóvenes, de ONG antirracismo y de apoyo a refugiados, de diarios y asociaciones profesionales, de coaliciones para la democracia y la tolerancia o contra el racismo y el extremismo de derecha, así como de un surtido multicultural de puestos de comida étnica. Al cruzar la Puerta hacia el este, rumbo a Pariserplatz, una exhibición artística desplegaba una interpretación realista fotográfica colosal, panorámica, del área en ruinas después de la guerra. Más hacia el este otros acontecimientos conmemorativos salpicaban Unter den Linden.

Fue, entonces, mediante la Puerta de Brandeburgo y en torno a ésta —ese logotipo singular de la recientemente catalogada República de Berlín— que Alemania se había hecho visible ante sí misma y ante el mundo como una nación de democracia, tolerancia y diversidad. Para muchos que acudieron a las festividades, sin embargo, la verdadera

Foto 9. La plaza de París (Pariser Platz). Una representación panorámica de la Puerta de Brandeburgo y sus alrededores como parecían al fin de la Segunda Guerra Mundial, instalada para marcar el sexagésimo aniversario de la capitulación del Tercer Reich frente a los Aliados.

acción tuvo lugar al otro lado de Unter den Linden. Al llegar a la estación de trenes Alexanderplatz esa mañana, me quedé en el andén y observé a los seguidores del NPD mientras bajaban de los trenes que iban llegando. Los amigos alemanes con quienes arribé me abandonaron rápidamente —no podían tolerar la proximidad física de tantos neonazis, explicaron—. Las multitudes del NPD lentamente se abrieron camino del nivel de los andenes hacia la planta baja de la estación, donde un cacofónico escándalo de protestas les dio la bienvenida. La policía antidisturbios los dirigió hacia largas filas que entraban pesadamente a grandes carpas de las que, después de pasar por revisiones de seguridad, emergían a un área bardeada y deambulaban hacia su lugar de reunión, cerca del Rote Rathaus (Ayuntamiento). Ésta sería

la última vez que yo —o para el caso, virtualmente, cualquier otra persona— los vería aquel día. La policía había acordonado una vasta zona en torno a ellos, que se extendía casi 700 metros desde Alexanderplatz hacia la orilla del río Spree. Las bardas mantenían a los espectadores demasiado lejos de los manifestantes del NPD como para ubicar cualquier cosa que no fuera la gruesa capa de policías que los rodeaba; e incluso apenas eso, y desde puntos selectos. Era como si la amenaza de contaminación se percibiera tan alta que nada excepto un confinamiento visual pudiera salvaguardar a la sociedad de ésta.

En la circunferencia de esta zona (des)militarizada miles de ruidosos manifestantes marchaban bajo las banderas de la Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Israel, sosteniendo pancartas con lemas antifascistas y letreros agradeciendo a los Aliados por derrocar al Tercer Reich. Sobre los puentes que cruzan el Spree multitudes de animados manifestantes, enloquecidos por bloquear la marcha con sus cuerpos, enfrentaron a batallones de camiones de agua, vehículos blindados y falanges parecidas a *stormtroopers*. En otras ocasiones, en apariencia semejantes (recuérdese la marcha de BASO por Treptow), la policía y los manifestantes habían chocado violentamente. Por lo general, las fuerzas de la ley habían logrado imponerse y proteger el derecho constitucional de reunión al permitir que los manifestantes de derecha precedieran.[27] Sin embargo, ese día no habría escaramuzas ritualizadas entre antifascistas y poli-

[27] Debo señalar que el balance de poder actual entre los protestantes antifa violentos y la policía, desfavorable contra los primeros como lo es, sólo se ha estabilizado recientemente. La izquierda extrema alemana fue extraordinariamente exitosa en sabotear por la fuerza los planes de sus antagonistas políticos. Sin embargo, la policía alemana ha sido igualmente efectiva para concebir métodos para contrarrestar tales protestas. De manera más notable, su proscripción del uso de máscaras durante las manifestaciones ha restringido irreparablemente las tácticas *black bloc*.

cía en el corazón de la capital alemana. Después de haber invisibilizado firmemente a la amenaza, las autoridades evitaron que las multitudes del NPD avanzaran ni siquiera por su itinerario reformulado, aprobado por la policía, aludiendo a las gigantescas multitudes de detractores y al riesgo de un escalamiento de la violencia. Posteriormente, se supo que la policía había rechazado la propuesta de una ruta alternativa planteada por los organizadores que habría bordeado o mantenido al mínimo los altercados con los contramanifestantes. Y así, después de un retraimiento extrañamente pacífico —y lluvioso—, que duró seis horas, la policía anunció que se veía forzada a suspender la marcha. Pocos parecieron sorprenderse por la decisión y el gentío se dispersó gradualmente, más con una sensación de haber cumplido cabalmente su papel en una *performance* bien coreografiada, que de haber desafiado con valor a un Estado autoritario que, al menos algunos de ellos, acusan rutinariamente de coludirse con los neonazis.

"La policía no quería cumplir su deber por razones políticas, ya que imágenes de miles de 'neonazis' manifestándose en medio de Berlín contra las celebraciones de la liberación simplemente no satisfacía a la mafia política de este decadente sistema", decía uno de los muchos comentarios vengativos que aparecieron en los foros en línea de la extrema derecha inmediatamente después. En efecto, los únicos informes sobre el evento que intentaron retorcidamente representarlo como algo distinto de una derrota rotunda podían encontrarse en el sitio *web* oficial del NPD. Con todo, la mayor parte de los comentaristas expresaron poca indignación, mucho menos sorpresa, respecto del desarrollo de la manifestación. Nunca hubo duda alguna, sostuvo el tono general de la discusión, de que, de un modo u otro, el Estado obstaculizaría la marcha para que no llegara a la Puerta de Brandeburgo (Berliner Infoportal, 2005a; Berliner Infoportal, 2005b; Freier Widerstand, 2005; NPD, 2005).

Los principales medios de comunicación nacionales, por otro lado, aplaudieron cálidamente la retirada del NPD como una corroboración inequívoca del compromiso férreo de los ciudadanos de Alemania con los valores de la democracia y la tolerancia, con la memoria respetuosa de las víctimas del Tercer Reich y con la lucha implacable contra el nacionalismo racista (véanse, por ejemplo: Der Tagesspiegel, 2005a; Fahrun, 2005; Schmale, 2005). Los reportajes referían la asistencia de decenas de miles de participantes en el festival del "Día de la democracia", en varios eventos conmemorativos y en las protestas, así como contra la multitud de unos 3 000 simpatizantes del NPD. Una gama de personalidades públicas describieron el desarrollo del 8 de mayo como una señal de la abominación del país de su pasado, de su resolución democrática y de su naturaleza pacífica. Recuentos igualmente congratulatorios también aparecieron en los medios internacionales (véanse, por ejemplo: Bernstein, 2005; Haaretz, 2005; Harding, 2005c).

Para los participantes y espectadores reunidos en el centro de Berlín ese día, para el público nacional que se enteró del suceso mediante los medios masivos y para las audiencias internacionales que se tropezaron con los reportajes laudatorios del 60 aniversario de la liberación de Alemania, el NPD y sus seguidores a todo efecto desaparecieron, mantenidos a raya de cualquier lugar significativo y cuidadosamente a distancia de las miradas, las cámaras y los micrófonos de un sinnúmero de equipos de los medios que pululaban por la ciudad. Estos últimos más bien disfrutaron la convivialidad de una Alemania resueltamente democrática, históricamente tanto culpable como agradecida ese día de remembranza, cuyos sonidos y vistas colmaban el área por completo, condensándose con particular intensidad alrededor de sus múltiples monumentos y memoriales. El NPD surgía como un hoyo negro, una ruptura en el espacio tiempo del paisaje urbano que quedaba invisible, pero que a la vez definía el centro de

gravedad en torno al cual giraba el mundo visible. Alejado de la vista, funcionaba como una fuerza abstracta, oculta,[28] perceptible sólo mediante sus efectos espectacularmente hipervisibles. Si no me hubiera apurado a llegar a la estación ferroviaria aquella mañana para ser testigo de la atareada afluencia de manifestantes del NPD, bien me pude haber preguntado si habían estado ahí y —en gran medida al igual que el tatuaje supuestamente oculto bajo la venda de algún manifestante nacionalista— si habría hecho alguna diferencia. Fueron como espectros invisibles, como una ausencia presente, y no como adversarios concretos, que permitieron la visualización de una nación alemana diferente. Visto de otro modo, en su frenético pavoneo en torno a su némesis mortal, la nación alemana democrática cobró perfil y forma contra sus fantasmas, y al hacerlo incorporó a estos fantasmas como un remanente y recordatorio indispensable, aunque inquietante, de su propia persistente inconclusión.

[28] Sobre la relación entre lo oculto y lo abstracto, y entre los dos términos y la violencia, véase Comaroff y Comaroff, 1999.

EPÍLOGO

Durante los últimos años, conforme las tensiones entre Atenas y Berlín en torno a la crisis de la deuda de la primera se profundizaron, el pasado alemán ocupó el escenario no sólo en las calles de Atenas, donde la canciller Merkel y el ministro de finanzas Schäuble, representados como nazis, decoraron los carteles de los manifestantes. Bajo la sombra de agrias negociaciones, el gobierno griego anunció que iría tras 162 000 millones de euros alemanes por daños a partir de reparaciones impagas de la Segunda Guerra Mundial y de un préstamo forzado durante la guerra. Más tarde, al hablar de una cifra de 341 000 millones de euros, el ministro de Justicia Paraskevopoulos planteó la posibilidad de promover embargos si Alemania no respetaba sus supuestas obligaciones. El primer ministro Tsipras y otros prominentes políticos hablaron de "una herida abierta" y de una "problemática moral". En general, Berlín y los medios alemanes respondieron con enojo y rechazo, algunos quejándose del "chantaje moral". Las deudas y reparaciones de Alemania se han resuelto en lo legal y en lo político, así como definitivamente durante su reunificación, insistió Merkel; el año 1989, lo vemos de nuevo, seguía reordenando la historia y señalando el nuevo proyecto nacional.

No obstante, la problemática estaba lejos de resolverse, y no sólo a lo largo de Europa, sino también a nivel nacional. El partido de izquierda, Linke, ha convocado a reconocer y pagar parte de las demandas, y a resolver las otras a nivel legal. Algunos miembros clave del Partido Verde, así como algunos políticos del SPD —estos últimos integrantes

de la coalición de gobierno de Merkel—, siguieron el ejemplo y rompieron filas, insistiendo en que la cuestión de la responsabilidad histórica de Alemania debía permanecer abierta, y que se debía dar la debida consideración a las demandas. Mientras que Merkel y Tsipras reñían en público en torno a los méritos de las demandas griegas durante la visita que este último hiciera a Berlín en marzo de 2015, la prensa internacional informaba sobre una pareja de turistas alemanes quienes, para reparar la actitud de su gobierno, calcularon y donaron su parte de la deuda nacional, estimada en 875 euros por alemán, entregada en la alcaldía del poblado griego Napflio. Empero, incluso antes de que apareciera la exigencia de reparaciones, algunos acusaron a Alemania —en palabras de un historiador, "el máximo transgresor de deudas del siglo XX" (*Der Spiegel*, 2011a)— de sufrir amnesia e hipocresía históricas debido a su postura intransigente. Ahora los críticos urgían a Alemania a emular, una vez más, el ejemplo de la ocupación estadounidense, y específicamente de su generoso y vital perdón de deuda de la posguerra (Ritschl, 2011).[1]

Durante la segunda mitad de 2015, con el enojo por la política alemana hacia Grecia aún muy fuerte, y con comparaciones históricas siniestras aún en el aire, la llamada crisis de los refugiados mostró a la Canciller Angela Merkel en una

[1] En el capítulo II expliqué cómo se transpuso la narrativa de Estados Unidos como una potencia fuerte, democrática, liberal y triunfante, que reconstruye una economía devastada y disemina una cultura democrática en una sociedad postotalitaria, a la relación entre Alemania Occidental y Oriental como consecuencia de la reunificación (*cf.* Borneman, 1993; Glaeser, 2000). En la exigencia actual de que Alemania siga el ejemplo de la generosa política estadounidense en torno a la deuda, encontramos aún otra posibilidad para poner en acto la nación alemana en la figura de los liberadores, pero es un llamado que Alemania ha desechado. Para la cobertura de prensa en inglés de los debates en torno a las demandas y las tensiones en las relaciones griego-alemanas por esta razón, véanse, por ejemplo, los siguientes artículos de *The Guardian*: Ritschl, 2011; Dearden, 2013; Inman, 2013; Agence France, 2015; Connolly y Smith, 2015; Reuters, 2015; Smith, 2015; Traynor, 2015.

luz distinta, casi diametralmente opuesta. Mientras que múltiples miembros de la Unión Europea han presionado por estrictas políticas de asilo y un control de la frontera reforzado, el gobierno alemán ha abogado por una solidaridad europea con los refugiados y responsabilidad hacia ellos. Este llamado ha resonado con amplias movilizaciones civiles voluntarias a lo largo del país en apoyo a los refugiados, aun cuando los incidentes de violencia xenofóbica han aumentado drásticamente, en especial en un contexto de indiferencia política, retórica de sembrar miedo y amnesia histórica en todo el continente. Alemania parece haberse erigido como el faro de los valores morales, la solidaridad política y la responsabilidad histórica de Europa. De igual modo, esta imagen celebratoria ha sido interpretada a la luz de los pasados nacional socialista y comunista del país. En palabras de un observador: "Al haber sido criada en Europa del este [Merkel] le debe su libertad a la unidad europea. Es un asunto personal. La última vez que Europa fue inundada por millones de refugiados fue en 1945 con el colapso del Tercer Reich. Es un asunto histórico. Alemania no puede dar la espalda." (Cohen, 2015) En todo caso, sin importar si favorablemente o no, la Alemania de hoy continúa confrontando su historia tanto en el escenario europeo como en el internacional.

Conforme la crisis de la deuda griega y luego la crisis de los refugiados regresó la responsabilidad histórica y moral de Alemania al centro de la atención, el proyecto nacional en el interior del país ha quedado frágil y en disputa, sitiado regularmente por destellos de nacionalismo amenazante. En 2010 el *best-seller* del político del SPD, Thilo Sarrazin, *Deutschland schafft sich ab* (*Alemania se suprime a sí misma*, 2012) denunciaba la política inmigratoria alemana, proclamaba el fracaso de la integración y argüía, entre otras aseveraciones islamofóbicas inflamatorias, que la inteligencia de los musulmanes en Alemania es menor que aquélla de los ciudadanos no islámicos del país. Sarrazin no es una figura marginal.

Fue ministro de finanzas de Berlín durante siete años antes de sumarse al Consejo Ejecutivo del Bundesbank (el banco central de Alemania), puesto del que renunció más tarde bajo una fuerte presión política. Sin menoscabo de su desafiante defensa de su muy popular libro, el Partido Socialdemócrata falló en contra de la revocación de su membresía (véase, por ejemplo: Spiegel, 2010).

Antes de aquietarse las aguas, el partido Alternative für Deutschland (Alternativa para Alemania, o AfD) hizo su debut en la extrema derecha del campo político. El AfD, cuyos logros electorales han alarmado a la derecha tradicional, plantea conservadurismo cultural y liberalismo económico. En tanto que sus líderes han rechazado una y otra vez las acusaciones por sus posturas antiinmigrantes, tildándolas de difamación, algunos de sus miembros más prominentes han apoyado públicamente al movimiento PEGIDA (Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes o Europeos Patrióticos contra la Islamización del Occidente). A finales de 2014 y principios de 2015 PEGIDA movilizó a miles de personas semanalmente bajo una agenda abiertamente islamofóbica.[2]

Unos tres meses después de que comenzaran los mítines, y de cara a una cobertura de prensa internacional embarazosa, Merkel condenó al movimiento PEGIDA de manera inequívoca (como también lo hizo antes con Sarrazin) en una entrevista para un importante periódico nacional. Al igual que otros políticos prominentes, puso énfasis en sus simpatías para con los seguidores de PEGIDA y sus preocupacio-

[2] El fundador de PEGIDA, Lutz Bachmann, se describió a sí mismo como "a favor de los extranjeros" y expresó apoyo para quienes buscan asilo. El vocabulario, tanto de los oradores como de los asistentes a las manifestaciones que organizó, sin embargo, a menudo fue descaradamente antirrefugiados y antiinmigrantes. De acuerdo con reportajes de prensa, la correspondencia filtrada de foros *online* internos incluían contenidos de nacionalismo xenofóbico corrosivo. El movimiento, originado en Dresde, dio pie a imitaciones locales en una serie de otras ciudades alemanas incluidas, por ejemplo, Berlín, Colonia y Leipzig.

nes. Pero les advirtió respecto de la manipulación política a manos de sus líderes, a quienes denunció con fuerza:

> Entiendo muchos de los problemas que preocupan a mucha gente, tales como las cuestiones que indisputablemente plantea la inmigración, que de otros modos resulta en ganancia para nuestro país, además de indispensable, o la criminalidad en las grandes ciudades o en ciertas áreas fronterizas… Entre quienes organizan estas manifestaciones, los prejuicios, la amargura, e incluso el odio, juegan un papel demasiado a menudo… Debo comprender las preocupaciones, pero no debo expresar comprensión (*Verständnis*) ante toda forma de manifestación (Spiegel, 2015).

La asignación de responsabilidad que hace Merkel distingue entre ciudadanos inocentes, legítimamente preocupados, vulnerables pero mal informados (*besorgte bürger*, o "ciudadanos preocupados"), y sus irresponsables, odiosos, aunque pocos, líderes. Sin duda, al exculpar y humanizar a las masas de manifestantes, al tiempo que se señala a los culpables, las palabras de Merkel luchan por aislar y controlar la amenaza del nacionalismo malo. Sin embargo, este libro nos permite, creo, escuchar también una voz diferente. La distribución que hace Merkel de simpatía y censura, entre seguidores ingenuos y líderes manipuladores, al mismo tiempo reconoce y acoge los sentimientos, las preocupaciones y las demandas (islamofóbicas) de los primeros. Sólo insiste en que se respeten los tabúes oficiales en la expresión de tales sentimientos. Lejos de condenar los afectos llenos de odio *per se,* la exhortación de Merkel a favor de una respetabilidad islamofóbica busca orquestar su expresión política, regular su *performance* pública, manejarlas.

A lo largo de este libro hemos encontrado un universo íntegro de fuerzas e intereses que exhiben la labor cotidiana del manejo del odio. En Treptow, desde que concluí mi tra-

bajo de campo, los trabajadores sociales siguen en marcha, las manifestaciones han circulado repetidamente por el distrito, la violencia racista y política no se ha abatido, y diversas organizaciones han seguido luchando contra la extrema derecha. De manera más amplia, otro distrito oriental, al norte de Treptow, se ha vuelto en años recientes el centro de las movilizaciones y actividades extremistas de derecha, en protesta contra el plan de construcción de un albergue para refugiados. Mientras que regularmente acogía a nacionalistas de todo Berlín y del cercano Brandeburgo, así como a una serie de fuerzas que llegaban para manifestarse en su contra, mis visitas al lugar en viajes de campo recientes confirmaron que la campaña se había hecho de un significativo apoyo local. Los oradores en las manifestaciones o en asambleas municipales ventilaban quejas sobre su vecindario y ansiedades sobre su futuro. Entretanto, se activaba y desplegaba todo un mecanismo de respuesta —compuesto por ONG locales, figuras públicas, centros culturales, oficinas de la ciudad, secciones de partidos, fuerzas policíacas— para contenerlos, para gobernar su odio.

Lo que he llamado en este libro "el manejo del odio" parece en la actualidad, en todo caso, aún más duradero que hace una década, cuando comencé mi trabajo de campo. Su robusto anclaje y su puesta en acto en códigos constitucionales y penales, en la imposición de la ley y en la vigilancia del Estado, en las prestaciones y los servicios sociales, en discursos de expertos y aparatos mediáticos, o en reglamentaciones de escuelas y de equipos de futbol, probablemente le concederán cierta longevidad. En este libro he entendido el manejo del odio como un proyecto inmenso de gobernanza afectiva. Esto, a su vez, implica pensar en el afecto como algo mediado públicamente y, por lo tanto, como objeto potencial —y *locus*— de proyectos de intervención, reglamentación y control. Igualmente, sugiero que tales proyectos

—las estrategias, estructuras y operaciones del manejo del odio— están plenos de compromisos e intereses afectivos.

Al mismo tiempo, este libro también es un estudio de cómo el manejo del odio surge de las contradicciones fundamentales del nacionalismo alemán posterior al muro y cómo responde a éstas. Los jóvenes extremistas de derecha operan como recordatorio de los pasados ilícitos de Alemania, así como de tradiciones prohibidas, que atan al presente (de seguro Sarrazin o PEGIDA han tenido efectos similares, aunque de maneras diferentes). Su exclusión como desviados políticos y su expulsión hacia "otro lugar" extremista, hemos visto, son gestos incluyentes de manera simultánea. En primer lugar, mientras que los jóvenes extremistas de derecha representan la otredad radical, la suya, bien que mal, es una forma interna de otredad. Es una otredad alocrónica que —a diferencia de la figura del inmigrante otro, por ejemplo— se coloca de lleno dentro de "nuestra" historia, "nuestro" pasado. En segundo lugar, en la medida en que el proyecto nacional se ha vuelto una campaña contra el mal nacionalismo, el manejo del odio ha garantizado el lugar fundamental de este último en el proceso futuro de construcción de la nación en Alemania. La gobernanza de aquello que he llamado la visión nacional forma parte vital de esta empresa de construcción de la nación. Recuérdese que es en torno al NPD como hoyo negro que se pone en acto una nación democrática, liberal, tolerante y cosmopolita.

Entendido de ese modo, el odio se vuelve, por un lado, sitio y objeto de intervenciones y reglamentaciones, de proscripciones y prescripciones, de instituciones y discursos, de experimentos científicos y de medidas preventivas de salud pública. Por otro lado, se vuelve el signo espectral que encarna el pasado en el presente, que amenaza constantemente con subvertir el discurso de mundo feliz sobre el cierre histórico y los nuevos principios (recuérdense las palabras de Merkel sobre las indemnizaciones de guerra). Dicho de otro

modo, la "cosa" extremista de derecha y otros remanentes y recordatorios contemporáneos del pasado nacional habilitan toda una política de manejo afectivo que es al mismo tiempo, también, una política de la memoria y un proyecto de construcción de la nación. Con todo, también escapan de esta empresa y la frustran, produciendo excesos e ilegibilidades que tanto invitan como tercamente desafían la domesticación, la interpretación y el control.

El manejo del odio en Alemania opera donde las sombras del pasado se unen a las exigencias del presente. Ésta es una manera diferente de describirlo como el lugar en el que las periferias sociales y político históricas se unen o, tal como describí en la introducción, donde se encuentran los "nuevos pobres" y los "viejos fantasmas". Desde el final de mi trabajo de campo las milagrosas economías europeas previas, de la burbuja inmobiliaria, colapsaron en secuencia, y la moneda común ha enfrentado, de lejos, su crisis más difícil hasta el momento. La perspectiva económica de Alemania, en cambio, se ha vuelto sustancialmente más optimista de lo que fue hace una década. Ha caído el desempleo[3] y se ha estabilizado un crecimiento —aunque bajo— positivo. Sólo hace una década tildada de la enferma de Europa, Alemania presume en la actualidad de ser la historia de éxito y modelo a seguir de la Eurozona. Sin embargo, tal como dijo sardónicamente un observador, se trata de una Eurozona que se ha desempeñado "peor que Japón durante su década perdida en los años 1990, incluso peor que Europa en los años 1930" (Lagrain, 2015). Igualmente importante, se trata de una Europa crecientemente polarizada, en la que Alemania se compara de manera menos favorable con los otros países ricos del continente. Internamente, la desigualdad y la pobreza se dispararon al principio del nuevo milenio[4] y

[3] De más de 11% en 2005 a menos de 6% en 2011, según cifras de la OCDE.

[4] El coeficiente GINI se modificó de 0.259 en 1999 a 0.297 en 2005, y la tasa de pobreza de 6.4 a 9.1.

han permanecido altos desde entonces. A los inmigrantes y sus descendientes, a los alemanes orientales y a los jóvenes, les sigue yendo peor. En Treptow algunos grupos de jóvenes extremistas de derecha de clase obrera mantienen una presencia activa y visible en las calles. Durante el futuro predecible continuarán fusionando historias ilícitas con presentes desagradables.

Igualmente significativo, la lentísima recuperación económica de los últimos años no muestra señales de éxito en rehabilitar la viabilidad de un patriotismo económico organizado en torno a la utopía de masas de una prosperidad colectiva. En visitas recientes a Alemania he encontrado no tanto un sentido recuperado de patriotismo económico como profundas ansiedades sobre las crisis en su umbral, cuyo impacto devastador muchos consideraban inevitable. Cualquier crisis económica nueva, se asume, ofrecerá un triunfo seguro para la extrema derecha.

En un nivel más amplio se concibe este texto como una contribución al estudio de la gobernanza. En la antropología la investigación sobre gobernanza ha prestado cada vez mayor atención a las políticas del afecto como constitutivas de su objeto analítico. Cada vez más se entiende la gobernanza como una operación política que trata de una gama de intereses y compromisos afectivos, abreva de éstos y les responde (véanse, por ejemplo: Muehlebach, 2012; Navarro-Yashin, 2012; Schwenkel, 2013; Shoshan, 2014). Los análisis que ofrezco en este libro revelan las dimensiones afectivas de los códigos legales, de las normas y los métodos de imposición de la ley, de las funciones de vigilancia del Estado social neoliberal, de los esfuerzos terapéuticos de rehabilitación, de las intervenciones de inoculación que tienen como meta al público nacional y del manejo de la visión nacional. Más allá de poner énfasis en la multiplicidad de sitios y de grupos de interés, mi objetivo ha sido revelar su porosidad recíproca,

su proximidad e intimidad, sus mutuos derrames, su inseparabilidad. *El manejo del odio* en ese sentido ofrece un marco metodológico para explorar la gobernanza del afecto, un mapa sin duda tentativo e inconcluyente de sus sitios principales, sus procesos etnográficamente observables y sus contextos relevantes.

Potencialmente, un marco de este tipo podría servir —de manera selectiva, por supuesto— para explorar una gama de proyectos de gobernanza afectiva. Pero el odio en particular extrañamente ha sufrido de poca atención etnográfica.[5] En *El manejo del odio* mi interés ha sido entender el odio como un objeto, una dimensión y un campo de gobernanza, pero también como algo mediado por las urgentes batallas políticas del momento. Contar con más trabajos etnográficos que se aproximen al odio menos como emoción individual y más como algo gestionado públicamente, manejado socialmente y gobernado políticamente, enriquecería un campo poco explorado y de seguro produciría conocimiento valioso.

Es difícil imaginar que tal antropología del odio sufriera escasez de temas de investigación. Sin embargo, podría sostenerse que sería especialmente propicia para el estudio de la centralidad de los afectos xenofóbicos en la vida política de los países europeos en la actualidad. Los movimientos y partidos políticos más o menos robustos y exitosos, con agendas antiinmigrantes contumaces, se han vuelto comunes a lo largo del continente. La mayor parte de los países ha sido

[5] En el prefacio planteo una serie de razones por las que la antropología ha sido renuente al estudio de la extrema derecha. Entre los pocos que llevaron a cabo exploraciones etnográficas del nacionalismo europeo de extrema derecha se encuentra el volumen del Don Kalb y Gábor Halmai, *Headlines of Nation, Subtexts of Class* (2011), que describe cómo el odio a menudo aparece como síntoma —como efecto de procesos más profundos y, particularmente en la Europa actual, como expresión de experiencias de desposeimiento—. Fuera de la antropología, la obra *Regulating Aversion*, de Wendy Brown (Brown, 2009), ha explorado la tolerancia como estrategia política de la gobernanza.

testigo, también, de violencia racial y política. Bajo tales condiciones, el odio se vuelve precisamente aquello que está en disputa, aquello que debe manejarse, controlarse, definirse y exorcizarse de manera efectiva. En Alemania todo esto prosigue a la sombra de un pasado particular. En otros sitios de Europa, por supuesto, la política del odio puede seguir rutas bastante distintas. En el futuro cercano, no obstante, el odio y su gobernanza prometen permanecer como temas destacados de la vida pública a lo largo del continente. Prometen también permanecer cerca, ahí donde el nacionalismo xenofóbico y las angustias económicas se entremezclan. No cabe duda de que las preocupaciones económicas han ocupado un lugar cada vez más central en la política europea a lo largo de los últimos años. Empero, su ascenso a un lugar prominente apenas se ha dado a costa del nacionalismo y el odio racista, de los que son simbióticamente inseparables.

Las palabras con las que Alemania reconsidera y reconfigura la "cosa" nacional —democracia, tolerancia, cosmopolitismo— señalan, por último, hacia la desintegración de los regímenes ideológicos dominantes durante gran parte del corto siglo XX. Contra la mengua de la prosperidad y de la capacidad del Estado alemán de sostener las promesas materiales que se habían vuelto su *raison d'être*, se convoca a una sociedad civil democrática, tolerante, a que suture un terreno social devastado. Sin embargo, tal y como Jean y John Comaroff han sugerido, apelar a la sociedad civil es una súplica desesperada para que un significante vacío recomponga lo social en un momento de aguda confusión histórica (2001: 44). Con la narrativa nacionalizadora de prosperidad económica ya no (o aún no) plausible, es mediante el manejo del odio que Alemania (re)conceptualiza su imaginación nacional tras el opulento Estado de bienestar; y es mediante la sociedad civil que se esfuerza por delinear sus nuevos contornos.

El antropólogo John Borneman (2002) alguna vez describió la centralidad de la oposición entre *multikulti* y *schweinerei* (obscenidad, vulgaridad) para la identidad nacional y los debates culturales en Alemania durante el cambio de milenio. Para Borneman, en la secuela de la reunificación, esta oposición ha definido la confrontación crítica (*auseinandersetzung*) de la sociedad alemana con su relación problemática con otra(s) cultura(s). Y hemos visto esta oposición entre *multikulti* y *schweinerei* replicada a lo largo de este libro, en los pares democracia y extremismo de derecha, tolerancia y racismo, y cosmopolitismo y xenofobia. Sin embargo, los proyectos sociales y políticos que habilita, y que a su vez la definen, señalan más allá de la necesidad actual de una Alemania unificada para hacer frente a los impases de su relación con culturas "diferentes". Al lado de esta oscilación sincrónica entre *multikulti* y *schweinerei* se delinea un giro temporal de la *Wohlstand Deutschland* (Alemania prospera) a una *Multikulti Deutschland*. La primera fungió de indicador nacional durante la época dorada de acelerado crecimiento económico. La segunda, como la imagen inversa del espectro nacionalista, anuncia el precario proyecto del cambio de nombre y, con éste, de la recuperación de un imaginario nacional que se desvanece rápidamente.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, T. W. (2004), *Estudios sobre la personalidad autoritaria. Escritos sociológicos II*, vol. I, Madrid, Akal.

_____ (2005), *Dialéctica negativa: la jerga de la autenticidad*, Adorno: obra completa 6, Madrid, Akal (Básica de Bolsillo).

AG Netzwerke gegen Rechtsextremismus, "Grundbegriffe", disponible en: http://www.respectabel.de/infos_rechtsextremismus/grundbegriffe.htm, consultado el 20 de junio de 2003.

Agamben, G. (2006), *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-textos, disponible en: https://rfdvcatedra.files.wordpress.com/2014/07/agamben-giorgio-homo-sacer.pdf.

Agence France (2015), "German Couple Pay Greece £630 'War Reparations'", *The Guardian*.

Alonso, A. M. (1994), "The Politics of Space, Time, and Substance: State Formation, Nationalism, and Ethnicity", *Annual Review of Anthropology* 23: 379-405.

Altermedia Deutschland (2005), "Dunkel –Tapsiges– von Berliner Stolpersteinen und Davidsternen", disponible en: http://de.altermedia.info/general/dunkel-tapsiges-von- berliner-stolpersteinen-und-davidsternen-261005_3930.html, consultado el 26 de octubre de 2005.

Althusser. L. (1985), *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, México, Quinto Sol.

Amtsgericht Rathenow (2006), 2 Ds 496 Js 37539/05 (301/05).

Apabiz (2007), "Chronologie antisemitischer Vorfälle 2006, Berlin", *Apabiz*: 18.

Appadurai, A. (1998), "Dead Certainty: Ethnic Violence in the Age of Globalization", *Public Culture* 10(2): 225-247.

Arendt, Hannah (c. 1981-1982), *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza.

_____ (1999), *Eichmann en Jerusalen: un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen.

Aretxaga, B. (1999), "A Fictional Reality: Paramilitary Death Squads and the Construction of State Terror in Spain", en J. A. Sluka (ed.), *Death Squad: The Anthropology of State Terror*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press: 47-69.

_____ (2000), "Playing Terrorist: Ghastly Plots and the Ghostly State", *Journal of Spanish Cultural Studies* 1(1): 43-58.

_____ (2003), "Maddening States", *Annual Review of Anthropology* 32: 393-410.

Argumente (2002), *... in der Mitte angekommen: Rechtsextremismus und gesellschaftliche Gegenaktivitäten in Mecklenburg-Vorpommern*, Berlín, argumente.netzwerk antirassistischer bildung.

Asad, T. (2003a), *Formations of the Secular: Christianity, Islam, Modernity*, Stanford, Stanford University Press.

_____ (2003b), "Muslims as a 'Religious Minority' in Europe", *Formations of the Secular: Christianity, Islam, Modernity*, Stanford, Stanford University Press: 159-180.

Austin, J. L. (1982), *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, Barcelona, Paidós.

Averesch, S. (2005), "Das Brandenburger Tor ist keine Gedenkstätte", disponible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/politik/429692.html, consultado el 12 de marzo de 2005.

Bach, J. (2005), "Vanishing Acts and Virtual Reconstruction: Technologies of Memory and the Afterlife of the GDR", en S. Arnold-de Simine (ed.), *Memory Traces: 1989 and the Question of German Cultural Identity*, Oxford, Peter Lang.

Bajtin, Mijail Mijáilovich (1989), *Teoría y estética de la novela: trabajos de investigación*, Madrid, Taurus.

Bajtin, Mijail Mijáilovich (1998a), "Discourse in the Novel", en M. Holquist (ed.), *The Dialogic Imagination: Four Essays by Bakhtin, M. M.*, Austin, University of Texas Press: 259-422.

_____ (1998b), "Forms of Time and of the Chronotope in the Novel", en M. Holquist (ed.),*The Dialogic Imagination: Four Essays by Bakhtin, M. M.*, Austin, University of Texas Press: 84-258.

Balibar, É. (2004a), "At the Borders of Europe", *We, the People of Europe? Reflections on Transnational Citizenship*, Princeton (NJ), Princeton University Press: 1-10.

_____ (2004b), Outline of a Topography of Cruelty: Citizenship and Civility in the Era of Global Violence, *We, the People of Europe? Reflections on Transnational Citizenship*, Princeton (NJ), Princeton University Press: 115-132.

_____ (2005), "¿Qué es una frontera?", *Violencias, identidades y civilidad: para una cultura política global*, Barcelona, Gedisa.

Banks, M. (2006), "Performing 'Neo-nationalism'": Some Methodological Notes", en A. Gingrich y M. Banks, *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*, Nueva York, Berghahn Books: 50-65.

Banks, M. y A. Gingrich (2006), "Introduction: Neo-nationalism in Europe and Beyond", en A. Gingrich y M. Banks, *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*, Nueva York, Berghahn Books: 1-26.

Barthelme, C. (2005), "50 Wunsiedler kämpfen für ihre Stadt", *Frankenpost Online*.

Barthes, R. (1997), *Mitologías*, México, Siglo XXI.

Basso, K. H. (1996), *Wisdom Sits in Places: Landscape and Language Among the Western Apache*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Bathrick, D. (1996), "Anti-neonazism as Cinematic Practice: Bonengel's Beruf Neonazi", *New German Critique* 67 (invierno de 1996): 133-146.

Benjamin, W. (1971), *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, Iluminaciones, Madrid, Taurus.

_____ (1998), *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Iluminaciones IV, Madrid, Taurus.

Berdahl, D. (1999), "'(N)Ostalgie' for the Present: Memory, Longing, and East German Things", *Ethnos* 64(2): 192-211.

Berlant, L. (2007), "Nearly Utopian, Nearly Normal: Post-Fordist Affect in La Promesse and Rosetta", *Public Culture* 19(2): 273-301.

_____ (2011), *Cruel Optimism*, Durham, Duke University Press.

Berliner Infoportal (2005a), "Der 8. Mai bleibt eine Schande!", disponible en: http://www.berliner-infoportal.org/modules.php?name=News&file=article&sid=31, consultado el 9 de mayo de 2005.

_____ (2005b), "Ein kurzer Erlebnisbericht vom 'Tag der Demokratie'", disponible en: http://www.berliner-infoportal.org/modules.php?name=News&file=article&sid=37, consultado el 17 de mayo de 2005.

Berliner Morgenpost (2004a), "Neonazi-Demo: Anwohner beantragen Verbot", *Berliner Morgenpost*, Berlín.

_____ (2004b), "Protest gegen Demo-Pläne von Neonazis", *Berliner Morgenpost*, Berlín.

_____ (2005a), "Dresden setzt ein Zeichen gegen Rechtsextremismus, *Berliner Morgenpost*, Berlín.

_____ (2005b), "NPD darf nicht zum Brandenburger Tor", disponible en: http://www.morgenpost.de/content/2005/05/07/politik/752089.html, consultado el 7 de mayo de 2005.

_____ (2011), "Berliner Polizist wegen Neonazi-Kontakte entlassen", *Berliner Morgenpost*, Berlín.

Berliner Zeitung (2005a), "Jeden Tag mehrere neue Sterne", disponible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/berlin/494596.html, consultado el 25 de octubre de 2005.

Berliner Zeitung (2005b), "Polizei entdeckt weitere Schmiereien", disponible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/ berlin/492659.html, consultado el 18 de octubre de 2005.

_____ (2005c), "Polizei jagt die Sprayer der Davidsterne", disponible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/berlin/492938.html, consultado el 19 de octubre de 2005.

_____ (2005d), "Schönbohm empört den Osten", disponible en: http://www.berliner-zeitung.de/archiv/nach-kindstoetung-streiten-politiker-ueber-ursachen---brandenburgs-innenminister--ddr-verantwortlich---thierse-warnt-vor-schuldzuweisungen-schoenbohm-empoert-den-osten, 10810590,10307582.html, consultado el 4 de agosto de 2005.

_____ (2007), "Hilfloses Schweigen", *Berliner Zeitung*.

Bernstein, R. (2005), "Germany Commemorates 60th Anniversary of the End of World War II", consultado el 8 de mayo de 2005.

Bezirksamt Treptow-Köpenick (2005), *Weiterentwicklung der Sozialraumorientierung im Bezirk Treptow-Köpenick*, Berlín, Bezirksamt Treptow-Köpenick von Berlin.

Biebricher, T. (2011), "The Biopolitics of Ordoliberalism", *Foucault Studies* (12): 171-191.

Binder, B. (2000), "Political Stage-Setting, The Symbolic Transformation of Berlin", en B. Strath, *Myth and Memory in the Construction of Community: Historical Patterns in Europe and Beyond*, Nueva York, P.I.E.-Peter Lang: 137-155.

_____ (2001), "Capital Under Construction: History and the Production of Locality in Contemporary Berlin", *Ethnologia Europaea* 31(2): 19-40.

Blommaert, J. y J. Verschueren (1998), "The Role of Language in European Nationalist Ideologies", en B. B. Schieffelin, K. A. Woolard y P. V. Kroskrity, *Language Ideologies: Practice and Theory*, Nueva York, Oxford University Press: 189-210.

BMFSFJ (2002), *Protection of Young Persons Act*, Berlín, Bundesministerium für Familie, Senioren, Frauen und Jugend.

Bohrer, K. H. (1991), "Why We Are not a Nation, and Why We Should Become One", *New German Critique* 52: 72-83.

Bonefeld, W. (2012), "Freedom and the Strong State: On German Ordoliberalism", *New Political Economy* 17(5): 633-656.

Bonengel, W. (1993), *Beruf: Neonazi*.

Borneman, J. (1992), *Belonging in the Two Berlins: Kin, State, Nation*, Nueva York, Cambridge University Press.

_____ (1993), "Uniting the German Nation: Law, Narrative, and Historicity", *American Ethnologist* 20(2): 288-311.

_____ (1997), State, Territory, and National Identity Formation in the Two Berlins, 1945-1995, en A. Gupta y J. Ferguson, *Culture, Power, Place: Explorations in Critical Anthropology*, Durham, Duke University Press.

_____ (2002), "Multikulti or Schweinerei in the Year 2000", *German Politics and Society* 20(2): 93-114.

Botsch, G. y C. Kopke (2013), "National Solidarity – No to Globalization!": The Economic and Sociopolitical Platform of the National Democratic Party of Germany (NPD), en S. V. Mering y T. W. McCarty, *Right-Wing Radicalism Today: Perspectives from Europe and the US*, Londres y Nueva York, Routledge: 37-59.

Bourdieu, P. (1997), *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama: 27.

_____ (2001), *¿Qué significa hablar?: economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal.

Boyer, D. C. (2000), "On the Sedimentation and Accreditation of Social Knowledges of Differences: Mass Media, Journalism, and the Reproduction of East/West Alterities in Unified Germany", *Cultural Anthropology* 15(4): 459-491.

_____ (2001), "Yellow Sand of Berlin", *Ethnography* 2(3): 421-439.

_____ (2006a), "Conspiracy, History, and Therapy at a Berlin Stammtisch", *American Ethnologist* 33(3): 327-329.

_____ (2006b), "Ostalgie and the Politics of the Future in Eastern Germany", *Public Culture* 18(2): 361-381.

Brandenburgisches Oberlandesgericht (2005), 1 Ss 58/05 vom 12.9.2005.

Brecht, B. (1996), *Brecht on Theatre: The Development of an Aesthetic*, Nueva York, Hill y Wang.

Brenner, N. y N. Theodore (2002), "Cities and the Geographies of 'Actually Existing Neoliberalism'", *Antipode* 34(3): 349-379.

Brown, W. (2009), *Regulating Aversion: Tolerance in the Age of Identity and Empire*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Brubaker, R. (2009), *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Brubaker, R. y D. D. Laitin (1998), "Ethnic and Nationalist Violence", *Annual Review of Sociology* 24: 423-452.

Bugiel, B. (2002), *Rechtsextremismus Jugendlicher in der DDR und in den neuen Bundesländern von 1982-1998*, tesis doctoral, Universidad de Hamburgo.

Bulli, G. y F. Tronconi (2012), "Regionalism, Right-Wing Extremism, Populism: The Elusive Nature of the Lega Nord", en A. Mammone, E. Godin y B. Jenkins, *Mapping the Extreme Right in Contemporary Europe: From Local to Transnational*, Londres y Nueva York, Routledge: 78-92.

Bundesamt für Verfassungsschutz (2004), *Symbole und Kennzeichen der Rechtsextremisten*, Berlín, Bundesamt für Verfassungsschutz.

_____ (2007), *Verfassungsschutzbericht 2006*, Berlín, Bundesministerium des Innern.

Bundesgerichtshof (2000a), 3 BJs 47/99 – 4 (22) vom 14 Januar 2000.

_____ (2000b), 3 StR 378/00 vom 22 Dezember 2000.

_____ (2002a), 3 StR 270/02 vom 15.10.2002.

Bundesgerichtshof (2002b), 3 StR 446/01 vom 7.2.2002.
_____ (2002c), 3 StR 495/01 vom 31.7.2002.
_____ (2002d), 5 StR 485/01 vom 10.4.2002.
_____ (2005), 3 StR 60/05 vom 28.07.2005.
_____ (2007), 3 StR 486/06 vom 15.3.2007.
_____ (2008), 3 StR 164/08 vom 1.10.2008.
_____ (2009), 3 StR 228/09 vom 13.8.2009.
Bundesministerium der Justiz (2005), "Gesetz über Versammlungen und Aufzüge (Versammlungsgesetz)", disponible en: http://www.bundesrecht.juris.de/bundesrecht/versammlg/gesamt.pdf, consultado el 13 de junio de 2008.
_____ (2008), "Strafgesetzbuch (StGB)", disponible en: http://www.bundesrecht.juris.de/bundesrecht/stgb/gesamt.pdf, consultado el 13 de junio de 2008.
Bundesverfassungsgericht (2003), 2 BvB 1/01 vom 18.3.2003, sections 1-154.
_____ (2007a), 1 BvB 1584/07 vom 10.9.2007.
_____ (2007b), 2 BvR 967/07 vom 4.9.2008.
_____ (2008), 2 BvR 1012/08 vom 27.11.2008.
_____ (2010), 1 BvR 1106/08 vom 8.12.2010.
Bunzl, M. (2005), "Between Anti-Semitism and Islamophobia: Some Thoughts on the New Europe", *American Ethnologist* 32(4): 499-508.
Butterwegge, C. y L. Meier (2002), *Rechtsextremismus*, Friburgo, Herder.
Bybee, K. J. (2000), "The Political Significance of Legal Ambiguity: The Case of Affirmative Action", *Law & Society Review* 34(2): 263-290.
Calhoun, C. (2007), "Nationalism and Cultures of Democracy", *Public Culture* 19(1): 151-173.
Carlsson, Y. (2006), "Violent Right-Wing Extremism in Norway: Community Base Prevention and Intervention", en P. Rieker, M. Glaser y S. Schuster, *Prevention of Right-Wing Extremism, Xenophobia and Racism in European Perspective*, Halle, Deutsches Jugendinstitut e.V.: 12-29.

Carr, S. (2009), "Anticipating and Inhabiting Institutional Identities", *American Ethnologist* 36(2): 317-336.

Casey, E. S. (2007), "Boundary, Place, and Event in the Spatiality of History", *Rethinking History* 11(4): 507-512.

Caton, S. C. (1990), *"Peaks of Yemen I Summon": Poetry as Cultural Practice in a North Yemeni Tribe*, Berkeley, University of California Press.

Chin, R., H. Fehrenbach *et al.* (2009), *After the Nazi Racial State: Difference and Democracy in Germany and Europe*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Coliver, S., K. Boyle *et al.* (1992), *Striking a Balance: Hate Speech, Freedom of Expression, and Non-Discrimination*, Londres, International Centre Against Censorship, Human Rights Centre, University of Essex.

Comaroff, J. (2005), "The End of History, Again? Pursuing the Past in the Postcolony", en A. Loomba, *Postcolonial Studies and Beyond*, Durham, Duke University Press: 125-144.

Comaroff, J. y J. L. Comaroff (1999), "Occult Economies and the Violence of Abstraction: Notes from the South African Postcolony", *American Ethnologist* 26(2): 279-303.

_____ (2001), "Millennial Capitalism: First Thoughts on a Second Coming", *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*, Durham, Duke University Press: 1-56.

_____ (2006), "Figuring Crime: Quantifacts and the Production of the un/Real", *Public Culture* 18(1): 209-246.

Connolly, K. y H. Smith (2015), German Anger Over Greek Demand for War Reparations, *The Guardian*.

Crapanzano, V. (2000), *Serving the Word: Literalism in America from the Pulpit to the Bench*, Nueva York, New Press.

Dacombe, R. y M. Sallah (2006), "Racism and Young People in the United Kingdom", en P. Rieker, M. Glaser y S. Schuster, *Prevention of Right-Wing Extremism, Xenophobia and Racism in European Perspective*, Halle, Deutsches Jugendinstitut e.V.: 79-95.

Das, V. (2001), "Crisis and Representation: Rumor and the Circulation of Hate", en M. S. Roth y C. G. Salas, *Disturbing Remains: Memory, History, and Crisis in the Twentieth Century*, Los Ángeles, Getty Research Institute: 37-62.

Davis, M. (1992), *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, Nueva York, Vintage Books.

Davolio, M. E., B. Gerber *et al.* (2006), "The Special Case of Switzerland: Research Findings and Thoughts from a Context-Oriented Perspective", en P. Rieker, M. Glaser y S. Schuster, *Prevention of Right-Wing Extremism, Xenophobia and Racism in European Perspective*, Halle, Deutsches Jugendinstitut e.V.: 30-47.

De Certeau, M. (1996), "Relatos de espacio", *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia.

De Soto, H. G. (1996), "(Re)Inventing Berlin: Dialectics of Power, Symbols and Pasts, 1990-1995", *City and Society* 8(1): 29-49.

Dearden, N. (2013), "Greece and Spain Helped Postwar Germany Recover. Spot the Difference", *The Guardian*.

Deleuze, G. (1992), "Postscript on the Societies of Control", *October* 59: 3-7.

Deleuze, G. y F. Guattari (2004), *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos.

Der Spiegel (2005), "Koalition einigt sich auf geändertes Versammlungsrecht", disponible en: http://www.spiegel.de/politik/deutschland/0,1518,345292,00.html, consultado el 8 de marzo de 2005.

_____ (2010), "Sarrazin rechnet mit seinen Gegnern ab", *Der Spiegel*.

_____ (2011a), "'Germany Was Biggest Debt Transgressor of 20th Century'", disponible en: http://www.spiegel.de/international/germany/economic-historian-germany-was-biggest-debt-transgressor-of-20th-century-a-769703-druck.html, consultado el 28 de marzo de 2015.

Der Spiegel (2011b), Verfassungsschutz hatte über V-Mann Kontakt zu Zwickauer Zelle, *Der Spiegel*.

_____ (2011c), Verfassungsschutz war detailliert über Zwickauer Zelle informiert, *Der Spiegel*.

_____ (2012a), NSU-Ausschuss fordert sofortigen Aktenvernichtungsstopp, *Der Spiegel*.

_____ (2012b), "Rechtsextremer Offizier soll für Bundeswehr im Einsatz sein", disponible en: http://www.spiegel.de/politik/ausland/rechtsextremer-offizier-soll-fuerdie-bundeswehr-im-einsatz-sein-a-859288.html, consultado el 3 de octubre de 2012.

_____ (2015), "Merkel versteht, hat aber kein Verständnis", *Der Spiegel*.

Der Tagesspiegel (2005a), "Die Rechtsradikalen blieben im Regen stehen", disponible en: http://www.tagesspiegel.de/berlin/;art270,1994571, consultado el 9 de mayo de 2005.

_____ (2005b), "In Mitte 27 Davidsterne gesprüht", disponible en: http://www.tagesspiegel.de/berlin/in-mitte-27-davidsterne-gesprueht/657240.html, consultado el 7 de noviembre de 2005.

_____ (2005c), "Serie von Denkmal-Schmierereien fortgesetzt", consultado el 23 de octubre de 2005.

Derrida, J. (1982), "Signature, Event, Context", *Margins of Philosophy*, Chicago, University of Chicago Press: 309-330.

_____ (1989), "Firma, acontecimiento, contexto", *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra: 347-372

_____ (1993), "Politics of Friendship", *American Imago* 50(3): 353.

_____ (1995), *Espectros de Marx: El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, Madrid, Trotta.

Die Tageszeitung (2005a), "Eine unverständliche Provokation", disponible en: http://www.taz.de/pt/2005/10/20/a0258.nf/text, consultado el 20 de octubre de 2005.

Die Tageszeitung (2005b), "Rechte sprühen Sterne", disponible en: http://www.taz.de/pt/2005/10/19/a0267.nf/text, consultado el 19 de octubre de 2005.

Die Zeit (2012a), "Bundeswehr duldete bekennende Neonazis".

_____ (2012b), "Mehrere Polizisten waren Mitglied im Ku Klux Klan".

_____ (2012c), "Thüringen prüft Geheimnisverrat an Rechtsextremisten".

Dietzsch, M. y A. Schobert (2002), *V-Leute bei der NPD: Geführte Führende oder Führende Geführte?*, PDS.

Döblin, A. (2009), *Berlin Alexanderplatz: la historia de Franz Biberkopf*, Madrid, Cátedra.

Döring, U. (2008), *Angstzonen: Rechtsdominierte Orte aus medialer und lokaler Perspektive*, Berlín, VS Verlag.

Dornbusch, C. y J. Raabe (2002), *RechtsRock: Bestandsaufnahme und Gegenstrategien*, Hamburgo, Unrast.

Douglas, M. (1973), *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminacion y tabú*, Madrid, Siglo XXI.

Du Bois, W. E. B. (c2001), *Las almas del pueblo negro*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz.

Edelman, L. B. (1992), "Legal Ambiguity and Symbolic Structures: Organizational Mediation of Civil Rights Law". *American Journal of Sociology* 97(6): 1531.

Eidson, J. R. (2005), "Between Heritage and Countermemory: Varieties of Historical Representation in a West German Community", *American Ethnologist* 32(4): 556-575.

Emmerich, M. (2005), "Fest der Demokratie am Brandenburger Tor", disponible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/berlin/445141.html, consultado el 4 de mayo de 2005.

ENAR (2005), *ENAR Shadow Report 2005: Racism in Germany*, Hamburgo, European Network Against Racism.

Erb, R. (2003), "Rechtsextremistische Jugendszene in Brandenburg", disponible en: http://www.aktionsbuendnis.

brandenburg.de/sixcms/detail.php/67576, consultado el 22 de junio de 2003.

Ervin-Tripp, S. (1976), "Is Sybil There? The Structure of Some American English Directives", *Language in Society* 5(1): 25-66.

Evans-Pritchard, E. E. (1997), *Brujería, magia y oráculos entre los azande*, Barcelona, Anagrama.

Evans-Pritchard, E. E. y E. Gillies (1976), *Witchcraft, oracles, and magic among the Azande*, Oxford, Clarendon Press.

Fahrun, J. (2005), "Kein Durchkommen für die NPD", disponible en: http://www.morgenpost.de/content/2005/05/09/politik/752452.html, consultado el 9 de mayo de 2005.

Fanon, F. (c1974), *Piel negra, máscaras blancas*, Buenos Aires, Schapire.

Feldman, A. (1991), *Formations of Violence: the Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*, Chicago, University of Chicago Press.

_____ (1995), "Ethnographic States of Emergency", en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben, *Fieldwork under Fire*, Berkeley, University of California Press: 224-253.

_____ (1997), "Violence and Vision: The Prosthetics and Aesthetics of terror", *Public Culture* 10(1): 24-60.

_____ (2001), "White Public Space and the Political Geography of Public Safety", *Social Text* 19(3): 57-89.

Ferguson, J. y A. Gupta (2002), "Spatializing States: Toward an Ethnography of Neoliberal Governmentality", *American Ethnologist* 29(4): 981-1002.

Fillitz, T. (2006), "Being the Native's Friend Does not Make You the Foreigner's Enemy!" Neo-nationalism, the Freedom Party and Jörg Haider in Austria, en A. Gingrich y M. Banks, *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*, Nueva York, Berghahn Books: 138-161.

Fischer, J. (2001), *Das NPD Verbot*, Berlín, Espresso.

Förster, A. (2012), Fünf V-Leute bei Terror-Zelle, *Frankfurter Runschau.*

Foucault, M. (1999), "Espacios otros", Biblioteca Digital UAM Xochimilco, disponible en: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=1932&archivo=7-132-1932qmd.pdf&titulo=Espacios%20otros.

_____ (2007), "El nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)", Buenos Aires, Fondo de cultura Económica: 108.

_____ (2009), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.

_____ (2011), "Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France (1977-1978)", Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Foulkes, I. (2007), "Swiss Move to Ban Minarets", disponible en: http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/6676271.stm, consultado el 28 de mayo de 2007.

Freier Widerstand (2005), "8. Mai, Berlin: Weder feiern, noch Demonstrieren!", disponible en: http://www.widerstand.info/meldungen/543.html, consultado el 8 de mayo de 2005.

Freud, S. (1975a), *Beyond the Pleasure Principle*, Nueva York, Norton.

_____ (2008a), "Más allá del principio del placer", *Obras completas,* vol. III, Buenos Aires, El Ateneo.

_____ (2008b), "El malestar en la cultura", *Obras completas,* vol. III, Buenos Aires, El Ateneo.

_____ (2008c), "Psicología en las masas y análisis del yo", *Obras completas*, vol.III, Buenos Aires, El Ateneo.

Friedman, J. (2003a), "Globalization, Dis-intergration, Re-organization: The Transformations of Violence", en J. Friedman (ed.), *Globalization, the State, and Violence*, Walnut Creek, AltaMira Press: 1-34.

_____ (ed.) (2003b), *Globalization, the State, and Violence*, Walnut Creek, AltaMira Press.

Funke, H. (1999), Unsere Gleichgültigkeit ist ihr Triumph. Für eine Renaissance der liberalen und sozialen politischen Kultur, en J. Mecklenburg, *Braune Gefahr: DVU, NPD, REP: Geschichte und Zukunft*, Berlín, Elefanten Press: 281-289.

Gal, S. (2002), "A Semiotics of the Public/Private Distinction", *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 13(1): 77.

_____ (2007), Circulation in the "New" Economy: Clasps and Copies, *The 106th Meeting of the American Anthropological Association*, Washington, D.C.

Gebauer, M. (2012), "NSU-Sprengstofflieferant war V-Mann der Berliner Polizei", *Der Spiegel*.

German Bundestag (2001), *Basic Law for the Federal Republic of Germany*, Berlín, German Budestag.

German Law Archive (1998), "Criminal Code (Strafgesetzbuch, StGB)", disponible en: http://www.iuscomp.org/gla/statutes/StGB.htm, consultado el 12 de abril de 2008.

Geschiere, P. (1997), *The Modernity of Witchcraft: Politics and the Occult in Postcolonial Africa*, Charlottesville, University Press of Virginia.

_____ (2008), "Witchcraft and the State: Cameroon and South Africa", *Past & Present* 199(Suppl. 3): 313-335.

Geyer, M. (1997), "The Place of the Second World War in German Memory and History", *New German critique* 71: 5-40.

Gingrich, A. (2006), Nation, Status and Gender in Trouble? Exploring Some Contexts and Characteristics of Neo-nationalism in Western Europe, en A. Gingrich y M. Banks (eds.), *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*, Nueva York, Berghahn Books: 29-49.

Gingrich, A. y M. Banks (eds.) (2006), *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*, Nueva York, Berghahn Books.

Glaeser, A. (2000), *Divided in Unity: Identity, Germany, and the Berlin Police*, Chicago, University of Chicago Press.

Glasow, N. V. (2004), *Edelweisspiraten, Alemania*.

Goffman, E. (1976), "Replies and Responses", *Language in Society* 5(3): 257-313.

_____ (1981), *Footing, Forms of Talk*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press: 124-159.

Goodwin, M. J. (2008), "Backlash in the 'Hood: Determinants' of support for the British National Party (BNP) at the Local Level", *Journal of Contemporary European Studies* 16(3): 347-361.

Gramsci, A. (1997 [1971]), *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, International Publishers.

Grass, G. (1990), *Two States-One Nation? Against the Unthinking Clamor for German Unification*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich.

_____ (1991), "What Am I Talking for? Is Anybody Still Listening?", *New German Critique* 52 (invierno de 1991): 66-72.

_____ (1992), *Malos presagios*, Madrid, Santillana.

_____ (2003 [2002a]), *A paso de cangrejo*, Madrid, Alfaguara.

_____ (2002b), *Crabwalk*, Orlando, Harcourt.

Grattet, R. y V. Jenness (2005), "The Reconstitution of Law in Local Settings: Agency Discretion, Ambiguity, and a Surplus of Law in the Policing of Hate Crime", *Law & Society Review* 39(4): 893-942.

Grubben, G. (2006), "Right-Extremist Sympathies among Adolescents in the Netherlands", en P. Rieker, M. Glaser y S. Schuster, *Prevention of Right-Wing Extremism, Xenophobia and Racism in European Perspective*, Halle, Deutsches Jugendinstitut e.V.: 48-66.

Grumke, T. y B. Wagner (2002), *Handbuch Rechtsradikalismus: Personen, Organisationen, Netzwerke: vom Neonazismus bis in die Mitte der Gesellschaft*, Opladen, Leske + Budrich.

Gupta, A. y J. Ferguson (1997), "Beyond 'Culture': Space, Identity, and the Politics of Difference", en A. Gupta y J. Ferguson, *Culture, Power, Place: Explorations in Critical Anthropology*, Durham, Duke University Press.

Guyer, J. I. (2007), "Prophecy and the Near Future: Thoughts on Macroeconomic, Evangelical, and Punctuated Time", *American Ethnologist* 34(3): 409-421.

Habermas, J. (1988), "Concerning the Public Use of History", *New German Critique* 44: 40-50.

_____ (1990), *Teoría de la acción comunicativa*, Buenos Aires, Taurus.

_____ (1991), "Yet again: German Identity – a Unified Nation of Angry DM-Burghers?", *New German Critique* 52: 84-101.

_____ (1997a), "1989 in the Shadow of 1945: on the Normality of the Future Berlin Republic", *A Berlin Republic: Writings on Germany*, Lincoln, University of Nebraska Press: 161-181.

_____ (1997b), *A Berlin Republic: Writings on Germany*, Lincoln, University of Nebraska Press.

_____ (1997c), "What Does 'Working off the Past' Mean Today?", *A Berlin Republic: Writings on Germany*, Lincoln, University of Nebraska Press: 17-40.

Hafeneger, B. y M. M. Jansen (2001), *Rechte Cliquen: Alltag einer neuen Jugendkultur*, Weinheim, Juventa.

Hale, C. R. (2005), "Neoliberal Multiculturalism: The Remaking of Cultural Rights and Racial Dominance in Central America", *Political and Legal Anthropology Review* 28(1): 10-19.

Halfman, J. (1997), "Immigration and Citizenship in Germany: Contemporary Dilemma", *Political Studies* XLV: 260-274.

Hall, S. y T. Jefferson (2014), *Resistencia a través de rituales: subculturas juveniles en la Gran Bretaña de posguerra*, Madrid, Traficantes de Sueños, disponible en: http://

www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TS-HIS14_rituales.pdf

Hannemann, C. (2005), *Die Platte. Industrialisierter Wohnungsbau in der DDR*, Berlín, Hans Schiler Verlag.

Hansen, T. B. (2002), *Wages of Violence: Naming and Identity in Postcolonial Bombay*, Princeton (NJ), Princeton University Press.

Harcourt, B. E. (2007), *Against Prediction: Profiling, Policing, and Punishing in an Actuarial Age*, Chicago, University of Chicago Press.

_____ (2010), "Neoliberal Penality", *Theoretical Criminology* 14(1): 74-92.

Harding, L. (2005a), "Lights Go Out at Honecker's Palace", *The Guardian*, Londres.

_____ (2005b), "Neo-nazis Upstage Dresden Memorial", *The Guardian*, Londres.

_____ (2005c), "Thousands Join in Rallies to Hail Wartime Heroism", *The Guardian*, Londres, disponible en: http://www.guardian.co.uk/uk/2005/may/09/world.secondworldwar, consultado el 9 de mayo de 2005.

Harris, O. (1996), *Inside and Outside the Law: Anthropological Studies of Authority and Ambiguity*, Londres y Nueva York, Routledge.

Hartwig, T. (2004), "Der Verfassungsschutz und das braune Propagandamaterial", disponible en: http://www.dnn-on line.de/dnn-heute/49773.html, consultado el 15 de noviembre de 2004.

Harvey, D. (1998), *La condición de la postmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.

_____ (2009), *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal.

Hassel, A. (2010), "Twenty Years After German Unification: The Restructuring of the German Welfare and Employment Regime", *German Politics & Society* 28: 102-115.

Hasselbach, I. y W. Bonengel (2001), *Die Abrechnung: ein Neonazi steigt aus*, Berlín, Aufbau Taschenbuch.

Hasselmann, J. (2005), "Hunderte Davidsterne gesprüht – kein Täter gefasst", disponible en: http://archiv.tagesspiegel.de/archiv/21.11.2005/2188186.asp#art, consultado el 21 de noviembre de 2005.

Hebdige, D. (2004), *Subcultura: el significado del estilo*, Barcelona, Paidós.

Heitmeyer, W. (1992), *Die Bielefelder Rechtsextremismus-Studie: erste Langzeituntersuchung zur politischen Sozialisation männlicher Jugendlicher*, Weinheim, Juventa.

Hell, J. (2006), "Remnants of Totalitarianism: Hannah Arendt, Heiner Muller, Slavoj Zizek, and the Re-invention of politics", *Telos* 136: 76-103.

Hervik, P. (2006), The Emergence of Neo-nationalism in Denmark, 1992-2001,en A. Gingrich y M. Banks, *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*, Nueva York, Berghahn Books: 92-106.

Heym, S. (1991), "Ash Wednesday in the GDR", *New German Critique* 52: 31-35.

Hirschbiegel, O. (2004), *Der Untergang, Alemania*.

Hobsbawm, E. (1976), *Bandidos*, México, Ariel.

_____ (1999), *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica.

Hofmann, R. (1992), "Incitement to National and Racial Hatred", en S. Coliver, K. Boyle y F. D'Souza, *Striking a Balance: Hate Speech, Freedom of Expression, and Non-Discrimination*, Londres, University of Essex: 159-170.

Höll, S. y T. Schultz (2012), "Verfassungsschutz vernichtete Neonazi-Akten", *Süddeutsche Zeitung*.

Holmes, D. R. (2000), *Integral Europe: Fast-Capitalism, Multiculturalism, Neofascism*, Princeton, Princeton University Press.

Horkheimer, Max y T. W. Adorno (1994 [1944]), *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta.

Huntington, S. P. (1997), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Touchstone.

_____ (2004), *Who Are We? The Challenges to America's Identity*, Nueva York, Simon & Schuster.

Huyssen, A. (1991), "After the Wall: The Failure of German Intellectuals", *New German Critique* 52: 109-143.

_____ (1992), "The Inevitability of Nation: German Intellectuals after Unification", *October* 61: 65-73.

_____ 1997), "The Voids of Berlin", *Critical Inquiry* 24(1): 57-81.

_____ (2000), "Present Pasts: Media, Politics, Amnesia", *Public Culture* 12(1): 21-38.

_____ (2002a), "Monumental seducción: Chisto, Speer, Wagner", *En busca del futuro perdido: cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica: 170.

_____ (2002b), "El holocauso como historieta. Una lectura de 'Maus' de Spiegelman", *En busca del futuro perdido: cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica: 122-145.

_____ (2003a), "After the War: Berlin as Palimpsest", *Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory*, Stanford, Stanford University Press: 72-84.

_____ (2003b), *Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory*, Stanford, Stanford University Press.

_____ (2003c), "Rewritings and New Beginnings: W. G. Sebald and the Literature on the Air War", *Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory*, Stanford, Stanford University Press: 138-157.

_____ (2010), "German Painting in the Cold War", *New German Critique* 37(2_110): 209-227.

Inman, P. (2013), "Greece is Right to Expose German Loans Hypocrisy", *The Guardian*.

Irvine, J. T. y S. Gal (2000), "Language Ideology and Linguistic Differentiation", en P. V. Kroskrity, *Regimes of Lan-*

guage: Ideologies, Polities, and Identities, Santa Fe, J. Currey: 35-83.

Jackson, J. E. y K. B. Warren (2005), "Indigenous Movements in Latin America, 1992-2004: Controversies, Ironies, New Directions", *Annual Review of Anthropology* 34: 549-573.

Jäger, M., G. Cleve *et al.,* Eds. (1998), *Von deutschen Einzeltätern und ausländischen Banden*, Duisburg, DISS.

Jameson, F. (1991), *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, México, Paidós.

_____ (2003), "The End of Temporality", *Critical Inquiry* 29(4): 695-718.

_____ (2004), "The Politics of Utopia", *New Left Review* (25): 35-54.

Jamin, J. (2012), "Extreme-Right Discourse in Belgium: a Comparative Regional Approach", en A. Mammone, E. Godin y B. Jenkins, *Mapping the Extreme Right in Contemporary Europe: From Local to Transnational*, Londres y Nueva York, Routledge: 62-77.

Jansen, F. (2012), "Thüringer Polizistin deckte Neonazis", *Der Spiegel.*

Jarausch, K. H. (2006), "The Collapse of Communism and the Search for Master Narratives: Interpretative Implications of German Unification", *Telos* 136: 59-75.

Jaschke, H.-G. (2001), "Rechtsstaat und Rechtsextremismus", en W. Schubarth y R. Stöss, *Rechtsextremismus in der Bundesrepublik Deutschland : eine Bilanz*, Opladen, Leske + Budrich: 314-332.

_____ (2013), "Right-Wing Extremism and Populism in Contemporary Germany and Western Europe", en S. V. Mering y T. W. McCarty, *Right-Wing Radicalism Today: Perspectives from Europe and the US*, Londres y Nueva York, Routledge: 22-36.

Jaschke, H.-G., B. Rätsch *et al.* (2001), *Nach Hitler: radikale Rechte rüsten auf*, Múnich, C. Bertelsmann.

Jüttner, J. (2012a), "Polizist streitet Hilfe für Neonazis AB", *Der Spiegel*.

_____ (2012b), Was wusste Spitzel "Corelli"? *Der Spiegel*.

Kafka, F. (2003), "Ante la ley", *Relatos completos*, Buenos Aires, Losada.

Kalb, D. (2011), "Introduction", en D. Kalb y G. Halmai (eds.), *Headlines of Nation, Subtexts of Class: Working-Class Populism and the Return of the Repressed in Neoliberal Europe*, Nueva York, Berghahn Books: 1-36.

Kalb, D. y G. Halmai (eds.) (2011), *Headlines of Nation, Subtexts of Class: Working-Class Populism and the Return of the Repressed in Neoliberal Europe*, Nueva York, Berghahn Books.

Kant, I. (1991), "An Answer to the Question: 'What is Enlightenment?'", *Kant. Political Writings*, Nueva York, Cambridge University Press: 54-60.

_____ (2009), Contestación a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?, *¿Qué es la Ilustración?, y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*, Madrid, Alianza.

Kapphan, A. (2002), *Das arme Berlin: Sozialräumliche Polarisierung, Armutskonzentration und Ausgrenzung in den 1990er Jahren*, Berlín, VS Verlag.

Karapin, R. (1998), "Explaining Far-right Electoral Successes in Germany", *German Politics and Society* 16(3): 24-61.

Kleffner, H. (2002), Kampf um die "Befreite Zone" am Antalya Grill, *Tageszeitung*, Berlín.

Kleinert, C. y J. De Rijke (2001), "Rechtsextreme orientierungen bei Jugendlichen und jungen Erwachsenen", en W. Schubarth y R. Stöss, *Rechtsextremismus in der Bundesrepublik Deutschland : eine Bilanz*, Opladen, Leske + Budrich: 167-198.

Klumbyte, N. (2007), *The Soviet Sausage Renaissance*.

Knecht, M. (1999), *Die andere Seite der Stadt : Armut und Ausgrenzung in Berlin*, Colonia, Böhlau.

Kohlstruck, M. (2002), *Rechtsextreme Jugendkultur und Gewalt: eine Herausforderung für die pädagogische Praxis*, Berlín, Metropol.

Kopietz, A. y B. Strohmaier (2005), "Der Stern als Stigma". disponible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/berlin/494594.html, consultado el 25 de octubre de 2005.

Koselleck, R. (1993), *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, disponible en: http://es.scribd.com/doc/68517776/Koselleck-Reinhart-Futuro-Pasado#scribd.

Kroskrity, P. V. (ed.) (2000), *Regimes of Language: Ideologies, Polities, and Identities*, Santa Fe, J. Currey.

Laclau, E. (1996a), *Emancipation(s)*, Nueva York, Verso.

_____ (1996b), Power and Representation, *Emancipation(s)*, Nueva York, Verso: 84-104.

_____ (1996c), Why do Empty Signifiers Matter to Politics? *Emancipation(s)*, Nueva York, Verso: 36-46.

_____ (2006), *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica.

Ladd, B. (1997), *The Ghosts of Berlin: Confronting German History in the Urban Landscape*, Chicago, University of Chicago Press.

Lagrain, P. (2015), "Five Minutes with Philippe Legrain: 'The Eurozone has Become a Glorified Debtors' Prison'", disponible en: http://blogs.lse.ac.uk/europpblog/2015/03/09/five-minutes-with-philippe-legrain-the-eurozone-has-become-a-glorified-debtors-prison/, consultado el 9 de marzo de 2015.

Lefebvre, H. (1991), *The Production of Space*, Cambridge (Mass.), Blackwell.

Leitner, H. y E. Sheppard (2002), "'The City is Dead, Long Live the Net': Harnessing European Interurban Networks for a Neoliberal Agenda", *Antipode* 34(3): 495-518.

Liebers, P. (2004), "Erneut V-Mann aufgeflogen", *Neues Deutschland*, Berlín.

Lier, A. (2011), "Polizist nimmt an Demo von Rechtsextremen teil", *Berliner Morgenpost*, Berlín.

Light, D. (2004), "Street Names in Bucharest, 1990-1997: Exploring the Modern Historical Geographies of Post-socialist Change", *Journal of Historical Geography* 30(1): 154-172.

Lindhal, K. (2001), *EXIT*, Múnich, DTV.

Lomnitz, C. (2003), "Times of Crisis: Historicity, Sacrifice, and the Spectacle of Debacle in Mexico City", *Public Culture* 15(1): 127-148.

Low, S. M. (1996), "The Anthropology of Cities: Imagining and Theorizing the City", *Annual Review of Anthropology* 25: 383-409.

Ludwig, C. y B. Dietz (2008), "'There's not a Single Book There, no PC, no Internet': Increasing Poverty in Germany and a Lack of Political Answers", *Journal of Contemporary European Studies* 16(1): 25-39.

MacIntyre, A. (1987), *Tras la virtud*, Barcelona, Crítica.

Mammone, A., E. Godin y B. Jenkins (2012a), "Introduction: Mapping the 'Right of the Mainstream Right' in Contemporary Europe", en A. Mammone, E. Godin y B. Jenkins (eds.), *Mapping the Extreme Right in Contemporary Europe: From Local to Transnational*, Londres y Nueva York, Routledge: 1-14.

_____ (eds.) (2012b), *Mapping the Extreme Right in Contemporary Europe: From Local to Transnational*, Londres y Nueva York, Routledge.

_____ (2013a), "Introduction", en Mammone, E. Godin y B. Jenkins (eds.), *Varieties of Right-Wing Extremism in Europe*, Londres y Nueva York, Routledge: 1-16.

_____ (eds.) (2013b), *Varieties of Right-Wing Extremism in Europe*, Londres y Nueva York, Routledge.

Markell, P. (2009), *Bound by Recognition*, Princeton, Princeton University Press.

Märkische Allgemeine Zeitung (2008), "Anzeige aus Norwegen gegen Modemarke 'Thor Steinar' ", disponible en: http://www.maerkischeallgemeine.de/cms/beitrag/11170177/62249/Anzeige_aus_Norwegen_gegen_Modemarke_Thor_Steinar_Geschaeftsfuehrer.html, consultado el 29 de marzo de 2008.

Massumi, B. (1995), "The Autonomy of Affect", *Cultural Critique* (31): 83-109.

Mayer, K. U., M. Diewald *et al.* (1999), "Transitions to Postcommunism in East Germany: Worklife Mobility of Women and Men Between 1989 and 1993", *Acta Sociológica* 42: 35-53.

Mazzarella, W. (2010), "The Myth of the Multitude, or, Who's Afraid of the Crowd?", *Critical Inquiry* 36 (4): 697-727.

_____ (2013), *Censorium: Cinema and the Open Edge of Mass Publicity*, Durham y Londres, Duke University Press.

Mentzel, T. (1998), *Rechtsextremistische Gewalttaten von Jugendlichen und Heranwachsenden in den neuen Bundesländern: eine empirische Untersuchung von Erscheinungsformen und Ursachen am Beispiel des Bundeslandes Sachsen-Anhalt*, Múnich, W. Fink.

Merleau-Ponty, M. (1957), *Fenomenología de la percepción*, México, Fondo de Cultura Económica.

Miller-Idriss, C. (2006), "Everyday Understandings of Citizenship in Germany", *Citizenship Studies* 10 (5): 541-570.

Mingione, E. (ed.) (1996), *Urban Poverty and the Underclass: A Reader, Studies in Urban and Social Change*, Oxford (UK) y Cambridge (Mss.), Blackwell.

Mitchell, T. (1990), "Everyday Metaphors of Power", *Theory and Society* 19 (Octubre de 1990): 545-577.

_____ (1991), "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics", *American Political Science Review* 85 (1): 77-96.

Modood, T. y P. Werbner (eds.) (1997), *The Politics of Multiculturalism in the New Europe: Racism, Identity, and Community*, Nueva York, Zed Books.

Mouffe, Chantal (2003a), "La democracia, el poder y 'lo político'", *La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa.

_____ (2003b), "Para un modelo agonístico de la democracia", *La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa.

Muehlebach, A. y N. Shoshan (2012), "Post-Fordist Affect: An Introduction", *Anthropological Quarterly* 85(2): 317-344.

Muehlebach, A. K. (2012), *The Moral Neoliberal: Welfare and Citizenship in Italy*, Chicago, University of Chicago Press.

Müller, J. (1997), "Preparing for the Political: German intellectuals Confront the 'Berlin Republic'", *New German Critique* 72 (Fall 1997): 151-176.

Nachtwey, O. (2013), "Market Social Democracy: The Transformation of the SPD up to 2007", *German Politics* 22(3): 235-252.

Navaro-Yashin, Y. (2012), *The Make-believe Space: Affective Geography in a Postwar Polity*, Durham, Duke University Press.

Netzeitung (2005), "CDU gegen Gedenkfeier am Brandenburger Tor", disponible en: http://www.netzeitung.de/deutschland/324986.html, consultado el 10 de febrero de 2005.

Niesen, P. (2002) "Anti-Extremism, Negative Republicanism, Civic Society: Three Paradigms for Banning Political Parties", *German Law Journal* 3.

Nolte, E. (1969), *Three Faces of Fascism*, Nueva York, Penguin Group Inc.

NPD (2005), "Berlin: Establishment konnte Marsch gegen Befreiungslüge verhindern, aber 4.000 sind trotzdem kein Pappenstiel!", consultado el 11 de mayo de 2005.

Oberverwaltungsgericht Berlin-Brandenburg (2007), OVG 80 D 6.05 vom 19.04.2007.

Oberverwaltungsgericht Berlin-Brandenburg (2009), OVG 6 S 38.08 vom 29.01.2009.

_____ (2010), OVG 1 L 71.10 vom 17.09.2010.

OECD (2014), "OECD.StatExtracts", 2014, disponible en: http://stats.oecd.org/Index.aspx#.

Olick, J. K. (1998), "What Does it Mean to Normalize the Past? Official Memory in German Politics Dince 1989", *Social Science History* 22(4): 547-571.

Palonen, E. (2008), "The City-text in Post-communist Budapest: Street Names, Memorials, and the Politics of Commemoration", *GeoJournal* 73(3): 219-230.

Parmentier, R. J. (1994), *Peirce Divested for Nonintimates, Signs in Society: Studies in Semiotic Anthropology*, Bloomington, Indiana University Press: 3-22.

Partridge, D. J. (2012), *Hypersexuality and Headscarves: Race, Sex, and Citizenship in the New Germany*, Bloomington, Indiana University Press.

Pätzold, K. (2005), "Die soziale Demagogie der Rechtsextremen", *Junge Welt*.

PBS (2006), "Germany: Heart of Berlin", *Frontline World*, disponible en: http://www.pbs.org/frontlineworld/rough/2006/06/germany_heart_o.html, consultado el 5 de agosto de 2007

Peirce, C. (1987), *Obra lógico-semiótica*, Madrid, Taurus.

Percival, B. (2013), *The Book Thief*, Alemania.

Peter, F. (2007, July 12, 2007), "Moschee-Streit in Berlin". disponible en: http://www.welt.de/politik/article1021826/Moschee-Streit_in_Berlin.html, consultado el 12 de julio de 2007,

Petrocivi, N. (2011), "Articulating the Right to the City: Working-class Neo-nationalism in Postsocialist Cluj, Romania", en D. Kalb y G. Halmai (eds.), *Headlines of Nation, Subtexts of Class: Working-Class Populism and the Return of the Repressed in Neoliberal Europe*, Nueva York, Berghahn Books: 37-56.

Pohl, R. (2000), "The Macroeconomics of Transformation: The Case of Eastern Germany", *German Politics and Society* 18:3(56): 48-93.

Postone, M. (2006), "History and Helplessness: Mass Mobilization and Contemporary Forms of Anticapitalism", *Public Culture* 18(1): 93-110.

Povinelli, E. A. (1998), "The State of Shame: Australian Multiculturalism and the Crisis of Indigenous Citizenship", *Critical Inquiry* 24: 575-610.

_____ (2000), "Consuming *Geist*: Popontology and the Spirit of Capital in Indigenous Australia", *Public Culture* 12(2): 501-528.

_____ (2001), "Radical Worlds: The Anthropology of Incommensurability and Inconceivability", *Annual Review of Anthropology* 30: 319-334.

Pred, A. R. (1997), "Somebody Else, Somewhere Else: Racialisms, Racialized Spaces and the Popular Geographical Imagination in Sweden", *Antipode* 29(4): 383-416.

_____ (2000), *Even in Sweden: Racisms, Racialized Spaces, and the Popular Geographical Imagination*, Berkeley, University of California Press.

Preuß, U. K. (2003), "Citizenship and the German Nation", *Citizenship Studies* 7(1): 37-56.

Rabinbach, A. (2006), "Moments of Totalitarianism", *History and Theory* 45: 72-100.

Rau, L. M. (2001), *Entwicklung einer rechtsextremen Jugendkultur in Ostdeutschland*, tesis de maestría, Humboldt Universität Berlin.

RBB (2004a), "Landgericht Neuruppin bestätigt Verbot von SS-Symbolen auf Kleidung", disponible en: http://www.rbb-online.de/_/nachrichten/politik/beitrag_jsp/key=-news1451894.html, consultado el 4 de marzo de 2008.

_____ (2004b), "NPD macht mobil: Aufmärsche in Köpenick und am Brandenburger Tor geplant", disponible en: http://www.rbb-online.de/_/nachrichten/politik/beitrag_

jsp/key=news1452585.html, consultado el 17 de noviembre de 2004.

Recherchegruppe "Investigate Thor Steinar" (2008), "Investigate Thor Steinar", *Berlin*: 36.

Reuters (2015), "German Politicians Admit Greece Has Case for Wartime Reparations", *The Guardian*.

Rieter, H. y M. Schmolz (1993), "The Ideas of German Ordoliberalism 1938-45: Pointing the Way to a New Economic Order", *European Journal of the History of Economic Thought* 1(1): 87.

Ritschl, A. (2011), "Germany Owes Greece a Debt", *The Guardian*.

Robinson, G. M., S. Engelstoft *et al*. (2001), "Remaking Sarajevo: Bosnian Nationalism After the Dayton Accord", *Political Geography* 20(8): 957-980.

Rocknord (2005), "Rechter Hintergrund? Hunderte Davidsterne gesprüht - bisher kein Täter gefaßt", consultado el 2 de diciembre de 2005.

Rogalla, T. (2005), "Der Senat will die NPD mit einem Fest vertreiben", dispobible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/berlin/432945.html, consultado el 23 de marzo de 2005.

Rohde, H. (2006), "Erster Moscheebau in Ost-Berlin erhitzt die Gemüter", dispobible en: http://www.tagesspiegel.de/berlin/Berlin;art114,1863662, consultado el 17 de abril de 2006.

Rose, N. (2000a), "Community, Citizenship, and the Third Way", *The American Behavioral Scientist* 43(9): 1395-1411.

_____ (2000b), "Government and Control", *The British Journal of Criminology* 40: pp. 321-339.

Rothemund, M. (2005), *Sophie Scholl, Alemania*.

Sarrazin, T. (2012), *Deutschland schafft sich ab: wie wir unser Land aufs Spiel setzen*, Múnich, Dt. Verlag-Anst.

Sassen, S. (1999), *Guests and Aliens*, Nueva York, New Press.

Sassen, S. (2003), "Economic Globalization and the Redrawing of Citizenship", en J. Friedman, *Globalization, the State, and Violence*, Walnut Creek, AltaMira Press: 67-86.

Saunders, A. (2009), "Remembering Cold War Division: Wall Remnants and Border Monuments in Berlin", *Journal of Contemporary European Studies* 17(1): 9-19.

Schieffelin, B., K. A. Woolard, Kroskrity (2012), *Ideologías lingüísticas: práctica y teoría*, Madrid, Libros de la Catarata.

Schmale, H. (2005), "Neonazis kapitulieren in Berlin", dispobible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/politik/446091.html, consultado el 9 de mayo de 2005.

Schmitt, C. (1984), *El concepto de lo político. Teoría del partisano: notas complementarias al concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios.

Schnitzer, M. (1972), "Soziale Marktwirtschaft Revisited: west German Economic Policy, 1967-1971", *Journal of Economic Issues* (Association for Evolutionary Economics) 6(4): 69.

Schröder, B. (1997), *Im Griff der rechten Szene: ostdeutsche Städte in Angst*, Reinbek bei (Hamburgo), Rowohlt Taschenbuch.

_____ (2001), *Nazis sind Pop*, Berlín, Espresso.

Schubarth, W. (2001), "Pädagogische Strategien gegen Rechtsextremismus und fremdenfeindliche Gewalt – Möglichkeiten und Grenzen schulischer und außerschulischer Prävention, en W. Schubarth y R. Stöss", *Rechtsextremismus in der Bundesrepublik Deutschland: eine Bilanz*, Opladen, Leske + Budrich: 249-270.

Schubarth, W. y R. Stöss (2001), *Rechtsextremismus in der Bundesrepublik Deutschland: eine Bilanz*, Opladen, Leske + Budrich.

Schultz, T. (2012a), "Gelöschte Akten hatten doch mit NSU zu tun", *Süddeutsche Zeitung*.

_____ (2012b), "Verfassungsschutz ließ wichtige Akten vernichten", *Süddeutsche Zeitung*.

Schultz, T. (2012c), "Verfassungsschutz spielt Wert vernichteter Akten herunter", *Süddeutsche Zeitung*.

Schulz, D. (2005), "Davidsterne als stille Drohung", disponible en: http://www.taz.de/dx/2005/10/26/a0077.1/text, consultado el 26 de octubre de 2005.

Schwenkel, C. (2013), "POST/SOCIALIST AFFECT: Ruination and Reconstruction of the Nation in Urban Vietnam", *Cultural Anthropology* 28(2): 252-277.

Scott, J. W. (2010), *The Politics of the Veil*, Princeton (NJ) y Oxford (UK), Princeton University Press.

Sebald, W. G. (1999), *Luftkrieg und Literatur : mit einem Essay zu Alfred Andersch*, Múnich, Hanser.

_____ (2003), *Sobre la historia natural de la destrucción*, Barcelona, Anagrama.

Sebeok, T. A. (1964), "The Structure and Content of Cheremis Charms", en D. H. Hymes, *Language in Culture and Society; A Reader in Linguistics and Anthropology*, Nueva York, Harper & Row: xxxv.

Seils, C. (2007), "Ende einer Posse", disponible en: http://www.zeit.de/online/2007/12/BGH-Urteil-Hakenkreuz, consultado el 15 de marzo de 2007.

Senders, S. (1996), "Laws of Belonging: Legal Dimensions of National Inclusion in Germany", *New German Critique* 67 (invierno de 1996): 147-176.

Sharma, A. (2006), "Crossbreeding Institutions, Breeding Struggle: Women's Empowerment, Neoliberal Governmentality, and State (Re)formation in India", *Cultural Anthropology* 21(1): pp. 60-95.

Shoshan, N. (2008a), "From SS to Stasi and Back Again? *Ossis*, *Wessis*, and Right-extremists in Contemporary Germany", en A. Sakalauskaite y D. Backman, *Ossi/Wessi*, Londres, Cambridge Scholars Press: 241-266.

_____ (2008b), "Placing the Extremes: Cityscape, Ethnic 'Others', and Young Right Extremists in East Berlin", *Journal of Contemporary European Studies* 16(3): 377-391.

Shoshan, N. (2011), "Neoliberal Displacements: Political Delinquency and the Eclipse of the Social in Germany", *The Carceral Notebooks* 6: 33-47.

_____ (2012), "Time at a Standstill: Loss, Accumulation, and the Past Conditional in an East Berlin Neighborhood", *Ethnos* 77(1): 24-49.

_____ (2014), "Managing Hate: Political Delinquency and Affective Governance in Germany", *Cultural Anthropology* 29(1): 150-172.

_____ (2015), "'There Goes the Neighborhood': Narrating the Decline of Place in East Berlin", en I. Vaccaro, K. Harper y S. Murray, *The Anthropology of Postindustrialism: Ethnographies of Disconnection*, Londres, Routledge: 24-49.

Siegel, J. T. (2003), "The Truth of Sorcery", *Cultural Anthropology* 18(2): 135-155.

_____ (2006), *Naming the Witch*, Stanford, Stanford University Press.

Sievert, A. y M. Bittner (2008), "Wenn es Nacht wird, explodiert die Gewalt", disponible en: http://www.bild.de/BILD/news/politik/2008/01/09/report-teil-3/angst-nacht,geo=3434986.html, consultado el 9 de enero de 2008.

Silverstein, M. (2003), "The Whens and Wheres-as well as Hows-of Ethnolinguistic Recognition", *Public Culture* 15(3).

Silvia, S. J. (2010), "The Elusive Quest for Normalcy: The German Economy Since Unification", *German Politics & Society* 28(2): 82-101.

Simmel, G. (2002), "Digresión sobre el extranjero", *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, México, Fondo de Cultura Económica.

_____ (2005), "La metrópolis y la vida mental", *bifurcaciones* [online], núm. 4, primavera de 2005, disponible en: http://www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm.

Smith, H. (2015), "Greece Sours German Relations Further with Demand for War Reparations", *The Guardian*.

Soja, E. W. (1989), *Postmodern Geographies: the Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Nueva York, Verso.

Stacul, J. (2006), Neo-nationalism or Neo-localism? Integralist Political Engagements in Italy at the Turn of the Millenium, en A. Gingrich y M. Banks, *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*, Nueva York, Berghahn Books: 162-176.

Statistisches Bundesamt (2014), "DEStatis", 2014, disponible en: https://www.destatis.de/DE/Startseite.html.

Staud, T. (2005a), "Auf den Rummel kannste nicht gehen", *Die Zeit*, 2005.

_____ (2005b), *Moderne Nazis: Die neuen Rechten und der Aufstieg der NPD*, Colonia, Kiepenheuer & Witsch.

Stegbauer, A. (2007), "The Ban of Right-wing Extremist Symbols According to Section 86a of the German Criminal Code", *German Law Journal* 8(2): 173-184.

Stein, E. (1986), "History Against Free Speech: The New German Law Against the 'Auschwitz' And Other 'Lies'", *Michigan Law Review* 85(2): 277-324.

Steinmetz, G. (1994), Fordism and the 'Immoral Economy' of Right-Wing Violence in Contemporary Germany", *Research on Democracy and Society*, Greenwich (CT), JAI Press 2: 277-316.

Sternhell, Z. (1996), *Neither Right Nor Left: Fascist Ideology in France*, Princeton, Princeton University Press.

Sternhell Z. y M. Sznajder (1994), *El nacimiento de la ideología fascista*, México, Siglo XXI.

Stevenson, P. y J. Theobald (2000), *Relocating Germanness: Discursive Disunity in Unified Germany*, Nueva York, St. Martin's Press.

Stöss, R. (2000), *Rechtsextremismus im vereinten Deutschland*, Bonn, Friedrich-Ebert-Stiftung, Abteilung Dialog Ostdeutschland.

Stradella, E. (2008), "Hate Speech in the Background of the Security Dilemma", *German Law Journal* 9(1): 59-88.

Strauss, S. (2006), "CDU-Kreischef äußert sich in rechter Zeitung", disponible en: http://www.berlinonline.de/berliner-zeitung/print/berlin/585351.html, consultado el 11 de septiembre de 2006.

Strom, E. A. (2001), *Building the New Berlin: The Politics of Urban Development in Germany's Capital City*, Lanham (Md.), Lexington Books.

Sunier, T. y R. v. Ginkel (2006), "'At you service!': Reflections on the Rise of Neo-nationalism in the Netherlands", en A. Gingrich y M. Banks, *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*, Nueva York, Berghahn Books: 107-124.

Tambiah, S. J. (1996), *Leveling Crowds: Ethnonationalist Conflicts and Collective Violence in South Asia*, Berkeley, University of California Press.

Taussig, M. T. (1992), *The Nervous System*, Nueva York, Routledge.

_____ (1993), *Mimesis and Alterity: A Particular History of the Senses*, Nueva York, Routledge.

Taylor, C. y A. Gutmann (1994), *Multiculturalism: Examining the Politics of Recognition*, Princeton, Princeton University Press.

Theweleit, K. (1987), *Male Fantasies*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Thorer, T., A. Rickmann *et al.* (2008), "Jeder 5. Schüler wurde schon Opfer von Gewalt", disponible en: http://www.bild.de/BILD/news/politik/2008/01/08/report-jugendkriminalitaet-teil-2/serie-2,geo=3425768.html, consultado el 8 de enero de 2008,

Torpey, J. (1988), "Introduction: Habermas and the Historians", *New German Critique* 44: 5-24.

Traynor, I. (2007), "The Rise of Mosques Becomes Catalyst for Conflict Across Europe", *The Guardian*: 23.

_____ (2015), "Tsipras Raises Nazi War Reparations Claim at Berlin Press Conference with Merkel", *The Guardian*.

Trouillot, M.-R. (2001), "The Anthropology of the State in the Age of Globalization: Close Encounters of the Deceptive Kind", *Current Anthropology* 42(1): 125-138.

Van der Veer, P. (2006), "Pim Fortuyn, Theo van Gogh, and the Politics of Tolerance in the Netherlands", *Public Culture* 18(1): 111-124.

Verfassungsgericht Berlin (2007), 80 Dn 43.06 vom 5.4.2007.

Verfassungsschutz Berlin (2001), *Symbole und Kennzeichen des Rechtsextremismus*, Berlín, Senatsverwaltung für Inneres, Abteilung Verfassungsschutz.

_____ (2004), "Rechte Gewalt in Berlin", *Im Fokus*, Berlín, Senatsverwaltung für Inneres, Abteilung Verfassungsschutz: 64.

Verfassungsschutz Brandenburg (2001a), *"National befreite Zonen" – Kampfparole und Realität*, Potsdam, Verfassungsschutz Brandenburg.

_____ (2001b), *Verbotene Kennzeichen rechtsextremistischer Organisationen*, Potsdam, Verfassungsschutz Brandenburg.

Verfassungsschutz Sachsen (2001), *Mit Hakenkreuz und Totenkopf – wie sich Rechtsextremisten zu erkennen geben*, Dresden, Verfassungsschutz Sachsen.

Verheyen, D. (1997), "What's in a Name? Street Name Politics and Urban Identity in Berlin", *German Politics and Society* 15(3): 44-72.

Veugelers, J. (2012), "After Colonialism: Local Politics and Far-right Affinities in a City of Southern France", en A. Mammone, E. Godin y B. Jenkins, *Mapping the Extreme Right in Contemporary Europe: From Local to Transnational*, Londres y Nueva York, Routledge: 33-47.

Von Mering, S. y T. W. McCarty (2013), "Introduction", en S. von Mering y T. W. McCarty, *Right-Wing Radicalism Today: Perspectives from Europe and the US*, Londres y Nueva York, Routledge: 1-12.

Wacquant, L. (2001), "The Penalisation of Poverty and the Rise of Neo-liberalism", *European Journal on Criminal Policy and Research* 9(4): 401-412.

_____ (2007), *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*, Cambridge (UK), Polity Press.

_____ (2012), "Three Steps to a Historical Anthropology of Actually Existing Neoliberalism", *Social Anthropology* 20(1): 66-79.

Wagner, B. (1998), *Rechtsextremismus und kulturelle Subversion in den neuen Ländern*, Berlín, Zentrum Demokratische Kultur.

_____ (2001), "Entwicklungen des Rechtsextremismus in Berlin von den 80ern bis heute", *Berliner Forum Gewaltprävention*, L. B. g. Gewalt, Berlín, Landeskommission Berlin gegen Gewalt, 2/2001: 23-32.

Walzer, M. (1998), *Tratado sobre la tolerancia*, Barcelona, Paidós.

Watts, M. W. (1996), "Political Xenophobia in the Transition from Socialism: Threat, Racism and Ideology among East German Youth", *Political Psychology* 17(1): 97-126.

Weiss, D. (1994), "Striking a Difficult Balance: Combatting the Threat of Neo-nazism in Germany While Preserving Individual Liberties", *Vanderbilt Journal of Transnational Law* 27: 899-940.

Weiss, M. (2003), "Wir sind drinnen, der Staat bleibt draussen", *Monitor*, Berlín, Apabiz, 2003: 5-6.

Whitehead, N. L. (2004), "Introduction: Cultures, Conflicts, and the Poetics of Violent Practice", en N. L. Whitehead, *Violence*, Santa Fe, Nuevo México, School of American Research Press: 3-24.

Willis, P. (1988), *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Madrid, Akal.

Willis, P. E. y P. Corrigan (1983), "Orders of Experience: The Differences of Working Class Cultural Forms", *Social Text* 7: 85-103.

Woolard, K. A. (1998), "Language Ideology as a Field of Inquiry", en B. B. Schieffelin, K. A. Woolard y P. V. Kroskrity, *Language Ideologies: Practice and Theory*, Nueva York, Oxford University Press: 3-47.

Zentrum demokratische kultur (ZDK) (1998a), *Bulletin 1998-1. "National befreite Zonen" – von Strategiebegriff zu Alltagserscheinung*, Berlín, ZDK.

_____ (1998b), *Bulletin 1998 – Sonderausgabe. Rechtsextremismus und kulturelle Subversion in den neuen Ländern, Studie*, Berlín, ZDK.

Žižek, S. (1992), *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI.

_____ (1997), "Multiculturalism, or, the Cultural Logic of Multinational Capitalism", *New Left review* I/225: 28-51.

_____ (2006), "Against the Populist Temptation", *Critical Inquiry* 32: 552-574.

_____ (2008), "Tolerance as an ideological category", *Critical Inquiry* 34(4): 660-682.

ÍNDICE DE ABREVIATURAS

AfD	Alternative für Deutschland
BPjM	Departamento Federal para las Publicaciones Dañinas para Jóvenes (Bundesprüfstelle für jugendgefährdende Medien)
CDU	Unión Cristiana Demócrata (Christlich-Demokratische Union)
DDR	República Democrática Alemana (Deutsche Demokratische Republik)
DVU	Unión del Pueblo Alemán (Deutsche Volksunion)
FDP	Partido Democrático Libre (Freie Demokratische Partei)
RDA	Republica Democrática Alemana
MAEX	Unidad móvil de información del extremismo (Mobile Aufklärung Extremismus)
MEGA	Fuerza de tarea móvil contra la violencia y la xenofobia (Mobile Einsatzeinheit gegen Gewalt und Ausländerfeindlichkeit)
NPD	El Partido Nacionaldemócrata Alemán (Nationaldemokratische Partei Deutschlands)
NSDAP	Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei)
NSU	Clandestinidad Nacionalsocialista (Nationalsozialistischer Untergrund)
OGJ	Grupo operativo para la violencia juveníl (Operative Gruppe Jugendgewalt)
PDS	Partido del Socialismo Democrático (Partei des Demokratischen Sozialismus)

PEGIDA	Europeos Patrióticos contra la Islamización del Occidente (Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes)
PMS	Unidad de Criminalidad Callejera Políticamente Motivada (Politisch Motivierte Straßenkriminalität)
RFA	República Federal de Alemania
SED	Partido Socialista Unificado de Alemania (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands)
SPD	Partido Socialdemócrata de Alemania (Sozialdemokratische Partei Deutschlands)
VVN-BdA	Unión de los perseguidos del régimen nazi-Federación de antifascistas (Vereinigung der Verfolgten des Naziregimes – Bund der Antifaschistinnen und Antifaschisten)

El manejo del odio: nación, afecto y la gobernanza
de la derecha extrema en Alemania
se terminó de imprimir en abril de 2017,
en los talleres de Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.,
Monte Alegre 44 bis, col. Portales Oriente,
03570, Ciudad de México.
Portada: Pablo Reyna
Tipografía y formación a cargo de
Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V.
Compuesto en Adobe Garamond Pro
de 12, 11.5, 11, 10 y 9 pts.
Cuidado de la edición Agustín Herrera Reyes
bajo la supervisión de la
Dirección General de Publicaciones de
El Colegio de México.